La pobre señorita Finch
Wilkie Collins



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

NOTA AL TEXTO

La pobre señorita Finch apareció por entregas semanales en el *Cassell's Magazine* de octubre de 1871 a marzo de 1872; en enero de es último año se publicó en forma de libro, en tres volúmenes. Hubo una edición en un solo volumen también en 1872, que Collins revisó. El texto revisado se publicó en 1875, y sobre él se ha basado esta traducción.

A LA SEÑORA ELLIOT,

esposa del Deán de Bristol

¿Me hará usted el honor de aceptar la dedicatoria de este libro en recuerdo de nuestra amistad, ininterrumpida durante tantos años?

No son pocas las encantadoras muchachas ciegas que tanto en las obras de ficción como en las obras dramáticas han sido antecesoras de *La Pobre señorita Finch*. Sin embargo, por lo que yo alcanzo a saber, en todos esos casos de forma más o menos exclusiva se ha exhibido la ceguera desde un punto de vista ideal y sentimental. El intento que aquí se ha llevado a cabo consiste en apelar a un interés de muy distinta especie, ya que se trata de exhibir la ceguera tal como es en realidad. He puesto el debido cuidado en recopilar la información necesaria para llevar a cabo este propósito, y me he informado por medio de las autoridades más competentes, autoridades de distintas clases. Cada vez que «Lucilla» actúa o habla en estas páginas y hace referencia a su ceguera, actúa y habla como han actuado o han hablado antes que ella las personas aquejadas por su misma dolencia. Del resto de los rasgos que he añadido para producir un interés sostenido a lo largo de estas páginas, en todo lo referente al personaje central de mi novela, no es a mí a quien corresponde hablar. Han de ser mis lectores quienes digan si «Lucilla» ha encontrado el camino de sus .simpatías. En este personaje, y. también de manera muy especial en los personajes de «Nugent Dubourg» y «madame Pratolungo», he tratado de presentar la naturaleza humana con todas las incoherencias que le son inherentes, con sus contradicciones, con su compleja mezcolanza de lo bueno y lo malo, de grandeza y mezquindad, tal corno la veo en el mundo que me rodea. Sin embargo es tan poco corriente la facultad de observar el carácter de las personas, y es tan generalizada la tendencia curiosamente errónea a buscar cierta coherencia lógica en las motivaciones y en los actos de los seres humanos, que muy posiblemente me encuentre con que la ejecución de esta parte de mi tarea haya sido incomprendida, y que incluso llegue a ocasionar algún resentimiento en determinados frentes. No obstante, el tiempo ha seguido siendo mi amigo en relación con otros personajes míos de otros libros, ¿y quién dirá que el tiempo no vaya a echarme una mano también en éste? Es posible que un día de éstos esté yo en condiciones de utilizar alguna de las múltiples e interesantes historias que de hecho han tenido lugar, y que han puesto en mis manos diversas personas que podrían dar testimonio fidedigno sobre lar veracidad de la narración. Hasta la fecha, no me he atrevido a perturbar el reposo de esos manuscritos, que descansan en su cajón correspondiente. Los incidentes verídicos son a veces muy «rocambolescos», y el comportamiento de las personas de carne y hueso a veces resulta groseramente improbable».

En cuanto al objeto que tengo a la vista al escribir este relato, creo que posee una sencillez suficiente para hablar por sí solo. Suscribo de todo corazón ese artículo de fe según el cual las condiciones de la felicidad humana son independientes de las desgracias físicas, y sostengo que incluso es posible que las desgracias físicas se puedan contar por sí mismas entre los ingredientes de la felicidad. Tales son los puntos de vista por los que trata de abogar *La pobre señorita Finch*; tal es la impresión que espero dejar en el ánimo del lector una vez cierre el libro al llegar al final.

Librodot

WILKIE COLLINS
16 de enero de 1872

Librodot

NOTA A LA EDICIÓN DE 1872

Al expresar mis agradecimientos por la favorable acogida que tuvieron las anteriores ediciones de este relato, quiero aprovechar esta ocasión para hacer una advertencia sobre uno de los personajes a los que no se aludía en la carta dedicatoria. El oculista alemán «Herr Grosse» ha causado tal impresión en el espíritu de algunos de mis lectores aquejados por la ceguera o por ciertas enfermedades oculares que de hecho lo han tomado por un personaje real, hasta el punto de que incluso he recibido varias solicitudes por escrito en las que se me requiere que comunique el domicilio actual de dicho médico a una serie de pacientes deseosos de acudir a su consulta. En sincera apreciación del testimonio que así se presta a la veracidad de este pequeño estudio del carácter del personaje, me he visto en la obligación de reconocer ante quienes me han escrito, y por tanto no veo inconveniente en repetirlo aquí, que «Herr Grosse» no está basado en un prototipo individual vivo. Al igual que otros personajes del drama, en este libro y en los libros que lo han precedido me he basado en mis observaciones generales del ser humano. Siempre he tenido por un error en el arte el hecho de limitarse a delinear un personaje de ficción de acuerdo con un retrato literario basado en un único modelo. El resultado de este proceder, suele ser, al menos en mi opinión, más una caricatura que un personaje.

27 de noviembre de 1872

Librodot

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO I

Madame Pratolungo se presenta

Esta es una invitación al lector para que lea el relato de un acontecimiento que se produjo en un rincón de Inglaterra muy alejado de las ciudades más frecuentadas, hace ya unos cuantos años.

Las personas a las que se refiere dicho acontecimiento de manera principal son las siguientes: una muchacha ciega; dos hermanos gemelos; un diestro cirujano; una curiosa extranjera. Yo soy la curiosa extranjera. Y por razones que se han de aclarar a su debido tiempo soy yo la que asume la tarea de relatar esta historia.

Por el momento creo que nos entendemos el uno al otro. Bien. Me presentaré al lector, así pues, con tanta concisión como me sea posible.

Soy madame Pratolungo, la viuda del célebre patriota sudamericano, el doctor Pratolungo. Soy francesa de nacimiento. Antes de casarme con el doctor pasé muchas vicisitudes en mi propio país. Éstas terminaron por dejarme, a una edad que ninguna relevancia tiene para nadie, con bastante experiencia del mundo, con un talento musical para el pianoforte que he cultivado a fondo, con una cómoda fortunita que inesperadamente me fue legada por un pariente de mi querida y difunta madre, fortuna que compartí, eso sí, con mi buen padre y mis hermanas menores. A estas cualificaciones aún añadí una más, la más preciada de todas, cuando me casé con el doctor: una fuerte inyección de principios ultraliberales. *Vive la Republique!*

Hay quien hace una cosa y quien hace otra cuando se trata de celebrar un matrimonio. Una vez convertidos en marido v mujer, el doctor Pratolungo y yo nos embarcamos con rumbo a Centroamérica y dedicarnos nuestra luna de miel, en aquellos parajes trastornados y agitados, al sagrado deber de derrocar tiranos.

¡Ah! La vitalidad de mi noble esposo era el aire que henchía las velas de la revolución. Desde su juventud, y en lo sucesivo, adoptó la gloriosa profesión de patriota. Allá donde las gentes del sur del Nuevo Mundo se sublevaban y proclamaban su independencia, y debo decir que en mis buenos tiempos aquella ferviente población poco más llegaba a hacer, allá estaba el doctor dedicado en cuerpo y alma al altar de su país de adopción. Quince veces tuyo que exiliarse, y quince veces fue condenado a muerte en su ausencia, cuando yo lo conocí en París, cuando era la viva imagen de la heroica pobreza, con la tez bien curtida y una cojera ostensible. ¿Quién podría no haberse enamorado de un hombre semejante? Orgullosa me sentí cuando me propuso desposarme ante el altar de su país de adopción y en el suyo propio, a mí y a mi dinero, pues, ¡ay!, que en este mundo todo es caro, incluida la destrucción de los tiranos y la salvación de la libertad. Todo mi dinero lo dediqué a ayudar a la sagrada causa del pueblo. Los dictadores y los filibusteros florecieron muy a nuestro pesar. Antes de nuestro primer aniversario de boda, el doctor tuvo que huir (por decimosexta vez en su vida) para no ser juzgado, pues su propia vida estaba en juego. Así las cosas, mi esposo fue condenado a muerte y yo me quedé con los bolsillos vacíos. A pesar de los pesares, yo amo aún la causa republicana. ¡Más os vale respetarlo, pueblo de la monarquía, que prosperáis y engordáis contentos

bajo el dominio del tirano!

En aquella ocasión nos refugiamos en Inglaterra. Los avatares de Centroamérica siguieron su curso sin nosotros.

Pensé en la posibilidad de dar clases de música. Sin embargo, mi glorioso esposo no pudo consentir que yo me alejara de él. Supongo que nos habríamos muerto de hambre y que no habríamos pasado de conseguir más que un triste parrafito en los periódicos de Inglaterra... si el final no hubiera llegado de otra forma. Mi pobre Pratolungo estaba efectivamente deshecho. Se terminó de hundir bajo el peso de su decimosexto exilio. Me quedé viuda y sin más consuelo que la herencia de los nobles sentimientos que siempre defendió mi esposo.

Volví a París y pasé un tiempo con mi buen padre y con mis hermanas, pero no estaba en mi naturaleza el quedarme con ellos y convertirme en una pesada carga para los de casa. Volví de nuevo a Londres provista de recomendaciones, pero me encontré con calamidades inconcebibles en mi empeño por ganarme la vida de manera honrosa. De toda la riqueza que vi en derredor -la pródiga, insolente, ostentosa riqueza-, ninguna me tocó en parte. ¿Qué derecho tiene nadie a ser rico? Aquí mismo desafío al lector, quien quiera que sea, a demostrar que alguien tiene derecho a ser rico.

Sin abundar en mis calamidades, baste con decir que un buen día desperté con tres libras, siete chelines y cuatro peniques en el monedero, aparte de mi ferviente temperamento y mis principios republicanos, y absolutamente sin ninguna perspectiva, esto es, sin la posibilidad de que ni siquiera medio penique más acabara en mi bolsillo... a no ser que me lo ganara por mis propios medios.

En esta triste tesitura, ¿qué puede hacer una mujer honesta que a la fuerza ha de ganarse la independencia con el sudor de su frente? Bien fácil: toma tres chelines y seis peniques del humilde remanente que le queda en el monedero y pone un anuncio en un periódico.

Una siempre anuncia la mejor faceta de sí misma. (¡Ah, la pobre humanidad!) Mi mejor faceta era la musical. En los tiempos de mis vicisitudes, antes de contraer matrimonio, había tenido parte en un establecimiento de mercería de Lyon. En otra época fui ayuda de cámara de una gran dama de París. Sin embargo, en la situación en que me encontraba, esas facetas de mi persona no eran, por diversas razones, tan presentables como lo era mi versatilidad en el pianoforte. No era una gran pianista; más bien distaba mucho de serlo. Sin embargo, había recibido una sólida formación, y tenía lo que se suele considerar una competencia y, una destreza notables en el instrumento. Abreviando, saqué el mejor partido de mí misma, se lo prometo al lector, en mi anuncio.

Al día siguiente pedí prestado el periódico para disfrutar del orgullo que me produciría ver mi anuncio impreso.

¡Ah, cielos! ¿Qué descubrí? Descubrí lo mismo que han hallado tantos otros desdichados anunciantes antes que yo. Encima de mi propio anuncio, ¡alguien anunciaba precisamente lo que yo estaba buscando! Basta con echar un vistazo a cualquier periódico, y verá el lector cómo dos desconocidos que (si se me permite expresarme de esta forma) encajan perfectamente el uno con el otro se anuncian el uno junto al otro sin saberlo

siquiera. Yo me había anunciado como «acompañante con diestros conocimientos musicales para señora o señorita. Con un animado temperamento». Y encima de mí se encontraba mi desconocida y necesitada compañera de anuncio, que en letras de molde se expresaba de este modo: «Se busca acompañante para una dama. Ha de ser una avezada ejecutante de partituras musicales y tener un animado temperamento. Se exige testimonio de su capacidad y referencias de primerísima clase». ¡Era exactamente lo mismo que ofrecía yo! «Sólo se admitirán solicitudes por escrito.» Justamente lo mismo que decía yo! Vergüenza debería darme, pues había invertido tres chelines y seis peniques en balde. Arrojé el periódico en un rapto de cólera mal contenida (como una imbécil) y recogí el periódico al punto (como una mujer sensata) para solicitar por escrito el puesto que se anunciaba.

Mi carta me puso en contacto con un abogado. El abogado se envolvió en un tupido velo de misterio. Diríase que entre sus hábitos profesionales se contaba el de no revelar nada a nadie, al menos mientras pudiera evitarlo.

Gota a gota, ese hombre fatigoso me fue poniendo al corriente de las circunstancias. La dama era de hecho una damisela. Era la hija de un clérigo. Vivía en un recóndito rincón del país. Por si fuera poco, vivía en la parte más retirada de la casa. Su padre se había casado en segundas nupcias. La única hija de su primer matrimonio era la damisela en cuestión, pero imagino que, para variar, había tenido una familia numerosa en su segundo matrimonio. Debido a ciertas circunstancias, era forzoso que la damisela viviera en gran medida apartada del tumulto de una casa repleta de niños pequeños. Y de esa forma siguió perorando y exponiendo detalles de toda clase, hasta que ya no pudo mantenerlo en secreto por más tiempo: sólo entonces lo soltó. ¡La damisela era ciega!

Joven, solitaria y ciega. Tuve un súbito arranque de inspiración. Sentí que la iba a amar.

El asunto de mi capacidad musical, en esta triste tesitura, era un asunto de considerable gravedad. La pobre damisela contaba únicamente con un solo y gran placer para iluminar su vida oscurecida: la música. Sería requisito indispensable de su dama de compañía que supiese leer las partituras y ejecutar con valía suficiente las obras de los grandes maestros, que esa, joven criatura adoraba; por su parte, la damisela escucharía con toda atención, tomaría asiento ante el teclado del piano y reproduciría la partitura trozo a trozo y de oído. Se designó a un profesor que me sometería a examen antes de emitir su veredicto, consistente en establecer si era yo digna de confianza a la hora de interpretar correctamente a Mozart, Beethoven y a los demás maestros que han escrito bellas obras para piano. Superé con éxito esta ordalía. En lo tocante a mis referencias, hablaban por sí solas. Ni siquiera el abogado, por más que lo intentó por todos los medios, pudo encontrar en ellas la menor tacha. Por ambas partes quedó dispuesto que, en primera instancia, yo iría a pasar un mes de visita en casa de la damisela. Si al término de mi estancia las dos lo deseáramos, yo seguiría con ella de acuerdo con una serie de términos pactados a mi entera satisfacción. Ese fue el pacto que acordamos.

Al día siguiente tomé el tren para proceder a mi visita.

Según mis instrucciones, debía viajar hasta Lewes, una ciudad sita en

el condado de Sussex. Una vez allí, debía preguntar, por la tartana del padre de mi damisela, que en su tarjeta de presentación atendía por el nombre de reverendo Tertius Finch. La tartana me llevaría hasta la casa rectoral del pueblo de Dimchurch. Y el pueblo de Dimchurch se encontraba ya en las colinas del sur de Inglaterra, a menos de cuatro millas de la costa.

Cuando monté en el vagón del tren, eso era todo cuanto sabía. Después de mi vida aventurera, después de las volcánicas agitaciones de mi trayectoria republicana en tiempos del doctor, ¿estaba yo a punto de enterrarme en una recóndita aldea de Inglaterra para vivir una vida tan monótona como la de las ovejas que pastan en la falda de un monte? Ah, a pesar de toda mi experiencia aún me quedaba por aprender que los más angostos límites del ser humano tienen anchura suficiente para abarcar las más grandes emociones del propio ser humano. Yo había contemplado el drama de la vida en medio del tumulto de las revoluciones tropicales. Aún iba a verlo de nuevo, en todo su palpitante interés, en las aireadas soledades de las colinas que forman la cordillera montañosa del sur de Inglaterra.

CAPÍTULO II

Madame Pratolungo viaja por tierra

Un muchacho bien alimentado, de cabello rubio y sajón; una desvencijada tartana pintada de verde, un tosco caballejo castaño: eso era lo que me estaba esperando en la estación de ferrocarril de Lewes. «¿Eres tú el mozo del reverendo Finch?», pregunté al muchacho. Y el mozo contestó: «Sí, yo soy».

Atravesamos el pueblo, un pueblo de montaña repleto de casas blancas y desoladas. No se veía ni un solo ser vivo tras las ventanas cerradas a cal y canto. No vi entrar ni salir a ningún ser vivo por las puertas de tristes colores, cerradas con idéntico celo. No había teatro, no había más lugar de diversión que un desierto ayuntamiento, delante de cuyos blanquísimos peldaños de entrada meditaba un triste policía de guardia. No se veía ningún cliente en las tiendas, y nadie que atendiera en el mostrador, en el supuesto de que los clientes aparecieran. Aquí y allá, por las aceras, vi algún que otro lugareño con la indudable capacidad de quedarse mirándome boquiabierto y (en apariencia) de nada más.

-¿Es éste un lugar rico? -pregunté al mozo del reverendo Finch.

Al mozo del reverendo Finch se le iluminó la cara y contestó así:

-¡Sí, lo es!

-Muy bien. En cualquier caso, aquí está claro que no se pavonean los muy infames ricachones, y tampoco parece que disfruten de mucho esparcimiento.

Dejamos atrás ese pueblo de ciudadanos poco o nada entretenidos, enclaustrados en sus tumbas domésticas, y proseguimos por una espléndida calzada real que seguía en ascenso, con un paisaje abierto y espacioso a uno y otro lado.

Un paisaje abierto y espacioso es un paisaje que bien pronto se agota a los ojos del caminante deseoso de ver más cosas. De mi pobre Pratolungo aprendí el hábito de registrar las convicciones políticas de mis semejantes cuando me encuentro con ellos, y más aún en lugares que me son desconocidos. Como no tenía mejor cosa que hacer, interrogué al mozo de Finch. Su programa político resultó ser el siguiente: toda la carne y toda la cerveza que me quepan en la andorga, y el mínimo de trabajo que haya de hacer a cambio. Si se cumple, me toco el ala del sombrero cuando me encuentro con mi señor, y me doy por contento con la clase social que ha querido adjudicarme Dios. ¡Pobre miserable, el mozo de Finch!

Llegamos al trecho más alto del camino. A la derecha, el terreno descendía suavemente hasta formar un fértil valle, con una aldea y su iglesia en el medio; más allá, un recinto de hierba, arbolado y abominablemente privilegiado, escindido del común por obra de un tirano, con el nombre de parque particular; en medio, el palacete en que este enemigo de la humanidad se dedicaba a refocilarse y a engordar. A nuestra izquierda se extendía el campo abierto, una magnífica perspectiva de colinas verdes y herbosas que se ondulaban hasta el horizonte, ceñidas tan sólo por el cielo. Vi con sorpresa que el mozo de Finch bajaba de la tartana, que tomaba el caballo del ronzal y que lo alejaba de la calzada para internarse por el terreno asilvestrado de las colinas, por el cual no era discernible ni de

cerca ni de lejos siquiera una senda. La tartana comenzó a zarandearse y a dar más bandazos que un barco en alta mar. Me fue necesario sujetarme con ambas manos para no caer. Pensé primero en mi equipaje y luego en mí.

-¿Cuánto queda así? -pregunté.

-Tres millas más -respondió el mozo de Finch.

Insistí en detener el barco -quiero decir la tartana- y en echar pie a tierra. Amarramos mi equipaje con una cuerda y seguimos camino a pie, el mozo llevando el caballo del ronzal, yo tras ellos dos.

¡Ah, qué maravilla de paseo! ¡Qué pureza la del aire sobre mi cabeza, la de la hierba bajo mis pies! La dulzura del interior y el nítido salitre del mar lejano se amalgamaban bien en aquella brisa deliciosa. La hierba corta y espesa, fragante, repleta de plantas de olor, se henchía y se encogía, elástica. Las montañas de blancas nubes apiladas corrían en sublime procesión por el campo azul del cielo. La maleza de arbustos espinosos, esparcida en grandes manchas sobre la hierba, estaba en una gloriosa floración de un amarillo intenso. Seguimos avanzando; unas veces subíamos y otras bajábamos, unas íbamos a izquierdas, otras a derechas. Iba mirando a un lado y a otro. No había una sola casa, no había senda alguna. No había caminos, roderas, vallas, setos, tapias ni muretes. No había hitos de ninguna clase. Por un sitio o por otro, igual daba qué dirección tomásemos, no se veía otra cosa que la majestuosa soledad de las colinas. No aparecía por allá ser vivo alguno, con la salvedad de las manchitas blancas de las ovejas esparcidas a lo lejos sobre la suavidad del verdor, y de la alondra que entonaba su himno de felicidad, un simple punto allá en lo alto. ¡Sin duda era un paraje de maravilla! A menos de una mañana en coche de punto del ruidoso y populoso Brighton... un recién llegado al lugar sólo podría haber encontrado su camino a golpe de brújula, exactamente igual que si navegara por el mar, lejos de la costa. Cuanto más nos internábamos en nuestro periplo terrestre, más salvaje y más hermoso se tornaba aquel paisaje solitario. El mozo escogió el camino que le vino en gana, ya que no había barreras ni impedimentos. Caminando a duras penas tras él, no veía nada más que la parte trasera de la tartana en lo alto, pues el mozo y el caballo eran invisibles porque estaban enterrados en la empinada cuesta descendiente que habían emprendido. En otras ocasiones, la inclinación era exactamente al contrario: todo el interior de la tartana ascendente se desplegaba sobre mis ojos, y sobre la tartana el caballo, y sobre éste el mozo, y... ¡Ah! Mi equipaje zarandeado y baqueteado en la frágil sujeción del cordaje que lo amarraba. Veinte veces conté, con toda confianza, con ver equipaje, tartana, caballo y muchacho rodando todos a la vez hasta la cuenca del valle, pero no fue así. No sufrimos siquiera el menor accidente, nada que perturbase mi disfrute del día. Políticamente despreciable, el mozo de Finch tenía su mérito, pues era dueño y señor de su cometido en calidad de guía por los cerros de la cordillera sur.

Cuando llegamos a lo alto de la loma cubierta de hierba que, según me pareció, podía ser la número cincuenta de las coronadas, comencé a mirar por todas partes en busca de algún signo de un pueblo vecino.

Tras de mí se prolongaban las largas ondulaciones de las colinas, sobre las cuales se desplazaban las sombras de las nubes igual que por encima de las soledades que habíamos dejado atrás. Ante mí, en un entrante del

Librodot

horizonte purpúreo, vi la suave línea blanca del mar. Debajo de mí, a mis pies, se abría el valle más hondo que había visto hasta entonces, con el primer signo de la presencia del hombre marcado de manera repugnante en la cara misma de la naturaleza, en forma de un terruño ocre y cuadrado, tierra arada en medio de la herbosa ladera. Pregunté si estábamos cerca del pueblo. El mozo de Finch guiñó un ojo y contestó:

-Sí, así es.

¡Asombroso el mozo de Finch! Daba igual qué pregunta quisiera hacerle, ya que los recursos de su vocabulario eran invariablemente los mismos. Ese juvenil oráculo contestaba siempre con la máxima brevedad, Y siempre con tres palabras.

Descendimos hacia el valle.

Al llegar al fondo descubrí otro signo del hombre. Vi el primer camino que encontramos, un rugoso camino para tartanas y carretas, que habían dejado sus profundas roderas sobre el terreno calizo. Lo atravesamos y rodeamos un cerro más. Había allí otros signos de la existencia humana. Dos chiquillos salieron corriendo de una zanja; al parecer estaban apostados como vigías para dar aviso de que nos acercábamos. Dieron unas voces y echaron a correr por delante de nosotros, tomando un atajo que tal vez sólo ellos conocieran. Trazamos otra curva en torno a una de las revueltas del valle y atravesamos un barranco. Pensé que era mi deber familiarizarme con los nombres de la comarca. ¿Cómo se llamaba el barranco? «¡El Espolón del Gallo!» ¿Y aquel cerro tan alto, a mi derecha? «¡El Otero!» Al cabo de otros cinco minutos de marcha vimos nuestra primera casa, una casa pequeña y aislada, hecha de cantiles de los cerros colindantes y argamasa. ¿También tenía nombre? En efecto. Se llamaba «Browndown»[1]. Tras otros diez minutos de marcha, a lo largo de los cuales nos adentramos cada vez más por las misteriosas y verdecientes revueltas del valle, por fin sobrevino el gran acontecimiento del día. El mozo de Finch señaló allá delante con la fusta y, sin variar su costumbre de expresarse con tres palabras bien breves incluso en un momento tan trascendente, dijo:

-¡Ya estamos aquí!

¡Así que eso es Dimchurch! Me sacudo el polvo calizo que se me ha pegado al dobladillo del vestido. Echo en falta al menos un espejo para verme, pero es en vano. La población (en número de unos cinco o seis habitantes) se ha reunido al recibir el aviso de los dos vigías, y me corresponde en calidad de mujer producir la mejor impresión de mí que me sea humanamente posible. Avanzamos por el estrecho camino. Sonrío a la población; la población, por su parte, me mira fijamente. A un lado veo que hay tres o cuatro casas de campo y un prado espacioso, aparte de una posada o taberna que se llama Las Manos Cruzadas, y otro prado; también veo una minúscula carnicería llena de sanguinolentos entresijos de oveja sobre una fuente de loza azul que hay en la ventana que hace las veces de escaparate, sin más viandas que ésas, y más allá nada más que el campo

[1]Al igual que en tantas novelas de Wilkie Collins, los topónimos y antropónimos ficticios tienen resonancias, connotaciones acordes con aquello que designan. Así, «Browndown» vendría a ser «la hondonada castaña» «Dimchurch» alude por una parte a «iglesia, parroquia» y, por otra, a «tenue, borrosa, poco halagüeña». *(Esta nota, como las siguientes a lo largo del texto, es del traductor)*

abierto y de nuevo las colinas, que señalan el final del pueblo al menos por este flanco. Al otro lado, durante un buen trecho no hay más que un largo murete de piedras toscas que guarda los cobertizos de una granja algo alejada. Más allá aparece otro grupo de casas de campo, en una de las cuales resalta el sello de la civilización en forma de oficina de correos. En la oficina de correos se expenden asimismo los artículos de primera necesidad, ya sea calzado o panceta, galletas o telas, enaguas de crinolina o libros de religión. Más allá se ve otro murete de piedra, un jardín y una casa particular que se proclamaba sin duda como la casa rectoral. Todavía más allá, sobre una loma elevada por encima del pueblo, una iglesia aislada del resto, rematada por una minúscula torre circular retechada por una especie de apagavelas de teja roja. Detrás, las colinas y el cielo abierto. ¡Yeso es Dimchurch!

En cuanto a sus habitantes, ¿qué diré? Supongo que debo decir la verdad.

Me fijé en que había un caballero de buena cuna entre los lugareños, y era un perro pastor. Él solo me hizo los honores. Tenía un rabo corto, que meneó para saludarme con extrema dificultad, y una cara bonachona, blanca y negra, que me arrimó amistosamente a la mano. «Sea bienvenida, madame Pratolungo, a Dimchurch; tenga la bondad de disculpar a estos labriegos, hombres y mujeres por igual, que han salido a mirarla boquiabiertos. El buen Dios que nos ha hecho a todos también los hizo a ellos, ¡pero ya ve usted, no ha tenido el mismo éxito que al hacernos a usted y a mí!» Resulta que soy una de las contadas personas que son capaces de leer el lenguaje de los perros tal como se escribe en las caras de los perros. Y en esta ocasión traduzco como es debido el lenguaje del caballero pastor ovejero.

Abrimos la puerta de la rectoría y entramos. Así llegó prósperamente a término mi viaje por tierra, a través de las colinas del sur de Inglaterra.

CAPITULO III

La pobre señorita Finch

La casa rectoral recordaba al menos en cierto modo esta narración que ahora escribo. Constaba de dos partes. La primera parte, vista de frente, estaba construida con sillares de mampostería perdurable y de sólida argamasa, y no logró interesarme demasiado. La segunda parte, retranqueada y en ángulo recto con la primera, proclamaba una antigüedad mayor que ésta. Tal como supe después, en sus mejores tiempos había sido un convento de monjas. Contaba con una serie de ceñidos ventanucos góticos y de oscuros muros de piedra venerable recubiertos por la hiedra, restaurados en algunos trechos, en el pasado, con pintorescos ladrillos rojos. Tuve la esperanza de entrar en la casa por esta parte, pero no fue así. El mozo, tras dar la impresión de que no sabía muy bien qué hacer conmigo, me condujo a una puerta que había en la parte más moderna del edificio y llamó a una campanilla.

Una criada joven y desaliñada me hizo pasar al interior. Posiblemente, esta persona era nueva en el cumplimiento del deber consistente en recibir a las visitas. Muy posiblemente, quedó desconcertada por la súbita invasión de unos cuantos chiquillos con vestidos más bien sucios que cayeron sobre nosotros como flechas cuando estábamos en el vestíbulo, y que a idéntica velocidad desaparecieron por las regiones interiores e invisibles de la casa, chillando a voz en cuello por haber visto a una desconocida. En cualquier caso, también ella pareció quedarse sin saber qué hacer conmigo. Tras mirar mi cara de extranjera con los ojos como platos, no sin una notable intensidad, me hizo pasar a una salita. Salieron como flechas otros dos chiquillos con vestidos más bien sucios, chillando a voz en cuello, del refugio que se me había ofrecido. Di mi nombre a la criada tan pronto pude hacerme entender. Ella pareció aterrada por la longitud de mi apellido. Le di un tarjeta de visita. La criada la tomó entre el índice y el pulgar, que tenía bastante sucios; la miró y la remiró como si fuese una extraordinaria curiosidad de la naturaleza; le dio la vuelta, dejando impresas las huellas nítidas y negras de sus dedos en diversas partes del anverso y del reverso; desesperada, renunció a comprenderla y salió de la sala. Se detuvo nada más atravesar la puerta, según deduje por los ruidos, a causa de una nueva invasión del vestíbulo por parte de los chiquillos. Se oyeron susurros, se oyeron risitas ahogadas; se oyó, a cada tanto, el fuerte ruido de un portazo. Azuzada por los niños, supuse yo, o de hecho empujada por ellos, la criada reapareció de pronto e hizo un gesto desgarbado.

-Oh... Eehh... Pase por aquí, por favor -dijo.

Los chiquillos invasores se batieron de nuevo en retirada subiendo las escaleras; uno tenía mi tarjeta en su poder y la agitaba triunfante en el rellano. Penetramos hasta el otro extremo del pasillo. De nuevo se abrió una puerta. Sin que nadie me anunciara atravesé otra y me vi en una sala más amplia. ¿Qué es lo que vi?

Por fin me sonrió la suerte. Mi buena estrella me había conducido a presencia de la señora de la casa.

Hice mi mejor reverencia y me encontré, ante una señora de huesos largos, cabellos claros, lánguida y linfática, que evidentemente se había

estado entreteniendo paseando de un lado a otro de la estancia hasta el momento en que aparecí. Caso de que exista algo así como una mujer empapada, ésta lo era. Tenía un húmedo rebrillo en su cara blanca e incolora y un exceso acuoso en sus ojos azul claro. No estaba vestida para la ocasión, y tenía toda ladeada la cofia de encaje. Llevaba la parte superior del cuerpo envuelta en una chaqueta suelta de lana basta y azul; la parte inferior la cubría una falda de recio algodón escocés, de un blanco un tanto dudoso. En una mano llevaba un libro sucio y de esquinas dobladas, que según comprobé en seguida era una novela de una Biblioteca Ambulante[2] . Con la otra mano sostenía a un bebé envuelto en una mantilla, al que daba de mamar. Ésta fue la primera experiencia que tuve de la esposa del reverendo Finch, y estaba destinada a ser la experiencia que tuviera de ella en cualquier momento posterior. Nunca aparecía completamente vestida, nunca completamente seca, siempre con una novela en una mano y un bebé en la otra: ésa era la esposa de Finch.

-¡Oh! ¿Madame Pratolungo? Sí. Espero que alguien haya dicho a la señorita Finch que ha llegado usted. Ella dispone de sus propios aposentos, y es ella la que lo administra todo. ¿Ha tenido usted un viaje placentero? Dijo estas palabras como si estuviera pensando en otra cosa. La primera impresión que me produjo fue la de una mujer débil, hecha de buena pasta, que en sus orígenes debía de haber vivido en las más humildes capas de la sociedad.

-Gracias, señora Finch -dije-. He disfrutado muchísimo con mi viaje por las bellas colinas de esta región.

-¡Oh! ¿Le agradan las colinas? Disculpe mi atuendo. Esta mañana me retrasé media hora, y en esta casa cuando una se retrasa media hora ya es imposible de recuperar, por más que lo intente. No tardaría en descubrir que la señora Finch a todas horas, por la razón que fuera, llevaba media hora de retraso, y que jamás, atinaba a recuperarla, tal como ella me había dicho.

-La entiendo, señora. Las atenciones que exige una familia numerosa...

-Ahí le duele. -Ésta iba a resultar una de las frases preferidas de la señora Finch-. Para empezar está Finch, que se levanta por la mañana y se va a trabajar un rato en la huerta. Luego hay que lavar y vestir a los niños, con todo el alboroto que se arma en la cocina. Y entonces llega Finch sin avisar y quiere que se le sirva el desayuno de inmediato. Y claro está que en ningún momento puedo abandonar al bebé. Y media hora se va volando y sin sentir, tan fácilmente que le aseguro que no se me ocurre la manera de recuperarla.

El bebé comenzó en ese punto a dar claras muestras de haber ingerido más alimento materno del que su estómago infantil podía contener con cierta comodidad. Le sostuve la novela mientras la señora Finch buscaba su

[2] La más conocida en época de Collins era Mudie, aunque había alguna, más. Se dedicaban a prestar libros a los lectores que pagaban la suscripción anual. Collins y otros novelistas lamentaron la influencia que tenían sobre los editores, ya que ejercían una suerte de censura encubierta, y también por que su amplia a cuota de mercado fomentaba la edición de novelas en tres v volúmenes que se vendían a un precio artificialmente elevado.

pañuelo, primero en el bolsillo de la bata que llevaba puesta, y luego acá y allá y por todas partes.

En ese interesante momento llamó alguien a la puerta. Apareció una mujer de edad, que supuso un refrescante contraste frente a los miembros de la casa que hasta entonces había conocido. Vestía de manera atildada, y me saludó con la cortesía y la compostura de un ser plenamente civilizado.

-Le ruego que me disculpe, señora. Mi joven señora acaba de tener en este momento conocimiento de su llegada. ¿Tendrá la amabilidad de seguirme, por favor?

Me volví a la señora Finch. Había encontrado el pañuelo y había resuelto el problema de las regurgitaciones del bebé. Con todo respeto le devolví la novela.

-Gracias- -dijo la señora Finch-. Encuentro que las novelas me serenan el ánimo. ¿Usted también lee novelas? Recuérdeme que mañana mismo le preste ésta.

Le expresé mi agradecimiento y me retiré. Desde la puerta me volví a saludar a la señora de la casa. La señora Finch volvía a pasear de un lado a otro de la estancia, con el bebé en un brazo y la novela en la otra mano, arrastrando la cola de la bata.

Subimos unas escaleras y entramos en un pasillo de paredes encaladas, con puertas de color mortecino a uno y otro lado, que llevaban, supuse, a los dormitorios de la casa.

A medida que avanzamos se fueron abriendo todas las puertas. Los niños me espiaban y me chillaban antes de cerrarlas de un portazo.

-¿Qué familia tiene la actual señora Finch?-pregunté.

La anciana y decente mujer tuvo que pararse a contar.

-Incluyendo al bebé, señora, y a dos parejas de gemelos, y a un sietemesino que es deficiente mental, son en total catorce. Al enterarme de esto, por más que considere a los sacerdotes, los reyes y los capitalistas como enemigos de la raza humana, empecé a sentir cierto interés excepcional por el reverendo Finch. ¿Nunca habría deseado ser presbítero de la Iglesia Católica, donde misericordiosamente le habría estado prohibido contraer matrimonio? Mientras pensaba en esta cuestión, mi guía sacó una llave y abrió una pesada puerta de madera de roble que había al otro extremo del pasillo.

-Tenemos la obligación de que la puerta esté cerrada, señora -me explicó-. De lo contrario, los niños se pasarían el día entero en nuestra ala de la casa.

Después de la experiencia que había tenido con los niños, contemplé la recia puerta de madera de roble con una mezcla de gratitud y respeto.

Doblamos un recodo y nos encontramos en el corredor abovedado que partía la porción más antigua de la casa.

Las ventanas encastradas a uno de los lados, retranqueadas en el muro, daban al jardín. Los alféizares estaban llenos de macetas con flores. Al otro lado, la antigua pared estaba alegremente decorada con cortinones de cretona brillante. Las puertas eran de color crema, con molduras .sobredoradas. Reconocí al instante el origen de la alfombra de intensos

colores que pisábamos, pues era sin duda sudamericana. El techo estaba decorado en una delicada tonalidad azul pálido, festoneado por una guirnalda de flores. En toda la estancia no se veía por ninguna parte un solo trazo de colores oscuros.

En la parte baja del pasillo, una figura solitaria con un vestido de un blanco purísimo se inclinaba sobre las flores de una de las ventanas. Esa era la muchacha ciega cuyas horas oscuras había venido yo a alegrar. En aquellas poblaciones esparcidas por los cerros del sur de Inglaterra, las gentes más sencillas añadían una nota compasiva a su nombre, y la llamaban piadosamente «la pobre señorita Finch». Por mi parte, sólo puedo pensar en ella por medio de su bello nombre de pila. Es «Lucilla» siempre que mi memoria vuelve a ella, así que permítaseme llamarla «Lucilla» en este relato.

Cuando mis ojos se posaron en ella por primera vez, estaba retirando las hojas muertas de las flores. Con su delicadísimo oído notó el ruido de mis pasos desconocidos mucho antes de que llegase hasta el punto en que se encontraba. Levantó la cabeza y avanzó rápidamente para recibirme con un tenue sonrojo en las mejillas, que apareció y nutrió en tan sólo un instante. Resulta que con anterioridad había visitado yo la galería de la pinacoteca de Dresde. A medida que se acercaba a mí, me acordé irresistiblemente de la joya que contiene esa soberbia colección, la incomparable Virgen de Rafael llamada *La Madonna de San Sisto*. La frente despejada y clara, la peculiar plenitud de la carne entre las cejas y los párpados; el delicado contorno de la barbilla; los labios tiernos, sensibles; el color de su piel y el cabello, todo reflejaba con una pasmosa fidelidad la adorable criatura que aparece en el cuadro de Dresde. El único punto fatal en que terminaba ese parecido eran los ojos. Los divinos, bellísimos ojos de la Virgen de Rafael se habían perdido en el vivo retrato que en esos momentos tenía yo delante. No existía ninguna deformidad; no había nada que inspirase repugnancia. Aquellos pobres, borrosos ojos invidentes tenían una mirada difusa, inmutable e inexpresiva. Eso era todo. Encima de ellos, debajo de ellos, alrededor de ellos, hasta en el borde mismo de los párpados, había belleza, movimiento, vida. En ellos, la muerte. Nunca había visto yo un ser con más encanto, aunque con esa triste desventaja. En ella no había ningún otro defecto personal. Tenía una espléndida planta, una estatura adecuada, una figura bien equilibrada, así como esa debida longitud de las extremidades inferiores que hace que los movimientos de una mujer tengan gracia y elegancia por sí mismos. Su voz era deliciosa, clara, animada, rebosante de simpatía. Unido todo ello a su sonrisa, que añadía un encanto propio a la belleza de su boca, conquistó mi corazón antes incluso de haberse acercado lo suficiente para estrecharme la mano.

-¡Ah, querida! -dije con la misma precipitación de siempre-. ¡Cuánto me alegro de verla!

Y en el mismo instante en que esas palabras salieron de mis labios, podría haberme cortado la lengua por haberle recordado de forma tan brutal su ceguera.

Con alivio comprobé que no daba ninguna muestra de haberlo sentido como yo.

-¿Me permite que yo la vea, aunque sea a mi manera? -me preguntó con

gentileza, y levantó la mano derecha-. ¿Me permite tocarle la cara?

Me senté de inmediato en el asiento de la ventana. Fue como si las suaves yemas sonrosadas de sus dedos me cubriesen toda la cara en un instante. Tres veces me pasó la mano rápidamente por ella; en todo momento noté que la suya estaba del todo absorta y que contenía incluso la respiración al tratar de concentrarse.

-¡Háble me otra vez! -dijo de pronto, sin apartar la mano de mi cara. Dije algunas palabras. Me hizo callar con un beso-. ¡Es suficiente! -dijo con alborozo-. Su voz dice a mis oídos lo que su cara a mis dedos. Sé que le tomaré aprecio. Entremos, vea usted las habitaciones en las que hemos de vivir juntas.

Al levantarme, me rodeó con el brazo por la cintura y en el acto lo retiró para sacudir los dedos con impaciencia, como si algo le hubiera hecho daño.

-¿Un alfiler? -pregunté.

-¡No, no! ¿De qué color es el vestido que lleva?

-Púrpura.

-¡Ah! ¡Lo sabía! Le ruego que no use colores oscuros. En mi ceguera, tengo verdadero espanto por todo lo que sea oscuro. Querida madame Pratolungo, le ruego que use colores claros y brillantes para complacerme. -De nuevo me rodeó despreocupadamente con el brazo, aunque esta vez fue por los hombros, para apoyar la mano sobre mi cuello de lino blanco-. Se cambiará de vestido antes de cenar, ¿verdad que sí? -dijo en un susurro-. Permítame abrir sus maletas y elegir yo un vestido que me guste.

Así me expliqué la brillantez que primaba en la decoración, del pasillo.

Entramos en las habitaciones: su dormitorio, el mío y una sala de estar entre los dos. Estaba preparada para encontrarlas tal como eran, brillantes como espejos, con sobredorados y ornamentos de alegres colores, con animadas chucherías de todas clases. Se parecían en el fondo mucho más a las habitaciones de mi país de nacimiento que a las habitaciones de la sobria e incolora Inglaterra. Lo único que he de reconocer que me asombró fue que toda esa centelleante belleza en los adornos, en las habitaciones de Lucilla, hubiera sido dispuesta para expresa gratificación de una damisela invidente. Todavía debía enterarme por mi propia experiencia de que los ciegos tienen una vida propia en su imaginación, y de que también tienen sus propios caprichos e ilusiones, como todos los demás.

Para satisfacer a Lucilla cambiándome de vestido era necesario que llegaran primero mis baúles. Por lo que yo alcanzaba a saber, el mozo de Finch había llevado el equipaje, junto con el caballo, hasta el establo. Antes de que Lucilla tuviera tiempo de tocar la campanilla para enterarse de lo ocurrido, mi anciana guía (que nos había dejado en silencio mientras conversábamos en el pasillo las dos) apareció de nuevo seguida por el mozo y un criado que traían todas mis cosas. Los criados también trajeron unos paquetes para su joven señora, objetos adquiridos en la ciudad, junto con un frasco envuelto en papel blanco que parecía un frasco de medicina, y que todavía debía desempeñar un papel muy concreto más avanzado el día.

-Esta es mi vieja nodriza -dijo Lucilla presentándome a la anciana-. Zillah es capaz de hacer cualquier cosa, e incluso sabe cocinar. Asistió a

clase en un club de Londres. Aunque sólo sea por mí, debe usted apreciar a Zillah, madame Pratolungo. ¿Están abiertos sus baúles?

Se arrodilló delante de los baúles a la vez que hacía la pregunta. Ninguna muchacha que tuviera pleno uso de la vista habría disfrutado tanto como ella con la trivial diversión de deshacer mi equipaje. Esta vez, sin embargo, su maravillosa delicadeza la llevó a cometer un error. De dos vestidos míos que resultaban ser exactamente de la misma textura, aunque completamente diferentes de color, eligió el más oscuro. Vi su decepción y su tristeza cuando le comuniqué su error. Sin embargo, su siguiente intento de adivinación devolvió las yemas de sus dedos al altísimo lugar que tenían en su estima: descubrió las franjas en unas medias mías y se iluminó en el acto.

-¡No tarde en vestirse! -dijo al dejarme en mi habitación-. Almorzaremos dentro de media hora. Y hay cocina francesa en honor a su llegada. Me gusta comer bien; soy lo que en su país llaman una *gourmande*. ¡Ver, vea las tristes consecuencias! -se llevó un dedo a su hermosa barbilla-. Estoy engordando! A los veintidós años ya corro el riesgo de tener papada. ¡Un espanto! ¡Un espanto!

Y así me dejó a solas. Ésa fue la primera impresión que me produjo «la pobre señorita Finch».

Librodot

CAPÍTULO IV

Visión del hombre entre dos luces

Nuestra grata cena había concluido hacía ya un buen rato. Habíamos charlado, habíamos parloteado, habíamos hablado las dos por los codos -como es habitual entre mujeres- sobre todo a propósito de nosotras. Ya terminaba el día; el sol poniente derramaba sus últimos rayos rojizos y brillantes por nuestra bonita sala... cuando Lucilla se sobresaltó como si de repente hubiera recordado alguna cosa, Y de inmediato tocó la campanilla.

Llegó Zillah.

-El frasco de la farmacia -dijo Lucilla-. Debería haberme acordado hace horas.

-¿Vas a llevárselo tú misma a Susan, querida?

Me alegró oír que la anciana nodriza se dirigía a su ama, que no pasaba de ser una simple jovencita, de manera tan llana y familiar. Me llamó la atención por ser algo totalmente contrario a las envaradas costumbres británicas. ¡Abajo con el demoníaco sistema de separación de clases que rige en este país! ¡Eso digo yo!

-Sí, yo misma se lo llevaré a Susan.

-¿Quieres que te acompañe?

-No, no. De ninguna manera. -Se volvió hacia mí-. Supongo que estará usted muy cansada para .salir de nuevo, después de su paseo por las colinas...

Yo había cenado, había reposado, estaba perfectamente dispuesta a salir otra vez, y así se lo dije.

A Lucilla se le iluminó la cara. Por alguna razón, a saber cuál, había atribuido al parecer cierta importancia al hecho de convencerme de que la acompañara en su paseo.

-Solamente se trata de visitar a una pobre mujer del pueblo que padece de reuma -me dijo-. Tengo una cataplasma para ella, y bien podría hacérsela llegar de otro modo, pero es vieja y obstinada. Si soy yo quien se la lleva, creerá que es un remedio eficaz. Si se la lleva cualquier otro, la tirará como si fuera un desperdicio. Me había olvidado de ella por completo, pues estuve absorta en nuestra larga, interesante, agradable conversación. ¿Nos preparamos, pues, para salir?

Apenas había cerrado la puerta de mi dormitorio cuando oí que alguien llamaba con los nudillos. ¿Lucilla? No: la anciana nodriza que venía de puntillas, con cara de misterio y con el dedo índice puesto sobre los labios para indicarme que me iba a hacer alguna confidencia.

-Le ruego me perdone, señora -dijo con un hilillo de voz-. Creo que es mi deber advertirle de que mi joven ama tiene una intención muy precisa al pedirle a usted que la acompañe esta noche. Está que arde de pura curiosidad... Al igual que todos nosotros, a qué negarlo Ayer noche hizo que yo la acompañara y utilizó mis ojos para ver, pero no la han dejado del todo satisfecha. Ahora, lo que quiere es probar a ver con sus ojos de usted.

-¿En qué tiene tanta curiosidad la señorita? -inquirí.

-Es muy natural, pobrecita mía -prosiguió la anciana llevada por su

propio pensamiento y sin hacer la menor referencia a mi pregunta-. Es que nadie ha conseguido averiguar nada de él. Suele dar su paseo al atardecer. Es casi seguro que esta noche se lo encuentren, y así podrá juzgar usted por sí misma, señora... Con una jovencita inocente como la señorita Lucilla... ¿Qué será lo más sensato que se pueda hacer?

Esta extraordinaria respuesta encendió en llamaradas mi curiosidad.

-¡Mi buena señora! -dije-. ¡Olvida usted que soy nueva en el lugar! No sé de qué me está hablando. ¿Tiene al menos un nombre ese hombre misterioso? ¿De quién se trata?

Según decía esto, alguien llamó a la puerta.

-¡Señora, no me delate, se lo ruego! -susurró Zillah con ansiedad-. Lo verá usted con sus propios ojos. Yo sólo se lo digo por el bien de mi joven señora.

Se alejó cojeando y abrió la puerta. Allí estaba Lucilla, con su elegante sombrero de paseo, esperándome.

Salimos al jardín por la puerta de nuestra ala del edificio, atravesamos una reja que hacía las veces de cancela en la tapia y nos dirigimos al pueblo.

Tras la precaución que me había contagiado la nodriza me fue imposible formular ninguna pregunta; de lo contrario, habría corrido el riesgo de embrollar nuestra vida doméstica el día mismo en que me sumaba a ella. Abrí bien los ojos y esperé a que se produjeran los acontecimientos. También cometí, de entrada, una torpeza imperdonable: le ofrecí a Lucilla mi brazo para guiarla. Ella se echó a reír.

-¡Mi querida madame Pratolungo! Conozco el camino mucho mejor que usted. Puedo recorrer los alrededores a mi antojo sin más ayuda que ésta.

Sostuvo en alto un bonito bastón con la empuñadura de marfil, rematado por una borla de seda brillante. Con el bastón en una mano y el frasco de medicamento en la otra, con su pícaro sombrerito bien encasquetado, componía la más bella y pintoresca estampa que había visto yo en mucho tiempo.

-Será usted quien me guíe, querida -le dije a modo de disculpa, y la tomé del brazo para seguir por el camino del pueblo.

A la media luz del crepúsculo no nos cruzamos con nadie que semejara una misteriosa silueta. Vi a unos cuantos labriegos esparcidos por aquí y por allá, los mismos que ya había visto antes, y nada más Lucilla permanecía en silencio: a tenor de lo que me había dicho Zillah, me dije, iba sospechosa y llamativamente callada. Tal como había supuesto, tenía el aire de una persona que aguzara el oído al máximo. Llegamos a la casa de la mujer reumática, se detuvo y entró mientras yo la esperaba junto a la puerta. El asunto de la cataplasma no duró mucho. Salió al cabo de un minuto, y esta vez me tomó del brazo por decisión propia.

-¿Vamos un poco más allá? -propuso-. A esta hora de la tarde se está tan bien a la fresca...

El objetivo que ella tuviera en mente, fuera cual fuese, estaba evidentemente algo más allá del pueblo. En el crepúsculo solemne y apacible seguimos por las desiertas revueltas del valle, las mismas por donde había pasado yo por la mañana. Cuando llegamos frente a la casa pequeña y

solitaria que conocía yo con el nombre de Browndown, noté que inconscientemente me apretaba con la mano en el brazo. «¡Aja! -me dije-. Tendrá Browndown algo que ver con todo esto?»

-¿Está muy solitario esta noche el paisaje? -preguntó Lucilla a la vez que abarcaba toda la panorámica con un movimiento de su bastón.

Interpreté que el verdadero significado de su pregunta era más bien éste: «¿Ve usted a alguien que haya salido a dar un paseo por ahí?» No era de mi incumbencia desentrañar el sentido de su pregunta mientras ella no me hubiera confiado su secreto.

-Querida, en mi opinión la vista es espléndida.

Eso fue cuanto le dije.

De nuevo guardó silencio y quedó como absorta en sus pensamientos. Doblamos una nueva revuelta del valle y allí, caminando en dirección contraria, por fin apareció una figura humana: ¡la figura de un hombre a solas!

A medida que nos fuimos acercando me percaté de que era un caballero: iba vestido con una liviana chaqueta de caza y llevaba un sombrero de fieltro de forma cónica, al estilo italiano. Un poco más cerca... vi que era joven. Más cerca aún... y descubrí su apostura y, aunque sin duda apuesto, lo era de manera un tanto afeminada. En ese mismo instante oyó Lucilla sus pasos. Se le subió el color en el acto; de nuevo sentí que involuntariamente me apretaba el brazo con su mano. (¡Bien! ¡Por fin me salía al paso el misterioso objeto de la advertencia que me hizo Zillah!)

No me duelen prendas al reconocerlo: tengo buena vista para los hombres apuestos. Lo miré mientras nos cruzábamos. Puedo asegurar al lector, y lo hago con toda solemnidad, que no soy una mujer fea. No obstante, en el momento en que se encontraron nuestras miradas, vi que de pronto se contraía el rostro del caballero desconocido con una expresión que a las claras me indicó la impresión desagradable que yo le había producido. No sin ciertas dificultades, pues mi compañera de paseo me sujetaba por el brazo de tal modo que parecía más que dispuesta a hacer un alto en el camino, apreté el paso para rebasarlo cuanto antes, poniendo de manifiesto, me atrevería a decir, que ese cambio de expresión en su rostro, en el momento en que lo miré, me había parecido una impertinencia por su parte. Fuera como fuese, al cabo de un brevísimo intervalo oí sus pasos tras nosotras. El hombre se había dado la vuelta para seguirnos.

Se me acercó por el lado opuesto al de Lucilla y se quitó el sombrero.

-Le ruego que me disculpe, señora -dijo-. Usted me acaba de mirar.

Nada más tomar la palabra el caballero, Lucilla se sobresaltó. Comenzó a temblarle la mano con que me sujetaba el brazo con una agitación que me resultó inconcebible. Con la doble sorpresa que me produjeron ese descubrimiento y el hecho de verme bruscamente acusada de haber ofendido a un caballero por haberlo tan sólo mirado, sufrí la más excepcional de las pérdidas en lo que a una mujer atañe, pues perdí la capacidad de habla.

No me dio tiempo de recobrarme. Procedió a decir lo que tenía previsto, y habló, nótese, con el tono perfecto de un caballero de buena crianza, sin el menor desatino en su semblante, sin ninguna rareza en su actitud.

-Discúlpeme si me aventuro a hacerle una pregunta que tal vez fe parezca muy extraña -siguió-. ¿Estuvo usted por ventura en Exeter el día 3 del mes pasado?

(Si para entonces no hubiera recobrado la facultad de hablar, no habría sido yo ni la mitad de mujer que soy.)

-Nunca en mi vida he puesto los pies en Exeter, señor mío -repuse-. ¿Puedo por mi parte preguntarle a qué se debe tal pregunta?

En vez de responder, el caballero miró a Lucilla.

Estaba claramente a punto de preguntar si Lucilla había estado en Exeter en la fecha señalada, pero se contuvo. Presa del interés que sentía por lo que estaba ocurriendo, sin aliento casi, Lucilla se había vuelto de frente al caballero. Aún quedaba luz suficiente para que sus ojos relatasen por sí solos su triste historia aunque fuese a su manera, en silencio. Al leer en ellos la verdad, se produjo un nuevo cambio en la expresión del hombre, que pasó de su previa mirada escrutadora y atenta a un inequívoco gesto de compasión, aunque poco me ha faltado para decir «de consternación». Volvió a quitarse el sombrero y me dedicó un gesto de cortesía con el que quiso expresar su más profundo respeto.

-Le ruego que me perdone -dijo de todo corazón-. Le ruego que me perdone también la damisela. Perdonen, por favor. Les aseguro que mi extraño comportamiento tiene una disculpa, desde luego que la tiene. Si pudiera atreverme a explicárselo... Me afligió usted al mirarme de ese modo. Lamento no poder explicarles el porqué. Buenas tardes.

Se dio la vuelta con prisas, como un hombre confundido y avergonzado de sí, y de ese modo nos dejó donde nos habíamos encontrado. Tan sólo puedo repetir que no percibí nada raro ni veleidoso en su talante. Un perfecto caballero en sus cabales: ésta es la justa descripción que puedo hacer de él, sin exageraciones de ninguna clase.

Miré a Lucilla. Estaba quieta, vuelto su ciego semblante hacia el cielo, perdida en su interior como una persona sumida en el éxtasis.

-¿Quién es ese hombre? -le pregunté.

Mi pregunta la hizo caer bruscamente del cielo y bajar de golpe a la tierra.

-¡Oh! -me reprochó-. ¡Todavía tenía .su voz en los oídos... y ahora la acabo de perder! ¿Quién es? -añadió pasado un momento, repitiendo así mi pregunta-. Pues nadie lo sabe. Dígame... ¿cómo es? ¿Es guapo? ¡Con esa voz, tiene que serlo!

-¿Es la primera vez que escucha usted su voz? -inquirí.

-Sí. Ayer nos cruzamos con él cuando salí a pasear con Zillah, pero no dijo nada. Dígame, ¿cómo es? ¡Se lo ruego! ¿Cómo es?

Noté en ella tan apasionada impaciencia, y eso me aconsejó que no me tomara a la ligera su interés. Ya rondaba la noche. Me pareció oportuno y sensato proponer que volviéramos a la casa. Lucilla consintió en hacer lo que yo quisiera, a cambio de que accediera a describirle cómo era el desconocido.

Durante todo el camino de vuelta fui interrogada y vuelta a interrogar a conciencia, hasta que me sentí como un testigo sometido a un hábil examen

cruzado ante un tribunal. Lucilla de momento pareció darse por satisfecha con los resultados.

-¡Ah! -exclamó, y así dio suelta al secreto que me había confiado la anciana nodriza-. Usted sí que sabe sacar provecho de sus ojos, porque Zillah no supo decirme nada de nada.

Al llegar a la casa, su curiosidad dio un nuevo giro.

-¿Exeter? -dijo como si hablara consigo misma-. Hizo mención de Exeter, ¿verdad? En eso soy como usted: jamás he estado allí. ¿Qué nos dirán de Exeter los libros? -Ordenó a Zillah que fuese al otro extremo de la casa en busca de una guía geográfica. Yo seguí a la anciana por el pasillo y la tranquilicé en un susurro.

-He guardado en secreto lo que usted me dijo -le confié-. El hombre apareció a la luz del crepúsculo, tal como me avisó usted. He hablado con él, y ahora me invade la misma curiosidad que a todos ustedes. Vaya a buscar el libro.

A decir verdad, Lucilla me había contagiado su idea. Yo también pensaba que la guía tal vez nos sirviera de ayuda para desentrañar la llamativa pregunta que me hizo el desconocido en lo tocante al día 3 del mes anterior, así como su extraordinaria afirmación de que yo le había afligido al mirarlo a la cara. Con la nodriza sin resuello a un lado y Lucilla conteniendo la respiración al otro, abrí el libro por la «E» y leí en voz alta el párrafo siguiente:

-EXETER: Ciudad con puerto de mar en el condado de Devonshire. Antigua sede palaciega de los reyes sajones. Tiene una intensa actividad comercial, tanto interior como con otras ciudades del extranjero. Población, 33.738 habitantes. Las sesiones del Tribunal Superior de Justicia del condado de Devonshire se celebran en Exeter en primavera en verano.»

-¿Nada más? -preguntó Lucilla.

Cerré el libro y contesté con idéntico laconismo que el mozo de Finch:

-Nada más.

CAPITULO V

Visión del hombre a la luz de un candil

Apenas había luz suficiente para leer. Zillah encendió las velas y corrió las cortinas. Reinaba en la sala ese silencio que suele ser indicio de una profunda desilusión.

-¿Quién podrá ser? -repitió Lucilla por enésima vez-. ¿Por qué le habrá afligido que usted lo mirase? ¿Qué supone usted, madame Pratolungo?

La última frase que dedicaba la guía a Exeter se me había quedado grabada en la cabeza a consecuencia de la locución que contenía, y que yo no entendía del todo, por desconocer el funcionamiento de las sesiones del Tribunal Superior de justicia. Espero haber demostrado a estas alturas que poseo un dominio más que aceptable de la lengua inglesa. Sin embargo, mi experiencia es más bien escasa en lo tocante a frases consagradas a los usos legales. Pregunté qué sentido tenía aquello de las sesiones del Tribunal Superior de justicia y se me informó de que eran tribunales de carácter itinerante, en los que se juzgaba a los detenidos en diversos puntos de Inglaterra. De inmediato llegué a la suposición de que el desconocido era un criminal que se había fugado cuando iba a ser juzgado en Exeter por el Tribunal Superior de Justicia.

La valiosa y anciana Zillah se puso en pie de un salto, convencida de que había dado en el clavo, como dice el refrán inglés.

-¡La misericordia de Dios nos asista! -exclamó la nodriza-. ¡No he cerrado con candado la cancela del jardín!

Salió de la estancia a todo correr para defendernos de cualquier ladrón o asesino que nos rondara antes de que fuera demasiado tarde. Miré a Lucilla. Estaba reclinada en su sillón, con una sonrisa despectiva en su hermosa cara.

-Madame Pratolungo -comentó-, ésa es la primera estupidez que le oigo decir desde su llegada.

-Espere un poco, querida -repliqué-. Usted misma ha declarado que nada sabe de ese hombre. Ahora comprendo que con eso quiere decir que no sabe nada... que a usted la satisfaga. Porque supongo que no habrá caído del cielo, ¿verdad? Es preciso saber cuándo tuvo lugar su llegada. También habrá que averiguar si llegó solo o acompañado. Asimismo, hay que descubrir dónde y cómo ha encontrado alojamiento en el pueblo. Antes de reconocer que mi suposición carece de todo fundamento y es errónea, quiero saber cuál es la impresión general que se tiene en Dimchurch a propósito de este caballero. ¿Hace cuánto que está aquí?

Al principio no pareció que Lucilla tuviera demasiado interés por la visión puramente práctica del asunto, al menos tal como yo se lo había planteado.

-Lleva aquí una semana -repuso sin inmutarse.

-¿Llegó igual que yo, por las colinas?

-Si.

-Acompañado por un guía, claro.

Lucilla se incorporó un punto en su sillón.

Librodot

-Con su hermano -dijo-. Con su hermano gemelo, madame Pratolungo.

Fui yo la que se incorporó entonces en su sillón. La aparición de su hermano gemelo en esta historia era por sí sola una notable complicación. ¡Dos criminales huidos del Tribunal Superior de Justicia, no uno solo!

-:Cómo llegaron hasta aquí?

-Eso no lo sabe nadie.

-Y, al llegar, ¿adónde se dirigieron?

-A Las Manos Cruzadas, la taberna que hay en el pueblo. El dueño le dijo a Zillah que su parecido lo dejó de una pieza. Era imposible saber cuál era uno y cuál era el otro tenían un parecido extraordinario incluso para ser gemelos. Llegaron a primera hora, cuando el salón estaba desierto. Hablaron los dos en privado, hablaron largo y tendido. Cuando dieron por terminada su conversación, llamaron al tabernero y le preguntaron si tenía una habitación libre. Seguramente habrá visto usted que Las Manos Cruzadas es una taberna, no una posada. El dueño tenía una habitación que le podía alquilar, pero era poco más que un cuchitril. No era, en todo caso, el cuarto más indicado para dar alojamiento a un caballero. A pesar de todo, uno de los hermanos lo aceptó.

-¿Y qué fue del otro hermano?

-Se marchó aquel mismo día... aunque muy a su pesar. La despedida fue conmovedora. El gemelo que habló esta noche con nosotras insistió en que se despidieran. De haber sido por el otro, no habría accedido a separarse de él. Lloraron los dos...

-Fue mucho peor -dijo Zillah, que en ese momento regresó a la estancia-. He cerrado todas las puertas y ventanas de la planta baja a conciencia. Ahora, por mucho que lo intente le será imposible entrar en la casa.

-¿Peor que echarse a llorar los dos al despedirse? -pregunté.

-¡Se besaron! -dijo Zillah con un gesto de intenso desagrado-. ¡Dos hombres, fíjese usted! Extranjeros sin duda.

-Nuestro hombre no es extranjero -observé-. ¿No dijeron cómo se llamaban?

-El tabernero preguntó su apellido al que se hospedó en su casa -contestó Lucilla-. Dijo apellidarse Dubourg.

Este dato reforzó mi convicción de que mi suposición no era desacertada. Dubourg es en mi país un apellido tan corriente como Jones o Thompson en Inglaterra. Es el clásico apellido falso que daría un hombre al verse en aprietos estando entre nosotros. ¿Sería el criminal un compatriota mío? ¡No! En su acento, cuando nos habló, no había el menor rastro de extranjería. Era inglés de pura cepa, a mí no me cabía la menor duda. Sin embargo, había dado un apellido francés. ¿Habría insultado deliberadamente a mi país? ¡Sí! No contento con la mancilla de los innumerables crímenes que hubiera cometido, a la lista de sus atrocidades añadió nada menos que un insulto a mi patria.

-En fin -dije para reanudar el asunto-. Hemos dejado a ese rufián en el que nadie ha reparado muy cerca de la taberna. ¿Sigue alojado allí?

-¡Bendito sea Dios! -exclamó la anciana nodriza-. Se ha alojado en los alrededores. Ha alquilado Browndown.

Me volví hacia Lucilla.

-Pero Browndown será propiedad de alguien, ¿no? -dije, y aventuré otra suposición-. ¿Se lo ha alquilado el dueño sin ninguna referencia?

-Browndown pertenece a un caballero que reside en Brighton -contestó Lucilla-. Y la referencia que dio a dicho caballero le remitió a un nombre sobradamente conocido en Londres. Se trata, de hecho, de uno de los grandes comerciantes de la ciudad. Y aquí viene la parte más provocadora de todo el misterio. El comerciante dijo por escrito al caballero de Brighton que «he conocido al señor Dubourg desde su más tierna infancia; en las actuales circunstancias, tiene razones de sobra para desear vivir en el retiro más estricto. Respondo de su honradez, le garantizo que es hombre de honor y que no corre usted ningún riesgo al dejarle su casa en alquiler. Sin embargo, no dispongo de autorización para añadir nada más». Mi padre conoce al propietario de Browndown, y eso es exactamente lo que decían sus referencias al pie de la letra. ¿No le parece provocador? Al día siguiente le fue alquilada la casa por espacio de seis meses. Está pésimamente amueblada. El señor Dubourg ha ordenado que le envíen de Brighton varios enseres que deseaba tener consigo. Además del mobiliario, hoy mismo llegó de Londres un cajón de embalaje. Estaba claveteado de tal manera que fue preciso requerir ayuda del carpintero para proceder a su apertura, y el carpintero ha dicho que estaba repleto de finas láminas de oro y de plata, que iban acompañadas por una caja de herramientas cuyo uso resultó un misterio incluso para él. El señor Dubourg cerró todos estos artículos con llave en una habitación de la parte posterior de la casa y se guardó la llave en el bolsillo. Parecía encantado, pues incluso silbó una melodía, y luego dijo que «con esto nos arreglaremos». La dueña de Las Manos Cruzadas es la autoridad que nos ha informado de todos estos pormenores, pues es ella quien se ocupa de prepararle las pocas comidas que precisa, mientras su hija se encarga de hacerle la cama y todo lo demás. Las dos van a la casa por la mañana y regresan a la taberna por la tarde. No tiene ningún criado. De noche se queda a solas. ¿No le parece interesante? Es todo un misterio trasladado a la vida real. A todos nos tiene desconcertados.

-Pues hay que ser muy raro, querida, para armar todo un misterio con un asunto tan simple como éste -dije.

-¿Simple? -repitió Lucilla con asombro.

-¡Desde luego! Las láminas de oro y plata y las extrañas herramientas, la vida retirada y el hecho de despedir a las criadas cuando cae la noche... Todo apunta hacia la misma conclusión. Creo que mi suposición es correcta. El hombre es un criminal que se ha fugado de la justicia, y su crimen consiste en acuñar moneda falsa. Ha sido descubierto en Exeter pero ha conseguido escapar, y ahora se dispone a empezar aquí de nuevo con sus actividades delictivas. Si por casualidad necesito cambiar mi dinero en moneda fraccionaria, le aseguro que no pienso cambiarlo aquí.

Lucilla se recostó de nuevo en su sillón. Vi que, en lo referente al señor Dubourg, con su actitud me daba por perdida, pues daba por sentado que yo estaba terca e incorregiblemente equivocada.

-¡Un acuñador de moneda falsa cuya honorabilidad recomienda personalmente uno de los primeros comerciantes de Londres! -exclamó-. En Inglaterra hacemos de vez. en cuando cosas muy excéntricas, de acuerdo,

pero nuestra locura nacional tiene su límite, madame Pratolungo, y me temo que a ese límite ha llegado usted. ¿Nos dedicamos un poco a la música?

Lo dijo en un tono un tanto cortante. El señor Dubourg era el héroe de su romántica novelería. Le contrarió, le ofendió muy seriamente mi intento por rebajarlo en su estima.

No obstante, yo persistí en la desfavorable impresión que me había forjado. Entre nosotras, tal como quizás debí decirle, la cuestión que se dirimía era puramente una cuestión de creer o no creer en el comerciante de Londres. A su juicio, la riqueza era garantía suficiente de su integridad. En mi opinión (y hablo como una buena socialista), esa misma circunstancia estaba claramente en su contra. Un capitalista es en cierto modo un ladrón, tal como un falsificador de moneda lo es de otra manera distinta. Que el capitalista recomiende al falsificador o que el falsificador recomiende al capitalista. Tanto en un caso como en otro (por aprovechar el estilo de una excelente obra teatral inglesa), las personas honradas son los blandos almohadones sobre los que reposan y engordan estos bellacos. A punto estuve de exponer esta amplia y liberal visión de las cosas a Lucilla, e incluso la tuve en la punta de la lengua, pero, por desgracia, me fue muy fácil ver que la pobre niña estaba del todo contagiada por los prejuicios propios de la clase social en que vivía. ¿Cómo iba yo a tener el valor necesario para correr el riesgo de que surgiera entre nosotras un grave desacuerdo ya en nuestro primer día? No: era preciso evitarlo. Di un beso a la hermosa muchacha ciega y juntas nos sentamos al piano. Dejé para otra oportunidad más conveniente la tarea de hacer una buena socialista de Lucilla.

Igual habría sido si hubiésemos dejado el piano sin abrir. La música fue un fracaso.

Toqué lo mejor que supe. De Mozart a Beethoven, de Beethoven a Schubert, de Schubert a Chopin. Ella escuchó con su mejor voluntad, dispuesta a dejarse agradar. Me dio las gracias una y otra vez. Cuando la invité, intentó ejecutar una composición que conocía bien de oído. ¡No! El abominable Dubourg, una vez ocupado el lugar principal en su estado anímico, se resistía a desalojarlo. Ella lo intentó, lo intentó con denuedo, pero no consiguió nada. La voz del hombre aún resonaba en sus oídos, y ésa era la única música que aquella noche podía adueñarse de su atención. Ocupé su lugar y me puse a tocar de nuevo, pero de pronto me sujetó la mano sobre el teclado.

-Esta Zillah ahí?-susurró. Le respondí que Zillah se había ido. Apoyó su encantadora cabecita sobre mi hombro y lanzó un histérico suspiro-. No puedo quitármelo de la cabeza -estalló-. ¡Por primera vez en mi vida, qué desdichada me siento! ¡No! Soy feliz por vez. primera en mi vida. ¡Ay! ¿Qué pensará usted de mí? Ni siquiera sé lo que me digo... ¿Por qué le incitó usted a que nos hablase? De no haber sido por usted, tal vez. jamás hubiera oído yo su voz. -irguió la cabeza con un leve estremecimiento y recobró la compostura. Una de sus manos vagó sin rumbo por encima de las teclas, acariciándolas sin tocarlas casi-. ¡Su encantadora voz! -Calló de nuevo. Su mano cayó del teclado y me tomó la mía-. ¿Será esto el amor?-dijo a medias para sí, a medias para que yo la oyese.

Siendo como soy una mujer respetable, vi con toda claridad en qué

consistía mi deber: mi deber no era otro que decirle una mentira.

-No es nada, querida, no es nada. Tan sólo un exceso de excitación y demasiada fatiga -dije-. Mañana volverá a ser usted la de siempre, mi joven señorita. Esta noche tan sólo ha de ser mi niña. Venga, permítame acompañarla a la cama.

Cedió a mi propuesta con un suspiro de cansancio. Qué adorable la encontré con su bonito camisón, arrodillada junto a su cama, inocente y afligida criatura, rezando sus oraciones nocturnas.

Permítaseme reconocer, así es, que soy una mujer un tanto precipitada en el odio y en el amor. Cuando aquella noche me despedí de ella, difícilmente habría sentido más interés ni más ternura por ella, ni siquiera aunque de veras hubiera sido hija mía. A buen seguro, el lector habrá conocido a personas como yo -a no ser que sea el lector una persona sumamente adusta, desde luego-, y me refiero a esas personas que le habrán hablado de manera harto confidencial sobre sus asuntos más privados, ya sea durante un encuentro en un vagón de ferrocarril o bien en la mesa contigua de un restaurante. Yo por mi parte creo que seguiré entablando una súbita amistad casi con cualquier desconocido hasta el día en que me muera. ¡Infame Dubourg! Si aquella misma noche hubiera estado en mi mano ir a Browndown, me habría gustado hacerle lo que una criada mexicana que tuve (en la etapa centroamericana de mi vida) hizo a su marido cuando estaba embriagado, y conste que el marido era una suerte de buhonero que traficaba con látigos y bastones. Una noche le cosió la sábana en que dormía con un hilo resistente, aprovechando que él roncaba a pierna suelta y dormía la mona. Acto seguido, de un rincón sacó todas las mercaderías con que comerciaba y le rompió encima todos los artículos que tenía en venta, hasta dejarlo dentro de la sábana hecho papilla de la cabeza a los pies.

Al no tener a mi disposición este recurso, me senté en mi dormitorio a reconsiderar, caso de que el asunto de Dubourg siguiera su curso, qué era lo que debía hacer yo a continuación.

He dicho antes que Lucilla y yo pasamos la tarde sin nada mejor que hacer que hablar de nosotras tal como acostumbran las mujeres. El lector comprenderá mejor qué curso tomaron mis acciones si previamente relato los principales detalles que me comunicó Lucilla en lo tocante a la singular posición en que se encontraba ella en casa de su padre.

CAPÍTULO VI

La jaula de los Finch

Las familias numerosas, al menos según mi experiencia, suelen ser de dos clases. Por un lado están las familias cuyos miembros se admiran los unos a los otros. Por otro, las familias cuyos miembros se detestan. Personalmente, prefiero las del segundo tipo. Sus disputas y sus riñas son asunto suyo, y tienen además un mérito que jamás se encuentra entre las primeras, al menos que se sepa: es el mérito consistente en saber descubrir a veces las buenas cualidades de aquellas personas que carecen de la ventaja de tener lazos de sangre con quien las mira. Las familias cuyos miembros se admiran entre sí son familias saturadas por una presunción insufrible. Si en compañía de estas personas alguien decide hablar de Shakespeare y calificarlo como un hombre dotado de un intelecto supremo, algún miembro de la familia, casi seguro que del sexo femenino, no dejará de hacer hincapié en que también se podría haber ilustrado esa misma supremacía, sólo que de modo mucho más completo y convincente, poniendo por preclaro ejemplo a su «querido papá». Sale una a dar un paseo con uno de los componentes masculinos de la familia y ve pasar por la calle a una mujer que le arranca esta exclamación: «¡Qué criatura tan encantadora!». Su acompañante sonreirá ante la simpleza de una, sin dejar de preguntarle si es que nunca ha visto a su hermana vestida para asistir a un baile de gala. Estas son las familias cuyos miembros no pueden separarse sin tener que escribirse a diario. Leen ante cualquiera extractos de las cartas recibidas, que comentan de esta guisa: «Dígame, ¿dónde está el escritor profesional que pueda igualar un párrafo como éste?». Hablan de sus asuntos privados en presencia de cualquiera, y al parecer dan por sentado que a todo el mundo debieran interesar dichos asuntos. Se cuentan sus chistes en la mesa, en presencia de la persona menos indicada, y les extraña que no nos hagan tanta gracia como a ellos. En los círculos domésticos de este tipo, las muchachas por lo común se sientan sobre las rodillas de los hermanos y los maridos preguntan en público por las cuestiones relativas a la salud de sus esposas con la misma despreocupación que si estuvieran a resguardo, en su propio dormitorio. Cuando lleguemos a un estadio más avanzado en el progreso de la civilización, el estado se ocupará de proporcionar jaulas en las cuales encerrar a estas personas insufribles, y en las esquinas de las calles se colgarán carteles bien visibles, letreros de este tenor: «Cuidado con el nº 12. ¡Familia cuyos miembros viven en estado de mutua admiración!».

Por lo que me dijo Lucilla, deduje que los Finch pertenecían a la segunda categoría de las familias numerosas. De los integrantes de este grupo doméstico, prácticamente ni uno solo se dignaba a dirigir la palabra a ningún otro del mismo grupo. Y si bien alguno había pasado varios años separado del seno familiar, no había causado la menor molestia al servicio postal de Su Majestad la Reina para que transmitiese ni la menor expresión de sus sentimientos a ninguno de los demás.

La primera esposa del reverendo Finch fue una tal señora Batchford. Los miembros de su familia (que en el momento en que se celebró la boda eran solamente su hermano y su hermana) se manifestaron radicalmente en contra del hombre que ella eligió por esposo. En este caso adoptaron la decisión (¡me río yo de estos despreciables distingos!) de que el rango de un

Librodot

Finch no tenía parangón con el rango de un Batchford. No obstante, la señorita se casó. Su hermano y su hermana prefirieron no estar presentes en la ceremonia. Primera disputa.

Nació Lucilla. El hermano mayor del reverendo Finch (que no se dignaba a hablar con ningún miembro de la familia) intervino con una propuesta muy cristiana, a saber, estrecharse las manos en señal de paz sobre la cuna de la recién nacida. Los Batchford, magnánimos, dieron su beneplácito. Primera reconciliación.

Pasó el tiempo. El reverendo Finch, que por entonces desempeñaba sus funciones sacerdotales en una parroquia próxima a una gran ciudad industrial, tuvo cierta necesidad (o carencia de dinero) y se tomó cierta libertad (pedir un préstamo a su cuñado). El señor Batchford, hombre acaudalado donde los hubiera, contempló este gesto, ocioso es decirlo, a la luz de un insulto. La señorita Batchford se puso de parte de su hermano. Segunda disputa.

Pasó el tiempo, igual que había pasado antes. Murió la primera señora Finch. El hermano mayor del reverendo Finch (cuya enemistad con el resto de la familia seguía siendo enconada) hizo una segunda propuesta no menos cristiana que la primera, a saber, estrecharse las manos en señal de paz con la familia política de su hermano sobre la tumba de la difunta. Los desconsolados Batchford aceptaron de nuevo. Segunda reconciliación.

Pasó otra temporada. El reverendo Finch, viudo y con una hija, trabó amistad con un habitante de la gran ciudad cerca de la cual ejercía su profesión eclesiástica, que también era viudo y también tenía una hija. El estatus del padre, en este caso referido a lo social, lo político y lo religioso, era el siguiente: zapatero, radical y anabaptista. El reverendo Finch, que seguía acuciado por la necesidad de dinero, se lo tragó todo y se casó con la hija del viudo, que aportó una dote de tres mil libras. Este proceder lo malquistó para siempre no sólo con los Batchford, sino también con su hermano mayor, el pacificador de las disputas anteriores. Ese cristiano tan encomiable dejó de dirigir la palabra a su hermano el clérigo, así como al resto de su familia. El reverendo se vio así sumido en un absoluto aislamiento. Con puntualidad inaudita se prestó la segunda señora Finch a estrecharle la mano a su hermano político no sólo sobre una cuna, sino que hubo algunos años en que las cimas fueron dos. ¡Vana y meritoria fertilidad! Nada se siguió de tantas oportunidades de hacer las paces como tuvieron, nada, salvo una suerte de solución de compromiso. Lucilla, bastante desatendida en medio de la segunda familia del reverendo, que aumentaba a gran velocidad, obtuvo permiso para visitar a su tía y a su tío maternos durante determinados periodos del año. Pese a nacer a todas luces en plena posesión del sentido de la vista, la pobre niña quedó ciega antes de cumplir un año, y su ceguera resultó incurable. Salvo por ese detalle, en todos los demás aspectos tenía un asombroso parecido con su madre. El tío Batchford, solterón empedernido, y su vieja hermana, no menos solterona, desarrollaron con el tiempo un fortísimo afecto por la niña. «Nuestra sobrina Lucilla -decían los dos- ha satisfecho nuestras mayores esperanzas. ¡Es una Batchford, no una Finch» El padre de Lucilla, trasladado para entonces a la casa rectoral de Dimchurch, dejaba que dijeran cuanto quisieran decir. «Tú espera un poco, ya verás como de ésta sale algún dinero»: eso era todo lo que

se decía. ¡Ciertamente, tenía una apremiante necesidad de dinero! La fructífera señora Finch no cesaba de multiplicar las cunas un año tras otro, hasta el punto de que, el médico que la atendía (por contrato expreso), un buen día se cansó y dijo; «No es cierto que en esta vida todo se acabe tarde o temprano. La capacidad reproductora de la señora Finch no tiene fin».

Lucilla dejó de ser niña y se hizo mujer. Cumplió veinte años antes de que se hicieran realidad las esperanzas de su padre.

El tío Batchford murió sin haberse casado, y repartió su fortuna entre su hermana y su sobrina. Cuando fuera mayor de edad, Lucilla recibiría una pensión de quinientas libras al año aunque no sin cumplir ciertas condiciones, que fueron estipuladas con detalle. Dichas condiciones tendrían por efecto (primero) que resultase absolutamente imposible, bajo ninguna clase de condiciones, que el reverendo Finch heredase ni una sola moneda de ese dinero, y (segundo) que Lucilla fuera alejada de la casa de su padre y que estuviera al cuidado de su tía la solterona en tanto no contrajera matrimonio, al menos por espacio de tres meses cada año.

El testamento reconocía la finalidad de esta segunda condición con absoluta llaneza: «Muero tal como he vivido -escribió el tío Batchford-, siendo un devoto de la Iglesia y un conservador. La herencia que por el presente documento lego a mi sobrina sólo se llevará a efecto en las condiciones que estipulo, a saber, que en determinados periodos sea apartada de las perniciosas influencias, discrepantes y radicales, a que está sujeta bajo el techo de su domicilio paterno, y que de su cuidado y educación se ocupe una sabia mujer inglesa que sume a las ventajas de su nacimiento y su crianza la posesión de muy elevados y honorables principios...» Etcétera, etcétera. ¿Es posible concebir cuáles fueron los sentimientos del reverendo Finch cuando estaba sentado junto a su hija, entre el resto de los presentes, en el momento en que se dio lectura pública a estas palabras? Se puso en pie como un auténtico caballero inglés y les endilgó un discurso. «Damas y caballeros -dijo-, reconozco que en materia de política soy un liberal y que la familia de mi esposa es discrepante en materia de religión. A manera de ejemplo de los principios que rigen en mi domicilio, les ruego se den por enterados de que mi hija acepta este legado con mi pleno consentimiento y permiso, y que otorgo mi perdón al señor Batchford.» Dicho esto se marchó con su hija del brazo. Nótese que había oído mas que suficiente para quedar satisfecho ya que Lucilla (mientras no contrajese matrimonio) podría hacer lo que le viniera en gana con su pensión anual. Antes de regresar a Dimchurch, el reverendo Finch ya había ideado una disposición doméstica completamente nueva que permitiría a su hija ocupar una zona independiente en la casa rectoral, a la vez que dejaría en los bolsillo de su padre, como aportación de la señorita Finch a su manutención y demás gustos domésticos, la bonita suma de quinientas libras al año.

(¿Quiere saber el lector qué sentí cuando me enteré de esto? Sentí un hondísimo pesar de que ese Finch, defensor de los principios liberales, no hubiera estado en calidad de tercer socio con mi pobre Pratolungo y conmigo en América Central. Con sus consejos, ¡habríamos salvaguardado la sagrada causa de la libertad sin haber gastado un solo penique en el intento!)

El ala antigua de la casa rectoral, hasta entonces deshabitada, fue restaurada y amueblada... a expensas de Lucilla. El día de su vigésimo

primer cumpleaños terminaron las obras de acondicionamiento; se pagó el primer plazo en concepto de manutención y demás gastos domésticos y la hija se acomodó con toda independencia, ¡alquilada en casa de su padre!

Con objeto de apreciar a carta cabal el ingenio de Finch será necesario añadir aquí que Lucilla había dado muestras, a medida que fue creciendo, de un desagrado cada vez mayor ante el hecho de vivir en su propia casa. Debido a su ceguera, el incesante alboroto de los pequeños le causaba no pocos quebraderos de cabeza. Su madre adoptiva y ella no tenían nada en común, ni la menor simpatía mutua. Las relaciones que tenía con su padre se hallaban poco menos que en esa misma condición. Se compadecía de su pobreza y sabía tratarlo con la tolerancia y el respeto que le debía por ser su hija. En cuanto a que de veras lo amase y lo venerase, cuanto menos digamos mejor será. Sus momentos más felices eran los que pasaba con su tía y, antes, con su tío; sus visitas a los Batchford se habían alargado más con cada nuevo año. Si el padre, al apelar a la simpatía de la hija, no hubiese tenido la destreza de aunar la preservación de su independencia con el hecho de seguir bajo el techo de su domicilio, al llegar la mayoría de edad Lucilla se habría marchado a vivir con su tía o se habría establecido por su cuenta. Tal como estaba la situación, el reverendo párroco de Dimchurch se había asegurado sus quinientas libras al año en términos aceptables por ambas partes y, por si fuera poco, tenía a su hija sana y salva delante de sus propias narices. Y es que vale la pena anotar que sólo existía una posibilidad que amenazara su futuro: ¡la posibilidad de que Lucilla contrajera matrimonio!

Tal era la extraña situación doméstica de esa interesante criatura en el momento en que yo llegué a su casa para ponerme a su servicio.

Ahora comprenderá el lector qué desconcertada me sentí al rememorar lo que había ocurrido durante la tarde en que llegué, y cuando me pregunté qué curso debían tomar a continuación mis actos en lo tocante al misterioso desconocido. En Lucilla había descubierto a una persona solitaria, desamparada, dependiente de los demás a causa de su ceguera, y en esa triste condición se encontraba sin una madre o una hermana, sin una amiga siquiera, en cuya amistad pudiera refugiarse o a cuyos consejos pudiera confiarse. Yo había producido en ella una primera impresión favorable; me había granjeado su aprecio tal como ella se granjeó el mío. La había acompañado a dar su paseo vespertino, inocente y sin albergar la menor sospecha de lo que a ella le pasaba por las mientes. Por pura casualidad había hecho yo posible que un desconocido intensificara el imaginario interés que ella tenía por él, al provocarle de tal modo a que hablase y ella lo escuchara por vez primera. En un momento de cierta agitación histérica, y por la simple desesperación de no saber a quién confiarse, la pobre, ciega y solitaria muchacha, me había abierto a mí su corazón. ¿Qué debía hacer yo?

Si el caso hubiera sido normal y corriente, todo este asunto habría resultado de lo más ridículo.

El caso de Lucilla no era, sin embargo, el de las demás chicas en general.

La mente de los ciegos, en razón de una cruel necesidad, tiende a estar a la fuerza vuelta sobre sí misma. Los ciegos viven separados de nosotros, y qué desesperadamente separados, encerrados en su propia esfera oscura,

Librodot

una esfera de la que nada sabemos. ¿Qué alivio podría recibir Lucilla del mundo que la rodeaba? Ninguno. Parte de su desolada libertad consistía en no tener cortapisas para abundar sin descanso en el ser ideal que había soñado. Dentro de los estrechos márgenes de la única impresión que le había sido posible formarse sobre ese hombre, la impresión causada por la belleza de su voz, su imaginación podía funcionar sin restricción de ninguna clase en las tinieblas inmutables de su vida. ¡Qué panorama! Terrible al figurármelo. Sí, es muy fácil, ya lo sé, ver las cosas justo al revés y reírse de la rematada locura de una muchacha que primero excita su imaginación a propósito de un completo desconocido y después, nada más oírle hablar, se enamora de él. Añádase, en cambio, que la muchacha es ciega, que habitualmente vive en un mundo imaginario, que no tiene en casa a nadie que pueda ejercer una sana influencia sobre ella. ¿No hay nada digno de compasión en un estado como éste? Por mi parte, pese a proceder de un país ligero de corazón, que suele reírse de casi todo, vi que mi rostro se tornaba horriblemente grave y avejentado mientras estaba sentada aquella noche ante el espejo, cepillándome el cabello.

Miré mi cama. ¡Bah! ¿De qué me iba a servir acostarme?

Lucilla era dueña y señora de sus actos. ¡Era perfectamente dueña y señora de dar su próximo paseo a solas hasta Browndown! Y podía ponerse, a pesar de que todo llevara a pensar en lo contrario, a merced de un hombre sin honor, en manos de un intrigante. ¿Quién era yo? Tan sólo su acompañante. No tenía ningún derecho a entrometerme; sin embargo, si algo sucediese, yo sería culpable en cierto modo. Es muy fácil decir: «Tendría usted que haberlo impedido». ¿A quién podría consultar? La valiosa y anciana nodriza no pasaba de ser una criada. ¿Podría acaso remitirme a la linfática señora que a todas horas andaba con un bebé en una mano y una novela en la otra? ¡Absurdo! En su madre adoptiva ni siquiera debía pensar. ¿Su padre? A juzgar tan sólo de oídas, no había extraído yo una favorable impresión de la capacidad que tuviera el reverendo Finch para interceder con éxito en un asunto de estas características. Sin embargo, él era su padre; al menos al principio yo debía tratarlo con mucho cuidado. Al oír que Zillah pasaba por el corredor salí a su encuentro. En el transcurso de una charla breve e informal dejé caer el nombre del dueño de la casa. ¿Cómo era que todavía no había tenido yo ocasión de conocerlo? Pues por una razón excelente. Había ido a Brighton a visitar a un amigo suyo. Estábamos a martes, y no se esperaba su regreso hasta el «día de sermón», esto es, hasta el sábado siguiente.

Regresé a mi habitación a punto de ponerme de mal genio. En semejantes situaciones me funciona la cabeza con una maravillosa libertad. Tuve otro de mis arranques de inspiración. El señor Dubourg se había tomado la libertad de dirigirnos la palabra a la caída de la tarde. Muy bien, pues. Decidí ir a solas a Browndown a la mañana siguiente y tomarme la libertad de hablar con el señor Dubourg.

¿Estuvo esta resolución inspirada solamente por el interés que me había tomado yo por Lucilla? ¿O acaso había estado funcionando mi propia curiosidad en todo momento y bajo la superficie, influyendo en el curso de mis reflexiones sin que yo lo supiera? Me acosté sin preguntármelo. Y recomiendo al lector que también se acueste sin hacerse demasiadas

Librodot

preguntas.

Librodot

CAPÍTULO VII

Visión del hombre a plena luz del día

Cuando aquella noche apagué la vela cometí un error. Me confié por entero y di por supuesto que a la mañana siguiente me despertaría a tiempo. Debí decir a Zillah que me avisara. Pasaron varias horas hasta que pude cerrar los ojos. Y apenas descansé cuando concilié el sueño, casi al amanecer. Luego, por fin me quedé de veras dormida. Cuando desperté y miré el reloj, me asombró ver que eran las diez.

Me levanté de un salto y toqué la campanilla para llamar a la vieja nodriza. ¿Estaba Lucilla en la casa? No, había salido a dar un paseo. ¿A solas? Sí, a solas. ¿Por qué camino? Tomó el que ascendía por el valle, hacia Browndown.

Saqué la elemental conclusión al instante.

Me había tomado una buena ventaja por culpa de mi pereza al malgastar en la cama las preciosas, primeras horas de la mañana. Lo único que me cupo hacer fue seguir sus pasos a toda la velocidad que me fue posible. En media hora o poco más había salido yo también a dar un paseo por mi cuenta, y (¿qué pensará el lector?) también yo tomé el camino que ascendía por el valle, hacia Browndown.

Una soledad idílica y pastoril reinaba en torno a la casita. Seguí hasta rebasarla y llegué a la siguiente revuelta del valle. No se veía una alma. Desanduve el camino hasta Browndown para hacer una somera inspección. Ascendiendo la loma en cuya cima estaba construida la casa me acerqué a ella por la parte de atrás. Todas las ventanas estaban abiertas. Agucé el oído. (¿Habrá quien piense que tuve algún escrúpulo en una situación de tanta urgencia? Bah, tonterías. ¿Quién, si no un imbécil, habría tenido semejante escrúpulo?) Escuché con ambos oídos, y por una ventana del lateral de la casa me llego un rumor de voces. Avancé sin hacer ruido por la hierba y oí la voz de Dubourg. Le contestó una voz femenina. Ajá: la había descubierto. Era Lucilla.

-¡Maravilloso! -le oí decir a él-. Ahora de veras la creo. Tiene usted los ojos en las yemas de los dedos. Tenga, tome esto otro, a ver si sabe decirme qué es.

-Una pequeña vasija -contestó, y lo dijo, doy mi palabra de honor, con tanta naturalidad como si a él lo conociese de antaño-. ¿De qué metal está hecha? ¿De plata No: de oro. ¿De veras la ha hecho usted? ¿Y la cajita también?

-Sí, así es. Tengo un gusto un tanto extraño, ¿verdad? No es corriente que agrade tanto esto de grabar en oro y plata y luego repujar los metales preciosos. Hace años, en Italia, conocí a un hombre que me enseñó los secretos del oficio. Me fascino entonces tanto como me fascina ahora. La pasada primavera, cuando convalecía de una enfermedad, di forma a esa vasija sobre el metal, y luego le añadí los ornamentos.

-¡Otro misterio desvelado! -exclamó ella-. Ahora entiendo para qué quería usted esas láminas de oro y plata que le llegaron desde Londres. ¿Tiene usted conciencia de la fama que le han colgado por estos parajes? Entre nosotros, hay quienes sospechan que se dedica usted a acuñar moneda falsa.

Los dos se echaron a reír tan alegres como una pareja de niños. ¡En serio afirmo que me entraron ganas de unirme a su alborozo! Pero no fue así. Debía cumplir con mi deber de mujer respetable. Mi deber consistía en acercarme un poco más sin dejarme descubrir y comprobar si aquellos dos jóvenes tan alegres y confiados estaban tomándose alguna familiaridad indebida. Una de las dos hojas de la ventana estaba cubierta, por fuera, por una persiana de lamas. Me coloqué tras la persiana y oteé el interior. (Un deber, ay de mí, doloroso, pero deber que a fin de cuentas era preciso cumplir.) Dubourg estaba sentado de espaldas a la ventana. Lucilla, frente a él, me daba la cara. Tenía las mejillas arreboladas de contento. En su regazo vi la pequeña, hermosa vasija de oro. Con sus dedos inteligentes acariciaba la pieza con rapidez, exactamente igual que la tarde anterior los había pasado por mi cara.

-¿Quiere que le diga qué dibujo decora su vasija? -prosiguió.

-¿De veras puede...?

-Juzgue usted por sí mismo. El dibujo es de hojas entrelazadas, con unos pajarillos posados en ellas. ¡Un momento! creo haber palpado hojas como éstas en el ala antigua de la casa rectoral. ¿Son de hiedra?

-Asombroso. Son de hiedra.

-Los pájaros... -siguió diciendo-. No me daré por satisfecha hasta que no le diga de qué pájaros se trata. Tengo unos pájaros de plata como éstos... sólo que son mucho más grandes, en los frascos en que se guarda la mostaza, el azúcar, la pimienta... ¡Búhos! -exclamó con un gritito victorioso-. Son pequeños búhos posados en sus nidos de hiedra. ¡Qué deliciosa decoración! Jamás había oído hablar de nada semejante!

-¡Quédese la vasija! -dijo él-. Me hará usted un gran honor, me complacería... si se queda usted la vasija.

Ella se puso en pie y negó con un gesto... aunque sin embargo no le devolvió la vasija.

-Me la quedaría con mucho gusto -dijo- si no fuera usted un desconocido -dijo-. ¿Por qué no nos dice usted quién es y qué razón tiene para vivir a solas en este lugar tan anodino?

Él se puso de pie ante ella, cabizbajo, y suspiró con amargura.

-Sé que le debo una explicación -contestó-. No me sorprende que la gente tenga ciertas sospechas de mí. -Hizo una pausa y añadió de todo corazón-: A usted no puedo explicárselo. ¡Oh, no! No, a usted desde luego que no.

-¿Por qué no?

-¡No me lo pregunte!.

Lucilla encontró la mesa a tientas con su bastón de marfil, v dejó la vasija sobre ella, aunque con renuencia.

-Buenos días, señor Dubourg -dijo.

El abrió la puerta de la habitación en silencio, para que pudiera salir. Pegada a la pared lateral de la casa, los vi aparecer bajo el porche y atravesar el pequeño recinto que cerraba un murete por el frente de la casa. Nada más salir al prado que se abría a la entrada, la vi volverse e interpelarlo de nuevo.

Librodot

-Si no quiere decirme a mí su secreto -dijo-, ¿se lo diría usted a otra persona? ¿Se lo diría usted a una buena amiga mía?

-¿A qué amiga? -preguntó él.

-A la dama a la que se encontró usted conmigo ayer por la noche.

Él titubeó.

-Me temo que he ofendido a esa dama.

-Razón de más para que le dé una explicación -repuso-. Con que sólo la satisfaga a ella, yo podría invitarle a que viniese de visita. Podría incluso quedarme con su vasija. -Con esa intensa insinuación, le dio la mano y se despidió. El perfecto dominio de sí misma de que había hecho gala en todo momento, su sencilla familiaridad con ese desconocido, tan osados y, sin embargo, tan inocentes, me dejaron petrificada-. Esta misma mañana indicaré a mi amiga que venga a verle -añadió con un ademán imperioso, a la vez que hincaba su bastón en la hierba-. Insisto en que a ella le diga toda la verdad.

Dicho esto, le indicó mediante un gesto que no la siguiera más allá y se encaminó hacia el pueblo.

¿No sorprende al lector su conducta tal como a mí me sorprendió? Lejos de que su ceguera la pusiera nerviosa en presencia de un hombre al que de nada conocía, diríase que tuvo justamente el efecto contrario. Se había mostrado sumamente intrépida.

El se quedó clavado, viéndola alejarse, en el lugar donde Lucilla lo dejó. Su actitud hacia ella, tanto en el interior de la casa como fuera, había sido de una total consideración y un respeto absoluto, justo es decirlo. Toda la timidez o la reserva que pudiera haber existido entre ambos se dio únicamente de su parte. Yo me había puesto un vestido ligero, que no hacía ruido ni siquiera al rozar con la hierba. Salvé el murete del recinto y me aproximé de forma inesperada por su espalda.

-¡Encantadora criatura! -le oí decir para sí. No le había quitado los ojos de encima. Nada más decir estas palabras, le di con mi parasol un seco golpecito en el hombro.

-Señor Dubourg -dije-, estoy esperando a conocer la verdad de sus propios labios.

Se llevó un violento sobresalto y se volvió hacia mí con gran consternación. Se había quedado sin habla. El color le iba y le venía como a una muchachita. Todo el que conozca bien a las mujeres comprenderá que esta conducta por su parte, lejos de ablandarme, sólo me animó a intimidarlo.

-En la situación en que se encuentra actualmente, caballero -proseguí-, ¿le parece honorable por su parte haber traído con añagazas a su casa a una damisela para la cual es usted un completo desconocido, teniendo en cuenta que dicha damisela, a causa de la triste enfermedad que la aflige, tiene todo el derecho del mundo a una tolerancia y a mi respeto mayores incluso que los que debe un caballero a las personas de su sexo?

La coloración de su piel seguía cambiando sin cesar, pero por un instante adquirió una colérica tonalidad encarnada.

-Me hace usted una gran injusticia, señora -contesto-. ¡Es vergonzoso

insinuar siquiera que yo le haya faltado al respeto a esa damisela! Siento por ella la más sincera admiración, y de veras que la compadezco. Las circunstancias me justifican en mi modo de obrar, pues no podría haberlo hecho de otra manera. Le propongo que lo compruebe usted por sí misma, y para ello la remito a la propia damisela.

Había elevado considerablemente su tono de voz: estaba sumamente enojado conmigo. ¿Será preciso añadir que, al ver no muy lejana la posibilidad de que me intimidara, sin sonrojarme cambié de actitud y procuré ser un poco más educada?

-Señor, si le he hecho una injusticia le ruego que me perdone -repliqué-. Dicho esto, tan sólo debo añadir que quedaré plenamente satisfecha cuando conozca de sus propios labios cuáles son esas circunstancias.

Así aplaqué su dignidad ofendida. Su talante afable volvió a relucir.

-La verdad -dijo- es que debo mi conocimiento de la damisela a un perrillo malhumorado que pertenece a los dueños de la taberna. El perro vino siguiendo a la persona que aquí me atiende, y sobresaltó a la damisela al salir a ladrarle cuando ella pasó por delante de esta casa. Después de apartar al perro, le rogué que entrase un momento a sentarse hasta que se hubiese recuperado. ¿Acaso tengo yo la culpa de eso? No negaré que sentí por ella un hondísimo interés y que hice todo lo posible por agasajarla, ya que me había honrado con su presencia en mi casa. ¿Puedo preguntarle si está usted satisfecha?

Con toda la voluntad del mundo por mantener la desfavorable opinión que de él tenía, a esas alturas me vi justamente obligada a reconocer, siquiera fuese para mis adentros, que dicha opinión era un craso error. Por el tono y la actitud, así como por su lenguaje, su explicación fue propia de todo un caballero.

Además, aunque para mi gusto fuese un poquito afeminado, tuve que reconocer que era un joven de considerable apostura. Tenía el cabello de un fino color castaño, brillante, con una ondulación natural. Sus ojos eran del castaño más claro que he visto en mi vida, y tenía en ellos una singular y afable expresión de conquistador. En cuanto a su tez, era tan lechosa, tan inmaculada y rubia, que no tenía derecho a ella: debería haber sido la tez de una mujer, o en todo caso de un muchachito. Ciertamente, más parecía un muchachito que un hombre: en su cara, lisa y despejada, no tenía ni rastro de barba ni de bigote. Si me lo hubiera preguntado, habría supuesto (aunque en realidad fuera tres años mayor) que era más joven que Lucilla.

-Nuestro trato ha comenzado de manera un tanto extraña, caballero -dije-. Ayer noche me habló usted de manera muy rara, y esta mañana me he precipitado yo con usted. Le ruego que acepte mis disculpas y procuremos hacernos mutuamente, al final, la debida justicia. Antes de que nos despidamos tengo algo más que decirle. ¿Me considerará usted una mujer fuera de lo corriente si a continuación le sugiero que también me invite a mí a sentarme un rato en su casa?

Se rió con una placentera risa de evidente buen humor, y me condujo al interior de la casa.

Entramos en la habitación en que había recibido a Lucilla; nos sentamos en dos sillas próximas a la ventana, con la diferencia de que yo me

Librodot

las ingenié para apropiarme del asiento que había ocupado él, de modo que él quedó de cara a la luz.

-Señor Dubourg -comencé-, seguramente habrá supuesto usted que oí lo que la señorita Finch le dijo al despedirse...

Inclinó la cabeza para reconocer en silencio que así era, y comenzó a jugar, nervioso, con la vasija de oro que Lucilla había dejado sobre la mesa.

-¿Qué me propone que hagamos? -continué-. Usted me ha hablado del interés que siente por mi joven amiga. Si se trata de un interés verdadero, le llevará sin duda a obtener merecidamente su buena opinión siempre y cuando acceda usted a cumplir la petición que ella le ha hecho. Dígamelo si es tan amable con toda llaneza. ¿Vendrá a visitarnos convertido en un caballero que ha satisfecho a dos damas deseosas de recibirlo en calidad de vecino y amigo? ¿O me obligará usted a comunicar al rector de Dimchurch que su hija corre un gran peligro al permitir que un personaje de dudosa reputación le imponga el trato que él desee?

Depositó la vasija sobre la mesa Y adquirió una mortuoria palidez.

-Si usted supiera lo que yo he sufrido... -dijo-. Si hubiera tenido que soportar usted lo que yo me he visto obligado a soportar... -Le falló la voz; los ojos castaños, de mirada suave, se le humedecieron; se quedó cabizbajo. No dijo nada más.

Al igual que al común de las mujeres, a mí me gusta que un hombre se conduzca como tal. A mi juicio, había algo débil y femenino en el modo en que el tal Dubourg acogió la propuesta que yo le acababa de hacer. No sólo logró conmoverme, sino que incluso corrió el riesgo de acicatear mi desprecio.

-También yo he sufrido -respondí-. También yo me he visto obligada a soportar grandes penurias. Sin embargo, hay una clara diferencia entre nosotros. A mí no se me ha agotado el coraje: sigo teniendo valentía. Si yo estuviera en su lugar, si me considerase un hombre de honor, no permitiría que se posara sobre mí ni un solo instante la más leve sospecha. Cueste lo que cueste, yo me empeñaría en declararme libre de toda culpa, y trataría de demostrarlo. Me daría vergüenza sollozar. Yo haría uso de la palabra.

Eso le picó. Se puso en pie.

-¿Se ha visto usted bajo la mirada de cien ojos crueles? ¿Se ha visto usted señalada sin misericordia por donde quiera que fuese? ¿Le han puesto a usted en la picota de los periódicos? ¿Han proclamado las fotografías su infame notoriedad en todos los escaparates? -Se dejó caer en su silla y se retorció ambas manos, presa de un evidente frenesí-. ¡Ah, el público! -exclamó-. ¡El horror del público! No puedo escapar de su persecución... No puedo ocultarme ni siquiera aquí. Ya me ha mirado usted con desdén, igual que todos los demás -añadió subiendo el tono de voz y volviéndose hacia mí con encono-. Lo sabía, lo sabía desde que nos cruzamos ayer noche.

-Yo nunca le he visto fuera de este lugar -conteste-. En cuanto a sus retratos, sea quien sea usted, no sé nada de ellos. Bastante preocupada estaba yo, bastante desdichada era yo antes de venir aquí, para andar entreteniéndome mirando esas fotos en los escaparates. Igual de extraños me son usted y su nombre. Si se tiene usted en una mínima estima, dígame quién es. ¡Adelante con la verdad, caballero! Sabe tan bien como yo que ha

Librodot

ido demasiado lejos para detenerse ahora.

Le tomé de la mano. Estaba yo bastante agitada por el extraordinario arrebato que se le había escapado con un elevadísimo apasionamiento; apenas fui consciente de lo que decía o hacía. En ese momento supremo, nos enojamos y nos zaherimos el uno al otro. Su mano se cerró convulsamente sobre la mía. Me miró a los ojos con una mirada enloquecida.

-¿Lee usted los periódicos?-preguntó.

-Sí.

-¿Ha visto usted...?

-Yo no he visto el apellido «Dubourg»...

-«Dubourg» no es mi apellido.

-¿Cuál es entonces?

Se inclinó de pronto hacia mí, y me susurró su apellido al oído.

Me sobresalté, estupefacta, y me puse en pie.

-¡Buen Dios! -exclamé-. ¡Es usted el hombre que fue juzgado por asesinato el mes pasado, el hombre que a punto estuvo de ser ahorcado por el falso testimonio de un reloj!

Librodot

CAPÍTULO VIII

El perjurio del reloj

Nos miramos en silencio el uno al otro. Por fuerza, los dos tuvimos que aguardar un poco hasta calmarnos y recuperarnos. Tal vez haga al caso aprovechar ese intermedio para dar respuesta a dos preguntas que, llegados a este punto, se han de formular en el ánimo del lector. En primer lugar, ¿cómo fue que se juzgó a Dubourg y que a punto estuvo de ser condenado a muerte? En segundo lugar, ¿qué relación existía entre un asunto tan grave y el falso testimonio de un reloj?

La respuesta a estos dos interrogantes se halla en el relato que llamo «el perjurio del reloj».

Al referir sucintamente esta narración colateral (que desvelo a partir de una declaración de las circunstancias en que tuvo lugar, declaración que ha sido puesta a mi entera disposición), hablaré de nuestro recién conocido, el inquilino de Browndown, tal como seguiré hablando de él a lo largo de estas páginas, esto es, mediante el nombre que él mismo asumió. De entrada, ése era el apellido que llevaba su madre de soltera, y tenía todo el derecho a utilizarlo si ése era su deseo. Además, la fecha en que tuvo lugar en Dimchurch nuestro drama doméstico se remonta a los años de 1858 y 1879, y los verdaderos nombres, ahora que todo ha terminado, para nadie tienen la menor relevancia. Con «Dubourg» hemos empezado, así que con «Dubourg» seguiremos hasta el final.

Una noche de verano, hace ya algunos años, se encontró a un hombre muerto en un campo cercano a cierta población del oeste de Inglaterra. El campo se llamaba «Campa del Perdón».

El muerto era un carpintero que trabajaba por libre en el pueblo, un hombre de carácter más bien anodino. La tarde en cuestión, un pariente suyo que había sido contratado como capataz de sus fincas por un caballero residente en los alrededores atravesó casualmente un cercado por un punto en que una escalera de mano permitía salvarlo sin mayores complicaciones. El cercado daba a un camino, y el capataz vio que un caballero salía del campo por dicho punto de la cerca al parecer con muchas prisas. En la persona de dicho caballero reconoció al señor Dubourg.

Los dos se cruzaron por el camino, pues iban en sentido contrario. Al cabo de cierto tiempo -de media hora en concreto, según las estimaciones-, el capataz tuvo ocasión de regresar por el mismo camino. Al llegar a la escalera de la cerca oyó que alguien había dado la voz de alarma y entró en el campo para ver qué sucedía. Encontró a varias personas que llegaban corriendo desde la linde más alejada de la Campa del Perdón, en dirección hacia un muchacho que se encontraba a espaldas del cobertizo donde se guarecía el ganado, en la parte más distante del recinto, chillando aterrorizado. A los pies del muchacho, boca abajo, yacía el cadáver de un hombre cuya cabeza había sido brutalmente apaleada. Tenía el reloj bajo el cuerpo, fuera del bolsillo, pero todavía sujeto por la leontina. El reloj se había parado obviamente a resultas de que su propietario cayera encima con todo su peso, y marcaba las ocho y media. El cuerpo aún estaba caliente. Al igual que el reloj, el resto de sus objetos de valor estaban intactos. El capataz. reconoció que el muerto era el carpintero anteriormente

Librodot

mencionado.

En la investigación preliminar del caso, el hecho de que el reloj se parase a las ocho y media fue tomado como inequívoca prueba circunstancial de que el golpe que acabó con la vida del hombre le fue asestado a esa hora.

La siguiente diligencia del caso, lógicamente, consistió en averiguar si se había visto a alguien cerca del cadáver en torno a las ocho y media. El capataz declaró que se había cruzado con el señor Dubourg, que abandonó el campo por la escalera de la cerca, exactamente a esa hora. Al preguntársele si había consultado entonces su reloj contestó que no lo hizo. Debido a ciertas circunstancias previas que, según afirmó, se le habían quedado grabadas en la memoria, estaba en condiciones de suscribir la verdad de su aserto sin haber consultado siquiera su reloj. Se le insistió e incluso se le presionó sobre este importantísimo detalle de su declaración, que no obstante ratificó. A las ocho y media había visto al señor Dubourg abandonar con prisa el campo. A las ocho y media se había detenido el reloj del hombre asesinado.

¿Había visto alguien a alguna otra persona en el campo o en sus inmediaciones a esa misma hora?

No se presentó ningún testigo que hubiera visto a nadie más por aquel paraje. ¿Había aparecido el arma con que fue golpeado el cadáver? No, no se había encontrado el arma. ¿Se tenía noticia de que alguien, toda vez que saltaba a la vista que el robo no había sido el móvil del crimen, tuviera algún motivo de queja contra el hombre asesinado? No era ningún secreto que mantenía relaciones con ciertos personajes de dudosa catadura, tanto hombres como mujeres, si bien tales sospechas no bastaron para señalar a nadie en concreto.

En semejante coyuntura no quedó más alternativa que solicitar al señor Dubourg, bien conocido tanto en el pueblo como en otros lugares, pues era un caballero independiente y con fortuna propia, amén de tener un excelente carácter, que prestara declaración de las actividades a que se dedicó en el día de autos.

Reconoció de inmediato que había pasado por el campo; en franca contradicción con el capataz, declaró que sí había consultado el reloj en el momento exacto en que atravesó el cercado por la escalera, y que lo había hecho a las ocho y cuarto. Cinco minutos después -es decir, diez. minutos antes de la comisión del asesinato, según la prueba que constituía el reloj del muerto- había hecho una visita a una dama que vivía cerca de la Campa del Perdón, con la cual permaneció hasta que según su reloj, que volvió a consultar al marcharse de la casa de la dama, eran las nueve menos cuarto.

He aquí lo que la defensa considera «una coartada». Su declaración satisfizo por completo a las amistades del señor Dubourg. Para satisfacer también a la justicia seria preciso que la dama diera su testimonio. Entretanto, al señor Dubourg se le formuló otra pregunta puramente formal. ¿Conocía de algo al hombre que fue asesinado?

Dando ciertas muestras de confusión, el señor Dubourg admitió que un amigo suyo lo había inducido a contratar al hombre, que había de realizar un determinado trabajo de carpintería. Los interrogatorios posteriores

sirvieron para que declarase los siguientes hechos:

Que dicho trabajo fue realizado de pésima manera; que le había cargado un precio exorbitante por él; que el hombre, al ser amonestado por su conducta, se comportó de forma sumamente grosera e impertinente; que entre ellos tuvo lugar un altercado; que el señor Dubourg había sujetado al hombre por las solapas del gabán y que lo había sacado a rastras de su casa; que lo había llamado sabandija infernal (pues había perdido los estribos por culpa de la indignación) y que lo había amenazado con «vapulearlo y molerlo a palos hasta dejarlo sin un hilo de vida» (o bien con otras palabras del mismo tenor) si alguna vez osaba rondar de nuevo por su casa; que lamentaba profundamente semejante estallido de violencia, del que se había arrepentido nada más recobrar el dominio de sí mismo; por último, que juraba con toda solemnidad (ya que el altercado tuvo lugar seis semanas antes) que nunca más había vuelto a ver a dicho individuo y que tampoco había vuelto a hablar con él.

Tal como estaba la vista del caso, se dio en considerar que estas circunstancias eran adversas para los intereses del señor Dubourg, pero nada más. Todavía podía apelar a su coartada y a su carácter, y nadie puso en duda los resultados de dicha apelación.

La dama se presentó a testificar.

En el careo con el señor Dubourg para verificar la cuestión de la hora, cuando se la conminó a que respondiera lo contradijo abiertamente y se remitió al testimonio de su reloj, que estaba sobre la repisa de la chimenea en el salón de su casa. Había mirado el reloj cuando el señor Dubourg entró en la sala, pues le había parecido que era más bien tarde para que alguien fuese a su casa de visita. Su reloj, que su propio fabricante había puesto en hora el día anterior, señalaba las nueve menos veinticinco. Mediante un experimento práctico se demostró que, a paso veloz, para llegar desde la escalera del cercado hasta el domicilio de la dama bastaba con cinco minutos. Así pues, la declaración del capataz (que era de por sí un testigo respetable) fue corroborada por parte de otro testigo de excelente posición social y magnífico carácter. El reloj, examinado a continuación, funcionaba perfectamente. La declaración del relojero puso de manifiesto que la llave del mecanismo obraba en su poder, y ni siquiera fue preciso volver a darle cuerda para ajustarlo, pues él mismo había realizado esas operaciones el día anterior a la visita del señor Dubourg. Demostrada de forma inapelable la precisión del reloj, las conclusiones eran por sí solas evidentes. El señor Dubourg fue acusado de haber estado en el campo en el momento en que se cometió el asesinato y de haber tenido una acalorada disputa con el hombre que fue asesinado, según él mismo reconoció, poco tiempo antes de que tuviera lugar el asesinato; según la acusación, dicha trifulca concluyó con un conato de agresión y con amenazas por su parte; fue acusado, por último, de haber urdido una falsa coartada al desvirtuar adrede la cuestión de la hora. No quedo otra alternativa que remitir el caso para que se procediera al juicio pertinente ante el Tribunal Superior de Justicia que se reuniría en Exeter con carácter ordinario, ante el cual sería oficialmente acusado de haber cometido el asesinato del carpintero en la Campa del Perdón.

El juicio duró dos días.

Librodot

En el ínterin no se descubrieron más hechos de relevancia. La acusación siguió el mismo curso que había tomado en los exámenes preliminares del caso, aunque con una sola diferencia: que las pruebas fueron sopesadas con más atención. El señor Dubourg contó con una doble ventaja, pues se había procurado los servicios del abogado defensor mas destacado del circuito y había arrancado la irreprimible simpatía del jurado, en realidad perplejo ante la delicada situación en que se encontraba, y por añadidura deseoso de que demostrase su inocencia. Al término del primer día, las pruebas que aportó el fiscal en su contra resultaron tan concluyentes que hasta su propio consejero en asuntos legales empezó a desesperar del resultado. Cuando el prisionero ocupó su sitio en el banquillo de los acusados, al día siguiente, en el ánimo de todos los presentes en la sala no había sino una única convicción: «El reloj dará con él en la horca».

Eran casi las dos de la tarde y el tribunal estaba a punto de suspender la sesión y anunciar media hora de receso cuando el abogado de la acusación entregó un papel al abogado de la defensa.

Este se puso en pie dando evidentes muestras de agitación, lo cual despertó la curiosidad de la concurrencia. Exigió que de inmediato prestara declaración un nuevo testigo cuyo testimonio en favor del acusado era de tal trascendencia que no podía postergarlo ni un solo instante. Al cabo de un breve intercambio de opiniones entre el juez y los abogados de ambas partes, el tribunal decidió que prosiguiera la audiencia.

El testigo resultó ser una mujer joven y de salud delicada. La noche en que el acusado visitó a la dama, esta joven estaba a su servicio en calidad de criada. Al día siguiente se le permitió, previo acuerdo con su señora, tomarse una semana de vacaciones para ir a visitar a sus padres al oeste de Cornualles. Estando allí cayó enferma, y desde entonces no se había restablecido lo suficiente para volver a su trabajo. Una vez expuesta esta noticia preliminar, la criada pasó a relatar los siguientes, extraordinarios detalles relativos al reloj de su señora.

La mañana del día en que fue el señor Dubourg a visitarla, la criada se había dedicado a limpiar la repisa de la chimenea. Había pasado el trapo del polvo en la zona que ocupaba el reloj; por accidente había rozado el péndulo, a resultas de lo cual se paró el mecanismo. Esto mismo le había ocurrido en otra ocasión anterior, con motivo de la cual recibió una severa reprimenda. Temerosa de que la repetición de esa misma falta, al día siguiente de que el fabricante hubiese puesto el reloj en hora, tal vez diera por resultado que su señora cancelase el permiso otorgado para ausentarse durante una semana, decidió deshacer el entuerto por su cuenta y riesgo, caso de que tal cosa fuese posible.

Tras tantear a oscuras bajo el reloj sin haber conseguido de ese modo que volviera a ponerse en marcha, decidió alzarlo con ambas manos y darle un meneo. El reloj estaba encastrado en una base de mármol y tenía encima, a modo de remate, una figura de bronce. Era tan pesado que se vio en la necesidad de buscar un objeto para hacer palanca. No le resulto fácil encontrar un instrumento apropiado; cuando por fin lo halló, se las ingenió para levantar el reloj y separarlo unos centímetros de la repisa, tras lo cual lo dejó caer de golpe, a fin de que se pusiera en marcha.

Acto seguido, como es natural, tuvo que mover las manecillas. De nuevo

Librodot

se encontró con un obstáculo, pues era difícil abrir la tapadera de cristal que protegía la esfera. Tras buscar infructuosamente un utensilio que le sirviera en su propósito, obtuvo del lacayo un pequeño cincel, aunque sin comunicarle para qué lo necesitaba. Con el cincel abrió la tapadera de cristal -no sin dejar por accidente un rasguño en la montura de latón- y colocó las manecillas del reloj a la hora que instintivamente le pareció que era. Le apremiaba la prisa, pues temía que su señora la descubriese en el acto. Más avanzado el día descubrió que no había calculado bien el lapso transcurrido mientras intentaba poner el reloj en marcha después de que se hubiera parado. De hecho, lo había adelantado exactamente un cuarto de hora.

No se le volvió a presentar una ocasión para colocar las manecillas a la hora debida, sin correr el riesgo de que su señora la descubriese, hasta esa misma noche. A la hora en que el señor Dubourg fue a visitar a su señora, la criada, juró y perjuró que no le cabía la menor duda de que el reloj iba un cuarto de hora adelantado. Tal como había declarado su señora, marcaba las nueve menos veinticinco. En ese momento, tal como había afirmado el señor Dubourg, la hora exacta eran las ocho v veinte.

Cuando se le preguntó cómo se había abstenido de aportar tan crucial declaración durante la investigación preliminar que se llevó a cabo en presencia del magistrado, afirmó que en el remoto poblado de Cornualles al que se marchó al día siguiente, que era donde había tenido que permanecer hasta entonces por culpa de la enfermedad que allí contrajo, nadie había tenido la menor noticia de la investigación ni del juicio posterior. Tampoco habría estado presente para aclarar unas circunstancias de vital importancia, como se ve, tal como acababa de testificar bajo juramento, de no haber sido porque el hermano gemelo del acusado la había encontrado el día anterior y tras preguntarle si sabía algo a propósito del reloj, nada más tener conocimiento de lo que la muchacha tenía que decir, la llevó a la mañana siguiente a presencia del tribunal.

Esta prueba decidió virtualmente el resultado del juicio. Hubo un gran revuelo en la sala, llena hasta reventar, cuando la muchacha terminó de prestar declaración.

A decir verdad, fue objeto de un minucioso examen y del careo correspondiente. Se hicieron las indagaciones pertinentes sobre su carácter, se recabaron las pruebas que pudieran corroborar su testimonio (el préstamo del cincel por parte del lacayo, el rasguño en la montura de latón) y, en efecto, se encontraron. El desenlace del caso fue que, a hora ya muy avanzada del segundo día, el jurado emitió el veredicto de que el acusado era inocente sin haber tenido que retirarse a deliberar. No sería demasiado aventurar que su hermano le había salvado la vida. De principio a fin, su hermano había perseverado con gran obstinación, empeñado en no fiarse del testimonio del reloj y sin tener mayor prueba de la inocencia de su hermano gemelo que su elemental desconfianza ante el hecho de que un reloj fuese la prueba al parecer concluyente de la culpabilidad del acusado. Había asediado a todo el mundo con sus incesantes interrogatorios, había descubierto la ausencia de la criada después de que comenzase el juicio Y había partido a toda velocidad decidido a interrogarla, sólo que sin saber ni sospechar nada, resuelto a perseverar en la única, eterna pregunta con la que insistió ante todas las personas relacionadas con el domicilio de la

dama: «Ese reloj va a llevar a mi hermano a la horca: no puede usted decirme algo acerca de ese reloj: ».

Cuatro meses después se aclaró el misterio del asesinato. Uno de los conocidos del asesinado, un hombre de dudosa catadura, confesó en su lecho de muerte que era el asesino. En las circunstancias no hubo nada destacable ni digno de mención. El mismo azar que puso en peligro al inocente había otorgado la impunidad al culpable. Una mujer de mala fama, una trifulca por celos, la ausencia en el momento preciso de un testigo... Tales fueron los materiales, vulgares y corrientes, que sirvieron para componer la tragedia de la Campa del Perdón.

Librodot

CAPITULO IX

El héroe del juicio

-Usted me ha obligado a decírselo. Ahora que ya se ha salido con la suya, olvídese de mis sentimientos. ¡Váyase!

Éstas fueron las primeras palabras que me dijo el héroe del juicio cuando por fin estuvo en condiciones de volver a decir algo. Con un extraño gesto de resignación y hosquedad se retiró al rincón más apartado de la sala. Allí se quedó quieto, mirándome como me habría mirado un hombre aquejado por una enfermedad contagiosa y deseoso de evitar que uno de sus congéneres, todavía sano, corriese el peligro de tocarlo.

-¿Por qué me iba a ir? -pregunté.

-Es usted una mujer osada -dijo-, si piensa permanecer en la misma habitación en que se encuentra un hombre que ha sido tachado de asesino y que incluso ha sido juzgado y prácticamente condenado a muerte.

El mismo malsano estado anímico que lo trajo a Dimchurch y que le había llevado a hablarme tal como lo hizo la noche anterior, era el responsable de su irritación conmigo, o al menos eso me pareció entender, por ser yo una persona capaz de aprovecharse de su escasa paciencia y su pronto malhumor para convertirlos en el medio perfecto de atraparlo y obligarle a decir la verdad. ¿Cómo iba yo a enfrentarme a un hombre en semejantes condiciones? Decidí intentar la hazaña que aquí, en Inglaterra, llaman ustedes «coger el toro por los cuernos».

-Yo aquí no veo más que a un hombre -dije-. A un hombre honorablemente absuelto de un crimen que era incapaz de cometer. Un hombre que merece todo mi interés y reclama toda mi simpatía. Estrechémonos la mano, señor Dubourg.

Se lo dije de todo corazón y le estreché la mano con gran cordialidad. Aquel hombre joven, débil, solo, perseguido, apoyó su cabeza sobre mi hombro como si fuera un niño y se echó a llorar.

-¡No me desprecie! -dijo en cuanto recobró el aliento-. Cualquiera se vendría abajo tras haber estado en el banquillo de los acusados y haber soportado las horrorizadas miradas de doscientas personas cuyos corazones rebosaban crueldad... sin haberlo merecido. Además, me he encontrado muy solo, señora, desde que se marchó mi hermano.

Nos volvimos a sentar el uno junto al otro. Era la más extraña mezcla de anomalías que había visto yo en la vida. Presa de uno de aquellos arranques de pasión cuyas llamaradas prendían en él con gran facilidad, podía decirse sin faltar a la verdad que era un tigre. Con esperar a que se enfriase hasta recuperar su temperatura de costumbre, más templada, con idéntica veracidad podía afirmarse que era un corderillo.

-Hay, una cosa que me desconcierta bastante, señor Dubourg -proseguí-. No consigo entender del todo...

-Por favor, no me llame «señor Dubourg» -me interrumpió-. De ese modo me recuerda usted la desgracia que me ha obligado a cambiar de nombre. Le ruego que me llame por mi nombre de pila. Es un nombre extranjero. A juzgar por su acento, usted también es extranjera, de modo que me profesará mayor aprecio por tener un nombre extranjero. Me bautizaron con

Librodot

el nombre de Oscar por el hermano de mi madre, que es natural de la isla de Jersey. Llámeme Oscar. Dígame, ¿qué es lo que no entiende?

-En la situación en que se encuentra... -seguí diciendo-, no comprendo que su hermano lo haya dejado solo.

Con esto estuvo a punto de prender en él una nueva llamarada.

-¡Ni una sola palabra en contra de mi hermano! -exclamó con fiereza-. ¡Mi hermano es el ser más noble que haya creado Dios! Y debe usted reconocerlo ahora que ya sabe lo que hizo en el juicio. De no haber sido por ese ángel, yo habría muerto en el patíbulo. Insisto en que no es un hombre. ¡Es un ángel!

Reconocí que su hermano era un ángel. Esa concesión por mi parte sirvió para apaciguarlo en el acto.

-La gente suele decir que no hay ninguna diferencia entre nosotros dos -prosiguió, y arrimó su silla a la mía con un gesto de cordialidad-. ¡Ah, qué superficiales llegan a ser! Le garantizo que somos exactamente iguales en nuestra apariencia. Habrá oído usted que somos gemelos, ¿verdad? Para mi desgracia, ahí terminan las semejanzas. Nugent (a mi hermano le pusieron por nombre Nugent, el nombre de mi padre)... ¡Nugent es un héroe! Nugent es un genio. Yo estaría muerto si él no hubiera cuidado de mí después del juicio. No tenía en este mundo a nadie más que a él. Somos huérfanos, no tenemos hermanos ni hermanas. Nugent padeció esa desgracia más que yo incluso, pero supo dominarse. Para él fue un revés mucho más duro que para mí, y le diré por qué. Nugent estaba en el buen camino para dar a nuestro apellido, el apellido del que yo me veo obligado a prescindir, gran fama en el mundo entero. Es pintor, paisajista. ¿No ha oído usted hablar de él? No se preocupe, que pronto llegará su nombre a sus oídos. ¿Adónde cree que se ha ido? Ha marchado a las regiones menos conocidas de América en busca de nuevos asuntos que pintar. Tiene previsto fundar una escuela de paisajistas. Pinta a una escala inmensa, una escala que hasta la fecha ningún otro pintor ha intentado. ¡Mi querido y valeroso hermano! ¿Quiere que le repita lo que me dijo al dejarme aquí? Nobles palabras, para mí son nobles palabras. «¡Oscar! Marcho con la intención de dar fama al apellido que los dos hemos tomado. Se te conocerá y se te respetará con grandes honores. Serás ilustre, sí, por ser el hermano de Nugent Dubourg.» ¿Cree usted que podía yo interponerme en su decisión de emprender tan loable profesión? Después de todo lo que por mí se ha sacrificado, ¿cree usted que podía yo dejar que un hombre de semejante calidad humana se estancase aquí, sólo por la banal razón de hacerme compañía? ¿Qué importa que yo me sienta solo? Ah, si hubiera visto usted de qué modo arrostró la horrible notoriedad que nos siguió a los dos tras el juicio... Por mí, por mi culpa se vio constantemente señalado. No salió de sus labios una sola queja. Tan sólo chasqueó los dedos. «¡Me importa un comino la opinión de la gente!», dijo. ¡Qué entereza de ánimo! ¿No lo cree? Fuimos de un lugar a otro sin cesar, y en todas partes aparecían las fotografías y los periódicos y toda la historia de mi infamia («una novela en la vida real», decían), que de antemano conocía todo el mundo. Él jamás perdió su arrojo. «Todavía hemos de encontrar un lugar, Oscar (con ese ánimo se expresaba), en donde nadie te relacione con ese turbio asunto. En mis manos estás a salvo, Oscar. Te prometo que encontraremos exactamente el refugio que tú deseas.» Fue él quien recabó

Librodot

toda la información, fue él quien localizo este alejado valle de Inglaterra en que reside usted. Me pareció muy hermoso cuando recorrimos las colinas de los alrededores. Para él no era debidamente grandioso. Nos perdimos. Empecé a ponerme nervioso. A él no le importó. «Me tienes a tu lado», dijo. Mi suerte siempre ha sido de fiar. ¡Te doy mi palabra! No tardaremos en llegar a un pueblo.» Tal vez. no me crea usted, pero en tan sólo diez minutos llegamos a este lugar exactamente de acuerdo con su predicción. No me quiso abandonar, por más que yo insistí en que siguiera su camino, sin una recomendación. Me recomendó al dueño de la taberna. «Mi hermano está delicado de salud», le dijo. «Mi hermano desea vivir retirado del mundanal ruido; me hará usted un gran favor si cuida de mi hermano y atiende a sus necesidades.» ¿No le parece amable por su parte? El dueño de la posada pareció conmovido por su apelación. Al despedirse de mí, Nugent se echó a llorar. ¡Ah, qué no daría yo por tener un corazón como el suyo, así como su presencia de ánimo! No es poca cosa, al menos, tener una cara como la suya. Es lo que suelo decirme a menudo cuando me miro en el espejo. Discúlpeme que haya dado este rodeo, pero es que cuando me pongo a hablar de Nugent no sé cómo parar.

En cualquier caso, en ese joven por lo demás inescrutable había al menos una cosa de la que no cabía ninguna duda: adoraba a su hermano gemelo.

Yo habría tenido igual de claro que el otro señor Dubourg era digno de semejante adoración si hubiera podido ver con buenos ojos que dejara a su hermano para que medrase por sus propios medios en un lugar como Dimchurch. Me vi obligada a recordar el admirable servicio que le había prestado en el juicio antes de tomar la decisión de dejar en suspenso mi opinión sobre su persona, al menos mientras estuviera ausente. Una vez logrado este acto de magnanimidad, aproveché la primera oportunidad que tuve para cambiar de tema. La información más fatigosa que conozco es la que nos pone al corriente de una persona que no está presente, máxime si se trata de un desconocido.

-¿Es cierto que ha alquilado usted Browndown por espacio de seis meses? -pregunté-. ¿De veras piensa instalarse en Dimchurch?

-Sí... Siempre y cuando guarde usted mi secreto -repuso-. La gente de estos pagos no sabe nada de mí. Por favor, le ruego que no les ponga al corriente de quién soy. Si lo hiciera, sería como si me expulsara usted de aquí.

-Es preciso que le diga a la señorita Finch quién es usted - -dije.

-¡No! ¡No! ¡No! -exclamó con gran ansiedad-. ¡No podría soportar la sola idea de que ella lo supiera! He sido objeto de una espantosa degradación. ¿Qué pensará de mí cuando lo sepa? -Estalló en otra larga sucesión de extasiados parlamentos a propósito de Lucilla, mezclándolos con sus denodadas peticiones de que ocultara Yo su historia a todos los demás. Se me agotó la paciencia por su evidente falta de fortaleza y su sentido común.

-Joven Oscar, me gustaría darle a usted un buen rapapolvo -dije-. Se encuentra usted en un estado ruinoso y malsano a propósito de todo este asunto. ¿Es que no tiene nada mejor en que pensar? ¿No tiene usted una profesión? ¿No está usted obligado a trabajar para ganarse la vida?

El señor Oscar Dubourg me miró con la desconcertada actitud del que siente que todo un cúmulo de ideas nuevas se agolpa para penetrar en su cabeza. Con modestia reconoció la degradante verdad. Desde su infancia le había bastado con meterse la mano en el bolsillo para encontrar el dinero que necesitara, sin verse en la obligación de tener que ganarlo primero. Su padre había sido pintor, un retratista de moda, que se caso con una de las personas que contrataron sus servicios y posaron para él, una rica heredera. Oscar y Nugent se habían encontrado en la detestable posición de los caballeros independientes. La dignidad del trabajo era una dignidad del todo desconocida para esos dos jóvenes degradados.

-Los ricos que viven mano sobre mano, sin hacer nada, merecen todo mi desprecio -dije a Oscar con mi severidad republicana-. Usted necesita la influencia ennoblecedora del trabajo para convertirse en un hombre de verdad. Nadie tiene derecho a la pereza; nadie tiene derecho a nadar en la abundancia. Tendría usted mejor presencia de ánimo y mejor concepto de sí mismo, mi joven caballero, si tuviera que ganarse el pan y el queso con el sudor de su frente antes de poder comérselos.

Me miró compungido. Los nobles sentimientos que había heredado yo del doctor Pratolungo desconcertaron por completo al señor Oscar Dubourg.

-No se enoje conmigo -dijo con toda su inocencia-. No podría comer queso aunque me lo ganase con el sudor de mi frente, pues me produce indigestión. Además, trabajo todo lo que puedo. -Tomó de la mesa, a sus espaldas, la pequeña vasija de oro, y me refirió lo que ya le había oído decir a Lucilla mientras los escuchaba a través de la ventana abierta-. Esta misma mañana me habría encontrado usted trabajando -añadió- si los estúpidos que me han enviado las láminas no hubieran cometido un error. Tanto en el oro como en la plata, la aleación no es la que yo encargué. Debo devolver las láminas para que las fundan de nuevo antes de poder utilizarlas. Ya están preparadas para que se las lleven en la carreta nada más llegar. Y si por aquí hubiese gente menesterosa y trabajadora que tuviera necesidad de algún dinero, con gran placer les daría parte del mío. No es culpa mía, señora, que mi padre se casara con mi madre. ¿Cómo iba yo a evitar que además nos dejase dos mil libras anuales tanto a mi hermano como a mí?

¡Dos mil libras anuales para cada uno! ¡Y el ilustre Pratolungo, que jamás supo qué era tener cinco libras a su disposición antes de casarse conmigo!

Alcé la mirada al techo. Presa de mi justificada indignación, olvidé a Lucilla y olvidé su curiosidad por Oscar, olvidé a Oscar y su horror de que Lucilla descubriese quién era él en realidad. Abrí la boca dispuesta a hablar. En un solo instante habría arrojado yo rayos y centellas coma el infame sistema en que está basada la sociedad moderna, de no haber sido porque me hizo callar de golpe la más extraordinaria e inesperada irrupción que jamás impuso silencio a una mujer.

CAPÍTULO X

Primera aparición de Jicks

Por la puerta abierta de la sala, suave, súbita y sosegada, entró una niña rechoncha que seguramente no tendría más de tres años. No llevaba sombrero ni cofia que la protegiese del sol. Un sucio delantal la cubría de la barbilla a los pies. Esta asombrosa aparición avanzó hasta el centro de la sala; llevaba bajo el brazo una muñeca andrajosa, de patética apariencia. Miró fijamente primero a Oscar, después a mí; señaló una silla libre que estaba a mi lado y afirmó su derecho a gozar de nuestra hospitalidad con estas palabras:

-Jicks se va a sentar.

En semejantes circunstancias, ¿cómo habría sido posible lanzar una invectiva contra el infame sistema en que se basa la sociedad moderna? Tan sólo habría sido posible dar un beso a «Jicks».

-¿Sabe usted quién es?-pregunté al aupar a nuestra visitante a la silla.

Oscar se echó a reír. Igual que yo, era la primera vez que veía a tan misteriosa damisela. Igual que yo, se preguntaba qué querría decir el extraordinario sobrenombre con que se había presentado.

Miramos a la niña. Con las piernas bien estiradas y rematadas por unas botitas polvorientas que tenían sendos agujeros, elevó sus ojos grandes y redondos, protegidos por una cornisa de cabellos revueltos en mechones, sin peinar; nos miró con gran seriedad e hizo una segunda apelación a nuestra hospitalidad.

-Jicks va a tomar algo de beber.

Mientras Oscar iba a la cocina en busca de un vaso de leche, me las ingenié para descubrir la identidad de Jicks.

En el modo en que entró la niña en la sala, con su muñeca en el brazo, vi algo, aunque no sabría precisar qué fue, que me recordó a la linfática señora de la rectoría, a su manera de ir de un lado para otro con un bebé en una mano y una novela en la otra. Me tomé la libertad de examinar el delantal de Jicks y descubrí el rótulo bordado en una esquina: «Selina Finch». Tal como había supuesto, tenía a mi lado a un miembro de la muy numerosa familia Finch, y un miembro por cierto bastante joven, me pareció, para haberse alejado sin sombrero, a solas, por los alrededores de Dimchurch.

Volvió Oscar con un tazón de leche. La niña insistió en ser ella quien lo sostuviera con ambas manos y lo vació hasta la última gota; recobró el aliento con una honda inspiración, alzó la vista con un blanco bigote de leche en el labio superior y anunció de este modo la conclusión de su visita:

-Jicks se va a marchar.

Deposité en el suelo a nuestra pequeña amiga. Cogió su muñeca y se quedó parada unos instantes, sumida en sus pensamientos. ¿Qué iba a hacer a continuación? No permanecimos demasiado tiempo en la incertidumbre. De pronto me tomó de la mano con su manecita caliente y regordeta, e intentó arrastrarme tras ella cuando se disponía a salir.

-¿Qué es lo que quieres?

Jicks contestó con una sola palabra compuesta e intraducible.

-Carcamán.

Me dejé arrastrar fuera, no supe si para ver a «carcamán», para jugar a «carcamán» o para comer «carcamán». Me llevó a tirones por el pasillo, hasta la puerta de la casa. Allí mismo, tras haberse acercado hasta la casa sin que la oyéramos, gracias a la espesa hierba del prado, estaba la carreta con su caballo enganchado y el cochero de turno, a la espera de cargar el cajón de las láminas de oro y plata para devolverlas a Londres. Miré a Oscar, que me había seguido. En ese momento comprendimos no sólo la magistral palabra compuesta que ideó Jicks (y que significaba carreta con caballo, dejando a un lado al cochero, a sus ojos carentes de importancia), sino también la cortés atención que tuvo la niña al entrar para informarnos, tras un momento de reposo y un refrescante sorbo de leche, de una circunstancia en la que ninguno de los dos habíamos reparado. Según hubo de reconocer, el cochero había sido investigado e interrogado a fondo por aquella cría extraordinaria, que se acercó a pie hasta la misma puerta de Browndown por averiguar qué hacía allí. Jicks era todo un personaje en Dimchurch. Le habían puesto «Gitanilla» por sobrenombre, y al final lo abreviaron con una palabra tomada de su dialecto, «Jicks». Por más que lo intentasen, no había forma de impedir que se fuese de la rectoría: hacía ya tiempo que, desesperados, habían renunciado al empeño. Tarde o temprano volvía por su propio pie, o la traía alguien, o bien la encontraba uno de los perros pastores adormecida bajo un arbusto, y daba la alarma a ladridos.

-Sabe Dios qué tendrá esa chiquilla en la cabeza -dijo el cochero, que contemplaba a Jicks con una especie de supersticiosa admiración-. Tiene voluntad propia, tiene verdadera personalidad. Con sólo tres añitos es como una adivinanza cuya solución ninguno sabemos encontrar. Y eso es todo lo que sé de ella, ni más ni menos.

Mientras daba esta explicación, el carpintero que había claveteado el cajón de embalaje y su hijo, que lo acompañaba, se reunieron con nosotros delante de la casa. Siguieron a Oscar al interior y salieron al poco, sosteniendo entre los dos la pesada carga de los metales preciados, pues difícilmente habría podido uno solo con ella.

Depositado el cajón en la trasera de la carreta, ambos carpinteros subieron de un salto, pues deseaban desplazarse así hasta Brighton aprovechando la ocasión. El más viejo de los carpinteros, un hombre fornido y de gran talla, hizo una broma a propósito.

-No es largo el camino de aquí a Brighton, pero pasa por parajes desolados -le dijo a Oscar-. Entre los tres no seremos demasiados para acompañar su preciado cajón de embalaje hasta la estación del ferrocarril.

Oscar se lo tomó en serio.

-¿Hay acaso ladrones por los alrededores? -preguntó.

-¡Dios le guarde, señor! -dijo el cochero-. Los ladrones se morirían de hambre por estos parajes, que aquí nada tenemos que valga la pena robar.

Sin dejar de observar los preparativos con tal interés que ni un solo detalle le pasó por alto, Jicks asumió la responsabilidad de ordenar a los hombres que emprendieran su camino sin más tardanza.

-¡Adiós!-gritó con toda el alma.

El cochero se tocó el ala del sombrero con un cómico gesto de respeto hacia la niña.

-Como usted diga, señorita -dijo-, que el tiempo es oro, ¿verdad

Restalló el látigo y la carreta se puso en marcha sin hacer el menor ruido, rodando por el espeso yerbazal que cubría las colinas de la cordillera sur.

Era hora de que regresara yo a la casa rectoral y devolviera a Jicks, al menos por el momento, a la protección de su hogar. Me volví hacia Oscar para decirle adiós.

-Ojalá volviera yo también con usted -dijo.

-Tendrá usted entera libertad para ir a la casa rectoral cuando lo desee -respondí-, en cuanto sepan allá lo que esta mañana hemos hablado usted y yo. Por su propio interés, estoy resuelta a decirles quién es usted. No tiene nada que temer, y sí mucho que ganar, cuando yo diga lo que he sabido. Despeje su ánimo, olvide esas imaginaciones y sospechas que son indignas de usted. Para mañana ya seremos buenos vecinos, y antes de que termine la semana seremos buenos amigos. De momento, como decimos en Francia, *au revoir!*

Me volví para coger a Jicks de la mano. Mientras hablaba yo con Oscar, la chiquilla se había escabullido. No se veía ni rastro de ella.

Antes de dar un solo paso en busca de nuestra Gitanilla perdida, su voz. llegó a nuestros oídos, alta y penetrante, enojada, desde algún lugar oculto a espaldas de la casa.

-¡Que se marchen! -oímos gritar a la niña con toda su impaciencia-. ¡Feos, más que feos! ¡He dicho que se marchen!

Doblamos la esquina y descubrirnos a dos desconocidos de aspecto más bien desaseado, que descansaban apoyados contra la pared lateral de la casa. Sus rostros cadavéricos, sus expresiones de brutalidad, sus ropas desaliñadas, a mis ojos declaraban que pertenecían a la peor y más vil canalla de raigambre londinense que hasta la fecha ha producido la civilización. Allí estaban los dos sin nada mejor que hacer, con las manos en los bolsillos, de espaldas contra la pared, como si estuvieran tomando el fresco a la entrada de una taberna de mala nota, y allí estaba Jicks, con las piernas separadas y bien plantada en tierra, reafirmando el derecho a la propiedad (¡a tan tierna edad!) y ordenando a los dos maleantes que se fueran de allí en el acto.

-¿Qué están haciendo aquí? -preguntó Oscar con manifiesta hosquedad.

Uno de los dos pareció a punto de responder con insolencia. El otro, el villano más joven y más vil de los dos, lo sujetó por el brazo y tomó la palabra.

-Hemos dado una caminata más bien bastante larga, señor -dijo el individuo, y asumió con toda impudicia una fachada de humildad-, y nos hemos tomado la libertad de pararnos a descansar un poco apoyados contra la pared de su casa. Y hemos aprovechado para darnos un festín mirando a esta belleza de damisela que tiene usted aquí.

Señaló a la niña. Jicks sacudió el puño cerrado en dirección al individuo, y le ordenó que se largase con más fiereza que antes.

-Tienen una posada en el pueblo -dijo Oscar-. Descansen allí si les place. Mi casa no es una taberna.

El mayor de los dos hizo un segundo intento de hablar, y empezó con un juramento. El joven volvió a impedirle que dijera nada.

-¡Cállate, Jim! -dijo el canalla de la voz cantante-. El caballero nos recomienda que probemos el grifo de la taberna. Vayamos pues a brindar a la salud del caballero.-Se volvió hacia la niña y se quitó el sombrero, haciéndole una exagerada reverencia-. Le deseo que tenga muy buenos días, señorita. Tiene usted todo el estilo, ya lo creo, que más admiro yo en una mujercita... Por favor, le ruego que no se comprometa en matrimonio hasta que me de tiempo a volver.

A su salvaje acompañante le hizo tanta gracia esta delicada lindeza que se echó a reír a sonoras carcajadas. Cogidos del brazo, los dos rufianes se largaron juntos por el camino del pueblo. De súbito, nuestra graciosa y pequeña Jicks se había convertido en una trágica y terrible Jicks. A la niña la contrarió la insolencia de los dos individuos tanto como si la hubiera comprendido perfectamente. Tomó una piedra del suelo y la arrojó con furia sin darme tiempo a impedírselo. Comenzó a chillar y a pisotear el suelo con todas sus fuerzas, hasta que las mejillas se le pusieron del color de la grana. Se arrojó al suelo, rodó enfurecida por la hierba. No hubo manera de aplacarla, al menos hasta que Oscar le hizo una promesa (que estaría condenado a oír repetida durante muchos días después): le dijo que mandaría llamar a la policía y que haría que a los dos malhechores les dieran una buena azotaina por haberse atrevido a reírse de Jicks. Por fin se puso en pie y se secó los ojos con los nudillos, para traspasar después a Oscar con una mirada impasible.

-Ojo -dijo esa curiosa chiquilla, con el pecho alborotado sobre el sucio delantal-, que quiero que esos dos hombres se lleven una azotaina. Y que Jicks lo vea.

En ese momento no le dije nada a Oscar, pero sentí cierta inquietud secreta por el camino de vuelta a casa, una inquietud inspirada de hecho por la aparición de aquellos dos hombres en los alrededores de Browndown.

Sería imposible decir cuánto tiempo habían pasado al acecho cerca de la casa, hasta que los descubrió la niña. Por la ventana entreabierta bien podrían haber escuchado lo que Oscar me dijo a propósito de sus láminas de metal precioso, y tal vez incluso hubieran visto el pesado embalaje que fue cargado en la carreta. No me produjo ninguna aprensión la llegada del cajón a Brighton sin mayores contratiempos; los tres hombres que viajaban en la carreta eran más que suficientes para hacerse cargo del cajón. Mis temores tenían mas que ver con el futuro. Oscar vivía totalmente a solas en una casa solitaria, casi a un kilómetro del pueblo. Su capricho por repujar los metales preciosos podría entrañar ciertos peligros, aparte de resultar sin duda atractivo para los amigos de lo ajeno en el supuesto de que llegara a conocerse mas allá de los bucólicos límites de Dimchurch. Pasando de una sospecha a otra, me pregunté si aquellos dos individuos habrían llegado por pura casualidad hasta aquel remoto rincón del mundo, o si mas bien habían llegado a propósito hasta Browndown, con una idea fija en la cabeza. Con esta duda en mi interior, y como nada más llegar me encontré casualmente a la anciana nodriza, a Zillah, en el jardín de la rectoría, le hice con toda

Librodot

llaneza la pregunta que me daba vueltas a las mientes.

-¿Se suele ver a muchos desconocidos por Dimchurch?

-¿Desconocidos? -repitió la anciana-. Exceptuándola a usted, señora, aquí no vemos a ningún desconocido mas que de año en año.

Decidí dar aviso a Oscar antes de que un nuevo cargamento de sus valiosos metales fuera enviado a Browndown.

Librodot

CAPITULO XI

Amor ciego

Lucilla estaba sentada ante el piano cuando llegué al salón.

-Precisamente a usted quería verla-dijo-. He dicho que la busquen por toda la casa. ¿Dónde se había metido?

Se lo dije.

Se puso en pie de un brinco, dando un grito alborozado.

-¡Le ha convencido para que se confíe a usted...! ¡Lo ha descubierto todo! Tan sólo me ha dicho que «estuvo en Browndown», pero se lo he notado en la voz. ¡Vamos, vamos! ¡Cuéntemelo todo! ¡En seguida!

No movió ni un solo músculo; prácticamente pareció haber dejado incluso de respirar mientras le relaté todo lo que había sabido en el transcurso de la entrevista que mantuvimos Oscar y yo. Tan pronto terminé mi relato, se puso en pie casi con violencia, a toda prisa, y se dirigió corriendo a la puerta del dormitorio.

-¿Qué es lo que va a hacer? -pregunté.

-Quiero mi sombrero y mi bastón, deprisa -repuso.

-¿Va a salir?

-Sí.

-¿Adónde?

-¿Y usted me hace esa pregunta? Pues a Browndown, ¿adónde va a ser?

Le rogué que esperase un momento y que al menos oyera un par de cosas que aún me quedaban por decirle. Supongo que resultará casi superfluo añadir que mi único propósito al hablarle no fue otro que el de protestar contra la flagrante impropiedad que cometería si visitara por segunda vez en un solo día a un hombre que, para ella, todavía era un completo desconocido. De la manera más sencilla, le comuniqué que semejante proceder sería sin duda suficiente, a ojos de cualquier comunidad civilizada, para poner en grave peligro su reputación. El resultado de mi intercesión fue curioso e interesante en grado extremo. Me hizo ver que esa virtud que llamamos modestia (y no hablo de la decencia, conste) es una virtud que crece de forma puramente artificial, y que su provechoso cultivo depende en primer lugar no de la influencia de la lengua o del oído, sino de la influencia de la vista.

Supongamos el caso de una damisela normal y corriente, como tantas otras, pero consciente de sentir su primer amor, y a la que pudiera yo haberme dirigido en los mismos términos que acabo de referir. ¿Qué habría hecho ella?

Con toda seguridad habría manifestado cierta confusión natural e incluso hermosa, y con toda probabilidad le habría mudado más o menos el color mientras me escuchaba. La encantadora cara de Lucilla no reveló más que una sola expresión: una expresión decepcionada, puede que levemente mezclada con una punta de .sorpresa. Supe entonces con certeza, tal como comprobé más adelante, que era uno de los seres más puros que jamás hayan pisado la faz de la tierra. Y en cambio, de aquella confusión no sólo natural, sino también adecuada a las circunstancias, y de los mínimos e

inevitables cambios de color que, por femeninos, esperaba yo ver en su rostro, no traslució ni el menor vestigio. Y esto sucedió, recuérdese, en el caso de una persona de naturaleza desacostumbradamente sensible e impulsiva, pronta, incluso en las ocasiones más insignificantes, a sentir y a expresar sus sentimientos en grado superlativo.

¿Qué podía significar tal reacción?

Significaba que así me había puesto de manifiesto una extraña faceta de la terrible enfermedad que sumía su vida entera en la oscuridad más absoluta. Significaba que, en lo esencial, la modestia es un sobrecrecimiento de la conciencia que experimentamos al saber que los ojos de los demás nos juzgan, y que la invidencia jamás resulta vergonzosa, por la sencilla razón de que la invidencia no puede ver. La muchacha más modesta que se pueda imaginar será mucho más osada con su amante si está a oscuras que a plena luz del día. A la modelo que posa por vez primera en una academia de dibujo, y que se encoge temerosa ante semejante ordalía, se la convence, echando mano del último recurso, para que entre en el aula con los ojos vendados. Mi pobre Lucilla siempre había llevado los ojos vendados. Mi pobre Lucilla, jamás iba a encontrarse con su amante a plena luz del día. En su crecimiento había ido conociendo las pasiones de una mujer; sin embargo, nunca había ido más allá de la intrépida y primitiva inocencia de una niña. ¡Ah! Si existe un sagrado cometido, y si alguna vez se ha confiado a un ser humano, sin duda tenía yo a mi cargo tal cometido sagrado de primera magnitud. No fui capaz de resistir aquella pobre y hermosa carita ciega vuelta de manera tan insensible hacia mí después de palabras tales como las que acababa de decirle yo. Estaba a mi alcance, así que la tomé por el brazo y la hice sentarse sobre mis rodillas.

-Querida mía -le dije de todo corazón-, de ninguna manera debe ir a verlo hoy otra vez.

-Son tantas las cosas que debo decirle... -repuso ella con impaciencia-. Deseo que sepa qué hondos son los sentimientos que él me inspira, y qué deseosa estoy de hacer que su vida sea más feliz, si es que puedo.

-¡Mi querida Lucilla! ¡De ninguna manera puede decir algo semejante a un hombre joven! ¡Sería como decirle sin pelos en la lengua que está usted encariñada con él!

-Es que estoy encariñada con él.

-¡Chist! ¡Chitón! Ni se le ocurra decirle semejante cosa, al menos hasta que tenga usted la seguridad de que él también se ha encariñado de usted. Amor mío, conviene al hombre, y no a la mujer, ser el primero en reconocer la verdad en asuntos de esta índole.

-Pues eso se me antoja muy duro para las mujeres. Si son ellas las primeras en sentirlo, debieran ser las primeras en reconocerlo.-hizo una pausa, un momento, como si lo debatiera en su interior-, y de pronto se levantó de mis rodillas-. ¡Es preciso que hable con él! -estalló-. ¡Debo decirle que me he enterado de su historia, y que le tengo en muy alta estima después de conocerla!

De nuevo emprendió el camino para tomar su sombrero. La única posibilidad de detenerla iba a ser inventarme una fórmula de compromiso.

-Escríbale un billete -le dije, y de pronto recordé su ceguera-. Usted me

Librodot

dictará -añadí-. Yo escribiré lo que usted me diga. Lucilla, le ruego que al menos por hoy se contente con eso. ¡Hágalo por mí!

Cedió a mi deseo, aunque no de muy buena gana, pobrecilla. Sin embargo, rechazó celosamente que empuñara yo la pluma.

-No, es preciso que mi primera nota se la escriba yo personalmente -dijo-. Puedo escribir, aunque sea a mi manera, a pesar de mis impedimentos. Se me hace largo y fatigoso, pero puedo hacerlo. Venga y verá.

Me condujo a un escritorio que había en un rincón de la sala y estuvo sentada un rato con la pluma en la mano, en actitud pensativa. De pronto esbozó su sonrisa irresistible, que extendió una especie de brillo luminoso sobre toda su cara.

-¡Ah! -exclamó-. Ya sé cómo decirle lo que pienso.

Guiando la pluma que sostenía en la mano derecha con los dedos de la izquierda, comenzó a escribir despacio, con grandes e infantiles letras de molde, y así escribió estas palabras:

«QUERIDO OSCAR: Lo he sabido todo acerca de usted. Por favor, envíeme la pequeña vasija de oro. Su amiga, LUCILLA.» Cerró la carta y anotó la dirección en el sobre, y dio un aplauso de evidente alegría.

-El sabrá muy bien qué significa eso -dijo alborozada.

Fue inútil intentar siquiera reconvenirla por segunda vez. Toqué la campanilla no sin expresar mis protestas (¡imagínense, recibir un regalo de un caballero al que aquella misma mañana había hablado por vez primera!), y el mozo partió camino de Browndown con la carta. Al hacerle esta concesión, me dije en privado que «tendré a Oscar bien sujeto, que no en vano es el más dócil y manejable de los dos».

No fue fácil llenar el rato que tardaría el mozo en regresar. Le propuse que tocásemos algo de música, pero Lucilla seguía estando demasiado poseída por su nuevo motivo de interés, y no pudo prestar atención a nada más. De repente recordó que habría que dar cuenta a su padre y a su madre adoptiva de que el señor Dubourg era una persona perfectamente presentable en la rectoría, y decidió escribir una nota a su padre.

En esta ocasión no puso reparos a la hora de permitir que fuera yo la que empuñase la pluma mientas ella me decía qué deseaba poner por escrito. Entre las dos redactamos una carta un tanto veleidosa, entusiasmada y bastante altisonante. De ninguna manera tuve la certeza de que así pudiéramos causar una impresión favorable de nuestro vecino en la opinión del reverendo Finch. No obstante, eso no era asunto mío. En toda esta cuestión yo iba a estar en la ventajosa postura de la juiciosa dama extranjera que había insistido en que se hicieran las averiguaciones de rigor. En cuanto a la carta, al escribir por una persona que era ciega, para mí fue cuestión de honor no modificar una sola palabra en las frases que me dictó Lucilla. Terminada la carta, escribí la dirección de Brighton en la que se alojaba entonces el señor Finch, y a punto estaba de cerrar el sobre cuando Lucilla me lo impidió.

-Aguarde -dijo-. No cierre la carta aún.

Me pregunté por qué había de quedar abierto el sobre, por qué parecía

Librodot

Lucilla un tanto confusa cuando me indicó que no lo cerrase. Sobre estos dos puntos me esperaba otra inesperada revelación acerca de la influencia que tenía su dolencia sobre la naturaleza de los ciegos, revelación que me iba a ilustrar debidamente.

Tras consultar entre las dos, se decidió por expreso requerimiento de Lucilla que yo informase a la señora Finch de que el misterio de Browndown por fin estaba resuelto. Lucilla reconoció abiertamente que no disfrutaba mucho con la compañía de su madre adoptiva, ni con los deberes que invariablemente recaían sobre cualquier persona que pasara mucho rato en compañía de tan fértil señora, ya fuera buscarle el pañuelo o sostener en brazos al bebé de turno. Se me hizo entrega de un duplicado de la llave que comunicaba las dos alas de la casa y salí de la estancia.

Antes de llevar a cabo el encargo que se me había hecho, pasé un momento por mi dormitorio para dejar allí mi sombrero y mi sombrilla. Al volver al pasillo y al pasar por delante de la sala de estar, vi que había quedado entreabierta, por lo cual pensé que había entrado alguien después de que yo me fuese, y entonces oí la voz de Lucilla: «Saca esa carta del sobre -dijo- y léemela».

Seguí mi camino por el pasillo, debo reconocer que muy despacio, y oí que la anciana nodriza daba lectura en voz alta a las primeras frases de la carta que había escrito yo al dictado de Lucilla. La incurable suspicacia de los ciegos -abandonados siempre a esa misma y melancólica desconfianza hacia quienes los rodean, dubitativos, recelosos siempre de que les tiendan una trampa o los engañen de algún modo los que felizmente pueden ver- había apremiado a Lucilla, incluso en un asunto tan baladí como el de la carta, a ponerme a prueba a mis espaldas. Se había servido de los ojos de Zillah para asegurarse de que yo había escrito realmente lo que ella me había dictado punto por punto, tal como en muchas otras ocasiones, más adelante, iba a servirse de los míos para cerciorarse de que Zillah llevara a cabo las tareas que ella le hubiera asignado en la casa. La experiencia de la fiel dedicación que les tengan quienes viven con ellos, jamás basta para satisfacer por completo a los ciegos. ¡Ah, los pobres, condenados a vivir a oscuras, siempre a oscuras, sin saber lo que sucede en torno a ellos!

Al abrir la puerta de comunicación entre arribas alas fue como si también hubiese abierto yo las puertas de todas las habitaciones de la casa rectoral. En el momento en que asomé al pasillo, salieron los niños uno a uno por todas las puertas, como conejos asomados desde sus madrigueras.

-Dónde está la mamá? -pregunté.

Los conejillos me contestaron con un grito al unísono y se colaron de nuevo en las madrigueras.

Bajé por la escalera para probar suerte en la planta baja. Por la ventana del rellano se veía el jardín de la entrada. Me asomé y vi allí a la irreprimible árabe de la familia, a nuestra pequeña y regordeta Jicks, que iba caminando a solas por el jardín, obviamente a la caza de una nueva oportunidad para escapar de la casa. A esa curiosa criatura no le interesaba en lo más mínimo la compañía de los demás niños. Dentro de la casa permanecía sentada en cualquier rincón con gesto de seriedad, y siempre que podía comía también en el suelo. En el exterior caminaba hasta quedar exhausta y luego se tumbaba en cualquier parte a dormir, como un animalillo. Casualmente

Librodot

alzó la mirada cuando estaba yo en la ventana. Al verme, agitó la mano señalando la cancela de la casa rectoral.

-¿Qué sucede? -pregunté.

-Jicks quiere salir -contestó la pequeña árabe.

En ese mismo instante, el llanto de un bebé que venía de abajo me informó de que no me encontraba lejos de la señora Finch.

Avancé en dirección a la fuente del ruido y me la encontré de pie ante la puerta abierta de una gran despensa que había en uno de los extremos del pasillo. En el centro de la estancia (leyendo una lista de artículos domésticos a la cocinera) estaba sentada la señora Finch. Esta vez iba ataviada con una simple combinación y un echarpe; tanto el bebé como la novela estaban boca arriba sobre su regazo.

-¿Ocho libras de jabón? ¡Me pregunto adónde va a parar semejante cantidad! -gimió la señora Finch con el acompañamiento del llanto del bebé-. ¿Cinco libras de sosa para la colada? Cualquiera diría que aquí hacemos la colada para todo el pueblo. ¿Seis libras de velas? Seguro que hay alguien que se las come, igual que los rusos. ¿Cómo es posible que se quemen seis libras de velas en tan solo una semana? ¿Diez libras de azúcar? ¿Y quién la devora? Yo sólo pruebo el azúcar de uvas a peras. Un despilfarro, esto es un despilfarro. -La señora Finch miró hacia la puerta y me vio-. ¡Oh! ¿Madame Pratolungo? ¿Cómo está usted? No, no se vaya, termino ahora mismo. ¿Un frasco de betún? Pues yo llevo los zapatos tan sucios que son una deshonra para la casa. ¿Cinco libras de arroz? Si tuviera criados de la India, con cinco libras de arroz les bastaría para todo un año. ¡Ahí tiene! Llévese todo eso a la cocina. Disculpe mi atuendo, madame Pratolungo. ¿Cómo me voy a vestir, si tengo tantísimas cosas que hacer? ¿Qué me dice? ¿Que desde luego debo de tener todo mi tiempo muy ocupado? ¡No lo dude! Cuando una pierde tan sólo media hora por la mañana, ya no la recupera en todo el día, y no le hablo encima de tener que llevar las cuentas de la despensa en la cabeza, que si la comida de los niños se retrasa, que si el bebé se pone quisquilloso... Una tiene que ponerse una simple combinación y un echarpe, de pura desesperación por el poco tiempo que le queda. ¿Qué puedo haber hecho con el pañuelo? ¿Le importa echar un vistazo entre esas botellas que tiene ahí, a su espalda? ¡Ah, aquí está, debajo de este bendito! ¿La molestaría sujetarme el libro un instante? Creo que el bebé estará más tranquilo si lo pongo del revés. -En este punto, la señora Finch puso al bebé boca abajo y le dio unas rápidas palmaditas en la espalda. Con este cambio de postura, el bebé hasta entonces inconsolable lo único que hizo fue romper a berrear con más potencia que antes. Su madre parecía perfectamente impertérrita ante semejante berrinche. La resignada mártir de los quehaceres domésticos me miró con placidez y me debió de ver ante ella, desconcertada, con su novela en la mano-. Ah, pues ésa es una historia muy interesante -prosiguió-. Tiene muchísimo amor, ¿sabe? Habrá venido usted a por ella, ¿no es eso? Recuerdo que ayer mismo le prometí que se la prestaría. -Sin darme tiempo a contestar, apareció de nuevo la cocinera en busca de otras mercaderías propias de la casa. La señora Finch repitió las peticiones de la mujer una por una, con un tono de manifiesta desesperación-. ¿Otra botella de vinagre? ¡Empieza a parecerme que riega usted el jardín con el vinagre! ¿Más almidón? Estoy firmemente convencida de que ni siquiera en la colada de la

Librodot

reina gastan tanto como en la nuestra. ¿Papel de lija? El papel de lija es como papel mojado en esta casa de manirrotos. Se lo diré al amo, ya lo creo. A este ritmo, de veras que no conseguiré jamás que me dure el dinero de los gastos de la casa. ¡No, no se vaya, madame Pratolungo! Termino ahora mismo. ¿Cómo? ¿Que debe marcharse usted? Bueno, en ese caso déjeme el libro sobre el regazo y eche un vistazo detrás de ese saco de harina, que el primer volumen se me cayó por ahí esta mañana y no he tenido tiempo de recogerlo. ¡Papel de lija, sí! ¿Acaso cree usted que estoy hecha de papel de lija, señora? ¿Qué, ha encontrado el primer volumen? Ah, eso es. ¡Lleno de harina, claro! Supongo que el saco tendrá un agujero. ¡Doce pliegos de papel de lija gastados en una semana! ¿Y para qué, me pregunto yo? Desafío a que cualquiera de ustedes me explique ese gasto. ¡Un despilfarro! ¡Un despilfarro! ¡Un despilfarro vergonzoso, pecaminoso incluso!

Llegada la señora Finch a este punto en sus lamentaciones, conseguí escapar con el libro en la mano y dejé el asunto de Oscar Dubourg para comentárselo en mejor ocasión. Las últimas palabras que oí entre los alaridos del bebé, cuando ya subía por la escalera, fueron algo relacionado con el pródigo consumo de papel de lija que se hacía a lo largo de la semana. Derramemos, pues, una lágrima al menos sobre las penas de la señora Finch y dejemos a la genuina matrona británica que apostrofe a su gusto la economía doméstica, en el oloroso recinto de su propia despensa.

Acababa de referir a Lucilla el fracaso de mi expedición a la otra ala de la casa cuando regresó el mozo, que traía la vasija de oro y una carta.

La respuesta de Oscar estaba juiciosamente modelada, e imitaba la brevedad del billete que le envió Lucilla. «Me ha convertido usted en un hombre muy feliz. ¿Cuándo le parece que siga yo los pasos de la vasija?» En tan sólo dos frases estaba contenida toda su carta.

Tuve otra discusión con Lucilla, relativa a la propiedad de que recibiéramos a Oscar en ausencia del reverendo Finch. Tan sólo pude convencerla para que esperase a tener al menos alguna noticia de su padre cuando consentí en dar otro paseo hacia Browndown a la mañana siguiente. Esta nueva concesión la satisfizo. Había recibido su regalo, había cruzado una carta con él, había recibido carta suya, así que de momento se dio por satisfecha.

-¿Cree usted que se está encariñando conmigo? -me preguntó ya a última hora de la noche, cuando se llevó la vasija de oro a la cama, pobrecilla, exactamente igual que una niña se hubiera llevado un juguete nuevo.

-Dele tiempo, querida mía -le dije-. No todo el mundo puede viajar a la misma velocidad que usted en un asunto tan serio como éste.

Mi cháchara no surtió en ella el menor efecto.

-Váyase con la vela -me dijo-. A mí la oscuridad no me afecta. Lo veo muy bien en mis pensamientos.

Acomodó la cabeza entre los almohadones y me dio una descarada palmadita en la mejilla cuando me incliné sobre ella.

-Reconozca que al menos tengo esta ventaja sobre usted -dijo-. Usted de noche no puede ver sin la ayuda de una vela. Yo podría recorrer ahora mismo toda la casa sin dar un solo paso en falso.

Cuando me despedí, creí con toda sinceridad que la «la pobre señorita Finch» era la mujer más feliz de Inglaterra.

Librodot

CAPÍTULO XII

El señor Finch huele dinero

Un motivo de alarma doméstica retrasó por espacio de unas cuantas horas nuestro paseo a Browndown.

La anciana nodriza, Zillah, había enfermado aquella noche. Tan poco la aliviaron los remedios que pudimos aplicarle que, por la mañana, fue necesario llamar a un médico. Éste vivía a cierta distancia de Dimchurch, y a su llegada tuvo que enviar a un propio a que recogiera en su casa los medicamentos apropiados al caso. A resultas de estos retrasos era ya casi la una de la tarde cuando los remedios del médico empezaron a surtir efecto y la nodriza se sintió suficientemente restablecida para permitir que nos fuéramos y la dejásemos al cuidado de los criados.

Nos habíamos vestido para dar el paseo (Lucilla estuvo lista muchísimo antes que yo) y tan sólo habíamos llegado a la cancela del jardín, camino de Browndown, cuando al otro lado de la tapia oímos la voz de un hombre, afinada en una soberbia gama de barítono, que pronunciaba estas palabras:

-Créame, mi estimado señor; le aseguro que no surgirá la menor dificultad. Tan sólo tendré que remitir el cheque a mis banqueros en Brighton.

Lucilla se sobresaltó y me sujetó por el brazo.

-¡Mi padre! -exclamó con absoluto asombro-. ¿Con quién estará hablando?

La llave de la cancela estaba en mi poder.

-¡Qué voz tan imponente tiene su padre! -dije al sacar la llave del bolsillo. Abrí la cancela. Allí, frente por frente a nosotras, en el mismo umbral y cogidos del brazo, como si se conocieran desde la infancia, estaban el padre de Lucilla y... ¡Oscar Dubourg!

El reverendo Finch dio comienzo a las presentaciones tomando a su hija afectuosamente en sus brazos.

-¡Mi queridísima niña! -dijo-. He recibido tu carta, tu interesantísima carta, esta misma mañana. En el momento mismo en que la leí, sentí que estaba en deuda con el señor Dubourg. En calidad de párroco de Dimchurch comprendí con absoluta claridad que era un asunto de mi incumbencia dar consuelo a un hermano que se encontraba sumido en la aflicción. Por así decir, sentí de veras un gran anhelo por estrechar la mano derecha de la amistad con este hombre que tanta adversidad y tan arduos pesares ha tenido que sufrir. Pedí prestado el carruaje de mi amigo y fui derecho a Browndown. Hemos mantenido los dos una larga y cordial conversación, Y me he traído al señor Dubourg a casa. Es preciso que sea uno más de la familia. Mi querida hija, el señor Dubourg debe ser uno más de la familia. Permíteme que te presente: mi hija primogénita, el señor Dubourg.

¡Y llevó a cabo la ceremonia de las presentaciones con la mayor gravedad del mundo, como si de veras creyese que Oscar y su hija se acababan de conocer!

Nunca había puesto yo los ojos en un hombre de aspecto más mezquino que ese rector. Apenas me alcanzaba al hombro. En lo sustancial, era tan míseramente flaco que parecía la viva imagen del hambre. En las calles de

Londres habría amasado una fortuna con sólo salir a mostrarse ante el público mal envuelto con sus ropas andrajosas. Tenía toda la cara picada de viruela. Llevaba el cabello corto e hirsuto, erizado como los pelos de una escoba. Sus ojillos entre blancuzcos y grises tenían un mirar inquieto, inquisitivo, indescriptiblemente irritante e incómodo. Su único motivo de distinción personal consistía en su espléndida voz de barítono, una voz que casi no tendría derecho a existir en la persona que la utilizaba. Hasta que una se acostumbraba a tan marcado contraste, había algo lisa y llanamente insufrible al oír la soberbia tonalidad que salía de un cuerpecillo tan despreciable. La famosa expresión latina contiene a fin de cuentas la mejor descripción que podría dar yo del reverendo Finch. En verdad que una voz y nada más[3].

-Madame Pratolungo sin duda, ¿verdad? -prosiguió volviéndose hacia mí-. Encantado de conocer a la juiciosa compañera y amiga de mi hija. Debe ser usted una más de la familia, igual que el señor Dubourg. Permítame presentarla: madame Pratolungo, el señor Dubourg. Esta es el ala antigua de la casa rectoral, estimado señor. Hemos hecho algunas obras de restauración... A ver, déjeme pensar... ¿Cuánto hace? Sí, creo que fue antes del penúltimo parto de la señora Finch. -Pronto descubrí que el señor Finch calculaba el tiempo transcurrido de acuerdo con los partos de su esposa-. El interior le resultará sin duda muy curioso e interesante. ¡Lucilla, hija mía! Ya ve, señor, que la Providencia ha tenido a bien que mi hija padezca de ceguera. ¡Inescrutables son los caminos de la Providencia! Lucilla, ésta es tu ala de la casa, así que toma del brazo al señor Dubourg y condúcenos tú al interior. Haz los honores, mi niña. Madame Pratolungo, permita que le ofrezca mi brazo. Lamento no haber estado presente cuando llegó usted, para haberla recibido debidamente en la rectoría. Considérese, se lo ruego, como de la familia. -Calló y bajó su voz prodigiosa hasta emitir una suerte de gruñido confidencial-. ¡Deliciosa persona el señor Dubourg, ya lo creo! No sabría explicarle cuán complacido estoy con él. ¡Y qué triste y lamentable historia la suya! Cultive la amistad del señor Dubourg, mi querida señora. Como favor personal, le ruego que cultive la amistad del señor Dubourg.

Lo dijo con lo que me pareció una hondísima ansiedad; más aún, lo subrayó apretándome afectuosamente la mano.

He conocido a muchas personas de gran audacia a lo largo de mi vida. Sin embargo, la soberbia audacia del reverendo Finch -su manera de insistir nada menos que delante de nuestras narices en que había sido él quien había descubierto a su vecino antes que nadie, y en que Lucilla y yo éramos absolutamente incapaces de entender y apreciar a Oscar sin que él nos prestara su ayuda- no tenía parangón en mi experiencia. Me pregunté a qué podría deberse su conducta en este asunto, tan inesperada para Lucilla como para mí, y qué podía significar. El conocimiento que de él tenía y que había obtenido a través de su hija, junto con el recuerdo de lo que le oímos decir cuando aún estaba al otro lado de la tapia, me llevó a pensar que tan sólo podía tratarse de una cosa: dinero.

Nos reunimos en la sala de estar.

[3] Es decir, *vox et praeterea nihil*. Utilizada originalmente para describir al ruiseñor en las *Moralia* de Plutarco

Librodot

Entre todos nosotros, la única persona que estaba de veras a sus anchas era el señor Finch. En ningún momento dejó a solas a su hija con su invitado. «Hija mía, muéstrale esto al señor Dubourg; muéstrale aquello, o lo de más allá. Señor Dubourg, mi hija posee tal cosa, mi hija posee tal otra.» Así estuvo pavoneándose por toda la estancia. Oscar parecía un tanto amilanado por las abrumadoras atenciones de su nuevo amigo. Por lo que acerté a ver, Lucilla estaba irritada, en secreto, por verse autorizada por su padre a prestar a Oscar aquellas atenciones que sin duda habría preferido ofrecerle por decisión propia y por su natural instinto. En cuanto a mí, empezaba a estar harta de la condescendiente cortesía con que nos obsequiaba el diminuto sacerdote de la voz tonante. Fue un alivio para todos nosotros que en medio de su exhibición llegara un mensaje relacionado con ciertos asuntos domésticos, un mensaje de la señora Finch, por medio del cual requería la inmediata presencia de su esposo en el ala de la casa que ocupaba la casa rectoral.

Obligado a dejarnos, el reverendo Finch hizo su discurso de despedida, para lo cual tomó la mano de Oscar, en una especie de custodia paternal, entre sus propias manos. Habló con tan sonora cordialidad que la porcelana y los ornamentos de cristal del *chiffonier* de Lucilla de hecho tintinearon a modo de acompañamiento de sus atronadoras notas de bajo.

-Venga a tomar el té, mi querido señor. Sin ceremonias. Hoy mismo, a las seis. Hemos de animarnos unos a otros, señor Dubourg. Una compañía animada, un poco de música. Lucilla, mi niña querida, tocarás alguna pieza para el señor Dubourg, ¿verdad? Madame Pratolungo hará lo propio si yo se lo solicito, estoy seguro. Hasta el aburrimiento de Dimchurch convertiremos en motivo de agrado para nuestro nuevo vecino, seguro que sí. ¿Cómo lo dice el poeta? «Clavada a un lugar no es la felicidad sincera; no se la encuentra en ningún lugar, si no está en todos a la vez.» ¡Qué reconfortante! ¡Qué verdadero! En fin, buenos días; buenos días.

La cristalería siguió tintineando. Las piernas marchitas y magras del señor Finch se lo llevaron de la sala.

En el momento en que nos dio la espalda, las dos asaltamos a Oscar con la misma pregunta. ¿Qué había ocurrido en la entrevista que mantuvo con el reverendo Finch?

Todos los hombres son incompetentes por igual cuando se trata de satisfacer a las mujeres, máxime si se tiene en cuenta que las cuestiones entre uno y otro sexo son cuestiones de pequeño detalle. En la posición en que se encontraba Oscar, una mujer habría sido capaz de relatarnos no sólo la conversación entera con el rector, sino también cada uno de los insignificantes incidentes que la hubieran ilustrado. Tal como fueron las cosas, sólo pudimos extraer de nuestro insatisfactorio interlocutor un elemental resumen de la conversación. Nosotras tuvimos que colorearla y rellenar los huecos que quedaron en blanco.

Según su propia confesión, Oscar había reconocido debidamente la amabilidad de su visitante y abrió su corazón al simpático rector, aparte de haber situado al precavido sacerdote y al excelente hombre de negocios en posesión de un completísimo conocimiento de todos sus asuntos personales. A cambio, el reverendo Finch le habló con la mayor franqueza. Trazó un triste panorama de la pobreza en que vivía en Dimchurch, aunque no dejó de

Librodot

calificarlo de legado eclesiástico; le habló también con tanto sentimiento de la deteriorada condición en que se encongaba la antigua e interesante iglesia que el pobre y simple Oscar, tan afligido como entusiasmado por la piedad, sacó del bolsillo su chequera y suscribió sobre la marcha una donación para el fondo de reparaciones de la antigua torre redonda. Aún estaban los dos ocupados con el asunto de la torre y de la donación cuando nosotras abrimos la cancela del jardín y los dejamos pasar. En cuanto oí su relato comprendí los motivos que habían impulsado a actuar a nuestro reverendo amigo tan a fondo como si hubieran sido los míos. Vi con absoluta claridad que el rector le había tomado a Oscar la justa medida en el aspecto financiero, y que en su fuero interno quedó satisfecho, y que pensó que si fomentaba en los dos jóvenes el cultivo de una mutua amistad, algún dinero (por emplear su propia expresión) podría obtenerse de ello. Tal como pensé, había puesto en primer lugar el asunto de «la torre redonda» más que nada por sondear el panorama; a su debido tiempo seguiría con una apelación de naturaleza más personal al bolsillo bien surtido del buen Oscar. En resumidas cuentas, fue en mi opinión tan agudo (no sin antes haber estudiado el carácter de su amigo) como para prever un incremento de sus ingresos, y no una disminución, caso de que las relaciones entre Oscar y su hija desembocaran en el matrimonio.

Que Lucilla llegara por su cuenta a la misma conclusión que yo es algo que no podría aventurarme a afirmar con un mínimo de certeza. Tan sólo podré referir que pareció incómoda o molesta incluso a medida que tuvo conocimiento de los hechos, y que aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para descartar a su padre como tema de conversación.

En cuanto a Oscar, a él le bastaba con haber conseguido una posición segura como amigo de la casa. Se despidió de nosotras sumamente animado. Cuando se dijeron adiós Lucilla y él los miré con atención. Ella le estrechó la mano, yo misma la vi. Al paso al que iban las cosas, comencé a preguntarme si el reverendo Finch no aparecería a la hora del té con sus ropajes ceremoniales para oficiar la celebración del matrimonio de su hija con aquel hombre que «tan arduos pesares ha tenido que sufrir» y que tan buen amigo suyo era, entre la primera y la segunda taza de té.

En la reunión social que tuvimos por la tarde no sucedió gran cosa que sea digna de comentario.

Lucilla y yo (no puedo abstenerme de anotarlo) nos habíamos vestido las dos con nuestras mejores galas, en honor de la ocasión. A modo de contraste, la señora Finch nos sirvió el té a la perfección. Había hecho un esfuerzo inmenso; estaba a medio vestir. Su traje de noche constaba de una antigua falda de seda verde (con restos de los anteriores bebés visibles para cualquier ojo mínimamente avezado) y su sempiterna chaqueta de basta lana azul de oveja merina. «Es que pierdo todo lo que tengo -me susurró la señora Finch al oído-. Este vestido tiene su corpiño se lo puedo asegurar, pero no aparece por ninguna parte.» La prodigiosa voz del rector no calló un solo instante; el hombrecillo, pomposo y convincente, habló y habló y habló por los codos en un tono de bajo cada vez más profundo, hasta que las tazas mismas posadas sobre la mesa se estremecieron bajo el influjo de su voz tonante. Los niños de mayor edad, admitidos a participar en semejante festejo familiar, comieron hasta hartarse, miraron y bostezaron hasta más

Librodot

no poder y se fueron a la cama. Oscar se entendió de maravilla con todos. La señora Finch se mostró muy interesada en él nada más saber que tenía un hermano gemelo, aunque también la sorprendió y la decepcionó saber que su madre había empezado a tener hijos con ellos dos y con ellos dos había terminado. En cuanto a Lucilla, permaneció sentada y sumida en su callada felicidad, absorta en el deleite inagotable que le producía el mero hecho de oír la voz de Oscar. Al escuchar la voz amada, halló una diversidad de expresiones semejante a la que el resto de nosotros hallamos al contemplar el rostro de la persona amada. Más avanzada la velada oímos música, y por vez. primera pude oír con qué encanto tocaba Lucilla. Era una intérprete musical innata, dotada de una delicadeza y una sutileza, de un tacto tal como tienen pocos de los más grandes virtuosos. Oscar estaba fascinado. En una palabra, la velada fue un éxito.

Cuando nuestro invitado procedió a despedirse, me las ingenié para decirle en privado lo que deseaba decirle acerca de la soledad en que habitaba allá en Browndown.

Las dudas que me inspiraba la seguridad de Oscar en su casa aislada, que ya he descrito tal como me las inspiró el descubrimiento de los dos rufianes que acechaban junto a la pared, aún seguían ocupando un lugar importante en mi ánimo. Aún me urgían a que lo apremiase para que tomara precauciones de alguna clase, antes de que los preciosos metales que había enviado a Londres fueran fundidos a su gusto y volvieran a estar en su poder. Me proporcionó la oportunidad que yo estaba esperando al mirar su reloj y pedir disculpas por haber prolongado tanto su visita, hasta una hora que en el medio campestre era terriblemente tardía: la medianoche.

-¿Le estará esperando su criado? -pregunté como si desconociera su modo de ordenar su situación doméstica.

Extrajo del bolsillo una llave grande y tosca.

-Éste es el único criado que tengo yo en Browndown -dijo-. A las cuatro o a las cinco de la tarde, las posaderas han hecho todo lo que requiero de ellas. Después, en la casa no queda nadie más que yo.

Nos estrechó la mano. El reverendo Finch lo escoltó hasta la puerta. Salí sigilosa mientras terminaban de despedirse y alcancé a Oscar cuando ya avanzaba solo por el jardín.

-Me hace falta tomar un poco de aire fresco -dije-. Le acompañaré hasta la cancela.

Comenzó por hablar directamente de Lucilla. Le sorprendí al volver bruscamente al asunto de su situación en Browndown.

-¿A usted le parece sensato -pregunté- pasar la noche a solas en una casa tan aislada como la suya? ¿Por qué no contrata a un criado?

-Detesto a los criados que no conozco de nada -repuso-. Prefiero con mucho estar a solas.

-¿Cuándo espera que le sean devueltas sus láminas de oro y plata?

-Dentro de una semana, poco más o menos.

-¿Qué valor diría usted que tienen, quiero decir en dinero, al menos aproximadamente?

-Aproximadamente... unas setenta u ochenta libras.

Librodot

-Así pues, dentro de una semana -dije- tendrá usted objetos por valor (le setenta u ochenta libras de su propiedad y los tendrá en Browndown. Se trata de objetos que un ladrón tan sólo tendría que fundir y acrisolar para no temer que nadie sospeche del modo en que hayan llegado a sus manos.

Oscar me hizo callar y me miró alarmado.

-Pero... ¿en qué está usted pensando? -preguntó-. No hay ladrones en un lugar tan primitivo como éste.

-Hay ladrones en otros lugares -contesté-. Y siempre es posible que vengan por aquí. ¿Ha olvidado usted a aquellos dos hombres a los que sorprendimos haraganeando en Browndown ayer mismo?

Sonrió. Yo tan sólo le había recordado una asociación humorística, nada más.

-No fuimos nosotros quienes los sorprendieron -replicó-. Fue aquella curiosa niña. ¿Qué le parece si me llevo a Jicks a dormir a mi casa, para que cuide de mí?

-No le estoy hablando en broma -repliqué-. En toda mi vida jamás me había encontrado con dos villanos de peor catadura. Tenía usted la ventana abierta cuando me estaba hablando de la necesidad de volver a fundir las láminas. Es posible, pues, que sepan igual que yo que su oro y su plata le serán devueltos al cabo de un tiempo.

-¡Qué imaginación tiene usted! -exclamó-. Ve usted a un par de desaliñados excursionistas llegados de Brighton, que se han extraviado hasta llegar a Dimchurch, y los transforma al instante en un par de ladrones aunados en una conspiración para robarme y asesinarme. Desde luego, usted y mi hermano Nugent se llevarían a las mil maravillas. Tiene una imaginación portentosa, exactamente igual que la suya.

-Haga caso de mi consejo -le respondí con toda seriedad-. No siga durmiendo en Browndown sin tener a alguien que le acompañe en esa casa.

Seguía estando sumamente animado. Me besó la mano y me dio las gracias a su manera, voluble y un tanto exagerada, por el interés que me había tomado por él.

-¡De acuerdo! -dijo cuando ya abría la cancela-. Me llevaré a alguien a la casa. Me llevaré un perro.

Nos despedimos. Le había dicho lo que tenía en mente. Mas no pude hacer. Al fin y al cabo, tal vez su visión de las cosas fuese acertada, tal vez yo estuviera en un error.

Librodot

CAPÍTULO XIII

Segunda aparición de Jicks

Pasaron cinco días más.

Durante ese lapso vimos constantemente a nuestro vecino. O venía Oscar a la casa rectoral, o íbamos nosotras a Browndown. El reverendo Finch, tras su magistral fachada de no estar sospechando nada en absoluto, aguardaba con paciencia a que las relaciones entre los dos jóvenes estuvieran suficientemente maduras para adquirir por sí solas el desarrollo propio de una relación basada en el reconocimiento del amor. Por influjo de Lucilla ya avanzaban rápidamente hacia ese punto. No hay que culpar a mi pobre muchacha ciega, y seré yo quien se lo ruegue al lector, por haber incitado con demasiada franqueza al hombre que amaba. En calidad de pretendiente, era el hombre más retrasado que he conocido en mi vida. Cuanto más se encariñaba con ella, más tímido y falto de confianza en sí mismo se mostraba. Reconozco que no me agrada la modestia en los hombres; no puedo decir con una mínima honradez que el señor Oscar Dubourg, tras conocerlo más a fondo, progresara mucho en mi estima. Sin embargo, Lucilla lo comprendía bien, y eso era suficiente. Estaba resuelta a formarse una imagen mental de él todo lo completa que le fuera posible. En la casa examinó a todos los que le hubieran visto, incluidos los niños, y los interrogó a conciencia sobre su apariencia personal, tal como ya me había examinado e interrogado a mí. Sus rasgos y el color de su tez, su estatura y su anchura, sus ornamentos y sus ropas: sobre todos estos apartados fue recogiendo pruebas diversas, en todas las direcciones que pudo, con el máximo detalle. Le supuso un especial alivio, por no decir un gran deleite, enterarse de que tenía clara la piel y rubio el cabello. Era imposible entrar con ella en razonamientos sobre su horror ciego a los matices más oscuros de cada color, tanto si se refería a la piel de los hombres y las mujeres como al color mismo de las cosas. Ella misma era incapaz de dar cuenta de esa aversión, y tan sólo se limitaba a afirmarla.

-En algunas cosas tengo extraños instintos propios -me dijo un día-. Por ejemplo, yo sabía que Oscar era rubio y de piel muy blanca, quiero decir que ya lo había percibido, desde la primera vez que oí su voz. Fue algo que me llegó directamente del oído al corazón, y esa impresión lo describió a mi entender exactamente igual que como me lo han descrito a partir de entonces. Me ha dicho la señora Finch que tiene la tez más clara incluso que yo. ¿A usted también se lo parece: ¡Cuánto me alegra saber que es más rubio que yo ...! ¿Ha conocido usted a otra persona como yo? Creo que, en mi ceguera, tengo a veces ideas muy extrañas. Relaciono la vida y la belleza con los colores claros, y la muerte y el crimen con los colores oscuros. Si me casara con un hombre de tez oscura y si después recuperase la vista, sin duda escaparía corriendo de él.

Este singular prejuicio suyo, que la predisponía en contra de las personas morenas, me resultó ligeramente molesto por razones estrictamente personales, pues era en cierto modo el reflejo contrario a mis propios gustos. Entre nosotros diré que el difunto doctor Pratolungo era un hombre de una espléndida tez caoba.

En cuanto a los asuntos de Dimchurch en general, mi crónica de aquellos cinco días contiene bien poca cosa que valga la pena relatar:

Librodot

No nos sorprendió una segunda aparición de los dos rufianes en Browndown, y tampoco se llevo a cabo el menor cambio en la situación doméstica de Oscar. Disfrutó con el regalo de unas cuantas visitas que le hizo nuestra pequeña y vagabunda Jicks. En cada una de estas ocasiones, la niña le recordó con gravedad su precipitada promesa de llamar a la policía para que se ocupase de aplicar el castigo corporal merecido por los dos feos desconocidos que se burlaron de ella. ¿Cuándo iban a ser apaleados aquellos dos individuos? ¿Cuando iba a llegar el día en que Jicks lo viera? Tales eran la serias preguntas con que la pequeña damisela abría de costumbre la conversación, cada una de las veces en que obsequió a Oscar con una de sus visitas matinales.

Al sexto día llegaron a Browndown las láminas de oro y plata refundidas en la fábrica de Londres.

A la mañana siguiente llegó una nota de Oscar que decía así:

> QUERIDA MADAME PRATOLUNGO: Lamento informarle de que la pasada noche no me ha ocurrido nada que se saliera de lo habitual. Mis cerraduras y candados están en orden, como siempre; mis láminas de oro y plata están a salvo en el taller; ahora mismo me dispongo a desayunar sin que nada ni nadie me haya rajado el cuello
>
> Sinceramente suyo,
>
> OSCAR

Poco o nada más hubo que decir después de esto. Jicks tal vez persistiera en recordar que merodeaban por los alrededores dos desconocidos de mala catadura. Otras personas de mayor edad y sabiduría los descartaron de toda posterior consideración.

Llego el sábado, que fue el décimo día desde la memorable mañana en que obligué a Oscar a desvelarme sus secretos en la salita de Browndown.

Antes del mediodía recibimos su visita en la rectoría. Por la tarde fuimos a Browndown para verle empezar la labor de repujado de una de sus láminas de oro -en concreto, un cofrecillo para guardar guantes-, que una vez terminado tendría por destino el tocador de Lucilla. Lo dejamos trabajando industriosamente, resuelto a proseguir su labor mientras dispusiera de luz diurna.

A primera hora de la noche, Lucilla tomó asiento ante el pianoforte y yo visité la otra ala de la casa rectoral de acuerdo con una cita previamente concertada.

La desdichada señora Finch había decidido llevar a cabo una completa reforma de su guardarropa. Me encareció que la obsequiara con la ventaja de «mi educado gusto francés» Y que actuase como crítica y consejera confidencial. «No puedo permitirme el lujo de comprar nuevas prendas -dijo la pobre señora-, pero tal vez lleguemos a un acuerdo a la hora de hacer unas cuantas composturas en las prendas que poseo, sobre todo si de ello se encarga la persona indicada.» ¿Quién iba a resistirse a tan patética apelación? Me resigné al bebé, a la novela y a los niños en general, y como el reverendo Finch no estaba a mano, ocupado en la tarea de escribir su

sermón dominical, me presenté en el recibidor de la señora Finch llena de ideas a rebosar, con las tijeras y el papel de los patrones en la mano.

Acabábamos de comenzar nuestra operación cuando llegó uno de los niños de mayor edad con un mensaje del cuarto de los niños.

Era la hora del té, y Jicks, como siempre, no estaba por ninguna parte. Se emprendió su búsqueda, primero en la planta baja de la casa, después en el jardín. En ninguna de estas zonas se encontró el menor rastro de ella. Nadie mostró su sorpresa ni su alarma. «¡Ay, ay, ay! -dijimos-. Seguro que se ha marchado a Browndown otra vez.» Y al punto nos sumergimos de nuevo en los desaliñados rincones del fondo de armario de la señora Finch.

Acababa de llegar yo a la conclusión de que la chaqueta de lana azul de oveja merina era una prenda de vestir que había cumplido con creces su misión, y que por fin se había ganado su definitivo retiro del uso cotidiano, cuando un grito plañidero me llegó a los oídos a través de la puerta abierta que daba al jardín de atrás de la casa.

Me detuve y miré a la señora Finch.

Se repitió ese grito, sólo que más fuerte y más cerca de nosotras: esta vez fue reconocible, era una voz infantil. La puerta de la habitación había quedado entreabierta cuando indicamos al mensajero que volviera al cuarto de los niños. La abrí de golpe y me encontré cara a cara con Jicks, que estaba en el pasillo. Noté que todos los nervios del cuerpo se me estremecían nada más ver a la niña.

La pobrecilla estaba blanca de terror, con la mirada desencajada. Era incapaz de pronunciar una sola palabra. Cuando me arrodillé para acariciarla y sosegarla, me tomó convulsamente de la mano y trató de obligarme a ponerme en pie. La obedecí. Repitió su grito incomprensible y trató de llevarme a rastras fuera de la casa. Estaba tan débil que la agotó ese esfuerzo. La torné en mis brazos. Al cogerla, una de mis manos rozó la parte superior de su vestido, justo detrás del cuello, y noté algo en los dedos. Me los miré. ¡Dios Santo! ¡Los tenía manchados de sangre!

Di la vuelta a la chiquilla, y se me heló la sangre en las venas. Su madre, que había aparecido tras de mí, chillaba horrorizada. El vestido blanco de la encantadora niña estaba lleno de salpicaduras de sangre todavía húmeda, pero no era la suya. Ella no tenía ni un rasguño. Observé con más atención aquellas manchas horrorosas. Alguien las había trazado adrede sobre su vestido; estaban trazadas, al parecer, con un dedo. La llevé a la luz. ¡Era un mensaje escrito! Con gran debilidad, alguien había trazado una palabra en la espalda de su vestido. Descifré algo que parecía una «S». Luego una letra imposible de entender. Luego había otra, que podría haber sido una «L» o una «C». Y había una última letra, que me pareció sin duda una «O».

¿Era «SOLO», o tal vez las cuatro primeras letras de la palabra «SOCORRO»?

¡Sí! Trazadas en la espalda del vestido de la niña, con un dedo embadurnado de sangre, alguien había intentado pedir socorro.

Librodot

CAPITULO XIV

Descubrimientos en Browndown

No será preciso decir a qué conclusión llegué tan pronto recobré la sensatez necesaria para pararme a pensar.

Gracias a la vida aventurera que he llevado en el pasado, tengo la costumbre de tomar sobre la marcha la decisión que corresponda a una situación urgente, sea ésta de la índole que sea. En esa situación de urgencia, tal como yo me la figuré, había que hacer dos cosas y había que hacerlas cuanto antes. La primera, acudir de inmediato a Browndown con la ayuda requerida; la segunda, impedir que Lucilla tuviera conocimiento de lo ocurrido hasta que yo pudiera regresar y prepararla debidamente para el descubrimiento.

Miré a la señora Finch. Se había dejado caer en una silla, al parecer desvalida.

-¡Levántese! -dije, y la zarandeé. No era el momento más oportuno para contemplar con simpatía un desmayo o un ataque de histeria. La niña seguía estando en mis brazos; la pobrecita se había rendido rápidamente al agotamiento que sin duda le habían producido tanta fatiga y tanto terror. No podría hacer nada mientras no me aliviase de su carga. La señora Finch alzó la mirada sollozando, temblorosa. Dejé a la niña en su regazo. Jicks opuso una débil resistencia, pues no quería verse separada de mí, pero pronto cedió y apoyó su cabeza cansina en el pecho de su madre.

-¿Puede quitarle el vestido? -le pedí con otro zarandeo, esta vez más enérgico que el anterior.

La perspectiva de tener entre manos una ocupación doméstica, del tipo que fuera, pareció espabilar a la señora Finch. Contempló al bebé, que estaba en su cuna en un rincón de la habitación, y contempló la novela, que reposaba sobre un sillón en otra esquina. Diríase que la presencia de esos dos objetos tan familiares le dieron ánimos renovados. Se estremeció, se trago un sollozo, recobró el aliento y comenzó a desatar el lazo del vestido de la niña.

-Guárdelo con todo cuidado -dije- y no diga nada a nadie. Ni una palabra sobre lo que ha ocurrido, al menos mientras yo no vuelva. Compruebe con sus propios ojos que la niña no se ha lastimado. Tranquilícela y espéreme aquí mismo. ¿Está el señor Finch en su despacho?

La señora Finch se tragó otro sollozo y contestó que sí. La niña hizo un último esfuerzo.

-Jicks irá con usted -dijo débilmente la pequeña árabe indomable. Salí corriendo de la habitación y dejé juntas a las tres criaturas, la grande, la pequeña y la mínima.

Tras llamar a la puerta del despacho sin obtener respuesta, abrí y entré. El reverendo Finch, cómodamente arrellanado en una amplia butaca (con las grandes hojas blancas que tenía dispuestas al lado para redactar su sermón del día siguiente), se sobresaltó y me contempló con el gesto de un clérigo que inequívocamente acaba de despertar de repente de un profundo sueño.

El rector de Dimchurch recobró al punto su dignidad.

-Le ruego que me disculpe, madame Pratolungo, estaba sumido en profundos pensamientos. Por favor, dígame en breve de qué se trata. -Dicho esto, señaló con un gesto ampuloso las hojas blancas y añadió con su profunda voz de bajo-: Es día de sermón.

Le dije con palabras bien sencillas lo que había visto en el vestido de su hija, y lo que me temía que hubiera ocurrido en Browndown. Su rostro adquirió una mortal palidez. Si alguna vez. he puesto los ojos en un hombre totalmente asustado, ése era el reverendo Finch.

-¿Supone usted que corremos peligro? -preguntó-. ¿Es de la opinión de que hay criminales en la casa, o al menos cerca de ella

-Soy de la opinión, señor mío, de que no tenemos un instante que perder -respondí-. Hemos de ir a Browndown, y por el camino hemos de recabar la ayuda que sea posible.

Abrí la puerta y aguardé a que saliera conmigo. El señor Finch (al parecer todavía preocupado por la cuestión de los criminales) parecía más bien deseoso de estar lejísimos de su propia casa rectoral en ese preciso instante. Sin embargo, era el dueño de la casa; era el hombre principal del lugar, y no le quedaba otra alternativa, tal y como estaban las cosas, que tomar su sombrero y ponerse en marcha.

Llegamos juntos al pueblo. Mi reverendo acompañante aguardó en silencio por vez primera en la limitada experiencia que yo tenía de él. Preguntamos por el único policía que patrullaba por el lugar, y resultó que estaba haciendo su ronda. Preguntarnos si alguien había visto al médico. No: no era el día en que el médico acudía de visita a Dimchurch. Había oído que el dueño de Las Manos Cruzadas era un hombre capaz y respetable; propuse que pasáramos por la taberna para pedirle que viniera con nosotros. El señor Finch se iluminó nada más oír mi propuesta. El concepto en que tenía su propia importancia subió de nuevo como el mercurio de un termómetro nada más introducirlo en una bañera de agua caliente.

-Eso es exactamente lo mismo que estaba yo a punto de sugerir -dijo-. Gootheridge, el de Las Manos Cruzadas, es una persona muy valiosa... debido a la posición que ocupa en la vida. Llevémonos a Gootheridge, desde luego que sí. No se alarme, madame Pratolungo. Todos estamos en manos de la Providencia. Ha tenido usted la inmensa fortuna de que yo estuviera en la casa. ¿Qué habría hecho usted sin mí? Ahora, le ruego que no se alarme; no se alarme, por favor. En caso de que haya criminales rondando la casa... Llevo mi bastón, como usted misma puede ver. No soy muy alto, pero poseo una inmensa fuerza física. Soy, por así decir, todo músculo. ¡Toque, toque!

Extendió uno de sus pequeños y enclenques brazos. Era más o menos la mitad que uno de los míos. De no haber estado yo tan preocupada para ponerme a pensar en sandeces, no me cabe la menor duda de que le habría dicho que con semejante torre de fortaleza a mi lado no teníamos la menor necesidad de molestar al tabernero. No me atrevería a afirmar que el señor Finch llegase de hecho a percibir el giro que tomaron mis pensamientos; me limito a declarar únicamente que llamó a Gootheridge a voz en cuello y con grandes prisas en cuanto tuvimos la posada a la vista.

Salió el tabernero y, al enterarse de cuál era nuestro propósito, en el acto accedió a acompañarnos.

Librodot

-Lleve su pistola -le dijo el señor Finch.

Gootheridge tomó su pistola y nos dirigimos deprisa a la casa.

-¿Han estado la señora Gootheridge o su hija hoy en Browndown? -pregunté.

-Sí, señora. Las dos han estado en Browndown. Terminaron su trabajo como de costumbre y se marcharon de la casa hace ya algo más de una hora.

-¿Sucedió algo desacostumbrado mientras estaban allí?

-No, nada que yo haya sabido, señora.

Me paré a pensar unos momentos, y me aventuré a seguir interrogando al señor Gootheridge.

-Esta tarde... ¿ha visto alguien a algún desconocido por aquí? -le pregunté.

-Sí, señora. Hará una hora que dos desconocidos pasaron por aquí. Iban en una tartana.

-¿Y qué dirección llevaban?

-Pues venían por el camino de Brighton e iban hacia Browndown.

-¿Se fijó usted en ellos?

-La verdad es que no, señora. Estaba ocupado en ese momento.

Me fue ganando la repugnante sospecha de que los dos desconocidos que viajaban en la tartana bien pudieran ser los dos hombres malencarados a los que yo vi al acecho en la pared. No dije nada más hasta que llegamos a la casa.

Todo estaba en calma. La única señal de que hubiera ocurrido algo insólito estaba en las simples roderas marcadas sobre la espesa hierba, delante de Browndown. El tabernero fue el primero que las vio.

-La tartana debe de haberse detenido en la casa, señor -dijo dirigiéndose al rector.

El reverendo Finch era víctima de una nueva privación de la facultad del habla. Lo único que pudo balbucear mientras nos acercábamos a la puerta del edificio solitario y silencioso fue: «¡Les ruego que tengamos mucho cuidado!», y eso lo dijo con extrema dificultad.

El tabernero fue el primero que alcanzó la puerta. Yo estaba tras él. El rector -a cierta distancia- seguía en retaguardia, y tenía todas las colinas de la cordillera del sur de Inglaterra a sus espaldas, por si acaso hubiera de batirse en retirada. Gootheridge llamó con energía a la puerta. «¡Señor Dubourg!», gritó. No hubo respuesta. Tan sólo se hizo un temible silencio. La incertidumbre en que estábamos era más de lo que yo podía soportar. Aparté al tabernero y giré el picaporte, que estaba sin cerrar.

-Permítame entrar a mí primero, señora -dijo Gootheridge.

Me apartó a un lado. Lo seguí muy de cerca. Entramos a la casa, volvimos a llamarlo. Tampoco hubo respuesta. Miramos en el cuarto de estar que había a un lado del pasillo, y en el comedor que estaba al otro. Las dos estancias se encontraban desiertas. Seguimos caminando hasta el fondo de la casa, donde se encontraba la habitación que Oscar llamaba su taller. Cuando probamos a abrir la puerta del taller, comprobamos que estaba

Librodot

cerrada con llave.

Llamamos a la puerta, lo llamamos de nuevo. No siguió nada más que un silencio espantoso, exactamente igual que antes. Metí el dedo en la cerradura y comprobé que la llave no estaba puesta por el otro lado. Me arrodillé a mirar por la cerradura. Al momento me puse en pie, despavorida y mareada por el espanto.

-¡Echen la puerta abajo! -grité-. ¡Acabo de ver su mano tendida en el suelo!

El tabernero, como el rector, era un hombre de corta estatura. La puerta, como todo lo demás en Browndown, era tan tosca como recia. Sin ayuda de ninguna herramienta, los tres habríamos carecido de la fuerza necesaria para hacer saltar la puerta. En tales circunstancias, el reverendo Finch demostró -por primera vez, que también fue la última- ser un hombre de recursos.

-¡Un momento! -dijo-. Amigos míos, si está abierta la puerta de atrás del jardín, podemos entrar por la ventana.

Ni el tabernero ni yo habíamos pensado en la ventana. Fuimos corriendo a la parte trasera de la casa, y vimos que las huellas de la tartana seguían esa misma dirección. La puerta del jardín estaba abierta. Atravesamos el jardincillo. La ventana del taller -que se abría en la primera planta, casi a ras de suelo- nos permitió entrar tal como había supuesto el rector.

Allí estaba tendido el pobre, inofensivo, desafortunado Oscar. Estaba sin sentido, en medio de un charco formado por su propia sangre. Al parecer, había sufrido un fuerte impacto en el lado izquierdo de la cabeza, a resultas del cual cayó al suelo en el acto. La herida incluso le había producido un corte en el cuero cabelludo. No tenía yo conocimientos suficientes de cirugía para precisar si también tenía partido el cráneo. Tenía yo cierta experiencia, eso sí, en cómo tratar a los heridos, pues había estado al servicio de la sagrada causa de la libertad con mi glorioso Pratolungo. Era necesario disponer de agua fría, vinagre y vendas limpias, todo lo cual lo encontraríamos en la casa, así que lo pedí en seguida. Gootheridge encontró la llave de la puerta en una esquina de la habitación, arrojada al parecer de cualquier manera. Trajo el agua y el vinagre mientras yo corría a la primera planta, al dormitorio de Oscar, para proveerme de algunos de sus pañuelos. En cuestión de muy pocos minutos había vendado la herida, mojando previamente los pañuelos con agua fría, y ya le enjugaba la cara con agua mezclada con vinagre. Seguía estando inconsciente, pero aún vivía. El reverendo Finch -que no iba a ser de ninguna ayuda para nadie- corrió con el deber de tomar el pulso de Oscar. Lo hizo como si en semejantes circunstancias ésa fuera la única acción de mérito que pudiera llevarse a cabo. Lo hizo como si nadie, salvo él, pudiera tornarle el pulso.

-Mucha suerte -dijo a la vez que contaba los lentos, débiles latidos, sosteniendo por la muñeca al pobre Oscar-. Mucha suerte ha tenido de que estuviera yo en casa. ¿Qué hubieran hecho ustedes sin mí?

La siguiente necesidad, cómo no, fue llamar al médico y conseguir ayuda, entretanto, para transportar a Oscar a su cama, al piso de arriba.

Gootheridge se prestó voluntario para pedir prestado un caballo e ir al

galope en busca del médico. Decidirnos que nos enviase a su esposa y al hermano de su esposa para ayudarme. Hecho esto, quedaba un último motivo de azoramiento que despejar cuanto antes, el azoramiento que representaba el señor Finch. Una vez libres de todo temor a encontrarnos con algún personaje de mala catadura en la casa, el atronador vozarrón del hombrecillo se oía sin tregua, como si fuese una máquina en continuo funcionamiento allí al lado. Tuve otro de mis arranques de inspiración cuando estaba sentada en el suelo, con la cabeza de Oscar en el regazo.

-¡Registre la habitación! -le indiqué-. Vea si el cajón de embalaje, con las láminas de oro y plata, sigue estando ahí.

Al señor Finch no le agradó que se le tratara como a un mortal de a pie, Y mucho menos que se le dijera lo que debía hacer.

-Mantenga la compostura, madame Pratolungo -dijo-. Déjese de conatos de histeria, por favor. Pierda cuidado, que todo este asunto está en mis manos. No hace ninguna falta, señora mía, que me indique que busque el cajón de embalaje.

-No hace ninguna falta, desde luego -repliqué-. Sé de antemano que no lo encontrará.

Esa respuesta le hizo ponerse a buscar como loco por toda la habitación. No había ni rastro del cajón.

Todas las dudas que pudiera yo tener se habían disipado. Los dos rufianes que vinieron a haraganear apostados en la pared de la casa habían justificado de forma horrorosa mis peores sospechas.

Con la llegada de la señora Gootheridge y de su hermano pudimos subir a Oscar a su habitación. Lo tendimos en la cama, le quitamos la corbata para dejar que respirase a sus anchas y que le diera el aire. No dio muestras de recuperar el conocimiento, pero el pulso le seguía latiendo con debilidad. No pareció que fuese a empeorar.

No tenía ningún sentido esperar a que llegara el médico al menos hasta que transcurriese una hora. Sentí la necesidad de volver de inmediato a la rectoría para poder comunicar a Lucilla, con toda la preparación que fuese precisa, la triste verdad. De lo contrario, las noticias del suceso se propagarían por el pueblo y tal vez llegaran a sus oídos de la peor de las maneras, por medio de uno de los criados. Con infinito alivio por mi parte, cuando el señor Finch se puso en pie para marcharse, se disculpó por no poder acompañarme. Había comprendido que su deber, en calidad de rector de la parroquia, era informar cuanto antes a las autoridades legales sobre la tropelía que se acababa de cometer en Browndown. Emprendió el camino para hablar con el magistrado más cercano. Y yo me fui por mi camino, no sin dejar a Oscar al cuidado de la señora Gootheridge y de su hermano, de vuelta a la casa. Las últimas palabras del señor Finch, al despedirnos, me recordaron una vez más que al menos teníamos que estar agradecidos por una cosa, habida cuenta de las tristes circunstancias en que nos hallábamos.

-Mucha suerte hemos tenido, madame Pratolungo. Mucha suerte de que yo estuviera en casa. ¿Qué habrían hecho ustedes sin mí?

Librodot

CAPITULO XV

Más acontecimientos junto al lecho

Si el lector tiene a bien recordarlo, diré que soy, francesa de origen; por consiguiente, soy por mi propia naturaleza contraria a dejarme afligir al menos mientras pueda evitarlo. Por esta razón, realmente me siento incapaz de hacer acopio de valor para describir lo que hablamos mi ciega Lucilla y yo tan pronto regresé a nuestra bonita sala de estar. En esa ocasión me hizo llorar, y volvería a hacerme llorar (y puede que también al lector) si escribiera la corta y, melancólica relación de lo mucho que sufrió esta joven y tierna criatura cuando le di mis pavorosas noticias. No la pondré por escrito; nada quiero saber de lágrimas. Las lágrimas perjudican a la nariz, y la nariz es uno de mis mejores rasgos. Utilicemos los ojos, mis buenos amigos, para conquistar, no para llorar.

Baste decir que cuando volví a Browndown, Lucilla vino conmigo.

Por vez primera observé que estaba celosa de nuestros ojos, gracias a los que felizmente disponemos de la facultad de la vista. En el instante en que entró insistió en quedarse muy cerca de la cama, para oírnos o tocarnos mientras atendíamos al herido. Así ocupó, en el acto, el lugar en que estaba la señora Gootheridge, junto a la cabecera, y fue ella la que enjugó con un paño húmedo la cara y la frente de Oscar. Estuvo incluso celosa de mí cuando descubrió que era yo la que humedecía las vendas de la herida. Se irritó tanto por mi culpa que tuvo la osadía de besar aquella pobre cara, inconsciente como estaba Oscar, en presencia de los que allí estábamos. La dueña de Las Manos Cruzadas era de mi estilo; tendía a ver el lado bueno de las cosas.

-Ya veo que tiene debilidad por él, ¿eh, señora? -me susurró al oído-. Pronto tendremos boda en Dimchurch.

Ante todos estos besuqueos y susurros, el hermano de la señora Gootheridge, el único hombre en la habitación, comenzó a sentirse incómodo. Este valeroso espécimen pertenecía a esa amplia y respetable categoría de los ingleses que no saben nunca qué hacer con las manos ni cómo salir de una habitación. Me compadecí de él; puedo asegurar que era un hombre espléndido.

-Salga a fumar su pipa, señor, salga al jardín -le dije-. Ya le llamaremos por la ventana si lo necesitamos aquí arriba.

El hermano de la señora Gootheridge me lanzó una mirada de gratitud indescriptible y escapó casi a la carrera, como si acabara de soltarse de un cepo.

Por fin llegó el médico.

Sus primeras palabras nos causaron un alivio inmenso. Nuestro pobre Oscar no había sufrido daños de consideración en el cráneo. La contusión había afectado al cerebro y tenía una herida superficial en el cuero cabelludo, que evidentemente alguien había producido con un instrumento romo y plano.

En cuanto a la herida, yo había hecho todo lo que había que hacer en ausencia del médico. En cuanto a la lesión cerebral, con el tiempo y las buenas atenciones todo volvería a su sitio.

Librodot

-Pierdan cuidado, señoras -dijo aquel hombre angelical-. No hay motivos para sentirse en modo alguno alarmados por su estado.

Recobró el conocimiento -es decir, abrió los ojos y miró como ausente a un lado y a otro- cuando habían pasado entre cuatro y cinco horas desde que lo descubrimos tendido en el suelo del taller.

El pobre seguía con la mente perdida. No reconocía a nadie. Imitó con el dedo el acto de escribir, y repitió varias veces, hablando de todo corazón, lo que debía haber dicho justo antes de perder el conocimiento: «¡Ve a casa, Jicks! ¡Ve a casa, corre!». Es de suponer que se imaginaba aún tendido en el suelo, desvalido, y que por eso insistía en enviar a la niña a que nos diera la alarma. Más avanzada la noche se durmió profundamente. A lo largo del día siguiente estuvo desorientado cada vez que intentó hablar. Sólo al tercer día empezó a recuperar la capacidad de raciocinio, pero se le notaba cierta debilidad. La primera persona a la que reconoció fue Lucilla. En ese momento estaba ocupada en cepillarle su hermoso cabello castaño claro. Con inefable alegría por su parte, él le dio una palmada en la mano y murmuró su nombre. Ella se inclinó sobre él; medio escondida por el cepillo, le dijo al oído algo que hizo que la pálida cara del joven se arrebolase como la grana, y que sus ojos apagados se iluminasen de gozo. Uno o dos días más tarde Lucilla me confesó lo que le había dicho: «Repóngase, por favor, aunque sólo sea por mí». No tenía la más leve sombra de vergüenza por haberle hablado con tanta claridad. Al contrario, lo tenía por un triunfo.

-Déjenlo a mi cuidado -dijo Lucilla de forma sumamente decidida-. Me propongo curarlo primero, y luego me propongo ser su esposa.

Al cabo de una semana, Oscar estaba en plena posesión de sus facultades, aunque seguía penosamente debilitado. Fue restableciéndose con gran lentitud, debido al terrible golpe que había sufrido.

Hablando poco a poco por fin pudo relatarnos lo que había ocurrido en el taller.

Después de que la señora Gootheridge y su hija se hubieran marchado de la casa a la hora de costumbre, él había subido a su habitación; allí permaneció un tiempo, y luego volvió a la planta baja. Al acercarse a su taller oyó voces que susurraban en la habitación. En el acto se dio cuenta de que algo no iba bien. Probó el picaporte de la puerta con suavidad y comprobó que estaba cerrado: los ladrones sin duda habían tomado esa precaución para impedir que ninguna persona que pudiera haber en la casa los sorprendiera mientras robaban. La otra forma de entrar en el taller fue la misma que utilizarnos nosotros. Dio la vuelta para ir al jardín de la parte posterior y encontró una tartana vacía junto a la puerta. Esta circunstancia lo desconcertó del todo. De no haber sido por el misterioso cierre de la puerta del taller, toda la situación no le habría hecho pensar en nada más alarmante que la llegada de algún visitante inesperado. Ansioso por resolver el misterio, atravesó el jardín y al entrar en el taller, se encontró cara a cara con los mismos dos individuos a los que había descubierto Jicks diez días antes, cuando estaban apoyados contra la pared.

Cuando se acercó a la ventana, los dos estaban muy ajetreados, de espaldas a aquélla, atando con recios cordajes el cajón de embalaje que contenía las láminas de metales preciosos.

Librodot

Se pusieron en pie y se volvieron hacia él en cuanto entró en la habitación. El acto del robo cuya perpetración descubrió a plena luz del día inflamó su temperamento irritable en ese mismo instante. Se abalanzó contra el más joven de los dos, que era el que más cerca estaba de él. El rufián esquivó su embate, aferró una estaca corta y forrada de cuero, de las que llaman «salvavidas», que tenía preparada sobre la mesa, y le golpeó sin más dilación en la cabeza, sin darle tiempo a recuperar el equilibrio y mirarlo a la cara una vez más.

A partir de ese momento ya no recordaba nada hasta el momento de recuperar el conocimiento, una vez pasadas las primeras consecuencias del terrible impacto.

Se encontró tendido, mareado, sangrando en el suelo, y vio a la niña (que debía de haber entrado en la habitación mientras él estaba inconsciente) de pie junto a él, petrificada por el miedo. Nada más reconocerla, se le ocurrió instintivamente la idea de utilizarla, pues era el único ser vivo cercano a él para dar la alarma. Persuadió a la pequeña para que se pusiera al alcance de su mano, y tras mojar el dedo en la sangre que manaba de su propia herida nos envió el terrible mensaje que yo descifré en la espalda de su vestido. Hecho esto, aprovechó sus últimas fuerzas para empujarla con suavidad hacia la ventana abierta e indicarle que fuese corriendo a la casa rectoral. Se desmayó a causa de la cantidad de sangre que había perdido cuando aún le estaba diciendo: «¡Ve a la casa! ¡Ve a la casa!», viendo o más bien creyendo ver a la niña obstinadamente quieta en la habitación, estupefacta, aterrada. A la fuerza era ignorante del tiempo que tardó ella en hacer acopio de valor para tener el sentido común de ir corriendo hacia la casa, igual que de todo lo que ocurrió después. La siguiente impresión consciente que tuvo fue la de ver a Lucilla junto a su lecho, de la que ya he dado cuenta.

El relato del suceso que así nos dio Oscar vino seguido de una declaración suplementaria que nos proporcionó la policía. Se puso en marcha la maquinaria de la ley; el pueblo entero paso varios días en un febril estado de excitación. Nunca se llevó a cabo una investigación más exhaustiva, pero nunca fueron más pobres los resultados. En lo sustancial, no se descubrió nada más allá de lo que ya había descubierto yo por mis propios medios. Se afirmó que el robo había obedecido a un plan preconcebido, tal como había supuesto yo. Aunque ninguno de nosotros los hubiésemos visto en la rectoría, quedó claro que los ladrones habían estado en Dimchurch durante el día en que las láminas defectuosas fueron entregadas en Browndown. Una vez se hubieron tomado tiempo de sobra para examinar la casa y para familiarizarse con los hábitos domésticos de las personas que la ocupaban, los rufianes hicieron una segunda visita al pueblo -sin duda para cometer el robo- en aquella ocasión en que los descubrimos. Frustrados por la inesperada devolución del oro y la plata a Londres, tuvieron que esperar de nuevo, siguieron las láminas hasta Browndown y perpetraron el robo gracias al aislamiento de la casa y al golpe homicida que dejó a Oscar tendido e inconsciente en el suelo.

Más de un testigo se los había encontrado por el camino de Brighton, con el cajón de embalaje en la tartana. Cuando regresaron a los establos en que habían alquilado el vehículo, nadie vio el cajón. Con toda probabilidad,

Librodot

sus cómplices de Brighton los ayudaron a desembarazarse del producto del robo y a colocar las láminas en unas maletas ordinarias, que no llamarían la atención en la estación de ferrocarril. Esa fue la explicación que dio la policía. Fuera correcta o fuera errónea, lo cierto es que los villanos no fueron detenidos, y que el allanamiento de morada y el robo en casa de Oscar tal vez se hayan sumado a la larga lista de delitos cometidos con inteligencia suficiente para desafiar la venganza de la ley.

En cuanto a nosotros, por iniciativa de Lucilla acordamos no entregarnos al llanto con inútiles lamentos, y quedar en cambio agradecidos de que Oscar hubiese salido del incidente sin sufrir graves perjuicios. El mal estaba hecho, y no había más vueltas que darle.

Con este talante filosófico decidimos considerar todo el asunto mientras el herido se restablecía. Todos echamos mano de nuestro excelente sentido común, pero (¡pobres y estúpidos seres humanos!) todos cometimos una fatal equivocación. Lejos de que el mal estuviera hecho y sus efectos concluidos, los males no habían hecho más que empezar. Los verdaderos resultados del robo de Browndown todavía estaban por manifestarse, y todavía estaban por sentirse del modo más raro y más triste en el ánimo del pequeño círculo que se reunió en Dimchurch.

Librodot

CAPÍTULO XVI

Primer resultado del robo

Pasaron entre cinco y seis semanas. Oscar ya salía de su dormitorio y tenía la herida prácticamente curada del todo.

Durante este periodo Lucilla no cejó en su firme empeño de tomar a su cargo las curas de Oscar, un proceso que, según había asegurado, terminaría solamente cuando se casara con él. Nunca había visto yo prodigar semejantes atenciones a un enfermo; no espero ver nada semejante nunca más. De la mañana a la noche se interesaba por él, lo entretenía, lo mantenía animado. De hecho, esa criatura encantadora hizo de su ceguera un medio para iluminar las horas más fatigosas del hombre al que amaba.

A veces tomaba asiento ante el espejo de Oscar e imitaba los innumerables gestos, artificios y vanidades de una coqueta que se acicalase para una conquista amorosa, y lo hacía con tan maravillosa verosimilitud y con tal sentido del humor, con tal acierto en el mimo, que cualquiera habría jurado que poseía la facultad de la vista. Otras veces le mostraba su extraordinario poder de calcular, según fuera el sonido que emitiera la voz de una persona, la posición exacta en que dicha persona se encontraba dentro de la habitación. A mí me elegía por víctima; se pertrechaba primero con uno de los ramilletes de flores que había colocado con sus propias manos junto al lecho de Oscar, y me indicaba que, sin hacer el menor ruido, me colocase en cualquier parte de la habitación, donde yo quisiera, y que cuando estuviera lista dijese tan sólo «Lucilla». En el instante en que su nombre brotaba de mis labios, el ramillete de llores salía volando de su mano y me daba en plena cara. Ni una sola vez falló en el lanzamiento; ni una sola vez dejó de manifestar su infantil alborozo al celebrar semejante exhibición de su destreza.

Nadie, salvo ella misma, tenía permiso para administrar a Oscar su medicina. Ella sabía bien cuándo estaba llena la cuchara que hacía las veces de medidor; le bastaba con oír el ruido del jarabe al caer sobre el metal. Cuando Oscar estuvo en condiciones de incorporarse y sentarse en su lecho, cuando ella estaba junto a su almohada, acertaba a decirle a qué corta distancia estaba su cabeza de la suya mediante el cambio que producía, al inclinarse un poco, al recostarse, en la acción del aire sobre su propia cara. Del mismo modo, sabía igual de bien que él cuándo se ponía el sol, cuándo estaba oculto tras una nube, a juzgar tan sólo por el diverso efecto del aire, en tales ocasiones, sobre su frente o sus mejillas.

Todo el caos de los pequeños objetos que se acumulaban en la habitación del enfermo lo mantenía ella a raya, e incluso en perfecto orden, mediante un sistema propio. Le deleitaba recoger y ordenar la habitación a última hora de la tarde, cuando los desamparados que gozábamos de la facultad de la vista ya empezábamos a pensar en encender las velas. El momento en que a duras penas acertábamos a discernirla, yendo de un lado a otro en la penumbra con su luminoso vestido de verano -visible cuando pasaba por delante de la ventana, perdida cuando se la tragaban las sombras al fondo de la habitación-, era el momento en que empezaba a despejar las mesas de aquellos objetos que se habían traído a lo largo del día, y los sustituía por las cosas que serían necesarias ya de noche. Sólo teníamos permiso para encender las velas cuando éstas nos mostraban el

Librodot

nítido orden mágicamente introducido en la penumbra como si fuese cosa de hadas. Ella se reía burlona de nuestra sorpresa, y decía que de veras, con toda sinceridad se compadecía de las pobres, inútiles personas que solo podían ver gracias a la luz.

El mismo placer que le producía ordenar la habitación sumida en la penumbra era el que encontraba al desplazarse por toda la casa a oscuras, familiarizándose de arriba abajo, a fondo, con cada palmo de la casa. En cuanto Oscar estuvo repuesto y pudo desplazarse a la planta baja, ella insistió en conducirlo de la mano.

-Has pasado tanto tiempo en tu dormitorio -le dijo- que seguramente habrás olvidado como es el resto de la casa. Tómame del brazo y ven conmigo. ¿Ves? Ahora ya estamos en el pasillo. ¡Cuidado! Hay que bajar un escalón justamente aquí. Y ahora hay que subir otro. En lo alto de la escalera hay que hacer un giro un tanto brusco. De la alfombra de las escaleras se ha salido una varilla, y se ha formado un pliegue con el que es fácil tropezar.

Así lo llevaba de la mano al salón de su propia casa, como si él fuese el ciego y ella la que podía hacer uso de la vista. ¿Quién podría resistirse a una enfermera semejante? ¿No es maravilloso que oyera yo un ruido sospechosamente parecido al de un beso en aquel primer día de la convalecencia, cuando por casualidad me ausenté un solo instante de la habitación? Tuve la fuerte sospecha de que también fue ella la que tomo la iniciativa en ese apartado. Cuando regresé, estaba maravillosamente sosegada; a él lo encontré no menos maravillosamente aturullado.

Al cabo de una semana de convalecencia, Lucilla dio por finalizada su labor en la curación del paciente. Dicho en otros términos, recibió de Oscar una propuesta matrimonial en firme. No me cabe ni la menor duda de que él sí que necesitó ayuda para llevar este delicado asunto a su clímax, y doy, por hecho que fue Lucilla quien se la prestó.

Puede que en esto me equivoque, puede que esté en lo cierto, pero en todo caso puedo al menos certificar que Lucilla estaba como loca de contenta cuando me dio la noticia: estábamos en el jardín, era una adorable mañana de otoño, y debo decir que de hecho se puso a bailar alborozada. Más impropio aún fue que me hiciera bailar a mí también, a pesar de mi discreta edad. Me tomó por la cintura y dimos unos pasos de vals por el césped; la señora Finch estaba allí cerca, con su condenada chaqueta azul de lana de oveja merina (con el bebé en una mano y la novela en la otra), y nos advirtió a las dos de que si perdíamos tan sólo media hora en dar vueltas y más vueltas alborotadas por el jardín, nunca podríamos recuperar en esa casa el tiempo perdido. Seguimos dando vueltas a pesar de los pesares hasta que las dos nos quedamos sin aliento. A no ser que se tratase del más absoluto agotamiento, nada habría bastado para domar a Lucilla. En cuanto a mí, sinceramente creo que soy la persona más impetuosa que se puede encontrar entre la gente de mi edad. (¿Que cuál es mi edad? Ah, sobre ese aspecto siempre soy discreta; he ahí la única excepción a la norma.) Atribúyase mi ímpetu a mi nacionalidad francesa, a mi conciencia laxa, a mi excelente digestión, a lo que sea, y prosigamos con nuestra historia.

Ese mismo día, más tarde, tuvo lugar un encuentro privado entre Oscar y el reverendo Finch.

Librodot

De lo que se habló en aquella ocasión nadie me dio cuenta. El rector volvió a presentarse ante nosotras con la cabeza bien alta, paseando con ademanes de magnificencia sobre sus marchitas y magras piernas. Abrazó a su hija en un patético silencio, y a mí me estrechó la mano con una serena sonrisa de condescendencia, digna del mayor farsante (por ejemplo, del mismísimo Luis XIV) que jamás hubiera accedido a un trono. Cuando se repuso de tanta emoción paterna y comenzó a hablar, su voz resonó de tal modo que de veras llegué a suponer que estaba a punto de reventar. El vapor de las palabras en que se envolvió (condensado sobre el papel) fue equivalente a estas dos afirmaciones. La primera, que en Oscar saludó (como si todavía no tuviera, me dije, suficientes vástagos propios) el advenimiento de un nuevo hijo. La segunda, que había visto el dedo de la Providencia en todo lo ocurrido. ¡Ay de mí! Sería por mi naturaleza irreverente y francesa, pero yo no vi nada más que el dedo de Finch... en el bolsillo de Oscar.

Por el momento no se fijo la fecha en que tendría lugar la boda. Tan sólo se acordó que el matrimonio había de celebrarse en el plazo de unas seis semanas.

Ese intervalo había de estar al servicio de un doble propósito. Se trataba de dar a los abogados el tiempo suficiente para preparar los acuerdos matrimoniales, y de que Oscar tuviera tiempo suficiente para recobrar por completo su salud. Sobre esta cuestión todos albergábamos ciertas ansiedades. Su herida estaba sanada, su cabeza volvía a ser la de siempre, pero algo raro le sucedía a pesar de los pesares.

Aquellas curiosas contradicciones de carácter que ya he mencionado se manifestaron de manera más extraña que nunca. El hombre que había tenido el valor, cuando se le revolvió la sangre, de medirse a solas y sin armas contra dos ladrones, era en cambio incapaz de entrar en la misma habitación en que se produjo el altercado sin echarse a temblar de la cabeza a los pies. Él, que tanto se había reído de mí cuando le rogué que no durmiera sin compañía en aquella casa tan aislada, había contratado a dos hombres (un jardinero y un criado) que se habían domiciliado en Browndown con la finalidad de protegerle, a pesar de lo cual ni siquiera con esas garantías se encontraba del todo a salvo. Constantemente soñaba que el rufián del «salvavidas» le atacaba de nuevo, o bien que yacía en el suelo desangrándose, tratando de persuadir a Jicks para que se arrimase hasta ponerse al alcance de su mano. Si alguno le insinuábamos la conveniencia de que volviera a ocuparse en el ejercicio de sus artes, se tapaba los oídos y nos encarecía que no renovásemos sus espantosas asociaciones con el pasado. Ni siquiera deseaba contemplar su caja de herramientas de orfebrería. El médico, cuando se le pidió que nos dijera qué era lo que le sucedía, nos dijo que su sistema nervioso había sufrido una grave alteración, y reconoció con toda franqueza que no había nada que hacer, salvo esperar a que el tiempo lo dejara de nuevo en su sitio.

Mucho me temo que debo confesar que yo misma no adopté una visión muy indulgente sobre el caso de nuestro paciente.

Su deber consistía en hacer ejercicio, o al menos así lo creí. Me pareció que era demasiada su indolencia, y que eso le impedía realizar el debido esfuerzo para conseguir una mejoría de su condición. Lucilla y yo tuvimos varias y animadas discusiones a propósito de él. En cierta velada en que

Librodot

estábamos las dos ante el piano, conversando y tocando alguna pieza entre charla y charla, ella se enojó sumamente conmigo por no mostrar yo la debida simpatía con su amor, o por hacerlo al menos de forma un tanto reservada.

-Me he dado cuenta de una cosa, madame Pratolungo -me dijo con las mejillas coloradas y con un intenso tono de voz-. Desde el principio, usted jamás ha hecho justicia a Oscar.

(Observe el lector estas palabras en apariencia tan banales, pues ha de llegar el momento en que las vuelva a oír.)

Los preparativos de boda siguieron su curso. Los abogados redactaron por fin un borrador aceptable de los acuerdos matrimoniales, y Oscar escribió (a una dirección de Nueva York que le había facilitado Nugent) para comunicar a su hermano la inminencia de su cambio de estado civil, así como las circunstancias que lo habían propiciado.

No se me dieron a leer los acuerdos matrimoniales, pero a juzgar por ciertos indicios y algunas señales, adiviné que el perfecto desinterés de Oscar sobre toda cuestión relacionada con el dinero había revertido en un provechoso pacto para su futuro suegro. El reverendo Finch, según se dijo, había derramado copiosas lágrimas durante su primera lectura del documento. Y Lucilla salió de su despacho, tras una entrevista con su padre, más cabal y vehementemente indignada de lo que yo nunca la había visto.

-¡No me pregunte qué sucede, ni se le ocurra! -me dijo entre dientes-. Me avergonzaría sólo de decírselo.

Cuando llegó Oscar poco después, ella se hincó de rodillas -literalmente, se hincó de rodillas- ante él. Se había apoderado de todo su ser una agitación que la dominaba por completo, y que en ese momento la llevó a obrar con una insólita temeridad, sin preocuparse de lo que dijo ni de lo que hizo.

-¡Te adoro! -estalló, besándole histéricamente ambas manos-. Eres el más noble de los hombres. ¡Nunca, nunca seré yo digna de ti!

La única interpretación que pude hacer de estas altisonantes palabras y de estos gestos desmedidos fue, muy brevemente, que el dinero de Oscar estaba ya en el bolsillo del rector, y que la hija del rector había sido el medio empleado para conseguir tal finalidad.

Transcurrió el plazo fijado; se sucedieron las semanas. Había pasado tiempo suficiente para que todo estuviera listo para la celebración de la boda, a pesar de lo cual la boda no tuvo lugar.

Lejos de volver a ser el mismo de siempre con la ayuda del tiempo, tal como había predicho el médico, Oscar empeoró de manera manifiesta. Todos los síntomas nerviosos, por emplear el vocabulario médico, que ya he descrito antes, se agudizaron en vez de disminuir los efectos que se manifestaban en su comportamiento. Adelgazó de manera visible, cada vez se le veía más pálido. A comienzos de noviembre mandamos a buscar al médico. Esta vez, la cuestión que se le iba a plantear (por sugerencia de Lucilla) fue la de intentar un cambio de aires como último remedio.

Algo, no recuerdo qué, retrasó la llegada del médico. Oscar ya había renunciado a la idea de verlo aquel día y había venido de visita a la casa rectoral... cuando apareció el coche del médico en Dimchurch. Había

Librodot

hecho una parada en el camino a Browndown, de modo que pudo ver a su paciente a solas, en el salón de Lucilla.

Pasaron juntos un largo rato. Lucilla, que esperaba conmigo en mi dormitorio, se fue impacientando. Me rogó que llamara a la puerta del salón y que preguntara en qué momento se le iba a permitir asistir a la consulta.

Encontré al médico y al paciente de pie ante la ventana, conversando con toda tranquilidad. Evidentemente, no había ocurrido nada que los hubiese excitado en lo mas mínimo. Oscar estaba un tanto pálido y fatigado, si bien, al igual que el médico, guardaba una perfecta compostura.

-Hay en el cuarto de al lado una damisela -dije- que empieza a estar impaciente por saber cómo ha concluido la consulta.

El médico miró a Oscar y sonrió.

-En realidad no hay gran cosa que decir a la señorita Finch -dijo-. El señor Dubourg y yo hemos vuelto a repasar su caso, pero no hemos encontrado ninguna novedad. Su sistema nervioso parece que todavía no ha recuperado el equilibrio deseado, o al menos no tan pronto como yo esperaba. Lo lamento, pero tampoco existe ningún motivo de alarma. A esta edad es indudable que al final todo saldrá bien. Hay que tener paciencia, y la damisela también debe ser paciente. No puedo añadir nada más.

-¿Tiene usted alguna objeción en probar un cambio de aires, por ver si de ese modo se acelera su restablecimiento? -pregunté.

-No, en absoluto. Que vaya a donde quiera y que se divierta como desee. Me parece que tienen todos ustedes cierta disposición a tomarse el caso del señor Dubourg un poco demasiado en serio. Salvo este pequeño trastorno nervioso (de por sí sumamente desagradable, hay que reconocerlo), en realidad no le sucede nada. No muestra la menor huella de que exista una dolencia en el organismo. El pulso -prosiguió el médico a la vez que ponía levemente los dedos sobre la muñeca de Oscar- es del todo satisfactorio. Nunca en mi vida he palpado un pulso tan sosegado.

Según salieron de sus labios estas palabras, una terrible contorsión se adueñó de la cara de Oscar.

Puso los ojos en blanco de una manera repugnante.

De la cabeza a los pies se le retorció el cuerpo en redondo, como si una mano gigantesca lo hubiese hecho girar bruscamente hacia la derecha.

Sin darme tiempo a decir nada, se encontró en el suelo y fue víctima de una convulsión, a los pies del médico.

-Dios mío, ¿qué sucede? -exclamé.

El médico le aflojó el nudo de la corbata y apartó los muebles que más cerca le quedaban. Hecho esto, esperó sin quitar la vista de la figura que se retorcía en el suelo.

-¿No puede usted hacer nada más? -pregunté.

Negó gravemente con un gesto.

-Nada mas.

-¿Qué le pasa?

-Es un ataque de epilepsia.

Librodot

CAPÍTULO XVII

La opinión del médico

Antes de que intercambiásemos una palabra más, Lucilla entró en la estancia. Nos miramos el uno al otro. Creo que si los dos hubiésemos podido decir algo en ese momento, habríamos gritado al unísono: «¡Gracias a Dios que es ciega!».

-¿Es que todos se han olvidado de mí? -preguntó-. ¡Oscar! ¿Dónde estás? ¿Qué ha dicho el médico?

Avanzó por la estancia. En tan sólo un momento habría tropezado con el hombre que, postrado, aún seguía retorciéndose en el suelo. Le puse la mano en el antebrazo y la detuve.

De repente tomó la mía con la suya.

-¿Por qué tiembla? -preguntó al tomarme del brazo-. ¿Por qué está temblando así? -Su delicado sentido del tacto era imposible de engañar. En vano negué que sucediera algo, pues la mano me había delatado-. ¿Qué está pasando aquí? -exclamó-. Oscar no me ha contestado...

El médico acudió en mi auxilio.

-No hay por qué alarmarse -dijo-. Lo único que sucede es que el señor Dubourg no se encuentra hoy muy bien.

Ella se volvió hacia el médico con un repentino estallido de cólera.

-¡Me está usted engañando! -gritó-. Le ha pasado algo grave, ¡La verdad! ¡Díganme la verdad! ¡Es una vergüenza, es muy cruel por parte de los dos que pretendan engañar así a una pobre ciega como yo!

El médico seguía vacilando. Fui yo la que le dijo la verdad.

-¿Dónde está? -preguntó a la vez que me sujetaba por los hombros y me sacudía, presa de su violenta agitación.

Le rogué que esperase un poco, traté de conducirla a una silla para que tomara asiento y se calmase. Me apartó con un empujón lleno de desprecio y se arrodilló en el suelo, tentándolo con las manos.

-Lo encontraré -dijo para sí-. ¡Lo encontraré, sí, a pesar de todos! -Comenzó a arrastrarse, buscando a tientas en el espacio vacío a su alrededor. La seguí y la puse en pie a la fuerza.

-No la fuerce -dijo el médico-. Déjela que se acerque. Ahora está más tranquilo.

Miré a Oscar. Había pasado lo peor. Estaba exhausto; estaba completamente inmóvil. La voz del médico guió a Lucilla hacia el lugar en que se encontraba. Se sentó junto a él en el suelo, le tomó la mano y se la llevó al regazo. En el momento en que lo palpó se produjo en ella el mismo efecto que se habría producido en cualquiera de nosotros, si hubiésemos tenido los ojos vendados, en el momento de quitarnos la venda. En todo su ser se difundió una inmediata sensación de alivio. Volvió a ser la de siempre, más dulce v reposada.

-Lamento haber perdido los estribos -dijo con la sencillez de una niña-. No saben ustedes qué duro es que a una la engañen aprovechando que es ciega. -Se inclinó al decir estas palabras y pasó su pañuelo levemente sobre la frente de Oscar-. Doctor, ¿esto es algo que volverá a suceder?

Librodot

-Espero que no.

-¿Está seguro?

-No, no puedo estar seguro.

-¿Y a qué se ha debido?

-Mucho me terno que se ha debido al golpe que recibió en la cabeza.

Lucilla no hizo más preguntas; la angustia que le había teñido el rostro súbitamente dio paso a un estado de gran serenidad. Diríase que algo se le había metido en la cabeza después de que el médico respondiera a su pregunta, algo que la dejó absorta en sus pensamientos. Cuando Oscar recobró el conocimiento, permitió que fuese yo la que respondiera a las primeras preguntas que hizo él con toda naturalidad. Cuando se dirigió personalmente a Lucilla, ésta le habló con gran amabilidad, pero fue muy breve. En ese momento, algo hubo en ella que pareció apartarla, alejarla incluso de él. Cuando el médico propuso que lo llevásemos a Browndown, Lucilla no insistió en acompañarnos, tal corno yo había supuesto que sin duda haría. Se despidió de él con ternura, pero lo dejó irse sin más. Mientras Oscar todavía se demoraba en la puerta, contemplándola, ella se retiró a la parte más alejada de la estancia. Se había retirado a su mundo oscuro, se había encerrado en sus pensamientos, lejos de él y de nosotros.

El médico trató de animarla.

-No debe tomarse todo esto demasiado en serio -dijo siguiéndola a la ventana junto a la que estaba y bajando la voz para que Oscar no le oyera-. Él mismo le ha dicho que se siente más ligero de ánimo, mejor, que antes de sufrir el ataque. En vez de perjudicarle, le ha servido de alivio. No corre ningún peligro. Le aseguro, por mi honor, que no tiene usted nada que temer.

-¿Y puede usted asegurarme, por su honor, otra cosa más? -preguntó bajando también la voz-. ¿Puede usted decirme con toda sinceridad que éste no será el primero de otros ataques que están por venir?

El médico esquivó la pregunta.

-Recabaremos la opinión de otro médico -repuso- antes de decidirnos a ese respecto. La próxima vez que venga a verlo, me acompañará un médico de Brighton.

Oscar, que hasta ese momento había esperado preguntándose en qué consistía el cambio que se había operado en ella, abrió entonces la puerta. El médico volvió a su lado. Se marcharon.

Lucilla se sentó junto a la ventana, con los codos apoyados en las rodillas y sujetándose la frente con ambas manos. Un largo y dolorido gemido salió de sus labios. Dijo para sus adentros una sola palabra, una palabra amarga:

-¡Adiós!

Me acerqué; tuve la necesidad de recordarle que yo seguía en la estancia.

-¿Adiós... a qué? -le pregunté sentándome a su lado.

-Adiós... a su felicidad y a la mía -contestó sin levantar la cabeza de entre las manos-. Vienen tiempos oscuros para Oscar y para mí.

-¿Por qué piensa semejante cosa? Ya ha oído lo que dijo el médico.

-El médico no sabe lo que sé yo.

-¿Qué sabe usted?

Hizo una pausa antes de contestar.

-¿Cree usted en el destino? -dijo rompiendo de pronto el silencio.

-Yo no creo en nada que anime a las personas a desesperar y a desconfiar de sí mismas -repuse.

Ella siguió sin hacerme caso.

-¿Qué es lo que provocó el ataque que tuvo en esta misma estancia? El golpe que recibió en la cabeza. ¿Cómo recibió el golpe? AI tratar de defender lo que era suyo y mío. ¿Qué estaba haciendo el día en que entraron los ladrones en su casa? Estuvo trabajando en un cofre que iba a ser para mí. ¿No ve usted que todos esos hechos están atados unos a otros en la misma cadena? Estoy segura de que a ese ataque seguirá luego algún otro acontecimiento que a raíz de él se produzca. Algo más vendrá a oscurecer su vida y a oscurecer la mía. El día de nuestra boda no está ni mucho menos próximo. Surgen sin cesar toda clase de obstáculos ante él y ante mí. El siguiente infortunio ya nos aguarda. ¡Ya lo verá! ¡Ya lo verá! -Se estremeció al decir estas palabras; apartándose de mí, se acurrucó en un rincón del asiento junto a la ventana.

Era inútil discutir con ella; peor que inútil era seguir sentadas allí y animarla de ese modo a proseguir diciendo cosas semejantes. Me puse en pie.

-Hay una cosa en la que sí creo -dije con voz de aliento-. Creo en la brisa que sopla en las colinas. ¡Vayamos a dar un paseo!

Lucilla se encogió más aún en su rincón y meneó la cabeza.

-¡Déjeme en paz! -estalló con impaciencia-. ¡Déjeme a solas! -Se puso en pie Y se arrepintió de lo dicho en el mismo instante en que lo dijo; me abrazó por el cuello con ambos brazos, me besó-. Perdóneme, no era mi intención hablar de forma tan desabrida -dijo aquella amable y afectuosa criatura-. ¡Hermana! Tengo un gran peso que me oprime el corazón. Nunca vi tan oscuros los tiempos venideros, nunca los vi tan oscuros corno ahora los veo con mis ojos ciegos. -Cayó una lágrima de sus pobres ojos invidentes, una lágrima que fue a dar a mi mejilla. Apartó bruscamente la cabeza-. Perdóneme -murmuró- y déjeme marchar. -Sin darme tiempo a responder, fue corriendo a esconderse en su dormitorio. ¡Qué dulzura de muchacha! ¡Cuánto se Habría compadecido de ella el lector! ¡Cuánto la hubiese amado!

Salí sola a dar un paseo. No me había contagiado sus presentimientos supersticiosos, su imagen del mal que estaba por venir. Sin embargo, hubo algo muy triste en todo lo que dijo, algo con lo que no pude estar en desacuerdo. Después de lo que había presenciado en aquella estancia, el día de la boda parecía estar sin duda más lejos que nunca.

Librodot

CAPÍTULO XVIII

Problemas familiares

Al cabo de cuatro o cinco días, las melancólicas dudas que tenía Lucilla respecto a Oscar se confirmaron. Sufrió un segundo ataque.

Se celebró la consulta prometida con el médico de Brighton. El nuevo facultativo no nos abrió la puerta a la esperanza. En su opinión, era muy mala señal que el segundo ataque se hubiese producido tan inmediatamente después del primero. Dio una serie de recomendaciones generales para proceder al tratamiento de Oscar y dejó que fuera él quien decidiera si valdría la pena o no probar suerte con un cambio de aires. El médico parecía pensar que ningún cambio de aires podría ejercer una influencia inmediata sobre la repetición de los ataques epilépticos. La salud del paciente en términos generales saldría sin duda beneficiada, pero nada más. En lo tocante al matrimonio, afirmó sin ninguna vacilación que al menos de momento deberíamos descartar toda consideración.

Lucilla recibió la relación de lo sucedido durante la visita de los dos médicos con una terca resignación que a mí me angustió un tanto.

-Recuerde lo que le dije cuando sufrió el primer atraque -comentó-. Ha terminado nuestro verano, nuestro invierno ya está aquí.

Al hablar, su talante era el de una persona que algo aguarda sin ninguna esperanza, una persona que percibe la proximidad de una calamidad inevitable. Tan sólo se animaba cuando venía Oscar a visitarla. Como es natural, él estaba con el ánimo por los suelos debido a una tan repentina alteración de todas sus perspectivas de futuro. Lucilla hizo todo lo posible por reconfortarlo, y desde luego que lo consiguió. Yo por mi parte traté de convencerlo para que dejara Browndown y se marchara a divertirse a lugares más alegras, pero fue en vano. Rehuía las caras nuevas, los nuevos ambientes. Entre aquellos dos jóvenes tan poco elásticos, noté que incluso mi buen humor connatural comenzaba a fallarme. Si nos hubiésemos visto los tres juntos en el fondo de un pozo seco en medio de una vasta extensión deshabitada, difícilmente habríamos tenido que afrontar una perspectiva más sombría que la que estábamos contemplando entonces. Por suerte, a Oscar, igual que a Lucilla, le gustaba la música con verdadera pasión. Volvimos al piano como si fuera nuestro mejor recurso en aquellos momentos de adversidad. Lucilla y yo nos turnábamos a la hora de tocar, y Oscar nos escuchaba. Debo decir que ejecutamos una gran cantidad de obras musicales. También debo reconocer que nos aburrimos lo indecible.

En cuanto al reverendo Finch, resolvió su participación en los problemas que nos cercaban hablando por los codos y utilizando todos sus registros de voz.

Si hubiese oído el lector al pequeño sacerdote en aquellos tiempos, habría dado por supuesto que nadie era capaz de sentir nuestros infortunios domésticos tanto los sentía él, y que nadie podría haberse apenado tanto como se apenaba él. Había que verlo, sobre todo el día de la consulta médica; había que ver cómo se paseaba por la sala de estar de su esposa, cómo arengaba a su auditorio, compuesto solamente por su esposa y por mí. La señora Finch tomaba asiento en una esquina, con el bebé y la novela, con

Librodot

el chal y las enaguas. Yo ocupaba la otra esquina, citada a «consulta con el rector». Dicho con toda sencillez, estaba citada para oír al señor Finch declarar que él era la persona principalmente afectada, abrumada incluso por la nube que se había posado sobre la casa.

-Desespero, madame Pratolungo, le aseguro que desespero de transmitir siquiera la menor idea de cómo me encuentro en esta triste situación en la que nos hallamos. Ha sido usted muy buena; ha manifestado usted toda la simpatía de una verdadera amiga de la familia, pero bajo ningún concepto podría usted llegar a entender cómo me ha afectado este revés. Estoy hundido ¡Madame Pratolungo! -me increpó volviendo su chorro de voz hacia la esquina en que me encontraba-. ¡Señora Finch! -increpaba a su esposa, sentada en su rincón-. Estoy, hundido no tengo otras palabras con que expresarlo, salvo las que he utilizado. Hundido. -Se detuvo en el centro de la sala y me miró expectante; miró expectante a su esposa. La expresión de su cara y su actitud daban a entender lisa y llanamente que «si estas dos mujeres se desmayan, lo tomaré como un proceder natural y ajustado a la situación por parte de ambas, a tenor de lo que acabo de comunicarles». Esperé a seguir la pauta que diera la señora de la casa. La señora Finch no se postró con el bebé y la novela por el suelo. De acuerdo con su ejemplo, presupuse que podía seguir sentada en donde estaba. El rector seguía esperando nuestra reacción. Traté de aparentar toda la tristeza que me fue humanamente posible. La señora Finch alzó la vista para mirar con toda reverencia a su esposo, y en silencio se llevó el pañuelo a los ojos. El señor Finch se dio por satisfecho; el señor Finch prosiguió-: Mi salud se ha resentido con este golpe, se lo puedo asegurar, madame Pratolungo. Mi salud ha sufrido muchísimo. Desde que se produjo este triste suceso, mi estómago ya no es el de antes. He perdido el equilibrio vital, ya no disfruto de la misma regularidad de antes. Estoy sujeto, y ello se debe enteramente a este penoso asunto, estoy sujeto a una serie de arranques de mórbido apetito. Deseo comer ente horas; me apetece el desayuno en plena noche, cenar a las cuatro de la madrugada. ¡Ahora mismo me apetece comer algo! -El señor Finch calló como si estuviese horrorizado ante su situación, y pareció ponerse a meditar con el entrecejo fruncido por completo y la mano apretada de manera convulsa sobre los botones inferiores de su herrumbroso chaleco negro. Con sus ojos azules y acuosos, la señora Finch me miró desde la otra esquina de la sala con una húmeda melancolía producida por la inquietud conyugal. El rector, súbitamente iluminado tras consultar con su propio estómago, se dirigió a la puerta, la abrió de par en par y llamó a la cocina por la escalera Con su voz de trueno-: ¡Que me hagan un huevo revuelto! -Volvió a la sala, hizo una nueva consulta mirándome fijamente, con gravedad; volvió de nuevo a la puerta, con paso furioso y apresurado, y clamó la contraorden por la escalera de la cocina-: ¡No, nada de huevos! ;Que me hagan un arenque en salazón! -Volvió por segunda vez, con los ojos cerrados y la mano posada distraídamente en la coronilla. Apeló después alternativamente a la señora Finch y a mí-. Vean, vean con sus propios ojos, señora Finch, madame Pratolungo! ¡Vean con sus propios ojos en qué triste situación me encuentro! Es sencillamente lamentable. Me pongo a titubear incluso con los asuntos mas banales. Primero me apetece un huevo revuelto, luego creo que me apetece más un arenque en salazón, ahora mismo no sé lo que quiero. Les doy mi palabra de sacerdote y de

Librodot

caballero que no sé qué es lo que quiero. Padezco este apetito mórbido y enfermizo durante todo el día; padezco este apetito mórbido y enfermizo durante toda la noche. ¡Qué situación! No consigo descansar. Por las noches, trastorno el descanso de mi esposa. ¡Señora Finch! La molesto por la noche, ¿no es cierto? ¿Cuántas veces, cuántas, desde que este infortunio cayó sobre nosotros, cuántas veces me revuelvo en la cama cada noche antes de conciliar el sueño? ¿Ocho veces? ¿Está usted segura? ¡No exagere! ¿Seguro que ha llevado la cuenta? Muy bien, así me gusta. No recordaba, se lo puedo asegurar, madame Pratolungo, haber estado nunca tan completamente trastornado como lo estoy ahora. Lo que más se le puede parecer fue aquella vez, hace ya cinco años... cuando mi esposa tuvo el embarazo anterior al antepenúltimo. ¡Señora Finch! ¿Fue el anterior al antepenúltimo? ¿O fue tal vez el antepenúltimo? ¿No hace ya cinco embarazos de aquello? ¿Está usted segura? ¿No llevará a confusión a nuestra buena amiga? Muy bien, así me gusta. Fue un asunto de gran estrechez pecuniaria, madame Pratolungo. En aquella ocasión estuvimos al borde mismo de la catástrofe. Sin embargo, superé aquella angustiosa estrechez pecuniaria. ¿Cómo he de superar esto ahora? Ya había trazado detallados planes para Oscar y Lucilla. Ya tenía previstas mis relaciones con mis hijos ya casados, y me satisfacían plenamente. Ya había visto como iba a ser mi futuro, ya tenía pensado el futuro de mi Familia. ¿Qué es lo que veo ahora? Ahora todo ha sido aniquilado, por así decirlo, de un solo golpe. ¡Los caminos de la Providencia son inescrutables! -Hizo una pausa, alzó los ojos al techo y unió ambas manos. Apareció la cocinera con el arenque en salazón-. ¡Los caminos de la Providencia son inescrutables...! -repitió el señor Finch bajando el tono de voz.

-Cómetelo, querido -dijo la señora Finch-, antes de que se enfríe.

El rector hizo una nueva pausa. Su lengua infatigable le apremiaba a seguir con su perorata; su estómago indisciplinado clamaba por el arenque. La cocinera destapó el plato. La nariz del señor Finch se puso de inmediato de parte del estómago del propio señor Finch. Hizo un alto cuando hablaba de la Providencia y de sus caminos inescrutables y procedió a salpimentar su arenque.

Ahora que ya he dado cuenta de cómo hablaba el rector ante el desastre que había sobrevenido a la familia, tan sólo me resta completar el cuadro relatando a continuación lo que hizo. Pidió a Oscar un préstamo de doscientas libras, e inmediatamente después dejó de ordenar que le sirvieran un arenque en salazón a cualquier hora del día y, de molestar a la señora Finch por las noches.

Terminaron los mortecinos días del otoño y comenzaron las largas noches del invierno.

No parecía que nuestras perspectivas fueran a mejorar. Los médicos hicieron por Oscar todo lo posible, pero nada dio resultado. Volvió a sufrir aquellos espantosos ataques una y más veces. Día a día, nuestras vidas rutinarias se desarrollaban con monotonía. Casi empecé a pensar, con Lucilla, que poco debía faltar para que se produjera una crisis. «Es imposible que se prolongue esta situación -me decía sobre todo cuando tenía más hambre-.Algo ha de suceder antes de fin de año.»

Librodot

Comenzó el mes de diciembre y por fin sucedió algo. Los problemas familiares que alteraban la vida en la casa rectoral tuvieron su contrapartida en otros problemas que surgieron en el seno de mi propia familia. Recibí carta de una de mis hermanas menores, residente en París. Contenía alarmantes noticias sobre una persona que me era muy querida, y que ya he mencionado muy al principio de estas páginas, pues no era otro que el bueno de mi padre.

¿Estaba el venerable autor de mi existencia gravemente enfermo? ¿Padecía acaso una enfermedad mortal? ¡Ay! No, no era eso lo que le sucedía, pero sí lo peor que podía sucederle al margen de ese terrible avatar. Estaba peligrosamente enamorado de una joven de dudosa reputación. ¿A qué edad? ¡A sus setenta y cinco años! ¿Qué podemos decir de mi longevo padre? Tan sólo que es la suya una vigorosa naturaleza, y que tiene el corazón reverdecido a pesar de la edad.

Me apena contristar al lector con mis preocupaciones de familia. Sin embargo, se mezclan íntimamente, tal como se podrá ver a su debido tiempo, con las preocupaciones de Oscar y Lucilla. Dicta mi triste destino que me resulte imposible guiar al lector de esta narración sin desvelar tarde o temprano el único punto flaco (un punto flaco que sin duda cabe disculpar) del hombre más alegre, más brillante y mejor conservado de su tiempo.

¡Ah! Sé muy bien que ahora he de pisar cáscaras de huevos. Ese espectro tan británico que es el decoro surge del suelo y se alza rampante sobre mi escritorio, y me susurra furiosamente al oído el siguiente aviso: «Madame Pratolungo, sonroje usted las mejillas de la inocencia y a partir de ese instante habrá terminado usted, que así terminará su relato y terminará consigo misma». ¡Oh, inflamable mejilla de la inocencia! ¡Ruego que al menos por esta vez muestres tu buen conformar, que yo me devanaré los sesos con tal de expresar lo que debo expresar sin incurrir en la menor ofensa! ¿Puedo entonces representar al bueno de mi padre como un anciano en el Templo de Venus, dispuesto a quemar incienso inagotable en el altar del amor? No, ya veo que no: el Templo de Venus es pagano; el altar del amor no es lo más correcto, así que tendré que tacharlo. Permítaseme decir solamente, a propósito de mi reverdecido padre, que toda su larga vida, desde sus tiempos mozos hasta su senectud, había sido un constante reconocimiento sin tregua de los encantos del llamado sexo débil, y que mis hermanas y yo misma, por pertenecer a ese sexo, no encontramos en el fondo de nuestros corazones razón alguna para abandonarle ni para volverle la espalda a cuenta de esa afición. Era un hombre sumamente apuesto, afectuoso, de dulcísimo temperamento, cuya única lacra era un piropo para todas las mujeres, que como es natural lo adoraban. Aceptarnos nuestro destino. Durante muchos años, desde la muerte de nuestra madre, nos acostumbramos a vivir con el perpetuo temor de que se casara con alguna de los centenares de frescas sin escrúpulos que se lanzaban sobre él; peor aún, si tal cosa es posible, era el temor de que se enfrentara en duelo por culpa de alguna de esas mujerzuelas desfachatadas contra hombres tan jóvenes que podrían haber sido sus nietos. ¡Qué susceptible era el bueno de mi padre! ¡Y qué valiente! Una y otra vez me vi requerida para intervenir en tales asuntos, ya que era la hija que más influencia tenía sobre él. Había logrado llevar a buen término ese rescate unas veces por un medio, otras por

Librodot

otro, aunque casi siempre terminábamos con el mismo y triste resultado, a saber, el sacrificio de una cierta cantidad de dinero para paliar los daños y perjuicios, sobre los cuales debo decir que, cuando la mujer es tan desvergonzada como para reclamar esa compensación, mi veredicto es bien sencillo: «¡Se lo tiene merecido!».

En esta ocasión volví a encontrarme con la historia de siempre. Mis hermanas habían hecho lo indecible para poner fin a los amoríos de marras, pero no lo habían conseguido. No tuve otra opción que presentarme en el escenario de los hechos, para empezar quizás por tirar de las orejas a la señorita en cuestión y terminar sin duda por llenarle los bolsillos.

En esta época mi ausencia fue algo más que un engorro: fue un inapelable motivo de pena para mi ciega Lucilla. La mañana en que emprendí el viaje se me abrazó con tal fuerza como si estuviera decidida a no dejarme marchar.

-¿Qué voy a hacer sin usted? -dijo-. Es muy duro, en estos tiempos aciagos, perder el consuelo que me da oír su voz. Pensaré que toda mi seguridad ha desaparecido cuando ya no la sienta a mi lado. ¿Cuántos días pasará lejos de aquí?

-Tardaré un día en llegar a París -contesté- y otro para volver. Dos. Cinco días, si es que puedo hacer deprisa lo que he de hacer, para caer como el rayo sobre la frescachona de turno y rescatar a mi padre. Siete en total. Digamos que, si es posible, no estaré fuera más de una semana.

-Debe regresar usted, pase lo que pase, antes de año nuevo.

-¿Por qué?

-Debo hacer mi visita anual a mi tía, que ya he aplazado en dos ocasiones. Es absolutamente preciso que viaje a Londres el último día del año, y que pase los tres meses convenidos en casa de la señorita Batchford. Había confiado en ser la esposa de Oscar antes de que llegara el momento de ir a Londres... -aguardó un momento a que se le templara la voz-. Pero eso ha terminado. Debemos despedirnos. Si no puedo dejarla a usted aquí para consolarlo a él y para cuidarlo, lo mismo da qué pueda suceder, pues seré yola que se quede en Dimchurch.

Su permanencia en Dimchurch mientras siguiera sin contraer matrimonio significaba, de acuerdo con las condiciones en que fue redactado el testamento de su tío, que sacrificaría su fortuna. Si el reverendo Finch la hubiese oído decir tal cosa, ni siquiera habría estado en condiciones de apelar a la «inescrutable Providencia». Se habría desmadejado en el acto.

-No tema, querida -le dije-, que volveré antes de que usted se marche. Además, es posible que Oscar mejore. Tal vez esté incluso en condiciones de seguirla a usted a Londres y de visitarla en casa de su tía.

Sacudió la cabeza con tal tristeza, tan descreída, que las lágrimas me asomaron a los ojos. Le di un último beso y me apresuré a marchar.

Tomé la ruta de Newhaven y desde allí crucé el Canal de la Mancha para arribar a Dieppe. No creo que me hubiese percatado del cariño que para entonces le tenía a Lucilla, no creo que lo comprendiera hasta que perdí de vista la casa rectoral en la curva del camino a Brighton. Entonces me abandonó mi natural firmeza de ánimo; me invadió como una tortura el presentimiento de que en mi ausencia se produciría una gran desgracia.

Librodot

Me asombré, porque yo, la viuda del espartano Pratolungo, tuve una buena llantina y lloré tanto como cualquier otra mujer. Tarde o temprano, las personas susceptibles hemos de pagar con el dolor de corazón el privilegio de amar. Es lo de menos: con dolor de corazón o sin él, uno ha de tener algo que amar en este mundo, al menos mientras siga viviendo en él. He vivido en este mundo, no importa cuántos años, y tengo a Lucilla. Antes de Lucilla tenía al doctor Pratolungo. Antes del doctor... ¡ah, mis buenos amigos! ¡No hemos de ir más allá de los tiempos del doctor!

Librodot

CAPÍTULO XIX

Segundo resultado del robo

El relato de mis quehaceres en París puede despacharse con muy pocas palabras. Tan sólo será menester abundar con detalle en uno de los particulares que en mi recuerdo se relacionan con el rescate del bueno de mi padre.

Esta vez, la aventura había adquirido el aspecto más grave que se pueda imaginar. La venerable víctima había llegado al extremo de contagiarse tanto de la juventud, que decidió remozar su aspecto externo en lo tocante a su dentadura, su cabello, su cutis y su silueta (para lo cual hubo de adquirir un par de corsés de ballenas). Debo decir que prácticamente no pude reconocerlo, pues lo encontré ofensiva y antinaturalmente rejuvenecido. En vano traté de ejercer sobre él mi influencia. Me abrazó con un fervor sumamente emocionante, me expresó sus más nobles sentimientos, pero en lo referente al matrimonio que proyectaba para muy pronto se mostró inamovible. La vida, para él, resultaba tolerable con una única condición. O su amada, o la muerte: ése era el programa de este anciano volcánico.

Para que las perspectivas resultaran más desoladoras aún, la amada resultó ser en esta ocasión una mujer lo bastante osada para jugar todas sus bazas desde el primer momento.

A la mujerzuela le di su merecido, y ella adoptó una actitud completamente inexpugnable: teníamos su pleno permiso para romper el compromiso siempre y cuando pudiéramos hacerlo.

-Le remito a usted a su padre. Le ruego que comprenda que no soy yo quien desea casarse con él, al menos en el supuesto de que sus hijas tengan algo que objetar. Basta con que él diga que lo exima del compromiso adquirido para que a partir de ese momento sea libre.

Fue imposible contender contra una defensa organizada de este modo. Todas sabíamos igual de bien que ella que nuestro fascinado padre jamás diría tal cosa. Nuestra única oportunidad consistía en invertir algún dinero para investigar las antiguas indiscreciones que hubiera podido cometer la dama, y encontrar una prueba en su contra que resultara tan sólida e irrefutable que ni siquiera la infatuación de un hombre ya anciano pudiera llevarle a pensar que fuese mentira.

Desembolsarnos la cantidad requerida; investigamos; obtuvimos nuestra prueba. Nos costó quince días. Al término de esas dos semanas teníamos a mano el material necesario para abrirle los ojos al bueno de mi padre.

En el transcurso de la investigación conocí a muchas personas un tanto extrañas; entre otros, un hombre que me sobresaltó en nuestro primer encuentro, pues tenía una deformidad personal que, a pesar de la amplia experiencia que tenía yo del mundo, vi en él por primera vez.

La cara de aquel hombre, en vez de tener la habitual tonalidad de piel, llamaba la atención por ser de una coloración asquerosamente sobrehumana, por no decir demoníaca, de una tonalidad entre cárdena y azul negruzca. Resultó ser una persona sumamente amable, inteligente y servicial. Sin embargo, la primera vez en que nos vimos cara a cara, su

horrible color de piel me produjo tal susto que no pude reprimir un grito de alarma. El no sólo pasó por alto mi involuntario acto de rudeza con un gesto sumamente indulgente, sino que también me explicó cuál era la causa que le había producido esa peculiar coloración de piel, y así me dejó más tranquila antes de pasar al delicado asunto que nos había reunido en privado.

-Le pido disculpas -dijo aquel hombre tan infortunado- por no haberla avisado de mi desfiguración antes de entran en la sala. En todos los rincones del mundo civilizado hay cientos de personas que padecen esta misma decoloración, y di por sentado que habría tenido usted conocimiento, por su amplia experiencia, de otros casos como el mío. El tinte azul de mi tez se debe al efecto que tiene sobre la sangre el nitrato ate plata cuando se ingiere por vía interna. Es la única medicina que alivia a los que, como yo, sufrimos de una enfermedad que de otro modo sería incurable. No tenemos más remedio que aceptar estas nefastas consecuencias en aras de la cura.

No hizo mención de cuál era su enfermedad; no será preciso decir que yo me abstuve de insistir con más preguntas. En el transcurso de mi relación con él me acostumbré a su desfiguración, y no me cabe duda de que me habría olvidado del hombre azul cuando atendí a otros asuntos de mayor interés, si los efectos del nitrato de plata utilizado como medicamento no hubieran concitado una vez más mi atención de manera inesperada y por la fuerza, en otro frente, y en unas circunstancias que me sorprendieron de manera extraordinaria.

Una vez salvado mi padre cuando estaba ya al borde, digamos, de su vigésimo precipicio, me fue necesario quedarme unos cuantos días más y ayudarle a reconciliarse con lo duro que sin duda fue para él verse rescatado tan a su pesar. El lector se habría llevado una sorpresa muy considerable si lo hubiera visto sufrir como lo vi yo. Apretó los dientes y le crujió la dentadura nueva y carísima; se arrancó a puñados el pelo bellamente manufacturado de su bisoñé. En el fervor de sus emociones, no tengo la menor duda de que habría reventado sus corsés de ballenas si yo no se los hubiera quitado antes para venderlos a mitad de precio, sacando (aunque en escasa medida) cierto beneficio de nuestra calamidad, algo con que contrarrestar nuestras pérdidas. Hágase lo que se haga en el detestable sistema de nuestra sociedad moderna el pivote sobre el que al final giran todas las cosas es el dinero. ¡El dinero, cuando una aspira a salvar fa libertad! ¡El dinero, cuando una acude a salvar a su padre! ¿Es que no tiene remedio esta situación? Sólo diré una palabra al oído del lector: que espere a fa próxima revolución.

Durante mi ausencia, mantuve correspondencia con Lucilla. Sus cartas -muy tristes, muy cortas- me informaron de la tristeza que impregnaba todas las cosas en Dimchurch. Mientras estuve fuera, los terribles ataques epilépticos que padecía Oscar se habían recrudecido: habían aumentado tanto por su frecuencia como por su gravedad. En el momento en que por fin tuve a la vista mi pronto regreso a Inglaterra, escribí a Lucilla para darle ánimos comunicándole la inmediatez de mi vuelta. Tan sólo dos días antes de marcharme de París recibí otra carta suya. Me sentí tan débil que poco me faltó para que me diera miedo abrirla. Que me escribiera de nuevo, cuando sabía que íbamos a vernos en fecha muy próxima, me hizo pensar que debía de tener alguna noticia sin duda asombrosa. Según mi suposición,

Librodot

iba a ser una noticia de la peor especie.

Me armé de valor para abrir el sobre. ¡Ah, qué imbéciles somos! Y es que para una vez que nuestros presentimientos aciertan, han de pasar cien veces en que se equivocan. En vez de afligirme, la carta me deleitó. Por fin empezaban a despejarse nuestras lúgubres perspectivas.

De este modo, siguiendo el papel a tientas, con sus grandes letras de molde y su caligrafía infantil, Lucilla me escribió lo siguiente:

> QUERIDÍSIMA AMIGA Y HERMANA. No puedo esperara que nos veamos para comunicarle una buena noticia. Se ha decidido prescindir del médico de Brighton, y ha venido a consulta un nuevo médico de Londres. ¡Querida! En asuntos del intelecto no hay lugar como Londres. Este hombre es capaz de ver, de pensar y de tomar una decisión sobre la marcha. Tiene su propia manera de abordar el caso de Oscar; responde de su capacidad de curarle de tan terribles ataques. ¡Ahí tiene usted la noticia! Vuelva pronto y así podremos brincar juntas de alegría. ¡cuánto me equivocaba al dudar del futuro! Nunca, nunca, nunca más volveré a dudar del futuro. Ésta es la carta más larga que he escrito en mi vida.
>
> Afectuosamente,
>
> LUCILLA

A esta carta venía añadida una posdata escrita por Oscar:

> Lucilla le ha confirmado que por fin existe alguna esperanza en mi caso. Lo que aquí le escribo es algo que ella desconoce, y. que yo deseo que sepa usted exclusivamente. Aproveche la primera oportunidad que tenga para venir a verme a Browndown sin que Lucilla se entere. He de pedirle un gran favor, y mi felicidad depende de que usted me lo conceda. Cuando nos veamos, sabrá de qué se trata.
>
> OSCAR

Esta posdata me desconcertó.

No estaba en armonía con la confidencia implícita que, según había tenido yo abundantes ocasiones de observar, Oscar ponía habitualmente en Lucilla. Desentonaba con la experiencia que tenía de su carácter, que por lo común se me presentaba como todo lo contrario del carácter propio de un hombre reservado y dado a los secretos. El ocultamiento de su identidad, cuando por vez primera tuvo trato con nosotras, había sido un ocultamiento forzoso y debido por completo a su horror a ser identificado con el héroe del juicio. En las relaciones ordinarias que se tienen en la vida, era un hombre abierto y sin reservas de ninguna clase. Que pudiera tener un secreto que deseara ocultar a Lucilla y confiarme a mí era algo totalmente ininteligible, al menos en mi opinión. Excitó sobremanera mi curiosidad y me dio una nueva razón para desear más si cabe regresar cuanto antes.

Pude poner en orden los asuntos pendientes y despedir me de mi padre y de mis hermanas durante la tarde del día 23. A primera hora de la mañana

Librodot

del día 24 me fui de París y llegué a Dimchurch a tiempo de participar en los últimos festejos de celebración de la víspera de Navidad.

Había sonado en el reloj de ti nuestra bonita sala de estar la primera hora del día de Navidad cuando por fin pude convencer a Lucilla de que me dejara descansar, y así me acosté tras una larga jornada de viaje. Lucilla había vuelto a ser la criatura alegre y desbordante de buen humor que era cuando yo la conocí; tenía tantísimas cosas que contarme que ni siquiera su propio padre pudo en esa ocasión hacerla callar con sus peroratas. A la mañana siguiente tuvo que pagar el precio por haberse excitado en demasía la noche anterior. Cuando entré en su habitación tenía una jaqueca de origen nervioso, y no pudo levantarse a la hora de costumbre. Voluntariamente me propuso que fuera yo sola a Browndown para visitar a Oscar con motivo de mi regreso. Es de elemental justicia decir que esta propuesta me supuso un gran alivio. Si ella hubiera dispuesto de la facultad de la vista, mi conciencia no se habría resentido, pero en cambio me repugnaba engañar a mi querida muchacha ciega, incluso en las mayores trivialidades.

Así pues, con pleno conocimiento Y aprobación de Lucilla, fui sola a ver a Oscar.

Me lo encontré intranquilo y ansioso, dispuesto a estallar en las llamaradas de sus bruscos arrebatos de pasión a la menor provocación que se produjera. En el amante de Lucilla no se notaba ni el más remoto reflejo del buen humor recobrado por ella.

-¿Le ha dicho algo acerca del nuevo médico?

Estas fueron las primeras palabras que me dirigió.

-Me ha dicho que tiene una enorme confianza en él -respondí-. Cree firmemente que dice la verdad cuando afirma que puede curarle a usted.

-¿Y ha mostrado alguna curiosidad sobre cómo va a proceder a mi curación?

-No, ni la menor curiosidad, al menos que yo haya podido ver. Para ella es suficiente que usted vaya a curarse. Lo demás lo deja en manos del médico.

Esta última respuesta pareció aliviarle. Suspiró y se recostó en su asiento.

-¡Eso está muy bien! -dijo para sí-. Me alegro de saberlo.

-¿Es acaso algún secreto el tratamiento que el médico va a administrarle? -le pregunté.

-Para Lucilla debe permanecer en secreto -dijo con gran vehemencia-. Si ella tratara de averiguarlo, es imprescindible que al menos de momento no llegue a tener conocimiento de ello. Sobre ella, nadie tiene la menor influencia; nadie, salvo usted. Por eso le pido su ayuda.

-¿Es ése el favor que deseaba pedirme?

-Sí.

-¿Voy a conocer yo el secreto del tratamiento médico?

-¡Por supuesto! ¿Cómo iba yo a esperar que usted me ayudara sin saber las serias razones que tengo para pensar que es muy conveniente que Lucilla no sepa nada?

Librodot

Puso especial hincapié cuando dijo «serias razones». Comencé asentirme un tanto inquieta. Nunca me había aprovechado de la ceguera de mi pobre Lucilla. Y precisamente su prometido, su futuro esposo, de todas las personas que hay en el mundo, venía a proponerme que ella no se enterase y que siguiera, como si dijéramos, a oscuras.

-¿Es peligroso el tratamiento que ha recomendado el nuevo médico? -pregunté.

-No, en modo alguno.

-¿No es tal vez tan infalible como ha hecho creer a Lucilla?

-Es razonablemente seguro.

-¿Lo conocían los otros médicos?

-Sí.

-¿Y por qué motivo no lo pusieron en práctica?

-Porque tenían miedo.

-¿Miedo? ¿En qué consiste ese tratamiento?

-Es un medicamento.

-¿Un medicamento? ¿O varios a la vez?

-Uno solo.

-¿Y cómo se llama?

-Nitrato de plata.

Me puse en pie de un salto, lo miré y volví a sentarme.

Nada más recobrarme del sobresalto voló mi memoria al efecto que me produjo ver al hombre azul de París cuando por primera vez lo tuve delante de mí. Al informarme del efecto del medicamento, me ocultó -como recordará el lector- la enfermedad por la cual debía tomarlo. Precisamente a Oscar le había tocado iluminarme sobre este asunto, y hubo de hacerlo mediante una referencia a su propio caso. Me quedé tan pasmada que no me moví de mi sitio y no dije palabra.

Gracias a su pronta sensibilidad no me fue necesario expresarme con palabras. Mi rostro tuvo que revelarle lo que estaba pasando por mi cabeza.

-¡Usted ha visto a una persona que ingiere nitrato de plata! -exclamó.

-¿Y usted? -pregunté a mi vez-. ¿Ha visto usted a alguna?

-Conozco bien el precio que he de pagar por curarme -respondió con toda calma.

Su compostura me desarmó.

-¿Cuánto tiempo lleva usted tomando esa espantosa droga? -pregunté.

-Poco más de una semana.

-Pues todavía no se le nota ningún cambio.

-Según el médico, no habrá cambios notables durante bastantes semanas.

Estas palabras me inspiraron una esperanza pasajera.

-Todavía está usted a tiempo de cambiar de parecer -le dije-. ¡Por lo que más quiera! ¡Reconsidere su resolución antes de que sea demasiado tarde!

Esbozó una amarga sonrisa.

-Por muy débil que sea yo -respondió-, esta vez he tomado una determinación y no pienso cambiar de parecer.

Supongo que mi visión del asunto fue la propia de una mujer. Perdí los estribos cuando contemplé su bella coloración de piel y pensé en el futuro.

-¿Seguro que está usted en sus cabales? -exploté-. ¿De veras pretende decirme que está usted convencido, decidido a convertirse en un objeto que inspire el horror en todas las personas que lo vean?

-La única persona cuya opinión me importa -repuso- jamás podrá verme.

Por fin lo entendí. ¡Ésa era la consideración que le había reconciliado con su propósito!

El horror que tenía Lucilla por las personas de color oscuro y por las manifestaciones más oscuras de cualquier color, no será preciso decirlo, me vino a las mientes a raíz del giro que había tomado nuestra conversación. ¿Le había comunicado a Oscar esa aversión, tal como me la confesó a mí? ¡No! Recordé que me había advertido expresamente que no le diese a conocer la confidencia que me había hecho a este respecto. Muy al principio de sus relaciones, ella le había preguntado si se parecía a su padre o a su madre. Esta pregunta condujo a que Oscar le dijera que su padre había sido un hombre de tez morena. La delicadeza de Lucilla había conseguido impedir que se notara su alarma. «Habla con gran ternura de su difunto padre -me dijo entonces-. Tal vez le duela si averigua la antipatía que siento yo por las personas de tez oscura, así que será mejor que esto no salga de nosotras.» Tal como estaban las cosas en ese momento, estuve a punto de recordarle que tarde o temprano Lucilla tendría conocimiento de su desfiguración cuando la oyera comentar por boca de otras personas; poquísimo me faltó para advertirle de los desastrosos resultados que podrían seguirse de ello. En un instante de reflexión, sin embargo, me pareció más sensato esperar un poco y sondear antes sus motivos.

-Antes de que me diga de qué manera puedo yo ayudarle -dije-, deseo saber una cosa más. En este asunto tan trascendente, ¿ha tomado usted la decisión por sí solo? ¿No se ha dejado aconsejar por nadie?

-No deseo consejos -contestó con acritud-. En mi caso no tengo elección posible. A pesar de ser una persona tan nerviosa e indecisa, sé comprender cuándo no me queda otra alternativa.

-¿Le han dicho los médicos que no había otra alternativa? -pregunté.

-Los médicos tenían miedo de decírmelo. Tuve que obligarlos a hacerlo. «Apelo a su honor profesional», les dije «para que me contesten con toda sencillez a una sencilla pregunta. ¿Existe alguna posibilidad, por remota que sea, de que mejore y disminuyan los ataques?». «Habida cuenta de su edad», me contestaron, «tenemos una esperanza razonable de que así sea». Y los presioné más aún: «¿Pueden ustedes fijar una fecha que pueda yo considerar como el fin de esta desdichada afección?». Ninguno pudo precisarla. Lo único que me dijeron fue que «nuestra experiencia nos justifica al creer que su trastorno desaparecerá con el tiempo, si bien no nos justifica a decir exactamente cuándo». «En tal caso», seguí diciendo yo, «tal vez pasen años hasta que desaparezca». Se vieron obligados a reconocer que sí. «Y tal vez nunca llegue a desaparecer del todo, ¿no es cierto?» Los dos trataron de

cambiar de conversación. Yo no me dejé. «Díganme con toda sinceridad», insistí, «si cabe esa posibilidad en mi caso». El médico de Dimchurch miró al médico de Londres. El de Londres tomó la palabra. «Si está dispuesto a aceptarlo, le diré que ésa es una de las posibilidades, en efecto.» ¡Considere usted la perspectiva en que me situó esa respuesta! Día tras día, semana tras semana, mes tras mes estaría en peligro, me encontrara en un sitio u otro, de ser de nuevo víctima de un ataque inesperado. ¿No le parece desdichada esa situación?

¿Cómo iba Yo a contestarle? ¿Qué podría haberle dicho?

-A este penoso estado de hechos -siguió diciendo-, añada usted mi compromiso matrimonial. La más dura de las desilusiones que pueden sobrevenir a un hombre me ha sobrevenido a mí. Tengo al alcance de la mano la gran felicidad de mi vida, y de pronto se me prohíbe disfrutarla. No solo se ha echado a perder mi salud, sino que también se han arruinado mis aspiraciones vitales. La mujer a la que amo es una mujer prohibida mientras sufra tal como sufro ahora. Trate de comprenderlo, e imagine después a un hombre sentado a esta misma mesa, con pluma, tintero y papel delante de sí, al que le basta únicamente con escribir una o dos líneas para dar comienzo a su curación. En cuestión de meses se verá libre del horror de los ataques; en pocos meses más podrá casarse con la mujer a la que ama. Una perspectiva celestial a cambio de la infernal existencia que soporta ahora. Y el único precio que ha de pagar por ello es que su rostro quede decolorado para el resto de sus días, si bien la persona más querida para él, jamás podrá ver el color de su cara. ¿Habría dudado usted un solo instante? Cuando el médico empuñó la pluma para redactar la receta médica, dígame, de haber estado usted en mi lugar, ¿le habría dicho que no?

Seguía sentada en silencio. Mi obstinación -¡qué tercas somos las mujeres!- no me dejaba ceder por más que mi conciencia me anunciara que Oscar tenía toda la razón.

Se puso en pie de un salto, con la misma excitación febril que tan bien recordaba yo de cuando se irritó tanto en Browndown ante mi insistencia en que me dijese quién era en realidad.

-¿Le habría dicho que no? -repitió inclinándose hacia mí, colorado y acalorado, tal como había hecho en aquella otra ocasión, cuando me dijo su nombre al oído, en un susurro-. ¿Le habría dicho que no? -reiteró en voz cada vez más alta-. ¿Se lo habría dicho?

A la tercera repetición de sus palabras, aquella temible contorsión que yo tan bien conocía se apoderó de su rostro. Todo su cuerpo se torsionó hacia la derecha. Cayó a mis pies. ¡Dios mío! ¿Quién podría haberle dicho que estaba equivocado, teniendo a su favor un argumento tan contundente como el que vi en ese momento? ¿Quién no habría dicho que cualquier desfiguración sería muy bien recibida siempre y cuando fuese un refugio que lo escudara de aquello?

Entró el criado corriendo y me ayudó a retirar los muebles a una distancia tal que no corriese peligro.

-Ya no habrá muchos más como éste, señora -dijo el hombre al percatarse de mi agitación, procurando sosegarme-. En cuestión de uno o dos meses, el doctor ha dicho que la medicina lo cambiará del todo.

Nada pude decir por mi parte. Tan solo acerté a hacerme un amargo reproche por haber discutido con él de semejante modo, por haberlo excitado así, por haber propiciado tal vez el espantoso ataque de que fue víctima en mi presencia por segunda vez.

En esta ocasión fue un ataque de duración más breve. ¿Empezaría a tener la droga alguna influencia sobre él? Al cabo de unos veinte minutos estuvo en condiciones de reanudar la conversación, no sin antes sentarse de nuevo.

-¿Piensa usted que la horrorizaré cuando se me haya vuelto azul la cara? -dijo con una débil sonrisa-. ¿No la horrorizo ahora, cuando me ve presa de las convulsiones y tirado por el suelo?

Le rogué encarecidamente que no siguiera dando vueltas al asunto.

-Por Dios que me ha convencido -le dije-, y eso que soy muy obstinada. Tratemos de pensar, únicamente en la perspectiva de su curación. ¿Qué es lo que desea que haga yo?

-Usted tiene una gran influencia sobre Lucilla -dijo-. Si ella expresara alguna curiosidad en las futuras conversaciones que mantenga con usted acerca del efecto de la medicina, quiero que le pare los pies. ¡Que siga siendo tan ignorante como lo es ahora!

-¿Por qué?

-¿Por qué? Si ella sabe lo que sabe usted, ¿cómo cree que se sentiría? Sin duda tan atónita y tan horrorizada como se sintió usted. ¿Qué haría? Vendría aquí directamente e intentaría, tal como ha hecho usted, persuadirme para que renunciase al tratamiento. ¿Es verdad, o me equivoco?

(Imposible negar que era verdad.)

-Es tanto el cariño que le tengo -prosiguió- que no podría negarle nada. Ella terminaría por hacerme renunciar. En el mismo instante en que me diera la espalda, me arrepentiría de mi debilidad y volvería a tomar la medicina. He aquí la perspectiva de una perpetua pugna para un hombre que ya se encuentra exhausto. Después de lo que ha visto usted, ¿le parece de veras deseable exponerme a semejante tesitura?

Habría sido tan inútil como cruel exponerle a ello. ¿Cómo iba a negarme a consentir en hacer que ese sacrificio de sí mismo, su sacrificio necesario, le fuera tan fácil como pudiera serlo? Al mismo tiempo, le imploré que recordase una cosa.

-Tenga en cuenta -le dije- que no podemos tener la esperanza de que ella siga ignorando para siempre el cambio que se produzca en usted cuando de hecho se produzca. Tarde o temprano aparecerá alguien que la informe del secreto.

-Tan sólo deseo que se le oculte mientras mi desfiguración siga su curso -respondió-. Cuando ella no pueda hacer ni decir nada para modificarla, seré yo mismo quien se lo diga. ¡Es tan feliz gracias a la esperanza de que me recupere...! ¿De qué serviría decirle de antemano el castigo que he de cumplir a cambio de mi recuperación? ¿Qué bien podría hacerle a ella? La fealdad de mi color jamás aterrorizará a mi pobre y querida Lucilla. En cuanto a otras personas, no seré yo quien se obligue a dejarse ver en el

mundo. Mi deseo es vivir apartado del mundanal ruido. Las contadas personas que estén a mi alrededor no tardarán en reconciliarse con el color de mi tez. La propia Lucilla será quien dé ejemplo. Ella no se torturará durante mucho tiempo por el cambio que se haya producido en mí, un cambio que ella no podrá ver ni sentir.

¿Debería haberle advertido en ese instante del inveterado prejuicio de Lucilla, de la dificultad que podría darse a la hora de reconciliarse con él en cuanto ella tuviera noticia de su nueva apariencia? Me atrevo a decir que sí, que debería habérselo dicho; me atrevo a decir que fui culpable de no hacerlo, de escurrir el bulto por miedo a causar nuevas preocupaciones, a dar nuevos motivos de aflicción a un hombre que ya había sufrido tanto. La verdad es que sencillamente no pude. ¿Lo habría hecho el lector? Si lo hubiera hecho, espero no tener nunca el menor contacto con él. ¡Qué espantoso infeliz debe de ser!

El final del asunto fue que me marché de la casa y que juré mantener a Lucilla en la ignorancia del coste al que había decidido Oscar comprar su curación, al menos hasta que el propio Oscar considerase oportuno ser él personalmente quien la iluminase.

Librodot

CAPÍTULO XX

Vuelta al bueno de mi padre

La promesa que le di no iba a exponerme a la molestia de tener que montar guardia durante bastante tiempo para evitar que se produjeran accidentes. Con tal de pasar con bien los próximos cinco días, podríamos sentirnos seguros ante el futuro. En el último día del año, para cumplir las estipulaciones del testamento, Lucilla estaba obligada a irse a Londres para pasar los tres meses de rigor en casa de su tía.

En ese breve intervalo que transcurrió antes de su partida, abordó en dos ocasiones el peliagudo asunto.

En la primera ocasión me preguntó si sabía yo qué medicamento estaba tomando Oscar. Alegué mi ignorancia y pasé cuanto antes a tratar otros asuntos. En la segunda ocasión todavía dio un paso mas en su camino hacia el descubrimiento de la verdad. Me preguntó si sabía yo cómo se efectuaba físicamente la curación. Como ya estaba informada de que los ataques eran debidos a ciertos trastornos cerebrales, estaba impaciente por saber si el tratamiento médico tenía alguna probabilidad de afectar a la cabeza del paciente. Esta pregunta (a la que como es lógico no pude yo contestar) se la formuló a los dos médicos. Advertidos por Oscar con anterioridad, los dos la tranquilizaron al decirle que el proceso de curación actuaba de forma general y no tendría ningún efecto en la cabeza del paciente. A partir de ese momento quedó satisfecha su curiosidad. Tenía otros asuntos de interés en los cuales pensar antes de abandonar Dimchurch, así que no volvió a incidir en esta espinosa cuestión.

Se dispuso que yo acompañase a Lucilla a Londres.

Oscar tenía previsto seguirnos cuando su salud le permitiera emprender el viaje. En calidad de prometido de Lucilla tenía derecho a entrar en casa de su tía mientras Lucilla residiera bajo su techo. En cuanto a mí, se me admitió gracias a la intercesión de ésta. Se negó a pasar tres meses separada de mí. La señorita Batchford contestó por escrito con gran cortesía y me ofreció su hospitalidad durante el día. No disponía en su casa de una segunda habitación para huéspedes, de modo que acordamos que yo dormiría en una casa de huéspedes próxima a su domicilio. En esa misma casa de huéspedes se acomodaría Oscar cuando los médicos dieran el visto bueno a su traslado a Londres. Si las cosas iban por buen camino, se consideraba probable que la boda pudiera celebrarse al término de los tres meses que pasaría Lucilla en el domicilio de la señorita Batchford.

Tres días antes de la fecha prevista para la partida, todos estos planes se fueron al garete al menos en la medida en que a mí me afectaban.

Recibí carta de París, una carta con malas noticias. Mi ausencia había producido el peor efecto de los posibles en el bueno de mi padre. Nada más verse libre de mi influencia se había vuelto completamente intratable. Mis hermanas me aseguraban que la abominable mujer de cuyas garras lo había rescatado terminaría al fin y, a la postre por casarse con él a menos que yo volviera a aparecer de inmediato en la escena. ¿Qué cabía hacer? No cabía hacer nada, salvo cogerse una rabieta, apretar los dientes, lanzar toda clase de objetos en la soledad de mi habitación y volver cuanto antes a París.

Lucilla se comportó de manera encantadora. Cuando comprobó lo

Librodot

enojada y afligida que estaba yo, reprimió toda manifestación de disgusto por su parte y mostró la más fiel y afectuosa consideración hacia mis sentimientos.

-No deje de escribirme a menudo -me dijo la encantadora criatura-, y vuelva a mi lado en cuanto le sea posible.

Fue su padre quien la acompañó a Londres. Dos días antes de su partida me despedí de la rectoría y de Browndown, y de nuevo me puse en camino rumbo a París por la ruta de Newhaven y Dieppe.

No estaba de humor (tal como se dice en inglés) para andarme con minucias, así que decidí llamar a las cosas por su nombre cuando llegó el momento de controlar este nuevo estallido de mi reverdecido padre. En el acto insistí en que era necesario alejarlo de París, de modo que opté por llevármelo de viaje por buena parte del continente. No hice el menor caso a sus abrazos paternales, fui sorda a sus nobles sentimientos. El aseguró que sin duda moriría en el camino. Cuando ahora lo recuerdo, me maravilla mi propia crueldad. *«En route, pápa!»*, le dije. Hice sus maletas y nos fuimos a Italia.

Estuvo enamorado en diversos intervalos de tal bella viajera, de tal otra, durante todo el trayecto de París a Roma. (¡Qué maravilloso viejecito!) Nada más llegar a Roma, ese semillero de los peores enemigos de la humanidad, me ocupé de administrar un correctivo moral que extinguiera el ardor del autor de mi existencia. La Ciudad Eterna alberga trescientas sesenta y cinco iglesias y (digamos) tres millones y sesenta y cinco cuadros. Insistí en que lo viera todo, tanto las iglesias como los cuadros, ¡a la avanzada edad de setenta y cinco años! Los efectos sedantes que resultaron de mi empeño fueron exactamente los que yo había previsto. Dejé estupefacto al bueno de mi padre con las iglesias y los cuadros, y sólo después le puse a prueba con una mujer de mármol. Se quedó dormido ante la Venus del Capitolio. Cuando vi semejante escena, me dije que por fin había cumplido mi propósito: por fin estaba debidamente reformado el donjuán.

La correspondencia de Lucilla, al principio animada, adquirió paulatinamente un tono más desalentado.

Habían pasado seis semanas desde que se marchó de Dimchurch, y las cartas de Oscar seguían sin expresar la menor esperanza de que pudiera reunirse con ella en Londres. Su recuperación progresaba a buen paso, aunque no tan deprisa como había supuesto su médico. Puestos a pensar francamente en lo peor, incluso cabía la posibilidad de que el médico no le diera permiso para marchar de Browndown antes de que llegara el momento en que Lucilla regresara a la rectoría. En tal caso, él sólo podía encarecerle que tuviera paciencia y que no olvidara que, si bien ganaba terreno poco a poco, todavía estaba en proceso de mejora. En semejantes circunstancias, Lucilla se sentía lógicamente contrariada y abatida. Nunca (me escribió), desde su adolescencia, nunca había pasado en compañía de su tía una temporada tan triste como la que estaba pasando ahora.

Al leer esta carta, instantáneamente hubo algo que me olió a chamusquina.

Yo mantenía con Oscar una correspondencia casi tan asidua como con Lucilla. En su última cauta vi que contradecía abiertamente la última carta

que envió a su prometida. Al escribirme a mí declaraba que avanzaba a grandes pasos hacia su restablecimiento. Con el nuevo tratamiento comenzaban a espaciarse los ataques, que empezaban asimismo a ser cada vez más breves. Así las cosas, a Lucilla le había enviado una versión más bien pesimista de los acontecimientos, y a mí me había enviado en cambio un informe prometedor.

¿Qué podía estar pasando?

La siguiente carta que recibí de Oscar aclaró mis dudas.

Le dije en mi última carta -me escribió- que había comenzado la decoloración de mi piel. La tez que usted en otro tiempo la bondad de admirar en voz alta ha desaparecido ya para siempre. Ahora tengo un lívido color ceniza, tan parecido a la muerte que a veces yo mismo me sobresalto al verme en el espejo. En el plazo de unas seis semanas más, según los cálculos del doctor, esta coloración se oscurecerá hasta adquirir un tinte azul negruzco, y será entonces cuando «la saturación» (como él la llama) esté completa.

Lejos de sentir cualquier pesar inútil por haber tomado la decisión de someterme al medicamento que me produce este feo efecto, me siento más agradecido a mi nitrato de plata de lo que podría expresar con ninguna palabra. Si me preguntase usted por la extraordinaria exhibición de filosofía que así despliego, podría contestarle en dos palabras. Durante los últimos diez días no he sufrido un solo ataque. Si quiere que se lo diga de otro modo, afirmaré que durante los últimos diez días he vivido en el paraíso. Afirmo que de muy buena gana habría dado un brazo o una pierna con tal de alcanzar esta bendita paz de espíritu, la embriagadora confianza en el futuro (pues de eso se trata, nada menos) que siento ahora.

Existe sin embargo un inconveniente que me impide disfrutar incluso ahora de esta perfecta tranquilidad. ¿Cuándo ha existido en este mundo un placer ajeno a la posibilidad de que el dolor aceche oculto en él?

Últimamente he descubierto una peculiaridad de Lucilla que para mi es totalmente nueva, y que me ha causado una desagradable impresión. La confesión que me proponía hacerle sobre el cambio de mi apariencia personal ahora se ha tornado una cuestión de una dificultad muchísimo más seria de lo previsto cuando hablamos usted y yo del asunto aquí en Browndown.

¿Había descubierto usted que la mayor de sus antipatías es una antipatía puramente imaginaria a las personas de tez oscura y a los colores oscuros, cualesquiera que sean? Este extraño prejuicio es resultado, supongo yo, de un mórbido desarrollo de su invidencia, sin duda tan inexplicable para ella como para los demás. Sea o no explicable, lo cierto es que está en ella. Lea el extracto que sigue, tomado de una de sus cartas a su padre, que su propio padre me mostró, y verá cómo no le extraña saber que me echo a temblar al pensar en el momento en que yo mismo haya de decirle lo que he hecho.

Es así como escribe Lucilla al señor Finch:

«Mucho lamento decir que he tenido una pequeña riña con mi tía. Ya está todo arreglado, aunque es cierto que después de lo ocurrido apenas pueda decir que seamos tan buenas amigas como éramos antes. La semana pasada hubo aquí una cena; entre los invitados se encontraba un caballero hindú (convertido al cristianismo) por el que mi tía ha tomado un gran aprecio. Mientras me ayudaba a vestirme la doncella, tuve el infortunio de preguntarle si había visto alguna vez al hindú, y al saber que sí lo había visto, tuve un infortunio aún mayor al pedirle que me explicase cómo era. Según su descripción se trata de un hombre muy alto y muy delgado, de tez oscura y olivácea y ojos negros muy brillantes. Mi maligna imaginación comenzó a funcionar en el acto sobre esta espantosa combinación de oscuridades. Por más que intentase resistirme, mentalmente me figuré al hindú como una especie de monstruo con forma humana. Habría dado medio mundo a cambio de poder excusarme y no tener que bajar al salón. En el último instante me mandaron llamar y me presentaron al hindú. En el instante en que lo sentí aproximarse, mis tinieblas se poblaron de demonios. Me tomó de la mano. Traté por todos los medios de dominarme, pero la verdad es que no pude evitar estremecerme y alejarme en el momento en que me tocó. Las cosas todavía empeoraron más cuando tomó asiento a mi lado en la mesa del comedor. En menos de cinco minutos tuve a mi alrededor a un montón de seres alargados, sinuosos, de ojos negros; sentí que continuamente aumentaba su número y que, a medida que más eran, más se acercaban a mí. Terminé por verme obligada a levantarme de la mesa. Cuando todos los invitados se hubieron marchado, mi tía se mostró furiosa conmigo. Reconocí que mi conducta había sido extremadamente irracional. Al mismo tiempo, le pedí que procurase disculparme. Le recordé que era invidente desde que tenía un año de edad, y que en realidad no tenía ni la menor idea de cómo eran las personas, salvo por las imágenes que de ellas me formaba en la imaginación gracias a las descripciones de los demás y gracias al conocimiento que adquiría yo mediante el sentido del tacto. Le rogué que tuviera a bien recordar que, en mi situación, la imaginación tiende a jugarme malas pasadas, que no tengo yo vista con la que ver ni ojos que me muestren, tal como les muestran a quienes pueden ver, cuándo me he formado una falsa imagen de las cosas o de las personas. Fue todo en vano. Mi tía no admitió que hubiera disculpa alguna a mi comportamiento. Me irritó tanto su injusticia que hube de recordarle una antipatía que ella tiene, una antipatía tan ridícula como la mía, que es su aversión a los gatos. Mi tía, que sin embargo puede ver que los gatos son inofensivos, se echa a temblar y palidece a pesar de todo si hay un gato en la misma habitación que ella. Si se compara mi horror insensato a las personas de tez oscura con su insensato horror a los gatos, ¿cuál de las dos tiene derecho a enojarse con la otra?»

Esa era la cita de la carta de Lucilla a su padre. Después de ésta, Oscar reanudaba la suya de esta manera:

> Me pregunto si por fin me comprenderá cuando le diga que al escribir a Lucilla he pintado el estado de mi caso de la peor de las maneras. Ésta es la única disculpa que puedo aducir por no haber ido a verla a Londres. Cansado como estoy de nuestra larga separación, no consigo animarme a correr el riesgo de verla en presencia de desconocidos que al instante se percatarían de mi terrorífico color de piel, y que sin duda me delatarían ante ella. ¡Piense en sus estremecimientos, piense en que ella se apartase espeluznada de mí cuando yo tomara su mano! ¡No, no! Debo elegir yo cuándo ha de llegar mi propia oportunidad, en la tranquilidad de este lugar, para decirle lo que (supongo) debo decirle, con tiempo de sobra para preparar su ánimo para la revelación, si es que ha de llegar el momento, y sin que ninguna persona, salvo usted, llegue a ser testigo de los primeros y mortificantes efectos del terrible sobresalto y del quebranto que sin duda he de causarle.
>
> Únicamente me queda por añadir, antes de despedirme de usted, que le escribo estas líneas en la más estricta confidencialidad. Me ha prometido usted no hacer mención de mi afeamiento a Lucilla, a no ser que yo le dé permiso. Ahora más que nunca le pido que cumpla esa promesa. Las pocas personas que aquí me rodean han jurado guardar mi secreto igual que usted. Si realmente es inevitable que ella llegue a conocer la verdad, debo ser yo quien se la revele, y habré de hacerlo a mi manera y cuando lo estime conveniente.

«Si es que ha de llegar el momento», «si realmente es inevitable»... Al ver esas expresiones en la carta de Oscar me di por enterada de la situación, pues comprendí que el joven ya había empezado a consolarse con una idea enloquecida y engañosa, esto es, la idea de que fuese posible ocultar a Lucilla de manera permanente la fealdad del cambio físico que se había obrado en él.

De haber estado yo en Dimchurch, no me cabe la menor duda de que habría empezado a sentirme seriamente inquieta ante el curso que, al parecer, habían tornado los acontecimientos.

Sin embargo, la distancia tiene un extraño efecto al alterar la manera acostumbrada que tiene cada cual de pensar en los asuntos de casa. Al encontrarme en Italia, y no en Inglaterra, descarté de mi ánimo las aversiones de Lucilla y los escrúpulos de Oscar, pues tanto unas como otros se me antojaron indignos de una seria consideración. Tarde o temprano, me dije, el tiempo haría que esos dos conflictivos jóvenes recobrasen la cordura. De ello se seguiría su matrimonio, y así habría terminado todo. Entretanto, continué agasajando al bueno de mi padre con las Sagradas Familias y las iglesias. ¡Pobrecito! ¡Cómo bostezó ante los cuadros de los Carracci, ante las cúpulas de Roma! ¡Con qué fervor me prometió que jamás volvería a enamorarse, con tal de que yo a cambio lo llevara de vuelta a París!

Emprendimos el viaje de vuelta uno o dos días después de recibir la

Librodot

carta de Oscar. Dejé a mi padre debidamente reformado y dispuesto a dar descanso a sus ancianos huesos en su propia butaca, tal vez todavía capaz de concebir un platónico enamoramiento con una dama de su propia edad, pero capaz en el fondo (yo al menos lo creía firmemente) de bien poca cosa más. «¡Ah, hija mía, déjame descansar! -dijo cuando me despedí de él-. ¡Y nunca más vuelvas a enseñarme una iglesia o un cuadro, nunca más, mientras yo siga vivo!»

CAPITULO XXI

Madame Pratolungo regresa a Dimchurch

Llegué a Londres durante la última semana que iba a pasar Lucilla en la residencia de su tía, y esperé en la ciudad hasta que llegó el día de acompañarla de regreso a Dimchurch.

En cuanto se vio que era demasiado tarde para que Oscar se arriesgase a su temido encuentro con Lucilla en presencia de personas desconocidas, sus cartas adquirieron con toda naturalidad un tono más alegre. Ella estaba de nuevo mas animada, pobrecilla, cuando nos volvimos a encontrar, y la vi encantada de tenerme de nuevo a su lado. Disfrutamos a conciencia de los pocos días que nos quedaban en Londres y nos hartamos de música, de óperas y conciertos. Me entendí a las mil maravillas con su tía hasta que llegó el último día, cuando sucedió algo que me delató y me llevó a reconocer cuáles eran mis convicciones políticas.

La consternación de la anciana señora cuando descubrió que yo tenía la innegable esperanza de que llegara un día en que se hiciera realidad el exterminio de los reyes y los curas, así como una redistribución general de la propiedad en todo el mundo civilizado, es imposible de expresar con palabras. En esa ocasión hice temblar a otro aristócrata. También me cerré para el resto de mis días la puerta de la casa de la señorita Batchford, ¡mas no importa! Se acerca el día en que todos los Batchford de la humanidad no tendrán siquiera una puerta que cerrar. Toda Europa se va acercando cada vez más al programa de Pratolungo. ¡Animaos, hermanos míos sin tierras, hermanas sin dinero depositado en el banco! Todavía hemos de resarcirnos de la infamia de los ricos. ¡Viva la República!

A principios del mes de abril Lucilla y yo nos marchamos de la metrópolis y regresamos a Dimchurch.

A medida que nos acercábamos a la casa rectoral, a medida que Lucilla comenzó a ponerse colorada y a dar muestras de un nerviosismo manifiesto y de impaciencia por reunirse con Oscar, la intranquilidad que tan fácilmente había descartado yo cuando estaba en Italia poco a poco encontró el camino de vuelta a mi ser. Fue mi imaginación, no la suya, la que comenzó a forjarse imágenes, pasmosas imágenes de Oscar, en las que se había transformado en una de las cabezas de Medusa, tan terrible que los ojos de ningún mortal eran capaces de mirarla. ¿Dónde nos recibiría? ¿A la entrada del pueblo? No. ¿En la cancela de la casa rectoral? No. ¿En la quietud del jardín, en la parte trasera de la casa? ¡Sí, seguro! Allí estaba esperándonos... a solas.

Lucilla se arrojó en sus brazos con un chillido extasiado. Yo me quedé detras y los observé.

¡Ah, con qué viveza recuerdo, en el instante en que ella lo abrazó, el primer sobresalto que me sacudió al ver sus dos caras tan juntas! La droga había hecho su efecto. Vi la blanca mejilla de Lucilla inocentemente apoyada contra el tono cárdeno, casi del todo azul negruzco, de su piel decolorada. ¡Cielos, con qué crueldad subrayó aquel primer abrazo el contraste existente entre el Oscar que yo dejé al marcharme y el Oscar en que se había transformado para entonces! Apartó su mirada de Lucilla para mirarme a mí con una callada apelación en los ojos, sin dejar de estrecharla entre sus

brazos. Su mirada me relató su pensamiento con tanta elocuencia como si él lo hubiera expresado con todas las letras. «Usted, que ama a Lucilla, dígame: ¿llegaremos algún día a cometer la crueldad de contarle esto?»

Me acerqué para darle la mano. En ese mismo instante Lucilla se apartó súbitamente de él, depositó la mano sobre su hombro y pasó la mano derecha rápidamente sobre su rostro.

Por un momento pensé que se me paraba el corazón. Su milagrosa sensibilidad al tacto había detectado el color oscuro de mi vestido el día en que nos conocimos. ¿Le valdría en esta ocasión con la misma fidelidad que entonces?

Lucilla hizo una pausa tras haber pasado los dedos sobre la cara de Oscar, y contuvo la respiración debido a la absoluta atención que puso en percibir lo que tan sólo había rozado, que yo por mi parte recordaba tan bien; acto seguido pasó por segunda vez la mano sobre el rostro, se paró a considerar lo que su sentido le indicaba y se volvió hacia mí.

-¿Qué le dice a usted su cara? -me preguntó-. A mí me dice que tiene algo en mente. ¿Qué será?

¡Por el momento, estábamos a salvo! El odioso medicamento, al alterar la coloración, no había afectado a la textura de la piel. Tal como su sentido del tacto la dejó al despedirse de él, así se la había encontrado a su regreso.

Sin darme tiempo a contestar, fue Oscar quien respondió por sí mismo.

-No pasa nada, cariño -dijo-. Hoy tengo los nervios un poco destemplados, y el alborozo de verte de nuevo ha podido más que yo. Nada más.

Ella meneó la cabeza con impaciencia.

-No -dijo-, eso no puede ser todo. -Le palpó el corazón-. Por qué te late tan deprisa? -Le tomó de la mano-. ¿Por qué la tienes tan fría? Venga, dímelo. Y lo sabré, ¡vaya si lo sabré! Venga, vayamos dentro.

En ese momento tan embarazoso, el más tedioso de los hombres resultó ser de pronto el hombre más bienvenido entre los vivos. Apareció por el jardín el rector para recibir a su hija. Envuelta por los abrazos paternales del reverendo Finch, asediada por su voz prodigiosa, Lucilla fue efectivamente silenciada, y a la fuerza cambiamos de tema de conversación. Oscar me llevó hasta un lugar en el que ella no me escuchara, aprovechando que Lucilla no podía prestarle toda su atención.

-La he visto -me dijo-. Se quedó usted horrorizada nada más verme. Y tuvo un gran alivio al ver que por el tacto ella no llegó a saber nada. Ayúdeme a no dejar que sospeche nada al menos durante otros dos meses, y será usted la mejor amiga que ningún hombre haya tenido jamás.

-¿Dos meses? -repetí.

-Así es. Si en dos meses no se reproducen los ataques, el doctor considerará que mi recuperación ha sido completa. Al final de ese plazo, Lucilla y yo podremos casarnos.

-Amigo Oscar, ¿está usted considerando la posibilidad de cometer un fraude con Lucilla?

-¿Qué quiere decir?

-¡Vamos! ¡Vamos! ¡Sabe usted muy bien qué quiero decir! ¿Le parece honorable engañarla primero para que se case con usted y confesarle después de qué color tiene usted la cara?

Suspiró con amargura.

-Si se lo confieso, será inmenso el horror que sienta hacia mí. ¡Míreme! ¡Míreme! -dijo, y elevó sus horrendas manos, desesperado, hacia su cara azul.

Yo estaba decidida a no ceder ni siquiera ante eso.

-¡Pórtese como un hombre! -dije-. Reconózcalo con valentía. ¿Por qué va a casarse ella con usted? ¿Por una cara que nunca podrá ver? ¡No! Porque su corazón de usted es uno con el suyo. Confíe en su natural buen sentido; confíe, mejor aún, en el amor tan devoto que usted le ha inspirado. Ella verá su estúpido prejuicio a la luz de la verdad cuando perciba que es ese prejuicio el que trata de separarla de usted.

-¡No! ¡No, no! Recuerde la carta que envió a su padre. La perderé para siempre si se lo digo ahora.

Lo tomé por el brazo y lo conduje encarecidamente hacia Lucilla, que ya intentaba desembarazarse de su padre. Ya la notaba anhelante de oír de nuevo la voz de Oscar.

El se negó con gran obstinación. Empecé a sentirme enojada. En un instante más podría haber dicho o hecho algo de lo que tal vez me hubiese arrepentido después, de no haber sido por una interrupción que me impidió despegar los labios.

En el jardín se presentó otra persona que resultó ser el criado de Browndown, que traía en mano una carta para su señor.

-Acaba de llegar, señor -dijo el hombre-, en el correo de la tarde. Lleva el sello de «entrega inmediata», por eso pensé que debía traérsela aquí.

Oscar tomó la carta y miró el remite.

-¡Es carta de mi hermano! -exclamó-. ¡Es carta de Nugent!

Abrió la carta y se le escapó un grito de alborozo que llevó a Lucilla inmediatamente a su lado.

-¿De qué se trata? -le preguntó con impaciencia.

-¡Nugent vuelve! ¡Nugent vendrá a vernos en el plazo de una semana! ¡Oh, Lucilla! ¡Mi hermano viene a instalarse conmigo en la casa de Browndown!

La tomó en sus brazos y la beso, embelesado por la noticia que acababa de recibir. Ella logró desasirse sin decir palabra. Volvió su pobre semblante ciego a un lado y a otro, buscándome a mí.

-¡Estoy aquí! -le dije.

Con rudeza y enojo me tomó del brazo. Vi pintarse en su cara la tristeza y los celos a medida que me arrastraba hacia la casa. Nunca había sonado la voz de Oscar, a los oídos de Lucilla, tan feliz como acababa de sonar en ese momento. Nunca había sentido Lucilla el corazón de Oscar en sus labios tal como lo sintió cuando la besó arrebatado por la alegría que le inspiraba el regreso de Nugent.

-¿Me oye desde aquí? -susurró cuando abandonamos el césped y notó

la gravilla bajo sus pies.

-No, ya no. Qué ocurre?

-¡Aborrezco a su hermano!

Librodot

CAPÍTULO XXII

La carta del gemelo

Sin pensar apenas en la tormenta que había levantado, el pobre e inocente Oscar, paternalmente escoltado por el rector, nos siguió al interior de la casa con la carta recién abierta en la mano.

A juzgar por ciertos signos que resultaron muy visibles en mi reverendo amigo, llegué a la conclusión de que el anuncio de la próxima visita de Nugent Dubourg a Dimchurch, considerado por el resto de nosotros como el anuncio de la aparición del gemelo, para el señor Finch era más bien la promesa de una fortuna gemela. Oscar y Nugent compartían la abundante y cómoda fortuna paterna. Finch olió dinero.

-Compóngase -susurré a Lucilla mientras los dos caballeros nos seguían hacia la sala de estar-. Los celos que pueda tener de su hermano son una chiquillada. En su corazón hay sitio de sobra para su hermano y para usted.

Ella se limitó a repetir con obstinación lo dicho antes, dándome un pellizco en el brazo.

-¡Aborrezco a su hermano!

-Ven a sentarte conmigo -dijo Oscar acercándose a ella por el lado opuesto-. Quiero repasar la carta de Nugent. ¡Es interesantísima! Además, contiene un mensaje para ti. -Demasiado concentrado en este asunto para percibir la súbita y malhumorada sumisión con que ella le prestaba oídos, la llevó a una silla y comenzó la lectura-. Las primeras líneas -explicó- relatan el regreso de Nugent a Inglaterra y comentan su deliciosa idea de venir a instalarse conmigo en Browndown. Luego sigue diciendo así: «Me encontré con todas tus cartas, que me estaban esperando a mi regreso a Nueva York. No hará falta decirte, mi queridísimo hermano, cuánto...».

Lucilla le detuvo en ese momento, levantándose bruscamente de su asiento.

-¿Qué sucede? -preguntó él.

-¡Que no me gusta esta silla!

Oscar le trajo otra, una butaca más cómoda, y volvió a su carta.

-«No hará falta decirte, mi queridísimo hermano, cuánto me ha interesado el anuncio de ni próximo matrimonio. Tu felicidad es mi felicidad; siento lo mismo que tú; te felicito de todo corazón; anhelo conocer a mi futura cuñada...»

Lucilla volvió a levantarse. Oscar, asombrado, le preguntó qué sucedía.

-Es que no estoy cómoda en esta parte de la sala.

Caminó hacia el otro extremo de la sala. Con paciencia, Oscar la siguió con su preciada carta en la mano. Le ofreció un tercer asiento. Ella rehusó con petulancia su ofrecimiento, y escogió otra silla. Oscar regresó a la carta.

-«Qué triste, y qué interesante sin embargo, me resulta saber que es ciega. Mis apuntes y esbozos del paisaje norteamericano estaban esparcidos por la habitación en el momento en que leí tu carta, y lo primero que se me ocurrió, nada más saber de la invidencia que aflige a la señorita Finch, me lo hicieron pensar mis esbozos. "¡Qué triste, qué triste!", me dije. "¡Mi pobre

Librodot

cuñada jamás podrá ver mis obras!" El verdadero artista, Oscar, siempre está pensando en sus obras. Permíteme decirte que he de llevar a mi regreso algunos estudios muy notables para trabajar en mis futuros cuadros. Tal vez no sean tan numerosos como podrías esperar. Prefiero confiar en mi percepción intelectual de la belleza, y no en una mera y laboriosa transcripción de la naturaleza. En ciertos estados de ánimo (te hablo corno artista), la naturaleza me ofende.» -Oscar hizo una pausa en ese punto y me interpeló-. Hay que ver cómo escribe, ¿eh? Siempre le he dicho, madame Pratolungo, que Nugent era un genio. Ahora lo puede ver usted. No te levantes, Lucilla, que voy a proseguir. En esta parte de la carta hay un mensaje para ti. ¡Y con qué claridad lo expresa!

Lucilla insistió en levantarse; el anuncio del mensaje expresado con tanta claridad que se iba a leer a continuación no produjo el menor efecto en ella. Fue hacia la ventana y allí jugueteó impaciente con las flores que estaban colocadas en el antepecho. Oscar nos miró con un vago asombro primero a mí y después al rector. El reverendo Finch, que hasta ese momento había escuchado a Oscar con la debida, por no decir rendida atención, sin perder detalle de la correspondencia de un joven de fortuna independiente con otro joven de fortuna, intervino en su favor para garantizarle una paciente audición.

-Mi querida Lucilla, te ruego que controles tu inquietud. Estás entorpeciendo nuestro disfrute de esta interesantísima carta. Ojalá no cambiaras tanto de sitio, hija mía y prestaras una atención constante a lo que Oscar te está leyendo.

-No me interesa lo que me está leyendo. -Víctima de la irritación y el nerviosismo que dieron pie a esta desabrida respuesta, derribó sin querer uno de los tiestos de flores. Oscar lo colocó de nuevo sin que menguase su buen humor.

-¡Que no te interesa! -exclamó-. Espera un poco, que todavía no has oído el mensaje de Nugent. ¡Escucha! «Presenta todos mis respetos a la futura esposa de Oscar.» ¡Cómo le quiero! «Y no dejes de decirle que es ella quien me espolea a apresurar mi regreso a Inglaterra.» ¡Ahí está! ¿No te parece que está bellamente expresado? ¡Vamos, Lucilla! ¡Reconoce que vale la pena escuchar a Nugent al menos cuando habla de ti!

Ella se volvió hacia Oscar por vez primera. El encanto del tono con que dijo él esas palabras la había subyugado muy a su pesar.

-Me siento muy en deuda con tu hermano -contestó con amabilidad-, y muy avergonzada por lo que acabo de decir. -Con un rápido gesto lo tomó de la mano-. Tienes tanto cariño por Nugent -susurró- que casi me da miedo que no te quede mas amor por mí.

Oscar estaba hechizado.

-Espera a conocerle, y ya verás cómo le tomas tanto aprecio como el que yo le tengo -dijo-. Nugent no se parece nada a mí. Fascina a las personas en el mismo instante en que lo conocen. De veras, nadie puede resistirse al encanto de Nugent.

Ella todavía le tenía cogido de la mano, aunque en su semblante se notaban la perplejidad y la tristeza. La admirable ausencia de celos por parte de él, la amplia y generosa confianza que tenía en que ella también quisiera

a su hermano, fue la única reprimenda que Lucilla llegó a recibir, la reprimenda también, al menos en mi opinión, que ella se merecía.

-Prosiga, Oscar, prosiga -dijo el rector con su voz de bajo y su más sincero tono de ánimo-. ¿Qué viene ahora, querido muchacho? ¿Cómo sigue?

-Pues viene otro trozo bastante interesante y desde luego novedoso -contestó Oscar-. En la última página de la carta hay cierto aire de misterio que sin duda nos dejará intrigados. Dice Nugent lo siguiente: «Aquí en Nueva York he conocido a un hombre muy notable, un alemán que ha hecho una gran fortuna en los Estados Unidos. Se propone visitar Inglaterra muy pronto, este mismo año, y me escribirá a su debido tiempo para hacerme saber su llegada. Me sentiré especialmente complacido cuando pueda presentártelo a ti y a tu futura esposa. Es sumamente probable que tengáis razones muy especiales para alegraros de conocerle. De momento, no diré más de mi amigo hasta que nos encontremos en Browndown...». Razones muy especiales para alegraros de conocerle... -repitió Oscar a la vez que doblaba la carta-. ¿Quién será ese caballero alemán?

El señor Finch de pronto alzó la cabeza y miró a Oscar con cierta sombra de alarma.

-Su hermano comenta que ese caballero ha hecho una gran fortuna en Norteamérica -dijo el reverendo caballero-. Espero que no esté relacionado con el mercado del dinero, pues podría contagiar a Nugent de ese espíritu de temeraria especulación que es, por así decir, el pecado nacional de los Estados Unidos. Su hermano, que sin duda tiene la misma disposición y la misma generosidad que usted...

-Una disposición y una generosidad muy, superiores a las mías, señor Finch -le interrumpió Oscar.

-... y que, como usted, está en posesión del don de la fortuna... -siguió el rector con creciente entusiasmo.

-En tiempos estuvo en posesión de él -dijo Oscar-. Ahora mismo dista mucho de verse lastrado por el don de la fortuna.

-¡¡¡Cómo!!! -exclamó el señor Finch en un arranque de consternación.

-Nugent ha agotado su fortuna personal -siguió diciendo Oscar sin perder la compostura-. Fui yo quien le prestó el dinero para viajar a Norteamérica. Mi hermano es un genio, señor Finch. ¿Cuándo ha oído usted hablar de un genio capaz de atenerse a ciertos límites? Nugent no se contenta con vivir según la humildad en que vivo yo. Tiene los gustos de un príncipe; el dinero no representa nada para él, pero eso no importa. Con toda seguridad amasará una nueva fortuna gracias a sus cuadros, y entretanto, ya sabe usted, siempre puedo yo prestarle algo para ir tirando.

El señor Finch se puso en pie con el aire de un hombre cuyas expectativas no se han cumplido, y cuya inocente confianza ha sido escandalosamente traicionada. ¡Vaya panorama! ¡Otra persona con una perpetua necesidad de dinero iba a acomodarse a la sombra de la casa rectoral! ¡Otro hombre que con toda probabilidad pediría innumerables préstamos a Oscar! ¡Y nada menos que su hermano!

-No consigo yo adoptar en este asunto la misma ligereza con que contempla usted la extravagancia de su hermano -dijo el rector dirigiéndose a Oscar con la más altanera severidad, ya desde la puerta-. Deploro el

Librodot

mal uso que haya hecho el señor Nugent de los dones que haya tenido a bien entregarle la Providencia con su inmensa sabiduría; lo deploro y lo repruebo. Hará usted muy bien en considerar esta visión de los hechos antes de fomentar la extravagancia de su hermano prestándole más dinero. ¿Qué es lo que dice el más grande poeta de la humanidad entera a propósito de los prestamistas? El Bardo de Avon nos dice que «el préstamo a menudo se pierde y pierde a un amigo». Piense en la nobleza de ese verso, examínela en el fondo de su corazón, Oscar. Lucilla, guárdate de esa inquietud que ya he tenido ocasión de reprobar. Creo que ahora debo despedirme, madame Pratolungo. Había olvidado mis obligaciones parroquiales. Mis obligaciones parroquiales me están esperando. ¡Buen día! ¡Buen día a todos!

Miró a uno y otro lado, nos miró a los tres por riguroso turno, con la cara muy agria, antes de salir. «Sin duda -pensé-, el hermano de Oscar no ha entrado con buen pie. Primero se ofende la hija, y ahora el padre sigue su ejemplo. Incluso estando al otro lado del Atlántico, el señor Nugent Dubourg ejerce una maligna influencia y perturba la tranquilidad de la familia antes de haber asomado la nariz por la casa.»

Ese día no sucedió nada más que valga la pena recoger aquí. La velada fue muy insulsa. Lucilla no estaba animada. En cuanto a mí, todavía no había tenido tiempo de acostumbrarme al espeluznante espectáculo del rostro decolorado de Oscar. Estuve seria, callada. Nadie habría dicho, en esos momentos, que soy francesa. Viéndome a mi regreso a la rectoría, nadie lo habría dicho.

Al día siguiente sucedió un pequeño acontecimiento doméstico que debo recoger en esta crónica.

El médico de Dimchurch, siempre insatisfecho con su posición en un anodino lugar del medio rural, había conseguido un nombramiento en la India que prometía grandes ventajas profesionales para un hombre de su ambición. Vino a visitarnos para despedirse, y así encontré la oportunidad para hablarle de Oscar. Estuvo enteramente de acuerdo conmigo en que todo empeño por ocultar a Lucilla el conocimiento del cambio producido por el nitrato de plata en su antiguo paciente era simplemente absurdo. La verdad llegaría a ella, dijo, antes de que pasaran muchos días. Hecha esta predicción, que dirigió exclusivamente a mis oídos, nos dejó. Su desaparición de escena, y ruego al lector que no deje de tenerlo en cuenta, supuso la desaparición de un importante testigo del tratamiento médico de Oscar; como tal, fue un incidente que tendría repercusiones propias en el futuro, y por eso exige un lugar propio en esta narración.

Pasaron dos días más sin que nada ocurriese. En la mañana del tercer día, la profecía del médico a punto estuvo de cumplirse por medio de la pequeña árabe errante de la familia, nuestra graciosa y pequeña Jicks.

Mientras íbamos Lucilla y yo paseando con Oscar por el jardín, la niña salió de pronto de detrás de un árbol y, tomando a Oscar por las piernas, le saludó afectuosamente gritando a pleno pulmón: «¡El hombre azul!». Lucilla se detuvo en el acto.

-¿A quién llamas «el hombre azul»?-le preguntó.

-A Oscar -replicó Jicks con arrojo.

Lucilla tomó a la niña en brazos.

Librodot

-¿Y por qué llamas a Oscar «el hombre azul»?

Jicks señaló la cara de Oscar, y al acordarse de la ceguera de Lucilla recurrrió a mí.

-¡Dígaselo usted! -me dijo Jicks con gran contento.

Oscar me cogió la mano y me imploró con la mirada. Decidí no intervenir. Bastante lamentable era adoptar una actitud pasiva y dejar que ella siguiera sin saber nada, como si dijéramos a oscuras. Activamente resolví no tomar parte en el engaño. A Lucilla se le subió el color de las mejillas; dejó a Jicks en el suelo.

-¿Es que están mudos los dos? -preguntó-. ¡Oscar! Insisto en saberlo. ¿Cómo es que te has ganado el apodo de «el hombre azul»?

Desvalido, Oscar se refugió en una mentira (con gran desagrado por mi parte) y, peor aún, en una mentira sumamente torpe. Dijo que se había ganado su apodo en la habitación de los niños, mientras Lucilla estaba ausente en Londres, porque un día se pintó la cara para representar al personaje de Barba Azul y divertir así a los niños. Si Lucilla hubiera sospechado aunque fuera remotamente la verdad, por ciega que fuese, en ese momento debería haberla descubierto. Tal como fueron las cosas, el comportamiento de Oscar la irritó y la enojó. Me di cuenta de que a ella le costaba un gran esfuerzo contener algo parecido a cierto desprecio por él.

-Pues la próxima vez divierte a los niños de otra manera -dijo-. Aunque no pueda verte, no me agrada saber que te desfiguras la cara pintándotela de azul.

Con esa respuesta se alejó un poco, obviamente disgustada con su prometido por vez primera desde que lo conocía.

El me lanzó otra mirada implorante.

-¿Ha oído usted lo que ha dicho de mi cara? -susurró.

-Ha perdido usted una excelente oportunidad de decir la verdad -respondí-. Y creo que lamentará amargamente la estupidez y la crueldad de tenerla engañada.

Sacudió la cabeza con la inamovible obstinación de los débiles.

-Nugent no piensa como usted -dijo a la vez que me tendía la carta-. Lea este pasaje ahora que Lucilla no nos ove.

Hice una pausa antes de ponerme a leer. ¡El parecido entre los dos gemelos llegaba al extremo de que sus caligrafías eran casi idénticas! De no haber sabido quién era su autor, se la hubiera entregado a Oscar por pensar que era suya.

Los párrafos que me señaló tan sólo contenían estas líneas: «Tu última carta me alivia y disipa mi ansiedad por tu salud. Estoy totalmente de acuerdo contigo en que cualquier sacrificio personal que te cure de esos horribles ataques será un sacrificio hecho con sabiduría. En cuanto a la ocultación del cambio para que no lo sepa la damisela, sólo puedo decir, supongo, que tú sabes qué es lo más conveniente en esta situación de urgencia. Hasta que nos veamos, me abstendré de formarme una opinión propia».

Le devolví a Oscar la carta.

Librodot

-Aquí no hay una cálida aprobación del curso que han tomado sus acciones, Oscar -le dije-. La única diferencia que veo entre su hermano y yo es que él deja en suspenso sus opiniones, mientras que yo manifiesto las mías.

-No tengo ningún miedo de mi hermano -respondió Oscar-. Nugent pensará como yo y me comprenderá cuando llegue a Browndown. Entretanto, esto no volverá a suceder.

Se inclinó sobre Jicks. Mientras conversábamos, la niña se había tumbado a su antojo sobre la hierba, y estaba canturreando retazos de una canción infantil. Oscar la hizo ponerse en pie de manera un tanto áspera. Estaba tan enojado con ella como consigo mismo.

-¿Qué se propone hacer? -le pregunté.

-Voy a ver al señor Finch -contestó- para que en el futuro impida a Jicks la entrada en el jardín de Lucilla.

-¿Da el señor Finch su aprobación al silencio que usted guarda sobre este asunto?

-El señor Finch, madame Pratolungo, deja que sea yo quien tome las decisiones en un asunto que a nadie más concierne, salvo a Lucilla y a mí mismo.

Con esa respuesta se puso fin, como quien no quiere la cosa, a cualquier reconvención por mi parte.

Oscar marchó con su prisionera hacia la casa. Jicks fue trotando a su lado, inconsciente de la travesura que había cometido y cantando otra de sus cancioncillas. Me reuní con Lucilla no sin haber tomado una decisión sobre el comportamiento que debía adoptar en el futuro. Si Oscar conseguía ocultarle la verdad, yo estaba definitivamente resuelta, al margen de lo que pudiera suceder, a iluminarla con mis propias palabras antes de que contrajeran matrimonio. ¿Cómo? ¿Después de haber prometido que guardaría el secreto? Pues sí. ¡Que perezca la promesa que me haya de convertir en falsa moneda ante una persona a la que amo! Desprecio semejantes promesas desde lo más profundo de mi corazón.

Pasaron dos días más, y llegó un telegrama a Browndown. Oscar vino corriendo a la rectoría a darnos la noticia. Nugent había desembarcado en Liverpool. Oscar esperaba su llegada a Dimchurch para el día siguiente.

CAPITULO XXIII

Nugent nos mete a todos en vereda

A estas alturas, por pura inadvertencia he omitido reseñar una de las virtudes más destacadas del reverendo Finch. Era un consumado maestro en ese arte de la persecución humana que se suele llamar lectura en voz. alta, y tenía a bien imponer su destreza en esta actividad sobre su círculo familiar a la menor oportunidad que se le presentase. De lo que hubimos de padecer en tales ocasiones mejor será no decir nada. Baste con señalar que el rector disfrutaba a conciencia con el placer de oírse leer, con su magnífica voz.

No había forma de escapar al señor Finch cuando el arrebato de «la lectura» se apoderaba de él. Unas veces con un pretexto, otras con otro, caía sobre nosotras, infortunadas mujeres, con el libro en la mano; nos hacía sentar a un extremo de la sala, él se sentaba al otro; abría sus labios temibles y comenzaba a dispararnos palabras como si disparase tiros contra una diana, y así se extendía durante varias horas. A veces nos regalaba con lecturas poéticas de Shakespeare o de Milton; otras veces nos largaba discursos parlamentarios de Burke y de Sheridan. Leyera lo que leyese, armaba un alboroto tremendo; ponía su propia individualidad de manera bien destacada por encima de todo, y tan al fondo mantenía a los poetas u oradores que presuntamente iba a interpretar que todos ellos perdían hasta los últimos rasgos de su carácter, y pasaban a ser un mismo reflejo insostenible del señor Finch. Cifro las primeras y desdichadas dudas que tuve de la excelencia suprema de Shakespeare en las lecturas del rector, y atribuyo a esa misma causa exasperante la implacable hostilidad que siento (a propósito de todas las cuestiones de la época) por la política del señor Burke.

La tarde en que se esperaba la llegada de Nugent Dubourg a Browndown, y cuando nosotras deseábamos más que nunca que nos dejara en paz para vestirnos y para anticiparnos a cotillear a propósito de nuestro esperado visitante, al señor Finch le entró uno de sus periódicos arrebatos y resolvió ponerse a disparar palabras a su familia nada más haber tomado el té. En esa ocasión eligió *Hamlet* como medio de exhibición vocal; tal como él mismo declaró, el principal motivo de este ejercicio de elocución, o el objeto que tenía en mente de manera más especial, no era otro que mi propio beneficio. ¡Pobre de mí!

-Mi buena señora, el otro día oí por casualidad que estaba usted leyéndole a Lucilla. Fue muy agradable en todo cuanto pude oír, muy agradable, desde luego. Sin embargo, me concederá usted, madame Pratolungo, pues no en vano poseo una práctica muy considerable en el arte de leer en voz alta, que sin duda se beneficiará en gran medida si le doy un par de indicaciones. De hecho, le daré unas cuantas ideas. ¡Señora Finch! Me propongo dar a madame Pratolungo unas cuantas ideas. Preste particular atención, se lo ruego, a las pausas y al manejo de la voz al término de cada verso. Lucilla, hija mía, esto sin duda te interesa. Que madame Pratolungo perfeccione su técnica es para ti de capital importancia. Te ruego que no te vayas.

Esa tarde, Lucilla y yo estábamos invitadas a la mesa de la rectoría. Se trataba de una de las ocasiones en que por costumbre abandonábamos el

Librodot

ala de la casa en que residíamos y nos sumábamos a la familia, según palabras del señor Finch, en «la colación vespertina del rector». Disponía de su esposa; disponía de su hija mayor; disponía de su humilde servidora. Una repugnante sonrisa de complacencia se extendió por toda la cara del caballero mientas nos contemplaba desde el extremo opuesto de la sala, justo antes de abrir fuego vocal contra las tres asistentes a su actuación.

«*Hamlet*. Acto primero, escena primera. Elsinore. Una plataforma ante el castillo. Francisco en su puesto de guardia.» (El señor Finch.) «Bernardo se dirige hacia él.» (El señor Finch.) «¿Quién va?» «¡Contestad vos primero! ¡Alto, daos a conocer!» (La señora Finch se despereza; da de mamar al bebé y trata de dar la impresión de haber sido invitada a un banquete intelectual.) Francisco y Bernardo conversan con sendas voces de barítono tonante. «Entran Horacio y Marcelo.» (El señor Finch y el Señor Finch.) «¡Alto! ¿Quién va?» «Amigos de esta tierra.» «Y vasallos del rey de Dinamarca.» (Madame Pratolungo comienza a sentir la exposición elocutoria de Shakespeare en donde siempre la siente, esto es, en las piernas. Trata de sentarse más derecha en la silla, pero es inútil. Padece un ataque de esa enfermedad que conoce por su amarga experiencia del señor Finch y que llama «el cosquilleo hamletiano».) Bernardo y Francisco, Horacio y Marcelo prosiguen su conversación con sendas voces de barítono tonante. «Entra el espectro del padre de Hamlet.»

El señor Finch hace una pausa reverencial, lleno de espanto. En el silencio sobrenatural que sigue oímos el chupeteo del bebé que mama. La señora Finch disfruta con su banquete intelectual. Madame Pratolungo tiene serias dudas. Lucilla se contagia y también las tiene. Marcelo-Finch sigue a lo suyo. «Tú tienes estudios; háblale, Horacio.» Lucilla Finch se inmiscuye en el diálogo: «Padre, lo lamento mucho; he tenido una jaqueca insufrible durante todo el día. Por favor, discúlpame; me voy a dar un paseo por el jardín, a ver si me da el aire». El rector hace otra pausa no tan reverencial como la anterior y fulmina a su hija con la mirada. (Sale Lucilla.) Horacio mira al Espectro y reanuda el diálogo: «Se le parece muchísimo. Me sobrecoge y angustia». Todo con una sonora voz de barítono tonante. La señora Finch busca un pañuelo. Madame Pratolungo aprovecha la oportunidad para mover un poco sus piernas fatigadas y encuentra por fin el pañuelo. El señor Finch hace una pausa, acera su mirada fulminante, prosigue y llega a la escena segunda. «Entran Claudio, rey de Dinamarca, la reina Gertrudis, Hamlet, Polonio, Laertes, Voltimand, Cornelio y demás señores y séquito.» ¡Todos ellos el señor Finch, claro! Todos ellos el señor Finch y su voz tonante. Escena tercera. «Entran Laertes y Ofelia» (rectores los dos de Dimchurch, los dos con voz de barítono tonante, metro y medio de estatura, la cara picada de viruela y por todo adorno en torno al cuello un desaliñado alzacuellos blancuzco). El señor Finch prosigue incansable y prosigue sin desfallecer y prosigue obstinado. La señora Finch y el bebé cierran simultáneamente los ojos y se adormecen. Madame Pratolungo sufre un cosquilleo en las piernas que es como una tortura, o peor, y anhela incluso que un avezado cirujano entre con el bisturí en la mano y la libere de sus propias piernas doloridas. El señor Finch avanza con una voz cada vez más grave y resonante, disfrutando cada vez más, hasta llegar a la escena cuarta. («Entran Hamlet, Horacio y Marcelo.») ¡Dios misericordioso! ¿Qué es eso que llega a mis oídos? ¿Acaso llega auxilio del mundo exterior? ¿No

Librodot

resuenan pasos en el vestíbulo de la casa rectoral? ¡Sí! La señora Finch abre los ojos; la señora Finch ha oído los pasos, y se alegra tanto como yo. El reverendo Hamlet no oye nada más que el eco de su propia voz. Da comienzo a la escena: «El viento corta implacable. Hace mucho frío». Se abre la puerta. El rector nota que le llega una racha de viento dramáticamente apropiada justo en el momento oportuno. Se vuelve para mirar a su alrededor. ¡Si se trata de un doméstico, que se eche a temblar el desgraciado! No, no es un criado. Huéspedes. Gracias al cielo, son huéspedes. Bienvenidos, caballeros, sean bien venidos. Se acabó *Hamlet* al menos por esta noche, y se acabó gracias a ustedes. Entran dos personajes a los que es preciso atender de inmediato: el señor Oscar Dubourg, que presenta en el acto a su hermano gemelo recién llegado de América, el señor Nugent Dubourg.

El asombro ante el extraordinario parecido de los dos fue la única impresión que sentimos los tres cuando los hermanos entraron en la sala.

Exactamente iguales en su estatura, el modo de caminar, los rasgos faciales, la voz. Los dos tenían el cabello del mismo color, la misma cara bien afeitada. La sonrisa de Oscar era un reflejo exacto de los labios de Nugent. La curiosa gesticulación de Oscar, un tanto extranjerizante, reproducía con toda fidelidad el movimiento de las manos de Nugent. Para coronar la semejanza, el color de piel que Oscar había perdido para siempre (aunque tal vez levemente más moreno) volvía a encontrarse en las mejillas de Nugent. El único rasgo por el que era posible distinguirlos, en el momento en que aparecieron juntos en la sala, era asimismo la única diferencia que Lucilla tenía la incapacidad física de detectar, esto es, el terrible contraste de coloración entre el hermano desfigurado y azul por el electo de la droga y el hermano que seguía siendo tal como lo hizo la madre naturaleza.

-Encantado de conocerla, señora Finch. Hace mucho que deseaba tener este gran placer. Muchísimas gracias, señor Finch, por todas las amabilidades que ha tenido con mi hermano. ¿Madame Pratolungo, supongo? Permítame estrecharle la mano. No será necesario decir que he oído hablar de su ilustre esposo. ¡Ajá! He ahí un bebé. ¿Suyo, señora Finch? ¿Es niña o niño? Un niño magnífico, si es que a un soltero se le permite expresar su opinión.

Hizo unas carantoñas a la criatura como si fuese un hombre de familia, y chasqueó los dedos con alegría. El pobre Oscar volvió su rostro azul en silencioso triunfo hacia mí. «¿Qué le había dicho yo? -me preguntó con su mirada-. ¿No le dije que Nugent era fascinante nada más verlo?» Pude comprobar que era verdad. Era un hombre irresistible. Era tan absolutamente diferente de Oscar en su manera de ser, salvo cuando estaba en reposo, y tan idéntico a Oscar en muchos otros aspectos, que tan sólo puedo describirlo como una versión más acabada del propio Oscar. Tenía esa placentera y vivaz fluidez de ánimo, esa confianza en sí mismo, despreocupada y conquistadora, que a Oscar le faltaba por completo. Además, tenía un buen gusto excelente. ¡Le gustaban los niños! ¡Respetaba la memoria de mi glorioso Pratolungo! En tan sólo medio minuto, Nugent Dubourg había conquistado el corazón de la señora Finch al igual que el mío.

Se dio la vuelta y dejó al bebé en brazos de la señora Finch, para señalar acto seguido el volumen de Shakespeare que había quedado sobre la

mesa.

-¿Estaba usted leyéndoles a las señoras? -dijo-. Mucho me temo que le he interrumpido.

-No tiene la menor importancia -dijo el rector con su altanera cortesía de siempre-. Podremos seguir en cualquier otra ocasión. Tengo por costumbre, señor Nugent, leer en voz alta en mi círculo familiar. A título de clérigo y de amante de la poesía, y por tener ambas cualidades, desde hace mucho tiempo cultivo el arte de la elocución...

-Mi estimado señor, discúlpeme, pero lo ha cultivado usted de forma absolutamente equivocada.

El señor Finch calló como si acabara de quedarse estupefacto. ¡Tenía en su presencia un hombre que presumía de tener opiniones propias! ¡Tenía en el salón de la casa rectoral a un hombre capaz de interrumpir al rector a mitad de una frase! ¡Un hombre culpable de la temeraria osadía de decirle, en calidad de lector y con un volumen de Shakespeare abierto delante de ambos, que se equivocaba en su manera de leer!

-Le oímos cuando entrábamos -siguió diciendo Nugent sin que hubiera disminuido ni un ápice su confianza, que expresaba de manera sumamente caballerosa-. Lee usted de este modo. -Tomó *Hamlet* y leyó la frase inicial de la escena cuarta («El viento corta implacable. Hace mucho frío») haciendo una imitación irresistiblemente fiel del señor Finch-. No es ésa la forma en que hablaría Hamlet. En su situación, ningún hombre comentaría que hace mucho frío de manera tan altisonante. ¿Qué es Shakespeare por encima de todas las cosas, dígame? Es fiel a la naturaleza, siempre fiel a la realidad de las cosas. ¿En qué condición se halla Hamlet cuando espera a encontrarse con el Fantasma? Está nervioso y tiene frío. Que lo muestre, por tanto, con toda naturalidad; que hable como hablaría cualquier otro hombre que estuviera en esas mismas circunstancias. ¡Mire! Hablaría deprisa y en voz baja, tal que así: «El vi-viento-to corta imp-p-placable». Ahí, Hamlet hace una pausa y se estremece para quitarse el frío. «Hace mucho frío.» Así es como hay que leer a Shakespeare.

El señor Finch alzó la cabeza todo lo que pudo, y acto seguido dio una sonora y solemne palmada sobre el libro, que seguía abierto sobre la mesa.

-Permítame decirle, señor... -comenzó a decir.

Nugent de nuevo le hizo callar, aunque con un buen humor más visible que nunca.

-¿No está de acuerdo conmigo? ¡Muy bien, pues! Será de todo punto inútil que nos pongamos a discutir. No sé como será usted, señor, pero yo soy el hombre más convencido de sus propias opiniones que hay en la tierra. Sería una mera pérdida de tiempo, señor mío, tratar de convencerme a mí. ¡Vea, fíjese en ese niño! -El señor Nugent Dubourg fijó entonces su atención en el bebé. Se dio la vuelta en redondo y se dirigió a la señora Finch-. Permítame que me tome la libertad de decirle, señora, que no hay en el mundo forma más insensata de vestir a nadie que la vestimenta que lleva ese bebé a tan tierna edad. ¿Cuáles son las tres funciones principales que ese niño, ese encantador hijo suyo, suele desarrollar? Mama, duerme y crece. En estos momentos, no está mamando y tampoco está durmiendo: está creciendo con todas sus fuerzas. En unas circunstancias tan

sumamente interesantes, ¿qué es lo que más desea hacer? Mover sus extremidades libremente en todas direcciones. Usted le permite balancear los brazos con gran contento de su corazón, y en cambio le niega la libertad de mover las piernas a su antojo. Le viste usted con un faldón que es tres veces más largo que el propio niño. Trata de dar patadas al aire tal como balancea los brazos, pero no puede. Ese insensato y larguísimo faldón se le enreda en los pies y convierte en un gran esfuerzo lo que quiso la naturaleza que fuera un lujo. ¿Puede haber cosa más absurda? ¿En qué piensan las madres? ¿O es que no saben pensar por sí mismas? Siga mi consejo, señora Finch. Dé libertad, dé gloriosa libertad a las piernas de mi pequeño amiguito. Espacio, espacio en abundancia para los pies de ese pobre mártir.

La señora Finch le escuchó desvalida; alzó el largo faldón de la criatura y lo contempló; contempló apesadumbrada a Nugent, abrió los labios como si fuera a decir algo y pensándolo mejor, volvió los ojos lacrimosos hacia su marido y le imploró que fuera él quien se hiciera cargo del asunto. El señor Finch hizo un nuevo intento por reafirmar su dignidad, y esta vez fue un intento tan carente de habilidad como grotesco.

-Al ofrecer sus consejos a mi esposa, señor Nugent -dijo el rector-, debe usted permitirme que le comente que su consejo habría tenido más fuerza en lo práctico si hubiera sido el de un hombre casado. Le ruego que me permita recordarle...

-¿Me ruega que le permita recordarme que es el consejo de un soltero, ¡Vamos, por favor! Eso sí que no tiene ni pies ni cabeza a estas horas del día. El doctor Johnson zanjó esa cuestión de una vez por todas hace ya más de un siglo. «Muy señor mío -dijo a alguien que pensaba del mismo modo que usted-, sin duda podrá recriminar a un carpintero que le haga una mesa defectuosa aunque no sea usted capaz de fabricar una mesa como debe ser.» Lo que yo le digo, señor Finch, es que se puede señalar un defecto en la vestimenta de un niño chico aunque no tenga uno hijos propios. ¿No se queda satisfecho? ¡Muy bien, pues! Le propondré otra ilustración. Veamos esta habitación suya. En un abrir y cerrar de ojos me he dado cuenta de que tiene una iluminación escasa. Tan sólo hay una ventana, y salta a la vista que debería tener al menos dos. ¿Es necesario ser arquitecto, o tener un profundo conocimiento de la construcción de edificios para precisar tal cosa? ¡No! Y todavía he de darle una ilustración más. ¿Qué es ese impreso que tiene ahí, sobre la repisa de la chimenea? Una valoración de impuestos. ¡Ja! Una valoración de impuestos nos vendrá que ni pintada. Usted no tiene un escaño en la Cámara de los Comunes, y tampoco es el Canciller del Tesoro. A pesar de eso, ¿no tiene usted una opinión formada sobre el sistema fiscal? ¿Es que debemos estar sentados usted y yo en el Parlamento de la nación para presumir de que hemos visto que la débil Constitución británica a punto está de exhalar su último suspiro...?

-¡Y la vigorosa y joven república a punto de comenzar a respirar con toda su vitalidad! -prorrumpí, y de este modo introduje el programa de Pratolungo, tal como acostumbraba, a la menor oportunidad que se presentaba.

Nugent Dubourg se volvió en el acto sobre los talones hacia donde estaba yo, y me corrigió en el asunto que me incumbía, tal como había corregido al rector sobre la lectura de Hamlet en voz alta y tal como había

Librodot

metido en vereda a la señora Finch en lo relativo a la vestimenta de los niños.

-Ni muchísimo menos -afirmó sin ningún lugar a dudas-. La «joven república» es la creación más destartalada de la familia política. Abandone su empeño, señora. Jamás la verá convertida en una mujer hecha y derecha.

Traté de reafirmar mi postura, tal como el rector lo había intentado antes, y precisamente con idéntico resultado. Apelé indignada a la autoridad de mi ilustre esposo.

-El doctor Pratolungo... -empecé a decir.

-Era un hombre honrado -interpuso Nugent Dubourg-. Yo también soy un liberal progresista, y le tengo un gran respeto, pero estaba totalmente equivocado. Todos los republicanos sinceramente convencidos caen en el mismo error. Creen que en Europa existe un espíritu colectivo. ¡Amable y engañosa ilusión! El espíritu colectivo ha muerto en Europa. El espíritu colectivo es una emoción generosa propia de las jóvenes naciones, de los pueblos nuevos. En la egoísta y vieja Europa han ocupado su lugar los intereses privados. Cuando su marido predicaba las virtudes de la república, ¿sobre qué cimientos se basaba? Sobre la idea de que la república iba a elevar la nación a una situación mejor que la presente. ¡Bah! Pídame que acepte yo la república sobre la base de que habré de elevarme yo mismo a una situación mejor y, en el supuesto de que pueda demostrarlo, sin duda la escucharé. Si desea usted poner en marcha las instituciones republicanas en el Viejo Mundo, ahí tiene el único motivo con poder suficiente para hacerlo.

Me indigné ante semejantes afirmaciones.

-Mi glorioso esposo... -comencé a decir de nuevo.

-Habría preferido morir antes que apelar a los instintos más mezquinos de sus congéneres. ¡Así es! Ese fue su error. Esa es la razón de que, jamás consiguiera sacar adelante la república. Esa es la razón de que la república sea la creación más destartalada de la familia política. *Quod erat demonstrandum* -dijo Nugent Dubourg, y así acabó conmigo esbozando una placentera sonrisa, un fácil gesto indicativo con el que quiso decir: «Ahora que he puesto en su lugar a cada una de estas tres personas, me siento igualmente satisfecho conmigo mismo y con ellas».

Tenía una sonrisa irresistible. Por empeñada que estuviese en disputarle las degradantes conclusiones a las que había llegado, la verdad es que no encontré en ese momento el ardor necesario para alimentar mi propia indignación. En cuanto al reverendo Finch, seguía sentado en silencio en una esquina, digiriendo de la mejor manera el descubrimiento de que en el mundo había otro hombre, aparte del propio rector de Dimchurch, que se tenía en una excelente opinión, y que también tenía una confianza en sí mismo de todo punto inquebrantable, y una notable fluidez para expresarla. En el momentáneo silencio que se hizo después, Oscar encontró su primera oportunidad de tomar la palabra. Hasta ese momento se había contentado con admirar la inteligencia de su hermano. Avanzó hacia mi y me preguntó qué había sido de Lucilla.

-La criada me dijo que se encontraba aquí -dijo-. Estoy impaciente por presentársela a Nugent.

Nugent puso el brazo por encima de los hombros de su hermano y lo abrazó.

-¡Querido hermano! Yo estoy tan impaciente como tú.

-Lucilla salió hace un rato de la estancia -dije- para dar un paseo por el jardín.

-Yo iré a buscarla -dijo Oscar-. Espérame aquí, Nugent. Yo la traeré.

Salió de la estancia. Antes de que cerrase la puerta apareció una de las criadas, que solicitó en privado la atención de la señora Finch para consultar con ella algún misterioso y urgente asunto doméstico. Nugent le encareció en tono de burla, cuando pasó a su lado, que limpiase de prejuicios su espíritu y que reconsiderase la cuestión de los faldones de los bebés tal como merecía. El señor Finch se ofendió ante esta segunda referencia a la cuestión, y se levantó para seguir a su esposa.

-Cuando sea usted un hombre casado, señor Dubourg -dijo el rector con severidad-, aprenderá a dejar todos los asuntos relacionados con un bebé en manos de su madre.

-¡He aquí otro error garrafal! -comentó Nugent dejándose llevar por su infatigable buen humor-. La idea que de un hombre casado tiene un hombre casado siempre empieza y termina consigo mismo. -Se volvió hacia mí cuando se cerraba la puerta a espaldas del señor Finch-. Ahora que estamos a solas, madame Pratolungo -dijo-, deseo hablar con usted a propósito de la señorita Finch. Y tenemos una oportunidad excelente antes de que ella regrese. Oscar me dijo por carta solamente que era ciega. Como es natural, me interesa todo lo concerniente a la futura esposa de mi hermano. Y me interesa muy en particular esta invalidez que la afecta. ¿Me permite preguntarle desde hace cuánto tiempo es ciega?

-Desde que tenía un año de edad -contesté.

-¿Debido a un accidente?

-No.

-¿A causa de una fiebre, o de alguna otra enfermedad?

Comencé a sentirme un tanto sorprendida por su modo de entrar en materia y preguntarme directamente sobre estos detalles médicos.

-Nunca me han dicho que fuera a causa de una fiebre, ni de ninguna otra enfermedad -dije-. Por lo que alcanzo a saber, la ceguera le sobrevino de forma inesperada, a causa de algo que al menos en aquel momento no se manifestó ante las personas que la rodeaban.

Acercó su silla a la mía para seguir hablando con más confianza.

-¿Qué edad tiene?-preguntó.

Comencé a sentirme algo más que sorprendida, y supongo que se me notó cuando le dije qué edad tenía Lucilla.

-Tal como están las cosas -me explicó-, hay razones que me llevan a dudar de la oportunidad de tratar de la ceguera de la señorita Finch con mi hermano o con cualquier otro miembro de la familia. Antes de comunicarles nada, debo esperar hasta poder hacer algún comentario práctico de provecho. Por tanto, nada malo puede ocurrir si comienzo a tratarlo con usted. Cuando Lucilla perdió la facultad de la vista, supongo que no se

dejaría sin probar ningún medio por el cual fuese posible devolverle la vista.

-Yo diría que no, claro que no -contesté-. Hace tantísimo tiempo de aquello que nunca lo he preguntado.

-Hace tantísimo tiempo... -repitió, y se paró a considerar el asunto.

Sus reflexiones terminaron con una última pregunta.

-Supongo que estará resignada, al igual que todos los demás, a la idea de ser ciega de por vida.

En vez de contestarle, le hice yo una pregunta. Empezaba a latirme deprisa el corazón, pero sin que yo supiera por qué.

-Señor Nugent Dubourg -dije-, ¿qué es lo que tiene en mente a propósito de Lucilla?

-Madame Pratolungo -contestó-, tengo en mente algo que me hizo pensar un amigo mío al que conocí en Norteamérica.

-¿Es el mismo amigo que mencionó en carta a su hermano?

-El mismo.

-¿El caballero alemán que usted se propone presentar a Oscar y Lucilla?

-Así es.

-¿Puedo preguntarle quién es?

Nugent Dubourg me miró con gran atención; se paró a considerar el asunto de nuevo y me contestó finalmente con estas palabras:

-Es la más grande autoridad viva y el más grande cirujano de enfermedades oculares.

En ese instante, la idea que él tenía en mente se abrió paso en la mía.

-¡Dios Santo! -exclamé-. ¿Está usted tan loco como para suponer que es posible devolver la vista a Lucilla después de veintiún años de ceguera?

De pronto levantó la mano y me hizo una señal para que callase.

En ese mismo instante se abrió la puerta, y entró en la sala Lucilla seguida por Oscar.

CAPITULO XXIV

Nugent ve a Lucilla

La primera impresión que la pobre señorita Finch causó en Nugent Dubourg fue precisamente la misma que me había producido a mí.

-¡Dios mío! -exclamó él-. ¡Si es la Madonna de Dresde! ¡La mismísima Virgen de San Sixto!

Lucilla ya me había oído hablar de su extraordinario parecido con la figura principal del renombrado cuadro de Rafael. El tosco exabrupto con que expresó Nugent su reconocimiento pasó sin que ella le dedicara la menor atención. Se detuvo al llegar al centro de la estancia, sobresaltada nada más oírle hablar por la extraordinaria similitud de tono y de acento que tenía su voz con la de su hermano.

-Oscar -interrogó ella con nerviosismo-, ¿estás a mis espaldas, o delante de mí?

Oscar se echó a reír y contestó:

-Estoy aquí -dijo detrás de ella.

Lucilla se volvió hacia el punto desde el que había hablado Nugent.

-Su voz se parece maravillosamente a la de Oscar -dijo dirigiéndose a éste con timidez-. ¿Es también su rostro exactamente igual que el suyo? ¿Puedo juzgar por mis propios medios el parecido que tienen los dos: Sólo sé hacerlo de una manera, y es a través del tacto.

Oscar avanzó y colocó una silla para su hermano al lado de Lucilla.

-Tiene los ojos en las yemas de los dedos -dijo-. Siéntate, Nugent, y déjale que pase la mano por encima de tu cara.

Nugent le obedeció en silencio. Ahora que la primera impresión de sorpresa ya había quedado atrás, me percaté de que un acusado cambio comenzaba a manifestarse en su talante

Poco a poco fue apoderándose de él una inhibición antinatural. La fluidez de su lengua no encontró de qué hablar. La facilidad de sus movimientos se alteró de manera sumamente extraña, hasta que casi acabaron siendo los movimientos de un hombre lento y torpón. Empezó a parecerse mas que nunca a su hermano, sentado en la silla, dispuesto a someterse a la investigación de Lucilla. A primera vista, y al menos por lo que yo pude colegir, Lucilla había producido en él una impresión para la que no estaba preparado, y le había causado cierta perturbación mental que por el momento parecía incapaz de dominar. La contempló como si estuviera hechizado; se le iba se le venía el color; se le aceleró la respiración de manera audible cuando los dedos de ella le palparon la cara.

-¿Qué te sucede? -le preguntó Oscar, sorprendido.

-No me sucede nada -contestó en voz baja y ausente, como un hombre entregado en secreto a sus propios pensamientos.

Oscar no dijo nada más. Una, dos, tres veces pasó Lucilla lentamente la mano sobre la cara de Nugent. Él se sometió al examen en silencio, con gravedad, inmóvil, en perfecto contraste con el joven hablador, animado que había sido hasta tan sólo media hora antes. Lucilla empleó muchísimo tiempo en el examen, mucho más del que en su día dedicó a examinar mi

rostro.

Mientras realizaba esta investigación, dispuse de la tranquilidad necesaria para pensar de nuevo en la conversación que habíamos mantenido Nugent y yo sobre la ceguera de Lucilla antes de que ella entrase en la sala. Para entonces ya había recuperado mi equilibrio mental de costumbre, y pude preguntarme hasta qué punto era valiosa la osada idea de aquel joven. ¿Entraba acaso dentro de lo posible que una facultad tan delicada como el sentido de la vista, perdida durante veintiún años, pudiera ser recuperada por un medio que no fuera milagroso? Era una monstruosidad pensar en semejante hipótesis; era sencillamente imposible. Si hubiera existido la más remota posibilidad de que mi querida y pobre muchacha pudiera recuperar la bendición de la vista, esa posibilidad la habrían puesto sin duda a prueba personas de confirmada solvencia muchos años antes. Me avergonzaba de mi misma por haberme excitado por un momento de forma tan violenta por la nueva idea que había sembrado Nugent en mi ánimo; me indigné con toda sinceridad por el hecho de que me hubiera perturbado sin ningún provecho con la más vana de las esperanzas infundadas. En el futuro, lo único que cabía hacer para actuar con sabiduría era advertir a ese joven veleidoso y fútil que se abstuviera de comentar esa loca idea con ninguna de las personas cercanas a Lucilla, aparte de rechazarla de mis pensamientos de una vez para siempre.

En el momento en que llegaba a tan sensata resolución volví a concentrarme en lo que estaba ocurriendo en la sala, pues la voz de Lucilla me llamaba.

-El parecido es asombroso -dijo-. Con eso y todo, creo que puedo percibir una diferencia entre los dos.

(La única diferencia que existía entre ellos era el contraste del color de la piel y el contraste de sus talantes respectivos, y estas dos diferencias apelaban de manera más o menos directa a la vista.)

-¿Y qué diferencia percibe? -pregunté.

Lentamente vino Lucilla hacia mí con una evidente y ansiosa perplejidad en la cara, meditando mientras avanzaba.

-No la puedo explicar -contestó tras un largo silencio.

Cuando Lucilla terminó con él, Nugent se puso en pie. Con brusquedad, casi con rudeza, cogió a su hermano por la mano y habló con él de manera extrañamente excitada, febril y casi precipitada.

-Querido mío, ahora que la he visto te puedo felicitar más cordialmente que nunca. Es una muchacha encantadora; es única. ¡Oscar! ¡Si fueras otra persona, casi llegaría a envidiarte!

Oscar estaba radiante, entusiasmado. En su estima, las opiniones de su hermano estaban muy por encima de las opiniones del resto de los seres humanos. Antes de que pudiera decir una sola palabra, Nugent lo dejó con la misma brusquedad con que se le había aproximado. Se alejó hasta la ventana y se plantó ante ella mirando al exterior.

Lucilla no le había oído. Todavía parecía meditar con la misma cara de perplejidad. La similitud entre los gemelos por lo visto le pesaba como si fuese un problema irresuelto que la sacaba de quicio y la irritaba. Sin que yo

dijese nada para reanudar la conversación, volvió obstinada a la afirmación que acababa de hacer.

-Le repito que puedo percibir una diferencia entre ellos -añadió-, aunque usted al parecer no me crea.

Interpreté esta intranquila reiteración como si más bien intentase convencerse a sí misma en vez de convencerme a mí. Habida cuenta de su ceguera, era doble y triplemente vergonzoso no distinguir a un hermano del otro. Comprendí que fuera reacia a reconocer este hecho; creí sentir, caso de estar en su situación, cuánto me habría irritado a mí. Tal como el lector ya sabe, tiendo a ser una mujer indiscreta. Con toda inocencia dije una de mis inconveniencias.

-La creo, querida; creo lo que usted me diga -conteste-. No me cabe la menor duda de que sabrá encontrar una diferencia entre los dos. Con todo, reconozco que me gustaría ver una demostración.

Se le subió el color.

-¿Cómo? -preguntó de repente.

-Pruebe a palpar alternativamente sus rostros -sugerí- sin saber de antemano qué posición ocupa cada uno de ellos. Haga tres pruebas y permita que cambien de posición, o no, entre cada una de ellas; eso, según les plazca a ellos dos. Si adivina usted correctamente cuál es cada uno en cada una de las tres ocasione, será prueba suficiente de que de veras ha captado una diferencia entre los dos.

Lucilla no parecía deseosa de aceptar el reto. Dio un paso atrás y, en silencio, negó con un gesto. Nugent, que había oído de lejos mi propuesta, se volvió en redondo y dio la espalda a la ventana para venir en mi apoyo.

-¡Es de capital importancia! -exclamó-. ¡Probemos! Tú no pondrás ninguna objeción, ¿verdad, Oscar?

-¿Que si pongo yo alguna objeción? -preguntó Oscar, evidentemente desconcertado ante la sola idea de oponer su voluntad a la voluntad de su hermano-. Si Lucilla está de acuerdo, diré que sí de todo corazón.

Los dos hermanos se acercaron a nosotros cogidos del brazo. Lucilla, aunque muy renuente, se dejó persuadir para probar suerte con el experimento. Delante de ella fueron colocadas dos sillas exactamente iguales. A una señal de Nugent, Oscar tomó en silencio la silla de la derecha. Con esta disposición, la mano que había empleado Lucilla para palpar la cara de Nugent sería entonces la mano que emplease en palpar la cara de Oscar. Cuando los dos estuvieron sentados, anuncié que estaban listos. Lucilla colocó ambas manos sobre sus caras, la derecha y la izquierda, sin tener la menor idea de las posiciones que los dos ocupaban respecto al otro.

Tras un primer tanteo con ambas manos, las dos a la vez, los palpó por separado y empezó con Oscar, aunque solamente utilizó la mano derecha. Luego pasó a Nugent, y de nuevo utilizó la mano derecha. Volvió a palpar a Oscar, volvió a Nugent, vaciló, decidió, tocó levemente la cabeza de Nugent.

-¡Oscar! -dijo.

Nugent se echó a reír. La risa le indicó a Lucilla, antes de que ninguno pudiéramos hablar, que había cometido un fallo en su primer intento.

-Prueba otra vez, Lucilla -dijo Oscar con toda su amabilidad.

Librodot

-¡Jamás! -respondió ella, y se alejó sumamente enojada de los dos-. Basta con una sola confusión.

Nugent intentó después persuadirla para que repitiese el experimento. Ella se negó en redondo, con severidad, nada más oír su primera palabra.

-¿Acaso cree que si no lo hago por Oscar -dijo- lo iba a hacer por usted? Usted se ha reído de mí. ¿Había realmente algo que le hiciera tanta gracia? Los rasgos de su hermano son sus mismos rasgos; el cabello de su hermano es su cabello; la estatura de su hermano es su estatura. Teniendo en cuenta la semejanza, ¿qué es lo que le parece tan ridículo en que una pobre muchacha ciega, una muchacha como yo, confunda a uno con el otro? Me gustaría tener una buena opinión de usted aunque solamente sea por Oscar. No vuelva a ridiculizarme; de lo contrario, me veré obligada a pensar que el buen corazón que su hermano tiene no lo tiene usted.

Nugent y Oscar se miraron uno al otro, petrificados por este súbito exabrupto. De los dos, fue Nugent quien pareció más completamente abrumado ante semejante reacción.

Traté de intervenir y de enderezar el rumbo de la situación. Mi filosofía acomodaticia y mi caprichosa naturaleza de francesa me fallaron, pues no conseguí comprender que hubiera causa justificada de una exhibición de resentimiento tan vehemente por parte de Lucilla. Y algo hubo en mi manera de hablar, supongo, que sólo sirvió para intensificar su irritación. Yo, por mi parte, hube de callar nada más tomar la palabra.

-Fue usted quien lo propuso -dijo con gran severidad-, así que la culpa es de usted.

Me apresuré a pedirle disculpas, aunque para mis adentros pensé que la costumbre de levantar una tempestad en una simple taza de té es una costumbre cada vez más extendida entre las jóvenes generaciones de Inglaterra. Nugent me siguió con nuevas disculpas por su parte. Oscar nos prestó su apoyo, pues no en vano tenía mayor influencia sobre ella. Tomó a Lucilla de la mano, se la besó, le susurró algo al oído. El beso y el susurro actuaron como un encantamiento. Ella le tendió la mano a Nugent, me rodeó el cuello con la mano y me abrazó con su gracia y su dulzura de siempre.

-Perdónenme -nos dijo con gran gentileza-. Ojalá supiese aprender a tener más paciencia. Se lo aseguro, señor Nugent ;algunas veces es durísimo ser ciega!

Puedo repetir aquí sus palabras, pero no podría dar idea de la conmovedora sencillez con que las pronunció, ni la inocencia y sincera ansiedad con que trató de obtener el perdón. Y afectó tanto a Nugent que también él, tras una mirada a Oscar con la que evidentemente le pidió su permiso, la besó en la mano que ella le tendía. En el momento en que sus labios le rozaron el dorso de la mano, se sobresaltó. La brillante coloración que siempre era indicio de que un súbito pensamiento se le había ocurrido cubrió sus mejillas por completo. Inconscientemente retuvo la mano de Nugent con la suya, absorta por el interés que sin duda le había producido ese nuevo pensamiento. Por un momento permaneció tan quieta como una estatua, sumida en una consulta consigo misma. Pasó ese momento, dejó la mano de Nugent y se volvió alegremente hacia mí.

-¿Le parezco muy obstinada?

-¿Por qué lo dice, querida?

-Todavía no he quedado satisfecha. Quiero intentarlo otra vez.

-¡No, no! En cualquier caso, hoy no.

-Quiero intentarlo otra vez -insistió-, pero no a su manera, sino de una manera que se me acaba de ocurrir ahora mismo. -Se volvió hacia Oscar-. ¿Me complacerás? -No creo que haga falta poner por escrito la respuesta de Oscar. Se volvió hacia Nugent-. ¿Y usted?

-¡Dígame tan sólo qué es lo que desea que haga yo! -respondió.

-Vaya con su hermano al otro extremo de la sala -dijo-. En este extremo sé dónde se encuentra cada uno. Madame Pratolungo me conducirá al lugar indicado, de modo que esté al alcance de las manos de ustedes dos. Quiero que cada uno de ustedes, por turnos, me tomen la mano; antes, decidan ustedes, mediante signos, quién ha de ser el primero. Quiero que me tomen la mano un momento y que luego me suelten. Tengo la sensación de que de ese modo podré distinguirlos, y tengo muchísimas ganas de intentarlo.

Los hermanos se dirigieron en silencio al otro extremo de la sala. Tras ellos, conduje a Lucilla al lugar en que se encontraban. Siguiendo mi sugerencia, Nugent fue el primero en tomar su mano tal como ella le había pedido; la sostuvo un momento y la soltó.

-¡Nugent! -dijo sin el más leve titubeo.

-Muy bien -respondí.

Lucilla rió de alegría.

-Adelante, sigamos -dijo-.¡A ver si consiguen desconcertarme!

Sin hacer ruido, los hermanos cambiaron de sitio. Oscar le tomó la mano exactamente en el mismo lugar en que había estado Nugent.

-¡Oscar! -dijo ella.

-De nuevo es correcto -le dije.

A una seña que hizo Nugent, Oscar le tomó la mano por segunda vez. Ella repitió su nombre. A una seña que hice yo, los hermanos cambiaron de lugar sin hacer ningún ruido; Oscar quedó a su izquierda y Nugent a su derecha. Les di la señal, y cada uno de ellos la tomó de una mano en el mismo instante. Esta vez tuvo que esperar un poco más antes de pronunciarse. Cuando lo hizo, volvió a acertar igual que antes. Se volvió sonriente hacia su izquierda, le señaló con el dedo y dijo:

-¡Oscar!

Los tres nos quedamos sorprendidos por igual. Examiné la mano de Oscar primero y la de Nugent después, y volví a examinarlas. Al margen de la fatal diferencia de la coloración, las manos de los dos eran idénticas a todos los efectos: tenían el mismo tamaño, la misma forma, la misma textura; no había en ninguna de las dos una cicatriz o una simple marca que la distinguiera. ¿Qué misterioso procedimiento de adivinación había empleado ella para descubrir con éxito a cuál pertenecía cada una de ellas?

No se mostró dispuesta, o tal vez. no fue capaz de contestar con sencillez a esa pregunta.

-Hay en mí algo que responde a una de ellas y no a la otra -dijo.

-¿Y qué puede ser?-pregunté.

-No lo sé. Es algo que responde a la mano de Oscar y no a la de Nugent, eso es todo.

Impidió que prosiguiéramos el interrogatorio proponiéndonos dar por terminada la velada con un poco de música en su propia sala de estar, al otro lado de la casa. Cuando estuvimos sentadas juntas ante el pianoforte, y los dos gemelos nos escuchaban con atención desde el otro extremo de la sala, me habló en un susurro al oído.

-¿Quiere que se lo diga?

-¿El qué?

-Por qué sé si es uno u otro quien me coge de la mano. Cuando me la toma Oscar, un delicioso cosquilleo pasa de su mano a la mía y me recorre toda entera. No puedo describírselo mejor.

-Lo entiendo. Y cuando es Nugent quien la toma de la mano, ¿qué siente?

-¡Nada!

-¿Y así descubrió la diferencia entre los dos?

-Así es como siempre descubriré la diferencia que hay ente los dos. Si el hermano de Oscar quisiera jugarme una mala pasada amparándose en mi ceguera, y me parece que es muy capaz, pues por algo se burló de mi ceguera, así lo descubriré. Antes de conocerle ya le dije a usted que lo detestaba.

-¡Mi querida Lucilla!

-¡Y lo sigo detestando!

Pulsó los primeros acordes en el teclado con el entrecejo fruncido por la obstinación. Así comenzó nuestro breve concierto vespertino.

CAPITULO XXV

Nugent desconcierta a madame Pratolungo

Yo distaba mucho de compartir la opinión que de Nugent Dubourg se había formado Lucilla.

A mis ojos, la enorme confianza que tenía en sí mismo era demasiado graciosa para resultar en modo alguno ofensiva. Me agradaban el espíritu y la alegría del, joven. Se acercaba muchísimo más que su hermano al ideal de la valentía y la resolución que deberían distinguir a un hombre que estuviera en el lado bueno de los treinta años. En la medida en que mi experiencia me permitía intuirlo, Nugent era, de acuerdo con la frase popular inglesa, buena compañía, y Oscar no lo era en modo alguno. Mi nacionalidad me lleva a atribuir una gran importancia a las cualidades sociales del individuo. Las más elevadas virtudes del hombre sólo se manifiestan ocasionalmente por pura compulsión, mientras sus cualidades sociales establecen relación con nosotros, con toda familiaridad, cada día de la vida. Me gusta la animación; estoy a favor de las cualidades sociales.

En aquellos primeros días existió un pequeño obstáculo que se interpuso entre mi natural simpatía y Nugent.

Me sentí manifiestamente incapaz de comprender la impresión que Lucilla había producido en él.

Esa misma inhibición que le había constreñido de manera tan acusada en su primer encuentro con ella siguió maniatándole durante el tiempo en que fueron conociéndose mejor el uno al otro. Cuando estaba en presencia de Lucilla nunca se le veía realmente animado. Siempre y cuando estuviera delante su hija, el señor Finch era capaz de vencerle en una discusión sin la menor dificultad. Incluso cuando alardeaba de sus hazañas e intenciones, y cuando nos hablaba de las maravillas que pretendía lograr con su pintura, bastaba la aparición de Lucilla para hacerle callar. El primer día en que me enseñó sus bocetos tomados en Norteamérica (y si el lector me preguntase en privado por mi opinión, los definiría como un montón de falsas pretensiones artísticas, fruto de un atrevido aficionado), estaba literalmente lanzado: iba de un lado a otro de la habitación, se daba palmadas en la frente, anunciaba con gran seriedad que pronto llegaría a ser «el gran pintor del porvenir» en el arte del paisajismo.

-Mi misión, madame Pratolungo, consiste en reconciliar a la humanidad con la naturaleza. Me propongo mostrar a una escala en verdad inmensa cómo puede adaptarse la naturaleza, en sus aspectos más grandiosos, a las necesidades espirituales de la humanidad. Para su alegría o para sus penas, la naturaleza tiene sutiles motivos de simpatía con usted, y tan sólo es necesario saber dónde buscarlos. Mis cuadros, ¡no!, mis poemas de color, mejor dicho, se lo demostrarán a las claras. Multiplíquense mis obras, tal como sin duda han de multiplicarse por medio del grabado, ¿y en qué se convertirá el arte en mis manos? ¡En un sacerdocio! ¿Con qué apariencia he de presentarme ante el público? ¿Como un simple pintor de paisajes? ¡No! ¡Como el gran consolador!

En medio de su letanía, y hay que reseñar que al hablar se parecía de manera espléndida a Oscar cuando éste se dejaba llevar por sus estallidos de excitación, es decir, en medio del torrente desbordante de sus

Librodot

predicciones en torno a su venidera grandeza artística, Lucilla entraba silenciosamente en la habitación. Bien: el «gran consolador» cerraba su cartapacio, dejaba de hablar de pintura en el acto, pedía que sonara la música y tomaba asiento en una esquina como si fuese el modelo mismo del decoro mas convencional. Yo le preguntaba después por qué se había callado de ese modo cuando ella había entrado en la sala. « ¡Ah! ¿es que me he callado? -decía-. Pues no sé por qué.» Aquello era realmente inexplicable. Nugent la admiraba con toda sinceridad; para comprobarlo, bastaba con fijarse en él cuando la estaba mirando. No tenía ni la más remota sospecha del desagrado que le inspiraba, pues ella lo ocultaba con gran cuidado por no lastimar los sentimientos de Oscar. El sentía una genuina simpatía por Lucilla, se compadecía de su invalidez, y su enloquecida idea de que tal vez fuera posible devolverle la facultad de la vista no era sino un resultado natural de lo que realmente sentía por ella. No era contrario al matrimonio de su hermano; antes bien, irritó incluso la dignidad del rector (casi a cada paso ofendía al señor Finch) cuando le sugirió que tal vez conviniese adelantar la fecha de la boda. Yo misma le oí decírselo con estas palabras: «La iglesia está ahí cerquita. ¿Por qué no se pone usted la sobrepelliz y, mañana mismo, después del desayuno, hace a Oscar el hombre más feliz del mundo?». Más aún, manifestó un vivísimo interés, un interés más propio quizás de una mujer que de un hombre, en conocer cómo había comenzado el amor entre Oscar y Lucilla. En lo tocante a Oscar, le remití a su propio hermano, pues sin duda sería su fuente de información más fiable. No renunció a consultarle sobre este particular. No me reconoció que tuviera la menor dificultad en hacerlo. Simplemente prescindió de Oscar por el momento y me preguntó por Lucilla. ¿Cómo había empezado el amor por su parte? Yo le recordé la romántica situación de su hermano en Dimchurch y le sugerí que juzgase por sus propios medios el efecto que tal situación produciría en la imaginación de una jovencita excitable. Rehusó juzgar por sus propios medios; persistió en recurrir a mí. Cuando le conté la breve historia de amor entre los dos jóvenes, hubo un hecho que pareció dejar una gran impresión en él. El efecto que produjo en Lucilla la voz de su hermano, la primera vez que la oyó, se alojó de manera un tanto extraña en su mente. No conseguía comprenderlo; lo ridiculizaba; rehusaba creer que fuera cierto. Me vi obligarla a recordarle que Lucilla era ciega, y que el amor que en tantos otros casos suele encontrar su camino hacia el corazón a través de los ojos, en su caso solamente podría abrirse paso a través de los oídos. La explicación que de este modo le ofrecí pareció surtir electo; al menos, le dio qué pensar. «¡Su voz! -dijo para sus adentros, pues seguía dando vueltas al asunto-. Todo el mundo señala que mi voz es exactamente igual a la de Oscar -añadió, y de pronto se dirigió a mí-. ¿A usted también se lo parece?» Le respondí que no cabía la menor duda. Se levantó de su silla con un rápido estremecimiento, como un hombre que tiembla de frío, y cambió de conversación. A la siguiente ocasión en que Lucilla y él estuvieron juntos, lejos de sentirse más en familia con ella, estuvo más inhibido que nunca. Tal como habían empezado las cosas entre los dos, parecía muy probable que siguieran así hasta el final. Cuando estaba conmigo, se le veía siempre a sus anchas. Con Lucilla, nunca.

¿Cuál sería la conclusión evidente que una persona de mi experiencia debería haber extraído de todo esto?

Librodot

Ahora sé muy bien cuál era. En aquel momento, por deberme a mi juramento de mujer honesta, no logré darme cuenta. Si el lector me permite que se lo recuerde, no siempre somos coherentes con nosotros mismos. Hasta las personas más inteligentes tienen ocasionales resbalones y se precipitan en la más absoluta estupidez, tal como en las personas de pocas luces a veces resplandece la luz de la inteligencia. Uno puede haberse conducido con la sensatez de costumbre en los asuntos tratados el lunes, el martes y el miércoles de la misma semana, pero en modo alguno se sigue de ello que el jueves esté libre de cometer una rematada idiotez. Da lo mismo cómo se quiera explicar, pues lo cierto es que durante muchísimo más tiempo de lo que convendría reconocer a mi autoestima, no sospeché nada y nada descubrí. Su comportamiento en presencia de Lucilla me pareció un comportamiento extraño y difícil de explicar, pero nada más.

Durante la primera quincena que pasó Nugent en Browndown, vino el médico de Londres a visitar a Oscar.

Se marchó completamente satisfecho por los resultados alcanzados mediante su tratamiento. La temible enfermedad de la epilepsia ya no iba a ser una tortura para el paciente ni un motivo de continuos sobresaltos para sus amistades: podía celebrarse el matrimonio en la fecha convenida. Oscar estaba curado.

La visita del médico, que reavivó nuestro interés por observar los efectos del medicamento, también reavivó el asunto de la falsa postura en que se hallaba Oscar con respecto a Lucilla. Nugent y yo mantuvimos un debate sobre este particular. Abrí yo el intercambio de pareceres sugiriendo que deberíamos aunar nuestras fuerzas para persuadir a su hermano de que adoptara una actitud franca y viril. Nugent no dijo ni que sí ni que no a esa propuesta, al menos de entrada. A pesar de que era un hombre capaz de decidirse sin previo aviso en lo tocante a cualquier asunto, esta vez se tomó su tiempo para llegar a una resolución.

-Antes hay algo que deseo saber -dijo-. Deseo comprender en qué consiste esa curiosa antipatía de Lucilla, que mi hermano contempla con tanta alarma. ¿Puede usted explicármela?

-¿No ha intentado Oscar explicársela? -pregunté yo por mi parte.

-La mencionó en una de sus cartas e intentó explicármela cuando le pregunté, a mi llegada a Browndown, si Lucilla había descubierto el cambio que se había obrado en la coloración de su piel. Sin embargo, no fue capaz de satisfacer del todo mis dificultades para comprender el asunto.

-¿Y qué dificultades son ésas-

-Es bien simple. Por lo que yo alcanzo a ver, Lucilla no es capaz, de descubrir intuitivamente la presencia de una persona de tez oscura en una habitación, y tampoco percibe los colores oscuros que pueda haber en los ornamentos de una habitación. Solamente se declara su prejuicio cuando se le dice de forma expresa que tales personas o tales objetos están en su presencia. ¿En qué estado anímico surge ese extraño sentimiento? Parece más bien imposible que ella tenga una asociación consciente con los colores, ya sea placentera o dolorosa, si es cierto que se quedó ciega cuando solo tenía un año de edad. ¿Cómo se explica? ¿Es posible que de veras exista una antipatía puramente instintiva, que permanece pasiva hasta que las

influencias exteriores la despiertan, y que tampoco tiene su fundamento en ninguna clase de experiencia práctica?

-Yo creo que sí, que puede existir algo así -repuse-. Si no, cuando yo era una niña que apenas había aprendido a caminar, ¿por qué me amedrentaba ante el primer perro que me ladrase? A esa edad, ni por experiencia propia ni porque me lo hubiera enseñado nadie podía yo saber que el ladrido de un perro es en ocasiones el preludio a la mordedura de un perro. No me cabe duda de que, en tal situación, mi terror era puramente instintivo.

-Muy ingenioso -respondió-, pero sigo sin estar del todo satisfecho.

-También debe usted recordar -continué- que ella sí tiene en su fuero interno una asociación manifiestamente dolorosa con los colores oscuros, al menos en ciertas ocasiones. A veces le producen una desagradable impresión nerviosa mediante el sentido del tacto. De esa manera descubrió que yo llevaba un vestido oscuro el día en que nos conocimos.

-Y a pesar de ello, cuando palpa la cara de mi hermano no consigue percibir que se haya producido ninguna alteración en ella.

A esa objeción también encontré yo una explicación satisfactoria, que a él en cambio no le convenció.

-No estoy ni mucho menos segura -dije- de que no hubiera hecho ese descubrimiento si le hubiese tocado la cara por primera vez después de que le hubiese cambiado el color. En cambio, cuando lo examina ahora ya tiene una impresión formada en su cabeza, una impresión que procede de la experiencia anterior que tuvo al palparle la piel. Téngase en cuenta la influencia modificadora de esa impresión en su sentido del tacto, y recuérdese al mismo tiempo que es el color, no la textura de la piel, lo que ha cambiado. Así las cosas, a mi juicio es perfectamente inteligible que ese hecho escape a su percepción.

Nugent meneó la cabeza, reconociendo que no podía poner en duda mi visión de las cosas, pero no por ello se dio por satisfecho.

-¿Ha hecho usted alguna indagación -preguntó- acerca del periodo de su niñez anterior a la ceguera? Tal vez todavía sienta indirecta e inconscientemente el efecto de cierta conmoción en su sistema nervioso, procedente de la época en que sí podía ver.

-Nunca se me ha ocurrido hacer esa clase de indagaciones.

-¿Hay a nuestro alcance alguien que tuviera una relación familiar con ella durante su primer año de vida? Me temo que será improbable, con el tiempo que ha transcurrido.

-Sí, en la casa hay, una persona que tuvo una estrechísima relación con ella -respondí-. Su vieja nodriza, Zillah, todavía vive.

-Hágala llamar inmediatamente.

Se presentó Zillah donde estábamos. Tras explicarle qué deseaba de ella, Nugent abordó sin más tardanza la indagación que tenía en mente.

-Cuando no era más que un bebé, ¿tenía miedo su joven señora de las personas de tez oscura o de las cosas oscuras que presentasen ante ella sin previo aviso?

-¡No, nunca, señor! Tuve buen cuidado de que no le rondase nada que pudiera asustarla... Al menos mientras la pobrecilla todavía disfrutaba de la

Librodot

vista.

-¿Está usted bien segura de su memoria?

-Plenamente segura, señor, siempre que se trate de algo ocurrido hace mucho tiempo.

Permitió que Zillah volviera a sus quehaceres. Nugent, que hasta ese momento se había mostrado grave e insólitamente ansioso, se volvió hacia mí con aire de encontrarse muy aliviado.

-Cuando me propuso usted que aunáramos nuestras fuerzas para convencer a Oscar de que dijera la verdad -comentó-, no estaba yo muy seguro de las consecuencias que podría tener ese eso. Después de lo que acabo de saber, ya no tengo ningún temor.

-¿Qué temor? -pregunté.

-El temor de que la confesión de Oscar produzca un distanciamiento entre ellos dos, y de que eso tal vez pueda retrasar aún más el matrimonio. Estoy en contra de cualquier retraso que pueda producirse. Me importa especialmente que el matrimonio de Oscar no se demore más. Cuando comenzamos nuestra conversación, reconocí ante usted que yo era de la misma opinión que él, en el sentido de que sería preferible que el matrimonio le asegurase la posición que ocupa en el afecto de Lucilla antes de correr el riesgo de revelarle la verdad. Ahora, después de lo que nos ha dicho la anciana nodriza, creo que no existe ningún riesgo digno de consideración.

-En resumidas cuentas -dije-, ¿está usted de acuerdo conmigo?

-Estoy de acuerdo con usted... Aunque sigo siendo el hombre más fiel a sus convicciones que ha pisado la tierra. Diríase que ahora todo está a favor de Oscar: la antipatía de Lucilla no es lo que yo me temía que fuese, una antipatía con firme raigambre en una enfermedad que afectase a su propia constitución. No tiene mayor gravedad -dijo Nugent como si estuviera decidiendo el asunto de una vez por todas, con el aire de un profesional que fuera un profundo conocedor de la fisiología humana-, no tiene mayor gravedad que una caprichosa querencia, un mórbido accidente producido por su ceguera. Tal vez viva lo suficiente para superar esa deficiencia, yo desde luego creo que habrá de superarla si es que puede recobrar la facultad de la vista. En dos palabras, después de lo que he descubierto esta mañana debo suscribir lo que usted dice. Oscar está haciendo una montaña de un simple grano de arena. Hace ya mucho tiempo que debería haberse sincerado con Lucilla. Yo tengo una ilimitada influencia sobre él, y le aseguro que pienso respaldar la influencia que usted tiene. Oscar pondrá las cosas en claro antes del próximo fin de semana.

Nos dimos la mano para sellar nuestro pacto. Mientras lo contemplaba, tan brillante y tan valiente y tan resuelto, exactamente igual que Oscar, tal como yo habría deseado que fuese el propio Oscar, he de reconocer no sin vergüenza que, en privado, lamenté que no nos hubiésemos encontrado con Nugent a la luz del crepúsculo aquella tarde en que se abrieron para Lucilla las puertas de una nueva vida.

Habiéndonos dicho el uno al otro todo lo que nos teníamos que decir, ya que nuestros dos amantes estaban juntos, lejos de nosotros, pues habían ido a dar un paseo por las colinas, nos despedimos para el resto del día, o al menos eso supuse yo entonces. Nugent fue a la taberna para ver con el

Librodot

dueño un establo que pretendía convertir en su estudio, pues no había en Browndown una sola habitación que fuera ni la mitad de grande de lo que él necesitaba, según dijo, para plasmar el primer cuadro con el que «el gran consolador» del arte se proponía asombrar al mundo entero. En cuanto a mí, como no tenía nada que hacer, salí a ver si me encontraba con Oscar y con Lucilla a la vuelta de su paseo.

Al no conseguir localizarlos, volví pasando por Browndown. Nugent estaba sentado a solas sobre el murete del frente de la casa, fumando un cigarro. Se puso en pie y salió a recibirme con el dedo misteriosamente puesto sobre los labios.

-No debe usted entrar -dijo-, no debe hablar en voz alta, no sea que la oigan. -Señaló a la vuelta de la esquina, hacia la pequeña habitación del lateral de la casa que yo ya conocía y que ya he comentado en estas páginas-. Oscar y Lucilla están encerrados ahí dentro, y Oscar le está haciendo su confesión en este preciso instante.

Alcé las manos y levanté la mirada de puro asombro. Nugent prosiguió su parrafada.

-Veo que desea usted saber cómo ha salido todo. Y lo sabrá a su debido tiempo. Mientras estaba yo mirando el establo (que no es ni la mitad de grande de lo que necesito para mi estudio, por desgracia), el criado de Oscar me trajo una nota manuscrita, en la que me encarecía, en nombre de Oscar, a reunirme con él directamente en Browndown. Aquí me estaba esperando, y estaba terriblemente agitado. Me advirtió, tal como yo acabo de advertirle a usted, que no hablase en voz alta. Y me lo advirtió por la misma razón. Lucilla estaba en la casa...

-Pensé que habían salido los dos a dar un paseo -le interrumpí.

-Y fueron a dar un paseo, en efecto, pero Lucilla se quejó de que estaba cansada, y Oscar la trajo a Browndown a descansar. Bien. Le pregunté qué sucedía, y en su respuesta me informó de que el secreto de la coloración de la piel de Oscar había llegado por segunda vez a oídos de Lucilla.

-¡Otra vez fue Jicks! -exclamé.

-No, no fue Jicks esta vez, sino el propio criado de Oscar.

-¿Cómo ocurrió?

-Ocurrió por medio de uno de los muchachos del pueblo. Oscar y Lucilla se encontraron al diablillo, que estaba gritando a voz en cuello delante de la casa. Le preguntaron qué sucedía; el diablillo les dijo que el criado de Browndown le había apaleado. Lucilla se indignó. Insistió en que investigaran el suceso. Oscar la dejó en la sala de estar (por desgracia, según se vio después, sin cerrar la puerta), llamó al hombre por el pasillo y le preguntó qué se había propuesto al maltratar al muchacho. El hombre le contestó que «le he tirado de las orejas, señor, para dar ejemplo a todos los demás». «¿Por qué? ¿Qué había hecho?», preguntó Oscar. «Llamó a la puerta con un palo, señor, y no es el primero que hace tal cosa cuando usted no está en la casa, y preguntó si estaba Carazul.» Lucilla oyó todas y cada una de estas palabras a través de la puerta entreabierta. ¿Quiere que le cuente lo que sucedió a continuación?

No hizo ninguna falta que me relatase esa parte de la historia. Demasiado bien recordaba yo lo que había ocurrido en la anterior

Librodot

ocasión, en el jardín. Comprendí con toda claridad que Lucilla debía de haber relacionado mentalmente un suceso con el otro, y seguramente sus sospechas la llevaron a pasar a la acción, como era de esperar.

-Entiendo -dije-. Lógicamente, ella insistió en que Oscar le diera una explicación. Lógicamente, Oscar se puso en una situación comprometida mediante alguna torpe excusa, y quiso que usted acudiese en su ayuda. ¿Qué hizo usted?

-Lo que le dije que debería hacer esta misma mañana. El contaba con la confianza de que yo me pondría de su parte. Fue una pena verlo, ¡pobrecillo! Aun así, y sobre todo pensando en su propio bien, me negué a ceder. Dejé en sus manos la decisión de que fuera él mismo quien le diera la explicación de la verdad o de que fuera yo el encargado de decírselo. No había ni un momento que perder; ella no estaba de humor, no era el momento para andarse por las ramas, se lo aseguro. Oscar se condujo francamente bien y afrontó la situación; siempre se conduce así de bien cuando lo arrincono. Dicho en dos palabras, fue tan hombre como para reconocer que él era el más indicado, si no el único para poner las cosas en limpio, y que no me correspondía a mí. Le di al pobre un abrazo para que se animara, le di un empujón para que entrase en la habitación, cerré la puerta a sus espaldas y me vine aquí. Ya tendría que haber terminado a estas horas. ¡Mire, ya lo ha hecho! ¡Por ahí viene!

Oscar salió corriendo, sin sombrero, por la puerta de la casa. Al acercarse a nosotros se notaba que estaba agitado, y supe entonces que algo había salido mal antes incluso de que despegase los labios.

Nugent fue el primero en hablar.

-¿Qué se ha torcido ahora? -preguntó-. ¿Le has dicho la verdad?

-He intentado decirle la verdad.

-¿Que lo has intentado? ¿Qué quieres decir?

Oscar rodeó a su hermano con el brazo por los hombros y apoyó la cabeza en él sin responder, palabra.

También yo le hice una pregunta.

-¿Es que Lucilla se ha negado a prestarle atención?-dije.

-No.

-¿Ha dicho o ha hecho algo que...?

Alzó la cabeza que había reposado en el hombro de su hermano y me hizo callar antes de terminar la frase.

-No tiene de qué preocuparse, al menos por Lucilla. Su curiosidad ha sido satisfecha.

Nugent y yo nos miramos uno al otro completamente perplejos. Lucilla lo había oído todo; la curiosidad de Lucilla había sido satisfecha. Oscar tenía que comunicarnos ese resultado increíblemente feliz, y nos lo anunció con una mirada de humillación, con un tono de indudable desesperación. A Nugent se le agotó la paciencia.

-A ver si ponemos punto final a esta condenada confusión -dijo a la vez. que apartaba a Oscar de su lado con un gesto de aspereza-. Quiero una respuesta bien clara a una pregunta no menos clara. Lucilla sabe que el

Librodot

muchacho llamó a la puerta y que preguntó si Carazul estaba en la casa. ¿Sabe a qué se refería el muchacho con semejante impudicia, sí o no?

-Sí.

-¿Y sabe que eres tú ese Carazul?

-No.

-¡¡¡No!!! Entonces, ¿quién cree que es?

Cuando hacía esta pregunta, Lucilla asomó por la puerta de la casa. Volvió su cara ciega a un lado, inquisitivamente, y luego al otro.

-¡Oscar! -llamó-. ¿Por qué me has dejado sola? ¿Dónde estás?

Oscar se volvió, tembloroso, hacia su hermano.

-¡Por Dios Santo, Nugent! ¡Perdóname! -dijo-. ¡Cree que eres tú!

Librodot

CAPITULO XXVI

Nugent está a la altura de las circunstancias

Con esa pasmosa confesión, revelada con tanta brusquedad y de manera tan simple, hasta el muy resuelto Nugent perdió todo el dominio de sí. Se le escapó un grito que llegó a oídos de Lucilla. En el acto, ésta se volvió hacia nosotros, y con la misma rapidez supuso que el grito había salido de labios de Oscar.

-¡Ah! ¡Ahí estás! -exclamó-. ¡Oscar! ¡Oscar! ¿Qué es lo que te pasa hoy?

Oscar fue incapaz de contestarle. Había lanzado una encarecida mirada a su hermano cuando Lucilla comenzó a acercarse a nosotros. La muda reprobación con que los ojos de Nugent le contestaron había acabado con sus últimas reservas de resistencia. Estaba llorando en silencio sobre el pecho de Nugent.

Era necesario que uno de nosotros hablase cuanto antes, así que lo hice yo.

-No pasa nada, querida -dije a la vez que me adelantaba a recibirla-. Pasábamos por delante de la casa, y Oscar salió corriendo para detenernos e invitarnos a entrar.

Mis excusas despertaron en ella un nuevo motivo de alarma.

-¿Pasábamos? -repitió-. ¿Quién está con usted?

-Nugent está conmigo.

El resultado del deplorable malentendido que se había producido se manifestó al instante. Lucilla adquirió una mortal palidez por efecto del horror que le produjo saber que se encontraba en presencia del hombre de la cara azul.

-Lléveme lo suficientemente cerca para hablarle, pero no tanto como para tocarle -me susurró al oído-. Me he enterado del aspecto que tiene. ¡Ah, si usted lo viera como lo veo yo, en medio de la negrura...! Debo dominarme. Debo hablarle al hermano de Oscar, aunque sólo sea por Oscar.

Me sujetó del brazo y se me arrimó. ¿Qué debería haber dicho yo? No supe ni qué decir ni qué hacer. Miré a Lucilla, miré a los gemelos. Allí estaba Oscar el Débil, abrumado por la humillante posición en que se había colocado respecto a la mujer con la que se iba a casar y también respecto al hermano al que amaba. Allí estaba Nugent el Fuerte, dueño de sí, con el brazo sobre los hombros de su hermano y la cabeza bien alta, indicándome con un gesto de la mano que guardara silencio. Tenía razón. Me bastó con mirar a Lucilla a la cara para comprender que la delicada y peligrosa labor de desengañarla no debía realizarse allí mismo y sobre la marcha.

-Hoy no parece usted la de siempre, Lucilla -le dije-. Vayámonos a casa.

-¡No! -contestó-. Debo acostumbrarme a hablar con él. Y pienso empezar hoy mismo. Acérqueme hasta él, ¡pero no le permita que me toque!

Al ver que nos acercábamos, Nugent se desembarazó de Oscar, cuya incapacidad para ayudarnos en tan difícil situación era demasiado manifiesta para confundirla con otra cosa. Señaló el murete del frente de la casa e indicó a su hermano que esperase allí sentado y que no interviniese antes de que Lucilla pudiera hablar con él de nuevo. La sabiduría de este proceder no tardó en revelarse. Lucilla preguntó por Oscar en el instante

en que nos dejó; Nugent le contestó que había vuelto a la casa a recoger su sombrero.

El sonido de la voz de Nugent la ayudó a calcular la distancia que la separaba de él sin que yo tuviera que ayudarla. Sin soltarse de mi brazo, se detuvo y le habló.

-Nugent -le dijo-, he obligado a Oscar a decirme lo que debería haberme dicho hace mucho tiempo. -Hizo una pausa entre cada frase, dominándose dolorosamente, recuperando dolorosamente la respiración-. Él ha descubierto una estúpida aversión que yo padezco. No sé cómo la ha descubierto, pues he procurado que fuera un secreto. No hará falta que le diga en qué consiste.

Hizo entonces una pausa más larga y se me arrimó más aún; se estaba esforzando de forma dolorosísima en superar el irresistible aborrecimiento de origen nervioso que se había apoderado de ella. Él por su parte la escuchó pese a ser presa de la inhibición que siempre le dominaba cuando estaba en presencia de ella, aunque fue más acusada que otras veces. Tenía la vista clavada en el suelo. Parecía reacio incluso a mirarla.

-Creo que entiendo -siguió diciendo Lucilla- por qué no quería decírmelo Oscar... -Calló, obviamente incapaz de expresarse sin correr el riesgo de lastimar los sentimientos de Nugent- . Por qué no quería decirme -prosiguió al fin- qué es lo que tiene usted que lo diferencia del resto de las personas. Estaba temeroso de que mi estúpido y débil prejuicio me dispusiera en contra de usted. Deseo que sepa usted que no lo permitiré. Nunca había tenido tanta vergüenza de esta debilidad mía. También yo tengo mi infortunio. Debería simpatizar con usted, en vez de...

A medida que hablaba, se le había ido debilitando la voz cada vez más. Se apoyaba contra mí cargando todo su peso en mi brazo. Me bastó con una sola mirada para comprender que, si la soltaba, caería desmayada en redondo.

-Diga a su hermano que hemos vuelto a la rectoría -indiqué a Nugent. Éste miró a Lucilla por primera vez.

-Tiene usted razón -dijo-. Llévela a casa. -Repitió la señal con la que ya me había aconsejado que guardara silencio... y se reunió con Oscar en el murete, frente a la casa.

-¿Se ha ido? -preguntó Lucilla.

-Sí, se ha ido.

El sudor le perlaba la frente. Se la sequé con el pañuelo y la volví de cara a la brisa.

-¿Se encuentra mejor?

-Sí.

-¿Podrá volver caminando a la casa?

-Sin dificultad.

La tomé del brazo. Tras avanzar unos cuantos pasos se detuvo en seco, me pareció que con ciega aprensión de haber topado con algo. Levantó su bastón y lo desplazó lentamente de un lado a otro en el aire, como si tratase de despejar algún obstáculo que impidiera su libre avance; era como una persona que caminase por la espesura del bosque y que apartase a uno y a

otro lado las ramas bajas y los arbustos que le impidieran el paso.

-¿Qué está haciendo? -le pregunté.

-Despejar el aire -respondió-. El aire se ha llenado de él. Me encuentro en un bosque repleto de figuras acechantes, todas con la cara azul negruzco. Deme el brazo. ¡Venga, vamos!

-¡Lucilla!

-No se enoje conmigo. Ya vuelvo a estar en mis cabales. Nadie sabe mejor que yo qué locura, qué demencia es ésta. Pero tengo una voluntad de hierro; por mucho que haya de sufrir, le prometo que me libraré de esto. No puedo dejar que el hermano de Oscar vea que, para mí, es un objeto de horror. No dejaré que lo vea. -Se detuvo una vez más y me dio un beso furtivo, como si quisiera disculparse-. Es culpa de mi ceguera, querida; no me culpe a mí. ¡Si yo pudiera ver! ¡Ah! ¿Cómo podría hacérselo comprender a usted, que no vive en las tinieblas? -Dio unos cuantos pasos, silenciosa y pensativa-. Si le digo una cosa, ¿no se reirá de mí?

-Sabe usted que no.

-Suponga que está en cama, de noche.

-¿Sí?

-He oído que, a veces, hay, personas que se desvelan en mitad de la noche, de súbito, sin que un ruido las haya despertado. Y en ese momento se imaginan, sin que nada en particular lo justifique, que hay algo o alguien en la habitación a oscuras. ¿Le ha ocurrido esto alguna vez?

-Desde luego, querida mía. A la mayoría de las personas les ha pasado eso que usted comenta, sobre todo cuando tienen los nervios un tanto alterados.

-Muy bien. Yo también tengo mi imaginación, también tengo mis nervios. Cuando le sucede eso, ¿qué hace usted?

-Enciendo una luz y me doy por satisfecha al ver que estaba en un error.

-Suponga usted que no tuviera fósforos ni vela que encender, que la noche fuera inacabable, que estuviera usted a solas, a oscuras, con su caprichosa imaginación. ¡Así estoy yo! ¿Lo entiende? No sería nada fácil darse por satisfecha, ¿verdad que no? si estuviera en semejantes condiciones, tan desvalida. ¿Verdad que no? Usted tal vez sufriría si se viera así, por irracional que fuera, y es posible que su sufrimiento fuese muy acusado. -Elevó el bastón y esbozó una sonrisa de tristeza-. ¡Sería usted casi tan estúpida como la pobre Lucilla, y trataría de despejar el aire de este modo!

El encanto de su voz y de sus gestos se sumó a la conmovedora sencillez, a la patética verdad de sus palabras. De ese modo me hizo comprender, de una forma que jamás había comprendido, en qué consiste gozar al mismo tiempo de la bendición de la imaginación y sufrir la maldición de la ceguera. Por un instante me quedé absorta en mi admiración y en mi amor por ella. Por un instante olvidé la terrible situación en que todos nos encontrábamos. Inconscientemente, fue ella quien te la recordó cuando de nuevo tomó la palabra.

-Tal vez estaba equivocada cuando forcé a Oscar a decirme la verdad -

Librodot

dijo, y de nuevo entrelazó su brazo con el mío y echó a caminar-. Si nunca hubiera sabido cómo era su hermano tal vez podría haberme reconciliado con él. Sin embargo, sentía que había en él algo extraño sin que nadie me lo dijera, y sin saber qué era exactamente. Tenía que haber en mi interior una razón que explicara el desagrado que sentí por él desde el principio.

Esas palabras me parecieron indicativas del estado de ánimo que había llevado a Lucilla a su deplorable error. Con cautela le hice algunas preguntas para comprobar si mi suposición era correcta.

-Acaba de mencionar usted que obligó a Oscar a decir la verdad -dije-. ¿Por qué sospechó usted que le estaba ocultando la verdad

-Estaba tan extrañamente avergonzado, tan confuso... -respondió-. En mi lugar, cualquiera hubiese sospechado que estaba ocultando la verdad.

Hasta ese punto, su respuesta no podía ser más concluyente.

-¿Y cómo llegó usted a descubrir en qué consistía la verdad? -le pregunté después.

-La adiviné -contestó- por algo que dijo refiriéndose a su hermano. Usted ya sabe que a mí me desagradó Nugent Dubourg antes incluso de que llegase a Dimchurch.

-Así es.

-Y recordará que mi prejuicio contra él se confirmó en el primer día en que pude pasarle la mano por delante de la cara para compararla con la de su hermano.

-Lo recuerdo.

-Bien. Mientras Oscar balbuceaba Y se contradecía sin cesar, dijo algo, una simple banalidad, que me hizo pensar que la persona de la cara azul debía de ser su hermano. Esa era la explicación que yo había buscado en vano, la explicación de mi persistente desagrado por Nugent. Esa espantosa cara oscura debía de haber producido en mí alguna suerte de influencia en el momento mismo en que lo palpé, como la influencia adversa que me produjo su espantoso vestido de color púrpura en la primera ocasión en que lo toqué. ¿No lo entiende?

Lo entendí con toda claridad. Para esquivar el riesgo de ser descubierto, Oscar lo había fiado todo a una interpretación errónea de sus palabras por parte de Lucilla, y estaba en deuda con esa interpretación. Y el error de Lucilla se revelaba de pronto un producto natural de su angustia por explicarse de algún modo el prejuicio que se había formado contra Nugent Dubourg. Aunque estaba hecho el mal, por simple afán de tranquilizar mi conciencia todavía hice un último intento y traté de sacudir la fe que ella había depositado ere la falsa conclusión alcanzada.

-Sin embargo, hay todavía una cosa que no entiendo -dije-. No entiendo el azoramiento de Oscar al hablar con usted. Tal como usted lo interpreta, ¿de qué tenía miedo?

Esbozó una sonrisa satírica.

-¿Qué ha sido de su memoria, querida? -me preguntó-. ¿De qué tenía miedo usted también? Desde luego, usted nunca dijo ni palabra de la desfiguración que sufre ese pobre hombre. Supongo que se sentía usted, exactamente igual que el propio Oscar, ante una ardua elección entre dos

dificultades. Por una parte, mi aversión a los colores oscuros y a las personas de tez oscura avisó a Oscar de que no dijera nada. Por otra parte, mi odio a la posibilidad de que alguien saque partido de mi ceguera simplemente por ocultarme las cosas le apremió a decírmelo. Teniendo en cuenta además su timidez, pobrecillo, ¿no le parece suficiente explicación de su azoramiento? Asimismo -añadió, hablando más en serio-, puede que en mi actitud con él hubiese comprobado que me había disgustado y que así me lastimaba.

-¿De qué modo? -pregunté.

-¿No recuerda usted que una vez. reconoció en el jardín que se había pintado la cara para disfrazarse de Barba Azul y divertir a los chiquillos? No fue ni mucho menos delicado, no fue nada afectuoso, no fue nada propio de él manifestar semejante falta de sensibilidad ante la pasmosa desfiguración de su hermano. Debería haberlo tenido en cuenta, debería haberlo respetado. ¡Ya está! No añadamos nada más. Vayamos a tocar el piano y tratemos de olvidar este incidente.

La torpe excusa que dio Oscar en el jardín, lejos de confirmar sus sospechas, se había prestado incluso a reforzar la conclusión que ya había arraigado en su cabeza. En ese crítico momento, antes de consultar con los gemelos qué era lo que convenía hacer a continuación, me fue imposible decir nada más. Me sentí seriamente alarmada al pensar en el futuro. Cuando fuera informada -y era preciso que lo fuera- del terrible engaño en que había caído, ¿qué efectos tendría en Oscar? ¿Qué efectos tendría en ella la verdad? Reconozco que renuncié, asustada, a proseguir la indagación.

Cuando llegamos a la revuelta del valle, contemplé Browndown por última vez. Los gemelos seguían allí donde los habíamos dejado. Aunque sus caras eran indistinguibles desde lejos, todavía veía sus siluetas con gran claridad: Oscar seguía encorvado en el murete, Nugent estaba de pie a su lado. con una mano posada en el hombro de su hermano. Incluso desde tal distancia, sus caracteres respectivos se manifestaban en sus respectivas posturas. A medida que nos internábamos por una nueva revuelta del valle, donde ya los perderíamos de vista, sentí (¡así de fácil es consolar a una mujer!) que la posición de mando que ocupaba Nugent había dejado una animosa impresión en mí. «É encontrará una salida a todo esto -me dije-. ¡Nugent nos ayudará a pasar este mal trago!»

Librodot

CAPITULO XXVII

Nugent encuentra una salida

Nos sentamos ante el piano tal como había propuesto Lucilla. Quiso que tocase yo primero, y que tocase a mi aire. Le estaba enseñando por entonces una de las sonatas de Mozart, y traté de seguir adelante con la lección. ¡Nunca había tocado tan mal como aquel día, ni antes ni después! La divina serenidad y la perfección gracias a las cuales la música de Mozart, a mi juicio, se eleva por encima de todas las demás, solamente se pueden interpretar con la dignidad que exigen si el ejecutante concentra toda su atención indivisamente en la partitura. Devorada como estaba yo por mis propias angustias, pude profanar esas celestiales melodías, pero no pude ejecutarlas. Lucilla aceptó mis disculpas y ocupó mi lugar.

Pasó media hora sin que tuviéramos noticias de Browndown.

Calculada nada más que por referencia a ella misma, no cabe duda de que media hora es un lapso muy corto. Calculada por referencia a la incertidumbre en que una puede vivir, sobre todo si sus intereses están en juego, media hora es una eternidad. Cada minuto que pasaba, y que dejaba a Lucilla impertérrita en su engaño, era un minuto que me crispaba la conciencia. Cuanto más la dejásemos en la ignorancia, más doloroso habría de ser para todos nosotros el arduo deber de iluminarla. Empecé a estar intranquila. Lucilla, por su parte, empezó a quejarse de fatiga. Tras la agitación que había vivido, llegaba la inevitable reacción. Le recomendé que fuera a su habitación a descansar, y atendió a mi consejo. En el estado de ánimo en que yo me encontraba, fue para mí un alivio inexpresable pasar un rato a solas.

Tras dedicar un rato a pasear de un lado a otro por la sala de estar, intentando en vano descubrir el modo de sortear las dificultades que empezaban a asediarnos, tomé la resolución de no seguir esperando unas noticias que jamás iban a llegar. Los hermanos seguían en Browndown, y a Browndown resolví marchar.

Eché un vistazo a la habitación de Lucilla. Estaba dormida. Tras dar aviso a Zillah y recomendar que cuidase de su joven señora, salí sin hacer ruido. Cuando atravesaba el, jardín oí la cancela. En tan sólo un minuto más, precisamente el hombre que más deseaba ver se presentó ante mí en la persona de Nugent Dubourg. Había tomado en préstamo la llave de Oscar, y había venido a solas hasta la casa rectoral para comunicarme lo que habían hablado su hermano y él.

-Este es el primer golpe de suerte que tengo en lo que va de día -comentó-. Estaba yo pensando de qué modo me las iba a ingeniar para hablar con usted a solas, y aquí la tengo, a solas y accesible. ¿Dónde está Lucilla? ¿Podemos contar con el jardín para nosotros?

Satisfice su curiosidad sobre ambos extremos. Me pareció que estaba triste, pálido, fatigado. Antes de que despegara los labios vi también que su ánimo estaba perturbado, y que había puesto a prueba su paciencia desde la última vez que le vi. Había un invernadero al fondo del jardín, desde el que se gozaba de una amplia panorámica de la soledad de los cerros cuya cobertura de hierba acariciaba la brisa. Allí nos acomodamos, y allí, con mi precipitación al uso, abrí nuestra entrevista con una interrogación

formidable:

-¿Quién va a señalarle el error que ha cometido?

-Nadie. No se lo dirá nadie.

Esa respuesta me descolocó de entrada. Miré a Nugent con callado asombro.

-No hay de qué sorprenderse -dijo-. Permítame expresarle mi punto de vista en tan sólo dos palabras. He tenido una seria conversación con Oscar...

Es proverbial que a las mujeres no se les da bien escuchar, y no soy yo mejor que las demás. Le interrumpí sin que pudiera dar un paso más en su intento de explicarse.

-Supongo que Oscar le habrá referido de qué manera se produjo la confusión -dije.

-El no tiene ni idea de cómo se produjo. Reconoce que, cuando tuvo que vérselas cara a cara con ella, le falló por completo su presencia de ánimo: ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba diciendo. Él perdió la cabeza, a ella se le agotó la paciencia. Piense usted en su confusión nerviosa en colisión con la irritabilidad también nerviosa de Lucilla, y el resultado se explica por sí solo. De aquello no podía seguirse más que un malentendido y un error. He repasado el asunto a fondo después de que usted se marchara, y creo que la única solución que se puede adoptar consiste en aceptar la situación con paciencia, y en intentar sacar de ella el mejor partido, en vez de sacar lo peor. Una vez llegado a esta conclusión, zanjé la cuestión (como suelo zanjar la mayoría de las dificultades en que me encuentro) cortando de un tajo el nudo gordiano. «¿No sería para ti un gran alivio dejar que la impresión permanezca tal cual está, sin más alteraciones, hasta que os hayáis casado?», le dije a Oscar. Usted le conoce bien; no será preciso que le indique cuál fue su respuesta. «Muy bien», proseguí, «entonces sécate los ojos y cálmate. He empezado siendo Carazul. Seguiré siendo Carazul hasta nuevo aviso». Prefiero ahorrarle la descripción de la gratitud de Oscar. Yo se lo propuse, él aceptó. He aquí la forma de salir de esta dificultad tal como yo la entiendo.

-Su salida es una salida indigna, y es una salida en falso -respondí-. Protesto y me manifiesto en contra de la cruel ventaja que se va a tomar, aprovechando la ceguera de Lucilla. Me niego a tener nada que ver con todo esto.

Abrió su petaca y sacó un cigarro puro.

-Haga lo que más le plazca -dijo-. Ya ha visto usted en qué penoso estado se encontraba Lucilla cuando se vio obligada a dirigirme la palabra. Ya ha visto usted de qué forma se adueñaron de ella finalmente el disgusto y el horror. Transfiera ese disgusto y ese horror a Oscar y sume en su caso la indignación y el desprecio correspondientes; expóngalo al resultado que sin duda se producirá por haber despertado en ella esos sentimientos, antes de que él esté fortalecido por la posición natural del marido, por el lugar que en sus afectos le otorgará el hecho de ser su marido, e imagine lo que sucederá... si es que se atreve. Yo tengo un gran afecto por ese pobre muchacho, y yo desde luego no me atrevería. ¿Le molesta que fume?

Con un gesto le di mi permiso para que fumase. Antes de que pudiera

decirle nada a ese inescrutable caballero, tuve la necesidad de comprenderle... si es que tal cosa me era posible.

No era nada difícil entender la presteza con que estuvo dispuesto a sacrificarse en interés de la tranquilidad de Oscar. Nunca hacía las cosas a medias; le gustaba salir al paso de las dificultades a pecho descubierto y dispuesto a todo, aunque fuesen dificultades que a otros hombres les habrían hecho pararse a pensar. El mismo celo que puso al servicio de su hermano para salvarle la vida en el juicio posiblemente era el celo que le animaba ahora. La perplejidad que yo sentía no se había despertado por la actitud que él había tomado, sino por el lenguaje con que se justificaba ante mí y, sobre todo, por su comportamiento conmigo mientras me estaba hablando. El brillante joven de buena crianza que yo conocía por mi experiencia previa se había convertido en un hombre todo lo obstinado y descortés que se pueda imaginar, o puede que más incluso. Esperó a oír lo que yo tuviera que decirle a continuación, y esperó con un gesto endurecido y desafiante, desesperado casi, totalmente innecesario en aquellas circunstancias y totalmente ajeno a su carácter, al menos tal como yo lo había observado con anterioridad. Que algo acechaba bajo la superficie, alguna motivación interior que él ocultaba a su hermano e incluso a mí, era tan claramente visible como la luz del sol y las sombras en la panorámica que yo contemplaba desde el invernadero. Sin embargo, qué pudiera ser esa motivación interior era algo que me desconcertaba y que esquivaba a mi sagacidad. No se me pasó por la cabeza ni la más remota idea del terrible secreto que estaba ocultándome. Inocente y ajena a toda sospecha de la verdad, seguí sentada frente a él convertida en un testigo inconsciente de la dura pugna de aquel hombre infeliz por ser fiel al hermano a quien tanto amaba y por domeñar la devoradora pasión que lo consumía. Mientras Lucilla creyera en la falsedad de que era él quien estaba desfigurado por efecto de la droga, la común consideración hacia la tranquilidad de ésta serviría, en la estima de los demás, de excusa y explicación de que Nugent apenas estuviera en su presencia. En esa separación radicaba su última oportunidad de alzar una barrera infranqueable entre Lucilla y él. Ya había intentado colocar otro obstáculo entre ellos dos, pero había sido en vano, pues en vano había tratado de que se celebrase cuanto antes el matrimonio que la convertiría en devota esposa de su hermano, y que por tanto la haría sagrada a. sus ojos. Con el fracaso de ese empeño, esta era la única alternativa honorable que quedaba a su disposición, esto es, mantenerse lejos de ella hasta que estuviera casada con Oscar. Había aceptado la posición en que Oscar lo había colocado, pues éste había de ser el único medio para alcanzar la finalidad que perseguía sin suscitar la menor sospecha sobre !a verdad, y se había encontrado, por toda recompensa a su sacrificio, con mi ignorante protesta, con mi estúpida oposición, como obstáculos que se interponían en su camino. He aquí los motivos, los motivos puros y nobles que le animaban, tal como ahora los conozco. He aquí la lectura acertada del obstinado lenguaje que me desconcertaba, de la desafiante actitud que me ofendía, interpretados a la única luz que guía mi pluma, la luz de los acontecimientos que se produjeron con posterioridad.

-¿Y bien? -dijo-. ¿Somos aliados, o no? ¿Está usted conmigo, o está contra mí?

Renuncié a mi intento de comprenderle, y contesté a esa sencilla pregunta con toda sencillez.

-No le negaré que las consecuencias que podría tener el hecho de desengañarla podrían ser graves -dije-. A pesar de todo, yo no pienso tomar parte en la crueldad de tenerla engañada.

Nugent alzó el dedo índice a modo de advertencia.

-¡Deténgase y reflexione, madame Pratolungo! El mal que puede usted hacer, tal como ahora están las cosas, tal vez sea un mal que jamás pueda reparar. No tiene el menor sentido que yo le pida ahora que cambie de opinión; lo que sí le pido es que espere un poco. Queda mucho para el día de la boda; tal vez. ocurra alguna cosa que le libre a usted de la necesidad de iluminar a Lucilla con sus propios labios.

-¿Y qué podría ocurrir?

-Todavía es posible que Lucilla lo vea tal como lo vemos nosotros -repuso Nugent-. Los propios ojos de Lucilla tal vez puedan descubrir la verdad.

-¿Qué? ¿Todavía no ha renunciado usted a la enloquecida idea de curar su ceguera?

-Sólo renunciaré a esa idea cuando el cirujano alemán me diga que es una locura, pero no antes.

-Y a este respecto... ¿le ha comentado algo a Oscar?

-No, ni una palabra. No le diré nada a nadie más que a usted, al menos hasta que el alemán llegue sano y salvo a la costa de Inglaterra.

-¿Espera usted que llegue antes de que se celebre el matrimonio?

-¡Por supuesto! Habría partido de Nueva York conmigo, pero allí tenía un paciente que todavía requería sus cuidados. Ahora no habrá nuevos pacientes que lo tienten a permanecer más tiempo en los Estados Unidos. Su extraordinario éxito le ha valido una gran fortuna, y la ambición de su vida es regresar a Inglaterra. Desde luego, ahora puede permitírselo. Es posible que llegue incluso en el próximo vapor que atraque en Liverpool.

-Y en cuanto llegue, ¿se propone usted traerlo a Dimchurch?

-Así es... A no ser que Lucilla ponga algún reparo.

-Suponga usted que es Oscar quien pone reparos. Ella está ya resignada a ser ciega de por vida. Si perturba usted su resignación sin resultados válidos, tal vez haga de ella una mujer muy desdichada para el resto de sus días. Caso de estar yo en el lugar de su hermano, posiblemente me opondría a correr semejante riesgo.

-Mi hermano tiene un doble interés en correr ese riesgo. Permítame repetir lo que ya le he dicho. El resultado físico no será el único resultado, caso de que sea posible devolverle la facultad de la vista. Además de una nueva facultad sensorial, adquirirá una nueva mentalidad. Oscar tiene mucho que temer de esa mórbida fantasía que ella padece y que seguirá padeciendo mientras sea ciega. Bastarán sus ojos para corregir esa aversión, bastará que ella lo vea tal como lo vemos nosotros, y que se acostumbre a él, tal como nosotros nos hemos acostumbrado. Así, el futuro de Oscar a su lado estará del todo asegurado. ¿Dejará usted las cosas tal como están ahora, fiándolo todo a la posibilidad de que el cirujano alemán llegue antes

Librodot

del día de la boda?

Consentí seguramente porque me influía, muy a mi pesar, la notable coincidencia entre lo que Nugent acababa de decir de Lucilla y lo que Lucilla me había dicho de sí misma anteriormente, ese mismo día. Era imposible negar que la teoría de Nugent, por desatinada que pareciera, había encontrado su confirmación hasta el momento en la idea que tenía Lucilla de su propio caso. Una vez zanjada de este modo la diferencia que nos separaba, al menos de momento, desplacé la conversación hacia la difícil cuestión de las relaciones de Nugent con Lucilla.

-¿Cómo va a tratarla usted de nuevo -le pregunté- después del efecto que le produjo en su encuentro de hoy mismo?

Habló de manera mucho más agradable al discutir este aspecto. Tanto su lenguaje como su talante mejoraron visiblemente.

-Si yo me hubiera podido salir con la mía -dijo-, Lucilla estaría muy aliviada a estas horas, y no tendría el menor temor a encontrarse conmigo otra vez. Habría sabido de sus labios, madame Pratolungo, o por el propio Oscar, que un asunto importante me había obligado a marchar de Dimchurch.

-¿No pone Oscar ninguna objeción a que usted se marche?

-No tendrá conocimiento de mi partida. Hice todo lo posible por convencerle, le prometí que regresaría a tiempo para la boda. ¡No sirvió de nada! «Si me dejas aquí a solas -me dijo- para que piense en el mal que he cometido, y en los sacrificios que te he obligado a hacer, me partirás el alma. No te puedes ni imaginar qué ánimos me da tu presencia; no te puedes ni imaginar qué desolación dejarás en mi vida si te marchas.» Cuando Oscar me habla de esa manera, yo soy tan débil como él. En contra de mis propias convicciones, en contra de mis propios deseos, cedí sin dudarlo. Y habría estado mucho mejor lejos de aquí. ¡Tanto mejor cuanto más lejos de aquí!

Dijo esas palabras concluyentes en un tono de voz. que me sobresaltó. Era nada más y nada menos que un tono de desesperación. ¡Qué poco lo entendía yo entonces! ¡Qué bien lo comprendo ahora! Con aquel tono de melancolía hablaba de lo que quedaba de su honor, lo que le quedaba de verdad. ¡Ay, triste e inocente Lucilla! ¡Ay, triste y culpable Nugent!

-Y ahora que ha decidido permanecer en Dimchurch -dije para proseguir nuestra charla-, ¿qué tiene pensado hacer?

-Debo hacer todo lo que pueda para ahorrarle a Lucilla ese sufrimiento nervioso que a mi pesar le he causado hoy mismo. Esa mórbida repulsión que siente en mi presencia no hay manera de controlarla, eso lo entiendo a las claras. Me mantendré alejado de ella, aunque iré retirándome poco a poco, para que mi ausencia no le llame tampoco la atención. Con cada día que pase irán menguando mis visitas a la casa rectoral; cada día, pasaré más tiempo en Browndown. Cuando ya estén casados... -Calló de pronto como si las palabras se le hubiesen pegado a la garganta. Se entretuvo en volver a encender su cigarro, y se tomó su tiempo en hacerlo.

-Cuando ya estén casados... -repetí-. Entonces, ¿qué?

-Cuando Oscar esté casado, mi presencia ya no será indispensable para su felicidad. Entonces me marcharé de Dimchurch.

-Tendrá usted que dar una razón.

-Daré la razón verdadera. Aquí no consigo encontrar un estudio suficientemente grande para mí, tal como ya les he dicho. Y aun cuando pudiera encontrar ese estudio, no haría nada bueno si me quedase en Dimchurch. Aquí, en un lugar tan alejado de todo, se contraería mi intelecto, se me oxidaría el cerebro. Que Oscar viva aquí su tranquila vida de casado. Yo me iré al ambiente que me es más propicio, el ambiente de Londres o de París.

Suspiró y fijó su mirada ausente en la vista abierta de las colinas que se disfrutaba desde el invernadero

-Resulta extraño verle a usted deprimido -dije-. Su ánimo parecía desbordante e inagotable aquella primera noche en que interrumpió al señor Finch cuando estaba leyendo *Hamlet*.

Arrojó lo que le quedaba de cigarro y rió con amargura.

-Nosotros los artistas siempre estamos en un extremo u otro -dijo-. ¿Qué diría usted que estaba yo deseando justo antes de que me hablase?

-Pues no lo sé, no consigo imaginarlo.

-¡Estaba deseando no haber venido nunca a Dimchurch!

Sin darme tiempo a contestar una palabra, la voz de Lucilla llegó a nuestros oídos, pues me llamaba desde el jardín. En el acto, Nugent se puso en pie.

-¿Hemos dicho todo lo que debíamos decirnos? -preguntó.

-Sí, al menos por hoy.

-Por hoy, pues, es suficiente. Adiós.

Se puso en pie de un salto, se asió al barrote de madera que formaba el dintel de la puerta del invernadero y, balanceándose, saltó al murete del jardín que estaba más abajo y desapareció por el campo. Respondí a la llamada de Lucilla y me di prisa para encontrarla. Nos reunimos en la extensión de césped. Me la encontré alterada y pálida, como si algo la hubiera asustado.

-¿Va todo bien en la casa rectoral?

-Sí, todo bien -contestó-. Todo, excepto yo. La siguiente vez en que me queje de cansancio, no me diga que vaya a acostarme un rato.

-¿Y por qué no? La fui a ver hace un rato, antes de salir y venir al invernadero, y la encontré profundamente dormida. Era usted la viva imagen del reposo.

-¿Reposo? Jamás habrá estado usted tan equivocada jamás en su vida. He pasado la peor agonía, he tenido un sueño espantoso.

-Pues estaba perfectamente tranquila cuando yo fui a verla.

-Entonces debió de ser después de que usted me viera. Déjeme dormir esta noche con usted. No me atrevo a estar sola, no quiero ni pensar en que vuelva ese sueño.

-¿Qué ha soñado usted?

-Soñé que estaba de pie, con mi vestido de novia, ante el altar de una extraña iglesia, y que un clérigo cuya voz. yo no había oído nunca se disponía a casarme... -Calló y, con impaciencia, agitó una mano en el aire-.

¡Por ciega que esté -añadió-, todavía lo veo ahora!

-¿Al novio?

-Sí.

-¿Oscar?

-No.

-Entonces, ¿quién era?

-El hermano de Oscar. Nugent Dubourg.

(¿He dicho con anterioridad que algunas veces soy una gran idiota? Si no lo he dicho, permítaseme decirlo ahora. Me eché a reír a carcajadas.)

-¿Se puede saber de qué se ríe? -me preguntó muy enojada-. ¡Vi muy bien su asquerosa cara decolorada, pues en mis sueños nunca estoy ciega! Sentí su mano azul al ponerme la alianza en el dedo. ¡Espere! Todavía queda lo peor. Me casé con Nugent Dubourg por mi propia voluntad; me casé con él sin pensar siquiera en mi compromiso matrimonial con Oscar. ¡Sí, sí! Ya sé que tan sólo es un sueño. A pesar de todo, no soporto volver a pensarlo. No me agrada ser desleal a Oscar ni siquiera en sueños. Vayamos a verle. Quiero que me diga si todavía me ama. Vayamos a Browndown. Estoy muy nerviosa, no me apetece ir yo sola. ¡Venga conmigo a Browndown!

He de hacer otra confesión humillante. Traté de no ir con ella a Browndown, en efecto. (Qué propio de esos franceses, siempre tan insensibles, ¿no es así?)

Sin embargo, tenía mis razones. Así como no veía con buenos ojos la resolución a la que había llegado Nugent, veía de forma más desfavorable si cabe la debilidad y el egoísmo que manifestaba Oscar, que había permitido que su hermano se sacrificara por él. El amante de Lucilla se había hundido, en mi estima personal, hasta las profundidades de un personaje despreciable. Pensé que si en esos momentos lo hubiera tenido a mi lado, habría podido decirle lo que pensaba de él.

-Considerando el objeto que tiene usted en mente, querida, ¿de veras piensa que me quiere ver a mí en Browndown? -pregunté a Lucilla.

-¿No se lo he dicho con la suficiente claridad? -me preguntó con impaciencia-. Estoy tan nerviosa, me encuentro tan completamente desquiciada, que no me siento en condiciones de ir sola. ¿Es que ya no me tiene ninguna simpatía? Suponga que hubiera soñado usted que se casaba con Nugent en vez de casarse con Oscar.

-¡Bah! ¿Qué más daría? En tal caso, tan sólo habría soñado que me iba a casar con el más agradable de los dos.

-¡El más agradable de los dos! Ya está usted de nuevo... Siempre es tan injusta con Oscar...

-¡Querida mía! Si pudiera ver con sus propios ojos, aprendería a apreciar las buenas cualidades que también tiene Nugent tal como las aprecio yo.

-Prefiero apreciar las buenas cualidades de Oscar.

-Tiene usted serios prejuicios, Lucilla.

-¡Y usted también!

-Casualmente, ha conocido antes a Oscar.

-Eso no tiene nada que ver.

-¡Sí, tiene mucho que ver! Si nos hubiera seguido Nugent en vez de Oscar; si de esas dos encantadoras voces que son tan iguales que casi son la misma le hubiese hablado una en vez de la otra...

-¡No quiero oír ni una palabra más!

-¡Tonterías! Resulta que el primero ha sido Oscar. Dele usted misma la vuelta a la situación, y habría sido Nugent el elegido.

–Madame Pratolungo, ¡no estoy acostumbrada a que me insulten de ese modo! No tengo nada más que decirle.

Con esa digna respuesta, y con el color de mejillas más adorable que se haya visto nunca, mi querida Lucilla se volvió y me dio la espalda para dirigirse por su cuenta y riesgo a Browndown.

¡Ah, qué lengua tan imprudente la mía! ¡Ah, mi desagradable temperamento extranjero! ¿Por qué permití que me irritase? Yo, que por algo soy la mayor de las dos... ¿por qué no le di ejemplo, por qué no dominé mis impulsos? ¿Quién sabe? ¿Cuándo llega a saber una mujer por qué hace tal o cual cosa? ¿Supo Eva lo que hacía cuando la serpiente le ofreció la manzana? ¿Por qué la probó?

¿Qué podía hacer yo entonces? Había que hacer dos cosas. La primera, sosegarme. La segunda, seguir a Lucilla, besarla, hacer las paces con ella.

O bien me tomé demasiado tiempo para sosegarme, o bien, presa de la irritación del momento, Lucilla caminó más deprisa que de costumbre. Había llegado a Browndown antes de que yo la alcanzase. Al abrir la puerta de la casa los oí conversando. De poco habría servido interrumpirlos, sobre todo si se tiene en cuenta mi caída en desgracia. Mientras titubeaba sin saber qué hacer, me llamó la atención una carta depositada sobre la mesita del vestíbulo. La miré; una siempre tiende a ser curiosa en esos momentos en que está desocupada, sin saber qué hacer a continuación. Miré, a quién estaba dirigida, y vi que era para Nugent. El membrete era de Liverpool.

Así llegué a una conclusión inevitable: el oculista alemán va estaba en Inglaterra.

Librodot

CAPITULO XXVIII

Nugent cruza el Rubicón

Todavía estaba yo consumiéndome en la duda, sin saber si entrar en la habitación o si esperar hasta que Lucilla se marchara de Browndown a la casa rectoral, cuando el agudo sentido del oído que tenía la joven decidió la cuestión que yo había sido incapaz de zanjar. Se abrió la puerta de la habitación y salió Oscar al vestíbulo.

-Lucilla insistía en que había entrado alguien -dijo-. ¿Quién hubiera adivinado que se trataba de usted? ¿Por qué estaba esperando en el vestíbulo? ¡Adelante, adelante! Pase, por favor.

Me abrió la puerta para que entrase, y entré. Oscar me anunció a Lucilla.

-Era madame Pratolungo, oíste bien -dijo. Ella no prestó atención ni a él ni a mí. Tenía en el regazo un montón de flores del jardín de Oscar. Con ayuda de sus hábiles dedos, las iba clasificando para hacer un bello ramillete, y lo hacía con tanta rapidez. y tan buen gusto como si de hecho gozara del sentido de la vista. En toda mi experiencia de su rostro adorable, nunca la había visto tal como la vi entonces. Nadie habría reconocido su parecido con la Virgen del cuadro de Rafael. Estaba ofendida, mortalmente ofendida conmigo, y lo vi nada más entrar.

-Espero que perdone mi intromisión, Lucilla, sobre todo porque conoce de sobra el motivo -le dije-. La he seguido hasta aquí para pedirle disculpas.

-Oh, no se moleste en presentarme sus disculpas -contestó a la vez que concentraba tres cuartas partes de su atención en las flores, y una cuarta parte en mí-. Es una pena que se haya tomado usted la molestia de venir aquí. Estoy bastante de acuerdo con usted, con lo que dijo en el jardín, claro. Considerando el objeto que tenía yo en mente al querer venir a Browndown, de ninguna manera podía esperar que usted me acompañase. ¡Es cierto, muy cierto!

Me contuve. No es que yo sea una mujer paciente, y no es que sea proclive a la mansedumbre. Estoy muy lejos de ello, lamento decirlo. No obstante, me contuve. Al menos me contuve por el momento.

-Deseo pedirle disculpas por lo que le dije en el jardín -continué-. Lo dije sin pensar, Lucilla. Es imposible que yo quisiera ofenderla, que lo hiciera a propósito.

Lo mismo habría sido si se lo hubiera dicho a una de las sillas. Concentró la totalidad de su atención en la absorbente actividad de preparar el ramillete.

-¿Acaso estaba yo ofendida? -dijo, dirigiéndose evidentemente a las flores-. Si lo estuve, me parece excesivamente estúpido por mi parte. -De pronto, pareció ser consciente de mi existencia-. Tenía usted todo el derecho del mundo a manifestar su opinión -añadió con altanería-. ¡Acepte usted mis disculpas si le pareció que yo ponía en duda ese derecho!

Inclinó bruscamente su linda cabecita; mostró su color más brillante; dio unos golpecitos con el pie en el suelo. (¡Ay, Lucilla, Lucilla!) Yo todavía me contuve. A esas alturas, me contuve mas por Oscar, lo reconozco, que por ella. El pobre parecía sumamente afligido, dolorosamente deseoso de

intervenir, pero sin saber exactamente cómo hacerlo.

-¡Mi querida Lucilla! -empezó diciendo-. Sin duda has de contestar a madame Pratolungo...

Ella le interrumpió con gran petulancia, inclinando la cabeza con la misma brusquedad de antes, y levantando más aún la barbilla.

-¡No tengo ni la más remota intención de contestar a madame Pratolungo! Prefiero reconocer que es posible que madame Pratolungo tuviera toda la razón. Me atrevo a decir que efectivamente estoy dispuesta a enamorarme del primer hombre que me salga al paso. Me atrevo incluso a decir que si hubiera conocido a tu hermano antes de conocerte a ti, me habría enamorado de él. ¡Desde luego, es muy probable!

-Como tú misma señalas, es muy probable -contestó el pobre Oscar con gran humildad-. Yo desde luego estoy convencido de que tuve mucha suerte de que no conocieras antes a Nugent.

Lucilla arrojó las flores que tenía en el regazo a la mesa ante la que estaba sentada. Se enfureció al máximo con él por haberse puesto de mi parte. Me permití el lujo inofensivo de sonreír, ya que la pobre muchacha, téngase en cuenta, no podía ver mi sonrisa.

-Tú en el fondo estás de acuerdo con madame Pratolungo -le dijo con grandes muestras de mal humor-. Madame Pratolungo cree que tu hermano es un hombre mucho más agradable que tú.

Humilde, Oscar meneó la cabeza para reconocer con toda melancolía la verdad evidente de ese hecho.

-Sobre ese respecto no puede haber dos opiniones diferentes -dijo con gran resignación.

Lucilla dio una patada sobre la alfombra y levantó una nubecilla de polvo. Tengo unos pulmones a veces un tanto delicados, así que me permití otro lujo inofensivo, el lujo de una ligera tos. Oyó ese segundo lujo y de pronto pareció dominarse en el instante en que llegó a sus oídos. Mucho me temo que se tomó mi tos como un comentario sobre lo que estaba ocurriendo.

-Ven aquí, Oscar -dijo con un radical cambio cae tono y de talante-. Ven aquí, siéntate conmigo.

Oscar la obedeció.

-Rodéame con el brazo por la cintura.

Oscar me miró. Al tener intacto el uso de la vista, Oscar era consciente del absurdo aspecto de la demostración que se le requería... en presencia de una tercera persona. A ella, pobrecilla, fuerte e incólume incluso en su ciega insensibilidad a todos los dardos del ridículo que dispara el ojo, nada podía importarle la presencia de una tercera persona. Repitió sus órdenes en un tono que no dejaba lugar a dudas:

-Abrázame, no estoy de humor para andarme con zarandajas.

Con timidez, Oscar la rodeó con el brazo por la cintura... a la vez que apelaba a mi con una mirada intensa. Ella no tardó en lanzar otra orden igual de contundente.

-Di que me amas.

Librodot

Oscar titubeó.

-¡Di que me amas!

Oscar lo dijo en un susurro.

-¡Dilo más alto!

La tolerancia tiene sus límites, y yo empecé a perder los estribos. Lucilla no podía mostrarse más soberbia ni más indiferente a mi presencia. Era como si en la estancia hubiera un gato, y no una señora.

-Permítame informarle -dije- de que no he salido de la estancia, al contrario de lo que usted parece suponer.

Ella no me hizo caso. Siguió adelante con sus órdenes, y pasó irreprimiblemente de un clímax amatorio al siguiente.

-¡Dame un beso!

El desdichado Oscar, sacrificado entre nosotras dos, se puso rojo como la grana. ¡Alto! No se regocije el lector prematuramente en el más grande de los placeres que puede regalarse, a saber, cazar a un escritor en un error de bulto. No he olvidado que su tez decolorada habría impedido que el sonrojo se le notara en la superficie. Tan sólo intento decir que con mis propios ojos vi que se sonrojaba bajo su piel azul, pues lo noté en su expresión y por tanto lo repito con conocimiento de causa: se puso rojo como la grana.

Me pareció necesario reafirmarme por segunda vez.

-Tan sólo tengo un motivo para seguir en la habitación, señorita Finch. Tan sólo deseo saber si acepta o si rechaza usted mis disculpas.

-¡Oscar! ¡Dame un beso!

El seguía vacilando. Ella le pasó el brazo por el cuello. El deber que tenía hacia mí misma no podía ser más simple: mi deber era marcharme.

-Buenas tardes, señor Dubourg -dije, y me di la vuelta. Ella me oyó atravesar la estancia y me llamó para que me detuviera. Me detuve. Había un espejo en la pared de enfrente. Si he de fiarme del espejo, diré que me detuve con la mayor propiedad en mi talante, con elegancia, temple y dignidad, o bien con una dignidad templada por la elegancia.

-¡Madame Pratolungo!

-¿Sí, señorita Finch?

-¡Vea usted! ¡Este es el hombre que no resulta ni la mitad de agradable que su hermano! Mírelo, mírelo bien.

Ella se apretó con más fuerza en torno a su cuello, y le dio con gran ostentación el beso que él había sentido vergüenza de darle a ella. En silencio y con todo mi desprecio, me encaminé hacia la puerta. En mi actitud se mostraba el disgusto unido a la pena, la pena acompañada por el disgusto.

-¡Madame Pratolungo!

Esta vez no respondí.

-¡Éste es el hombre al que yo jamás habría amado si hubiese conocido antes a su hermano! ¡Mírelo!

Lo rodeó con ambos brazos y lo roció de besos. Indignada, me retiré. La puerta no estaba bien cerrada cuando entré en la estancia; estaba entreabierta. Al abrirla del todo, me encontré de frente con Nugent

Dubourg, que estaba de pie junto a la mesa del vestíbulo, con la carta de Liverpool en la mano. Sin duda había tenido que oír cómo me arrojaba Lucilla mis propias palabras a la cara, si es que no había oído algo más.

Me quedé parada y sin saber qué hacer, mirándolo en silencio, sorprendida. Sonrió y me tendió la carta abierta. Sin que yo tuviera tiempo de decir nada, oímos cerrarse la puerta de la estancia contigua. Oscar me había seguido y había cerrado la puerta a sus espaldas, al parecer para pedirme disculpas por la conducta de Lucilla. Explicó a su hermano lo que había ocurrido. Nugent asintió y dio unos leves golpecitos en la carta.

-Deja que yo me ocupe de eso. Si queréis discutir el uno con el otro, os daré un asunto mucho mejor. Y vas a saber inmediatamente de qué se trata. Entretanto, tengo un mensaje que comunicar a nuestro amigo de la posada. Gootheridge está en camino para hablarme sobre las reformas del establo. Ve corriendo y dile que he de ocuparme de otro asunto, que no podré atenderle a pesar de haber concertado nuestra cita para hoy. ¡Alto! De paso dale esto y pídele que lo lleve a la casa rectoral.

Tomó una de sus tarjetas de visita de la caja en la que las guardaba, escribió unas líneas a lápiz y se la entregó a su hermano. Oscar, siempre dispuesto a hacer los recados que le ordenase Nugent, fue corriendo a visitar al dueño de la posada. Nugent se volvió hacia mí.

-El alemán ha llegado a Inglaterra -dijo-. Ahora ya puedo decírselo.

-¡Tan pronto! -exclamé.

-Así es, tan pronto. Acabo de aplazar mis propios asuntos, como usted misma ha visto, para ocuparme de esto. Mi amigo llegara mañana a Londres. Me propongo hacer uso de mi autoridad para viajar mañana mismo a la ciudad. ¡Prepárese para conocer a uno de los personajes más extraños que haya visto en su vida! Ya me vio usted escribir unas líneas en mi tarjeta; se trataba de un mensaje dirigido al señor Finch, en el que le pido que venga a vernos a Browndown a la mayor brevedad, pues se trata de dirimir un importantísimo asunto de familia. Por ser el padre de Lucilla, está claro que tiene voz y voto en el asunto. Cuando regrese Oscar y llegue el rector, podremos dar comienzo a nuestro consejo doméstico en privado.

Habló con su espíritu de costumbre; hizo los gestos de costumbre, eficientes y claros; había vuelto a ser el mismo de antes, v no el de la última vez que lo vi.

-Empiezo a sentirme estancado en este lugar -prosiguió al ver que me había fijado en su cambio-. Y el hecho de tener algo que hacer me vuelve a poner de buen humor. Yo no soy como Oscar, yo necesito actividad para que se me mueva la sangre. Necesito actividad para no andar dando vueltas sin cesar a mis preocupaciones. ¿Cómo cree usted que encontré a la testigo que dio fe de la inocencia de mi hermano durante el juicio? «Si no me pongo manos a la obra -me dije-, voy a volverme loco.» Me puse manos a la obra... y le sabe la vida a Oscar. Ahora pienso hacer algo parecido, le doy mi palabra. Ahora que me he puesto manos a la obra, Lucilla ha de recuperar la facultad de la vista.

-Este es un asunto muy serio -le dije-, y le ruego que le dé la debida consideración.

-¿Consideración? -repitió-. Detesto esa palabra. Yo siempre tomo las

Librodot

decisiones en el acto. Si me equivoco en mi visión del caso de Lucilla, la consideración no nos servirá de nada. Si estoy en lo cierto, cada día que pase es un día de vista que pierde la pobre ciega. Esperaré a que lleguen Oscar y el señor Finch, y entonces daré por comenzado el debate. A todo esto, ¿por qué hablamos en el vestíbulo? ¡Adelante, pase!

Me condujo de nuevo a la sala de estar. Al regresar, tenía yo un nuevo interés; sin embargo, el comportamiento de Lucilla me pesaba en el ánimo. ¿Y si me trataba con renovada frialdad y con un desprecio todavía más hiriente que antes? Permanecí de pie junto a la mesa del vestíbulo. Nugent me miró por encima del hombro.

-¡Tonterías! -dijo-. Yo me ocupo de poner cada cosa en su sitio. Es indigno de una mujer como usted tomar nota de lo que ha dicho una chiquilla presa de un arranque de mal humor. ¡Venga, adelante!

Dudo que hubiera cedido y me hubiera rebajado a complacer a cualquier otro hombre, pero es imposible negar que hay ciertas personas que tienen un magnético poder de atracción sobre las demás. Nugent tenía ese poder al menos sobre mí. En contra de mi propia voluntad, pues estaba realmente dolida y ofendida por el modo en que Lucilla me había utilizado, volví con él a la sala.

Lucilla seguía sentada en el lugar que ocupaba cuando yo me retiré. Al oír que se abría la puerta, al sentir que entraba un hombre, dio por sentado que se trataba de Oscar. Ella se había salido con la suya al negarse a acompañarlo a buscarme y su temperamento no parecía haber mejorado siquiera un ápice.

-Vaya -dijo-, ¿ya has vuelto? ¡Pensé que te habías ofrecido para escoltar a madame Pratolungo hasta la casa rectoral! -Calló de pronto y frunció el entrecejo sin previo aviso. Con su finísimo oído detectó mi presencia en la estancia-. ¡Oscar! -exclamó-. ¿Qué, significa esto? Madame Pratolungo y yo no tenemos nada más que decirnos. ¿Para qué ha vuelto? ¿Porqué no me contestas? ¡Esto es una infamia! ¡Pienso marcharme ahora mismo!

Esta última amenaza vino seguida con tal rapidez por su misma ejecución que, antes de que Nugent pudiera apartarse de en medio (pues se encontraba entre la puerta de la estancia y la propia Lucilla), ella chocó violentamente con él. Al instante lo agarró del brazo y lo zarandeó con gran enojo.

-¿Qué significa tu silencio? ¿Es que me estás insultando por instigación de madame Pratolungo?

Yo acababa de abrir los labios para hacer un nuevo intento de lograr la reconciliación diciendo algunas palabras de paz, pero ella me asestó ese último aguijonazo justo entonces. Mi carne y mi sangre de francesa, al margen de lo que hubieran hecho en tal situación la carne y la sangre de una inglesa, ya no pudieron aguantar ni un instante más. En silencio, le di la espalda presa de la rabia.

Al mismo tiempo, a Nugent se le iluminaron los ojos como si acabara de tener una nueva idea. Me miró con intención y le respondió adoptando la personalidad de su hermano. En ese momento no pude saber con precisión si se acababa de apoderar de él el demonio de la travesura o si llevaba tiempo acariciando la idea de hacer las paces fingiendo que era Oscar, antes

de que éste regresara. Tendría que haber puesto coto a semejante farsa, de sobra lo sé. Sin embargo, mi propio temperamento estaba enardecido. Me sentía tan enrabietada como un gato, y tan dispuesta a todo como un oso arrinconado. Me dije (con esa oportuna frase hecha que se emplea en inglés) que era preciso bajarle los humos; así pues, pensé, muy bien, señor Nugent: adelante, hágalo. ¡Es pasmoso! ¡Es una vergüenza! No tengo palabras para describir mi maldad. Me lo tengo bien merecido. ¡Ah cielos! ¿Qué es un ser humano que se deja llevar por la rabia? ¡Por mi sagrada palabra de honor, no es otra cosa que una bestia por muy humana que parezca!. La próxima vez que tal cosa le suceda, sugiero al lector que se mire en un espejo; ya verá cómo ha desaparecido el alma de su ser, cómo no queda más que un animal, ¡y un animal villano y ensañado!

-¿Me preguntabas qué significa mi silencio? -dijo Nugent.

Le bastaba con moldear su articulación y adaptarla a la lentitud con que vocalizaba su hermano, la única característica que levemente la diferenciaba de su propia manera de hablar, para ser su hermano en persona. Al decir esas primeras palabras, lo hizo con tal destreza que yo misma podría haber, jurado, si no lo hubiera visto de pie delante de mí, que era Oscar quien estaba en la habitación.

-Sí -repuso ella-, eso te preguntaba.

-Guardo silencio -respondió- porque estoy esperando.

-¿Y qué estás esperando?

-Estoy esperando a que pidas disculpas a madame Pratolungo.

Lucilla, sobresaltada, dio un paso atrás. Oscar, habitualmente tan sumiso, había recurrido por vez primera en su vida a un marcado tono de perentoriedad al hablar con ella. Oscar, tan sumiso, en vez de darle tiempo a responder había optado por seguir hablando con gran severidad.

-Madame Pratolungo te ha pedido disculpas. Tú deberías aceptarlas y deberías corresponder como es debido. Es inquietante verte y oírte hablar así. Te estás comportando con enorme ingratitud con mi mejor amiga.

Ella levantó la cara y alzó ambas manos para manifestar su total desconcierto: dio la impresión de que no podía dar crédito a lo qué acababan de percibir sus oídos.

-¡Oscar! -exclamé.

-Aquí estoy -dijo Oscar a la vez que abría la puerta en ese instante.

Ella se volvió rauda como el rayo hacia el punto en el que había hablado. Detectó el engaño al que la había sometido Nugent con un grito de indignación que resonó por toda la sala.

Oscar corrió hacia ella alarmado. Ella lo empujó con violencia.

-¡Un truco! -exclamó-. ¡Ha sido un truco mezquino, vil y cobarde! ¡Se aprovecha de mi ceguera! ¡Oscar! Tu hermano te ha estado imitando; tu hermano me ha hablado con tu propia voz. Y esa mujer que se hace llamar mi amiga, esa mujer estaba junto a él y le oyó, y no me dijo nada. Ella lo animó a hacerlo, y está claro que es quien más lo ha disfrutado. ¡Qué perversos! No quiero estar con ellos, llévame a otra parte. Son capaces de cualquier engaño. Ella siempre te ha odiado, querido mío, desde el principio. Se puso de parte de tu hermano nada más verlo llegar. Cuando te cases

Librodot

conmigo es preciso que no sea en Dimchurch. Ha de ser en otro lugar que ellos desconozcan. Los dos han urdido una conspiración contra ti y contra mí. ¡Cuidado con ellos! ¡Cuidado con ellos! Ella dijo que yo debería haberme enamorado de tu hermano, y que sin duda me habría enamorado de él si lo hubiera conocido antes que a ti. En eso ha de haber un significado más profundo, mi amor, que tú no alcanzas a ver. Eso significa que, si pueden, nos separarán. ¡Ja!. ¡Oigo que alguien se mueve! ¿Es que ha cambiado de lugar contigo? ¿Te estoy hablando a ti? ¡Ay, mi ceguera! ¡Mi ceguera! ¡Ay, Dios! De todas tus criaturas, las mas desamparadas, las más tristes, son las que no pueden ver!

En toda mi vida jamás había oído nada más penoso ni más horrible que la frenética sospecha y la pena que salieron desgarradas de sus labios con semejantes palabras. Me rompió el corazón. Yo había sido impetuosa, me había comportado de mala manera, sí, pero ¿me había merecido eso? ¡No! ¡No, no! No me había merecido tal cosa. Me arrojé a una silla y me eché a llorar. Las lágrimas me ardían en los ojos; los sollozos me ahogaban. Si hubiera tenido veneno al alcance de mi mano, por Dios que lo hubiera bebido. Qué furiosa estaba, qué desdichada me sentía; qué dolida en mi honor, y qué herida en lo más hondo de mi corazón.

La única voz que respondió a la suya fue la de Nugent. Intrépido, ajeno a las consecuencias que pudiera tener su intervención, habló con su voz de siempre desde la otra punta de la sala e hizo la única pregunta de importancia definitiva, la pregunta que ningún ser humano se había atrevido a formularle.

-Lucilla, está segura de que es usted ciega de por vida?

A sus palabras siguió un silencio mortal.

Me sequé las lágrimas de los ojos y alcé la mirada.

Tal como había supuesto, Oscar la tenía abrazada y trataba de apaciguarla en silencio cuando habló su hermano. En el momento en que la vi acababa de separarse de él. Dio un paso adelante, hacia la zona de la estancia en la que se encontraba Nugent, y se detuvo con la cara vuelta hacia él. Todas sus facultades parecían en suspenso debido al silencioso paso que hacia su mente se abría en esos instantes una nueva idea, una idea que él había invocado momentos antes. A lo largo de su niñez, de su adolescencia y de su primera madurez, ni una sola vez, ni en sueños ni en su estado de vigilia, se le había ofrecido tan de cerca la perspectiva de recobrar la vista; ni una sola vez, claro está, hasta ese preciso instante. En su semblante no quedaba ni rastro de la indignación que hacía muy poco Nugent había suscitado en ella. En apariencia al menos, ni una sola señal indicaba que volviera a sacudirla ese sufrimiento nervioso que la sensación de estar en su presencia le había causado horas antes. La única, exclusiva emoción que traslucía era el asombro, un asombro que la había dejado literalmente pasmada; un asombro que la tenía a la espera y desamparada, como si aguardase mecánicamente a saber algo más.

Observé entonces a Oscar. Tenía la mirada clavada en Lucilla, estaba absorto en su contemplación. Habló a Nugent sin mirarlo; parecía animado por un vago temor inspirado en Lucilla, un vago temor que lentamente parecía ir progresando hacia un vago temor por sí mismo.

-¡Mucho cuidado con lo que haces! -dijo-. ¡Mírala, Nugent! ¡Mírala, por favor!

Nugent se aproximó a su hermano dando un rodeo, para colocar a Oscar entre Lucilla y el lugar que él mismo ocupaba.

-¿Es que te he ofendido?-preguntó.

-¿Cómo ibas a ofenderme -contestó- después de lo que me has perdonado, después de lo que por mi culpa has tenido que sufrir?

-Aún así -insistió el otro-, hay algo que no marcha.

-Estoy aterrado, Nugent.

-¿Aterrado? ¿Porqué?

-Por la pregunta que acabas de hacerle a Lucilla.

-Me entenderás en seguida, y ella me entenderá de inmediato.

Mientras esas palabras circulaban entre los dos hermanos, yo permanecí con la atención clavada en Lucilla. Había vuelto lentamente la cabeza hacia el nuevo lugar que ocupaba Nugent al hablar con Oscar. Con esa única excepción, no había realizado ningún otro movimiento. Parecía que ni siquiera era consciente de lo que los dos hombres estaban diciéndose. A todas luces no había oído nada desde el momento en que Nugent sembró en ella la primera duda sobre si sería ciega de por vida.

-Háblele a ella -dije-. ¡Por Dios Santo, no la deje a medias!

Nugent habló hacia ella.

-Ha tenido razones de peso para estar ofendida conmigo, Lucilla. Si me es posible, permítame darle también razones para estarme agradecida antes de que termine con lo que he de hacer. Cuando estuve en Nueva York trabé conocimiento con un cirujano alemán que se había labrado una gran reputación y una fortuna muy considerable allá en América tratando diversas enfermedades oculares. Ha tenido un especial éxito curando ciertos casos de ceguera que otros médicos y cirujanos habían dado por incurables. Le hice mención de su caso, Lucilla. No pudo decir nada con una mínima seguridad, como era de suponer, sin haberla examinado personalmente. Lo único que pudo hacer y que de hecho hizo fue ponerse a mi disposición cuando llegase a Inglaterra. Yo por mi parte, Lucilla, me niego a considerarla ciega de por vida Hasta que este habilidoso hombre llegue a la conclusión de que médicamente no existe esperanza en su caso, tal como han decidido al parecer los cirujanos ingleses. Si todavía existe alguna posibilidad de que recupere usted la vista, por pequeña que sea, estoy plenamente convencido de que él es quien mejor puede encargarse de ello. Ahora mismo se encuentra en Inglaterra. Basta con que diga usted una palabra, que yo me encargaré de traerlo a Dimchurch.

Lucilla alzó lentamente ambas manos y se las llevó a la cabeza. Cambió de color, y de la palidez pasó a un intenso sonrojo, y del sonrojo volvió a la palidez. Tomó aliento con una larga y profunda inspiración, y de nuevo dejó caer ambas manos en su intento por recobrarse de la conmoción. El cambio que se produjo entonces nos dejó a los tres sin aliento. Fue una maravilla verla. Verla fue un espanto. El demudado éxtasis de la esperanza transfiguró su rostro; una sonrisa celestial se dibujó serena en sus labios. Estaba entre nosotros, y estaba sin embargo al margen de nosotros. A la luz inmóvil de la

tarde, que frente a la ventana la iluminaba de lleno, permaneció absorta en su embeleso, como si fuera un silencioso ser procedente de otra esfera. Hubo un momento en que me abrumó la admiración que me inspiraba, hubo otro instante en que me abrumó el miedo. Los dos hombres se dieron cuenta. Los des me indicaron que fuera yo la primera en hablarle.

Avancé unos pasos. Procuré pensar para mis adentros qué iba a decirle, pero no sirvió de nada. No logré pensar con orden ni decir nada. Tan sólo conseguí mirarla. Tan sólo pude decir, muy nerviosa, su nombre.

-¡Lucilla!

Pareció volver a este mundo y a nosotros con un leve sobresalto y un leve arrebol en las mejillas. Se volvió hacia mí.

-¡Venga! -me dijo en un susurro.

En un instante la tenía en mis brazos. Hundió la cabeza en mi pecho. Nos reconciliamos las dos sin mediar palabra. Volvimos a ser amigas, fuimos amigas de nuevo en un solo instante.

-¿Me he desmayado? ¿Me he quedado adormilada? -me dijo en voz, muy baja, todavía desconcertada-. ¿Es que acabo de despertar? ¿Estoy en Browndown? -De repente, levantó la cabeza-. Nugent, ¿está usted ahí?

-Sí.

Con gran gentileza se apartó de mi lado y se acercó a Nugent.

-¿Me acaba de hablar usted? ¿Es usted el que ha sembrado la duda en mí, el que me ha preguntado si de veras estoy condenada a la ceguera de por vida? ¿No lo habré soñado? ¿Ha dicho usted que ese hombre iba a venir, que se acercaba el momento? -de pronto elevó el tono de voz-. ¿Habló usted del hombre que tal vez pueda curarme, del momento en que tal vez yo pueda ver?

-Sí, Lucilla. ¡Lo he dicho muy en serio, Lucilla!

-¡Oscar'! ¡Oscar! ¡¡¡Oscar!!!

Di un paso adelante para llevarla hasta él. Nugent me tocó y me señaló a Oscar cuando yo la tomaba de la mano. Oscar estaba de pie ante el espejo, con una expresión de desesperación que vuelvo a ver ahora, al escribir estas líneas. Estaba de pie muy cerca del espejo, y miraba en silencio el repugnante reflejo de .su rostro. Por elemental compasión, vacilé sin saber si llevarle a Lucilla. Esta dio un paso al frente y extendió la mano y le rozó el hombro. El reflejo de su rostro encantador apareció en el espejo detrás del de Oscar. Ella se puso de puntillas apoyándose en él con las dos mancos.

-¡Pronto tal vez llegue el momento, amor mío, en que te pueda ver!

Con un grito de alborozo, Lucilla arrimó su cara a la suya y lo besó en la frente. Nada más soltarlo, él abatió la cara contra el pecho, cabizbajo; se la cubrió con ambas manos y sofocó por el momento toda expresión de dolor que por dentro lo estaba torturando. Yo me la llevé con premura, antes de que con su rápida y fina sensibilidad tuviera tiempo de averiguar que algo no iba bien. A pesar de todo, se me resistió. A pesar de todo, me hizo una pregunta que denotó toda su suspicacia.

-¿Por qué me aparta de su lado?

¿Qué excusa podía yo darle? Mi ingenio no me sirvió de ayuda.

Me repitió la pregunta, y al menos por una vez la suerte se puso de nuestra parte. Alguien llamó a la puerta justo a tiempo, cuando ella intentaba liberarse de mí.

-Alguien llama -dije-. Voy a abrir.

Todavía estaba diciéndolo cuando entró el criado con una carta procedente de la casa rectoral.

CAPITULO XXIX

Reunión parlamentaria

¡Ah, qué interrupción tan oportuna! Después de la agitación que habíamos pasado, estábamos todos necesitados por igual de un alivio corno aquél. Fue todo un lujo, sin duda alguna, volver a la rutina de la vida cotidiana. Pregunté a quién iba dirigida la carta, y me contestó Nugent.

-La carta viene dirigida a mí, y la envía el señor Finch.

Una vez leída la carta, se volvió hacia Lucilla.

-Envié un mensaje a su padre para pedirle que se reuniese aquí con nosotros -dijo-. El señor Finch contesta diciendo que sus deberes le obligan a permanecer en su casa, y que la casa rectoral le parece un lugar más idóneo para discutir un asunto de familia ¿Tiene usted alguna objeción en que volvamos a la casa? ¿Le importaría adelantarse e ir con madame Pratolungo?

Las suspicacias de Lucilla despertaron prontas como siempre.

-¿Y por qué no con Oscar? -preguntó.

-Su padre me sugiere en su nota -comentó Nugent- que está un tanto dolido por el hecho de que le avisemos con tan escasa antelación de la discusión que hemos de celebrar. Se me ha ocurrido que si usted y madame Pratolungo se adelantan, sabrá ponernos en paz. con el rector, aparte de asegurarle que no ha sido nuestra intención faltarle al respeto, antes de que Oscar y yo aparezcamos por allí. ¿No le parece que, si lo hiciera, las cosas nos resultarían más fáciles?

Una vez ideada una forma tan diestra de separar a Oscar y a Lucilla, y de ganar un tiempo precioso para que su hermano recuperase la compostura y la fuerza antes de que volvieran a verse, Nugent nos abrió la puerta y nos invitó a salir. Lucilla y yo dejamos a los gemelos en la modesta estancia que había sido testigo de una escena memorable para todos por igual, tanto por los intereses que teníamos entonces como por sus consecuencias en el futuro.

Media hora más tarde estábamos todos reunidos en la casa rectoral.

El debate que habíamos aplazado, con la excepción de una pequeña sugerencia que emanó de mí fue un debate que a nada condujo. Bien podría describirse como un discurso que nos endilgó el señor Finch. ¿Asunto? Una reafirmación de la dignidad del señor Finch.

En esa ocasión (por tener pendientes asuntos de mayor importancia) me tomo la libertad de cortar el discurso del reverendo caballero por lo sano y dejarlo de acuerdo con la estatura del susodicho y reverendo caballero. Corto de estatura, el rector aparecerá aquí, por primera vez en su vida, parco en palabras.

El reverendo Finch se puso en pie y despachó sus objeciones a todo lo que se había expuesto. Objetó haber tenido que recibir un mensaje en una tarjeta, en vez de en una nota como era debido. Objetó que de él se esperase que se personara en Browndown avisado con tan poca antelación. Objetó haber sido la última persona en tener conocimiento (en vez de ser la primera) de la exagerada y absurda visión del señor Nugent Dubourg sobre el caso de su afligida hija. Objetó la existencia misma del cirujano alemán, por ser sin

duda extranjero y además desconocido, amén de seguramente un matasanos y un charlatán. Objetó el baldón que se hacia a la cirugía británica sólo con pensar en traer al extranjero a Dimchurch. Objetó los gastos que supondría dicho proceder. Por último, objetó la totalidad y la razón misma de la propuesta hecha por el señor Nugent Dubourg, que tenía por origen una clara rebelión contra el decreto de la sapientísima Providencia y por resultado la evidente perturbación del ánimo de su hija, «que es, gracias a mi influencia, caballero, un espíritu puro en un estado de resignación cristiana, y que bajo su influencia pasa a ser un espíritu en un estado de constante revuelta infiel». Con estos comentarios a modo de conclusión, el reverendo caballero tomó asiento y aguardó una respuesta.

Siguió un desenlace notable, que con mayor beneficio se podría dar en otros Parlamentos. No le respondió nadie.

El señor Nugent Dubourg se puso en pie -¡no!: tomó asiento- y dijo que declinaba tomar parte en la discusión. Estaba sobradamente dispuesto a esperar hasta que el fin justificase los medios que se proponía emplear. En cuanto a lo demás, tenía la conciencia tranquila y se ponía por entero al servicio de la señorita Finch.

El señor Oscar Dubourg, escondido detrás de su hermano para no llamar la atención, siguió el ejemplo de éste. La decisión que se debía tomar sobre el asunto que se discutía dependía por entero de la señorita Finch. El por su parte no tenía una opinión propia que deseara exponer.

La señorita Finch fue interpelada a continuación, y tan sólo tuvo una respuesta que dar a la concurrencia. Con el debido respeto a su señor padre, se aventuró a pensar que ni él ni nadie que poseyera el sentido de la vista era capaz de penetrar, a fondo en sus sentimientos, habida cuenta de las circunstancias. Si realmente existía una sola posibilidad de que ella recobrase la vista, por remota que fuera, lo menos que podía hacer era aprovechar la oportunidad y hacer cuando menos la prueba. Encareció, así pues, al señor Nugent Dubourg que no perdiera ni un solo instante en traer al cirujano alemán a Dimchurch.

La señora Finch, cuya opinión se recabó acto seguido, habló tras una pequeña demora producida por el extravío de su monedero. No se atrevió a manifestar una opinión que difiriese de la de su marido, el cual nunca había estado sino completamente acertado en todos los asuntos. No obstante, si el cirujano alemán efectivamente visitaba Dimchurch, y si al señor Finch no le parecía que existía ninguna objeción, querría hacerle una consulta (a ser posible gratis) sobre el asunto de «los ojos del bebé». La señora Finch ya procedía a explicar que felizmente no le sucedía nada malo, que ella personalmente sabía que el bebé veía perfectamente, y que tan sólo deseaba recabar la opinión médica de un experto, por si acaso sucediera algo en una futura ocasión, cuando fue llamada al orden por el señor Finch. El reverendo caballero, al mismo tiempo, interpeló a madame Pratolungo para que pusiera punto final al debate expresando con toda Franqueza su opinión.

Madame Pratolungo, a modo de conclusión, expuso lo siguiente:

Que la cuestión de la consulta con el cirujano alemán parecía (después de lo dicho por la señorita Finch) una cuestión que había llegado más allá del ámbito de la mera expresión de los sentimientos por parte de cualquier otra persona. Que ella proponía, en consecuencia, considerar, más que la

Librodot

consulta, los resultados que de ella pudieran derivarse. Que una vez considerados dichos resultados tenía una opinión propia que deseaba expresar con toda franqueza tal como sigue. Que, a su juicio, la investigación propuesta para indagar las posibilidades reales de devolver la facultad de la vista a la señorita Finch implicaba una serie de consecuencias excesivamente graves que no podían confiarse a la decisión de un solo hombre, por diestro y por famoso que dicho hombre pudiera ser. Que de acuerdo con esta idea, se tornaba la libertad de sugerir: 1) que se asociara un eminente oculista inglés con el eminente oculista alemán; 2) que procedieran a un examen exhaustivo de la señorita Finch ambos caballeros profesionales, y que uno y otro se consultaran mutuamente sobre los resultados obtenidos; 3) que manifestaran con amplitud las opiniones a las que pudieran llegar respectivamente, y que dichas opiniones fuesen objeto de una nueva discusión antes de tomar ninguna medida definitiva. Por último, que esta propuesta así formulada en forma de resolución fuera sometida (caso de ser necesario) a una votación entre los presentes.

La resolución propuesta fue sometida a votación. Resultado:

Mayoría: síes.
Señorita Finch.
Señor Nugent Dubourg
Señor Oscar Dubourg
Madame Pratolungo

Minoría: noes.
Señor Finch (a causa (le los gastos).
Señora Finch (porque el señor Finch dice que no).

La resolución quedó aprobada por una diferencia de dos votos a favor. Quedó aplazado el debate hasta una fecha a decidir en el futuro.

En el primer tren, a la mañana siguiente, Nugent Dubourg partió a Londres.

A la hora del almuerzo, ese mismo día, llegó un telegrama que informaba de sus gestiones con las siguientes palabras:

> He visto a mi amigo. Está a nuestro servicio. También está deseoso de consultar con un oculista inglés de nuestra elección. Voy a localizar a ese hombre. Esperen un nuevo telegrama más avanzado el día.

El segundo telegrama nos llegó a la caída de la tarde, y decía así:

> Todo resuelto. El oculista alemán y el oculista inglés saldrán mañana de Londres conmigo. Tomaremos el tren de la una menos veinte mañana por la tarde.

Librodot

Tras leerle el telegrama a Lucilla, se lo envié a Oscar a Browndown. ¡Juzgue el lector por sí mismo cómo durmió el y cómo dormimos nosotras esa noche!

Librodot

CAPITULO XXX

Herr Grosse

En este punto conviene mencionar varias circunstancias que se produjeron a primera hora del día en que esperábamos la llegada de los dos oculistas. Tengo toda la voluntad de relatarlas, aunque la capacidad de hacerlo me flaquea por completo.

Cuando vuelvo a considerar aquella mañana tan llena de sucesos, recuerdo una escena de confusión y de incertidumbre, cuya simple rememoración parece causarme otra vez una profunda alteración del ánimo, incluso a pesar del tiempo transcurrido. Las cosas y las personas se mezclan unas con otras sin ton ni son. Veo la encantadora figura de mi Lucilla ciega, vestida de rosa y blanco, yendo de un lado a otro tanto por la casa como por fuera de ella, en un momento loca de impaciencia por la llegada de los cirujanos, en otro estremecida de aprensión ante la ordalía que se avecinaba, ante el terrible disgusto que de todo ello pudiera seguirse. Pasa tan sólo un instante más, y en el momento en que la he captado bien, su rubia figura se derrite y se funde en la triste aparición de Oscar, que va y viene titubeando entre Browndown y la casa rectoral, hecho un manojo de nervios y dolorosamente consciente de las nuevas complicaciones que se han introducido en su postura respecto al Lucilla en vista del nuevo estado de hechos; a pesar de todo ello, sigue sin tener la hombría suficiente para aprovechar la oportunidad que se le presenta y poner las cosas en claro. Pasa otro instante y se abre camino al fondo una nueva figura que llega pavoneándose con toda su inconsecuencia hasta hallarse en primer plano, antes de que yo esté del todo preparada. Oigo un vozarrón que resuena en mis oídos, con las grandes palabras que le corresponden: «No, madame Pratolungo, no habrá una sola cosa que me induzca a sancionar por medio de mi presencia esta desatinada consulta médica, este extravagante y profano empeño de subvenir los decretos de la sapientísima Providencia por medios puramente humanos. He dicho que no y lo digo en redondo; empleo el lenguaje más popular, le ruego que lo tenga en cuenta, para no dejar en su ánimo el menor lugar a la duda: ¡me niego en redondo!.». Pasa todavía otro momento y Finch con su rotundidad desaparece por encima del horizonte de mi mente exactamente cuando lo acababa de ver. La húmeda señora Finch y el bebé cuya eterna ocupación consiste en mamar y dormir ocupan el lugar que acaba de quedar libre. La señora Finch me ruega con acuosa entrega que le guarde su secreto, y entonces me confía su intención de escapar a la supervisión de su señor marido, caso de que le sea posible, para lograr que la cirugía británica y la cirugía alemana observen (gratuitamente) los ojos del bebé. Imagínese que todas estas personas se tuercen y se retuercen en las circunvoluciones de mi cerebro, como si ese cerebro fuese un laberinto; lo que unos dicen y lo que unos hacen se confunde con lo que dicen y lo que hacen los otros, sumado a todo ello un tenue hilillo de preocupaciones mías particulares (entre ellas, el almuerzo que, era preciso servir a los dos renombrados doctores) que goteaba de vez en cuando por encima de todo el amasijo, y no se extrañará el lector si decido dar un salto, como una oveja, y salvar seis preciosas horas para presentarme en solitario ante sus ojos, apostada en la sala de estar y dispuesta a recibir al consejo de los cirujanos a su llegada a la casa.

Librodot

Sólo tuve dos consuelos que me sostuvieran.

Primero, un pollo estofado en salsa de mayonesa que iba a preparar yo y a servir como almuerzo, y que como obra de arte resultó sencillamente memorable, aunque no diré nada más al respecto. Segundo, mi vestirlo de seda verde adornado con los afamados encajes de mi madre, otra obra de arte no menos adorable que la primer. Tanto si contemplaba la mesa del almuerzo como si me miraba yo en el espejo, podía decir para mí que incluso en aquel recóndito rincón de la tierra, el peregrino de la civilización que buscara los hijos más elegantes de la vida podría llegar y comprobar ¡la supremacía de Francia!

El reloj dio las tres y cuarto. Lucilla, fatigada y harta de tanto esperar en mi habitación, asomó la cabecita por la puerta y repitió por enésima vez la pregunta de siempre:

-¿Todavía no han dado señales?

-Todavía no, mi amor.

-¡Ay! ¿Cuanto han de hacernos esperar todavía?

-Paciencia, Lucilla. ¡Paciencia!

Desapareció una vez más con un suspiro de hastío. Pasaron otros cinco minutos, y la vieja Zillah se asomó entonces a la sala.

-¡Ya llegan, señora! ¡Hay un coche de punto en la cancela!

Me sacudí las faldas de mi vestido de seda verde para alisarlas y lancé una última mirada al pollo a la mayonesa. La animada voz de Nugent me llegó desde el jardín, por donde conducía a los desconocidos.

-Por aquí, caballeros. Síganme, se lo ruego.

Una pausa. Pasos. Se abrió la puerta. Nugent los hizo pasar.

-Herr Grosse, de América; el señor Sebright, de Londres.

El alemán se sobresaltó levemente al oír mi nombre. Al inglés no le afectó ni lo más mínimo. Herr Grosse había oído hablar de mi glorioso Pratolungo. El señor Sebright era un bárbaro ignorante de su existencia. Describiré primero a Herr Grosse, y con él me tomaré todas las molestias que sean necesarias.

Era un hombre robusto, de corta estatura, que se afanaba encaramado en un par de piernas cortas y arqueadas; era desaliñado y llevaba las ropas un tanto desaseadas, sin cepillar debidamente; tenía la cara grande, cuadrada, de un amarillo bilioso, rematada por una pelambrera crespa, color gris hierro; las cejas, negras como dos escarabajos; los ojos saltones, negrísimos, de mirada fija y feroz, rodeados por sendas lentes circulares, enormes, que se erguían como dos fortificaciones; una barba muy poblada y un bigote en el que se mezclaban el blanco, el negro y el gris; llevaba en el dedo índice de una de sus peludas manos un prodigioso anillo con un camafeo, mientras que la otra mano no hacía sino entrar y salir sin cesar de una polvera de plata donde guardaba el rapé como si fuera una pequeña tetera; tenía la voz. áspera y recia; una sonrisa diabólicamente humorística; una manera de hablar seca e incluso cortante, que denotaba gran confianza en sí mismo, así como resolución, poder y un espíritu independiente que de hecho se expresaban en todo su ser, de la cabeza a los pies. He aquí el

Librodot

retrato del hombre que tenía en sus manos (siempre y cuando confiásemos en Nugent) el restablecimiento de la visión de Lucilla.

El oculista inglés era tan distinto de su colega alemán como distintos pueden llegar a ser dos seres humanos entre sí.

El señor Sebright era delgado y sobrio, e iba escrupulosamente (incluso dolorosamente) limpio y atildado. Su cabello claro y escaso estaba cuidadosamente peinado con raya al medio; llevaba la cara bien afeitada, adornada con dos trocitos de bigote de unos seis centímetros de longitud, sin un solo pelo de más. Sus ropas negras y decentes estaban hechas a la perfección; no gastaba un solo ornamento en su persona, ni siquiera una leontina; se movía con gran precisión, hablaba con gravedad, con suma tranquilidad; la disciplina y la atención eran lo que miraba a su interlocutor desde el fondo de sus ojos gris claro para taladrarlo, y en cada uno de los movimientos de sus labios finísimos venía a decir: «Aquí estoy si usted desea algo de mí». Un hombre capacitado a fondo, sin ningún género de dudas; un hombre intachable, aunque de ninguna manera hubiera accedido yo a tenerlo por único compañero de viaje durante un largo trayecto.

Recibí a estos distinguidos caballeros con toda mi elegancia. Herr Grosse me hizo un cumplido nada más tener conocimiento de mi apellido ilustre, y acto seguido me estrechó la mano. El Señor Sebright dijo que hacía un día espléndido e inclinó ligerísimamente la cabeza. El alemán, en el momento en que gozó de libertad para mirar en derredor, contempló la mesa del almuerzo. El inglés miró por la ventana.

-¿Les apetece tomar un refrigerio, caballeros?

Herr Grosse asintió con su cabeza imponente para dar muestras de entusiasta aprobación. Con sus ojos asilvestrados contempló golosamente el pollo a la mayonesa a través de sus lentes prodigiosas.

-¡Ajá! Eso me gusta -dijo el ilustre cirujano a la vez que señalaba con el dedo del anillo-. Se ve que sabe usted hacerle, se ve que lo hace en dos cremas. ¿Es del pollos o langostas? A mí más me gustan las langostas, pero los pollos son buinos también. La guarniación estupenda es, con las sus anchoas, olivas, rabanetas; marrón, verde, colorado sobre una espesa salsa blanca. A ésta le llamo yo un platillos celestial. Del pollo así le sale rebuino a las dos maneras: *rebuino* a los ojos, rebuino a la paladar. ¡Buino! A por los entresijos que vamos. Madame Pratolungo, así comience usted. ¡Allá que van a las alitas!

En su extraordinaria manera de expresarse en inglés, cambiando singulares por plurales y el género de dos palabras de cada tres, dando la vuelta a las vocales y desterrando de su lengua la conjunción «y», Herr Grosse anunció que estaba listo para sentarse a dar buena cuenta del almuerzo. Con suma cortesía lo alejó del pollo a la mayonesa la discreción de su colega inglés, que llamó su atención hacia la paciente.

-Le ruego me disculpe -dijo el señor Sebright-, pero ¿no sería aconsejable ver a la damisela antes de hacer ninguna otra cosa? Yo estoy en la obligación de regresar a Londres en el siguiente tren.

Herr Grosse, con un tenedor en una mano y una cuchara en la otra, con una servilleta anudada ya al cuello, contempló apenado la mesa; meneó la cabezota enorme; dio la espalda al pollo a la mayonesa con el corazón

Librodot

compungido ante tan ardua despedida.

-Buino. Lo primero a trabajar: lo después ya se almorzará. ¿Dónde para la pacientes? Venga, va, empezar es lo primero. -Se quitó la servilleta, resopló un suspiro (no hay otra manera de expresarlo) y hundió el índice y el pulgar en la cajita del rapé-. ¿Dónde para la pacientes? -repitió un tanto irritado-. ¿Cómo es que no está aquí a manos?

-Está esperándolos en la habitación contigua -dije-. La acompañaré a la sala inmediatamente. Estoy segura de que sabrán perdonarla, caballeros, si la encuentran un tanto nerviosa -añadí mirando a los dos oculistas. En silencio, el señor Sebright hizo un amago de reverencia. Herr Grosse esbozó su diabólica sonrisa.

-Tenga usted su mente en paz, mi buena señora, que no soy yo tan brutos como aparento.

-¿Dónde está Oscar? -preguntó Nugent cuando me crucé con él camino del dormitorio de Lucilla.

-Después de haber cambiado de idea por lo menos una docena de veces -le contesté-, al final decidió que no iba a estar presente en el examen médico.

Nada más decir yo estas palabras se abrió la puerta y entró Oscar en la estancia. Había vuelto a cambiar de idea por decimotercera vez, ¡y ése fue el resultado, su propia aparición!

Herr Grosse prorrumpió en una exclamación en su propia lengua nada más ver la cara de Oscar.

-*Ach, Gott!* -exclamó-. ¡Nitratos de la plata ha tomado! Tiene la piel arruinadas. ¡Pobre chicos! ¡Pobre chicos! -sacudió su peluda cabeza, se dio la vuelta, escupió compasivamente a un rincón de la sala. Oscar pareció tomárselo a ofensa; el señor Sebright parecía asqueado; Nugent disfrutó a carta cabal de la situación. Salí de la estancia y cerré la puerta a mis espaldas.

Ni siquiera había dado dos pasos cuando oí que la puerta volvía a abrirse. Me volví en redondo y con gran sorpresa me encontré cara a cara con Herr Grosse, que me miraba fijamente y con ferocidad a través de sus gruesas gafas, a la vez que me ofrecía el brazo.

-¡Chitón! -dijo el famoso oculista en un recio susurro-. Nada diga a nadie, no, que en su ayuda vengo yo.

-¿En mi ayuda? -repetí.

Herr Grosse asintió con vehemencia, con tanta vehemencia, a decir verdad, que las lentes le rebotaron sobre el puente de la nariz.

-¿Qué me acababa de decir usted? -preguntó-. Me dijo que la pacientes estaba nerviosa, ¿no? ¡Buino! Aquí que vengo yo para ir con usted a la pacientes y ayudarlas a traerlas. ¡Eso, eso es! Que no soy tan brutos como lo parezco. Venga, va, empezar es lo primero. ¿Dónde dice que está?

Vacilé un instante sin saber si debía introducir o no a tan notable embajador en el dormitorio de Lucilla. Me bastó con echarle un vistazo para decidirme. A fin de cuentas, era médico, ¡y era tan feo...! Así pues, le tomé del brazo.

Entramos juntos en la habitación de Lucilla. Ella se puso en pie de un

brinco, levantándose del sofá en que estaba reclinada cuando percibió las extrañas pisadas que entraban junto a las mías.

-¿Quién es? -gritó.

-Yo soy, yo soy, queridas -dijo Herr Grosse-. *Ach, Gott!* ¡Qué linda muchachitas! ¡Ésa es exactamente la color de piel que a mí más me gusta, bien rubias, bien blanquitas! ¡Rubias, blanquitas, sí, señor! He venido a ver qué se puede hacer, mi bella señorita, por esos ojos que tiene. Si consigo que la luz llegue a sus ojos... ¡eh! Me amará usted, ¿a que sí? Seguro que besaría usted incluso a un alemán tan feos como yo. ¡Eso, eso es! Venga bajo mi brazo. Vayamos a volver a la otra habitación. Hay otro que la espera para que la luz le llegue a los ojos, el señor Sebrights. Dos cirujanos ópticos para una bella señorita; un cirujano óptico inglés, un cirujano óptico alemán. ¡Eh! Entre los dos habremos de curar a esta bella muchachitas. Madame Pratolungo, tenga mi otro brazos, que lo pongo a su servicios. ¡Eh! ¿Cómo? ¿Que me mira usted la manga del levitas? Sí que la tengo sucia y raída, que vergüenzas me da. Mas no importa. Tiene usted al señor Sebrights para bien mirarlo hasta hartar en la otra habitación. Está como las chorras del oro, bello como nuevo. ¡Va, venga, vamos! ¡Adelante! ¡.Marchen!

Nugent, que nos aguardaba en el pasillo, abrió la puerta para que pasáramos.

-¿No le parece una delicia? -me dijo en un susurro cuando pasé a su lado, a la vez que me señalaba a su amigo con un golpe de mentón. Escoltadas por Herr Grosse, hicimos una magnífica entrada en la sala. Nuestro médico alemán ya le había hecho bien a Lucilla. El examen estuvo desprovisto de todo azoramiento, de toda tensión y de todo terror al menos en un principio. Herr Grosse la había hecho reír; Herr Grosse había conseguido que se sintiera completamente a sus anchas.

El señor Sebright y Oscar conversaban de manera sumamente amistosa cuando regresamos a la sala. El reservado caballero inglés parecía tener una cierta preferencia por el tímido Oscar. También el señor Sebright se mostró sorprendido ante Lucilla; en la frialdad de su rostro apareció una encendida expresión cuando le fue presentada. Colocó una silla ante la ventana. En su manera de hablar, cuando se dirigió a ella y le pidió que tornara asiento, mostró una calidez que yo no le había oído antes. La muchacha ocupó la silla. El señor Sebright se alejó unos pasos e hizo una especie de reverencia dirigida a Herr Grosse, con un gesto de cortesía en dirección a Lucilla, con el cual quiso decirle: «¡usted primero!».

Herr Grosse agradeció el ofrecimiento con otro gesto y con una vehemente sacudida de su enorme cabeza, con los que dio a entender más o menos que «de ninguna manera; ni en sueños».

-Perdóneme -dijo encarecidamente el señor Sebright-. Por ser usted mayor que yo, por estar de visita en Inglaterra, por ser un maestro en nuestro arte...

Herr Grosse contestó regalándose tres pizcas de rapé en rápida sucesión: una pizca por ser mayor, otra por ser visitante en Inglaterra, la tercera por ser un maestro en el arte. Se hizo una pausa horrorosamente larga. Ninguno de los cirujanos parecía dispuesto a preceder al otro hasta que Nugent intervino.

-La señorita Finch está esperando -dijo-. Vamos, Grosse, usted fue el primero en presentarse a ella, así que usted ha de ser el primero en examinarla.

Herr Grosse tomó la oreja de Nugent con el índice y el pulgar y le dio un bienintencionado pellizco.

-¡Qué listo es el chicos! -dijo con buen humor-. ¡Siempre tiene el palabro adecuado en la puntas de la lengua! -Se acercó con paso torpe a la silla de Lucilla y se detuvo en seco, con aire escandalizado. Oscar estaba inclinado sobre ella, y le musitaba algo al oído a la vez que le había tomado de la mano-. ¡Eh! ¿Cómo? -exclamó Herr Grosse-. ¿Es que tenemos un tercer cirujano óptico? ¡Señor mío! ¿Es que trata usted los ojos de la señorita tomando el mano de la señorita misma? Es usted un matasanos. ¡Fuera de aquí!

Oscar se retiró no con demasiada elegancia en sus movimientos. Herr Grosse ocupó una silla delante de Lucilla y se quitó las gafas. Al ser corto de vista, tenía forzosamente una vista excelente para examinar todos los objetos que estuvieran suficientemente cerca. Se inclinó y acercó la cara a la de Lucilla, y le retiró primero un párpado, luego el otro, con un delicado movimiento del índice y el pulgar; así observó alternativamente primero un ojo, luego el otro.

Fue un momento de tanto interés que todos contuvimos la respiración. ¿Quién podía saber qué influencia podía ejercer en el futuro de Lucilla aquel hombrecillo extranjero, tan tosco y caprichoso? ¡Con qué ansiedad miramos todos sus cejas peludas, sus ojos saltones y penetrantes! ¡Y qué desilusión, cielos, sentirnos todos con el primer resultado! A Lucilla se le escapó un irreprimible estremecimiento de repugnancia. Herr Grosse se apartó de ella y la fulminó con una de sus benignas miradas a la vez que esbozaba su sonrisa diabólica.

-¡Ajá! -dijo-. Ya veo qué pasa. Torno rapé, fumo, apesto a tabacazos. La bella señorita me ha olido y lo dice con el fondo de su corazón. *Ach, Gott!* ¡Cómo apesta!

Lucilla prorrumpió en una risa incontrolable. Herr Grosse, divertido v sin dejarse afectar por el contratiempo, sonrió complacido y le quitó el pañuelo del bolsillo de su falda.

-Présteme el aromas -dijo el excelente alemán-. Impediré que note ningún olor con éste debajo del nariz, y así no le llegará mi pestazo a tabacos y todo estará bien, estupendamente, así podremos proceder. -Le di un frasco de agua de lavanda que había sobre la mesa. Empapó el pañuelo con suma gravedad y lo colocó de repente ante la nariz de Lucilla-. Sosténgalo ahí, señorita. Le juro por su vida que ya no podrá oler ahora a Grosse. ¡Buino! Ya podemos proceder.

Sacó una lupa del bolsillo del chaleco y esperó hasta que a Lucilla se le hubiera pasado más o menos el ataque de risa. Luego reanudó el examen, tan cruel y tan grotesco en sí mismo, y tan terriblemente serio por las cuestiones que entrañaba: Herr Grosse miraba atentamente a su paciente con la lupa, mientras Lucilla se recostaba en la silla y sujetaba el pañuelo sobre su nariz.

Pasó un minuto, puede que algo más, y la ordalía del examen concluyó.

Librodot

Herr Grosse se guardó la lupa con un gruñido que sonó a un gruñido de alivio, y arrebató el pañuelo de manos de Lucilla.

-*Ach*! ¡Qué mal huele! -dijo llevándose el pañuelo a la nariz con una mueca de asco-. El tabacos huele mucho mejor que esto. -Dio solaz a su olfato, ofendido por el agua de lavanda, con una considerable pizca de rapé-. Ahora me dispongo a hablar -prosiguió-. ¿Lo ven? Mantengo las distancias. No quiero más pañuelas ni quiero que me huela usted ya más.

-¿Estoy ciega de por vida? -dijo Lucilla-. ¡Por favor, le ruego que me lo diga, señor! ¿Estoy ciega de por vida?

-¿Me besaría si se lo digo?

-Oh, por favor, considere qué ansiosa estoy. ¡Por favor, por favor, por favor le ruego que me lo diga!

Trató incluso de postrarse arrodillada delante de él. Herr Grosse la sostuvo con firmeza y amabilidad en su silla.

-¡Ea, ea! Sea usted buina, pórtese bien, antes dígame: cuando sale a pasear por el jardín y se da uno de sus paseítos de damisela perezosa un día de sol radiantes, ¿es lo mismo a sus ojos que si estuviera tendida en cama a mitades de la noche?

-No.

-¡Ajá! ¿Sabe usted que hay una bonita luz, o sabe que está a oscuras?

-Sí.

-Entonces, ¿por qué me pregunta si está ciega de por vida? Si eso alcanza a ver, ni siquiera está ciega propiamente hablando.

Lucilla unió ambas manos con un gritito de alborozo.

-¡Oh! ¿Dónde está Oscar?

Lo busqué por todas partes, pero se había marchado. Mientras su hermano y yo estábamos atentos, hechizados incluso por las preguntas del cirujano y las respuestas de la paciente, debía de haber salido furtivamente de la sala.

Herr Grosse se puso en pie y dejó la silla libre para el señor Sebright. Con el éxtasis de la nueva esperanza ya confirmado, Lucilla parecía ajena a la presencia del oculista inglés cuando éste ocupó el lugar de su colega. La gravedad de su rostro parecía revestir mayor seriedad que nunca, y también él sacó una lupa de su bolsillo. Separó con delicadeza los párpados de la paciente y pasó a examinar su ceguera a su debido turno.

La investigación del señor Sebright duró muchísimo más que la de Herr Grosse. Procedió a examinarla en completo silencio.

Cuando hubo terminado, se puso en pie sin decir palabra y dejó a Lucilla tal como la había encontrado, embelesada y como en trance, embebida en su propia felicidad, pensando en el día en que abriese los ojos a la luz de la mañana y viera todo lo que la rodeaba.

-¿Y bien? -dijo Nugent con impaciencia al señor Sebright-. ¿Qué opinión se ha formado?

-Yo todavía no digo nada. -Con ese implícito reproche dirigido a Nugent, se volvió hacia mí-. Tengo entendido que la señorita Finch ya era ciega, o todo lo ciega que entonces se pudo descubrir, cuando tenía un año de edad.

Librodot

-Eso es lo que yo tengo entendido -repuse.

-¿Hay en la casa alguna persona, sean los padres, otros parientes o algún criado, que pueda hablar de los síntomas que se advirtieron cuando era una niña?

Toqué la campanilla para llamar a Zillah.

-Su madre murió hace tiempo -dije-. Y existen ciertos motivos que impiden a su padre estar presente hoy con nosotros, pero su vieja nodriza podrá darle toda la información que precise.

Apareció Zillah. El señor Sebright dio comienzo al interrogatorio.

-¿Estaba usted al servicio de la casa cuando nació la señorita Finch?

-Sí, señor.

-Cuando nació, o bien poco después, ¿se noto que tuviera algún problema en la vista?

-No, señor, ninguno.

-¿Cómo lo supo?

-Lo supe fijándome en ella, señor. De niña, se quedaba mirando a las velas, y asía los objetos que le poníamos delante, tal como hacen los bebés.

-¿Cómo se descubrió que había empezado a quedar ciega?

-Del mismo modo, señor. Llegó un tiempo, pobrecilla, en que sus ojos tenían una veladura vidriosa, y por más que lo intentase, ya fuera de día o de noche, era igual: no alcanzaba a ver nada.

-¿Se produjo gradualmente su ceguera?

-Sí, señor. Poco a poco, podríamos decir. Fue empeorando lentamente, una semana tras otra. Tendría poco más de un año antes de que comprobásemos con toda claridad que había perdido la vista.

-Y su padre o su madre, ¿tuvieron alguna vez algún problema oculto?

-No, señor, nunca. Al menos, que yo haya sabido.

El señor Sebright se volvió hacia Herr Grosse, que estaba sentado ante la mesa del almuerzo y contemplaba con resignación la fuente de pollo a la mayonesa.

-¿Desea usted hacer alguna pregunta a la nodriza? -le dijo.

Herr Grosse se encogió de hombros y señaló con el pulgar por encima del hombro hacia Lucilla, que seguía sentada en su silla.

-Para mí que su caso está claro como el aguas, como que dos y dos son cuatros. *Ach, Gott!,* ¿Qué le quiero yo a la nodriza? -Se volvió hacia la fuente de pollo a la mayonesa-. ¡Se me va a pasar mi espléndido apetitos! ¿Cuándo se almuerza aquí?

Con un frío gesto, el señor Sebright dio permiso a Zillah para que se marchase. Su actitud, tan poco halagüeña, empezaba a producirme cierta intranquilidad. Me aventuré a preguntarle si ya había llegado a alguna conclusión.

-Permítame consultar con mi colega antes de contestarle -dijo aquel hombre inescrutable. Fui al lado de Lucilla, que me preguntó de nuevo por Oscar. Le dije que supuse que lo encontraríamos en el jardín, y de ese modo salí con ella. Nugent nos siguió. Oí que Herr Grosse le susurraba lastimero

Librodot

cuando pasábamos por delante de la mesa puesta para almorzar.

-Por el amor del cielo, no regresen tarde; almorcemos de una vez.

Dejamos a la desigual pareja para que consultara a sus anchas en la sala de estar.

Librodot

CAPITULO XXXI

¿Quién decidirá?

Ciertamente, ni siquiera llevábamos diez minutos en el jardín cuando nos sobresaltó un extraordinario estallido de gritos en un inglés macarrónico, que procedía de la ventana de la sala de estar.

-¡Hola, hola! ¡Eh! ¡Oh! ¡Hola, hola!

Levantamos la vista y nos encontramos a Herr Grosse, que agitaba frenéticamente un pañuelo rojo desde la ventana.

-¡El almuerzo, hora del almuerzo! -gritó el cirujano alemán-. Ha terminados el consulta. ¡Venga, va, empezar es lo primero!

Obedientes a tan perentoria llamada, Lucilla, Nugent y yo regresamos a la sala de estar. Tal como yo había previsto, encontramos a Oscar vagando a solas por el jardín. Mediante una señal me rogó encarecidamente y en silencio que no revelase nuestro descubrimiento a Lucilla, y se apresuró a esconderse en uno de los caminillos más alejados de la casa. Daba pena ver la agitación que le corroía por dentro. En un momento de tanta ansiedad era imposible que se pudiera fiar de sí mismo en presencia de Lucilla.

Cuando dejamos a solas a los oculistas, envié a Zillah con un breve mensaje escrito para el reverendo Finch, en el cual le encarecía (aunque .solamente fuera por guardar las apariencias) que reconsiderase su resolución y que estuviera presente en la importantísima ocasión en que su hija tendría conocimiento de las opiniones médicas suscitadas por su caso. Al pie de la escalera, a nuestro regreso, me llegó la respuesta a mi mensaje en una hoja de papel de sermón. «El señor Finch declina el sometimiento de una cuestión de principios a toda consideración dictada por mera conveniencia personal. Desea en cambio recordar muy seriamente a madame Pratolungo lo que ya tuvo ocasión de comunicarle. Dicho de otro modo, desea repetir, y esta vez le ruega que lo recuerde, que se niega rotundamente.»

Al entrar de nuevo en la casa nos encontramos a los dos eminentes oculistas, que estaban tan lejos el uno del otro como les había sido posible sentarse. Ambos caballeros estaban dedicados a la lectura. El señor Sebright leía un libro. Herr Grosse leía el pollo a la mayonesa.

Coloqué a Lucilla a mi lado y le tomé la mano. La tenía fría como el hielo. Mi pobrecilla queridísima temblaba tanto que daba pena. ¡Qué momentos de indescriptible sufrimiento tuvieron que ser para ella esos instantes de incertidumbre previos a que los cirujanos emitieran su veredicto! Apreté su mano fría con las mías.

-¡Valor! -le dije al oído. En verdad puedo afirmar (aunque no soy yo amiga de los derroches de sentimiento) que en ese momento me sangraba el corazón por ella.

-¿Y bien, caballeros? -dijo Nugent-. ¿Cuál es el resultado de sus consultas? ¿Se han puesto de acuerdo?

-No -dijo el señor Sebright a la vez que dejaba a un lado el libro.

-No -dijo Herr Grosse, comiéndose con los ojos la fuente de pollo a la mayonesa.

Lucilla volvió la cara hacia mí; el color se le iba y le venía, el pecho

subía y bajaba al compás de su respiración cada vez con mayor rapidez. Le dije en un susurro que guardase la compostura.

-Está claro que al menos uno de los dos -añadí- piensa que podrá recobrar la vista.

Nugent siguió con sus preguntas y se dirigió a los dos oculistas.

-¿En qué punto difieren? -preguntó-. ¿tendrán la amabilidad de comunicarnos sus opiniones?

Rebrotó la fatigosa competición de cortesías entre los dos médicos.

El señor Sebright dedico una reverencia a Herr Grosse:

-Usted primero.

Herr Grosse hizo una inclinación ante el señor Sebright:

-¡No, no! ¡Primero usted!

En seguida se me agotó la paciencia ante esa cruel y ridícula contención profesional.

-Caballeros, hablen los dos al mismo tiempo si así lo desean -les dije de manera cortante-. Hagan lo que quieran, por Dios, pero no nos tengan en suspenso. ¿Es o no es posible que recupere la vista?

-Sí -dijo Herr Grosse.

Lucilla se puso en pie de un salto y soltó un grito de alborozo.

-No -dijo el señor Sebright.

Lucilla se volvió a sentar en la silla y en silencio, apoyó la cabeza en mi hombro.

-¿Están ustedes de acuerdo sobre la causa de su ceguera? -preguntó Nugent.

-La causa son las cataratas -respondió Herr Grosse.

-En eso estoy de acuerdo -dijo el señor Sebright-. Las cataratas son la causa de su ceguera.

-Las cataratas se pueden curar -siguió diciendo el alemán.

-Vuelvo a estar de acuerdo -añadió el inglés-, pero con una reserva. Las cataratas a veces se pueden curar.

-¡Estas cataratas se pueden curar!. -exclamó Herr Grosse.

-Con la debida deferencia -dijo el señor Sebright-, permítame poner en duda esa conclusión. En el caso de la señorita Finch, las cataratas no se pueden curar.

-¿Puede darnos las razones que le llevan a decir tal cosa? -pregunté.

-Mis razones se basan en consideraciones quirúrgicas cuya comprensión exigiría un profundo conocimiento profesional del medio -contestó el señor Sebright-. Tan sólo puedo decirle que estoy convencido, tras un examen minuciosísimo, de que la señorita Finch ha perdido la vista irrevocablemente. Cualquier intento de devolvérsela, por el procedimiento que sea, en mí opinión carecerá de garantías de ninguna clase. La damisela no sólo tendría que someterse a una operación, sino que después habría de permanecer recluida en un cuarto oscuro por espacio de un mes y medio, tal vez dos. Durante todo ese tiempo no será preciso decir expresamente que de manera inevitable albergará en su seno una inmensa confianza, una

inmensa esperanza en la recuperación de la vista. Tenga esto muy presente; creyendo como creo yo que el sacrificio que de ella se exigiera terminaría en el más completo de los fracasos, me resulta sumamente desaconsejable exponer a nuestra paciente a las consecuencias morales de una desilusión que será una durísima y amarga prueba. Desde su más tierna infancia está resignada a la invidencia. Siendo como soy un hombre honrado, que se siente en la obligación de hablar con claridad, aunque sea fuerte lo que deba decir, declaro que en mi opinión es sin duda inútil y muy posiblemente peligroso permitir que la paciente sea operada para proceder al restablecimiento de la facultad de la vista.

Con esas palabras taxativas, el caballero inglés expuso su opinión.

La mano de Lucilla se cerró con fuerza sobre la mía.

-¡Qué crueldad! ¡Qué crueldad! -musitó para sí con gran enojo. Le di un suave pellizco para recomendarle que tuviera paciencia, y miré en silencio y con gran expectación, tal como lo estaba mirando Nugent a Herr Grosse. El alemán se puso en pie y con torpeza llegó al lugar en que estábamos sentadas juntas Lucilla y yo.

-¿Ha terminado el bueno del señor Sebrights? -preguntó.

El señor Sebright se limitó a contestar con su impenitente inclinación de cabeza.

-¡Buino! Ahora me toca a mí decir palabro -dijo Herr Grosse-. Solamente será un palabro muy pequeño, nada más. Con todos mis respetos para el señor Sebrights, he de oponer a lo que él tan sólo piensa lo que ve, Grosse, he hecho con estas manazas que tengo. Las cataratas de esta señorita son unas cataratas con las que me he encontrado antes más, unas cataratas que antes más he curado. ¡Miren! -De pronto dio la vuelta alrededor de Lucilla, se remangó los puños de la camisa, colocó un dedo índice a cada uno de los lados de la cabeza de la muchacha y con gran suavidad le bajó los párpados apoyando en ellos sus grandes pulgares-. Les doy mi palabra de cirujano óptico -siguió diciendo- de que mi bisturí hará que la luz penetre aquí dentros. Esta adorable y bella muchachitas será más adorable y más bella que nunca. Mi hermosa Finch ha de gozar antes de muy buina salud. Después ha de concederme que yo haga las cosas a mi manera incluso en ella, y entonces, un, dos, tres, ¡ping! ¡Mi hermosa Finch habrá recuperado la vista! -De nuevo alzó los párpados de Lucilla al decir su última palabra; la contempló con ferocidad a través de sus lentes; le dio un sonoro beso en la frente, el beso más ruidoso que he oído en mi vida, se rió hasta que sus carcajadas resonaron en toda la estancia y regresó a su puesto de centinela de guardia frente a la fuente de pollo a la mayonesa-. Ahora -exclamó Herr Grosse muy animado-, ahora hemos terminado de charlas. ¡A Dios gracias, podemos empezar el almuerzos!

Lucilla se levantó de la silla por segunda vez.

-Herr Grosse -dijo-, ¿dónde está?

-Aquí, queridas.

Lucilla atravesó la estancia camino de la mesa ante la que el médico alemán ya estaba sentado, ocupado en trocear su plato preferido.

-¿Ha dicho usted que ha de emplear un bisturí para devolverme la vista? -le preguntó con gran aplomo.

Librodot

-Sí, sí. No se asuste por eso. No es mucho dolor lo que hay que aguantar, no es muchos.

Ella le dio unos golpecitos en el hombro.

-Levántese, Herr Grosse -le dijo-. Si tiene usted su bisturí encima, aquí me tiene. ¡Hágalo de inmediato!

Nugent se sobresaltó. El señor Sebright se sobresaltó. La osadía de Lucilla los había sorprendido. En cuanto a mí, debo decir que soy la mayor cobarde que hay en el mundo, sobre todo si se trata de una operación quirúrgica a la que yo misma u otra persona haya de someterse. Lucilla me había aterrorizado. Impetuosa como siempre, atravesé la habitación corriendo para ponerme a su lado. Fui tan tonta que incluso chillé.

Antes de que pudiera alcanzarla, Herr Grosse obedeció a sus órdenes y se había puesta en pie con un selecto pedazo de pollo trinchado en el tenedor.

-Son ustedes unos encantadores idiotas -dijo- si piensan de verdad que opero yo unas cataratas con semejantes prisas. Hoy tan sólo le voy a hacer una operación. ¡Esta! -Y sin ninguna ceremonia metió el pedazo de pollo en la boca de Lucilla-. ¡Ajá! Mastíquelo bien. ¡Está rebuino! ¡Muy bien, pues! Siéntense todos ustedes. ¡El almuerzo, el almuerzo!

Era irresistible. Todos nos sentarnos a la mesa.

Los demás almorzamos. Herr Grosse, en cambio, tragaba la comida sin descanso. Del pollo a la mayonesa pasó a la tarta de mermelada. De la tarta de mermelada volvió al pollo a la mayonesa. Del pollo a la mayonesa pasó a unos emparedados de jamón y a unas natillas; todavía volvió una vez más (doy mi palabra de mujer honrada!) al pollo a la mayonesa. Su manera de beber estaba a la misma altura que su manera de comer. Cerveza, vino, coñac: no se le escapó ni una, mezcló todas las bebidas a su manera. En cuanto a los elementos más ligeros del convite -las almendras y las pasas, el jengibre en conserva, las frutas caramelizadas-, se los zampo a modo de acompañamiento de todo lo demás. Hubo un plato de aceitunas que conquistó en especial sus favores. Metió ambas manos en el plato y depositó varios puñados de aceitunas en los bolsillos de sus pantalones.

-De estas maneras -explicó- a nadie molestaré a la hora de pasar el plato, y tendré aquí mismo en todo momentos todas las aceitunas que yo quiera.

Cuando ya no fue capaz de comer ni de beber más, ahíto, enrolló la servilleta formando una bola, la dejó sobre la mesa y se mostró sumamente agradecido.

-¡Qué rebuino de Dios! -comentó- que inventase el mundos para inventar la comidas y la bebidas a la vez' ¡Ah! -suspiró Herr Grosse a la vez que extendía los dedos bien abiertos sobre su panza prominente-. ¡Qué inmensa felicidad que se encuentra así!

El señor Sebright miró su reloj.

-Si hay alguna cosa más que decir sobre la cuestión de la operación -anunció-, será preciso decirla de inmediato. Apenas nos quedan cinco minutos libres. Ya han oído ustedes mi opinión, y debo decir que la sostengo.

Herr Grosse tomó una pizca de rapé.

-Yo también sostengo la mía -dijo.

Lucilla se volvió hacia el lugar desde el que había hablado el señor Sebright.

-Me siento en deuda con usted, señor, por su opinión -dijo con gran aplomo y con firmeza-. Estoy determinada a probar la operación. Si fracasa, tan sólo me dejará tal como estoy ahora. Si tuviera éxito, me daría una nueva vida. Estoy dispuesta a soportar lo que sea y a arriesgar lo que sea, con tal de tener la posibilidad de ver.

Así fue como anunció su decisión. Con esas memorables palabras despejó el camino del gran acontecimiento de su vida y de las nuestras, que las páginas siguientes tienen por objeto relatar.

El señor Sebright le contestó a la manera discreta y reposada del señor Sebright.

-No puedo fingir que me sorprenda su decisión -dijo-. Por muy sinceramente que yo pueda deplorarla, reconozco que es en su caso la decisión más natural.

Lucilla se dirigió acto seguido a Herr Grosse.

-Elija usted el día -dijo-. Cuanto antes, mejor. A ser posible, mañana mismo.

-Respóndame a una cosilla, señorita -repuso el alemán con un súbito cambio de tono, con una gravedad que nos resultó completamente novedosa en él-. ¿Va en serio lo que ha dicho?

Ella contestó con no menos gravedad.

-Totalmente en serio.

-Buino. Hay momentos, amor, para las gracias. También hay momentos para la gravedad. Ahora es hora de la gravedad. Debo decirle mi último palabro antes de marchar.

Con sus ojos negros muy fijos tras las lentes de búho, traspasó a Lucilla con una mirada salvaje y le habló muy en serio con su inglés macarrónico, y así imprimió en su paciente la necesidad de considerar con absoluta seriedad la operación que él había resuelto llevar a cabo, y también a prepararla con la misma seriedad.

Me alivio sobremanera el tono que empleó, pues le habló con gran autoridad, de modo que a ella no le quedó más remedio que escucharle con toda atención.

En primer lugar, advirtió a Lucilla, que si la operación resultara un fracaso ya no habría ninguna forma de volver a intentarlo. Una vez. hecha, fueran cuales fueren los resultados, sería imposible repetirla.

En segundo lugar, antes de que él consintiera en realizar la operación, debía insistir en una serie de condiciones que eran esenciales para su éxito, una serie de condiciones que era preciso cumplir a rajatabla tanto por parte de la paciente como por parte de sus allegados. El señor Sebright no había exagerado en modo alguno la duración del tiempo a prueba que habría de seguir a la operación, Y que sería preciso pasar en un cuarto oscuro. Bajo ninguna circunstancia debía ella soñar siquiera con descubrirse los ojos, ni tan sólo unos instantes, y exponerlos a la luz durante un mes y medio

como mínimo. Durante todo ese periodo, y probablemente durante otro mes y medio después, era absolutamente necesario que su salud fuera espléndida, que la respaldase en su gradual avance hacia el completo restablecimiento de la vista. Si tanto el cuerpo como la mente no se conservaban en las mejores condiciones, todo lo que él pudiera hacer con su destreza quirúrgica fácilmente podría irse al garete. Nada que la excitara ni nada que la agitara debía entrometerse en la apacible rutina de su vida cotidiana hasta que su médico estuviera seguro de que su vista estaba a. salvo. El éxito de la carrera profesional de Herr Grosse se había debido en gran medida a la rigurosa aplicación de tales normas, basadas en su propia experiencia de que la salud en general de cualquier paciente, tanto física como moral, ejercía una gran influencia en las posibilidades que tuviera de beneficiarse tras una operación, y más específicamente tras la operación de un órgano tan sumamente delicado como el órgano de la visión.

Una vez dicho esto, apeló al sentido común de Lucilla para que ésta reconociera la necesidad de tomarse su tiempo para considerar su decisión y para consultarla incluso con sus parientes y sus amigos. Dicho con muy sencillas palabras, por espacio de tres meses había que modelar las actividades de la familia de tal modo que el cirujano encargado de su caso dispusiera de poder absoluto para regular la vida de su paciente hasta en los menores detalles. Cuando tanto ella como los integrantes de su círculo familiar estuvieran absolutamente seguros de poder plegarse a estas condiciones, Lucilla tan sólo tenía que escribirle a su hotel de Londres. Al día siguiente, él emprendería viaje a Dimchurch sin más dilación. Y allí mismo, sin más que esperar, siempre y cuando le satisficiera el estado de salud de la paciente en ese momento, llevaría a cabo la operación.

Tras manifestarse con estas palabras, Herr Grosse resopló lo que le quedaba de aliento con un profundo y gutural «¡Ja!». Y bruscamente se puso en pie sobre sus cortas piernas. En ese momento Zillah llamó a la puerta para anunciar que el coche estaba esperando a los dos caballeros en la cancela de la rectoría.

El señor Sebright se puso en pie, al parecer sin saber del todo si su colega había terminado de hablar.

-No se dé prisa por mí -dijo-, pero es que a la fuerza he de atender asuntos de importancia en Londres, y debo coger sin falta el próximo tren.

-¡Buino! Yo también tengo asuntos que atender en Londres -respondió su hermano de profesión-, los asuntos del placer. -El señor Sebright pareció escandalizado por la franqueza de esta confesión en boca de un profesional de la cirugía óptica-. ¡tengo auténtica pasión por la músicas! -siguió diciendo Herr Grosse-. ¡Quiero llegar a buen tiempo para la ópera. *Ach, Gottl* ¡Que la músicas es cara en Inglaterra! Me encaramo a la platea y pago mis cinco chelines de plata. En mi país, por cinco peniques de cobre puedo lo mismo disfrutar, sólo que hecho mejor. Desde el fondos de mi corazón -siguió diciendo este hombre curiosísimo a manera de cordial despedida-, le agradezco muchísimos, mi querida señora, el pollo a la mayonesa. Cuando vuelva, le ruego me tenga preparada otra buina ración de ese plato estupendo. -Se volvió a Lucilla y posó los pulgares en sus párpados por última vez-. Mi dulce señorita Finch, recuerde bien lo que le ha dicho su cirujano óptico. Yo haré que la luz entre ahí mismito, pero lo he de hacer a

mi manera, cuando a mí me parezca bien. ¡Qué bella es usted! ¡Y cuánto más bella será cuando pueda ver con esos ojos!

Tomó la mano de Lucilla y se la puso sentimentalmente dentro del chaleco, en la región más o menos próxima a su corazón, a la vez que ponía encima la otra mano suya, como si así quisiera darle calor. En esta actitud de ternura exhaló un profundo suspiro; se recobró con un vigoroso zarandeo de su gruesa cabezota; me guiñó un ojo desde detrás de los lentes y salió contoneándose detrás del señor Sebright, que ya estaba al pie de la escalera. ¡Quién iba a decir que un hombre semejante tenía en su poder la llave que podría abrir a mi pobre y ciega Lucilla las puertas de una nueva vida!

Librodot

CAPÍTULO XXXII

¡Ay de la boda!

Nos quedamos juntas; Nugent acompañó a los dos oculistas hasta la cancela.

Una vez a solas las dos, la ausencia de Oscar por fuerza tuvo que llamar la atención de Lucilla. En el momento mismo en que se estaba refiriendo a él en unos términos que no me iban a facilitar la labor de apaciguarla, nos interrumpieron los llantos del bebé que llegaban desde el jardín. Abrí la ventana y eché un vistazo.

La señora Finch había llevado a cabo su desesperado propósito de abordar a los dos cirujanos y detenerlos para que se interesaran por «los ojos del bebé». Con una sencilla falda y un chal, con la novela tirada de cualquier manera en una parte del jardín y el pañuelo en otra, iba en pos de los dos oculistas que ya se retiraban camino del coche. Sin temor a las apariencias, Herr Grosse había puesto pies en polvorosa. Se retiraba de los chillidos del bebé (con los dedos metidos en las orejas) a toda la velocidad que le permitían sus cortas piernas. Nugent le había tomado la delantera y ya abría la cancela. El muy respetable señor Sebright, profesionalmente incapaz de echar a correr, avanzaba en retaguardia. Casi pisándoles los talones, la señora Finch alzaba a cada paso al bebé para que uno u otro lo inspeccionaran. También a cada paso, el señor Sebright alzaba las manos a modo de cortés protesta. Herr Grosse se abalanzó por la cancela abierta y desapareció. El señor Sebright siguió el ejemplo de Herr Grosse, y la señora Finch trató de seguir al señor Sebright... cuando apareció en escena un nuevo personaje. Sobresaltado en su sacrosanto despacho por el alboroto que se había armado, el rector en persona salió al jardín y obligó a su esposa a parar en seco, interrogándola con su atronadora voz de barítono.

-¿Qué significa esta inverosímil perturbación?

Entre Nugent y el rector se cruzaron algunas palabras que no pude oír, aunque es de suponer que se refirieron a la visita de los dos cirujanos que ya se marchaban por fin. Al cabo de un rato, el señor Finch se dio la vuelta (a todas luces muy ofendido por algo que alguien le había dicho) y se dirigió a Oscar, que acababa de hacer acto de presencia en el jardín. Era evidente que había esperado a que se fuera el coche para aparecer allí. El rector lo tomó del brazo con gesto paternal; hizo una seña a su esposa con la otra mano y también la tomó del brazo. Majestuosamente de regreso a la casa, flanqueado por los dos, el reverendo Finch reafirmó su autoridad por riguroso turno, primero ante Oscar, después ante su mujer. Su voz atronadora llegó hasta mis oídos con toda claridad, aunque acompañada en aguda discordancia por los últimos gemidos del agotado bebé. Así empezó su perorata el Papa de Dimchurch:

-¡Oscar! Debe usted comprender con toda claridad, hágame el favor, que mantengo mi enérgica protesta contra el impío intento que se ha hecho por trastocar la vista de mi afligida hija. ¡Señora Finch! Debe usted comprender que disculpo su inaudita persecución de dos cirujanos totalmente desconocidos en consideración al estado en que la encuentro a usted en estos momentos. Después de su último parto quitando los ocho siguientes se tornó usted, bien lo recuerdo, histéricamente irresponsable. ¡Guarde

silencio! Ahora mismo se comporta usted con la misma histérica irresponsabilidad. ¡Oscar! En justicia a mí mismo declino estar presente en cualquier discusión que pueda seguir a la visita de esos dos profesionales, pero no miro con malos ojos la ocasión de darle un consejo por su propio bien. Me niego en redondo. Y le sugiero que también se niegue usted con la misma rotundidad. ¡Señora Finch! ¿Cuánto tiempo hace que probó usted bocado? ¿Dos horas? ¿Está segura de que han pasado ya dos horas? Muy bien. Le hace a usted buena falta un sedante. Le ordeno, en calidad de médico, que se de un baño caliente y que no salga de la bañera hasta que yo mismo vaya a verla. ¡Oscar! Querido amigo, permítame decirle que le falta a usted peso moral. Esfuércese por oponerse con toda resolución a cualquier plan que se trace, sobre todo si es por parte de mi desdichada hija o de quienes la aconsejan, si entraña nuevos gastos en honorarios y ulteriores visitas por parte de esos profesionales. ¡Señora Finch! La temperatura del agua ha de ser de treinta y seis grados, y ha de colocarse en una posición parcialmente yacente. ¡Oscar! Me hará usted saber a qué decisión lleguen ahí arriba, en el dormitorio de mi hija. Y no después de que oigan lo que usted haya de decirles, sino después de que se tenga en cuenta todo mi peso moral. ¡Señora Finch! Al salir del baño, quiero que permanezca usted vestida con muy poca ropa. A la vista de la situación en que tiene la cabeza, le prohíbo expresamente toda compresión, sea por medio de ballenas o de cordones, a la altura de la cintura. Le prohíbo el uso de ligas con esa misma finalidad. Se abstendrá usted de tomar el té y de charlar. Quiero que permanezca usted boca arriba. Quiero...

No llegué a oír qué otras cosas debía hacer la desdichada mujer. El señor Finch desapareció con ella doblando la esquina de la casa. Oscar esperó en la puerta de nuestra ala de la casa rectoral hasta que llegó Nugent, y luego fueron juntos a la sala de estar, donde esperábamos el regreso de ambos.

Al cabo de unos cuantos minutos aparecieron los dos hermanos.

Durante todo el tiempo que habían pasado los cirujanos en la casa, yo me había fijado en que Nugent insistía en mantenerse escrupulosamente en un segundo plano. Una vez asumida la responsabilidad de poner científicamente a prueba la grave cuestión de la vista de Lucilla, parecía haber tomado la resolución de quedarse ahí, de no dar un paso más y de no intervenir en el asunto una vez pasada esa primera etapa. Ahora, reunidos en comité para discutir y posiblemente para combatir la resolución de Lucilla de pasar a un extremo, se abstuvo de intervenir activamente en la cuestión que nos ocupaba.

-He traído a Oscar conmigo -dijo a Lucilla-, y le he explicado al venir que las opiniones de los dos oculistas difieren ampliamente. También está al corriente de la decisión que ha tomado usted al adoptar la visión más favorable, la expresada por Herr Grosse, pero no sabe nada más.

Dicho esto callo bruscamente y tomó asiento algo alejado de nosotros, en el otro extremo de la sala.

Lucilla apeló a Oscar en el acto, para que explicase su conducta.

-¿Por qué te has quedado tan al margen? -preguntó-. ¿Por qué no has

estado conmigo en el momento más crucial de mi vida?

-Porque sentía la angustia que estabas viviendo de manera especialmente intensa -contestó Oscar-. No vayas a pensar que he sido desconsiderado contigo, Lucilla. Si no me hubiese quedado al margen, tal vez no habría sido capaz de dominarme.

Me pareció que semejante respuesta era demasiado diestra para ser una improvisación de Oscar. Además, miró a su hermano al decir esas últimas palabras. Era más que probable que, en el breve intervalo transcurrido antes de que aparecieran en la sala de estar, Nugent hubiera aleccionado a Oscar y le hubiera indicado qué debía decir.

Lucilla recibió sus disculpas con pronta elegancia y amabilidad.

-El señor Sebright, Oscar, dice que he perdido la vista irremisiblemente. Herr Grosse responde que con una operación podré ver. ¿Será preciso decirte en cuál de los dos creo? Si me hubiese podido salir con la mía, Herr Grosse me habría operado los ojos antes incluso de regresar a Londres.

-¿Y se negó?

-Sí.

-¿Por qué?

Lucilla le habló de las razones que había aducido el oculista alemán, las incontestables razones del aplazamiento. Oscar escuchó con gran atención y una vez más miró a su hermano antes de responder.

-Tal como yo entiendo las cosas -dijo-, si decides correr el riesgo de someterte a la operación, decides a la vez soportar un aprisionamiento de mes y medio en un cuarto oscuro, aparte de ponerte enteramente a disposición del cirujano durante otro mes y medio más. ¿Has tenido en cuenta, Lucilla, que eso supone aplazar de nuevo nuestra boda al menos durante otros tres meses?

-Si estuvieras en mi lugar, Oscar, no dejarías que nada, ni siquiera tu propia boda, se interpusiera en el camino de la recuperación de la vista. No me pidas que lo tenga en consideración, amor. ¡No puedo tener en consideración otra cosa que no sea la perspectiva de verte a ti!

Esta confesión tan franca como intrépida le hizo callar. Estaba sentado frente al espejo, de modo que se estaba viendo la cara. El pobre desdichado movió bruscamente la silla para dar la espalda a su reflejo.

Miré a Nugent y le sorprendí mientras trataba de mirar a su hermano a los ojos. Ya no tuve duda de que, acicateado por él, Oscar había puesto el dedo en la llaga de una cierta dificultad doméstica que yo había tenido en mente desde el momento mismo en que la cuestión de la operación quirúrgica había empezado a plantearse.

(Convendrá explicar en este punto que la boda de Oscar y Lucilla había topado con otro obstáculo y había tenido que aplazarse a consecuencia de la grave enfermedad que contrajo la tía de Lucilla. La señorita Batchford, que estaba formalmente invitada a la ceremonia, como es natural, tuvo la elemental consideración de enviar una nota rogando que la boda no se aplazara por su culpa. Lucilla se había negado, no obstante, a que se celebrase su boda mientras esa mujer que para ella había sido como una segunda madre estuviera al borde de la muerte. Como el rector tenía el ojo

Librodot

echado al dinero de la señorita Batchford -aunque no para sí, que la señorita Batchford lo detestaba, sino para Lucilla-, respaldo la decisión de su hija, y Oscar se vio obligado a plegarse a sus deseos. Estos acontecimientos familiares tuvieron lugar unas tres semanas antes; en ese momento acabábamos de recibir noticias que no sólo nos aseguraban la recuperación de la anciana señora, sino que también nos informaban de que estaría incluso en condiciones de asistir a la boda en el plazo de unas dos semanas más. El vestido de la novia ya había llegado a la casa; el padre de la novia estaba listo para oficiar la ceremonia, y de pronto llegaba como una fatalidad la cuestión de la operación, que inesperadamente amenazaba con un nuevo aplazamiento, con una demora que difícilmente podría ser inferior a tres meses. Añádase además un nuevo elemento de azoramiento, y supongamos que Lucilla persistiera en su resolución y que Oscar por su parte insistiera en ocultarle el cambio que había producido en su persona el tratamiento médico administrado para paliar sus ataques. ¿Qué podría suceder? Nada menos que lo siguiente: si la operación tuviera éxito, Lucilla vería con sus propios ojos -antes de la boda, que no después- el engaño de que había sido víctima. Y era imposible pretender siquiera predecir de qué modo acusaría ese engaño una vez lo descubriese. Esta era, así pues, la situación en la que nos encontrábamos cuando se reunió nuestro doméstico parlamento nada más dejarnos a solas los cirujanos.)

Al descubrir que le resultaba imposible atraer la atención de su hermano, Nugent no tuvo más alternativa que intervenir activamente en la conversación por primera vez.

-Permítame sugerir, Lucilla -dijo-, que tiene usted el deber de considerar el otro aspecto de la cuestión antes de tomar una decisión firme. En primer lugar, sin duda resulta muy duro para Oscar tener que posponer el día de la boda una vez más. En segundo lugar, por muy inteligente que sea, Herr Grosse no es infalible. Cabe la posibilidad de que la operación fracase, y tal vez haya pospuesto usted entonces su matrimonio nada menos que por espacio de tres meses sin ninguna razón de ser. ¡Le ruego que lo piense! Si aplaza usted la operación de sus ojos hasta después de celebrarse el matrimonio, reconcilia usted el interés de todos, y tan sólo pospondrá un mes el día en que pueda recobrar la vista.

Lucilla meneó con impaciencia la cabeza.

-Si usted fuera ciego -contestó- no permitiría de buen grado que se retrasara una sola hora el momento de recuperar la vista. Me pide usted que lo piense. Le pido yo por mi parte que piense en los años que he perdido. Le pido yo que piense en la exquisita felicidad que he de sentir cuando Oscar y yo nos encontremos ante el altar y yo pueda ver con mis propios ojos al marido al que me entrego de por vida. ¿Posponerlo un mes tan sólo? Igual seria que me pidiera usted que muriese durante un mes. Estar aquí sentada y ciega es como estar muerta, y saber en cambio que un hombre está a pocas horas de mí, un hombre que puede darme la facultad de la vista... Se lo voy a decir con toda sencillez: si continúan ustedes oponiéndose a mí de este modo, no respondo de mí misma. Si no se llama a Herr Grosse para que vuelva a Dimchurch antes del fin de semana... Soy, muy dueña de mis actos, así que iré yo a Londres.

Los dos hermanos me miraron.

Librodot

-¿No tiene usted nada que decir, madame Pratolungo? -preguntó Nugent.

Oscar estaba visiblemente demasiado agitado para decir nada. Sin hacer ruido se acercó hasta mí, y arrodillándose a mi lado se llevó mi mano a sus labios.

El lector tal vez me considere una mujer despiadada, y está en su derecho. No me dejé conmover en modo alguno por ese gesto. Según observará el lector, los intereses de Lucilla y los míos confluían en este punto. Yo había decidido desde el principio que ella no llegaría a casarse mientras todavía viviera en la ignorancia respecto al hombre que estaba desfigurado por el color azul de su piel. Si tomase un rumbo que le permitiera hacer ese descubrimiento por sí sola en un momento oportuno, me libraría a mí de tener que cumplir un deber muy doloroso y muy adverso, y así contraería matrimonio, tal como yo estaba decidida a que lo hiciera, con pleno conocimiento de la verdad. En semejante estado de cosas no era asunto mío unir fuerzas con los dos gemelos para intentar que Lucilla cambiase de parecer. Al contrario, me competía confirmarla en su resolución.

-No creo que tenga el menor derecho a intervenir -dije-. De estar yo en el lugar de Lucilla, al cabo de veintiún años de ceguera, yo también sacrificaría cualquier consideración ante la posibilidad de recuperar la vista.

Oscar se levantó en el acto muy ofendido conmigo y se fue a mirar por la ventana. A Lucilla se le iluminó deliciosamente el rostro.

-¡Ah! -dijo-. ¡Usted sí que me entiende!

Nugent, por su parte, se puso en pie. En interés de su hermano había calculado con demasiada confianza que el matrimonio de Lucilla precedería a su recuperación de la vista. Este cálculo se había ido por completo al garete. El matrimonio pasaba a depender del estado en que se encontrasen los sentimientos de Lucilla después de que ella penetrase por sí sola en la verdad de los hechos. Vi que a Nugent se le nublaba el rostro cuando se dirigía a la puerta.

-Madame Pratolungo -dijo-, tal vez un buen día lamente su manera de obrar en este asunto. Haga lo que le plazca, Lucilla. Yo no tengo más que añadir.

Salió de la sala con un sosegado sometimiento a las circunstancias que le sentaba admirablemente. En ese momento, como en cualquier otro, fue imposible no compararlo favorablemente con las vacilaciones de su hermano. Oscar se dio la vuelta sin moverse de la ventana, en apariencia con intención de seguir a Nugent. Se detuvo sin embargo tras dar el primer paso. Todavía le quedaba un último esfuerzo por hacer. El «peso moral» del reverendo Finch todavía no había entrado en juego.

-Hay una cosa más, Lucilla -dijo-, que deberías saber antes de tomar una decisión. He visto a tu padre, y él desea que sea yo quien te manifieste su firme oposición al experimento que tú estás decidida a probar.

Lucilla suspiró con evidente hastío.

-No es la primera vez que mi padre es incapaz de mostrarme su simpatía -dijo-. Me duele, pero no me sorprende. ¡Eres tú quien me sorprende! -añadió elevando de pronto su tono de voz-. Tú, que me amas,

no coincides conmigo, y eso que yo me encuentro al borde mismo de una nueva vida. ¡Cielo santo! ¿Es que no son mis intereses los tuyos? ¿Es que acaso no te merece la pena esperar hasta que yo pueda mirarte y verte cuando jure ante Dios amarte, honrarte y obedecerte? ¿Lo entiende usted? -me dijo a mí-. ¿Por qué empieza a poner trabas y cortapisas cuando no debiera haberlas? ¿Por qué no está tan impaciente como lo estoy yo?

Me volví hacia Oscar. ¡Era el momento idóneo para que se postrase a sus pies y lo reconociera! Era, sin duda, una oportunidad de oro que tal vez nunca más volviera a presentarse. Le indiqué por señas, con toda mi impaciencia, que no la dejara pasar. Él trató de aprovecharla, y quiero hacerle justicia ahora, ya que no pude hacérsela a su debido tiempo. Trató de aprovecharla. Dio un paso hacia ella, se debatió consigo mismo, llegó a decir algo.

-Existe un motivo que justifica mi conducta, Lucilla... -Y calló. Le falló el resuello; volvió a debatirse, logró pronunciar una o dos palabras más-. Un motivo -siguió- que me ha dado miedo confesar...

De nuevo calló. El sudor cubría su lívido rostro. A Lucilla se le agotó la paciencia.

-¿Qué motivo tienes? -preguntó bruscamente.

El tono en que lo dijo acabó con las últimas reservas de decisión que pudiera tener Oscar. Volvió la cabeza bruscamente para no tener que verla. En el último instante -¡qué miserable, qué desdicha de hombre!- se refugió en una excusa.

-No creo en Herr Grosse -dijo débilmente-, o no tanto, al menos, como crees tú

Lucilla se puso en pie amargamente decepcionada y abrió la puerta que comunicaba con su habitación.

-Si hubieras sido tú el ciego -respondió-, tu fe habría sido mi fe, y tu esperanza habría sido la mía. Parece que es mucho lo qué esperaba de ti. ¡Hay que vivir para aprender! ¡Hay que vivir para aprender!

Se retiró a su habitación y cerró la puerta. No pude soportarlo más. Me levanté con la firme resolución de seguirla y decirle las palabras que él no había sido capaz de pronunciar. Ya tenía la mano en el pomo de la puerta cuando de pronto Oscar me apartó. Me volví y lo miré a la cara en silencio.

-¡No! -dijo, con sus ojos fijos en los míos y su mano posada todavía sobre mi brazo-. Si no se lo digo yo en persona, nadie se lo dirá por mí.

-No puede seguir viviendo engañada. Tiene que saberlo, y lo ha de saber -contesté-. ¡Suélteme!

-Usted me ha dado su promesa de esperar a tener mi permiso para abrir la boca. Le prohíbo que diga nada.

Chasqueé los dedos de la mano que tenía libre delante de sus narices.

-¡Ahí tiene usted lo que me importa esa promesa! -le espeté-. Su despreciable debilidad está poniendo en grave peligro la felicidad de Lucilla y también la suya. -Me volví hacia la puerta y la llamé-. ¡Lucilla!

Él me apretó el brazo con fuerza. Un demonio que acechaba en su interior y que yo aún no había visto nunca dio un salto y me miró a través de sus ojos.

Librodot

-Dígaselo -masculló con rencor y entre dientes- y le contradiré en la cara. Si está usted desesperada, sepa que yo también lo estoy. ¡Me da igual de qué mezquindad pueda ser culpable! Lo negaré por mi honor; lo negaré bajo juramento. Ya oyó usted lo que dijo ella de usted en Browndown. Me creerá a mí antes que a usted.

Lucilla abrió la puerta y se quedó a la espera en el umbral.

-¿Qué sucede? -preguntó con toda su calma.

Un vistazo de reojo a Oscar me advirtió de que estaba dispuesto a hacer lo que había amenazado con hacer si yo persistía en mi resolución. De todas las desesperaciones, la desesperación del débil es la más falta de escrúpulos, la más difícil de manejar, por no decir imposible, una vez se excita. Por enojada que yo estuviera, renuncié a degradarlo ante ella, tal como ahora lo degrado, oponiendo mi obstinación a la suya. Por pura misericordia hacia los dos terminé por ceder.

-Posiblemente salga un rato, querida, antes de que anochezca -le dije a Lucilla-. ¿Quiere algo del pueblo?

-Sí -dijo-. Si espera un momento, podrá llevarme una carta al correo.

Volvió a su habitación y cerró la puerta.

Yo no miré a Oscar y tampoco le hablé cuando de nuevo estuvimos a solas. Fue él quien rompió el silencio.

-Ha tenido usted en cuenta lo que me prometió -dijo-. Ha hecho usted bien.

-No tengo nada más que decirle -respondí-. Me voy a mi habitación.

Me siguió inquieto con la vista mientras yo avanzaba hacia la puerta.

-Hablaré con ella -murmuró obstinado- cuando me parezca oportuno.

Una mujer sensata no le habría consentido que la irritase diciendo una palabra más. Yo no soy una mujer sensata. Es decir, no siempre lo soy.

-¿Cuando le parezca oportuno? -repetí con toda la fuerza de mi desprecio-. Si no reconoce usted la verdad ante ella antes de que vuelva el cirujano alemán, se le habrá pasado la hora para siempre. Nos ha dicho con absoluta sencillez que una vez haya practicado la operación, no será posible decir ni hacer nada que pueda agitarla o intranquilizarla durante un plazo de varios meses. La preservación de su sosiego es la condición indispensable para que recobre la vista. ¡Muy pronto tendrá usted una excusa inmejorable para guardar silencio, señor Oscar Dubourg!

El tono en que dije esas últimas palabras le aguijoneó en lo más hondo.

-¡Ahórrese el sarcasmo, despiadada francesa! ¡Usted no tiene corazón! -exclamó colérico-. Poco o nada me importa en qué estima me tenga usted, pues Lucilla me ama, y a Nugent todavía le importo.

Mi maligno temperamento hallo en el acto la respuesta mas inmisericorde que pude darle a cambio.

-¡Ah, pobre Lucilla! -dije-. ¡Cuánto más felices podrían haber sido sus perspectivas de futuro! ¡Qué pena que no vaya a casarse con su hermano en vez de casarse con usted!

Se le escapó una mueca de dolor al oír esa respuesta, igual que si le hubiese clavado un cuchillo. Abatió la cabeza y se alejó de mí como si fuera

Librodot

un perro apaleado. De repente y en silencio abandonó la estancia.

No había pasado yo ni un minuto a solas cuando se me enfrió la cólera. Traté de seguir caliente; traté de recordar que había insultado a mi patria al llamarme «francesa despiadada», pero no. Muy a mi pesar, me arrepentí de lo que le había dicho.

En un momento más salí a la escalera a ver si todavía estaba a tiempo de alcanzarlo

Ya era demasiado tarde. Oí el ruido de la cancela antes de haber salido de la casa. En dos ocasiones me aproximé a la cancela para seguirlo, y las dos veces me abstuve de hacerlo por temor a que así empeorasen más las cosas. Terminé por volver a la sala de estar sumamente insatisfecha conmigo misma.

La primera interrupción de mi soledad, que recibí con los brazos abiertos, no fue la de Lucilla, sino la de la anciana nodriza. Zillah apareció con una carta para mí: en ese mismo momento la había dejado en la casa rectoral el criado de Browndown. Estaba escrita por Oscar de puño y letra. Abrí el sobre y leí estas palabras:

> MADAME PRATOLUNGO: Me ha causado usted más dolor y más inquietud de lo que podría decir por escrito. Sé que por mi parte he cometido faltas muy graves. De todo corazón le pido que me perdone todo cuanto haya podido decir o hacer para ofenderla. No me puedo plegar al durísimo veredicto que ha pronunciado sobre mí. Si supiera cómo adoro a Lucilla, seguramente me permitiría obrar como lo he hecho y también me comprendería mejor de lo que me comprende. No consigo quitarme de la cabeza las últimas palabras que me dijo con tanta crueldad. No puedo volver a verla sin que medie una explicación. Me ha apuñalado en todo el corazón al decirme que Lucilla tendría una perspectiva de futuro mucho más feliz si se casara con mi hermano en vez de casarse conmigo. Espero de veras que no lo haya dicho en serio. ¿Tendrá la bondad de escribirme para confirmarme que no es así?
>
> OSCAR

¿Escribirle? ¿Decírselo? Bastante absurdo era que, estando a pocos minutos uno del otro, Oscar prefiriese la fría formalidad de una carta en vez de la amistosa facilidad de una entrevista personal. ¿Por qué no había venido a verme en persona? De ese modo, los dos habríamos hecho las paces y habríamos solucionado el conflicto de manera mucho más satisfactoria, y nos habría costado la mitad. En cualquier caso, decidí ir directamente a Browndown y hacer las paces de viva voz con ese muchacho desdichado, débil, bienintencionado y pésimo en sus juicios de valor. ¿No era acaso una monstruosidad haber atribuido un significado tan serio a lo que dijo Oscar cuando era presa del pánico? Su tono, en su mensaje escrito, me intranquilizó tanto que lamenté mucho su nota por esa misma razón. Hacía una de esas tardes muy frías que son harto comunes en Inglaterra en el mes de junio. Ardía un leño en la chimenea. Arrugué la carta y la arrojé a las llamas, o eso me pareció. (Más adelante iba a saber que tan sólo la había

Librodot

arrojado a un rincón de la chimenea.) Acto seguido me puse el sombrero sin pararme a pensar en Lucilla ni en la carta que deseaba echar al correo, y fui corriendo a Browndown.

¿Dónde pensará el lector que me lo encontré? ¡Encerrado en su habitación! Su malsana timidez, pues de eso se trataba en el fondo, le llevó a encogerse y a rehuir toda explicación personal, la cual, habida cuenta de las circunstancias, y más con un temperamento como el mío, era la única explicación posible. Tuve que amenazarle con echar la puerta abajo antes de conseguir que me abriera y me diera la mano.

Cara a cara con él no tardé en arreglar las cosas. De veras creo que había estado medio loco, por culpa de las complicaciones que él mismo se había impuesto, cuando afirmó que me acusaría de mentir ante la puerta de la habitación de Lucilla.

No será preciso abundar en lo que sucedió entre nosotros. Tan solo diré en este, punto que tuve muy serias razones poco después -y el lector habrá de comprobarlo- para arrepentirme de no haber hecho caso a la solicitud de Oscar y reconciliarme con él por escrito, en vez de hacerlo de palabra. Si al menos hubiera dejado constancia, con tinta y papel, de lo que efectivamente le dije para expiar mis culpas, posiblemente hubiese ahorrado algún sufrimiento tanto a mí como a los demás. Tal como fueron las cosas, la única prueba que tenía de haberme absuelto en su estima consistía en la cordialidad con que nos estrechamos la mano ya en la puerta, cuando me despedí de él.

-¿Ha visto a Nugent? -me preguntó cuando me acompañaba al recinto cerrado de delante de la casa.

Yo había ido a Browndown por un atajo que había que tomar por la parte de atrás del jardín, en vez de ir por el pueblo. Cuando me lo preguntó, le pregunté a mi vez si Nugent había regresado a la casa rectoral.

-Volvió expresamente para verla a usted -dijo Oscar.

-¿Y por qué

-Pues por su amabilidad de costumbre. Él tiene la misma visión de las cosas que tiene usted. Se echó a reír cuando le dije que le había enviado una carta, y se fue corriendo (¡querido hermano!) para verla a usted en mi nombre. Si hubiese venido usted por el pueblo, a buen seguro que se lo habría encontrado.

Al volver a la casa rectoral interrogué a Zillah. En mi ausencia, Nugent había subido corriendo a la sala de estar, había esperado allí unos minutos a solas, por si acaso regresaba yo a tiempo; se había hartado de esperar y se había marchado. Le pregunté por Lucilla. Pocos minutos después de que Nugent se marchara, salió de su habitación y también ella preguntó por mí. Al saber que no me encontraba en la casa, dio a Zillah una carta para que la echara al correo y regresó a su dormitorio.

Me encontraba entonces de pie junto a la chimenea viendo cómo se apagaba el fuego, a la vez que oía las explicaciones de la nodriza. No quedaba ni el menor vestigio de la carta que me había enviado Oscar. A juzgar desde mi posición, llegué a la sencilla conclusión de que había hecho justamente lo que había supuesto hacer, esto es, arrojar la carta a las llamas.

Librodot

Poco después, al entrar en la habitación de Lucilla para disculparme por haberme olvidado de llevar su carta al correo, me la encontré, sumamente fatigada por los acontecimientos del día, cuando ya se disponía a acostarse.

-No me extraña que se cansara de esperar -dijo-. A mí me cuesta mucho, muchísimo escribir, y se me hace muy largo. Sin embargo, era una carta que me sentía en la obligación de escribir yo personalmente. ¿Se imagina a quién estuve escribiendo? ¡Querida, ya está hecho! ¡He escrito a Herr Grosse!

-¡Ya!

-¿A qué había que esperar? ¿Qué quedaba por decidir? Le he contado a Herr Grosse que nuestras consultas familiares ya han terminado, y que me pongo enteramente a su disposición durante todo el tiempo que él considere necesario. Y le advierto de que si trata de aplazarlo, lo único que me obligará a soportar será la inconveniencia de presentarme en Londres en persona. Esa parte de mi carta la he expresado con toda intensidad, en serio se lo digo. La recibirá mañana mismo, en el correo de la tarde. Y al día siguiente, si es un hombre de palabra, estará aquí.

-¡Oh Lucilla! ¿Para operarle los ojos?

-¡Sí! ¡Para operarme los ojos!

Librodot

CAPÍTULO XXXIII

El día de la víspera

El día anterior a la segunda aparición de Herr Grosse y al experimento para restablecer la vista de Lucilla estuvo señalado por dos incidentes que debo referir en este punto.

El primer incidente fue la llegada, a primera hora de la mañana, de otra carta personal de Oscar Dubourg. Al igual que tantos otros tímidos, tenía la manía del perfeccionismo siempre que concurrían una serie de circunstancias propensas al azoramiento, y tendía a explicarse no sin dificultades por medio de la pluma, en vez de hacerlo a sus anchas por medio de la lengua.

El comunicado de Oscar de hecho me informó de que se había marchado a Londres en el primer tren de la mañana, y que el propósito de su repentino viaje no era otro que poner al corriente de su situación con Lucilla a un caballero especialmente versado en las peculiaridades de las personas privadas de la facultad de la vista. Dicho con toda sencillez, había resuelto pedir consejo nada menos que al señor Sebright.

> Tengo por el señor Sebright -escribía Oscar- un aprecio y una cordialidad equivalentes a la aversión que me inspira Herr Grosse. La breve conversación que sostuve con él me dejó una muy placentera impresión de su delicadeza y su amabilidad. Si con toda libertad revelo a este hábil cirujano la triste situación en que me encuentro, creo que su experiencia podrá arrojar una luz completamente nueva sobre la actual situación anímica de Lucilla y sobre los cambios que cabe esperar que se produzcan en ella si de veras recupera la vista. El resultado de mi consulta podría ser incalculablemente beneficioso al enseñarme cómo puedo admitir la verdad, de modo que a ella no le cause el menor daño, ni a mí, en la medida de lo posible. Tan sólo deseo estar doblemente fortalecido antes de arriesgarme a confesar, y ese refuerzo es lo que espero encontrar en el consejo de un científico.

Todo esto lo interpreté, en un inglés sencillo y claro, como indicio de que Oscar, sumido en sus inagotables vacilaciones, deseaba ganar algún tiempo para calmar su conciencia, y de que su absurda idea de consultar al señor Sebright era nada menos que una nueva, verosímil excusa para postergar un poco más el día tan temido. Su carta terminaba conminándome a que guardara el secreto, y pidiéndome encarecidamente que tratara los asuntos en curso de tal modo que le garantizase una entrevista en privado cuando llegara a Dimchurch en el tren de la tarde.

Confieso que sentí cierta curiosidad por lo que podría seguirse de la consulta propuesta entre un Oscar todavía titubeante y un señor Sebright que era la precisión en persona, y en consecuencia dispuse dar un paseo a solas, a eso de las ocho de la tarde, por el camino que llevaba a la lejana estación de ferrocarril.

El segundo incidente del día tal vez pueda describirse como una conversación confidencial que tuvo lugar entre Lucilla y yo, y que versó sobre una cuestión que a las dos nos tenía absortas por igual: el

trascendental asunto en que de hecho consistía la recuperación de su bendito sentido de la vista.

La vi en la mesa del desayuno, pobrecilla, con su desconfianza, siempre pronta, nuevamente suscitada por Oscar. El le había explicado su viaje a Londres con la manida excusa de los «negocios pendientes». Ella sospechó de inmediato, pues no en vano sabía cuáles eran los sentimientos de Oscar y que él estaba en secreto decidido a interferir de alguna manera para que Herr Grosse no llevase a cabo la operación. Me las ingenié para dar reposo a la angustia que de este modo empezaba a tomar forma en su ánimo, y le informé -basándome en lo dicho por el propio Oscar- de que éste tenía una aversión personal hacia el oculista alemán. «Cálmese -le dije-. Yo respondo de que Oscar no se aventurará a importunar a Herr Grosse.»

A estas palabras siguió un largo silencio. Cuando Lucilla volvió a referirse a Oscar hablando de la inminencia de la operación, pareció que la depresión de su ánimo había alterado la visión que tenía ella de sus propias perspectivas de futuro. Fue nada menos que ella misma la que habló desdeñosamente de la bendición que se confiere a los ciegos mediante la recuperación de la vista.

-¿Sabe una cosa? -dijo-. Si no me fuera a casar con Oscar, dudo mucho de que me hubiera tomado la molestia de someter a ningún oculista, nativo o extranjero, al engorro de tener que venir a Dimchurch.

-Creo que no la comprendo -dije-. No querrá usted decir que no se habría alegrado infinito, en otras circunstancias, de recuperar la vista...

-Eso es justamente lo que pretendo decir.

-¿Cómo? ¿A usted, que se ha tomado la molestia de escribir al propio Grosse para que precipite en lo posible la operación, no le importaría seguir siendo ciega?

-Lo único que me importa es ver a Oscar. Por si fuera poco, sólo me importa verle porque estoy enamorada de él. Dejando eso a un lado, realmente no me siento como si me fuese a producir un placer especial poder hacer uso de mis ojos. He sido ciega durante muchísimo tiempo, y he aprendido a vivir sin ver.

-Sin embargo, parecía usted perfectamente embelesada, como en trance, cuando Nugent sembró en usted la duda de que fuera ciega de por vida...

-Nugent me pilló desprevenida -respondió-. Nugent me produjo tal sobresalto que perdí el sentido. Desde entonces, he tenido tiempo de pensar en todo esto, y ahora no me siento transportada por el entusiasmo de aquel momento. Las personas que pueden ver, como ustedes, atribuyen una absurda importancia a sus ojos. Contra sus ojos opongo yo mi tacto, querida, y es mucho más digno de confianza, es un sentido mucho más inteligente. Tal como he dicho, si no fuera Oscar el sentimiento que más prevalece ahora en mí, ¿quiere que le diga qué habría preferido con creces, infinitamente más que recobrar el sentido de la vista, en el supuesto de que hubiera sido posible? -Meneó la cabeza con un gesto de cómica resignación a las circunstancias-. ¡Por desgracia, es del todo imposible!

-¿Qué es lo que resulta imposible?

De pronto extendió ambos brazos sobre la mesa del desayuno.

Librodot

-Estirarme los brazos hasta tenerlos de una longitud insólita. ¡Eso es lo que me habría gustado! -contestó-. Con mis manos podría averiguar lo que estuviera ocurriendo a mi alrededor mejor que ustedes con sus ojos y sus telescopios. Cuántas dudas podría zanjar, por ejemplo, en lo tocante al sistema planetario; cuántas dudas que tienen los que pueden ver, con sólo poder estirar los brazos lo suficiente para tocar las estrellas.

-¡Lucilla, eso son tonterías!

-¿Se lo parece? Dígame qué funciona mejor a oscuras, mi tacto o sus ojos. ¿Quién de las dos es la que tiene la seguridad de que siempre podrá confiarse a sus sentidos a lo largo de las veinticuatro horas del día? ¿Usted o yo? Sin embargo, en cuanto a Oscar, y esta vez quisiera hablarle con toda serenidad, y de todo corazón, le diré que preferiría con mucho perfeccionar el sentido que ya tengo en vez de recibir un sentido que no tengo. Hasta que conocí a Oscar, no creo, con toda sinceridad, que envidiara a nadie el empleo de sus ojos.

-¡Me deja de piedra, Lucilla!

Hizo repicar la cucharilla contra la taza del té, en un gesto de impaciencia.

-¿Puede usted fiarse siempre de sus ojos, incluso a plena luz del día? -exclamó-. ¿Con qué frecuencia la llaman a engaño incluso en las cosas más simples? ¿Sobre qué los oí discutir el otro día cuando estaban en el jardín? ¿Contemplaban ustedes algún paisaje?

-Sí, estábamos mirando por la avenida de los árboles que hay al otro lado de la tapia que cierra la iglesia.

-Ya, y algún objeto que había en la avenida llamó la atención de todos ustedes, ¿no fue así?

-Sí, un objeto que estaba al otro extremo.

-Los oí discutir, y todos tenían una opinión diferente a pesar de sus maravillosos ojos. Mi padre decía que se movía. Usted decía que estaba quieto. Oscar dijo que era un hombre. La señora Finch insistió en que era una vaca. Nugent fue corriendo hasta allá y examinó ese objeto pasmoso bien de cerca. ¿Y qué resultó ser? ¡Una rama seca de un árbol que el viento había traído desde el otro lado durante la noche! Por qué iba yo a envidiar a los demás la posesión de un sentido que les hace semejantes jugarretas? ¡No! ¡No! Herr Grosse va a «operarme las cataratas», como él dice, porque voy a casarme con el hombre al que yo amo y porque yo me he imaginado, como una idiota, que lo amaré todavía más cuando lo pueda ver. Puede que esté muy equivocada -dijo con aire de superioridad-. Puede que termine por no amarle ni la mitad que ahora.

Pensé en la cara de Oscar y me invadió un miedo terrible a que estuviera hablando con mucha más seriedad de lo que ella sospechaba. Traté de cambiar de conversación. ¡En vano! Su natural, tan imaginativo, había encontrado el camino hacia una nueva región donde podía especular a su antojo, y llegó allí sin darme tiempo a abrir la boca.

-Yo relaciono la luz -dijo muy pensativa- con todo lo bello, con lo celestial; relaciono las tinieblas con toda la vileza, con lo horrible y lo demoníaco. Me pregunto cómo serán la luz y las tinieblas cuando las pueda ver de veras.

-Estoy segura de que la dejarán asombrada -conteste-, pues serán completamente distintas de lo que usted imagina ahora.

Se sobresaltó. La había alarmado sin darme cuenta siquiera.

-¿Será el rostro de Oscar completamente distinto a como yo lo imagino? -preguntó con una voz. súbitamente alterada-. ¿Acaso trata de decirme que durante todo este tiempo no me he formado una imagen mental de él que se ajuste a la realidad?

De nuevo traté de arrastrarle a un asunto diferente. ¿Qué otra cosa podía hacer, teniendo en cuenta que mi lengua estaba atada por la advertencia del oculista alemán, que no en vano había insistido en que no la agitásemos, a la vista de la operación que se iba a realizar al día siguiente?

No sirvió de nada. Ella siguió a lo suyo igual que antes, sin prestarme la menor atención.

-¿Es que no dispongo de los medios adecuados para juzgar cómo es Oscar? -dijo-. Me toco la cara, sé qué anchura y qué longitud tiene; sé qué longitud tienen mis rasgos, sé dónde están. Y luego palpo a Oscar y comparo su cara con lo que sé de la mía. No se me escapa un solo detalle. Mentalmente lo veo con la misma claridad con la que me ve usted ahora, al otro lado de la mesa. ¿Quiere decir acaso que, cuando lo vea con mis propios ojos, he de descubrir algo que me resulte totalmente novedoso? -Se levantó con impaciencia y dio una vuelta por la estancia-. ¡Oh! -exclamó a la vez que daba un pisotón contra el suelo-. ¿Por qué no podré tomar el láudano suficiente, el suficiente cloroformo para pasar el próximo mes y medio como si estuviera muerta, y volver después a la vida, cuando el alemán me quite las vendas de los ojos? -Volvió a sentarse y de pronto se dejó llevar a un asunto puramente moral-. Dígame una cosa -añadió entonces-. ¿Qué virtud es más grande? ¿La que más difícil resulta de practicar?

-Supongo que sí -contesté.

Tamborileó con ambas manos sobre la mesa, con petulancia, con toda la fuerza que pudo, con saña.

-En ese caso, madame Pratolungo -dijo-, la más grande de todas las virtudes es la paciencia. Amiga mía, ¡cuánto detesto en este preciso instante la más grande de todas las virtudes!

Así terminó nuestro diálogo, pues ahí encontró por fin nuestra conversación el camino hacia otros asuntos.

Pensando más tarde en esa nueva faceta de su espíritu que Lucilla me había mostrado, extraje un único consuelo de lo hablado en la mesa del desayuno. Si el señor Sebright al final estuviera en lo cierto, y si la operación fuera un fracaso, yo al menos tendría la palabra de Lucilla de que la invidencia por sí misma no es para los ciegos esa terrible aflicción que los demás imaginamos lisa y llanamente porque gozamos del don de la vista.

A eso de las siete y media de la tarde salí yo sola, tal como había planeado, para recibir a Oscar a su regreso de Londres. En una larga recta del camino lo vi avanzar hacia mí. Iba caminando más deprisa que de costumbre, y cantaba al andar. A pesar de su lividez y su decoloración, la cara del pobre muchacho parecía radiante de felicidad mientras se acercaba a mí. Exultante, agitó su bastón en el aire.

Librodot

-¡Buenas noticias! -gritó a pleno pulmón-. ¡El señor Sebright me ha devuelto la felicidad!

Yo nunca le había visto tan semejante a Nugent como cuando une encontré con él y me estrechó la mano.

-Cuéntemelo todo -dije.

Primero me dio el brazo y, sin dejar de hablar, volvimos despacio a Dimchurch.

-En primer lugar -comenzó-, el señor Sebright sigue manteniendo su opinión con más firmeza que nunca. Está absolutamente convencido de que la operación será un fracaso.

-¿Estas son sus buenas noticias? -le dije a modo de reproche.

-No -dijo- Sin embargo, he de reconocer para mi vergüenza que hubo un tiempo en que casi llegué a tener la esperanza de que fracasara. Pero el señor Sebright me ha dado una perspectiva mucho mejor. Es muy poco, o nada incluso, lo que tengo que temer del posible éxito de la operación... caso de que, por una extraordinaria casualidad, llegue a tener éxito. Si le recuerdo la opinión del señor Sebright es tan sólo por darle una idea adecuada del tono que adoptó conmigo al comenzar nuestra charla. Solo tras expresar sus protestas accedió a considerar el acontecimiento que Lucilla y Herr Grosse ya consideran con toda certidumbre. «Si la expresión de la situación en que usted se encuentra lo requiere -me dijo-, estoy dispuesto a reconocer que existe una remotísima posibilidad de que ella vuelva a verle a usted en el plazo de dos meses. Ahora, le ruego que comience.» Y empecé por informarle de mi compromiso matrimonial.

-¿Quiere que le diga yo cómo recibió el señor Sebright dicha información? -le dije-. Se calló e hizo una reverencia.

Oscar se echó a reír.

-Cierto, muy cierto -respondió-. Acto seguido le hablé de la extraordinaria antipatía que tiene Lucilla por las personas de tez oscura y los matices mas oscuros de cualquier color. ¿Adivina qué me dijo cuando hube terminado?

Tuve que reconocer que mi conocimiento del carácter del señor Sebright no llegaba a tal extremo.

-Dijo que, por su experiencia de los ciegos, era una antipatía harto común entre ellos. Ésta es una de las múltiples y extrañas influencias que sobre su ánimo ejerce la privación de la vista. «La dolencia física tiene una misteriosa influencia moral -me dijo-. Es algo que podemos observar, pero que no sabemos explicar. Esa especial antipatía que usted comenta es una antipatía incurable, a no ser que se produzca una condición: la recuperación de la vista.» Calló. Le encarecí que prosiguiera. ¡No! Rehusó continuar hasta que yo no hubiera terminado con lo que debía decirle. Todavía debía hacer mi confesión... y la hice.

-¿No ocultó nada?

-No, nada. Expuse toda mi debilidad ante él. Le dije que Lucilla estaba firmemente convencida de que era Nugent quien tenía la cara decolorada, no yo. Y entonces le hice la pregunta que había ido a hacerle: ¿qué debía hacer?

-¿Y qué respondió?

-Con las siguientes palabras: «Si me pregunta usted qué es lo que debe hacer en el supuesto de que ella siga siendo ciega (y le vuelvo a decir que éste será por desgracia el caso), me niego a darle mi consejo. Son su propia conciencia y su concepto del honor los que han de ayudarle a decidirse sobre esa cuestión. En caso contrario, si me pregunta usted qué es lo que debe hacer en el supuesto de que ella recupere la vista, puedo contestarle sin reservas y con la máxima sencillez. Deje las cosas tal como están Y espere a que ella recupere la vista». Estas fueron sus palabras. ¡Qué enorme peso me ha quitado de encima! Le obligué a repetirlas; reconozco que casi me daba miedo confiar la evidencia tan sólo a mis oídos.

Comprendí el motivo del ánimo renovado de Oscar, lo comprendí mucho mejor que el motivo por el cual le había dado el señor Sebright su consejo.

-¿Le expuso el señor Sebright sus motivos? -pregunté.

-Sabrá usted sus motivos ahora mismo. Insistió en asegurarse primero de que yo hubiera comprendido a carta cabal la situación en que me encontraba. Dijo: «La condición primordial del éxito, tal como le indicó Herr Grosse, es la total y absoluta tranquilidad del paciente. Si usted hace su confesión a la damisela cuando regrese esta noche a Dimchurch, la pondrá en tal estado de excitación que mañana será por completo imposible que mi colega alemán proceda a realizar la operación. Si aplaza usted la confesión, las necesidades médicas del caso le obligarán a permanecer en silencio hasta el día en que el oculista dé por concluidas sus atenciones. ¡Esta es la situación en que se encuentra! Mi consejo es que adopte esta última alternativa. Espere, y haga que las demás personas que conozcan el secreto también esperen, hasta que el resultado de la operación sea inamovible.» En ese punto le pedí que callara. «¿Quiere usted decir que he de estar presente en la primera oportunidad en que ella pueda hacer uso de sus ojos?», le pregunté. «¿He de permitir que me vea sin haberle dicho de antemano nada que le ayude a prepararse para ver el color de mi cara?»

Empezábamos a llegar a la parte más interesante del relato. Los ingleses, cuando salen a caminar o, tienen una conversación con un amigo, jamás hacen un alto en los momentos de máximo interés. En cambio, nosotros los extranjeros invariablemente hacemos un alto. Sorprendí a Oscar al detenerle de pronto en medio del camino.

-¿Qué sucede? -me preguntó.

-¡Siga! -le dije con impaciencia.

-No puedo seguir -repuso-. Me está sujetando usted.

Le sujeté con más fuerza que nunca y le ordené con más resolución que nunca que prosiguiera. Oscar se resignó a hacer mi alto (a la manera de los extranjeros) en el camino por el que transitábamos.

-El señor Sebright contestó a mi pregunta formulándome una pregunta -siguió diciendo-. Me preguntó cómo me disponía a prepararla para saber de qué color es mi cara.

-¿Y qué le dijo usted?

-Le dije que había planeado aducir una excusa para marcharme de Dimchurch y, una vez lejos de aquí, prepararla por escrito para lo que podría encontrarse a mi regreso.

Librodot

-¿Qué le dijo él?

-No quiso ni oír hablar de esa idea. «Le recomiendo con todo el peso de mi experiencia que esté usted presente en la primera ocasión en que ella sea capaz, si es que llega a serlo, de hacer uso de su vista. Atribuyo una trascendental importancia a su capacidad para corregir la repugnante y absurda imagen que tiene a propósito de una cara como la suya, y para ello ha de verle tal como es usted de veras en la primera ocasión que se presente», dijo.

Habíamos reanudado la marcha, y hubo ciertas palabras en su última frase que me sobresaltaron. De nuevo volví a detenerle,

-¿Repugnante y absurda imagen? -repetí, y pensé en el acto en la conversación que esa misma mañana había tenido con Lucilla-, ¿Qué quiso decir el señor Sebright hablando de esta manera?

-Se lo pregunté. Y su respuesta a buen seguro le ha de interesar, madame Pratolungo. Le llevó a una explicación de los motivos por los que usted me acaba de preguntar. ¿Le parece que sigamos caminando?

Mis petrificados pies de extranjera recuperaron su actividad. Seguimos adelante.

-Cuando le hablé al señor Sebright del inveterado prejuicio de Lucilla -continuó Oscar-, me sorprendió al informarme de que era un prejuicio muy común en la experiencia que tenía de las personas privadas de la vista, y de que su única curación radicaba, de hecho, en la recuperación de la vista. Para respaldar esa afirmación me habló de dos interesantes casos que había conocido en su práctica profesional. El primero era el caso de la hija pequeña de un funcionario destinado a la India, una niña que era ciega desde su más tierna infancia, igual que Lucilla. Tras practicarle una operación con éxito, llegó el día en que permitió a su paciente que probase e hiciera uso de sus ojos, es decir, que probase si al principio era capaz de ver las cosas suficientemente bien, distinguir los objetos oscuros de la luz. Entre las personas reunidas para ser testigos del momento en que a la niña se le retirasen las vendas se encontraba una nodriza india que había acompañado a la familia en su viaje a Inglaterra. La primera persona a la que vio la niña fue su madre, una mujer de tez. clara y rubios cabellos. La niña unió ambas manos boquiabierta por el asombro, y eso fue todo. Volvió entonces la cabeza y vio a la nodriza india, de tez especialmente oscura: al instante se le escapó un chillido de terror. El señor Sebright me confesó que él no pudo explicárselo. Era de todo punto imposible que la niña tuviera alguna asociación mental con los colores. Sin embargo, había manifestado el odio más virulento, el horror más espantoso hacia un objeto de color oscuro (ese odio y ese horror tan particulares de los invidentes), y lo había manifestado de forma inconfundible una niña de diez años de edad. Mientras me estaba refiriendo todo esto, pensé inmediatamente en mí y en mis posibilidades con Lucilla. Lo primero que le pregunté fue si la niña llegó a acostumbrarse a la nodriza. Le puedo contestar con sus propias palabras: «En tan sólo una semana me encontré a la niña sentada en el regazo de la nodriza, tan tranquila como yo lo estoy en esta silla». Cuando menos, resulta alentador, ¿no cree?

-Sumamente alentador, eso es innegable.

-El segundo caso fue todavía más curioso. Esta vez se trataba de un hombre adulto, y lo contó con la intención de mostrarme qué imágenes tan fantásticas y tan extrañas (completamente distintas a la realidad) pueden formarse los invidentes. El paciente estaba casado y había llegado el momento de que viera a su esposa por primera vez, tal como Lucilla ha de verme a mí un día. Antes de casarse con ella, le habían indicado que su mujer tenía una profunda y larga cicatriz en una de las mejillas. La pobre mujer desfigurada (¡ah, qué bien la entiendo!) temblaba sólo de pensar en las consecuencias. El hombre que la había querido con toda el alma mientras estuvo ciego, tal vez la aborrecería cuando viera su cara desfigurada. Su marido fue el primero en consolarla cuando se decidió proceder a la operación. Afirmó que su sentido del tacto, así como las descripciones que le habían proporcionado los demás, le habían permitido formarse una imagen mental de la cara de su esposa que era sin duda completa y fiel a la realidad. Por más que el señor Sebright insistió, no pudo de ninguna manera hacerle creer que era físicamente imposible que se hubiera formado una idea de veras correcta de cualquier objeto, animado o inanimado, que no había visto jamás. El paciente no quiso ni oír hablar de semejante posibilidad. Estaba tan seguro del resultado que tomó la mano de su esposa para darle ánimos mientras le retiraban los vendajes. A la primera mirada que le dedicó, lanzó un grito de horror y se desplomó en su silla como si se hubiera desmayado. Su esposa, la pobre, se trastornó por la angustia. El señor Sebright hizo todo lo que pudo por tranquilizarla, y esperó hasta que el marido estuvo en condiciones de responder a las preguntas que le hiciera. Entonces resultó que la idea que se había formado de su esposa y de su desfiguración cuando estaba ciego era tan grotesca y horriblemente disímil de la realidad que era difícil saber si reírse o echarse a temblar. Por comparación con la idea que su marido se había formado, su esposa era tan bella como un ángel; sin embargo, como ésta había sido su idea, nada más verla se sintió absolutamente asqueado y aterrado. En cuestión de pocas semanas pudo comparar a su esposa con otras mujeres, vio retratos, comprendió qué era la belleza y qué era la fealdad, y a partir de ese momento han vivido los dos más felices que ningún otro matrimonio del reino.

No estuve muy segura de la dirección en que apuntaba este último ejemplo. Al pensar en Lucilla me sentí un tanto alarmada. Volví a detenerme.

-¿Cómo aplicó el señor Sebright este segundo caso al de Lucilla y usted? -pregunté.

-Se lo diré en seguida -dijo Oscar-. AI principio apeló al caso por pensar que respaldaba su afirmación de que la idea que Lucilla se hubiera formado de mí debía de ser completamente diferente de cómo soy en realidad. Me preguntó si estaba ya seguro de que ella no podría tener una concepción exacta del aspecto real que tienen las caras y los colores. Me preguntó si no estaba de acuerdo con él en que la imagen mental que tenga ella, la imagen del hombre de la cara azul, es con toda probabilidad algo fantástica y repugnantemente diferente de la realidad. Después de lo que acababa de saber, tuve que estar lógicamente de acuerdo con él. «Muy bien», dijo el señor Sebright. «Ahora, tratemos de recordar que existe una diferencia crucial entre el caso de la señorita Finch y el que le acabo de comentar. La idea que tenía el marido ciego respecto de su esposa era, no se olvide, la idea

Librodot

más querida por el marido. La sorpresa que tuvo al verla por primera vez fue una sorpresa sencillamente debida a eso. Por el contrario, la idea que se ha formado la señorita Finch de una cara azul es una idea que le resulta perfectamente odiosa: es una imagen que ella detesta. ¿No le parece justo concluir; a tenor de todo esto, que la primera visión que ella tenga de usted, tal como usted es en realidad, muy posiblemente le produzca un gran alivio, en vez de una desagradable sorpresa? Si razono a partir de mi propia experiencia, he de llegar a esta conclusión; por eso le aconsejo, en su propio interés, que esté presente cuando le sea retirado el vendaje. Incluso si resulta que estoy en un error, e incluso si ella no se reconcilia de inmediato con la imagen que vea de usted, ahí tiene el otro ejemplo de la niña y la nodriza india, que sin duda le satisfará, ya que se trata de una mera cuestión de tiempo. Tarde o temprano, ella aceptará el descubrimiento tal como lo aceptaría cualquier damisela. Al principio, estará indignada con usted por haberla engañado; después, si está usted seguro del lugar que ocupa en su afecto, terminará por perdonarle. Ésta es mi visión de la situación en que se encuentra, y éstas son las bases en que me apoyo para pensar como pienso. Entretanto, debo añadir que mi opinión médica permanece inalterable. Creo firmemente que jamás tendrá usted ocasión de actuar de acuerdo con los consejos que acabo de darle. Cuando le sea retirado el vendaje, las posibilidades son quinientas a una de que no esté más cerca de ver de lo que está ahora.» Éstas fueron sus últimas palabras. Así nos despedimos.

Oscar y yo seguimos caminando un trecho en silencio.

Yo no tenía nada que aducir en contra de las razones del señor Sebright era imposible poner en tela de juicio la experiencia profesional que las había proporcionado. En cuanto a los ciegos en general, no tenía ninguna duda de que su consejo era acertado, y de que había llegado correctamente a sus conclusiones. Sin embargo, el carácter de Lucilla no era normal y corriente. Yo tenía de ella un conocimiento mucho mejor que el del señor Sebright, y cuanto más pensaba en el futuro, menos inclinada me sentía a compartir las esperanzas de Oscar. Lucilla era una de esas personas capaces de decir o hacer algo en el momento más crítico del experimento, algo capaz de sorprender e incluso desbaratar los cálculos más afinados. En ningún otro momento me habían parecido más oscuras las perspectivas de Oscar.

Habría sido inútil y cruel haberle dicho a él lo que aquí acabo de decir. Al mal tiempo puse la mejor cara que pude y le pregunté si se había propuesto seguir los consejos del señor Sebright.

-Sí -dijo-. Con ciertas reservas, claro, que se me ocurrieron después de marcharme de su casa.

-¿Y puedo preguntar de qué se trata?

-Desde luego. Me propongo rogar a Nugent que se marche de Dimchurch antes de que Lucilla ponga su vista a prueba por primera vez. Y sé que lo hará, sin duda, con tal de complacerme.

-¿Y una vez haya hecho eso, qué?

-Entonces estaré presente, tal como sugirió el señor Sebright, en el momento en que le sea retirado el vendaje.

-¿Y le dirá previamente a Lucilla -le interrumpí- que es usted quien está

en la habitación?

-No. Es en este punto donde tomaré la precaución a la que acabo de aludir. Me propongo crear en Lucilla la impresión de que soy yo quien se ha tenido que ausentar de Dimchurch, y que es a Nugent a quien ella ve cara a cara. Si el señor Sebright tiene razón, y si su primera sensación es de alivio, le confesaré la verdad ese mismo día. Si no, esperaré hasta que se reconcilie con mi imagen para hacerle entonces mi confesión. Ese plan tiene previstas todas las posibles emergencias. Es de hecho una de las pocas ideas realmente buenas con que ha dado mi estúpida inteligencia desde que llegué a Dimchurch.

Dijo estas últimas palabras con un inocente aire de triunfo, tanto que no tuve yo arrestos para apagar su ardor diciéndole qué opinión me merecía su idea.

-No olvide, Oscar, que hasta los planes trazados con más inteligencia están a merced de circunstancias imprevisibles. En el último momento puede producirse un accidente que le obligue a decir la verdad.

No dije nada más.

Ya teníamos la casa rectoral a la vista cuando le hice esta última advertencia. Nugent estaba paseando por el camino, esperando a que llegáramos. Dejé que Oscar relatase toda su historia a su hermano y entré en la casa.

Lucilla estaba sentada ante el piano cuando entré en la sala de estar. No sólo estaba tocando, sino que también cantaba, y eso era muy infrecuente en ella. La canción, tanto la melodía como la letra, era una composición suya. «¡Lo he de ver! ¡Lo he de ver!» Con esas cuatro palabras comenzaba y terminaba la composición. Las había adaptado a todas las melodías felices que guardaba en su memoria. Las acompañaba con unas manos hechas sin duda para el júbilo, unas manos que amenazaban con romper en cualquier momento las cuerdas del instrumento. Desde mi primer día en la casa rectoral, jamás había oído semejante estruendo en la quietud de la sala de estar. Era presa de una febril excitación, y su ánimo exultante, teniendo en cuenta los presentimientos que me rondaban, me chocó y me dolió incluso. La levanté del taburete y cerré la tapa del piano por la fuerza.

-¡Cielos, compóngase! -le dije-. ¿O es que pretende estar completamente exhausta cuando llegue mañana el alemán?

Esta consideración bastó para poner fin a su desmedido entusiasmo. De pronto se apaciguó y lo hizo con la brusca facilidad con que lo haría una niña.

-Lo había olvidado -dijo, mientras se sentaba consternada en un rincón-. ¡Tal vez se niegue a realizar la operación! ¡Ay, querida, sosiégueme como sea! Traiga un libro, léame.

Traje el libro. ¡Ah, pobre del autor! Ni ella ni yo le prestamos la menor atención. Peor aún, lo vilipendiamos por no haber logrado interesarnos, y lo cerramos luego sonoramente, dejándolo con rudeza en su lugar correspondiente, en la estantería. Allí quedó boca abajo y nosotras nos fuimos a dormir.

Lucilla estaba de pie ante la ventana cuando entré a desearle buenas noches. La acaramelada luz de la luna caía con ternura sobre su rostro.

Librodot

-Luna que nunca he visto –murmuró muy suavemente-, siento que me estás mirando. ¿Se acerca la noche en que yo te vea? -Se dio la vuelta y me tomó de la mano para colocarme los dedos sobre su pulso-. ¿Le parece que estoy ya sosegada? -preguntó-. ¿Me encontrará marrana suficientemente bien? ¡Pálpelo! ¡Pálpelo! ¿Está más tranquilo?

Le palpé el pulso y noté que le latía a gran velocidad.

-El sueno tranquilizará su pulso -dije, y le di un beso antes de despedirme.

Durmió bien. En cuanto a mí, pasé una noche tan atormentada y me levanté tan fatigada que tuve que volver a mi habitación después de desayunar, a echarme un rato. Fue Lucilla quien me convenció de que subiera a descansar.

-Herr Grosse no llegará hasta la tarde -dijo-. Descanse hasta su llegada.

Habíamos hecho nuestros cálculos sin tener en cuenta las excentricidades de nuestro cirujano alemán. Con la sola excepción de sus asuntos profesionales, Herr Grosse lo hacía todo llevado por sus impulsos, sin atender a ninguna regla. Poco tiempo había pasado desde que concilié un sueño reparador cuando noté que Zillah me ponía la mano en el hombro y me hablaba al oído.

-¡Le ruego que se levante, señora! Ya ha llegado. Ha venido de Londres en el tren de la mañana.

Fui corriendo a la sala de estar.

Allí, ante la mesa, estaba sentado Herr Grosse con el maletín del instrumental abierto; sus enloquecidos ojos negros se regodeaban ante un repugnante despliegue de tijeras, sondas y bisturíes, y su desaliñado sombrero negro mezclado de cualquier manera con vendajes y frascos. Y de pie a su lado estaba Lucilla, algo inclinada hacia él, con una mano posada con toda familiaridad sobre su hombro, mientras que con la otra palpaba con destreza los espantosos instrumentos, para averiguar corno eran.

Fin de la primera parte

Librodot

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO XXXIV

Nugent muestra su baza

Di por cerrada la primera parte de mi narración el día en que tuvo lugar la operación, el 25 de junio.

Abro la segunda parte unas seis o siete semanas más tarde, el 9 de agosto.

¿Cómo transcurrió el tiempo en Dimchurch entretanto?

Si rebusco a fondo en mi memoria, revivo la historia doméstica de ese mes y medio y retrospectivamente me parece de una miserable monotonía, vacía de incidentes de toda clase. Cuando ahora contemplo esa temporada me pregunto incluso cómo sobreviví a tanto hastío, cómo aguantamos todos la inactividad forzosa, aquella opresión y aquella tensión imposibles de aliviar. Pasando del dormitorio a la sala de estar y de la sala de estar de vuelta al dormitorio; con la luz. del día en todo momento fuera del interior, con los vendajes puestos en todo momento, salvo en las ocasiones en que el cirujano examinaba sus ojos, Lucilla soportó el encarcelamiento -y mucho peor que el encarcelamiento, la incertidumbre- a que estuvo sometida durante ese periodo de prueba con un valor capaz de arrostrarlo todo, con el valor que sostiene la esperanza. Con la ayuda de los libros, la música, las conversaciones -sobre todo, con la ayuda del amor-, avanzó con calma por la tediosa sucesión de las horas y los días, esperando el momento en que se decidiera la cuestión en liza entre los dos oculistas, la terrible cuestión de cuál de los dos, el señor Sebright o Herr Grosse, tenía razón.

Yo no estuve presente en el examen que finalmente despejó todas las dudas. Acompañé a Oscar en el jardín, pues se encontraba absolutamente incapacitado para dominarse de manera mínimamente eficaz. Paseamos en silencio de un extremo a otro del césped, como dos animales enjaulados. Zillah fue la única testigo presente cuando el alemán examinó los ojos de nuestra pobre y querida Lucilla. Nugent decidió esperar en la habitación contigua para anunciar el resultado del examen por la ventana. Tal como discurrieron las cosas, Herr Grosse estuvo con él poco antes. Una vez más oímos su inglés macarrónico y su jubilosa exclamación: «¡Hola, hola! ¡Hola, hola!». Una vez más vimos su enorme pañuelo de seda ondeando en la ventana. Me sentí débil, marcada incluso, por la excitación del momento, y embelesada (que fue un embeleso, nada menos) en cuanto llegaron a mí aquellas palabras electrizantes: «¡Podrá ver!». ¡Dios misericordioso! ¡Cómo vilipendiamos al señor Sebright cuando nos reunimos de nuevo en la habitación de Lucilla!

Una vez remitió la primera oleada de excitación, llegó la hora de afrontar nuestras dificultades.

Desde el momento en que se le informó sin lugar a dudas de que la operación había sido un éxito, la paciente Lucilla cambió de tal modo que se convirtió en un nuevo ser. Comenzó a rebelarse constantemente contra la precaución que todavía aconsejaba posponer el día de la primera prueba con su vista. Hizo falta toda mi influencia, respaldada por los encarecimientos de Oscar y fortalecida por el furioso inglés extranjero de nuestro excelente cirujano alemán (¡que Herr Grosse tenía un temperamento único, en serio lo

Librodot

digo!), para impedir que vulnerase la normativa médica que la tenía en su poder. Cuando llegaba a ponerse intratable, cuando con todo el descaro del mundo lo insultaba incluso en su propia cara, nuestro buen Grosse dio en insultarla también por medio de un lenguaje soez de su propia invención, y daba arranque a cada uno de sus improperios con una aspiración tremenda que siempre terminaba por devolver las aguas a su cauce haciendo reír a Lucilla. Vuelvo a verlo ahora cuando escribo, lo veo salir de la habitación en tales ocasiones, con los ojos centelleantes tras los cristales de sus gafas y su sombrero desalmado y ladeado.

-¡Y buino jovencita escupefuegos! Como se toque ese vendaje que le he puestos, ¡maldita maldición! Nada más digo. ¡Adiós!

De Lucilla paso a los hermanos gemelos.

Tranquilizado de cara al futuro después de su entrevista con el señor Sebright, Oscar estuvo mejor que nunca durante el periodo al que ahora me refiero. En lo que más confió Lucilla durante los días que tuvo que pasar en el cuarto oscuro fue en todo lo que pudiera hacer su amor para aliviarla y darle ánimos. Él no le falló en ninguna ocasión; hizo gala de una paciencia perfecta; su dedicación a Lucilla fue inagotable. Es triste tener que decirlo a la luz de lo que sucedió más adelante, pero yo digo una verdad necesaria cuando afirmo que Oscar fortaleció de manera inmensa su propia posición en el afecto de Lucilla durante aquellos últimos días de invidencia, en que su compañía llegó a ser para ella lo más preciado del mundo entero. ¡Con qué fervor hablaba de él cuando las dos nos quedábamos a solas por la noche! Permítaseme que deje sin relatar esta parte del cortejo. No me agrada escribirla; no me agrada siquiera pensar en ella. Pasemos a otra cosa.

Acto seguido viene Nugent. Es mucho lo que yo daría, por muy pobre que sea, con tal de dejarlo al margen. Es algo que no debo hacer. Por fuerza he de escribir sobre ese pobre desdichado, y el lector habrá de leer todo esto sobre él, tanto si le gusta como si le desagrada.

Los días del encarcelamiento de Lucilla fueron también los días en que mi preferido me desilusionó por primera vez. Fue como si su hermano y él hubieran cambiado de lugar. Comparado con Oscar, Nugent parecía estar en franca desventaja. Sorprendió y apenó a su hermano al marcharse de Browndown. «Todo lo que he podido hacer por ti ya está hecho -dijo-. En la actualidad, ya no soy de ninguna utilidad para nadie. Déjame marchar. Me estoy quedando estancado en este miserable lugar; es preciso que cambie, y he de cambiar.» Los ruegos de Oscar, teniendo en cuenta el estado anímico de Nugent, no bastaron para conmoverle y hacerle cambiar de idea. Una mañana se marchó sin despedirse de nadie. Había mencionado que pasaría fuera de Dimchurch una semana; estuvo un mes sin regresar. Tuvimos noticias suyas, supimos que llevó una vida de excesos en compañía de unos cuantos hombres de la peor ralea, Se nos comunicó que se había apoderado de él una inquietud frenética que nadie lograba comprender. Volvió con la misma brusquedad con que nos había dejado. Su naturaleza, variable de por sí, había cambiado entretanto hasta ocupar el extremo opuesto. Estaba plenamente arrepentido por su conducta temeraria; se encontraba sumido en una depresión que desafiaba todo intento por animarle; desesperaba de sí y de su futuro. A veces hablaba de regresar a América; otras veces amenazaba con poner fin a su carrera alistándose como soldado de fortuna.

Librodot

De haber estado en mi lugar, ¿habría sabido ver otra persona hacia dónde apuntaban todas estas señales? Lo dudo, sobre todo si esa otra persona hubiera estado tan absorta como estaba yo en observar a Lucilla día y noche. Aun cuando hubiera sido yo una mujer suspicaz por propia naturaleza, y gracias a Dios no lo soy, mi desconfianza hubiera seguido adormecida en aquel ambiente de incertidumbre que todo lo permeaba y que pendía con pesadez. sobre mí mañana, tarde y noche en el cuarto oscuro.

En breve, esto es lo que se dijo y lo que se hizo entre las personas a las que principalmente atañe esta narración durante el mes y medio que separa la primera parte de la segunda parte. Reanudo mi relato, así pues, el 9 de agosto.

Ese fue el día memorable que eligió Herr Grosse para arriesgarse a realizar el experimento de retirar el vendaje y permitir que Lucilla probase su vista por primera vez. Imagine el lector (y no me pida que se la describa) la excitación que campaba a sus anchas en nuestro oscuro y pequeño círculo cuando estábamos a punto de presenciar cara a cara el gran acontecimiento de nuestras vidas, el que prometí relatar desde la frase inicial de estas páginas.

Aquella mañana fui yo la primera que se levantó en la rectoría. Mi excitable sangre francesa era un tumulto febril. Irremisiblemente me acordé de mí misma en una ocasión pretérita, la ocasión en que mi glorioso Pratolungo y yo, al sucumbir a la fuerza del destino y a los tiranos, huimos a Inglaterra en busca de cierta seguridad como dos mártires de aquella ingrata república (¡viva la República!) por la que había dado yo mi dinero y mi marido su propia vida.

Abrí la ventana y saludé el buen presagio del amanecer en un cielo límpido. Cuando me volvía tras contemplar tan hermoso panorama, vi que una silueta salía a hurtadillas de los arbustos y aparecía en el césped del jardín. Se acercó la silueta y reconocí a Oscar.

-¿Qué demonios está usted haciendo ahí a estas horas de la mañana? -le dije en un grito.

Se llevó un dedo a los labios y se acercó a mi ventana antes de responder.

-¡Silencio! -dijo-. No permita que Lucilla la oiga. Venga conmigo en cuanto pueda. La espero para hablar con usted.

Cuando nos encontramos en el jardín vi de inmediato que algo se había torcido.

-¿Malas noticias de Browndown? -pregunté.

-Nugent me ha decepcionado -respondió-. ¿Recuerda usted la noche en que nos encontramos, después de mi consulta con el señor Sebright?

-Perfectamente.

-Le dije que tenía la intención de pedir a Nugent que se marchara de Dimchurch el día en que Lucilla fuera a probar su vista por primera vez.

-¿Y bien?

-Bien... Nugent se niega a marcharse.

-¿Le ha explicado usted sus motivos?

Librodot

-Con todo cuidado y antes de pedirle que se fuera. Le dije que era de todo punto imposible decir qué podría suceder. Le recordé que tal vez tuviera para mí una importancia decisiva mantener en el ánimo de Lucilla la impresión que ella se había formado, al menos durante un tiempo, después de que recuperase la vista. Le prometí que tan pronto se hubiera reconciliado con mi imagen, le llamaría y en su presencia le diría la verdad. Todo eso fue lo que le dije, ¿y cómo cree usted que me contestó?

-¿Se negó tajantemente?

-No. Se alejó de mí, se puso frente a la ventana y pareció considerar durante unos minutos lo que le había dicho. De pronto se dio la vuelta y me dijo: «¿Cuál me dijiste que era la opinión del señor Sebright? El señor Sebright pensó que ella se sentiría aliviada y no aterrorizada. En tal caso, ¿qué necesidad tienes de que yo me vaya? Puedes admitir en seguida que ha visto tu cara y no la mía, ¿no es así?». Se metió las manos en los bolsillos después de decirlo (ya sabe usted qué directo suele ser Nugent) y me dio la espalda para seguir mirando por la ventana como si no hubiera pasado nada.

-¿Y qué le dijo usted?

-«Supongamos que el señor Sebright se equivoca», le dije. El se limitó a contestarme así: «Supongamos que el señor Sebright está en lo cierto». Lo seguí hasta la ventana; nunca le había oído hablarme de manera tan agria como en ese momento. «¿Qué objeciones tienes, que te niegas a irte durante un día o dos?», le pregunté. «Mis objeciones son fáciles de expresar», contestó. «Estoy harto de estas inacabables complicaciones. Es inútil y es cruel seguir adelante con el engaño. El consejo del señor Sebright es un consejo sabio y acertado. Dejemos que ella te vea tal como eres.» Después de darme esta respuesta, salió de la habitación. Supongo que algo le ha molestado, pero no logro imaginar qué. Le ruego que trate de sonsacarle, madame Pratolungo. En usted tengo puesta toda m¡ esperanza.

Reconozco que sentí una considerable reticencia a intervenir. De pronto, y de manera bastante extraña, Nugent había cambiado de punto de vista; a mí me parecía innegable que Nugent estaba en lo cierto. Al mismo tiempo, Oscar parecía tan decepcionado y tan abatido que era a buen seguro imposible, y más en ese día que en ningún otro, causarle el daño adicional de decirle terminantemente que no. Decidí hacer lo que pudiera, y en mi fuero interno me aferré a la esperanza de que las circunstancias me absolvieran, de que no fuera necesario hacer nada en absoluto.

Las circunstancias al final no justificaron la confianza que con tanto egoísmo había puesto yo en ellas.

Fui al pueblo después del desayuno para cumplir un recado doméstico relacionado con los preparativos culinarios necesarios para la bienvenida a Herr Grosse, cuando de pronto oí que alguien pronunciaba mi nombre a mis espaldas, y al darme la suelta me encontré cara a cara con Nugent.

-¿Le ha importunado mi hermano esta mañana –preguntó antes de que yo me levantara?

En el acto percibí que, nada más decirlo, había vuelto a esa actitud obstinada y en modo alguno elegante que ya me había causado no poca perplejidad y una gran insatisfacción en la última entrevista confidencial que

Librodot

mantuve con él en el jardín de la rectoría.

-Oscar ha hablado conmigo esta mañana -respondí.

-¿De mí?

-De usted. Está decepcionado y preocupado por su proceder...

-¡Lo sé! ¡Lo sé! Oscar es peor que un niño pequeño. Está empezando a agotar mi paciencia.

-Lamento oírle decir tal cosa, Nugent. Hasta hoy, usted ha tenido un gran aguante con él. ¿No podrá concederle precisamente hoy lo que desea? Tal vez todo su futuro dependa de lo que suceda en la habitación de Lucilla dentro de muy pocas horas.

-Está haciendo una montaña de un grano de arena... Y usted también.

Dijo esas palabras con amargura, casi con descortesía. Yo le contesté con toda claridad.

-Es usted la última persona que tiene derecho a decir tal cosa. Oscar se encuentra en una situación harto falsa respecto a Lucilla, pero lo está con su conocimiento y con su consentimiento, Nugent. En defensa de los intereses de su hermano, usted se mostró de acuerdo con el engaño. Así pues, en defensa de los intereses de su hermano, se le ha pedido que abandone Dimchurch. ¿Por qué se niega?

-Me niego porque he acabado pensando igual que usted. ¿Qué fue lo que dijo usted de Oscar y de mí en el invernadero? Dijo que nos estábamos aprovechando de manera cruel de la ceguera de Lucilla. Tenía usted razón. Fue una crueldad no decirle la verdad. Y ahora no pienso tomar parte en el ocultamiento de la verdad ni una hora más. Me niego a insistir en reforzar ese engaño, y menos aún siendo éste el día en que ha de recobrar la vista.

Está completamente más allá de mi capacidad la descripción del tono en que me dio esta respuesta. Tan solo podría afirmar que me dejó estupefacta por un momento. Me acerqué un paso a él. Con una vaga aprensión, le miré escrutadoramente a la cara. El me sostuvo la mirada sin pestañear.

-¿Y bien? -Lo dijo con una dura sonrisa con la que me desafiaba a contradecirle.

Nada acerté a descubrir en su cara; tan sólo pude seguir mi instinto de mujer. Y ese instinto me indujo a dar por válida su explicación.

-En tal caso, ¿debo entender que ha decidido usted permanecer aquí? -dije.

-¡Así es!

-¿Qué es lo que se propone hacer cuando llegue Herr Grosse y nos reunamos en la habitación de Lucilla?

-Me propongo estar presente, junto a todos ustedes en el momento más interesante de la vida de Lucilla.

-¡No es posible! ¿Es eso lo que se propone?

-¡Sí!

-Olvida usted algo, señor Nugent Dubourg.

-¿Ah, si? ¿Y qué es lo que olvido, madame Pratolungo?

-Olvida usted que Lucilla cree que el hermano de la cara decolorada es usted, y que el hermano de la tez rubia es Oscar. Olvida usted que el cirujano nos ha prohibido expresamente causarle la menor agitación antes de que él le permita hacer uso de sus ojos. Olvida usted que el mismo engaño que usted se niega tajantemente a mantener será sin embargo un engaño en toda regla si está usted presente cuando Lucilla recupere la vista. Su propia resolución le obliga a no entrar en la rectoría hasta que Lucilla descubra la verdad.

Con estas palabras terminé de apretarle las tuercas. ¡Tenía en mis manos al señor Nugent Dubourg!

Se puso mortalmente pálido. Por primera vez bajó la mirada ante mí.

-Gracias por recordármelo -dijo-. Lo había olvidado, en efecto.

Dijo estas palabras con sumisión, bajando súbitamente su tono de voz. Hubo algo en esa manera de hablar, o en su manera de bajar la mirada, que aceleró el ritmo de mis latidos, y empecé a sentir una vaga expectación de la que ni siquiera supe darme cuenta.

-¿Está de acuerdo conmigo -le dije- en que no puede estar presente con los demás en la rectoría? ¿Qué piensa hacer?

-Me quedaré en Browndown -dijo.

Me pareció que mentía. No me pregunte el lector por mis razones, pues no puedo aducir ninguna. Cuando dijo: «Me quedaré en Browndown», noté con toda claridad que me estaba mintiendo.

-¿Por qué no hace lo que le ha pedido Oscar? -seguí diciendo-. Si va a estar usted ausente, poco importa que esté en un sitio u otro. Todavía tiene tiempo de sobra para marcharse.

Alzó la mirada con la misma brusquedad con que antes la había bajado.

-¿Es que Oscar y usted piensan que soy de piedra? -estalló enojado.

-¿Qué quiere decir?

-¿Con quién están ustedes en deuda por lo que va a suceder hoy? -siguió diciendo más apasionado que nunca-. Están en deuda conmigo. De todos ustedes, ¿quién fue el único que se negó a creer que Lucilla fuera ciega de por vida? ¡Yo! ¿Quién ha traído aquí al hombre que le va a devolver la vista? ¡Yo lo he traído! Y resulta que soy yo la persona que ha de quedarse sin saber cómo termina todo. Todos los demás han de estar presentes, mientras que yo he de marcharme. Los otros podrán verlo: yo tendré que enterarme por correo (si es que alguno de ustedes tiene la deferencia de escribirme) de lo que haga ella, de lo que diga, de cómo mire las cosas en el primer momento celestial en que por fin abra los ojos al mundo que la rodea. -Hizo un áspero gesto con la mano en el aire y rompió a reír con amargura-. ¿Le asombro? Exijo ocupar una posición que no tengo derecho a ocupar. ¿Qué interés puedo tener en todo ello? ¡Oh, Dios mío! ¿Qué me importa a mí la mujer a la que he dado una nueva vida? -Se le quebró la voz y comenzó a sollozar con estas últimas palabras. Se abrió y casi se desgarró la pechera de la levita, como si estuviera ahogándose, y se dio la vuelta y se marchó dejándome donde estaba.

Me quedé clavada en el sitio. En un solo instante y sin aliento, la verdad se me abrió como una revelación. Por fin había llegado a lo más recóndito de

su terrible secreto. Nugent la amaba.

En cuanto me recuperé, mi primer impulso fue volver a toda velocidad a la rectoría. Por un momento, seguramente llegué a perder el sentido. Tuve la frenética sospecha de que había entrado en la casa y de que en ese preciso instante se dirigía a ver a Lucilla. Cuando descubrí que todo estaba en calma, cuando Zillah me dejó satisfecha al decirme que ningún visitante se había presentado en nuestra ala de la rectoría, me calmé un poco y volví al jardín para tratar de sosegarme antes de aventurarme a acudir a presencia de Lucilla.

Al cabo de un rato superé el primer impacto del horror y vi con toda claridad cuál era mi posición. No había en Dimchurch una sola alma de quien pudiera fiarme. Sea corno fuere, en tan espantosa situación de urgencia solamente podía confiar en mis propios recursos.

Acababa de llegar a esa peliaguda conclusión; acababa de derramar unas lágrimas amargas cuando recordé con qué dureza había juzgado al pobre Oscar en más de una ocasión. Había decidido que mi preferido, Nugent, era el más odioso de los villanos, y que no dejaría por hacer nada que las artes de una mujer pudieran de hecho urdir para alejarlo de aquel lugar, cuando tuve que ocuparme de las necesidades del momento: Zillah me llamó desde la casa. Fui directamente a verla. La nodriza tenía para mí un mensaje de su joven señora. Mi pobre Lucilla se sentía sola e impaciente; estaba sorprendida de que yo la hubiera dejado, e insistía en verme de inmediato.

Tomé la primera precaución para que Nugent no me sorprendiera nada más cruzar el umbral.

-Es preciso que ningún visitante moleste hoy a nuestra querida niña -le dije a Zillah-. Si el señor Nugent Dubourg viene a verla, no se lo diga a Lucilla: dígamelo a mí.

Dicho esto, subí a la primera planta y fui a ver a mi querida muchacha en el cuarto oscuro.

CAPÍTULO XXXV

Lucilla prueba su vista

Estaba sentada a solas en la penumbra, con el vendaje sobre los ojos y. sus bonitas manos cruzadas con paciencia en el regazo. Se me hinchó el corazón dentro del pecho cuando la contemplé, y percibí que aún pesaba en mi ánimo el horroroso descubrimiento que acababa de hacer.

-Perdóneme por haberla dejado sola, querida -dije con una voz tan firme como pude, y la besé.

Por más esmero que hubiera puesto yo en ocultarla, ella descubrió mi agitación en el acto.

-¡También usted tiene miedo! -exclamó tomándome la mano.

-¿Miedo, mi amor? -repetí. (Téngase en cuenta que estaba completamente estupefacta, que no sabía qué decir.)

-Sí. Ahora que se acerca el momento de la verdad, siento que mi valor me empieza a fallar. Presiento toda clase de espantos. ¡Oh! ¿Cuándo terminará esto? ¿Cómo será Oscar cuando por fin pueda verlo?

Respondí a la primera pregunta, pues ¿cómo iba a contestar a la segunda?

-Herr Grosse viene a vernos en el tren de la mañana -dije-, así que todo terminará muy pronto.

-¿Dónde está Oscar?

-Viene de camino, no me cabe duda.

-Descríbamelo una vez más -dijo con gran ansia-. Descríbamelo por última vez, antes de que pueda verlo. Dígame cómo son sus ojos, su cabello, su tez, ¡todo!

Prácticamente no alcanzo a imaginar cómo habría salido de la dolorosa tarea que con toda inocencia me había impuesto si de hecho hubiera intentado llevarla a cabo. Con infinito alivio, nada más abrir la boca para decir la primera palabra me interrumpió la puerta que acababa de abrirse: súbitamente se presentó en el cuarto una delegación de la familia.

Primero, con pasos cortos, lentos y solemnes, con una mano patéticamente extendida sobre el pecho de su clerical chaleco, apareció el reverendo Finch. Después entró su esposa, desprovista de todos sus aditamentos de costumbre, con la salvedad del bebé. Sin la novela en la mano, sin la chaqueta, las enaguas o el chal, sin el pañuelo siquiera que a cada dos por tres perdía en cualquier parte, vestida por primera vez con un traje completo, la metamorfosis de la húmeda señora Finch era absoluta. De no ser por el bebé, creo que en la penumbra reinante la hubiera confundido con una desconocida. Se quedó titubeando en la puerta, al parecer desconfiada de la recepción que iba a recibir, y de ese modo ocultó al tercer integrante de la delegación, que apeló a la piedad de la concurrencia con una vocecilla que a mí me resultó sobradamente conocida por mi pasada experiencia.

-Jicks quiere entrar.

El rector retiró la mano del chaleco y la alzó a modo de tenue protesta en contra de la intromisión del tercer integrante de la delegación. La señora

Finch se introdujo mecánicamente en el cuarto. Apareció Jicks abrazada a su andrajosa muñeca, dando muestras de sus recientes vagabundeos por el polvo blanquecino que cayó de su vestido y sus zapatos sobre la alfombra cuando avanzaba hacia el lugar en que estaba sentada yo. Llegó delante de mí y, me miró a la cara con extrañeza, sobreponiéndose a la penumbra reinante, alzó la muñeca sujetándola por las piernas, me dio un golpecito sobre la rodilla y dijo:

-Jicks se va a sentar aquí.

Me froté la rodilla y entronicé a Jicks tal como me había ordenado. Al mismo tiempo, el señor Finch se plantó con toda solemnidad ante su hija, le impuso ambas manos en la cabeza, alzó los ojos al techo y habló con voz sonante, que retumbó repleta de emoción paterna.

-¡Bendita seas, hija mía! -dijo.

Nada más oír la magnífica voz de su marido, la señora Finch volvió a ser la de siempre.

-¿Cómo te encuentras, Lucilla? -dijo con mansedumbre. Y se sentó en un rincón a dar de mamar al bebé.

El señor Finch dio comienzo a una de sus filípicas.

-No se ha tenido en cuenta mi consejo, Lucilla. Se ha repudiado mi influencia paterna. Mi peso moral, por así decir, ha sido descartado. No me quejo de nada. Entiéndeme, tan sólo me limito a constatar estos hechos tan tristes. -Yen ese punto pareció ser consciente de mi presencia-. Buenos días, madame Pratolungo; espero que se encuentre usted bien. Ha cundido la discrepancia entre nosotros, Lucilla. Sin embargo, hija mía, vengo con la salud en las alas (entiéndase que la salud, habida cuenta del propósito que nos ocupa, es la reconciliación)[4]. Vengo y traigo conmigo a la señora Finch (¡no, señora Finch, no diga nada!) para ofrecer mis deseos más profundos de todo corazón y mis fervientes oraciones en este día, el más crucial en la vida de mi hija. No es la vulgar curiosidad lo que ha encaminado aquí mis pasos. Ninguna alusión saldrá de mis labios en lo tocante a las aprensiones que todavía pueda yo sentir a cuenta de estas intromisiones puramente mundanas en los inescrutables caminos de la Providencia. He venido en calidad de padre y de pacificador. Mi esposa me acompaña (¡no, señora Finch, no diga nada!) en calidad de madre adoptiva y de pacificadora adoptiva. (¿Comprende usted la distinción, madame Pratolungo? Gracias. Es usted una buena mujer.) ¿O es que he de predicar yo el perdón de nuestras injurias en el púlpito y no practicar el perdón en mi propia casa? ¿Puedo seguir yo discrepando con mi hija en esta ocasión de tanta trascendencia? ¡Lucilla! Yo te perdono. Con el corazón rebosante y con los ojos llenos de lágrimas, yo te perdono. (Tengo entendido que usted no ha tenido hijos, ¿verdad, madame Pratolungo? ¡Ah! En tal caso, es imposible que comprenda usted esta situación, pero no es culpa suya. Es usted una buena mujer. No es culpa suya.) El beso de la paz, hija mía, el beso de la paz. -Con solemnidad agachó su cabeza hirsuta y depositó el beso de la paz sobre la frente de Lucilla. Soltó un soberbio suspiro y, en un arranque de

[4] «Más para vosotros, los que teméis mi nombre, se alzará un sol de justicia que traerá en sus alas la salud….» (Malaquias, 4.2)

magnanimidad, me tendió la mano a mí-. Le doy la mano, madame Pratolungo. Conténgase. No llore. Dios la bendiga.- La señora Finch, profundamente afectada por la nobleza con que se había comportado su marido, comenzó a sollozar histéricamente. El bebé, alterado entretanto por las emociones de la madre, comenzó a chillar para mostrarle su simpatía. El señor Finch atravesó la estancia y se dirigió a ellos dos con la salud doméstica en las alas-. Este gesto dice mucho de usted, señora Finch, aunque habida cuenta de las circunstancias es preciso que le ponga fin. Domínese, tenga al menos consideración por esa criatura llorosa. ¡Qué misteriosos son los mecanismos de la naturaleza! -exclamó el rector a la vez que alzaba su voz prodigiosa sobre los chillidos del bebé, cada vez más audibles-. Es maravillosa y bellísima la simpatía que convierte el sustento materno en el medio conductor, por así decir, de los trastornos entre madre e hijo. ¡Qué problemas hemos de afrontar, qué fuerzas nos rodean incluso en este valle de lágrimas! ¡La naturaleza! ¡La maternidad! ¡Los caminos inescrutables de la Providencia!

«Los caminos inescrutables de la Providencia» era la fatal expresión del rector: cada vez que la pronunciaba se introducía una interrupción, tal como sucedió en ese momento. Antes de que el señor Finch, rebosante como estaba de patéticos apóstrofes, pudiera prorrumpir en más exclamaciones, se abrió la puerta y entró Oscar en el cuarto.

Lucilla reconoció en el acto sus pasos.

-Oscar, ¿alguna señal de Herr Grosse? -preguntó.

-Sí. Se ha visto su coche de punto por el camino. Debe de estar al llegar.

Con esta respuesta, pasando por delante de mi silla para colocarse junto a Lucilla, al otro lado, Oscar me lanzó una mirada implorante, una mirada que a las claras decía: «Le ruego que no me abandone cuando llegue el momento de la verdad». Con la cabeza hice un gesto para manifestarle que lo entendía y que estaba con él. Tomó asiento en la silla libre que había junto a Lucilla y le dio la mano en silencio. Habría sido difícil decir cuál de los dos se encontraba en esos momentos en una situación más dolorosa. No creo haber visto nunca una estampa tan sencilla e irresistiblemente conmovedora como la de esos dos pobres jóvenes sentados con las manos entrelazadas, a la espera del acontecimiento que iba a generar la felicidad o la desdicha de sus vidas en el futuro.

-¿Ha visto a su hermano en algún momento? -pregunté, procurando que la pregunta resultara todo lo despreocupada que mi devoradora ansiedad me permitiera aparentar.

-Nugent ha ido a recibir a Herr Grosse.

Los ojos de Oscar volvieron a encontrarse con los míos cuando dijo estas palabras. En ellos volví a ver su mirada implorante, sólo que más acusada que nunca. Para mí resultó tan claro como lo era sin duda para él que Nugent había salido a recibir a Herr Grosse con el propósito de convertirlo en el medio inocente para ganar acceso a la casa.

Antes de que pudiera yo hablar de nuevo, el señor Finch se recobró de la interrupción que lo había mantenido en silencio y vio que se le presentaba la oportunidad para largarnos otra de sus filípicas. La señora Finch había

Librodot

dejado de sollozar, el bebé ya no gritaba llorando a voz en cuello; los demás estábamos callados y nerviosos. En una palabra, toda la congregación doméstica del señor Finch estaba a su entera disposición. Llegó pavoneándose hasta la silla que ocupaba Oscar. ¿Iba a proponer acaso una lectura de Hamlet? ¡No! Iba a invocar una bendición sobre la cabeza de Oscar.

-En esta ocasión de tantísimo interés -comenzó a decir el rector con el tono que utilizaba en el púlpito-, ahora que estamos todos reunidos en la misma habitación, animados todos con una misma esperanza, desearía en calidad de rector y de padre, y Dios le bendiga, Oscar, que a usted lo considero como a un hijo; señora Finch, siga mi ejemplo, y mírelo como a un hijo; desearía, como iba diciendo, en calidad de rector y de padre, decir unas palabras piadosas que nos sirvan de consuelo...

La puerta -aquella puerta tan amistosa, admirable, juiciosa- detuvo en seco el sermón que se avecinaba, y lo detuvo al abrirse justo a tiempo. La robusta figura de Herr Grosse, con sus lentes de búho, apareció en el umbral. Y detrás de él, tal como yo había supuesto exactamente, estaba Nugent Dubourg.

Lucilla se puso mortalmente pálida: había oído abrirse la puerta y supo instintivamente que había llegado el cirujano. Oscar se puso en pie y se colocó a hurtadillas detrás de mí.

-¡Por Dios bendito, saque a Nugent de la habitación! -me susurró. Le apreté la mano para tranquilizarlo y, dejando a Jicks en el suelo, me levanté para dar la bienvenida al bueno de Grosse.

La niña se me adelantó. Ella y el ilustre oculista se habían conocido en el jardín en una de las visitas médicas que hizo a Lucilla, y los dos se habían tomado un cariño extraordinario. Herr Grosse no volvió a aparecer en lo sucesivo por la casa rectoral sin llevar algún comestible poco o nada recomendable en el bolsillo, que se ocupaba de regalar a Jicks; ella, a cambio, le daba todos los besos que el alemán le dejaba, e incluso le otorgó la distinción de ser el único ser vivo al que permitía de mil amores acunar a su andrajosa muñeca. Agarrada a esa misma muñeca con ambas manos, y utilizándola como una especie de ariete, Jicks se lanzó por delante de mi y embistió con toda su fuerza contra las piernas combadas del cirujano, insistiendo en monopolizar su atención antes de que él pudiera dirigir la palabra a cualquier otra persona presente en la sala. Mientras él la tomaba en brazos y la alzaba hasta rozar su cara, mientras hablaba con ella en su magnífico inglés macarrónico; mientras el rector y la señora Finch se disculpaban como creían más acertado por el comportamiento de la niña, Nugent se acercó pasando por detrás de Herr Grosse y me condujo misteriosamente a un rincón del cuarto. Cuando le seguía, vi la silenciosa tortura de la angustia que se expresaba en la cara de Oscar, que seguía de pie junto a la silla de Lucilla. Me sentó bien, confirmó mi resolución al máximo, me hizo .sentirme en condiciones, a la altura de Nugent Dubourg.

-Me temo que me he portado de manera un tanto extraña cuando nos encontramos en el pueblo -dijo-. Lo cierto es que no me encuentro nada bien. Últimamente he vivido en un estado extrañamente febril. Creo que el aire del lugar no me sienta bien. -Calló y me miró fijamente a los ojos, tratando de desentrañar en mi rostro mi estado de ánimo.

Librodot

-No me sorprende que diga eso -respondí-. Me había fijado en que de un tiempo a esta parte no tenía usted buen aspecto.

Mi tono de voz y mi actitud, perfectamente atenuados, quisieron expresar cortesía y simpatía, pero nada más. Vi que le había desconcertado. Volvió, a probar suerte.

-Espero no haber dicho ni haber hecho nada descortés -prosiguió.

-¡Oh, no! En modo alguno.

-Me encontraba alterado, dolorosamente alterado. Es usted demasiado amable para aceptarlo, pero ¿seguro que no le debo una disculpa?

-¡No, ni mucho menos! Estaba usted ciertamente alterado, tal como dice. Pero hoy estamos todos en esa misma situación. Baste con mencionar la ocasión, señor Nugent, y eso es disculpa suficiente.

En mi cara no se traslució ni la más leve señal de suspicacia que recompensara el estrecho y prolongado escrutinio con que me observó. En su expresión de perplejidad vi la inequívoca certeza de que lo estaba derrotando con sus propias armas. Hizo un último intento por atraparme y que le revelase que estaba al cabo de su secreto; trató de irritarme, de aprovecharse de mi genio pronto, de pillarme por sorpresa.

-Sin duda la sorprenderá verme aquí -dijo para continuar-. No se me ha olvidado que prometí quedarme en Browndown en vez de venir a la casa rectoral. No se enoje conmigo: acato órdenes médicas que me impiden cumplir mi promesa.

-No le entiendo -dije con toda frialdad.

-Se lo explicaré -repuso-. Recordará usted que hace ya mucho tiempo que hicimos a Herr Grosse partícipe de nuestra confidencia sobre la posición en que se encuentra Oscar respecto a Lucilla.

-Es poco probable que lo haya olvidado yo -contesté-, considerando que fui yo la primera en advertir a su hermano de que Herr Grosse podría cometer un mal irreparable al revelar con toda su inocencia la verdad.

-¿Recuerda usted cómo se tomó Grosse la advertencia?

-Perfectamente. Prometió tener mucho cuidado. Sin embargo, al mismo tiempo nos prohibió expresamente y de mal humor que le implicásemos en nuestras complicaciones de familia. Dijo que estaba resuelto a preservar su libertad de actuación profesional sin dejarse obstaculizar por ninguna de las dificultades domésticas que pudieran afectarnos, pero que no eran de su incumbencia. ¿Le parece que mi memoria tiene la exactitud suficiente para satisfacerle?

-Su memoria es prodigiosa. Ahora me comprenderá cuando le diga que Herr Grosse reafirma en esta ocasión su libertad de acción profesional. De camino a la casa lo he sabido por sus propios labios. Considera que es de la mayor trascendencia que Lucilla no se asuste en el momento de ver por primera vez. La cara de Oscar sin duda le supondrá un quebranto, caso de que sea la primera cara que vea con sus propios ojos. En consecuencia, Herr Grosse me ha pedido que esté yo presente (el único hombre joven que esté presente en el cuarto aparte de él) y que me coloque de tal modo que sea yo la primera persona que atraiga la atención de Lucilla. Si no me cree, madame Pratolungo, pregúnteselo usted misma.

Librodot

-¡Por supuesto que le creo! -respondí-. Es inútil discutir las órdenes del cirujano en un momento como éste.

Dicho esto, lo dejé; manifesté solamente la irritación que una mujer que no sospechara nada, en mi lugar, habría manifestado con toda naturalidad incluso a su pesar, pero nada más. A sabiendas, como era mi caso, de lo que estaba ocurriendo bajo la superficie de las cosas, comprendí con toda claridad lo que había sucedido. Nugent había aprovechado la oportunidad que el cirujano le brindó con toda su inocencia como medio de engañar a Lucilla en el momento de probar su vista y, posiblemente, no sin bajeza, como medio de aprovechar su ventaja sobre ella más adelante. En mi interior temblé de rabia y de miedo al darle la espalda. Nuestra única posibilidad consistía en cerciorarnos de su ausencia en el momento crítico; por más que me devanara los sesos, no alcanzaba a imaginar cómo podríamos salir con bien de semejante situación.

Cuando me volví hacia el resto de las personas presentes en el cuarto, Oscar y Lucilla todavía ocupaban las mismas posiciones que antes. El señor Finch se había presentado por extenso a Herr Grosse. Y Jicks había ocupado un taburete en un rincón, donde devoraba un caballo rampante hecho de panecillo de jengibre amarillo como la bilis, que le había regalado el alemán, con una voracidad y un disfrute terribles de ver.

-¡Ah, mi buina madame Pratolungo! -dijo Herr Grosse cuando se dirigía hacia Lucilla, deteniéndose para estrecharme la mano-. ¿Ha preparado usted otro estupendo platillos de pollo a la mayonesa? A propósito vengo con el estómago vacíos, con un apetito de lobos a pedir de boca. Fíjese en ese duendecillos -siguió diciendo, y señaló a Jicks-. *Ach, Gott!* Creo que enamorado estoy de ella. He hecho lo indecible para traerle de Alemania esos ricos panecillos de jengibre. ¡Ajá, Jicks! ¿Qué? ¿Se te pega a los dientes? ¿Está bien dulces y pegajosos? -Con benevolencia, fulminó de una mirada a la niña a través de sus lentes de búho, y me tomó la mano para llevársela sentimentalmente a la pechera del chaleco-. Prométame una criatura igual que la adorable Jicks -dijo con toda solemnidad- y me casaré con la primera esposa que me traiga, mujeres simpáticas, mujeres traviesas, me da igual como sean. ¡Buino! Ahí tienen mis sentimientos domésticos al desnudo ante ustedes, pero basta. Ahora, vamos con mi hermosa señorita Finch. ¡Venga, va, empezar es lo primero!

Atravesó el cuarto dirigiéndose a Lucilla y llamó a Nugent para que lo siguiera.

-Abran las persianas -dijo-. Luz, luz, luz. ¡Luz en abundancia para mi hermosa señorita Finch!

Nugent abrió las persianas comenzando por la ventana más alejada y terminando por aquella junto a la cual estaba sentada Lucilla. Al actuar conforme a ese plan, le bastaría con quedarse a esperar en donde estaba para colocarse muy cerca de ella y ser lo primero que ella viese. Así lo hizo. El muy villano lo hizo así. Di mi paso al frente decidida a intervenir y me detuve, pues no se me ocurría nada que decir, nada que hacer. Podría haber golpeado mi estúpido cerebro contra la pared. Nugent se encontraba frente a Lucilla cuando el cirujano volvió a su paciente de cara a la ventana. ¡Yen ese momento tuve la sombra de una idea!

Librodot

El alemán extendió sus peludas manos y sujetó el nudo del vendaje dispuesto a deshacerlo.

Lucilla temblaba de pies a cabeza.

Herr Grosse vaciló, la contempló, soltó el vendaje y alzó una de sus manos para tomarle el pulso.

En el instante de silencio que se hizo entonces tuve uno de mis arranques de inspiración. Por fin se me había ocurrido la idea que tanto había echado de menos.

-¡Buino! -exclamó Herr Grosse a la vez que soltaba la mano de Lucilla, con evidentes muestras de estar tan sorprendido como molesto-. ¿Y quién se ha dedicado a aterrar a mi hermosa señorita Finch? ¿A qué vienen estos temblores fríos, este pulsos que se le vienen y se le van? ¡Que alguien me lo diga! ¿Qué significa éste?

¡Ésta era mi oportunidad! Probé suerte sobre la marcha.

-Significa -dije- que hay demasiada gente en este cuarto. Así la estamos confundiendo y asustando. Llévela a su dormitorio, Herr Grosse, de modo que después vayamos entrando los demás cuando usted lo considere oportuno, de uno en uno.

Nuestro excelente cirujano suscribió en el acto mi idea y la defendió como si hubiera sido suya.

-Es usted un fénix entre las mujeres -dijo mientras me daba unas palmaditas paternales en el hombro-. Ahora mismos no sabría yo decirle qué es más perfecto, si sus consejos o su pollo a la mayonesa. -Se volvió hacia Lucilla y la hizo levantarse con suavidad-. Vayamos los dos a su habitación, mi pobrecilla y hermosa señorita Finch. Allí veré si me atrevo a quitarle el vendajes hoy mismo.

Lucilla unió ambas manos en actitud implorante.

-¡Usted lo prometió! -dijo-. ¡Oh, Herr Grosse, usted prometió que hoy me permitiría hacer uso de mis ojos!

-¡Respóndame a esto! -replicó el alemán-. Cuando se lo prometí, ¿sabía yo que hoy me la iba a encontrar así de pálidas y temblorosas, más blanca que mis camisas cuando vuelven de la lavanderías?

-Ya vuelvo a estar como siempre -suplicó ella con gran debilidad-. Estoy lista para que me quite el vendaje.

-¿Cómo? ¿Es que sabe usted más que yo? ¿Quién es el cirujano óptico, conteste? ¿Usted o yo?, No, se acabó. ¡Venga conmigo! ¡Vamos a la otras habitación!

La tomó por el brazo y la acompañó hacia la puerta. Una vez allí, el humor de Lucilla, de por sí tan variable, volvió a cambiar. Se armó de valor, se arreboló, resuelta a afrontar la situación. Vi con espanto que soltaba el brazo del cirujano y que se negaba a salir del cuarto.

-¡No! -dijo-. He recobrado la compostura. Le exijo que cumpla su promesa. Examíneme aquí. Quiero ver a Oscar por vez primera en esta habitación, y he de hacerlo así.

(Tuve miedo -literalmente, tuve miedo- de volver la mirada hacia Oscar. En cambio, miré de reojo a Nugent. Tenía en la cara una sonrisa diabólica que casi me hizo enloquecer.)

Librodot

-¿Que usted quiere y que usted ha de hacerlo asís? -repitió Herr Grosse-. ¡Mucho cuidado! -sacó el reloj del bolsillo-. Le doy exactamentes un minutillo para pensarlo. Si no entra conmigo en ese tiempo, comprobará que soy yo el que quiere y el que ha de hacerlo asís. ¡Vamos!

-¿Por qué se resiste a entrar en su propia habitación? -le pregunté.

-Porque quiero que todos me vean -contestó-. ¿Quiénes están aquí?

-Estamos cinco. El señor y la señora Finch, el señor Nugent Dubourg, Oscar y yo.

-Pues ojalá fueran quinientos y no cinco -exclamó.

-¿Por qué?

-Porque de ese modo me verían reconocer a Oscar entre todos los demás en el mismo instante en que me quitasen el vendaje.

¡Seguía aferrada a su fatal convicción de que la imagen que se había formado de Oscar era la verdadera! Por segunda vez, aunque me sacudió el íntimo anhelo de mirarlo, me abstuve de hacerlo.

Herr Grosse se guardó el reloj en el bolsillo.

-Ha pasado el minutos -dijo-. ¿Va a entrar usted en la otra habitación, sí o no? ¿Quiere hacerme el favor de comprender que no puedo examinarla como es debido delante de todas estas personas? Dígame, mi hermosa señorita Finch, ¿sí o no?

-¡No! -exclamó con obstinación, y dio un infantil pisotón contra el suelo-. Insisto en demostrar a todos que puedo reconocer a Oscar nada más abrir los ojos.

Herr Grosse se abrochó el chaleco, se acomodó las lentes de búho sobre la nariz y cogió el sombrero.

-Buinos días -dijo-. No tengo más que hacer ni con usted ni con sus ojos. Cúrese usted sola, pequeña escupefuegos. Yo me vuelvo a Londres.

Abrió la puerta. Hasta la propia Lucilla se vio obligada a ceder cuando notó que el cirujano que estaba al cuidado de su caso a punto estaba de renunciar.

-¡Es usted un bruto! -dijo con gran indignación, pero de nuevo lo tomó del brazo.

Herr Grosse se dio el lujo de esbozar su diabólica sonrisa.

-Espere al momentos en que pueda hacer uso de sus ojos, amor -dijo-. ¡Ya verá entonces qué brutos que soy! -Dicho esto, se la llevó.

Nos quedamos a la espera en la sala de estar, aguardando a que el cirujano decidiera si podía o no permitir que Lucilla viera por primera vez ese mismo día.

Mientras los demás, cada uno a su manera, padecían esa misma sensación de inquietud, a la expectativa, yo tenía el ánimo tan apacible como el del bebé que dormía entonces en brazos de su madre. Gracias a la resolución de Herr Grosse, que optó por actuar de acuerdo con la sugerencia que yo había hecho, había conseguido que fuera por completo imposible, incluso si le quitaban el vendaje ese día, que la primera mirada de Lucilla al abrir los ojos se encontrase con Nugent. Siendo una ocasión tan sumamente especial, cabía la posibilidad de que el cirujano admitiera a su prometido en

el dormitorio, tal vez en compañía del padre de la paciente, o incluso conmigo. Sin embargo, el más elemental sentido de la adecuación dictaría que a Nugent se le cerrase la puerta. En la sala de estar tendría que permanecer a la espera (si es que insistía en permanecer dentro de la casa rectoral) hasta que ella tuviera permiso para salir. En privado, una vez tuve el control de la situación, resolví que eso no habría de suceder hasta que Lucilla supiera quién era cada uno de los gemelos, quién era Oscar y quién era Nugent. Un delicioso y triunfal resplandor se extendió por todo mi cuerpo. Me resistí a la fuerte tentación de descubrir cómo sobrellevaba Nugent su derrota. Si hubiera cedido a esa tentación que sentí con tanta intensidad, él habría visto en mi cara que yo me vanagloriaba por haber sido más ingeniosa que él. Tomé asiento como si fuera la viva imagen de la inocencia en la silla más cercana, y crucé las manos sobre el regazo convertida en una persona muy compuesta y muy señorial, un edificante ejemplo para todos los demás.

Fueron pasando con extrema lentitud los minutos; todos seguíamos esperando en silencio el gran acontecimiento. Incluso la lengua del señor Finch, en esa ocasión única, fue una lengua incapaz de pronunciar una sola palabra. Estuvo sentado junto a su esposa en un extremo de la sala. Oscar y yo estábamos en el otro. Nugent siguió a solas ante una de las ventanas, sumido en sus pensamientos y seguramente urdiendo un plan para desbancarme.

Oscar fue el primero en romper el silencio. Tras mirar por toda la habitación, de pronto se dirigió a mí.

-¡Madame Pratolungo! -exclamó-. ¿Qué ha sido de Jicks?

Yo me había olvidado por completo de la niña. Miré a mi alrededor y me di por satisfecha cuando comprobé que efectivamente había desaparecido. La señora Finch, al observar nuestro asombro, nos ilustró con cierta timidez. Con su ojo maternal había visto salir ir Jicks con toda su astucia, pegada a los talones de Herr Grosse. El objetivo de la niña era bien sencillo. Mientras hubiera la más mínima posibilidad de hallar más panecillos de jengibre en los bolsillos del cirujano, la árabe errante de la familia (tan rauda y tan ágil como un gato) iba a mantenerse al alcance de su amigo. De los que la conocíamos bien, ninguno pusimos en duda que se había colado en el dormitorio de Lucilla más o menos escondida bajo los amplios faldones de la levita de Herr Grosse.

Así nos habíamos explicado la misteriosa ausencia de Jicks cuando oímos abrirse la puerta del dormitorio. La voz del cirujano llamó a Zillah. En menos de un minuto apareció la nodriza, portadora de un mensaje desde la habitación contigua.

Todos la rodeamos; todos teníamos una sola pregunta que hacerle. ¿Qué había decidido Herr Grosse? La respuesta nos informó de que había optado por mantener la prohibición: Lucilla no debía empezar a ver ese día.

-¿Está muy desilusionada? -preguntó Oscar con angustia.

-No sabría decirlo, señor. La verdad es que ni siquiera parece la misma. Nunca había visto a la señorita Lucilla tan apaciguada en un momento de contrariedad. Cuando el doctor me llamó a la habitación, me dijo: «Ve, Zillah, y díselo a todos». No añadió nada mas, señor.

-¿No manifestó su deseo de verme? -pregunté.

-No, señora. Me tomé la libertad de preguntarle si deseaba verla a usted. La señorita Lucilla negó con la cabeza, se sentó en el sofá y pidió al doctor que tomara asiento a su lado. «Déjanos a solas», dijo. Éstas fueron las últimas palabras que me dijo antes de venir yo a la sala.

El reverendo Finch formuló la siguiente pregunta. El Papa de Dimchurch volvía a ser el de siempre: el hombre de palabra abundante había descubierto su ocasión de hablar de nuevo.

-Buena mujer -dijo el rector con laboriosa cortesía-, venga por acá. Deseo formularle una pregunta. ¿Hizo la señorita Finch algún comentario que usted pudiera oír, en el cual indicara su deseo de consuelo por medio de mis atenciones pastorales, teniendo en cuenta que para ella aúno en mí la doble condición de padre y de rector?

-Yo no oí a la señorita Lucilla decir nada de eso, señor -contestó Zillah.

El señor Finch agitó la mano con un gesto de disgusto, y así dio a entender que la audiencia concedida a Zillah había concluido. Acto seguido, Nugent dio un paso al frente y la detuvo cuando Zillah ya se disponía a marcharse de la sala.

-¿No tiene usted nada más que decirnos? -preguntó.

-No, .señor.

-Entonces, ¿por qué no regresan los dos aquí? ¿Qué están haciendo en la habitación de al lado?

-Estaban haciendo lo que acabo de decirle, señor... Estaban sentados el uno junto al otro en el sofá. La señorita Lucilla estaba hablando y el doctor la estaba escuchando. Y Jicks -añadió Zillah como si hablara para sí- estaba detrás de ellos, metiendo la mano en el bolsillo del doctor.

Oscar intervino en este punto, y no lo hizo, por cierto, con su mejor tino.

-¿Qué le estaba diciendo al médico la señorita Lucilla?

-No lo sé, señor.

-¿Que no lo sabe?

-No llegué a oírlo, señor. La señorita Lucilla le hablaba en voz muy baja.

Después de esto ya no hubo más que decir. Zillah, alterada en sus tareas domésticas y deseosa de volver a la cocina, aprovechó la primera oportunidad para marcharse de la sala y salió con tantas prisas que incluso olvidó cerrar la puerta. Todos nos miramos los unos a los otros. ¿A qué conclusión podían apuntar las extrañas respuestas de la nodriza? Era claramente imposible que Oscar (por rápido que tuviera el genio) se sintiera celoso de un hombre con la edad y el físico de Herr Grosse. Con todo y con eso, la prolongada entrevista celebrada entre la paciente y el cirujano, después de tomada la decisión, después de haber quedado definitivamente aplazada la prueba para otro día en el futuro, revestía cuando menos una extraña apariencia.

Nugent regresó a su lugar frente a la ventana, desconcertado v suspicaz, metido a fondo en sus propios pensamientos. El reverendo Finch, rebosante de palabras todavía sin pronunciar, se levantó portentosamente de la silla que ocupaba al lado de su esposa. ¿Había descubierto acaso

una nueva ocasión para castigarnos con su elocuencia? ¡Sí, saltaba a la vista que sí! Nos miró a todos con su ominosa sonrisa en los labios y se dirigió a nosotros con su voz. más tonante.

-Mis cristianos amigos...

Nugent, inasequible a la elocuencia, continuó mirando por la ventana. Oscar, insensible a toda consideración terrenal que no fuera la consideración que le merecía Lucilla, me llevó aparte sin ninguna ceremonia, lejos del oído del rector. El señor Finch reanudó su comienzo.

-Mis cristianos amigos, desearía decir unas cuantas palabras apropiadas al caso.

-¡Vaya a ver a Lucilla! -me susurró Oscar a la vez que me tomaba enérgicamente por ambas manos-. Usted no tiene por qué andarse con ceremonias con ella. ¡Vaya, vaya a ver qué sucede en la habitación de al lado!

El señor Finch seguía a lo suyo.

-La ocasión parece requerir a una persona de mi posición para dar consejo y sustento a propósito de nuestros deberes cristianos, casi diría que a propósito del deber de mantener nuestro buen ánimo a pesar de las contrariedades.

Oscar insistió.

-¡Se lo ruego! ¡Hágame el favor de los favores! Le suplico que vaya a averiguar qué entretiene a Lucilla con ese hombre.

El Señor Finch carraspeó y alzó la mano derecha de modo persuasivo, para dar paso a su siguiente frase.

Le contesté a Oscar en un susurro.

-No me gusta la idea de entrometerme en sus asuntos. Lucilla indicó a la nodriza que los dejáramos a solas.

En el momento en que le dije estas palabras cobré conciencia de que algo chocaba contra mi espalda. Me di la vuelta y descubrí a Jicks con la muñeca que utilizaba a modo de ariete, y se preparaba para un segundo empellón. Se detuvo cuando comprobó que había llamado mi atención; me sujetó por el vestido y trató de sacarme de la sala.

-¡Llévense a esa niña! -exclamó el rector, exasperado por esa nueva interrupción.

La niña me tiraba con más fuerza del vestido. Algo había sucedido súbitamente fuera de la sala de estar, algo que le había causado una fuerte impresión. Tenía colorada la carita redonda; tenía los ojos azules muy abiertos.

-Jicks quiere hablar con usted -dijo, y siguió tirando de mí con impaciencia.

Me agaché con la doble intención de obedecer la orden del señor Finch y de seguirle la corriente a la niña caprichosa, es decir, de llevarme a Jicks fuera de la sala, cuando me sobresaltó un ruido procedente del dormitorio contiguo: el ruido alto y perentorio de la voz (le Lucilla.

-¡Suélteme! -exclamó-. ¡Soy una mujer! ¡No pienso dejar que me trate como a una niña!

Se hizo un momentáneo silencio, al que siguió el rumor de su vestido que se acercaba por el pasillo.

La voz de Grosse, inequívocamente colérica y excitada, se hizo audible en ese preciso instante.

-¡No! ¡Vuelva! ¡Vuelva, le digo!

El rumor del vestido se acercó cada vez más.

Nugent y el señor Finch fueron a la vez hacia la puerta. Oscar me sujeto por el brazo. Ambos estábamos a la izquierda de la puerta; Nugent y el rector habían llegado por la derecha. Todo sucedió con la celeridad de un relámpago. Se me paró el corazón. No pude ni siquiera hablar. No fui capaz de moverme.

La puerta entrecerrada de la sala de estar se abrió de par en par con brusquedad, con violencia, como si un hombre, no una mujer, estuviera en el otro lado. (El rector dio un paso atrás; Nugent no se movió de donde estaba.) Dando manotazos y avanzando como si fuera a tientas, de una manera tal como jamás le había visto yo mientras estuvo ciega, Lucilla entró trastabillando en la sala de estar. ¡Dios misericordioso! Le había quitado el vendaje. La vida, la nueva vida de la vista, lucía en sus ojos. Se le había transfigurado la cara; irradiaba su belleza con una luz ultraterrena. ¡Veía! ¡Veía!

Durante un instante se detuvo en la puerta balanceándose de un lado a otro, mareada bajo la cegadora luz del día.

Miró al rector, miró a la señora Finch, que había seguido a su marido. Se quedó quieta y desconcertada, se puso las manos sobre los ojos. Cambió levemente de postura, volvió la cabeza como si fuera a mirarme; la volvió repentinamente hacia la derecha, alzó los brazos en el aire y prorrumpió en un estallido de risa histérica. Las risas terminaron con un grito triunfal que resonó por toda la casa. Se abalanzó corriendo hacia Nugent Dubourg, tan ciegamente incapaz de medir las distancias que le golpeó con gran violencia, y a punto estuvo de derribarlo.

-¡Lo reconozco! ¡Lo reconozco! -exclamó. Y le echó los dos brazos al cuello-. ¡Oh, Oscar! ¡Oscar! -Lo abrazó con todas sus fuerzas a la vez que pronunciaba su nombre sin cesar, y agachó la cabeza y la escondió en su pecho, en un alborozado éxtasis.

Todo ocurrió antes de que ninguno de nosotros hubiera recobrado el sentido. Esta espantosa escena debió de comenzar terminar en menos de medio minuto. El cirujano, que había entrado corriendo tras ella en la sala, con las manos vacías, se dio la vuelta de pronto y salió sin mediar palabra, aunque regresó con el vendaje, que se había olvidado en el dormitorio. Grosse fue el primero de todos que recuperó la presencia de ánimo. Se aproximó a Lucilla en silencio.

Ella pudo oírlo antes de que la tomara por sorpresa y pudiera volver así a colocarle el vendaje sobre los ojos. El momento en que me volví, horrorizada, para mirar a Oscar, fue asimismo el momento en que ella alzó la cabeza del pecho de Nugent para buscar al cirujano. Su mirada siguió la dirección que habían tomado mis ojos. Se encontraron con la cara de Oscar. Vio el matiz entre azul y negruzco que la coloreaba a plena luz del día.

Librodot

Un grito de horror escapó de sus labios: dio un paso atrás, estremecida por el sobresalto, y se aferró al brazo de Nugent. Grose avanzó con severidad hacia él para obligar a Lucilla a que apartase la mirada de la luz de la ventana, y al mismo tiempo levantó en alto el vendaje. Ella lo agarró con febril ansiedad mientras él lo sostenía.

-¡Póngamelo otra vez! -suplicó Lucilla sujetando a Nugent de una mano, y elevando la otra para señalar a Oscar con un gesto de manifiesta repugnancia-. Póngamelo otra vez. Creo que ya he visto demasiado.

Grosse le sujetó bien el vendaje sobre los ojos y esperó unos instantes. Lucilla seguía sujeta al brazo de Nugent. El aguijón de mi indignación me acicateó para que hiciera algo. Grosse me lo impidió.

-¡No! -dijo-. ¡No vayamos a empeorar las cosas, que bastantes mal están!

Miré a Oscar por segunda vez. Estaba de pie, tal como había estado desde el mismo momento en que Lucilla apareció por la puerta, con la mirada extraviada al frente y las extremidades rígidas, paralizadas. Me acerqué a él y le toqué. Pareció no sentir el contacto. Le hablé. Igual podría haber hablado con un hombre de piedra.

La voz de Grosse exigió que le dedicara mi atención desde la otra punta de la sala.

-¡Venga! -dijo, tratando de llevarse a Lucilla a su habitación. Ella sacudió la cabeza y se aferró al brazo de Nugent. -¡Llévame tú! -susurró-. ¡Al menos hasta la puerta!

De nuevo intenté poner coto al desmán, y de nuevo me lo impidió el oculista.

-¡No! ¡Hoy no! -dijo con toda su severidad. Hizo una señal a Nugent y se situó al otro lado de Lucilla. En silencio, los dos la acompañaron fuera de la sala. Se cerró la puerta tras ellos. Todo había terminado.

CAPÍTULO XXXVI

El encuentro entre los hermanos

El tenue sonido de un llanto procedente del otro extremo de la sala se abrió camino hasta mis oídos, y me recordó que el rector y su esposa estaban presentes. La pusilánime señora Finch estaba medio tendida en su silla, lloriqueando y gimoteando por lo ocurrido. Su marido, con el bebé en brazos, trataba de consolarla. Tal vez debiera haberles ofrecido mi ayuda, pero debo reconocer que la aflicción de la señora Finch tan sólo me causó una impresión muy pasajera. Todo mi corazón estaba puesto en otra persona. Me olvidé del rector y de su esposa y volví junto a Oscar.

Esta vez se movió. Al menos, alzo la cabeza al verme. ¿Podré olvidar alguna vez la callada tristeza que arrasaba su rostro, la sombría mirada de pesadumbre en sus ojos sin lágrimas?

Lo tomé de la mano; sentí una gran compasión por el pobre hombre desfigurado y rechazado; le di un beso maternal.

-Consuélese, Oscar -le dije-. Tenga confianza en mí, que yo sabré enderezar todo esto.

Exhaló un suspiro tembloroso y me apretó la mano para darme las gracias. Traté de hablar con él de nuevo, pero me hizo callar cuando de pronto miró hacia la puerta.

-¿Está Nugent fuera? -preguntó con un susurro.

Salí al pasillo. Estaba desierto. Miré en la habitación de Lucilla. Allí sólo estaba ella con Grosse y con la nodriza. Llamé a Zillah para que saliera a hablar conmigo. Le pregunté por Nugent: había dejado a Lucilla a la puerta del dormitorio y se había marchado de la casa bruscamente. Pregunté si se sabía en qué dirección se había marchado. Zillah lo había visto en el campo que se extendía al final del jardín, caminando a paso rápido de espaldas al pueblo, hacia las colinas.

-Nugent se ha marchado -dije a Oscar al volver con él.

-Sea igual de amable conmigo -contestó-. y déjeme marchar a mí también.

Me asaltó un rápido brote de temor. Tal vez estuviera decidido a seguir a su hermano.

-Espere un poco -dije- y descanse aquí.

Negó con la cabeza.

-He de estar a solas -dijo. Tras pararse a pensar un poco, añadió una pregunta-. ¿Se ha ido Nugent a Browndown?

-No. A Nugent lo han visto camino de las colinas.

De nuevo me tomó la mano.

-Sea misericordiosa conmigo -dijo-. Déjeme ir.

-¿A casa? ¿A Browndown?

-Sí.

-Permítame ir con usted.

De nuevo negó con un gesto.

-Perdóneme, se lo ruego. Tendrá noticias mías más avanzado el día.

No hubo lágrimas. No se encendió en llamaradas el temperamento que tan bien conocía yo. Nada se mostró en su cara ni en su voz, nada en su talante, salvo una compostura que daba pena ver. Era el suyo el sosiego propio de la desesperación.

-Al menos, permítame acompañarle hasta la cancela -dije.

-Dios la bendiga y la recompense -contestó-. Déjeme marchar.

Con suavidad, y sin embargo con una firmeza que me cogió completamente desprevenida, se separó de mí y se marchó.

No pude seguir de pie. Temblorosa, me dejé caer en una silla. Se me impuso la convicción de que todavía nos aguardaban peores complicaciones, infortunios más funestos. Estaba casi fuera de mis casillas; me puse a hablar con vehemencia en mi propia lengua. La señora Finch me recordó que conservara la calma. La vi como en un sueño; estaba secándose las lágrimas y me miraba alarmada. El rector se me acercó con profusas expresiones de simpatía, con su ofrecimiento de prestarme ayuda. Yo no deseaba consuelo. Había sido muy arduo mi aprendizaje en esta vida; estaba más que curada de espanto, hecha de sobra a las dificultades.

-Gracias, señor -dije-. Ocúpese de la señora Finch.

En el pasillo estaba más fresco el aire. Salí de nuevo a pasear y a refrescarme.

Un pequeño objeto encaramado a una de las butacas contiguas a la ventana me llamó la atención. El pequeño objeto no era otro que Jicks.

Supongo que la niña supo instintivamente que algo se había torcido. Me miró furtivamente, de reojo, por encima de su muñeca Tenía serias dudas sobre cuáles eran mis intenciones.

-¿Le va a dar a Jicks una azotaina? -preguntó la curiosa chiquilla encogiéndose en el rincón. Me senté a su lado y no tardé en ganarme de nuevo su confianza. De nuevo se puso a charlar tan deprisa como tenía por costumbre. La escuché como no había sido capaz de escuchar a ningún adulto en ese momento. De una forma misteriosa, que desde luego no puedo explicar, la niña me dio consuelo. Poco a poco supe por qué había querido arrastrarme fuera de la sala. Había visto todo lo que sucedió en el dormitorio, y había salido corriendo para llevarme consigo y mostrarme la maravilla de Lucilla sin el vendaje en los ojos. Si hubiera tenido yo la elemental sensatez de hacerle caso, tal vez podría haber impedido la catástrofe que se produjo después. Podría haberme encontrado con Lucilla en el pasillo y haberla obligado a regresar a su habitación, e incluso haberla encerrado con llave.

Ahora ya era demasiado tarde para lamentarse por lo ocurrido.

-Jicks ha sido muy buena -dije dando unas palmaditas en la cabeza de mi amiguita, aunque con el corazón apesadumbrado.

La niña me escuchó, pareció meditar con seriedad, se levantó de la butaca y, con esa excelente parquedad de palabras que con tanta eminencia la distinguía, reclamó su recompensa por haber sido buena.

-Jicks va a salir.

Con estas palabras se echó al hombro la muñeca y empezó a andar. La última vez que la vi bajaba por los peldaños del jardín igual que un albañil

Librodot

por una escalera de mano, y del jardín (era la primera vez que estaba abierta la cancela) siguió camino hacia las colinas. Si hubiera podido caminar yo con el corazón tan ligero, me habría sumado a Jicks en su paseo.

Nada más perder de vista a la niña, se abrió la puerta de la habitación de Lucilla v Herr Grosse apareció en el pasillo.

-¡Buino! -murmuró con un gesto de evidente alivio-. La mismísima mujer que estaba yo buscando. ¡En un buin follón nos hemos metido! Debo quedarme con la señorita Finch a pasar la noches. ¡A este pasos, voy a acabar odiando a la buina señorita Finch! ¿Puede arreglarme una camas para esta noches?

Le aseguré que no habría ningún inconveniente para que durmiese en la casa rectoral. En respuesta a mis preguntas sobre su paciente, reconoció con gravedad manifiesta que estaba nervioso y preocupado por culpa de Lucilla. Las oscilaciones anímicas y las violentas emociones que la habían sacudido, al actuar sobre su sistema nervioso, podrían obrar ciertas consecuencias que tal vez pusieran en peligro la recuperación de su vista. No sólo era necesario que guardase un reposo absoluto; es que era la única posibilidad que tenía. Durante las siguientes veinticuatro horas debíamos vigilar atentamente sus ojos. Al término de este plazo, pero no antes, podría decir con certeza si el mal que ya estaba hecho sería fatal para su vista o no. Le pregunté cómo se las había ingeniado para quitarse el vendaje y hacer su entrada fatal en la sala de estar.

Se encogió de hombros.

-Hay, veces -dijo con cinismo- en que toda mujer es una frescachonas y todo hombre es peor que un bobos. Pues ésta ha sido una de esas veces, sí.

Gracias a posteriores explicaciones deduje que mi pobre Lucilla le había rogado con tanta insistencia, después de que la nodriza saliera de la habitación, que le permitiera probar sus ojos, y había manifestado una desilusión tan ingobernable cuando él insistió en decir que no, que al final acabó cediendo no tanto a su encarecimiento, sino a su propia convicción de que sería menos peligroso seguirle la corriente que frustrar sus aspiraciones, teniendo en cuenta lo sensible e irritable que era su temperamento. Sin embargo, primero negoció que se contentara con quedarse por el momento en la habitación y que probara su vista allí mismo, en los objetos que la rodeaban. Ella le prometió que haría todo lo que le dijese, y él fue tan rematadamente estúpido que se fió de su promesa. Una vez retirado el vendaje, Lucilla desafió en el acto todas las consideraciones previas; se desgajó de sus manos como si se hubiese vuelto loca y salió corriendo a la sala de estar sin que él pudiera impedírselo. Todo lo demás se produjo sobre la marcha. Por débil que fuese el primer intento, su sentido de la vista estaba suficientemente recuperado para permitirle distinguir vagamente los objetos. De las tres personas que se ofrecieron a su vista, a la derecha de la puerta, una (la señora Finch) era mujer; otra (el señor Finch) era un hombre bajo, de cierta edad y cabello entrecano; el tercero (Nugent), con su estatura -que ella sin duda distinguió- y con su color de cabello -que también distinguió-, era el único que podía representar a Oscar. La catástrofe que sobrevino después fue a la postre inevitable. Una vez. causado el perjuicio, la única alternativa que quedaba era detener los males en el punto al que habían llegado. No se debía hacer ni la más leve referencia al terrible error

Librodot

que había cometido; eso de ninguna manera debía llegar a sus oídos. Si alguno de nosotros decía una sola palabra antes de que el cirujano lo autorizase, se negaba a responder de las consecuencias, y en ese preciso instante renunciaría a seguir adelante con el caso.

Así las cosas, en su inglés macarrónico Herr Grosse explicó lo ocurrido, y aprovechó para dar instrucciones sobre nuestra futura conducta.

-No debe entrar nadie a verla -dijo a modo de conclusión-, nadie más que usted y la buina Zillah. Ustedes dos se turnarán para atenderla y vigilarla. Dentro de un rato se quedará dormida. Yo me iré a fumar mi tabacos al jardín. Óigame bien, madame Pratolungo. Cuando Dios hizo a la mujer, después sintió lástima de los pobres hombres... Y decidió hacer el tabacos para compensarlos.

Después de obsequiarme con esta peculiar visión del plan de la creación divina, Herr Grosse meneó su cabezota y salió tambaleándose al jardín.

Abrí sin hacer ruido la puerta del dormitorio y eché un vistazo al interior; desaparecí justo a tiempo de huir del rector y de la señora Finch, que en ese momento regresaban a su ala de la casa rectoral.

Lucilla estaba tendida en el sofá. Preguntó quién era con la voz. adormilada; por suerte se estaba quedando dormida. Zillah ocupaba una silla cerca de ella. No requería mi presencia al menos de momento, y por vez primera desde que llegué a Dimchuch me alegré de salir de esa habitación. Debido a cierta contradicción de mi carácter que no soy capaz de explicar, había en la simpatía que sentía por Oscar cierta influencia hostil que por el momento me alejaba de Lucilla. No era culpa suya, y sin embargo (¡me avergüenza reconocerlo!) casi llegué a sentirme enojada con ella por estar reposando tan tranquilamente, mientras él, pobrecillo, estaría a solas en Browndown sin nadie que le dijera una sola palabra amable.

De nuevo en el pasillo tuve que afrontar la pregunta: ¿qué iba a hacer a continuación?

La soledad de la casa era insoportable; mi preocupación por Oscar fue en aumento hasta tal punto que no la pude resistir. Me puse el sombrero Y salí.

Como no tenía el menor deseo de interrumpir a Herr Grosse mientras disfrutaba de la pipa, atravesé el jardín tan deprisa como pude y de nuevo me encontré en el pueblo. La inquietud que me invadía pensando en Oscar era equivalente a mi colérico deseo de saber qué iba a hacer Nugent. Una vez que había hecho efecto la maldad con que había obrado su hermano en previsión de algo que solamente era posible, la maldad que Oscar había querido evitar por completo cuando le pidió que se marchara de Dimchurch, ¿decidiría marcharse? ¿Nos libraría a todos, de una vez. por todas, de su presencia? Sólo de pensar en la otra alternativa, esto es, en que se quedara, me eché a temblar por culpa de un temor incontrolable, suscitado por lo que podría suceder a continuación, hasta el punto de que mis pies casi se negaron a sostenerme. Nada más rebasar el pueblo me vi obligada a sentarme en el margen del camino y a esperar a que mi cabeza revuelta se calmara un poco antes de intentar siquiera seguir la marcha.

Al cabo de uno o dos minutos oí unos pasos que se acercaban. Me dio un gran vuelco el corazón, pues pensé que era Nugent.

Librodot

Pasó un momento hasta que vi a la persona que se acercaba. No era otra que el señor Gootheridge, de la posada del pueblo, que iba de camino a su casa. Se detuvo y se quitó el .sombrero.

-¿Qué, cansada, señora? -dijo.

La idea que más me importaba en ese momento consiguió de alguna manera, a pesar de mis padecimientos, llegar a mis labios, y fui capaz de formular la pregunta que le hice al dueño de la posada.

-¿No habrá visto usted, por casualidad, al señor Nugent Dubourg? -dije.

-Acabo de verlo hace menos de cinco minutos, señora.

-¿En dónde?

-Camino de Browndown.

Me sobresalté como si hubiese recibido un golpe. El buen señor Gootheridge se me quedó mirando. Le di los buenos días y seguí mi camino a toda velocidad, derecha hacia Browndown. ¿Se habrían encontrado los hermanos en la casa? Me quedé helada sólo de pensarlo, pero seguí adelante. Había tomado casi sin saberlo la obstinada resolución de separarlos, y esta resolución me sirvió a falta de valor. No sabría cómo explicarlo, pero me sentí valiente y aterrada al mismo tiempo. En un momento determinado llegué a cometer la estupidez de decirme que me iban a matar. Poco después, con idéntica estupidez, me consolé pensando todo lo contrario. «¡Bah! -me dije-. Son dos caballeros. ¡No harán ningún daño a una mujer!»

Cuando tuve la casa a la vista, el criado estaba, sin nada mejor que hacer, en la puerta de entrada. Por sí solo, ese detalle era algo insólito. Era un hombre bien educado, amigo de trabajar de firme. En otras ocasiones, nadie lo había visto fuera de su lugar. Dio unos pasos para recibirme debidamente. Lo miré con todo cuidado, y no vi en su rostro el más mínimo rastro de una alteración.

-¿Está en la casa el señor Oscar? -pregunté.

-Le ruego que me disculpe, señora. El señor Oscar está en la casa, pero no puede recibirla. Se encuentra con el señor Nugent.

Apoyé la mano sobre el murete de la entrada e hice un desesperado esfuerzo por no perder la calma.

-Estoy segura de que el señor Oscar estará dispuesto a recibirme -dije.

-Tengo órdenes precisas del señor Oscar, señora, de esperar aquí en la puerta y decir a todo el que venga a la casa, sin excepciones, que está ocupado.

La puerta estaba entornada. Agucé el oído mientras el criado me daba sus explicaciones. Si los dos estuvieran enzarzados en una discusión, a la fuerza los habría oído en medio del silencio de las solitarias colinas que nos rodeaban. Sin embargo, no oí nada

Fue extraño, por no decir inconcebible. Al mismo tiempo, sentí un gran alivio. Estaban los dos juntos y, de momento, no había ocurrido nada grave.

Dejé mi tarjeta de visita y seguí caminando un poco, hasta rebasar la esquina del murete que cercaba la casa. Tan pronto estuve fuera de la vista del criado, doblé hacia el lateral de la edificación y me aventuré todo lo cerca que me atreví a la ventana de la sala de estar. Me llegaban las voces de

los dos, pero no sus palabras. Por ambas partes, el tono era bajo y confidencial. Por más que me esforcé en desentrañarlo, no resonaba en ninguna de las voces una sola nota de cólera. Me alejé de la casa sin aliento, asombrada, pero, como ésta es la rapidez con que pasa una mujer de una emoción a otra, también ardiendo de curiosidad.

Al cabo de una media hora de vagar sin rumbo por el valle regresé a la rectoría.

Lucilla todavía estaba durmiendo Ocupé el lugar de Zillah y la envié a la cocina. La dueña de la posada había venido a ayudarnos a preparar el almuerzo, pero a duras penas podría estar por sí sola a la altura de la excelencia de los platos que habíamos de servir a Herr Grosse. Iba siendo hora de que relevase a Zillah si de veras deseábamos pasar con éxito la ordalía de las críticas del gran cirujano, en su calidad de experto en todas las salsas.

Pasó una hora más hasta que despertó Lucilla. Envié un mensaje a Grosse, que se presentó envuelto en un halo de tabaco; examinó los ojos de la paciente, le tomó el pulso, pidió un vaso de vino con jalea para ella, llenó de nuevo su monstruosa pipa y salió resoplando a dar un paseo por el jardín.

El día siguió su curso. Se presentó el señor Finch a hacer unas cuantas preguntas y luego volvió junto a su esposa, de la que dijo que se hallaba en un estado «de histérica irresponsabilidad», con una acuciante necesidad de darse un baño caliente. Con todo su patetismo rehusó almorzar con el alemán.

-Después de todo lo que he sufrido, después de todo lo que he visto, estos banquetes o estos cosquilleos del paladar, diría yo, no son de mi gusto. Son buenas sus intenciones, madame Pratolungo. (¡Es usted muy buena, de veras!) No estoy yo con ánimo para festejos. Almorzaré algo sencillo junto al lecho de mi esposa; le diré unas cuantas palabras de consuelo en mi calidad de rector y de esposo cuando el bebé se haya sosegado. Así pienso pasar el día. Les deseo lo mejor. Y conste que no pongo objeciones a su pequeña colación. ¡Adiós! ¡Buenos días!

Con el segundo examen de los ojos de Lucilla llegó la hora del almuerzo.

Nada más ver la mesa y el mantel, al punto recuperó Herr Grosse su buen humor de costumbre. Almorzamos los dos juntos; el alemán hizo que llevaran a la habitación de Lucilla los platos que él escogió personalmente. Hasta el momento, dijo, no se había producido una lesión de gravedad. Sin embargo, insistió en que su paciente permaneciera en absoluto reposo, y se negó a contestar a nada al menos hasta que pasara la noche. En cuanto a mí, el prolongado silencio de Oscar me pesaba en el ánimo cada vez más. La tensión que había vivido yo con Lucilla en el cuarto oscuro era una mera bagatela en comparación con la angustia que sentía en esos momentos. Vi que los ojos de Grosse me fulminaban con manifiesto descontento desde detrás de sus lentes. Tenía sobradas razones para mirarme de ese modo; nunca me había mostrado tan estúpida ni tan poco amena, nunca en mi vida.

Al término del almuerzo por fin se recibieron noticias de Browndown. El criado envió un mensaje a Zillah, a la cual pidió permiso para verme un

Librodot

momento a la puerta de la sala de estar. Me disculpé ante mi invitado y salí corriendo.

En el mismo instante en que vi la cara del criado se me encogió el corazón. Gracias a la amabilidad de Oscar, el criado sentía un intenso apego por su señor. Vi que le temblaban los labios, que se le iba y le venía el color.

-Le he traído una carta, señora.

Me hizo entrega de una carta cuyas señas estaban escritas por Oscar de puño y letra.

-¿Cómo está su señor? -le pregunté.

-No muy bien, al menos la última vez que le vi.

-Cuándo lo vio por última vez?

-Le traigo tristes noticias, señora. Ha habido una ruptura en Browndown.

-¿Qué quiere decir? ¿Dónde está el señor Oscar?

-El señor Oscar se ha marchado de Dimchurch.

Librodot

CAPITULO XXXVII

Los hermanos cambian de lugar

En vano creí estar preparada para cualquier infortunio que pudiera sobrevenir. Las últimas palabras de aquel hombre disiparon mi engaño. Ni siquiera en mis más sombríos presentimientos había llegado yo a contemplar un desastre tal como el que acababa de producirse. Me quedé petrificada mientras pensaba en Lucilla y miraba al criado con total desvalimiento. Por más que lo intenté, fui incapaz de decirle una sola palabra.

ÉI por su parte no se encontró con semejante dificultad. Una de las más extrañas peculiaridades que tiene la clase humililde en Inglaterra es esa suerte de solemne deleite que al parecer sienten cuando han de hablar de sus propios infortunios. Haber sido objeto de una calamidad, sea la que sea, parece como si elevara su propia estima. Con un pavoroso disfrute de tan penoso motivo, el criado se exilió a su situación de hombre recién privado del mejor de los señores; volvió a verse a la deriva en el mundo, en busca de otro a quien servir, sin tener en el fondo la menor esperanza de encontrarse alguna vez en una situación como la que acababa de perder. Por fin consiguió que yo le dijera algo, y lo consiguió mediante el sencillo método de irritarme los nervios hasta que ya no pude soportarlo.

-¿Se ha marchado solo el señor Oscar? -pregunté.

-Sí, señora. Solo del todo.

(¿Qué había sido de Nugent? Me interesaba demasiado Oscar en esos momentos, y no hice la pregunta.)

-¿Y cuándo se marchó su amo?-proseguí.

-Hará algo más de dos horas.

-¿Cómo es posible que no haya tenido noticia de su marcha hasta ahora?

-Porque el señor Oscar dio órdenes de que no le dijéramos nada, señora, hasta esta hora de la noche.

Por desdichada que fuera yo entonces, mi ánimo se hundió todavía más al saber tal cosa. La orden que se había dado al criado parecía obedecer a un plan premeditado en el que no sólo se preveía abandonar Dimchurch, sino también mantenernos en la ignorancia de su paradero.

-¿Se ha ido a Londres el señor Oscar? -insistí.

-Alquiló la tartana de Gootheridge, señora, para que lo llevase a Brighton. Y él me dijo de sus propios labios que se marchaba de Browndown para no volver nunca más. Eso es todo lo que sé de sus intenciones.

¡Que se había marchado de Browndown para no volver nunca más! Aunque sólo fuera en aras de Lucilla, me negué a creer tal cosa. El criado estaba exagerando, sin duda, o bien había interpretado mal lo que se le hubiera dicho. La carta que tenía en la mano me recordó de pronto que tal vez lo había interrogado sin necesidad, a propósito de una serie de cuestiones que su señor quizás hubiera confiado solamente por escrito a mi conocimiento. Antes de darle permiso para que se retirase, formulé la pregunta que había aplazado sobre el odioso asunto del otro hermano.

-¿Dónde se encuentra el señor Nugent?

-En Browndown.

-¿Pretende anunciarme que se va a quedar en Browndown?

-No lo sé con seguridad, .señora. No he visto que tenga intención de marcharse, y él desde luego no ha dicho nada a tal efecto.

Tuve grandes dificultades para impedir que mis sentimientos se desbordasen en presencia del criado. La indignación a punto estuvo de sofocarme. La mejor manera de salir del atolladero, me pareció, fue darle las buenas noches. Lo hice lo mejor que supe y sólo volví a llamarlo (como medida de precaución) para decirle una última palabra.

-¿Ha dicho a alguien de la casa rectoral que el señor Oscar se ha marchado? -pregunté.

-No, señora.

-En tal caso, no diga nada ahora cuando salga. Muchas gracias por traerme la carta. Buenas noches.

Tras impedir de ese modo que ninguna mención de lo ocurrido pudiera llegar a oídos de Lucilla, al menos esa noche, volví a presencia de Herr Grosse para pedirle disculpas y para comunicarle, con toda la sinceridad de que fui capaz, que me hallaba extremadamente necesitada de que me permitiera retirarme a mi habitación. Encontré a mi ilustre huésped colocando una tapadera sobre el último plato de que constaba la cena, con un gesto de ansiosa ternura para que no se me enfriase.

-Hay aquí unas estupendas tortillas al queso -dijo Grosse-.Los dos primeros tercios me los he comidos yo. El otro tercio me ha hecho sudar tintas para que no se le enfriase. ¡Siéntese, siéntese! ¡A cada momento que pasa, se le enfría más y más!

-Le estoy sumamente agradecida, Herr Grosse. Acabo de recibir tristes noticias...

-*Ach, Gott!* ¡No me las diga! -estalló el desdichado con una mansa mirada de consternación-. No me dé malas noticias, se lo ruego, tras una cena como la que acabo de disfrutar. ¡Permítame hacer la digestión! ¡Mi buina señora, querida mía, si de veras me ama permítame hacer la digestión como es debido!

-¿Me disculpará en ese caso si le dejo en paz para que haga la digestión y me retiro a mi habitación?

Se puso en pie con violencia, muy apresurado, y él personalmente me abrió la puerta.

-¡Sí! ¡Sí! En lo más profundos de mi corazón le disculpo de buenas ganas. ¡Buina madame Pratolungo, retírese! ¡Retírese!

Apenas había traspasado yo el umbral cuando se cerró la puerta a mis espaldas. Oí al viejo bruto egoísta frotarse las manos Y regocijarse de su éxito, encantado de haberme encerrado con mis penas, lejos tanto yo como ellas de la sala en que él descansaba.

Justo cuando tenía la mano sobre el picaporte de la puerta, se me ocurrió que haría bien en cerciorarme de que no pudiera sorprenderme Lucilla mientras leía la carta de Oscar. La verdad es que me daba miedo leerla. A pesar de mi resolución de no creer al criado, el temor iba creciendo en mi interior, y ya sospechaba que la carta vendría a confirmar su

Librodot

declaración, que se me impondría la verdad inapelable de que Oscar se había marchado para nunca más volver. Volví sobre mis pasos hasta la habitación de Lucilla.

La vi a duras penas sumida en la penumbra, con la lámpara de noche encendida bajo una pantalla, a fin de que el cirujano o la nodriza pudieran llegar hasta ella sin molestarla. Estaba a solas en su silla de mimbre preferida, con el lastimero vendaje sobre los ojos. ¡Y a todas luces estaba muy contenta, pues se dedicaba a tejer con afán!

-¿No se siente sola, Lucilla?

Volvió la cabeza hacia mí y me contestó con la mayor de las alegrías.

-No, en absoluto. Me encuentro muy bien.

-¿Por qué no está Zillah con usted?

-Le he dicho que se fuera.

-¿Le ha dicho usted que se fuera?

-¡Sí! No me sentía en condiciones de disfrutar esta noche a no ser que me encontrase a solas. Mi querida amiga, le he visto. ¡Le he visto! Cómo puede usted pensar que tal vez me sienta sola? Me siento tan desaforadamente feliz que me veo casi obligada a tejer para no perder la calma. Si dice usted algo más, no me extrañaría que me pusiera a bailar aquí mismo de contento. ¡De veras! ¿Dónde está Oscar? Ese odioso Grosse... ¡No! Es una maldad hablar, del querido viejo de esa manera, teniendo en cuenta que ha sido él quien me ha devuelto la vista. Aun así, me parece cruel por su parte decir que estoy sobreexcitada y prohibirle a Oscar, además, que venga a verme esta noche. ¿Está Oscar con usted en la sala contigua? ¿Se siente muy desilusionado por tener que estar separado de mí? Dígale que estoy pensando en él desde el momento en que lo he visto, y que todos mis pensamientos son nuevos.

-Oscar no está esta noche en la casa, querida.

-¿No? Entonces estará en Browndown, cómo no, con su desdichado hermano, pobre hombre desfigurado. Ya me he repuesto del horror que me produjo la espantosa cara de Nugent. Creo que incluso empiezo, aunque ya sabe usted que nunca le he tenido un gran aprecio, a compadecerme de él. ¡Qué terrible color de piel! En fin, no hablemos de eso. ¡No, no hablemos de nada! Deseo seguir pensando en Oscar.

Reanudó su labor de punto y se encerró en el lujo de sus felices pensamientos. A sabiendas de lo que yo sabía, verla y oírla me partió sencillamente el corazón. Temerosa de atreverme a decir siquiera otra palabra, cerré la puerta sin hacer ruido y encargué a Zillah, cuando su señora tocase la campanilla, que le dijera que me encontraba bastante fatigada tras un día tan cargado de acontecimientos, y que me había retirado a descansar a mi habitación.

Por fin estaba sola. Por fin había terminado las maniobras con que trataba de librarme de la triste obligación que me aguardaba, esto es, abrir la carta de Oscar. No sin antes cerrar la puerta con pestillo, rompí el lacre y leí las líneas que siguen a continuación.

QUERIDA Y AMABLE AMIGA. Perdóneme: sé que voy a sorprenderla y

Librodot

a apenarla. Esta carta le expresa toda mi gratitud, y es también mi despedida para siempre.

Haga acopio de toda la indulgencia que pueda concederme. Lea estas líneas hasta el final, que le dirán lo que sucedió después de que yo abandonase la rectoría.

Cuando llegué a esta casa ni yo ni nadie habíamos visto a Nugent. Pasó un cuarto de hora antes de oírle llamándome desde la puerta, preguntándome si ya había vuelto. Le respondí y vino a hablar conmigo en la sala. Éstas fueron las primeras palabras que me dijo:

-Oscar, he venido a pedirte perdón Y a despedirme de ti.

No sabría darle una idea adecuada del tono de voz con que me habló: seguro que. le habría alcanzado a usted de lleno en el corazón, tal como me ocurrió a mí. De momento ni siquiera fui capaz de contestarle. Tan sólo pude tenderle la mano. Él suspiró con amargura y se negó a dármela.

-Todavía tengo algo que decirle -añadió-. Espera hasta que lo hayas oído, y tiéndeme después la mano, si es que todavía puedes.

Ni siquiera aceptó la silla que le señalé para que tomara asiento. Me afligió al permanecer de pie en mi presencia, como si fuese una persona inferior a mí. Acto seguido, me dijo...

¡No! Tengo verdadera necesidad de reunir toda la calma y todo el valor que me queden. Me estremezco sólo de recordar lo que me dijo. Me siento a escribirle esta carta con la intención de repetirle todo lo que nos dijimos uno al otro. ¡He aquí otra de mis debilidades! ¡Vea otro de mis fracasos! De nuevo se me agolpan las lágrimas en los ojos cuando trato de abundar en los detalles. Mucho me temo que sólo podré relatarle el resultado. Y la confesión de mi hermano se puede resumir en tres palabras. Prepárese para llevarse un sobresalto; prepárese para sufrir un gran disgusto.

Nugent la ama.

¡Piense cómo me cayó encima este descubrimiento, piénselo, después de haber visto con mis propios ojos los inocentes brazos de Lucilla alrededor de su cuello, después de que mis propios ojos me mostrasen cómo se alborozó al verlo a él por vez primera, y cómo se estremeció al verme a mí por primera vez! ¿Será preciso decirle cuánto sufrí? No.

Nugent me tendió la mano cuando hubo terminado, tal como le había ofrecido yo la mía antes de que empezase su confesión.

-La única penitencia que puedo pagaros a los dos -dijo- consiste en que nunca más tengáis que verme, nunca más, ni ella ni tú. Dame la mano, Oscar, y déjame marchar.

Si yo lo hubiera querido, así podría haber terminado todo. Pero quise que fuese de forma diferente, y todo ha terminado de forma bien diferente. ¿No imagina usted cómo

Dejé la carta sobre mi regazo un instante. Me produjo un hondo pesar, me inflamó con una rabia inmensa, hasta el punto de que me faltó muy poco para rasgarla entera en vez de terminar de leerla, e incluso estuve tentada de

Librodot

pisotearla. Tuve que dar una vuelta por un habitación. Humedecí el pañuelo con agua y me refresqué las sienes. Al cabo de uno o dos minutos volvía a ser la de siempre, y así pude olvidarme de mi pobre Lucilla para regresar a la carta. Seguía diciendo así:

Le puedo escribir con gran calma lo que he de comunicarle a continuación. Así sabrá qué decisión he tomado y qué es lo que he hecho.

Le dije a Nugent que aguardase en la sala mientras yo salía y pensaba despacio en lo que acababa de decirme. Se resistió a mi idea. Insistí en que cediera. Por primera vez en nuestra vida cambiamos los dos de lugar. Fui yo quien tomó la voz cantante y él quien siguió mis designios. Lo dejé en la sala y salí por el valle a solas.

La celestial tranquilidad y el consuelo de la soledad me fueron de gran ayuda. Vi mi posición y la suya bajo una luz verdadera. Antes de regresar, había tomado la decisión de que, me costara lo que me costase, iba a hacer yo el sacrificio que mi hermano se había propuesto hacer. Por el bien de Lucilla, y por el bien de Nugent, tuve la certeza absoluta de que era mi deber, no el suyo, marcharme de aquí.

No me culpe de nada, no se apene por mí. Siga leyendo el resto. Quiero que piense en todo esto con mis propios pensamientos, y quiero que lo sienta tal como lo siento yo ahora.

Teniendo muy presente lo que Nugent me ha confesado y lo que yo mismo he visto, ¿tengo algún derecho a obligar a Lucilla a que cumpla nuestro compromiso? Estoy hondamente convencido de que no lo tengo. Después de haberle causado semejante terror y semejante repugnancia la primera vez en que me vio con sus propios ojos, y después de verla feliz e inocente en brazos de Nugent, por el amor de Dios, ¿cómo voy a reclamar ante nadie que ella me pertenece? Nuestro matrimonio es algo absolutamente imposible. Por su propio bien, no puedo apelar a nuestro compromiso, y ni siquiera me atrevería a hacerlo. El hundimiento de mi felicidad no vale nada. El hundimiento de su felicidad, en cambio, sería un crimen. La absuelvo de su compromiso. Es libre de hacer lo que desee.

Ése es mi deber con Lucilla... tal como yo lo entiendo.

En cuanto a Nugent... Estoy enteramente en deuda con mi hermano (desde aquel juicio) porque el honor de nuestra familia ha quedado a salvo, y también le debo que me ha librado de una muerte vergonzosa en el patíbulo. ¿Tiene acaso algún límite la obligación que me ha impuesto después de prestarme semejante servicio? Yo creo que no tiene límite. El hombre que ama a Lucilla y el hermano que me salvó la vida son una sola persona. Estoy obligado a dejarle entera libertad, y de hecho le dejo entera libertad, para que conquiste a Lucilla con medios sinceros y leales, si es que tal cosa está en su mano, tan pronto considere Herr Grosse que ella está en condiciones de soportar la revelación de la verdad, es mi deseo que se le indique en qué error ha caído precisamente por mi culpa... y que se le permita leer estas líneas, escritas con el propósito de que las lea ella igual que usted. Y,

Librodot

después, que mi hermano le cuente lo que esta noche ha ocurrido entre nosotros dos. Ella lo ama a él, ahora, pensando que es Oscar. ¿Lo amará después, cuando aprenda a conocerlo por su propio nombre? La respuesta a esa pregunta sólo la tiene el tiempo. Si fuera una respuesta favorable a Nugent, ya he dispuesto que se reserve de mi fortuna una cantidad anual suficiente para situar a mi hermano en una posición adecuada para dar inicio a su vida conyugal. Deseo que su genio goce: de entera libertad, y que no se vea lastrado por preocupaciones monetarias de ninguna clase. Como poseo muchísimo más que suficiente para satisfacer mis más sencillas necesidades, no puedo dedicar el dinero sobrante a una causa mejor ni más noble que ésta.

Este es mi deber con Nugent... tal como yo lo entiendo. Ahora, ya sabe usted qué es lo que he decidido. Lo que he hecho se puede decir en dos palabras. Me he marchado de Browndown para siempre. Me marcho para vivir o morir, según plazca a Dios, lejos de todos ustedes, a raíz del golpe que he sufrido. Es posible que, cuando hayan pasado los años y los hijos de los dos crezcan junto a ellos, de nuevo pueda ver a Lucilla; es posible que entonces tome yo la mano de mi hermano, la mano de la mujer amada que en tiempos pudo haber sido mi esposa. Si vivo, esto es algo que pudiera suceder. Si muero, ninguno de ustedes llegará a saberlo. No proyectará mi muerte su sombra de tristeza sobre las vidas de ellos dos ni tampoco sobre la suya. Olvídense y perdóneme. No pierda, como no la pierdo yo, la primera y más noble de todas las esperanzas de los mortales, la esperanza en la vida misma y en el porvenir.

Por si le surgiera la necesidad de escribirme, le adjunto la dirección de mis banqueros en Londres. Ellos tendrán instrucciones precisas. Si me ama usted, si se compadece de mí, absténgase de quebrantar mi resolución. Podría causarme una gran aflicción, pero no podrá hacer que cambie de parecer. Espere a escribirme, al menos hasta que Nugent tenga ocasión de abogar por su propia causa y hasta que Lucilla haya tomado una decisión sobre su futuro.

Una vez más, le agradezco la amabilidad con que ha soportado usted mis debilidades y mis estupideces. Que Dios la bendiga. Adiós.

OSCAR

Del efecto que me produjo la primera lectura de esta carta no pienso decir nada. Incluso a tan gran distancia, con el tiempo que ha transcurrido, me abruma revivir el recuerdo de lo que sufrí a solas en mi habitación en aquella noche desdichada. Baste pues con relatar sucintamente la decisión a la que llegué.

Fueron dos las cosas que decidí hacer. En primer lugar, ir a Londres en el primer tren de la mañana siguiente y localizar a Oscar por medio de sus banqueros. En segundo lugar; impedir que tuviese acceso a la casa rectoral, en mi ausencia, el villano que había aceptado el sacrificio de la felicidad de su hermano.

Esa noche, mi único consuelo fue sentir que al menos en esos dos

Librodot

puntos había tomado una resolución inquebrantable. En la sensación que me producía mi propia resolución había un estímulo que me fortaleció a la hora de pensar en las excusas que tendría que dar a Lucilla sin delatar la pena que me torturaría cuando volviera a encontrarme en su presencia. Antes de irme a la cama, la había dejado tranquila y contenta; dispuse con Herr Grosse que mantendría a su excitable paciente recluida y alejada de todas las visitas durante el día siguiente; en mi empeño por impedir que Nugent entrase en la rectoría me había conseguido un aliado tal como el reverendo Finch en persona. Esa noche lo vi en su despacho y le relaté todo lo acontecido, aunque le mantuve oculta una circunstancia, a saber, la alocada determinación que había tomado Oscar de compartir su fortuna con su infame hermano. A propósito llevé al rector a pensar que Oscar había dejado a Lucilla en plena libertad de recibir, si lo deseaba, a un hombre que había disipado su fortuna hasta el último penique. La filípica del señor Finch cuando puse a su alcance esta perspectiva fue memorable, si bien no he de recogerla en esta ocasión, aunque sólo sea por hacer un favor a la Iglesia.

Marché a Londres en el tren de la mañana siguiente.

En el tren de la tarde regresé sola a Dimchurch, pues había fracasado por completo en mi empeño de satisfacer el propósito que me había llevado a la metrópolis.

Oscar se había presentado en el banco tan pronto abrió sus puertas al público esa mañana; había extraído unos centenares de libras de su depósito en billetes de curso legal; había indicado a los banqueros que más adelante, a su debido tiempo, les proporcionaría una dirección a la que podrían remitirle la correspondencia; acto seguido emprendió viaje al continente europeo sin dejar ni rastro.

Dediqué el día a realizar las pesquisas que pude, tratando de localizarlo por los métodos habituales y los interrogatorios que se emplean en tales circunstancias, y tomé el tren de vuelta al campo, dividida entre la desesperación, si pensaba en Lucilla, y la cólera, si pensaba en los hermanos gemelos. Presa de la amargura inicial de mi decepción, estaba casi tan indignada con Oscar como lo estaba con Nugent. De todo corazón maldije el día en que llegaron el uno y el otro a Dimchurch.

A medida que me alejaba de Londres, viajando con comodidad entre la tranquilidad de los bosques y los campos, una vez tuve tiempo de pensar con más calma, mi ánimo fue recobrando su equilibrio. Poco a poco, la inesperada revelación de la firmeza y la decisión que se desprendía de la conducta de Oscar -por más sentidamente que yo la deplorase y culpase- comenzó a producir un nuevo efecto en mi conciencia. Empecé a contemplar con asombro mi propia estimación del carácter de los hermanos, tan superficial, y me lo eché en cara.

Pensando sin descanso en todas estas cuestiones, pues viajaba sola en el compartimento, llegué a una conclusión que influyó sobremanera en mi conducta a la hora de guiar a Lucilla por las complicaciones y los peligros que todavía estaban por llegar.

Nuestra propia constitución física, tal como yo lo entiendo, tiene con las acciones que determinan las opiniones que los demás se forman de nosotros (así como con el curso que toman nuestras propias vidas) una relación mucho mayor de lo que suponemos por lo general. Un hombre que tenga

Librodot

un delicado carácter nervioso tiende a decir y a hacer cosas que a menudo nos llevan a tenerle en más mezquina consideración de lo que merece. Su gran infortunio en la vida consiste en presentarse ante los demás en su peor condición. Por otra parte, un hombre que esté dotado de una sólida constitución nerviosa suele tener asimismo una espléndida salud y una dureza que se expresan con brillantez en su talante, y que a menudo conducen a la equívoca impresión de que su naturaleza es tal como se muestra en la superficie. Al gozar de buena salud, goza de buen ánimo. Al gozar de buen ánimo, tiende a ser un compañero grato de frecuentar, y suele conquistar a las personas con las que traba relación, aunque en todo momento puede estar ocultando, bajo una cobertura exterior que físicamente resulta intachable, una naturaleza interior moralmente enfermiza. En el segundo de estos dos tipos vi reflejado a Nugent. En el primero, claro está, vi a Oscar. Todas las debilidades y deficiencias de la naturaleza de Oscar se habían mostrado en la superficie a lo largo del tiempo pasado, y así habían ocultado sus facetas más fuertes y su nobleza de espíritu. En ese hombre hipersensible había algo oculto, algo que se había encogido bajo la presión de todas las pequeñas pruebas que hubo de soportar a tenor de nuestra vida en el pueblo y, sin embargo, había demostrado tener la firmeza suficiente cuando la mayor de las necesidades llamó a su puerta, y sabido sobrellevar el terrible desastre que le sobrevino. Cuanto más cerca estaba del final de mi viaje, más certeza tenía de que sólo entonces empezaba a aprender (por amargas que fueran las decepciones que me produjo) a estimar el carácter de Oscar en su justa medida. Inspirada por esta convicción, empecé a afrontar nuestras adversas perspectivas con arrojo. Mientras me quedara vida y fuerza para ayudarla, decidí que Lucilla no perdiera al hombre cuyas mejores cualidades yo no había logrado descubrir hasta que tomó la decisión de separarse de ella para siempre.

Cuando llegué a la casa rectoral se me informó de que el señor Finch deseaba hablar conmigo. La inquietud que sentía por Lucilla me hizo resistirme a sus deseos, ya que habrían retrasado el momento de verla. Envié un mensaje para informar al rector de que iría a verlo en pocos minutos, y subí corriendo al dormitorio de Lucilla.

-¿Ha sido un día muy largo, querida? -le pregunté después de saludarnos amigablemente.

-Ha sido un día delicioso -me contestó llena de alborozo-. Grosse me llevó de paseo antes de regresar a Londres. ¿A que no imagina usted adónde fuimos?

Una helada premonición se apoderó de mí. Me separé de ella. Contemplé su hermoso rostro sin ninguna admiración e incluso, peor aún, con absoluta desconfianza.

-¿Adónde fueron? -pregunté.

-¡A Browndown, por supuesto!

Se me escapó una exclamación. («;Ese Grosse infame!», mascullé entre dientes y en mi propia lengua.) No pude evitarlo. Si hubiera reprimido ese grito, me habría muerto en el acto. Estaba rabiosa.

Lucilla se echó a reír.

-¡Cálmese, cálmese! Fue culpa mía; yo insistí en hablar con Oscar. Tan

pronto comprendí que iba salirme con la mía, me porté estupendamente. No pedí que me retirasen el vendaje, me di por satisfecha sólo con hablar con él. El querido y viejo Grosse, la verdad es que conmigo no es ni la mitad de duro que usted o mi propio padre. Estuvo con nosotros en todo momento. Me ha hecho muchísimo bien. No se ponga de mal humor, querida madame Pratolungo. Mi «cirujano óptico» ha dado su visto bueno a mi imprudencia. No le pediré que mañana me acompañe usted a Browndown; Oscar vendrá a devolverme la visita.

Esas últimas palabras no me dejaron lugar a dudas. Estaba muy fatigada desde la mañana, pero vi con claridad que al menos para mí el día aún no había terminado. «Voy a solucionar este asunto con el señor Nugent Dubourg -me dije- antes de acostarme esta noche, y lo voy a solucionar de una vez por todas.»

-¿Le importa que me ausente un rato? -pregunté-. Debo acudir a la otra ala de la casa. Su padre desea hablar conmigo.

-¿Hablar con usted? -Lucilla se sobresaltó-. ¿De qué? -preguntó con ansiedad.

-De ciertos asuntos de Londres -respondí, y la dejé allí mismo, antes de que su curiosidad (en el estado en que yo me encontraba en ese momento) pudiera enloquecerme a fuerza de preguntas.

Encontré al rector dispuesto a obsequiarme con su habitual prodigalidad de lengua. Ni siquiera cincuenta señores Finch juntos habrían sido capaces de adueñarse de mi atención, teniendo en cuenta mi humor de entonces. Con gran asombro del reverendo caballero, fui yo la que empezó a hablar, y no él.

-Acabo de dejar a solas a Lucilla, señor Finch. Estoy al corriente de lo que ha pasado.

-Aguarde un momento, madame Pratolungo. Hay una cosa de la máxima importancia que es preciso aclarar antes de empezar. ¿Entiende usted, lo entiende a la perfección, que yo no tengo la culpa, en ninguno de los sentidos del término?

-Lo entiendo perfectamente -le interrumpí-. Obviamente, no habrían ido hasta Browndown si usted hubiera permitido que Nugent Dubourg entrase en la casa.

-¡Alto ahí! -dijo el señor Finch elevando la mano derecha-. Mi buena señora, se encuentra usted en un estado de precipitación y de histeria. ¡Pienso hacerme escuchar! No sólo negué yo mi permiso. Cuando Grosse, e insisto en que guarde usted la debida compostura, cuando vino ese dichoso Grosse a hablarme del asunto, hice más, ¡qué digo!, muchísimo más que negarle mi permiso. Conoce usted la fuerza de mi lenguaje, así que no se alarme. «¡Señor! En calidad de padre y de rector, me niego rotundamente...», le dije.

-Comprendo, señor Finch. Todo lo que pudiera usted decirle a Herr Grosse fue completamente inútil; él hizo caso omiso.

-¡Madame Pratolungo...!

-Herr Grosse se encontró con que Lucilla estaba sumamente agitada, peligrosamente agitada incluso, por hallarse separada de Oscar; decidió

Librodot

hacer uso de lo que él considera su libertad de acción profesional.

-¡Madame Pratolungo...!

-Usted insistió en cerrar las puertas de su casa a Nugent Dubourg. Él, por su parte, insistió en su empeño... y se llevó a Lucilla a Browndown.

El señor Finch se puso en pie y se reafirmó hablando a voz en cuello.

-¡Silencio! -gritó, y dio una sonora palmada con la mano abierta contra la mesa que tenía al lado.

No me importó. Yo también grité. También yo di una sonora palmada en el lado opuesto de la mesa.

-Sólo una pregunta más, señor mío, antes de marcharme -le dije-. Desde que su hija fue a Browndown, ha tenido usted muchas horas a su entera disposición. ¿Ha visto al señor Nugent Dubourg?

El Papa de Dimchurch de pronto se vino abajo, completamente fulminado por sus domésticas bulas.

-Perdóneme -repuso, y adoptó su más exquisita cortesía-. Esto requiere una explicación muy considerable.

Renuncié a esperar cualquier considerable explicación.

-Entonces, ¿no lo ha visto? -dije.

-No lo he visto -repuso el señor Finch-. Me encuentro ante el señor Nugent Dubourg en una posición notabilísima, madame Pratolungo. En mi condición de padre, me gustaría retorcerle el pescuezo. En mi condición de clérigo, sin embargo, tengo la impresión de que es de mi incumbencia pararme a escribirle una carta. ¿Siente usted esa responsabilidad? ¿Percibe usted la diferencia?

Lo único que percibí fue que tenía miedo. Le contesté con una simple inclinación de cabeza (¡detesto a los cobardes!) y me dirigí en silencio hacia la puerta.

El señor Finch me devolvió la cortesía con una mirada de perplejidad y desamparo.

-¿Es que va a dejarme usted a solas? -preguntó con blandura.

-Me voy a Browndown.

Si le hubiera dicho que me iba a un lugar del que él tenía abundantes y muy frecuentes ocasiones de citar en los pasajes más acalorados de sus sermones, difícilmente habría expresado la cara del señor Finch mayor asombro ni mayor alarma de la que manifestó cuando le contesté con aquellas palabras. Alzó su convincente mano derecha; abrió sus labios elocuentes. Antes de que pudiera alcanzarme el torrente de palabras que se avecinaba, salí de su despacho y tomé el camino de Browndown.

Librodot

CAPITULO XXXVIII

¿Es que no tiene disculpa?

El criado despedido por Oscar (que iba a quedarse durante un mes de cortesía, como es costumbre, al cargo de la casa) fue quien me abrió la puerta. Aunque ya era una hora bastante tardía, y más en un lugar tan primitivo como Dimchurch, el hombre no dio muestras de sorpresa al verme.

-¿Está en casa el señor Nugent Dubourg:

-Sí, señora. -Bajó el tono de voz antes de seguir hablando-. Creo que el señor Nugent la estaba esperando esta noche.

Tanto si era su intención como si no, el criado me había prestado un buen servicio: me había puesto en guardia. Nugent Dubourg comprendía mi carácter mejor que yo el suyo. Había sido capaz de prever lo que iba a suceder cuando yo me enterase de la visita de Lucilla a Browndown nada más regresar a la casa rectoral, y no cabía la menor duda de que se había preparado en consecuencia. Fui consciente de tener un leve temblor nervioso, lo reconozco, mientras seguía al criado camino de la sala de estar. Sin embargo, en el momento en que me abrió la puerta desapareció esta innoble sensación de forma tan brusca como había aparecido. Me sentí de nuevo la viuda de Pratolungo cuando entré en la estancia.

La única luz que había sobre la mesa era una lámpara de lectura con la pantalla bajada. Al lado de la lámpara, Nugent Dubourg reposaba cómodamente en un sillón, con un cigarro en la boca y un libro en la mano. Dejó el libro sobre la mesa para ponerse en pie y recibirme. A esas alturas ya sabía yo con qué clase de hombre tenía que habérmelas, así que decidí que ni siquiera las menores trivialidades se me escaparan. Tal vez cada cosa tuviera alguna utilidad para ayudarme a comprenderlo, y por eso quise saber en qué había ocupado su pensamiento mientras esperaba mi llegada. Miré el libro. Eran las *Confesiones* de Rousseau.

Avanzó hacia mí con su sonrisa más risueña y me tendió la mano como si no hubiese ocurrido nada que pudiera perturbar nuestras relaciones habituales. Di un paso atrás y lo miré a los ojos.

-¿Es que no va a darme la mano? -preguntó.

-A eso le contestaré de inmediato -dije-. ¿Dónde está su hermano?

-No lo sé.

-Pues cuando lo sepa, señor Nugent Dubourg, y cuando haya traído a su hermano a esta casa, yo le daré la mano. Antes, ni lo sueñe.

Hizo una resignada inclinación de cabeza, aunque no sin encoger satíricamente los hombros, y me preguntó si me podía ofrecer una silla.

Tomé la silla yo por mi cuenta y la coloqué con la intención de que me encontrase frente a él cuando volviera a sentarse.

Se abstuvo de sentarse de inmediato y miró hacia la ventana abierta.

-¿Quiere que tire mi cigarro? -dijo.

-Por mí no. No tengo ningún reparo contra los que fuman.

-Gracias.

Ocupó su sillón, donde su rostro quedaba parcialmente oscurecido gracias a la pantalla de la lámpara. Tras fumar durante unos instantes

Librodot

volvió a tomar la palabra, pero sin volverse para mirarme.

-¿Me permite preguntarle a qué se debe que me honre usted con su visita?

-Tengo dos propósitos. El primero es cerciorarme de que se marche usted de Dimchurch mañana por la mañana. El segundo es obligarle a que restituya a su hermano a su prometida.

Se volvió hacia mí en el acto. Por la experiencia que tenía de mi temperamento irritable, no estaba preparado para la perfecta compostura ni para la voz equilibrada con que respondí a su pregunta. Miró la brasa de su cigarro y volvió a mirarme, y luego tiró la ceniza, se paró a considerar y se tomó su tiempo antes de dirigirme de nuevo la palabra.

-Abordaremos la cuestión de mi marcha de Dimchurch en seguida -dijo-. ¿Ha recibido usted carta de Oscar?

-Sí.

-¿La ha leído?

-La he leído.

-Entonces ya sabe que nos entendemos el uno al otro.

-Lo único que sé es que su hermano se ha sacrificado, y que usted se aprovecha con vileza de su sacrificio.

Se sobresaltó y volvió a mirarme. Vi que algo había en mis palabras, o en mi tono de voz, que le había aguijoneado.

-Tiene usted sus privilegios por ser una señora -dijo-, pero es preferible que no vaya demasiado lejos. Lo que Oscar ha hecho, lo ha hecho por su propia voluntad.

-Lo que Oscar ha hecho -respondí- es una estupidez lamentable y un cruel error. Sin embargo, por pervertido que sea su acto, hay algo muy generoso y muy noble en los motivos que le han llevado a hacerlo. En cuanto a su conducta en este asunto, no veo más que mezquindad, no veo más que cobardía en los motivos que a usted lo han guiado.

Se puso en pie y arrojó el cigarro a la chimenea apagada.

-Madame Pratolungo -dijo-, no tengo el honor de saber nada de su familia. No puedo pedir explicaciones a una mujer que me ha insultado. ¿Tiene usted algún hombre emparentado con usted, sea en Inglaterra o en el extranjero?

-Tengo algo que servirá igual de bien en esta ocasión -repliqué-. Tengo un hondo desprecio por las amenazas de toda clase, y tengo la firme resolución de decirle todo lo que pienso.

Se dirigió a la puerta Y la abrió.

-Me niego a darle la oportunidad de decir nada más -repuso él-. La dejo dueña de la estancia y le deseo buenas noches.

Abrió la puerta. Había llegado yo a su casa armada de una última y desesperada resolución que sólo debía serle comunicada a él, o a quien fuese, en caso de emergencia y en el ultimísimo momento. Había llegado el momento de decir lo que yo había tenido la esperanza, en el fondo de mi corazón, de no decir jamás.

Me puse en pie y lo detuve cuando ya se marchaba de la habitación

-Regrese a su sillón y a su lectura -dije-. Nuestra entrevista ha terminado. Al marcharme de la casa, tengo una última palabra que decirle. Está perdiendo el tiempo si se queda en Dimchurch.

-De eso seré yo el mejor juez -respondió a la vez que me dejaba sitio para salir.

-Perdóneme, pero no está usted en posición de juzgar nada en absoluto. No sabe usted qué me propongo hacer tan pronto regrese a la casa rectoral.

Cambió en el acto de postura, y se colocó ante la puerta, de modo que me impidió salir de la habitación.

-¿Qué es lo que se propone usted hacer? -preguntó sin quitarme los ojos de encima.

-Me propongo obligarle a que se marche de Dimchurch.

Se echó a reír con insolencia. Yo conservé la calma de antes.

-Esta mañana se ha hecho usted pasar por su hermano ante Lucilla -le dije-. Es la última vez, señor Nugent Dubourg, que hace tal cosa.

-¿Ah, sí? ¿Y quién me impedirá que lo vuelva a hacer?

-Yo.

Esta vez se lo tomó en serio.

-¿Usted? -dijo- ¿Y cómo va a controlarme usted, si tiene la bondad de decírmelo

-Puedo controlarle por medio de Lucilla. En cuanto vuelva a la casa rectoral, puedo decirle a Lucilla la verdad, y desde luego que se la diré.

Se sobresaltó y se calmó al instante.

-Se olvida usted de algo, madame Pratolungo. Se olvida de lo que nos ha indicado el cirujano que la atiende.

-No sólo no me olvido, sino que lo recuerdo perfectamente. Si hacemos o decimos algo que agite a su paciente en su actual estado, el cirujano se niega a responder de las consecuencias.

-¿Y bien?

-Y bien... Entre la alternativa de dejarle a usted entera libertad para romperles a los dos el corazón o desafiar la advertencia del cirujano, por terrible que sea mi elección, y lo es, debo anunciarle que ya está hecha. Y se lo digo a la cara: prefiero ver a Lucilla ciega antes que convertida en su esposa.

La estimación que había hecho él de la fuerza con que contaba se había basado necesariamente en una sola convicción, a saber, la convicción de que la autoridad profesional de Grosse bastaría para hacerme callar. Yo acababa de hacer pedazos sus cálculos. Se puso tan terriblemente pálido que, aunque era difusa y escasa la luz, vi que le había cambiado la cara.

-¡No la creo! -dijo.

-Preséntese mañana mismo en la rectoría -respondí-, Y lo verá usted con sus propios ojos. No tengo nada más que decirle. Permítame salir.

Tal vez suponga el lector que yo solamente había tratado de asustarlo. No, no hice nada de eso. Se me podrá culpar o se podrá aprobar mi conducta, eso es cosa de cada cual, pero cuando le hablé así tan sólo quise expresar la resolución que había tomado en mi fuero interno. Que mi

Librodot

valor no hubiera menguado e incluso que no hubiera desaparecido por el camino de Browndown a la casa rectoral, que hubiera yo retrocedido hasta desdecirme cuando de hecho me viera en presencia de Lucilla, eso es algo que no puedo aventurarme a precisar. Lo único que digo es que, presa de la desesperación, me proponía en serio hacer lo que había dicho en el momento en que amenacé con hacerlo. Y Nugent Dubourg oyó en mi voz algo que sin duda le hizo ver que iba muy en serio.

-¡Es usted un monstruo! -estalló dando un paso hacia mí con la furia en los ojos.

Todo el apasionado fervor del amor que ese mísero desdichado sentía por Lucilla lo sacudió de la cabeza a los pies, y el horror que yo le inspiraba sólo encontró esa manera de expresarse en sus labios.

-Ahórrese la opinión que le pueda merecer mi carácter -dije-. No cuento con que comprenda usted los motivos de una mujer honrada. Por última vez, ¡permítame salir!

En vez de franquearme el paso, cerró la puerta con llave y guardó ésta en el bolsillo. Hecho esto, señaló la silla que había ocupado yo.

-Siéntese -dijo. De pronto, le falló la voz, y así noté que su estado anímico había variado-. Permítame un minuto para tranquilizarme. X

Volví a mi sitio. El ocupó otra silla al otro lado de la mesa, Y se cubrió la cara con las manos. Esperamos un rato en silencio. Lo miré una o dos veces a medida que pasaban los minutos. La pantalla de la lámpara arrancaba un tenue brillo a algo que tenía entre los dedos. Me levanté sin hacer ruido y me estiré sobre la mesa para mirarlo más de cerca. ¡Lágrimas! Doy mi palabra de honor de que eran lágrimas lo que trataba de abrirse paso entre sus dedos, con los que se había cubierto la cara. Había estado yo a punto de hablar, pero volví a sentarme en silencio.

-Diga qué es lo que pretende de mí. Dígame qué es lo que quiere que haga.

Estas fueron sus primeras palabras. Las dijo sin mover las manos; las dijo sin moverse, con tanta tristeza, con tanto pesar y tanta desesperación, con tal resignación en su voz, y sin asomo de quejas, que yo misma, que había entrado en aquella sala odiándolo, me volví a poner en pie y di la vuelta para acercarme a su silla. Yo, que tan sólo un minuto antes, si hubiera tenido la fuerza, lo habría golpeado para que cayera a mis pies, le puse la mano en el hombro y me compadecí de él en el fondo de mi corazón. ¡Así somos las mujeres! ¡He aquí un ejemplo de nuestra sensatez y de nuestra firmeza, y de cómo dominamos nuestros propios impulsos!

-No sea injusto, Nugent -dije-. Compórtese con honor. Sea tal como yo pensé que era usted. Eso es lo único que quiero de usted.

Dejó caer ambos brazos sobre la mesa, y su cabeza cayó sobre ellos. Se echó a llorar convulsivamente. Era en ese momento tan parecido a su hermano que también podría haber imaginado que incluso yo los había confundido a uno con el otro. «¡He aquí a Oscar de nuevo -me dije para mis adentros-, igual que el primer día que hablé con él en esta misma sala!»

-Vamos -le dije cuando vi que se sosegaba-. Terminaremos por entendernos y respetarnos el uno al otro.

Librodot

Con irritación, me quitó la mano que había puesto sobre su hombro y apartó la cara de la luz.

-No hable usted de comprenderme -dijo-. Toda su simpatía es para Oscar. Él es la víctima, él es el mártir, él cuenta con toda su consideración y con toda su piedad. Yo soy un cobarde, un villano. No tengo honor, no tengo corazón. Pisotéeme como si fuera un reptil. ¡Lo único que merezco es mi desdicha! ¿Cómo va a malgastar su compasión con un sinvergüenza como yo?

Me sentí absolutamente desconcertada, sin saber qué contestarle. Todo lo que él había dicho en su contra lo había pensado yo con anterioridad. ¿Por qué no? Se había comportado de manera infame; tenía bien merecida mi justa indignación. Y sin embargo, pese a todo, a veces es sumamente difícil para una mujer, por mal que se haya conducido un hombre, insistir en no perdonarlo, sobre todo si sabe que hay una mujer en el fondo de la cuestión.

-Al margen de lo que yo pueda pensar de usted -dije-, todavía está en su mano, Nugent, reconquistar el antiguo respeto que yo le tenía.

-¿Lo está? -respondió con desdén-. No, ya sé yo que no. No está usted hablando con Oscar; está usted hablando con un hombre que tiene cierta experiencia de las mujeres. Sé muy bien que todas ustedes persisten en sus opiniones por el mero hecho de que son sus opiniones, sin preguntarse siquiera si están en lo cierto o si se equivocan. Hay hombres que podrían comprenderme y compadecerse de mí. Eso no podría hacerlo ninguna mujer. Las mejores, las más listas, no saben qué es el amor... tal como lo siente un hombre. Ese frenesí de ustedes no es el nuestro. En una mujer el amor reconoce limitaciones; en un hombre todo lo revienta. Le roba la inteligencia, el honor, el respeto de sí mismo; le pone a la altura de las bestias; lo rebaja a la más completa imbecilidad; lo empuja a la locura incluso. Le digo que no soy responsable de mis actos. Si de veras quisiera usted ser amable conmigo, debería encerrarme en un manicomio. Lo mejor que podría hacer por mí mismo es cortarme el cuello. ¡Oh, sí! Sé que es una forma de hablar un tanto chocante, ¿verdad? Debería rebelarme y plantar resistencia, tal como dice usted. Debería saber dominarme. ¡Ja, ja, ja! He aquí una mujer inteligente, una mujer experimentada. Y a pesar de los pesares, a pesar de que me ha visto cientos de veces en compañía de Lucilla, ¡ni una sola vez ha detectado los signos de la lucha que sostengo! Desde el primer momento en que vi a esa criatura celestial, mi vida no ha sido más que una prolongada pugna contra mí mismo, un tormento infernal de vergüenza y remordimiento, y esta inteligente amiga mía ha observado tan poco y sabe tan poca cosa que solamente es capaz de interpretar mi conducta bajo una única luz: ¡como la de un cobarde y un villano!

Se levantó y dio una vuelta por la sala. Como es natural, o al menos eso creo, me sentí irritada por su manera de expresarse. ¡Que un hombre se jacte de saber del amor más que una mujer...! ¿Habráse visto alguna vez una perversión de la verdad tan monstruosa? ¡Apelo a las mujeres!

-Debería ser usted la última persona que me culpase de algo -dije-. Tenía de usted una opinión demasiado alta para sospechar lo que estaba ocurriendo, pero nunca más volveré a cometer ese error. ¡Se lo prometo!

Librodot

Volvió y se detuvo delante de mí, para mirarme intensamente cara a cara.

-¿De veras quiere decir que no vio nada que le diera qué pensar, ya desde el mismo día en que la conocí? -preguntó-. Usted estaba en la misma estancia. ¿No se dio cuenta de que me había dejado pasmado? ¿No se fijó en nada que le pareciera sospechoso una vez pasado el tiempo? Mientras yo padecía toda clase de martirios tan sólo con mirarla, ¿no se me notaba nada que dijera por sí solo lo que estaba sucediendo?

-Me fijé en que con ella nunca estaba usted a sus anchas -repuse-, pero a usted le tenía yo un gran aprecio y en usted tenía confianza. Por eso no logré entender lo que sucedía. Y eso es todo.

-¿Tampoco pudo entender todo lo que sucedió después? ¿Acaso no hablé incluso con su propio padre? ¿No traté yo de lograr que el matrimonio de Oscar se celebrase cuanto antes?

Era cierto. Lo había intentado.

-La primera vez que dijimos que mi hermano le hablase a Lucilla de su decoloración, ¿no me mostré de acuerdo con usted en que él debía poner las cosas en claro y sincerarse con ella cuanto antes para defender sus propios intereses?

También era cierto. Habría sido imposible negar que se puso de mi parte en ese aspecto.

-Cuando Lucilla estuvo a punto de descubrirlo por sus propios medios, ¿qué otros medios se emplearon para obligarle a él a que lo reconociera? ¡Los míos! ¿Qué hice yo cuando él trató de confesar, aunque fracasara en su intento de que ella lo entendiese? ¿Qué hice cuando ella cometió el error de creer que era yo el hombre desfigurado?

La audacia de esa íntima pregunta me dejó sin respiración.

-Usted contribuyó con su crueldad a engañarla -respondí indignada-. Usted cometió la vileza de dar alas a su hermano en su fatal política de guardar silencio.

Me miró con tal enojo y tal perplejidad que sobrepasó el enojo y la perplejidad que yo sentía.

-¡Hay que ver la delicadeza de percepción que tienen las mujeres! -exclamó-. ¡Hay que ver el prodigioso sentido del tacto que tan privativo es de su sexo! ¿Es que tan sólo puede ver un motivo perverso en el hecho de que yo me sacrificara por Oscar?

Tenuemente empecé a discernir que tal vez existiera algún motivo no necesariamente perverso que justificara su conducta, pero... ¡en fin! Me atrevo a afirmar que me había equivocado. Me fastidió el tono en que me hablaba; habría preferido reconocer ante cualquier otra persona que había cometido un error; no quise reconocerlo delante de él. ¡Así es!

-Recuerde cómo fueron las cosas aunque sólo sea un momento -siguió diciendo en un tono más tranquilo y más cortés-. Vea con qué dureza me ha juzgado. Yo aproveché la oportunidad, y le juro que es verdad: aproveché la oportunidad de convertirme para ella en un objeto que tan sólo le inspiraba horror, y lo hice nada más tener noticia de la equivocación que había cometido. Sentí dentro de mí que cada vez era menos capaz de rehuirla, y

Librodot

aproveché la oportunidad de que fuese ella quien me rehuyera. ¡Hice eso e hice muchas cosas más! Pedí encarecidamente a Oscar que me permitiese marchar de Dimchurch. El me rogó, en nombre de nuestro amor fraterno, que me quedara. No pude resistirme. En todo esto, ¿dónde ve usted las huellas del comportamiento de un sinvergüenza? ¿Se habría delatado un sinvergüenza ante usted, tal como hice yo al menos una docena de veces en el transcurso de aquella conversación que tuvimos en el invernadero? Recuerdo haberle dicho exactamente con estas palabras que ojalá no hubiera venido nunca a Dimchurch. ¿Qué razones, salvo una sola, podían justificar que le dijera tal cosa? ¿Cómo es que nunca llegó a preguntarme qué quería decir?

-Se olvida usted -le interrumpí- de que no tuve ocasión de preguntárselo. Lucilla vino a interrumpirnos, y desvió mi atención hacia otras cuestiones. ¿Qué es lo que pretende usted obligándome a ponerme a la defensiva? -seguí diciendo, pues cada vez me irritaba más el tono que empleaba conmigo-. ¿Qué derecho tiene usted a juzgar mi conducta?

Me miró con una especie de sorpresa incierta.

-¿Es que he juzgado yo su conducta?

-Así es.

-Pues tal vez. estuviera pensando que si hubiera detectado usted mi chifladura a tiempo, a tiempo podría haberle puesto coto. ¡No! -exclamó sin darme tiempo a contestarle-. ¡Nada podría haberle puesto coto! Y nada habrá de curarla, nada, salvo mi muerte. Tratemos de llegar a un acuerdo. Yo le pido perdón si la he ofendido. Querría considerar con justicia su conducta. ¿Tratará usted de ver con justicia la mía?

Me esforcé a fondo en adoptar ese punto de vista. Aunque lamentaba su manera de hablarme, en secreto y no obstante seguía teniendo un gran afecto por él, tal como he confesado antes. Sin embargo, no podía apartar de mi pensamiento que hubiese tratado de llamar la atención de Lucilla cuando ésta abrió por fin los ojos el mismo día en que puso a prueba su vista; no podía olvidar que esa misma mañana había cometido la impostura de hacerse pasar por Oscar ante ella, ni tampoco que había soportado que su hermano se marchase con el corazón partido a un exilio voluntario, lejos de todo y de todas las personas que más amaba. ¡No! Podía tenerle un gran afecto, pero no podía contemplar con justicia su conducta. Me senté y no dije nada.

Regresó a la cuestión que más nos importaba, aunque cuando tomó de nuevo la palabra me trató con la debida cortesía. A pesar de todo ello, con lo que dijo entonces me alarmó más incluso de lo que me había alarmado con anterioridad.

-Le repito lo que ya le he dicho -anunció-. Ya no soy responsable de mis actos. Si algo sé acerca de mí, es que en el futuro no servirá de nada confiar en mí. Ahora que todavía soy capaz de decir la verdad, permítame decírsela. Al margen de lo que pueda ocurrir más adelante, recuerde esto: he intentado con toda sinceridad confesárselo esta noche.

-¡Basta! -grité-. No comprendo su temeraria manera de hablar. ¡Un hombre es responsable de sus actos!

Me hizo callar con un gesto de impaciencia.

-Opine usted como quiera; no seré yo quien le dispute su opinión. Ya lo verá usted, ya lo verá. Madame Pratolungo, el día en que tuvimos aquella conversación en el invernadero de la rectoría marca una fecha memorable en mi calendario personal. Mi última pugna sincera por ser fiel a mi pobre Oscar terminó aquel día. Los esfuerzos que he hecho desde entonces apenas han sido poco más que simples brotes de desesperación. En modo alguno me han ayudado a defenderme de la pasión que ha acabado siendo el único sentimiento y la única desdicha que hay en mi vida. No hablemos de resistencia. Toda resistencia termina cuando se llega a cierto punto. Desde el momento al que me refiero, mi resistencia alcanzo su límite. Ya me ha oído usted, ya sabe cómo luché contra la tentación durante todo el tiempo que pude resistirme. Tan sólo me queda por decirle cómo he terminado por ceder a ella.

La temeridad y la desvergüenza con que dijo esto me llevó de nuevo a ponerme contra él. Sus perpetuos cambios y las contradicciones me desconcertaban y me irritaban. El mismísimo mercurio parecía menos resbaladizo, menos difícil de atrapar que ese hombre.

-¿Recuerda usted el día -me preguntó- en que Lucilla perdió los estribos y la recibió de forma tan descortés cuando vino usted de visita a Browndown?

Le hice un gesto afirmativo.

-Hace poco decía que he sido un impostor porque, ante ella, me he hecho pasar por Oscar. En aquella ocasión a la que acabo de referirme lo hice por primera vez. Usted estaba presente, y usted me oyó. ¿Se tomó la molestia de preguntarse por qué razones decidí hacerme pasar por mi hermano?

-Por lo que alcanzo a recordar -contesté-, me conformé con lo primero que se me ocurrió. Supuse que se había permitido usted una simple diversión, una travesura a costa de Lucilla.

-No. ¡Me permití ceder a una pasión que me estaba consumiendo! Anhelaba conocer el lujo inmenso de sentirme tocado por ella, de que me tratase con familiaridad, aunque fuese bajo la impresión de que yo era Oscar. Peor aún: quise tratar de comprobar basta qué punto era capaz de imponerme sobre ella, de ver con qué facilidad podría casarme con ella tan sólo con engañarlos a todos ustedes, y llevármela a solas, a otro lugar. El diablo se había apoderado de mí. No sé cómo podría haber terminado aquello si Oscar no hubiera entrado en ese momento, si Lucilla no hubiera tenido el arranque de cólera que tuvo. Me afligió, me asustó, me devolvió a lo mejor de mí mismo. Sin detenerme siquiera a prepararla para ello, empecé rápidamente a hablar de que tal vez pudiera recuperar la vista, pues me pareció la única manera de distraerla de la vileza con que me había aprovechado de su ceguera. Esa noche, madame Pratolungo, sufrí punzadas de reproche y de remordimiento que incluso a usted la hubieran satisfecho. A la próxima ocasión que se me presentó me disculpé sinceramente arrepentido ante Oscar. Le presté todo mi apoyo en defensa de sus intereses, e incluso puse en sus labios las palabras que debía decir a Lucilla...

-¿Cuándo? -le interrumpí-. ¿Dónde? ¿Cómo?

-Cuando se marcharon los dos cirujanos. En la sala de estar de Lucilla.

A raíz de la acalorada discusión sobre si debía someterse de inmediato a la operación o casarse primero con Oscar, para que Grosse aplazara el experimento. ¡De nada sirvió! Usted puso todo el peso de su influencia en el otro platillo de la balanza. Fracasé. De nada sirvió mi esfuerzo. Había hecho lo que en efecto hice por pura desesperación, impulsivamente. No podía durar. Cuando volvió a rondarme la tentación, me conduje como un sinvergüenza... tal como diría usted.

-Yo no he dicho nada -repuse de modo cortante.

-Muy bien. En tal caso, tal como pensaría usted. ¿Sospechó de mí cuando ayer nos encontramos en el pueblo? En esa ocasión, sus ojos sin duda tuvieron que verme con claridad.

Respondí en silencio, mediante una inclinación de la cabeza. No tenía el menor deseo de dejarme arrastrar a otra pelea. Por mucho que me doliera su manera de poner a prueba mi resistencia, traté, en defensa de Lucilla, de seguir con él en términos amistosos.

-Disimuló usted magníficamente -siguió diciendo- cuando intenté averiguar si me había descubierto usted o no. A ustedes las personas virtuosas tampoco se les da nada mal el engaño, si es que el engaño se ajusta a sus propios intereses. No será preciso decirle cuál fue la tentación que tuve ayer. La primera mirada de sus ojos cuando los abrió al mundo; la primera luz del amor y el alborozo que se derramó sobre su rostro celestial... ¡Qué locura, esperar que yo dejara que esa mirada recayese en otro hombre, que esa luz se mostrase a otros ojos! Ningún ser vivo, adorándola como la adoraba yo, habría actuado de otra manera. Podría haberme hincado de rodillas y venerado a Grosse cuando me propuso con toda su inocencia que ocupase dentro de la habitación precisamente el lugar que estaba decidido a ocupar. ¡Y usted se dio cuenta de lo que yo tenía en mente! Usted hizo todo lo que pudo, y debo decir que me parece admirable por su parte, para derrotarme. ¡Ah, ustedes, las personas de gran rectitud, pueden ser tan sibilinas en sus recursos, a la vista de un golpe de astucia, como los peores de nosotros! Ya vio usted cómo terminó todo. La fortuna siguió estando de mi parte en el último momento; la fortuna puede iluminar por igual, como el sol, a los justos y a los pecadores. ¡Fui yo quien gozó de la primera mirada de sus ojos! ¡Fui yo quien recibió la primera luz del amor y el alborozo que se derramó sobre mí! ¡He tenido sus brazos a mi alrededor, he tenido su pecho contra el mío...

Ya no pude resistir más.

-¡Abra la puerta! -dije-. ¡Me avergüenzo de estar en la misma sala que usted!

-No me extraña en absoluto -respondió-. Bien puede usted avergonzarse de mí, porque yo mismo me doy vergüenza.

No había ni rastro de cinismo en su tono de voz, no había la menor insolencia en su talante. El mismo hombre que acababa de vanagloriarse de forma tan abominable en su victoria sobre la inocencia y el infortunio, de pronto habló con todas las trazas de ser un hombre sinceramente avergonzado de sí mismo. Si pudiera haberme convencido de que se burlaba de mí, o de que había caído en la tentación de la hipocresía, al menos habría sabido qué hacer. Sin embargo, vuelvo a decirlo: por imposible que pueda

Librodot

parecer, estaba genuinamente arrepentido de lo que había dicho y en el mismo instante en que lo había dicho. Con toda mi experiencia del ser humano en general, con toda mi práctica en el trato con extraños personajes, me quedé a mitad de camino entre Nugent y la puerta cerrada, completamente perpleja.

-¿Es que no me cree? -preguntó

-No le entiendo -contesté.

Sacó del bolsillo la llave de la puerta y la depositó sobre la mesa, junto a la silla de la que yo acababa de levantarme.

-¡Es que pierdo la cabeza cuando hablo de ella o cuando pienso en ella! -siguió diciendo-. Daría todo cuanto poseo por no haber dicho lo que acabo de decir. No hay expresión que pueda usted emplear y que sea demasiado fuerte para condenarlo. Esas palabras brotan de mí a borbotones: si Lucilla misma hubiera estado presente, tampoco habría sido capaz de dominarme y de acallarlas. Váyase, váyase si quiere. No tengo el menor derecho a obligarla a seguir aquí tras haberme comportado de esta manera. Ahí tiene la llave, a su entera disposición. Tan sólo piense, antes de marcharse, que venía a proponerme algo cuando llegó. Tal vez todavía pueda influir en mí; tal vez consiga sonrojarme y avergonzarme, tal vez logre que me comporte como un hombre de honor. Haga lo que le plazca. De usted depende.

¿Y quién era yo, me dije? ¿Una buena cristiana o una idiota despreciable? Volví una vez. más a mi silla, decidida a concederle la última oportunidad.

-Es muy, amable -dijo-. Usted me da ánimos; sabe hacerme comprender que vale la pena intentarlo una vez más, aunque sea en mi caso. Ayer mismo tuve en esta sala un impulso de generosidad. Podría haber sido algo más que un simple impulso si no se hubiera interpuesto en mi camino una nueva tentación.

-¿Qué tentación? -pregunté.

-Se lo ha dicho Oscar en su carta. Oscar mismo fue quien puso la tentación en mi camino. Debe haberla visto usted.

-Yo no he visto nada semejante.

-¿No le dice acaso que me brindé a marcharme de Dimchurch para siempre? Lo dije en serio. Vi la desdicha en la cara de mi pobre hermano cuando Grosse y yo acompañábamos a Lucilla al salir de la estancia. Lo dije en serio, se lo digo de todo corazón. Si él me hubiera estrechado la mano y me hubiera dicho adiós, yo me habría marchado para siempre. Pero no quiso darme la mano. Insistió en pensarlo a solas. Volvió resuelto a sacrificarse...

-Y aceptó usted su sacrificio.

-Porque él me tentó.

-¿Que él lo tentó?

-¡Sí! ¿Cómo va a llamarlo, si no? ¡Si se ofreció a dejarme entera libertad para defender mi causa con Lucilla! ¿Cómo quiere llamarlo, si me mostró una vida futura al lado de Lucilla? Pobre, querido, generoso hermano: me tentó a quedarme cuando más debiera haberme apremiado a que me fuese. ¿Cómo iba a plantarle resistencia? Culpe, si quiere, a la pasión que me tiene dominado en cuerpo y alma, pero no me culpe a mí.

Librodot

Contemplé el libro que había sobre la mesa, el libro que estaba leyendo cuando llegué a la sala. Sus confidencias y sofismas no eran más que las enseñanzas de Rousseau transmitidas de segunda mano. ¡Muy bien! Si él hablaba como un falso Rousseau, no me quedaría más remedio que hablar como una genuina Pratolungo. Me solté. Estaba de un humor perfecto para soltarme sin trabas ni cortapisas de ninguna clase.

-¿Cómo es posible que un hombre tan inteligente como usted se imponga semejantes falacias? -dije-. ¿Su futuro al lado de Lucilla? Usted no tiene con Lucilla más futuro que uno en el que causa rubor pensar. Suponga usted que se casara con ella, cosa que jamás hará, jamás, al menos mientras yo siga con vida. ¡Santo cielo, qué desdicha de vida llevarían ustedes dos! Usted ama a su hermano. ¿De veras ha pensado que podría gozar de un solo instante de paz con esa reflexión perpetuamente presente en su ánimo? «He engañado a Oscar para arrebatarle a la mujer a la que amaba; he echado su vida a perder; le he destrozado el corazón.» Ni siquiera sería usted capaz de mirarla, y mucho menos de dirigirle la palabra; tampoco podría rozarla sin sentir la amargura de ese horrible reproche. ¿Y ella? ¿Qué clase de esposa sería ella cuando supiera cómo la había conquistado usted? No sé a cuál de los dos detestaría más Lucilla, si a usted o a sí misma. No podría ver pasar por la calle a un solo hombre sin albergar el mismo pensamiento: «Me pregunto si alguna vez habrá cometido una vileza como la que ha cometido mi marido». Todas las mujeres casadas a las que conociera la pondrían enferma de pura envidia y de pesar. «Al margen de los defectos que pueda tener, su marido no la ha conquistado a ella tal como el mío me conquistó a mí.» ¿Feliz, usted? ¿Soportable, su vida conyugal? ¡Vamos, por favor! He ahorrado unas cuantas libras desde que estoy con Lucilla, y le apuesto todo lo que poseo a que ustedes dos se separarían de mutuo acuerdo antes de pasar ni siquiera seis meses como marido y mujer. Dígame: ¿qué va a hacer? ¿Se va a marchar al continente o se va a quedar aquí? ¿Va a hacer que vuelva Oscar, como un hombre de honor, o va a permitir que no vuelva y va a caer usted en desgracia para siempre?

Le centellearon los ojos, cambió de color. Se puso en pie de un brinco y abrió la puerta. ¿Qué pretendía hacer? ¿Marcharse al continente o expulsarme de la casa?

Llamó al criado.

-¡James!

-¿Señor?

-Recoja la casa cuando madame Pratolungo y yo nos hayamos marchado. Yo no regresaré.

-¡Señor!

-Haga mi equipaje y envíemelo mañana sin falta al hotel Nagle de Londres.

Cerró de nuevo la puerta v se encaminó hacia mí.

-Se negó usted a darme la mano al llegar -dijo-. ¿Tendrá ahora la bondad de estrechármela? Me voy de Browndown en cuanto se vaya usted, y no pienso volver hasta que pueda traer a Oscar conmigo.

-¡Le doy las dos manos! -exclamé, y se las tendí. No pude decir nada

más. Tan sólo pude preguntarme si estaba despierta o dormida, si estaba en condiciones de ingresar en un sanatorio o en condiciones de marchar.

-¡Vamos! -dijo-. La acompañaré hasta la cancela de la rectoría.

-Esta noche no podrá irse -le respondí-. Hace varias horas que partió el último tren.

-¡Sí que puedo! Puedo ir caminando a Brighton y tomar allí una habitación para viajar a Londres mañana por la mañana. No hay nada que pueda animarme a quedarme una sola noche más en Browndown. ¡Alto! Una pregunta antes de que apague la luz.

-¿De qué se trata?

-¿Intentó encontrar el paradero de Oscar cuando estuvo hoy en Londres?

-Fui a ver a un abogado e hice todo lo posible, pero...

-Tenga mi agenda. Escríbame su nombre y dirección.

Se los anoté. Apagó la lámpara y me acompañó al pasillo. Allí estaba el criado, perplejo.

-Buenas noches, James. Me voy a buscar a tu señor para devolverlo a Browndown.

Con esta sencilla explicación, tomó el bastón y el sombrero y me dio el brazo. Acto seguido salimos al valle oscuro, camino del pueblo.

Por el camino de vuelta a la casa rectoral habló con febril volubilidad, muy excitado. Evitando la más mínima referencia al asunto del que habíamos hablado durante nuestra extraña y tempestuosa entrevista, volvió con una confianza en sí mismo multiplicada por diez y con su jactancia de antaño a las grandes hazañas que iba a realizar en calidad de pintor. Habló de la misión que lo llamaba a reconciliar a la humanidad con el arte, habló de la soberbia escala a la que se proponía interpretar el paisaje para paliar los sufrimientos de la humanidad, de la necesidad primordial de considerarle no va un simple pintor, sino un gran consolador por medio del arte. Volví a oírselo decir todo una vez más, aunque lo dijo para tratar de satisfacerme sobre sus perspectivas y sus ocupaciones en el futuro. Sólo cuando nos detuvimos ante la cancela de la rectoría hizo mención de lo que habíamos hablado, e incluso entonces tocó el asunto de la manera más breve posible.

-¿Y bien? -dijo-. ¿He recuperado el respeto que me tenía antes? ¿Cree usted que hay alguna faceta positiva en el carácter de Nugent Dubourg? El hombre es un animal complejo. Y usted es una mujer como no hay otra entre diez mil. Deme un beso.

Me beso a la usanza extranjera, en ambas mejillas.

-Ahora, ¡en busca de Oscar! -gritó con buen ánimo. Agitó su sombrero y desapareció en la oscuridad. Me quedé delante de la cancela hasta que el último ruido de sus pasos dejó de oírse, tragado por el silencio de la noche.

Una indescriptible sensación de depresión se adueñó de mi ánimo. De nuevo comencé a dudar de él, nada más estar a solas.

«¿Es que habrá de llegar un día -me pregunté- en que haya que volver a hacer todo lo que he hecho esta noche?»

Abrí la puerta de la cancela, y el señor Finch me interceptó antes de que pudiera dar la vuelta hasta la entrada de nuestra ala. Alzaba ante mí, con un solemne gesto de triunfo, un manuscrito de muchas páginas.

-Esta es mi carta -dijo-. Una carta de cristiana reconvención para Nugent Dubourg.

-Nugent Dubourg se ha ausentado de Dimchurch.

Con esta respuesta, comuniqué al rector cómo había concluido mi visita a Browndown en tan pocas palabras como me fue posible.

El señor Finch se quedó mirando su carta. ¿Todas aquellas páginas de consumada elocuencia escritas en balde? ¡No! A la luz de las cosas, eso era imposible.

-Ha hecho usted muy bien, madame Pratolungo -comentó con enorme condescendencia-. Muy bien, desde luego, teniendo en cuenta todo el asunto. Sin embargo, no creo que fuese muy sabio por mi parte destruir esto. -Con gran cuidado guardó su manuscrito y me contempló con una misteriosa sonrisa en los labios-. Me atrevo a pensar -dijo el señor Finch con burlona humildad- que mi carta vendrá muy a cuento. No permita que yo la desanime en lo que se refiere a Nugent Dubourg. Permítame decir tan sólo que... ¿es digno de confianza?

Aquello lo dijo un idiota: jamás lo habría llegado a decir nadie si él no hubiera escrito su maravillosa carta. Sin embargo, su pronunciamiento fue un eco, y dolorosamente fiel, por cierto, de las premoniciones que en secreto pesaban en esos momentos sobre mi ánimo; más aún, eran mi eco de las premoniciones que Nugent tenía en su espíritu, de las dudas que tenía de sí mismo tal como él mismo me confesó. Di las buenas noches al rector y subí la escalera.

Lucilla estaba acostada y dormida cuando abrí la puerta de su habitación sin hacer ruido.

Tras contemplar un rato su adorable y apacible rostro, me vi obligada a marcharme. Ya era hora de que la dejara a solas, pues sólo verle la cara me deprimía aún más. Cuando la miré por última vez antes de cerrar la puerta, la ominosa pregunta del señor Finch volvió a resonar en mis oídos.

Muy a mi pesar, me dije: «¿Es de veras digno de confianza?».

Librodot

CAPITULO XXXIX

Lucilla aprende a ver

A la mañana siguiente me rondaron ciertas reflexiones que no fueron precisamente bienvenidas. En la posición en que me encontraba respecto a Lucilla había algo que me producía un grave azoramiento, un elemento que no se me había manifestado cuando Nugent y yo nos despedimos en la cancela de la rectoría.

Browndown estaba desierto. En ausencia de los dos hermanos, ¿qué iba a decirle yo a Lucilla cuando el falso Oscar no se presentara a la cita que tenía con ella aquel mismo día?

¡En qué laberinto de mentiras nos había metido a todos aquella primera y fatal omisión de la verdad! Nos habíamos visto arrastrados a un engaño tras otro, y un desastre tras otro había sido el justo resultado: y, ahora que me veía en la obligación de lidiar a solas con las durísimas necesidades de nuestra situación, no me quedaba al parecer más remedio que seguir engañando a Lucilla. Estaba harta y avergonzada de todo ello. A la hora del desayuno me, negué a tratar más el asunto, no sin antes haber averiguado que Lucilla no contaba con recibir a su visita hasta la tarde. Después del desayuno pasamos un rato tocando el piano. Cuando ella se cansó de la música y comenzó de nuevo a hablar de Oscar, me puse el sombrero y me impuse un encargo de índole doméstica (de los que por lo común se confiaban a Zillah) con el único propósito de salir de la casa y de aplazar hasta el último instante la odiosa necesidad de seguir diciendo mentiras. El tiempo estuvo de mi parte. Amenazaba lluvia, y por ese motivo se abstuvo Lucilla de, acompañarme,

El recado me llevó hasta una granja que se encontraba por el camino de Brighton. Después prolongué mi paseo aunque ya empezaba a llover. No llevaba ninguna prenda que pudiera estropearse, y en mi estado de ánimo prefería de lejos un vestido mojado que volver en seguida a la casa rectoral.

Tras haber recorrido una milla, la soledad del camino se alivió gracias a la inesperada aparición de un carruaje abierto que procedía de Brighton. Llevaba echada la capota para proteger de la lluvia al pasajero. Este se asomó al cruzarse conmigo e hizo que se detuviera el carruaje poco más allá, con un grito que reconocí al instante, pues era la inconfundible voz de Grosse. Nuestro galante oculista insistió, a la vista del mal tiempo, en que me refugiara inmediatamente a su lado para regresar con él a la casa.

-Qué inesperado placer -dije-. Pensé que había usted dispuesto que no vería a Lucilla hasta el fin de semana.

Grosse me fulminó con su mirada a través de las lentes, con una dignidad y una seriedad propias incluso del mismísimo señor Finch.

-¿Quiere que le diga una cosa? -dijo-. Aquí tiene usted, a su lados, a un cirujano óptico perdido del todo. Pronto he de morir. Y que pongan en mi lápidas, a usted se lo pido, que la enfermedad que mató a este hombres alemán fue... la adorable señorita Finch. Cuando estoy lejos de ella, le ruego que me comprenda, que mucho es lo que lo necesito, me pongo a sudar de angustia por la joven señorita. Esa especie de metomentodos v arreglaentuertos de los dos hermanos de ustedes son como una perpetua ampollas que me hubiera salido en la mente. En vez de roncar en paz la

Librodot

noche enteras en mi grata cama de Inglaterra, me pongo a dar vueltas y revueltas despiertos por completo, preocupado por la señorita Finch. Aquí me tiene hoy, antes de tiempo, y ¿por qué? ¿Por probar sus ojos, pensará usted? Mi buina señora, nada de esos. No son sus ojos los que me preocupan. Sus ojos saldrán con bien. Es usted y los demás de este sitio de la casa rectoral. Me ponen ustedes nervioso, ansioso por mi pacientes. Mucho me temo que alguno de ustedes dejen que esos dos metomentodos de los dos hermanos encuentren maneras de llegar a sus bellos oídos, y que le pongan del revés su linda cabecita cuando no esté yo cerca para evitarlo. ¿La van a dejar ustedes cómoda y en paz otros dos meses más? *Ach, Gott*! Si al menos pudiera estar bien seguros de eso, podría dejar que esos débiles ojos que tiene se curasen por sí solos, y volvería así a Londres sin otro quehacer.

Tenía yo la intención de recriminarle muy en serio el haber llevado a Lucilla a Browndown. Después de lo que me había dicho me di cuenta de que sería inútil intentar nada por el estilo, e incluso pensé que sería doblemente inútil albergar la esperanza de que me permitiera salir de mis dificultades diciéndole a ella la verdad.

-Usted es, claro está, el mejor juez -dije-, pero no tiene usted ni idea de lo que cuestan esas precauciones suyas a los infortunados que tienen la obligación de ponerlas en práctica.

Me miró un tanto irritado al oír estas palabras.

-Ya juzgará usted por sí misma -dijo- si vale o no la pena, cuestes lo que cuestes. Si el estados de sus ojos me satisface, la señorita Finch aprenderá hoy mismo a ver. Usted estará con nosotros, obstinada mujer, y juzgará por sí misma si conviene añadir sobresaltos y agitaciones al agotamiento y a la irritabilidad y al desconcierto que ha de padecer nuestra pobre señorita antes de aprender a ver, después de haber sido ciega durante toda su vida. Ahora basta ya de discusiones, vayamos a la casa rectoral. -Para cambiar de conversación, me hizo una pregunta a la que me pareció necesario responder con cautela-. ¿cómo está mi buen muchacho, mi brillante e inteligente Nugent? -inquirió.

-Muy bien.

Me callé, pues no estaba ni mucho menos segura del terreno que iba a pisar.

-¡Ojo a lo que le digo! -siguió diciendo Grosse-. Mi brillante Nugent sabe tenerla tranquila y cómoda. Mi brillante Nugent vale lo que el restos de ustedes todos juntos. Insisto en que siga visitando a la joven señorita en la casa rectoral a pesar de lo que diga ese saco hinchado de palabra que es el padre de la señorita Finch. Digo completamente en serio que Nugent ha de seguir yendo a la casa.

Ya no tenía remedio la cosa. Me vi obligada a decirle que Nugent se había marchado de Browndown, que yo era precisamente la persona que le había obligado a partir.

Por un momento llegué a pensar en serio que el gran cirujano iba a utilizar su hábil mano para darme un buen tirón de orejas. No hay perversión gramatical que pueda dar buena cuenta de la complejísima jerga anglo-alemana con que vertió su furia sobre mi maltrecha cabeza. Baste con decir que a su juicio era de vital importancia la suplantación de Oscar por

Librodot

parte de Nugent, al menos mientras Oscar estuviera ausente, con vistas al éxito del tratamiento que pensaba administrar a la sensible e incluso excitable paciente que habíamos puesto bajo sus cuidados. En vano traté de asegurarle que el objeto de Nugent al abandonar Dimchurch era precisamente arreglar las cosas trayendo de nuevo a su hermano. Grosse se negó de plano a dejarse influir por ninguna consideración especulativa de semejante índole. Dijo (y juró en arameo) que mis intromisiones habían acabado interponiendo un gravísimo obstáculo en su camino, y que tan sólo la ternura y el respeto que Lucilla le merecía le impedían dar al cochero la orden de volver por donde había venido y dejar que nos las apañásemos por nuestra cuenta como mejor supiéramos.

Cuando llegamos a la cancela de la rectoría se había sosegado un poco. Mientras cruzábamos el jardín, le recordé que yo había jurado que estaría presente cuando le fuera retirado el vendaje.

-¡Mucho cuidado! -dijo-. Ahora verá usted si es buino o es malo decirle que ha estrechado con sus bellos y blancos brazos al hermano que no era. Ya me dirá usted después si de veras se atreve usted a decirle, con toda sencillez y en un inglés bien claro, que «Carazul es su hombre».

Nos encontramos a Lucilla en la sala de estar. Grosse le informó sucintamente de que no tenía mayores ocupaciones pendientes en Londres y de que por eso mismo había decidido adelantar el día de su visita.

-Cualquiera tiene ganas de hacer algo, querida mía, en un día de lluvia tan molesta y tan mojada. A ver, enséñele a papá Grosse qué sabe hacer con sus ojos ahora que de nuevos los tiene a su disposición. -Dichas estas palabras, desató el vendaje y, tomándola por el mentón, le examinó los ojos primero sin ayuda de su lupa, luego con ella.

-¿Voy por buen camino? -preguntó Lucilla con suma ansiedad.

-¡Excepcionalmente bien! Va usted, como dicen mis amigos de América, de primera. Ahora haga uso de sus ojos. Dedique una amorosa mirada al buino de Grosse antes que nada. A ver... ¡Vea, vea! ¡Vea!

No habría sido posible confundir con otra cosa el tono en que le habló. No sólo estaba satisfecho con sus ojos: se sentía triunfal.

-¡Buino! -gruñó volviéndose hacia mí-. ;¿Por qué no andará por aquí el señor Sebrights para echarle a esto un vistazos, eh?

Me aproximé anhelante a Lucilla. Todavía se notaba cierta veladura en sus ojos. También me fijé en que se le movían inquietos de un lado a otro, sin descanso y, en ocasiones, incluso de manera desatinada. Sin embargo, ¡qué brillantez! ¡Qué cambio! ¡Ya se notaba en ella la vida nueva de la belleza, que ese nuevo sentido le acababa de otorgar! Su sonrisa, siempre tan encantadora, había adquirido una nueva luminosidad en sus labios, y extendía toda su grácil fascinación sobre su rostro. Era imposible no sentir el deseo de besarla. Me adelanté para felicitarla, para abrazarla. Grosse dio un paso al frente y me detuvo.

-No -dijo-. Vaya hasta el otro extremo de la habitación, a ver si es capaz de ir hasta donde usted esté.

Al igual que cualquier otra persona, por no saber del asunto más que lo poco que sabía, yo no tenía ni idea del penoso desvalimiento con que trata de reafirmarse el sentido de la vista cuando lo acaba de recobrar una

Librodot

persona que ha sido ciega durante toda su vida. En tales situaciones, el esfuerzo de los ojos que tratan de aprender a ver es parecido al esfuerzo de las extremidades en un niño que aprende poco a poco a dar sus primeros pasos. De no haber sido por la curiosa forma de hablar que tenía Grosse, la escena de la que estaba a punto de ser testigo habría sido sumamente dolorosa de contemplar. Mi pobre Lucilla, en vez de colmarme de alegría, tal como yo supuse, podría haberme partido el alma y hecho llorar de amargura.

-¡Ahora! -dijo Grosse mientras ponía una mano sobre el brazo de Lucilla y me señalaba a mí con la otra-. Ahí está. ¿Puede dirigirse hacia ella?

-¡Pues claro que puedo!

-¡Le apuesto lo que quiera a que no! Dieces de mil libras contra una moneda de a seis peniques. ¡Vamos, vamos! ¡Inténtelo!

Lucilla respondió con un gesto desafiante y dio tres apresurados pasos al frente. Desconcertada y aterrada, se detuvo de golpe al tercer paso, antes de haber recorrido ni siquiera la mitad del camino que la separaba de mí.

-Pero si la he visto y estaba aquí -dijo señalando al suelo, al punto mismo en que ella se encontraba, y apelando a la compasión de Grosse-. La vuelvo a ver ahora... ¡y no sé dónde está! Está tan cerca que tengo la sensación de que me toca los ojos, y sin embargo... -dio otro paso mas y aferró con ambas manos el aire-, sin embargo, no consigo acercarme lo suficiente para tocarla. ¡Oh! ¿Qué será esto? ¿Qué puede ser?

-Es sencillo. Significa... que le toca pagarme los seis peniques -dijo Grosse-. ¡He ganado la apuesta!

A Lucilla le dolió que él se riera de ese modo, y lo manifestó con una obstinada sacudida de cabeza y los labios fruncidos en señal de enojo.

-Espere un poco -dijo-. No me va a ganar con tanta facilidad. ¡Todavía he de alcanzarla!

En un momento más vino derecha hacia mí... con la misma facilidad con que podría haber llegado yo hasta ella sólo con intentarlo.

-¡Otra apuesta! -grito Grosse, que seguía detrás de ella y se dirigía obviamente a mí-. Veintes de mil libras esta vez contra cuatro peniques de nada. Ha cerrado los ojos para llegar hasta usted. ¡Eh! ¿Que no?

¡Era cierto! ¡Se había cegado a propósito! Con los ojos cerrados era capaz de medir con toda exactitud la distancia que, con los ojos abiertos, era manifiestamente incapaz de calcular. En vista de que los dos lo habíamos detectado, la pobrecilla se sentó con un suspiro de desesperación.

-¿Y ha valido la pena -me dijo con tristeza- sufrir la operación para llegar a esto?

Grosse se reunió con nosotras al otro extremo de la sala.

-Cada cosa a su debido tiempo -dijo-. Paciencia, tenga paciencia y ya verá cómo esos desvalidos ojos que tiene usted han de aprenderlo todo. ¡Buino! Ahora mismo pienso empezar a enseñarles. Usted tiene sus propios conceptos, ¿verdad?, sobre tal y cual color. Cuando estaba usted ciega, ¿cuáles pensaba usted que serían sus colores preferidos, en el supuesto de que pudiera ver? Dígamelo, vamos.

-Primero el blanco -contestó-. Luego, el escarlata.

Grosse se paró a pensar.

-El blanco lo entiendo, claro -dijo-. El blanco es el color preferido de cualquier, joven señorita. Pero... ¿y el escarlata? ¿Es que acertaba a ver los escarlatas cuando estaba ciega?

-Casi -contesto Lucilla-. Si eran suficientemente brillantes... A veces tenía la sensación de que algo pasaba ante mis ojos cuando me enseñaban un objeto escarlata.

-En estos casos de cataratas es constantemente el escarlata el que están a punto de ver. Tiene que haber un razón de esto -musitó Grosse para sí-, y, yo le pienso encontrar. -Prosiguió haciendo preguntas a Lucilla-. ¿Y el color que más detesta... cuál es?

-El negro.

Grosse asintió con un gesto.

-Ya me lo parecía -dijo-. Siempre detestan el negro. Y de éste también tiene que haber un razón... Y yo he de encontrarle.

Una vez expresada esta resolución, se aproximó al escritorio y sacó una hoja de papel de uno de los cajones, así como un secante semicircular de tela roja que estaba sobre la bandeja. Después, miró a su alrededor, volvió contoneándose hasta el otro extremo de la sala y agarró el sombrero de fieltro negro con que había hecho el viaje desde Londres. Puso en fila el sombrero, el papel y el secante. Antes de hacerle la siguiente pregunta, Lucilla señaló el sombrero con un gesto de desagrado.

-Quite eso de ahí dijo-. No me gusta.

Grosse me hizo callar sin darme tiempo a decir nada.

-Espere un poco -me dijo al oído-. No es tan maravilloso como usted cree. Todos estos ciegos, cuando ven por primera vez, tienen todos el mismo odios por las cosas oscuras. -Se volvió a Lucilla-. A ver -le dijo-. Está su color favoritos entre estos tres objetos?

Lucilla pasó por delante del sombrero con gesto de desprecio; miró el secante, lo tomó y lo dejó donde estaba; miró la hoja de papel, la cogió con la mano, titubeó... y volvió a cerrar los ojos.

-¡No! -exclamó Grosse-. No lo pienso tolerar. ¿Cómo se atreve a cerrar los ojos en mi presencia? ¿Cómo se puede? Yo le devuelvo la vista y usted me cierra los ojos. Ábralos... o la pondré en un rincón, cara a la pared, como se hace con las niñas que no se portan bien. ¡Sus colores favoritos! ¡Venga, venga, venga!

Lucilla abrió los ojos muy de mala gana y de nuevo miró el secante y la hoja de papel.

-Aquí no veo nada que de veras brille tanto como mis colores favoritos -dijo.

Grosse alzó la hoja de papel e insistió sin misericordia.

-¿Qué? ¿Es que es más blanco que esto?

-¡Cincuenta mil veces más blanco!

-Buino. ¡Ahora, atención! Esta hoja de papel es blanca. -Cogió el pañuelo que llevaba en el bolsillo de su propio vestido-. Este pañuelo también es blanco. Son blanquísimos los dos. Primera lección, pues, mi

Librodot

querida señorita. Aquí tengo en mis propias manos sus colores favoritos cuando usted estaba ciega.

-¡Eso! -exclamó Lucilla mientras señalaba el pañuelo y la hoja de papel, con un gesto de completa decepción. El los dejó sobre la mesa. Ella volvió a acariciar el secante y el sombrero y se volvió para mirarme. Grosse, que estaba a la espera de ensayar todavía otro experimento, dejó que fuera yo quien le respondiese. En uno y otro caso, el resultado había sido el mismo, igual que en el caso de la hoja de papel y el pañuelo. El escarlata no era ni la mitad de rojo y el negro ni la centésima parte de negro de lo que su imaginación le había llevado a suponer en los tiempos en que estuvo ciega. Sin embargo, en lo referente a este último color (el negro), sintió ciertos motivos para arrimarse. Le había afectado de forma desagradable (tal como le había afectado la visión de la cara del pobre Oscar), aunque en realidad no lo hubiera identificado con el color que tanto le repugnaba. Hizo un esfuerzo, la pobrecilla, por reafirmarse en contra del inmisericorde cirujano v maestro-. ¡Pero si lo odié nada más verlo!

Mientras lo dijo, trató de arrojar el sombrero a una silla que estaba junto a ella, pero lo arrojó en cambio muy por encima del respaldo, contra la pared, a más de un metro y medio del lugar al que había apuntado.

-¡Soy una boba sin remedio! -exclamó. Se puso roja como la grana de pura mortificación-. ¡No dejen que Oscar me vea! ¡No soporto siquiera la idea de ponerme en ridículo delante de él! Y ya viene... -añadió a la vez que se volvía hacia mí para implorarme-. Invéntese alguna excusa para que no me vea hasta más avanzado el día.

Le prometí que encontraría una excusa, tanto más a mi favor, pues vi de pronto una inesperada ocasión para tratar de reconciliarla en cierta medida (al menos mientras estuviera aprendiendo a ver) con el vacío que se había producido en su vida a raíz de la ausencia de Oscar.

De nuevo se dirigió a Grosse.

-¡Prosiga! -dijo con impaciencia-. Enséñeme a dejar, de ser una idiota... o póngame de nuevo el vendaje y hágame ciega de nuevo. ¡Mis ojos no me valen de nada! ¿Me oye? -exclamó furiosa, sujetándole por sus anchos hombros y zarandeándolo con todas sus fuerzas-. ¡Mis ojos no me valen de nada!

-¡Basta, basta! -exclamó Grosse-. Si no mantiene la calma, pequeña escupefuegos, no le voy a enseñar nada. -Tomó la hoja de papel y el secante y, obligándola a sentarse, colocó muy juntos ambos objetos sobre su regazo-. ¿Sabe usted una cosa? -prosiguió-. ¿Sabe usted qué quiere decir cuando se dice que un objeto es cuadrados, o cuando se dice que es redondos?

En vez de contestarle, apeló indignada a mi opinión.

-¿No es monstruoso -preguntó- oírle hacer semejante pregunta? ¿Que si sé distinguir lo redondo de lo cuadrado? ¡Qué crueldad, qué humillación! ¡No se lo digan a Oscar! ¡No se lo digan a Oscar, por favor!

-Si lo sabe -insistió Grosse-, no tendrá inconveniente en decírmelo. Observe esos dos objetos que tiene en el regazo. ¿Son los dos redondos, o son los dos cuadrados? ¿O acaso es uno redondos y el otro es cuadrados? Mire, mire y dígame.

Ella los observó... y no dijo nada.

Librodot

-¿Y bien? -preguntó Grosse.

-¡Me desconcierta usted ahí de pie y mirándome así, con sus horribles lentes! -dijo ella sumamente irritarla-. ¡Si no me mira, se lo diré inmediatamente!

Grosse se volvió hacia mí con su diabólica sonrisa y me indicó mediante una señal que no la perdiera de vista.

En el mismo instante en que le dio la espalda, Lucilla cerró los ojos y pasó sobre el papel y el secante las yemas de los dedos.

-Uno es redondo y el otro es cuadrado -respondió, y abrió los ojos con astucia, justo a tiempo de aprobar la inspección crítica de Grosse, en el momento en que éste se volvía hacia ella.

Grosse tomó el papel y el secante y se los quitó de las manos; como había entendido a la perfección el engaño, los cambió por un platillo de bronce y un libro.

-¿Cuál es redondos? ¿Y cuál es cuadrados? -preguntó sosteniendo ambos objetos ante ella.

Lucilla miró primero uno y luego el otro, claramente incapaz, con la sola ayuda de sus ojos, de responder a esa pregunta.

-Ya, ya veo que todavía la desconcierto, ¿verdad? -dijo Grosse . Será que no puede cerrar los ojos, mi adorable señorita Finch, mientras yo la estoy mirando. ¿Es eso?

Ella se volvió a poner colorada... y luego pálida. Empecé a temer que comenzara a llorar sin poder contenerse. Grosse la manipuló a la perfección. El tacto de ese áspero, feo, excéntrico caballero de cierta edad, era sin duda el tacto más perfecto que he conocido nunca.

-Cierre los ojos -le dijo para tranquilizarla-. Ésta es la manera adecuada de aprender. Cierre los ojos y coja los objetos con sus manos, y dígame cuál es redondos y cuál es cuadrados, dígamelo a su manera.

Lucilla se lo dijo sin dudar.

-¡Buino! Abra los ojos y vea por sí misma que es el platos lo que tiene en la mano derecha y el libros en la izquierda. ¿Lo ve? ¡Buino otra vez! Déjelos en la mesa. A ver qué vamos a hacer...

-¿Puedo intentar escribir? -preguntó ansiosa-. Me muero de ganas de ver si puedo escribir con los ojos, no con el dedo..

-¡No! ¡Y dieces de mil veces no! Prohíbo la lectura, prohíbo la escritura al menos de momento. Venga conmigo a la ventana. ¿Qué tal le valen esos molestísimos ojos suyos de lejos?

Mientras ensayábamos nuestros experimentos con Lucilla, el tiempo había vuelto a mejorar. Las nubes dejaban pasar el sol; los grandes trechos azules del cielo se iban ensanchando a cada paso; las sombras se desplazaban grandiosas sobre las laderas de las colinas, barridas por el viento. Lucilla levantó las manos admirada, incapaz de hablar, cuando el alemán abrió la ventana y la colocó de cara frente al paisaje.

-¡Oh! -exclamó-. ¡No me digan nada! ¡No me toquen siquiera! ¡Déjenme disfrutarlo! Aquí no hay desilusiones. ¡Nunca jamás había pensado, nunca había soñado siquiera con algo ni la mitad de hermoso!

Grosse me miró y me la señaló en silencio. Se había puesto muy pálida y temblaba de pies a cabeza, abrumada por el éxtasis glorioso ante la belleza espectacular del cielo y de la tierra, que en ese momento se ofrecían a su vista por vez primera. Comprendí qué había querido indicarme el cirujano al señalármela. «Vea -quiso decir-, vea con qué criatura tan delicadamente compuesta hemos de lidiar. ¿Es acaso posible pecar por exceso de cuidado al manejar un temperamento tan sensible como éste?» Comprendiéndole de sobra, yo también me eché a temblar nada más pensar el futuro. Todo dependía de Nugent, y Nugent me había dicho con sus propios labios que ni siquiera él se fiaba de sí mismo.

Fue un gran alivio para mí que Grosse la interrumpiera. Lucilla rogó casi de rodillas que se le permitiera seguir un poco más en la ventana, pero él no accedió. Entonces la muchacha voló al instante al otro extremo.

-Ésta es mi sala de estar y yo soy dueña de mis actos -dijo enojada-. Insisto en hacer lo que me plazca.

Grosse tenía su respuesta preparada.

-Haga usted lo que le plazca; fatigue esos débiles ojos, y mañana, cuando trate de mirar por la ventana, no será capaz de ver nada de nada. -Esta respuesta la aterrorizó y en el acto se avino a razones. Con sus propias manos ayudó a colocarse el vendaje de nuevo.

-¿Puedo volver a mi habitación? -preguntó con la sencillez de una niña-. He visto cosas tan hermosas... que quiero pensar ellas a solas.

El médico concedió el deseo de su paciente. Todo cuanto la indujera a descansar, él sin duda lo veía con buenos ojos.

-Si viene Oscar -me susurró al pasar a mi lado camino de la puerta-, no deje de decírmelo. ¡Y mucho cuidado! No le hable de los errores que he cometido. -Calló un instante, como si estuviera pensando-. No me entiendo -dijo-. Nunca había sido tan feliz, nunca en toda mi vida. ¡Y tengo ganas de llorar! -Se volvió hacia Grosse-. Venga aquí. Hoy ha sido usted muy bueno conmigo. Le voy a dar un beso. -Apoyó levemente arribas manos sobre los hombros, le besó la mejilla arrugada; me dio un pellizco en la cintura... y nos dejó a solas. Grosse se volvió bruscamente hacia la ventana e hizo uso de su enorme pañuelo de seda con un propósito que (mucho me temo) no le había dado desde hacía muchos años.

CAPÍTULO XL

Huellas de Nugent

-¡Madame Pratolungo!

-¿Herr Grosse?

Se guardó el pañuelo en el bolsillo y dio la espalda a la ventana, ya recuperado de su pasajera alteración. Tenia la cajita del rapé en la mano.

-Ahora que lo ha disto con sus propios ojos -dijo, dando un golpe enfático en Ia caja-, ¿se atreverá a decir a esa dulce muchachitas cuál de los dos es el que se ha ido y la ha abandonado para siempre?

No es fácil encontrar el límite de la obstinación de las mujeres, sobre todo si los hombres esperan que sean ellas quienes reconozcan que se han equivocado. Después de lo que había visto ya no me atrevía a decírselo. Igual que él. Lo que sucede es que persistí en mi obstinación y no quise reconocerlo... al menos por el momento

-¡Mucho cuidado! -siguió diciendo-. Cuando me la sacudan con un sustos, o cuando me la acaloren con la rabias, o cuando me la hieran con la penas, todo le afectará por igual a esos débiles ojos que ahora tiene son tan nuevecitos y tan débiles todavía que he de pedirle una vez más que me prepare una cama para pasar aquí la noche, y así veré mañana si no los he forzado mas de la cuentas. Ahora. por última vez se lo pregunto: ¿tiene usted de veras el abominable valor de ir a decirle la verdad?

Por fin había encontrado mi limite Me vi obligada a admitir (por más que de todo corazón me desagradara hacerlo) que por el momento no terna elección, y que a la fuerza debía ocultar misericordiosamente la verdad. Una vez llegué la tal punto, traté de que me aconsejara a continuación la mejor manera de explicarle a Lucilla la ausencia de Oscar. Él se negó (por ser un hombre) a reconocer la menor necesidad de darme (por ser mujer) consejo sobre un asunto que era pura evasiva y pura excusa.

-No he vivido todos estos años en el mundo sin haber aprendido algo -dijo-. Cuando se trata de andar pisando cáscaras de huevos y de contar mentirijillas las mujeres no tienen nada que aprender de los hombres. ¿Le apetece venir conmigo a dar un paseítos por el jardín? Tengo todavía otra cosas que decirle, y tengo hambre y sed al mismo tiempo... de esto.

Me mostró «esto» que resultó ser una pipa. Salimos de la sala y dimos una vuelta por el jardín.

Una vez solazado con la primera bocanada de tabaco, me sobresaltó al anunciarme que temía la intención de llevarse a Lucilla de Dimchurch a una localidad de la costa. Al hacer tal cosa actuaría llevado por dos motivos: primero el motivo médico de fortalecer su físico; segundo el motivo personal de alejarla de todos los descubrimientos dolorosos que así quedarían fuera de su alcance, al igual que las habladurías de la casa rectoral y del mismo pueblo. Grosse tenía en muy baja estima al señor Finch y a su casa. Su desagrado y su desconfianza del rector en particular no tenían límite: tachó al Papa de Dimchurch de mero simio con la lengua larga, y aseguró que tenia la misma capacidad que un mono para hacer travesuras queriendo o sin querer. Ramsgate era la localidad de la costa en la que había pensado. Estaba a una distancia razonable de Dimchurch, y suficientemente cerca de

Librodot

Londres para permitirle visitarla con la debida frecuencia Lo único que necesitaba era mi cooperación en el nuevo plan. Si estaba yo en condiciones de encargarme de cuidar a Lucilla, él en persona hablaría con el simio de la lengua larga. De este modo, podríamos partir hacía Ramsgate antes del fin de semana

¿Había alguna razón que me impidiera llevar a cabo el plan que me propuso?

No, nada me lo impedía. Aparte de Lucilla mí único motivo de preocupación -el bueno de mi padre- llevaba ya algún tiempo felizmente sin darme quebraderos de cabeza. Las cartas de mis hermanas, desde Francia me traían una tras otra las mismas buenas noticias. Mi reverdecido padre había descubierto por fin que ya no estaba en la flor de la edad. Se había resignado y había dejado en manos de los jóvenes, no sin patéticas muestras de pesar todos los asuntos de amoríos y duelos. Asaeteado por las pasiones pasadas este hombre querido e inocente había encontrado un buen puerto donde refugiarse de las espadas, las pistolas y los especímenes del otro sexo en dos actividades tan apacibles como eran coleccionar mariposas y tocar la guitarra. Era completamente libre para dedicarme a Lucilla por entero, y con toda franqueza me alegré de la perspectiva que se abría ante mí. A solas con ella, lejos de la casa rectoral (en donde siempre existiría el peligro de que las habladurías llegaran a sus oídos), podía fiarme de mis recurso, para protegerla de todo el daño en el presente, y para guardarla para Oscar en el futuro De todo corazón accedí al plan que me propuso Grosse. Cuando nos despedimos en el jardín él se dirigió al ala de la casa que ocupaba el rector para anunciarle, en calidad de médico, la decisión que había tomado; yo, por mi parte, volví junto a Lucilla para darle las mejores excusas que pudiera inventar a fin de explicar la ausencia de Oscar y prepararla para nuestra inminente partida de Dimchurch.

-¿Que se ha ido, y sin venir a despedirse? ¡Se ha ido sin escribirme siquiera!

Esta fue su primera impresión cuando hice todo lo posible para explicarle de forma inofensiva la ausencia de Oscar. Tal como había supuesto, había sabido tomar el camino más corto y más simple para salir del paso, y para ello me limité a invertir la verdad. Dicho de otro modo, le dije que Nugent se había metido en algún grave embrollo en el extranjero y que a Oscar lo habían llamado para que acudiera de inmediato en su ayuda, sin más tardanza. En vano traté de recordarle la conocida aversión que tenía Oscar a las despedidas; en vano le expresé que la urgencia del asunto no le había dejado mas alternativa que la de confiarme a mí sus excusas y sus adioses; en vano prometí incluso en su nombre que le escribiría tan pronto tuviera oportunidad de hacerlo. Ella me escuchó sin ninguna convicción. Cuanta más perseverancia ponía yo en tratar de explicársela, mas perseverancia ponla ella en insistir sobre la inexplicable falta de respeto que había cometido Oscar. En cuanto a nuestro próximo viaje a Ramsgate, no logré de ninguna manera interesarla. Al final, desesperada, renuncié.

-Seguramente, Oscar habrá dejado al menos una dirección a la que podré escribirle ¿no es así? -me dijo

Tan sólo pude contestar que, como no estaba seguro de sus movimientos por el extranjero, no pudo de dejarnos una dirección.

Librodot

-Esto es mas irritante de lo que usted se imagina -añadió al poco-. Creo que Oscar tiene miedo de llevar a mi presencia a su desgraciado hermano. Su cara azul me asustó nada más verlo, ya lo sé. Pero lo cierto es que ya lo he superado. Ya no siento en modo alguno el absurdo terror que me inspiraba ese pobre hombre cuando estaba ciega. Ahora que he podido ver por mí misma cómo es, la verdad es que siento mucha pena por él. Quise decírselo a Oscar; quise decirle que incluso podría traer a su hermano a vivir con nosotros si así lo deseaba; quise impedir, como al final ha ocurrido, que se aparte de mí cuando desea estar con su hermano. Me están utilizando ustedes de una manera que se me hace muy difícil del soportar, y tengo mis propias razones para quejarme.

Mientras hablaba de manera tan mortificante, sentí sin embargo cierto consuelo. La piel decolorada de Oscar ya no iba a ser el terrible obstáculo que era hasta entonces, tal como yo temía, en el intento de restablecer su posición ante ella. Yo estaba sumamente necesitada de todo el consuelo que suponía esta reflexión. Por parte de Lucilla no existía una hostilidad abierta hacia mí, pero sí noté una frialdad que me pareció más dolorosa que la hostilidad misma.

A la mañana siguiente desayuné en la cama Y me levanté a mediodía, a tiempo de despedirme de Grosse antes de que regresara a Londres.

Se mostró muy animado en lo relativo a su paciente. Tenía los ojos mucho mejor de lo previsto, a pesar del duro ejercicio a que ha habla sometido el día anterior. El reconfortante aire de Ramsgate era lo que se necesitaba para completar con éxito el resultado de la operación. El señor Finch comenzó a expresar algunas objeciones, todas ellas a raíz de los gastos que entrañaba nuestra marcha. Sin embargo, con una hija que era dueña de sus propios actos y que disponía de su propia fortuna, estas objeciones poco podían importar. Al día siguiente, o dos días después como mucho, debíamos emprender viaje a Ramsgate. Prometí escribir a nuestro buen cirujano tan pronto nos hubiéramos acomodado allí; por su parte, él se comprometía a visitarnos inmediatamente después.

-Que haga uso de sus ojos al menos durante dos horas al día -dijo Grosse al despedirnos-. Que haga con ellos lo que quiera, con la única excepción de hojear un libro o empuñar una pluma, al menos hasta que yo vaya a Ramsgate. Es maravilloso estupendo ver cómo van adelantes esos bellos ojos que tiene. La próxima vez r que vea al buin señor Sebrights. ¡eh! ¡Que aires me daré yo con ese hombre impecables respetables!

Cuando el alemán se marchó y me dejó a solas con Lucilla, pensé con ansiedad cómo pasaría el resto del día.

Con enorme sorpresa por mi parte, no sólo me recibió con las disculpas que me debía por su comportamiento del día anterior, sino que se mostró incluso completamente resignada a la temporal ausencia de Oscar, si bien le dolía no poder contar con su compañía. Fue ella, no yo la que dijo que en el fondo no podía haber escogido momento más oportuno para marcharse, pues todavía se encontraba en la humillante fase en que era incapaz de distinguir entre lo redondo y lo cuadrado. Fue ella, no yo la que acogió el viajecito a Ramsgate como un placentero cambio en su vida, tan aburrida por otra parte, pues ese cambio la ayudaría a sobrellevar mejor la ausencia de Oscar. En breve, si de hecho hubiera recibido carta de Oscar, cosa que

Librodot

habría aliviado sus preocupaciones, sus palabras y su apariencia difícilmente habrían estado en mayor contraste con las palabras y la apariencia del día anterior.

Si no hubiera percibido yo ninguna otra alteración en ella, aparte de esta notable mejoría, mi relato de lo acontecido ese día terminaría aquí, y sería el relato de una felicidad sin tacha.

No obstante, lamento decir que me queda algo poco agradable que añadir. Mientras Lucilla me pedía disculpas, cosa que hizo con la satisfactoria sensatez de la que acabo de dar cuenta, me pareció entrever un curioso y latente azoramiento en su actitud, totalmente distinto a cualquier azoramiento que alguna vez se hubiera interpuesto en nuestra relación. Mas extraño aún me resultó que, a la primera ocasión en que entró Zillah en la estancia, mientras estaba yo en ella, el azoramiento de Lucilla se reflejase (cuando me dirigió la palabra la anciana) en el rostro y en la actitud de la propia nodriza.

Sin embargo, vi con claridad que podía extraer una conclusión de lo que había visto: las dos me estaban ocultando algo, y a las dos les avergonzaba lo que estaban haciendo.

En algún pasaje de estas páginas, y no hace demasiado, he dicho que no soy por naturaleza una mujer que tenga por costumbre sospechar con facilidad de los demás. Por esta misma razón cuando esa .suspicacia se me impone de manera irreprimible -tal como entonces sucedió-, suelo llegar al extremo opuesto. En el caso que nos ocupa, decidí concentrarme en la persona de la que más podía sospechar, con tanta más premura por haber sido tan lenta a la hora de sospechar de él en el pasado. «De un modo u otro -me dije-, Nugent Dubourg está detrás de todo esto.»

¿Acaso estaba comunicándose con ella en privado, en nombre de Oscar y haciéndose pasar por él?

Esa simple idea me llevó a precipitarme, y le anuncié que me había fijado un el cambio que sin la menor duda se había obrado en ella.

-¡Lucilla! -dije-. ¿Ha ocurrido algo?

-¿Qué quiere usted decir? -me preguntó con frialdad.

-Me parece ver que algún cambio... -comencé a decir.

-No la entiendo –respondió, y se alejó de mi nada más decirlo.

No insistí. Si la íntima relación que teníamos hubiera sido menos estrecha, menos afectuosa, tal tez le hubiera expresado abiertamente lo que me estaba rondando por la cabeza. En cambio, ¿cómo podía decirle yo a Lucilla que me estaba engañando? Eso habría supuesto el fin de nuestra relación fraterna, el fin de nuestra amistad. Cuando desaparece la confianza entre dos personas que se aman, desaparece a la vez todo lo demás. A partir de ese momento, se encuentran en la misma situación que si fueran dos desconocidos, y han de observar las normas de etiqueta. Cualquiera que tenga cierta delicadeza de ánimo comprenderá por qué acepté el remedio que ella me había administrado y por qué no dije nada más.

Fui yo sola al pueblo. Arreglando las cosas a fin de no dar pie a la menor sospecha, logré mantener con Goodheridge, en la posada, una breve conversación a propósito de Nugent, y hablé asimismo con el criado de

Librodot

Browndown. Si Nugent hubiera regresado en secreto a Dimchurch uno de los dos tenía que haberlo visto casi con toda certeza. Ninguno de los don sabía nada de él.

De todo esto deduje que no había intentado comunicarse con ella personalmente ¿Lo habría intentado entonces con más astucia y más seguridad, es decir, por carta?

Volví a la rectoría. Poco faltaba para la hora que había convenido con Lucilla, ahora que esa responsabilidad descansaba sobre mis hombros, para que hiciera uso de sus ojos. Al retirarle el vendaje me fijé en una circunstancia que vino a confirmarme la conclusión a la que ya había llegado yo. Evitó adrede mirarme a los ojos. Reprimí lo mejor que pude el dolor que me causó este nuevo descubrimiento y repetí las palabras de Grosse, prohibiéndole que tratase de hojear un libro o de empuñar una pluma hasta que él la viera de nuevo.

-No es necesario que me prohíba tales cosas -dijo.

-¿Es que ya lo ha hecho? -inquirí

-Miré un libro de grabados -contestó-, pero no pude distinguir nada. Todas las líneas se me entremezclaban unas con otras y no distinguía nada.

-¿Y ha intentado escribir? -le pregunté a continuación. Debo decir que me dio vergüenza tenderle esa trampa, aunque la grave necesidad de averiguar si había mantenido correspondencia con Nugent posiblemente me hubiera servido de disculpa.

-No -contestó-. No he intentado escribir.

Cambió de color cuando me respondió, Será de todos modos preciso reconocer que, cuando hice esa pregunta, yo estaba demasiado excitada para recordar algo que sin duda hubiese recordado en una situación más sosegada. Ella no tenía ninguna necesidad de utilizar la vista, ni siquiera si realmente mantenía una correspondencia que deseara ocultarme. Zillah había tenido por costumbre leerle sus cartas antes de que yo llegara a la casa rectoral; y ella misma era capaz de escribir breves billetes (como ya mencioné antes) palpando el papel con los dedos. Además, como había aprendido a leer al tacto (es decir, si los caracteres estaban en relieve) cuando aprendió a escribir, por más que su vista estuviera suficientemente recuperada para permitirle distinguir objetos de pequeño tamaño, nada, salvo la práctica insistente, le habría servido a la hora de escribir.

Todas estas consideraciones, aunque no se me ocurrieron en ese momento, se me ocurrieron más avanzado el día, y en cierto modo me hicieron cambiar, de opinión. El cambio de color que percibí en sus mejillas lo interpreté como una muestra externa de sus propias sospechas, sospechas de que yo tuviera un motivo muy preciso al interrogarla. Por lo demás, las dudas que me inspiraba Nugent no se disiparon. Por más que me esforzase, era incapaz de apartar de mi ánimo la idea de que me estaba engañando, de que de un modo u otro se las había ingeniado no sólo para comunicarse con Lucilla, sino también para persuadirla de que me mantuviera a mí en la más completa ignorancia de lo que él hubiera hecho.

Dejé para el día siguiente cualquier intento de hacer nuevas averiguaciones.

Librodot

A última hora de la noche tuve el repentino impulso de interrogar a Zillah. Reflexionando un poco más, me abstuve. Por la experiencia que tenía del carácter de la nodriza, supe que se refugiaría en la negación más completa, y que acto seguido daría cuenta de lo ocurrido a su señora. Conocía a Lucilla lo suficiente para saber (después de todo lo que había pasado) que nos pelearíamos. Bastante mal cariz tenían de por sí las cosas, como para empeorarlas de ese modo. Decidí que por la mañana vigilaría con atención la oficina de correos, del pueblo, así como los movimientos de la enfermera.

A la mañana siguiente llegó una carta del extranjero, pero era para mí.

La dirección estaba escrita de puño y letra por una de mis hermanas. Habitualmente nos escribíamos cada dos o tres semanas. Ni siquiera había transcurrido una semana desde la carta anterior. ¿Qué podía ser? ¿Buenas noticias o malas noticias?

Abrí la carta.

Dentro encontré un telegrama en el que se me anunciaba que mi pobre y querido padre había sido gravemente herido en Marsella. Mis hermanas ya habían acudido a su lado: me imploraban que las siguiera sin la menor tardanza. ¿Será previsto relatar esta terrible calamidad? Comienza, por supuesto, con una mujer y una fuga. Termina, cómo no, con un joven y un duelo. ¿No lo he dicho con anterioridad? El bueno de mi padre era sumamente susceptible, y era un hombre muy valiente ¡Ay, ay de mí! la misma historia de siempre. Existe un proverbio inglés que viene que ni pintado: «Tanto va el cántaro a la fuente....». Etcétera. Corramos un tupido velo. Quiero decir, en fin, que terminemos este capítulo.

Librodot

CAPÍTULO XLI

Un difícil trance para madame Pratolungo

¿Debería haber estado preparada para la calamidad que nos había sobrevenido a mis hermanas y a mí. Si hubiese afrontado con franqueza la experiencia que tenia de mi padre, ¿no me habría resultado evidente que era de hecho muy poco probable que fuese a cambiar los hábitos de toda una vida precisamente al final de ella? Desde luego si hubiera recurrido a mi inteligencia tal vez habría sabido entender que, cuanto más durase su reforma, más cerca estaba de recaer, y más cerca estaba por tanto de fracasar en su intento de cumplir las esperanzas que yo había concebido sobre su conducta en el futuro. Lo reconozco, así es. Sin embargo, ¿dónde están las personas de veras modélicas que sepan hacer uso de su inteligencia cuando su inteligencia apunta hacia una conclusión y sus intereses hacia otra bien distinta? Señoras y caballeros, en lo más profundo de nuestra común humanidad hay un sólido cimiento de estupidez. ¡Si al menos lo supiéramos….!

No tuve la menor vacilación, tan pronto me hube recuperado del impacto, sobre cuales eran mis deberes. Mi deber era marchar de Dimchurch a tiempo de tomar el último correo para Londres primero y viajar al continente después.

¿Y dejar así a Lucilla?

¡Si! Por más que la quisiera, y por alarmada que estuviera por ella, ni siquiera sus intereses eran para mí tan sagrados como los que me llamaban junto al lecho de mi padre. Tenía unas cuantas horas libres antes de partir. No pude hacer otra cosa que dedicar esas horas a tomar las precauciones más estrictas que se me ocurrieron para protegerla durante mi ausencia. No podía estar mucho tiempo lejos de ella. De un modo u otro, la desgraciada duda sobre la salud de mi padre, es decir, si iba a morir o si iba a seguir vivo, a su avanzada edad no tardaría en despejarse.

Le pedí que fuera a mi habitación y le enseñé mi carta.

Se mostró sinceramente apenada cuando la leyó. Por un instante, cuando me manifestó su condolencia, la dolorosa reserva de su actitud desapareció del todo. Volvió sin embargo a notarse cuando le anuncié mi intención de viajar a Francia ese mismo día y, cuando le expresé la pena que me embargaba por tener que aplazar por el momento nuestro viaje a Ramsgate. No sólo me contestó de manera comedida (me pareció que en ese mismo instante se formaba una idea propia), sino que además se despidió de mí con una vulgar excusa. «Seguramente tendrá usted mucho que pensar en esta situación de aflicción y de tristeza -dijo-: no seré yo quien la estorbe más tiempo. Si me necesita ya sabe dónde encontrarme.» Sin decir nada más, salió de la habitación.

No recuerdo haber sentido en ningún otro momento ese mismo desvalimiento, esa confusión que se adueñó de mí en cuanto cerró la puerta. Me puse a preparar las contadas cosas que necesitaría para el viaje; instintivamente. tuve la sensación de que si no me ponía a hacer algo probablemente me desmoronaría. Acostumbrada en todas las demás situaciones de emergencia a decidirme y a actuar con rapidez, ni siquiera tuve la claridad mental suficiente para ver las cosas como eran. En cuanto a

Librodot

las resoluciones, fui tan incapaz de tomarlas como el bebé que llevaba en bravos la señora Finch.

El esfuerzo de hacer el equipaje me ayudó a recuperarme un poco, pero no me devolvió del todo mi ánimo de costumbre.

Cuando hube terminado, me senté con desamparo, tenía la seria necesidad de aclarar la situación entre Lucilla y yo antes de marcharme, pero conocía menos que nunca la manera de hacerlo. Con un disgusto indescriptible noté que incluso me asomaban las lágrimas a los ojos. Aún me quedaba el talante suficiente de la viuda de Pratolungo para sentirme avergonzada de mí misma de todo corazón. Las vicisitudes y los peligros del pasado, los días de mi vida republicana en compañía de mi marido, me habían convertido en una recia caminante, dotada de un gusto agitanado (como el de mi pequeña Jicks) por el aire libre. Cogí mi sombrero casi al vuelo y salí, segura de que el ejercicio me sentaría bien.

Probé suerte en el jardín, pero no. Por alguna razón inconcebible, el, jardín no me pareció suficientemente amplio, Todavía me quedaban algunas horas. Probé a caminar por las colinas cercanas.

Doblando a la izquierda, dejando la iglesia atrás, oí por las ventanas abiertas la atronadora voz de barítono del reverendo Finch, que estaba catequizando a los niños del pueblo. Gracias a Dios, estaba ocupado y no podría molestarme. Subí por las colinas a paso veloz. El aire y el movimiento me despejaron. Al cabo de más de una hora de duro caminar volví a la rectoría. Me sentía igual que siempre.

Es posible que aún me quedaran dentro algunos posos de indecisión. Tal vez había en mi aflicción algo que me debilitaba, y por eso percibí de forma mas sensible el cambio de mis relaciones con Lucilla. Como a estas alturas había tomado la resolución de ofrecer una sencilla explicación antes de dejarla sin protección alguna en la rectoría, vérmelas con una posible repulsa si hablaba con ella en persona. Saqué una hoja del cuaderno del pobre Oscar y escribí una nota para decirle lo que deseaba.

Toqué la campanilla una, dos veces. Nadie contestó

Fui a la cocina. Zillah no estaba. Llamé a la puerta del dormitorio. No obtuve respuesta: estaba desierto cuando abrí la puerta para mirar dentro. Por difícil que fuera, me encontré en la obligación de darle a Lucilla la nota de mi propia mano, o bien de hablar con ella cara a cara.

No logré decidirme a hablar con ella. Por eso fui a su habitación con mi nota y llamé a la puerta.

Tampoco allí encontré respuesta. Llamé una vez más con el mismo resultado. Miré dentro. No había nadie. En la mesita que había al pie de la cama encontré una carta para mí. La caligrafía era de Zillah. Sin embargo, Lucilla había escrito su nombre en una esquina, como siempre que le dictaba una carta a la nodriza. Al tomarla en las manos me quité un peso de encima. Llegué a la conclusión de que había tenido la misma idea que tuve yo. También ella había evitado el azoramiento de una explicación personal. También ella había escrito, y había decidido no estar presente hasta que su carta hubiera hablado por ella y nos hubiera reunido de nuevo, amigas otra vez, antes de que yo me fuera de viaje.

Con esta grata anticipación en el ánimo abrí la carta. Júzguese qué

Librodot

sentí cuando descubrí lo que en realidad contenía.

> QUERIDA MADAME PRATOLUNGO: Estará usted de acuerdo conmigo en que es sumamente importante, después de lo que dijo Herr Grosse sobre la recuperación de mi vista, que no se retrase en modo alguno mi viaje a Ramsgate. Como debido a una serie de circunstancias que con toda sinceridad lamento es usted incapaz de acompañarme a la costa, he tomado la decisión de ir a Londres a casa de mí tía, la señorita Batchford, para pedirle que sea ella quien me acompañe en vez de usted. Tengo suficiente experiencia de su sincero afecto por mí, y estoy segura de que mi tía aceptará con alegría el cometido que hasta ahora estaba un sus manos. Como no hay tiempo que perder, marcho a Londres sin esperar a que regrese de su paseo para despedirme de usted. Entiende usted tan cabalmente la necesidad de ahorrar una despedirla formal cuando se presenta una situación de emergencia que estoy convencida de que ni se sentirá ofendida porque me vaya de este modo. Con mis mejores deseos de que su padre se restablezca, créame.
>
> Sinceramente suya
>
> LUCILLA
>
> P. S No sienta usted ninguna aprensión por mí. Zillah vendrá conmigo hasta Londres, y allí me pondré en contacto con Herr Grosse tan pronto llegue a casa de mi tía.

De no haber sido por una frase, casi con toda seguridad habría contestado a esta cruel carta dimitiendo de mi puesto de dama de compañía.

La frase a la que me refiero contenía las palabras que modelaron en mis propios labios las excusas que di a Lucilla por la ausencia de Oscar. La sarcástica referencia a mi reciente relación con una situación de emergencia, y a mi experiencia en la necesidad de prescindir de toda despedida formal, disipó mis ultimas dudas sobre la traición de Nugent. Después de leer la carta sentí no sólo suspicacia, sino también la absoluta convicción de que se había puesto en comunicación con ella en nombre de su hermano, y que se las habia ingeniado (por algún medio que de momento me resultaba imposible adivinar) para influir en su animo, excitar en ella la innata desconfianza que su ceguera había hecho arraigar en su carácter y destruir por el momento toda la confianza que pudiera tener depositada en mí.

Al llegar a esta conclusión todavía sentí compasión y generosidad. Lejos de culpar a mi pobre y engañada amiga y hermana por su cruel partida y por su carta cruel, cargué toda la culpa sobre los hombros de Nugent. Por muchos que fueran mis propios quebraderos de cabeza, todavía era capaz de pensar en el peligro que amenazaba a Lucilla y en la maldad de que Oscar había sido víctima. Todavía sentía en mí el antiguo resplandor de mi resolución y estaba decidida a reunirlos de nuevo, y todavía recordaba (y estaba dispuesta a saldar) la deuda que tenía con Nugent Dubourg.

Con el nuevo rumbo que habían tomado las cosas, y habida cuenta del cortísimo plazo que tenía a mi disposición, ¿Qué podía hacer? Dando por sentado que la señorita Batchford acompañase a su sobrina a Ramsgate,

Librodot

¿cómo podría yo poner un obstáculo insalvable en el camino de Nugent, si en efecto trataba de comunicarse con Lucilla en la costa en mi ausencia?

Me seria imposible tomar una decisión a menos que supiera con anterioridad si la señorita Batchford, por ser miembro de la familia, tenía información confidencial sobre la triste situación en que se hallaban las relaciones de Lucilla y Oscar.

La persona con la que debía consultar esta dificultad no era otra que el rector. En calidad de cabeza de familia, en mi ausencia descansaba sobre los hombros del reverendo Finch toda la responsabilidad del caso.

Di la vuelta de inmediato para presentarme en la otra ala de la casa rectoral. Si el señor Finch había ya regresado a la casa después de la catequesis, excelente. Si no, me vería obligada a preguntar en el pueblo y buscarlo por las casas de sus feligreses. Su magnífico chorro de voz me alivió de toda preocupación . El tonante resonar que habla oído en la iglesia foco antes lo volví a oír en su despacho.

Cuando entré en el despacho, el señor Finch estaba de pie y parecía sumamente alterado: discurseaba ante la señora Finch y el bebé, como de costumbre refugiados en un rincón. Mi entrada en escena desvió su palabrería que por el momento fue a caer con toda su fuerza sobre esta pobre infortunada. (Si recuerda el lector que el rector y la tía de Lucilla llevaban enfrentados desde tiempo inmemorial, estará de sobra preparado para lo que se avecina. Y si lo ha olvidado, le remito a mi sexto capítulo para que refresque la memoria).

-¡Precisamente la persona que estaba a punto de llamar! -dijo el Papa de Dimchurch-. ¡No excite a la señora Finch ¡No hable siquiera con la señora Finch! De inmediato le diré por qué. Diríjase exclusivamente a mí y conserve la calma, madame Pratolungo. Usted no sabe qué ha ocurrido, pero aquí estos yo para decírselo.

Me aventuré a detenerlo, y le mencioné para ello que la carta de Lucilla me había informado de su repentina marcha a casa de su tía. El señor Finch descartó mi contestación con un gesto, como si fuese algo tan infinitamente carente de importancia que no valiera la pena perder un solo instante.

-¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! -dijo-. Tiene usted un superficial conocimiento de los hechos, pero está usted todavía muy lejos de comprender qué significa en realidad la súbita marcha de mi hija. Bien, le ruego que no se asuste, madame Pratolungo, y que no excite a la señora Finch. (¿Cómo se encuentra, querida? ¿Cómo está el niño? ¿Los dos bien? Si, gracias a la Providencia que todo lo gobierna, los dos están bien.) Ahora, madame Pratolungo, le ruego que me preste atención. La huida de mi hija, y digo huida con pleno conocimiento de causa, porque eso es precisamente lo que constituye, la huida de un hija lejos de mi casa significa, y le ruego encarecidamente que mantenga la calma, significa un nuevo golpe que me propina la familia de mi primera esposa. Es un golpe que me propina -repitió el señor Finch. acalorándose al recordar su antigua enemistad con los Batchford- la señorita Batchford, la tía carnal de Lucilla, madame Pratolungo, por medio de mi segunda esposa, que a nadie ha ofendido, y de mi hijo inocente. ¿Está segura de que se encuentra bien de verdad, querida? ¿Está segura de que el niño está bien? ¡Gracias sean dadas a la divina Providencia!. Concentre su atención, madame Pratolungo. Veo que se

Librodot

distrae. Requerida por la señorita Batchford, mi hija ha abandonado mi casa. Ramsgate no es más que una mera excusa. ¿Y cómo se ha marchado de mi casa? No sólo sin antes despedirse de mí, ya se ve que en esto yo no soy nadie, sino también sin manifestar la más leve simpatía por la situación materna de la señora Finch. Ataviada con su vestimenta de viaje, mi hija entró precipitadamente o, por emplear la gráfica expresión de mi esposa, «pasó como el rayo» por el cuarto de los niños, mientras la señora Finch administraba el alimento materno al bebé. En circunstancias que sin duda habrían conmovido incluso el corazón de un bandido o de un salvaje, mi muy antinatural hija (y recuérdeme, señora Finch, que esta noche leamos algo de Shakespeare: leeré *El rey Lear*), mi muy antinatural hija, decía, anunció sin previo aviso que una aflicción de orden familiar le impedía :a usted acompañarla a Ramsgate. Me entristece, querida madame Pratolungo, saber tal cosa. Eche la culpa a la Providencia. Valor, señora Finch, valor. Una vez sobresaltada mi esposa por estas angustiosas noticias, mi hija pasó a provocarle un gran susto al anunciarle que se disponía a abandonar el techo de su padre sin esperar siquiera a despedirse de él. Coger un tren, como bien podrá usted observar, era más importante (sin duda por instigación de la señorita Batchford) que el abrazo paterno o la bendición del rector. Dejando así sus disculpas para mí, mi despiadada hija, (y empleo el gráfico lenguaje de la señora Finch una vez más; tiene usted una muy acertada capacidad de expresión, señora Finch), mi despiadada hija, como iba diciendo, salió como el rayo del cuarto de los niños para llegar a tiempo de coger el tren: con lo que, por cuanto ella sabía, o por cuanto la preocupaba, produjo tal sobresalto a mi esposa que bien podría haber agriado la fuente del alimento materno. ¡He aquí donde cae sobre mí ese golpe, madame Pratolungo! ¿Cómo puedo yo saber que una perturbación ácida no se comunica en este preciso instante al bebé, en vez de recibir el sano alimento que una madre ha de dar a su hijo? Le prepararé una solución alcalina, señora Finch, para que la ingiera después de las comidas. ¡No hable, no se mueva siquiera! Deme el pulso, a ver. Sostengo que la señorita Batchford, madame Pratolungo, es responsable de todo lo que pueda suceder; mi hija es un mero instrumento en manos de la familia de mi primera esposa. Deme el pulso, señora Finch. No me gusta cómo lo tiene. Venga, vayamos de inmediato al piso de arriba. Ha de guardar cama y tomar otro baño caliente. ¡Solo la Providencia, madame Pratolungo, puede paliar este golpe! ¿Tendría la amabilidad de abrirnos la puerta y coger de paso el pañuelo de la señora Finch? No importa, deje la novela y coja el pañuelo.

Aproveché la primera oportunidad que tuve para decir palabra mientras el señor Finch conducía a su esposa, con el brazo en la cintura, hacia la puerta. Le formulé con toda cautela la pregunta que estaba esperando:

-¿Se propone usted comunicarse, señor, bien con su hija o bien con la señorita Batchford, durante el tiempo en que Lucilla esté ausente de la rectoría? Si me aventuro a preguntárselo es por...

Sin darme tiempo a explicar mis razones, el señor Finch se volvió en redondo (y volvió con él a la señora Finch) y me miró de la cabeza a los pies con una expresión de indignado asombro.

-¿Como es posible que vea usted con sus propios ojos esta doble desgracia -dijo el señor Finch señalando a su esposa y al bebé- y que

Librodot

suponga que me voy a comunicar, o que voy dar por buena cualquier comunicación con las personas que son responsables de ellas ¡Querida! ¿Sabe usted explicarme la extraordinaria pregunta de madame Pratolungo? ¿Es que debo entender, y debe entender usted, que madame Pratolungo pretende insultarme?

Fue inútil tratar de darle explicaciones. Fue inútil que la señora Finch (que había hecho varios intentos por decir palabra, todos ellos abortados;) tratara de aplacar a su marido. Lo único que pudo hacer la pobre y humedecida señora fue rogarme que le escribiera desde el extranjero. «Lamento que tenga usted problemas familiares, y le aseguro que me gustaría recibir noticias suyas». La señora Finch apenas tuvo tiempo para decir esas amables palabras antes de que el rector, con su voz de trueno, me exigiera que contemplase «esta doble desgracia, y al menos respete a los dos, ya que no quiere respetarme a mí». Dicho esto, salió del despacho con su esposa y con el bebé.

Una vez alcanzado el objetivo que me había llevado al despacho, nada hice por detenerle. La escasa sensatez de aquel hombre estaba completamente trastornada a causa del golpe que la brusca despedida de Lucilla había infligido al elevado concepto en que se tenia. Estaba fuera de toda duda que acabaría reconciliándose con su hija antes de que venciera el próximo pago de su parte de los gastos domésticos. Sin embargo, hasta ese día, estaba igualmente convencida de que reivindicaría su dignidad ultrajada por el sencillo método de negarse a mantener toda clase de comunicación, en persona o por escrito, con Ramsgate. Durante mi breve ausencia fuera de Inglaterra, la señorita Batchford sería tan desconocedora de la peligrosa situación de su sobrina entre los dos gemelos como la propia Lucilla. Al saber esto, tuve en mi poder la información que deseaba. No me quedaba mas que ponerme a pensar en el asunto, y actuar cuando decidiera cómo.

¿Cómo iba a actuar?

Llevada por la agitación del momento, sólo se me ocurrió una manera. Si Grosse dictaminaba que la recuperación de Lucilla era completa antes de que yo volviera de mí viaje al extranjero, lo mejor que podría hacer sería poner a la señorita Batchford en una posición que le permitiera revelar la verdad en mi lugar, sin correr el menor riesgo de un descubrimiento prematuro, es decir, sin dejar que la anciana señora conociera el secreto antes de que éste pudiera divulgarse sin temor a las consecuencias.

Esta dificultad aparentemente tan complicada fue subsanada fácilmente mediante la redacción de dos cartas, no sólo de una, antes de emprender mi viaje.

La primera carta se la dirigí a Lucilla. Sin hacer la menor referencia a la conducta que había tenido conmigo, le expliqué con todo detalle y con toda la delicadeza que requería el caso cuál era su posición entre Oscar y Nugent, y para que tuviera prueba de la veracidad de mis afirmaciones la remití a sus parientes de la rectoría. «Dejo a su entera discreción -añadí- que me escriba una respuesta o que no lo haga. Compruebe si lo desea la advertencia que aquí le hago: si se pregunta a que se debe que se haya aplazado hasta ahora esta advertencia, pregunte a Herr Grosse, sobre cuya persona recae toda la responsabilidad del caso.» Así concluí; después del mal que me había causado Lucilla. estaba resuelta a dejar mi justificación a

Librodot

merced de los propios hechos. Confieso que me encontraba demasiado dolida por su comportamiento, aunque ciertamente echara toda la culpa a Nugent, para preocuparme de alegar una sola palabra en defensa propia.

Sellada esta carta, escribí acto seguido a la tía de Lucilla.

No me resultó nada fácil dirigirme a la señorita Batchford. El desprecio con que contemplaba las opiniones del señor Finch en materia de política y religión era perfectamente equiparable a la animadversión que sentía por mis principios republicanos. Ya he comentado, muchas páginas atrás, que una discusión política entre la anciana señora, tan conservadora, y yo, termino con una trifulca que me cerró para siempre las puertas de su casa. A sabiendas de esto, me aventuré sin embargo a escribirle porque también sabía que la señorita Batchford (aparte de sus enfurecidos prejuicios) era una gentil dama, y lo digo en el mejor sentido del término. Tenia verdadera devoción y un gran apego por su sobrina, y era igualmente capaz, cuando se apelaba a esa devoción, de hacerme la debida justicia (aparte de mis enfurecidos prejuicios), al igual que lo era yo de hacérsela a ella como sin duda merecía. Escribiéndole en un tono de respeto sin afectación, apelando a su tolerancia para reforzar la mía, le pedí que hiciera entrega de mi carta a Lucilla el día en que el cirujano la informase de que su presencia y sus atenciones ya no eran necesarias. Entretanto, mientras no llegara ese día, encarecí a la señorita Batchford, por el interés de su sobrina, a que considerase mi carta como un comunicado de índole estrictamente personal, y añadí que la razón por la que me aventuraba a imponer semejante condición la encontraría en mi carta a Lucilla, que la autorizaba a leer en cuanto fuera el momento de abrirla.

Por medio de todas estas disposiciones había optado por la única forma de impedir que Nugent Dubourg, o eso creí firmemente, causara ningún daño de gravedad durante mi ausencia.

Independientemente de lo que su incontrolada chifladura por Lucilla pudiera arrastrarle a hacer, no podría llegar a ningún extremo realmente grave mientras Grosse no decretase que la recuperación ya era completa. El día en que Grosse hiciera tal cosa, Lucilla recibiría mi carta y podría descubrir por si misma el engaño abominable de que había sido víctima. En cuanto al intento de encontrar a Nugent, esto es algo que ni siquiera se me pasó por la cabeza. Poco importaba dónde estuviera, en Inglaterra o en el extranjero, pues sería de todo punto inútil apelar una vez más a su honor. Hablar con él, confiar en él, sería una degradación para mí. Lo único que se podía hacer era denunciarlo ante Lucilla cuando fuera posible. Había dejado listas mis cartas, la una dentro de la otra, cuando el buen señor Gootheridge (tal como había acordado, previamente con él) vino a recogerme para llevarme a Brighton en su carreta. La tartana que alquilaba en ocasiones había sido utilizada por Lucilla y la nodriza parar recorrer ese mismo trayecto, y no había sido devuelta aún a la posada. Llegué al tren antes de la hora prevista, y me encontré en Londres incluso con tiempo suficiente.

Resuelta a asegurarme de no dejar nada al azar, fui al domicilio de la señorita Batchford y me encargué de que el cochero entregase la carta al criado.

Fue un momento de gran amargura. Me tuve que bajar de nuevo el velo por temor a que Lucilla estuviera en la ventana y pudiera reconocerme. No

Librodot

había nadie a la vista, salvo el hombre que abrió la puerta. Si hubiese tenido a mano en ese instante pluma, tinta y papel, creo que le habría escrito una nota de mi puño y letra. A decir verdad, lo único que tenía que perdonarle era la ofensa que me había hecho. En lo más profundo de mi corazón la había perdonado, y anhelaba que llegara el dichoso instante en que volviéramos a reunirnos. Entretanto, una vez hice todo lo posible por guardarla y ayudarla, me vi en libertad de conceder a Oscar todos los pensamientos que pudieran distraerme de mi pobre y maltrecho padre.

Siendo mi destino el continente, decidí (aunque tenía en contra las posibilidades al menos en una proporción de cien a una) esforzarme en mi dolorosa situación por descubrir dónde se había ocultado Oscar. Las horas de fatiga que me esperaban junto al lecho de mi padre tendrían alivio e iluminación si al menos tenía la certeza de que se buscaba al desaparecido por instigación mía, y de que existía al menos una remota posibilidad de tener noticias suyas.

El despacho del abogado al que había consultado en mi anterior visita a Londres se encontraba de camino a la estación. Allí me dirigí y tuve la suerte de encontrarlo trabajando todavía.

Aún no había recibido ninguna noticia de Oscar. El abogarlo, no obstante, fue de gran utilidad, pues me proporcionó una carta de presentación para cierta persona de Marsella que estaba acostumbrada a realizar investigaciones difíciles y confidenciales, y que tenía agentes con los que podía contar, repartidos por todas las grandes ciudades de Europa. Un hombre que tuviera la pasmosa apariencia personal de Oscar debía ser por fuerza más o menos fácil de seguir, siempre y cuando se pusiera en marcha la maquinaria idónea. Mis ahorros bastarían para cubrir este propósito al menos hasta cierto punto, y hasta ese punto estaba yo resuelta a que se emplearan cuando llegara al término de mi viaje.

Aquella noche tuvimos mar gruesa en la travesía del Canal. Pasé la noche en cubierta, aguantando las inclemencias del tiempo en vez de bajar al camarote. Mientras contemplaba el mar a uno y otro lado del barco, aquella lóbrega inmensidad de aguas revueltas me pareció una oportuna, horrible contrapartida de la perspectiva que se abría ante mi. En el camino sin huellas por el que avanzábamos, una débil y nublada luz de luna derramaba sus dudosos rayos. ¡Era igual que la dudosa luz de la esperanza, que débilmente parpadeaba en mi ánimo cuando pensaba en el porvenir!

CAPÍTULO XLII

La historia de Lucilla relatada por ella misma

Cuando el cirujano le enseñó a hacer buen uso de su vista, si recuerda el lector lo que relaté sobre todo lo que hizo Lucilla y dijo, no habrá olvidado que ésta puso especial hincapié en que se le permitiera intentar escribir.

El motivo de este anhelo era de hecho el motivo que siempre opera en el fondo del comportamiento de una mujer enamorada. Su única ambición es presentarse de manera ventajosa, incluso en las cuestiones más baladíes, ante el hombre a quien ha destinarlo su corazón. La única ambición de Lucilla respecto a Oscar era ésta, nada más.

Consciente de que su caligrafía, hasta entonces dolorosamente guiada por su sentido del tacto, y por tanto incompleta, debía de contrastar por desgracia muy desfavorablemente con la caligrafía de cualquier mujer vidente, insistió en solicitar a Grosse que le diese permiso para aprender «a escribir con los ojos, no con el dedo», hasta que buenamente acabó socavando el poder de resistencia del valioso doctor alemán. Después de su traslado a la orilla del mar, la rápida mejoría de la vista que experimento Lucilla justificó, tal como se me informó más adelante, la decisión del médico de permitir que se saliera con la suya. Poco a poco, haciendo uso de los ojos cada día durante más tiempo, llegó a dominar las serias dificultades de aprender a escribir con la vista, en vez de con el tacto. Empezó por los cuadernos de caligrafía al uso, y pasó a escribir luego al dictado. De ahí pasó a redactar sus propias notas, y de las notas pasó a llevar un diario... por sugerencia de su tía, que no en vano había vivido en los tiempos anteriores al correo postal, cuando la gente tenía por costumbre llevar un diario y escribir larguísimas cartas, es decir, cuando la gente tenía tiempo para pensar en si misma y, todavía más maravilloso, para escribir sobre lo que pensaba.

El diario que llevó Lucilla en Ramsgate se encuentra ahora delante de mí, mientras redacto estas líneas.

Había pensado en principio utilizarlo para proseguir mi narración sin detenerme, y siguiendo con mi punto de vista, tal como he escrito la historia hasta este punto y como de hecho me propongo continuarla cuando vuelva a hacer acto de presencia en la escena de los (techos.

Sin embargo, pensándolo mejor después de haber releído el diario, llego a la conclusión de que el procedimiento más sabio para relatar la historia es dejar sencillamente que sea la propia Lucilla quien la cuente. Añadiré de cuando en cuando algunas notas de mi puño y letra, siempre que me parezca necesario. Variedad, frescura, veracidad: creo que puedo garantizar estas tres virtudes de la narración siguiendo este plan. ¿Por qué resultan los libros de historia (y sé que hay brillantes excepciones a la regla) una lectura por lo generad tan tediosa? Porque se trata de una narración de los acontecimientos escrita de segunda mano. Yo estoy dispuesta a pecar de cualquier corsa con tal de no resultar tediosa. Podrá decir el lector que he resultado tediosa con anterioridad, por supuesto, pero como soy una mujer honrada debo señalar que no estoy de acuerdo con el lector que sostenga tal opinión. Hay personas que aportan su tediosa mentalidad a la lectura, y luego quieren culpar del tedio al escritor que han leído. En fin, no diré más.

Librodot

Considérese, pues, todo acordado. Durante mi ausencia en el continente europeo, es Lucilla quien relatará la sucesión de los acontecimientos que tuvieron lugar en Ramsgate. (Y yo esparciré aquí y allá unas cuantas notas, firmadas todas ellas con una P.)

El diario de Lucilla

East Cliff, Ramsgate, 28 de agosto: Pasan ya quince días desde que mi tía y yo llegamos aquí. Desde Londres indiqué a Zillah que regresara a la casa rectoral. Sus problemas de reuma se habían multiplicado por diez, pobre anciana, con la humedad de la costa.

¿Qué progresos he hecho en la escritura durante esta última semana? Empiezo a sentirme algo más satisfecha. Empleo la pluma con más facilidad, mi mano ya no es como la mano de una niña retrasada. Cuando sea la esposa de Oscar, sabré escribir igual de bien que cualquier otra señora.

[*Nota*. Se contenta con nada la pobrecilla. Su caligrafía, por mucho que haya mejorado, da verdadera pena. Algunas de sus letras se abrazan a las de al lado como si fuesen amigas del alma; otras se alejan todo lo posible, como enemigos enconados. No trato de reflexionar sobre Lucilla, sino de disculparme por si cometo algún error al transcribir las páginas de su diario. Ahora, dejémosla proseguir. P]

¡La esposa de Oscar! ¿Cuándo habré de ser la esposa de Oscar? De momento ni siquiera he tenido ocasión de verle. Hay algo, y mucho me temo que sean algunas dificultades con su hermano, que le obliga a seguir en el continente. El tono con que escribe sigue siendo reservado, cosa que me inquieta y me desconcierta. ¿Soy tan feliz como esperaba serlo cuando recuperase la vista? ¡No, todavía no!

No es culpa de Oscar si de vez en cuando me siento algo desanimada. Es culpa mía. He ofendido a mi padre, y a veces mucho me temo que no he sido justa con madame Pratolungo. Estas sensaciones me irritan enojosamente.

Diríase que forma parte de mi destino el ser siempre incomprendida. Con mi repentina huida de la rectoría no quise faltarle al respeto a mi padre. Si me marché de esa manera fue porque no era capaz de dar la cara ante la mujer a la que había amado tanto, pues pensaba de ella lo mismo que ahora. Es insufrible pensar que una ha perdido la confianza que tenía puesta en una persona en la que llegó a confiar sin límite, y seguir encontrándose con esa persona a diario como si no hubiera pasado nada. El impulso de evitar otros encuentros (cuando supe que se había marchado a dar un paseo) fue irresistible. Volvería a hacer lo mismo si me viera en esa situación. Esto mismo es lo que he insinuado al escribir a mi padre, diciéndole que entre madame Pratolungo y yo había ocurrido algo sumamente desagradable, amén de explicarle que ésta fue la razón de mi brusca partida. ¡No sirvió de nada! No ha contestarlo a mi carta. He escrito también a mi madre adoptiva. La respuesta de la señora Finch me ha informado de la tremenda injusticia con que habla mi padre de mi tía. Sin

Librodot

que exista la menor razón, está muchísimo más ofendido con la señorita Batchford que conmigo.

Por triste que sea este extrañamiento, al menos hay consuelo. Por lo que a mí concierne, sé que esta situación no ha de prolongarse. Con toda seguridad, mi padre y yo llegaremos tarde o temprano a un entendimiento. Cuando regrese a la casa rectoral, haré las paces con él y volveremos a llevarnos tan bien como siempre.

En cambio, ¿cómo acabarán las cosas entre madame Pratolungo y yo?

Ella tampoco ha contestado a la carta que le escribí. (Empiezo a desear no haberle escrito nunca, o al menos no haber escrito la última parte.) No he tenido la menor noticia de ella desde que se marchó al extranjero. No sé cuándo regresará, si es que alguna vez regresa a Dimchurch. ¡Ah, qué no daría yo por aclarar este horrible misterio! ¡Qué no daría por saber si debería postrarme de rodillas ante ella y pedirle perdón! ¿Debería contar acaso entre los días más tristes de mi vida el día en que esa mujer vino a vivir conmigo en calidad de amiga y acompañante?

¿Acaso he actuado con aspereza? ¿O por el contrario, habré actuado con sabiduría?

Ésta es la pregunta que me ronda de continuo y me tortura incluso cuando me despierto por las noches. Volveré a leer (por quincuagésima vez al menos) la carta de Oscar.

[*Nota*. Copio la carta en este punto. Hay otros ojos, aparte de los suyos, que deben verla precisamente aquí. Es Nugent, por supuesto, quien le escribe con el nombre de Oscar y haciéndose pasar por Oscar. El lector observará que todos los buenos propósitos que me manifestó al despedirse de mí duraron solamente hasta que llegó a Paris, donde cedió a sus instintos como sigue. P.]

> QUERIDÍSIMA. He llegado a Paris y aprovecho la primer, oportunidad que tengo pata escribirte desde que me marché de Browndown. Madame Pratolungo sin duda te habrá dicho que una súbita necesidad me obliga a viajar junto a mi hermano. Todavía no he llegado al lugar en que he de reunirme con él. Antes de eso, déjame decirte en qué consiste en realidad esta necesidad que nos obliga a separarnos. Madame Pratolungo ya no es merecedora de mi confianza. Cuando sigas leyendo estas líneas, tampoco será digna de la tuya.
>
> Por desgracia, mi amor, debo sorprenderte, asombrarte, apenarte, ¡Y yo daría mi vida con tal de verte feliz! Déjame que te lo diga con la mayor brevedad. He hecho un terrible descubrimiento. ¡Lucilla! Has confiado en madame Pratolungo, ha sido amiga tuya. No vuelvas a confiar en ella. Es tu enemiga s es enemiga mía.
>
> Hace mucho tiempo que debería haberte dicho lo que voy a decirte, pero no quería causarte la menor inquietud. Ver una sola mirada de tristeza en tu queridísimo rostro es algo que me parte el alma Sólo ahora, al estar lejos de ti, y cuando más temo las consecuencias que puedan derivarse si no estás avisada del peligro que corres, sólo ahora hago acopio del valor necesario para desgarrar la máscara que

cubre el falso rostro de esa mujer y para mostrártela tal como es en realidad. Me resulta imposible entrar en todos los detalles dentro de la brevedad de una carta; me reservo todos los particulares para cuando volvamos a vernos y pueda presentar lo que tú tienes todo el derecho de exigir, esto es, una prueba de que estoy diciendo la verdad.

Entretanto, te ruego que hagas memoria y que recuerdes tus propias palabras aquel día en que madame Pratolungo te ofendió en el jardín de la rectoría. En aquella ocasión la verdad escapó de los labios de la francesa. ¡Y ella se dio cuenta!

¿Recuerdas lo que dijiste después de que ella te siguiera a Browndown? Me refiero a lo que dijiste después de haber afirmado ella que tú podrías haberte enamorado de mi hermano si lo hubieras conocido antes que a mí, y después de que Nugent, sin duda instigado por ella, se aprovechara de tu ceguera para hacerte creer que estabas hablándome a mí. Cuando más te dolía a tí ese insulto, y cuando descubriste el truco, ¿qué dijiste?

Dijiste estas palabras, o puede que otras muy parecidas: «Ella te ha detestado desde el primer día, Oscar. Se puso de parte de tu hermano desde el momento en que llegó. ¡No debernos casarnos en Dimchurch!. ¡Encontremos otro lugar que ellos no conozcan! ¡Los dos han urdido una conspiración contra ti y contra mí! ¡Ten cuidado con ellos! ¡Ten mucho cuidado con ellos!

¡Lucilla! Me hago eco de tus palabra. Te devuelvo la advertencia, la profética advertencia que me hiciste de manera inconsciente en el pasado. Mucho me temo que mi desdichado hermano te ama, y sé con toda certeza que madame Pratolungo siente por él un interés que nunca ha sentido por mí. Lo que tu dijiste es lo mismo que digo yo. ¡Han urdido una conspiración contra nosotros! ¡Ten cuidado con ellos! ¡Ten mucho cuidado con ellos!

Cuando nos volvamos a ver estaré preparado para acabar con esa conspiración. Pero hasta ese día, en la medida en que valoras tu felicidad y la mía, no dejes que madame Pratolungo llegue a sospechar que la has descubierto. Es ella, y lo creo firmemente, la que tiene lar culpa de todo. Voy a reunirme con mi hermano, como bien comprenderás, con un objetivo muy distinto al que di por excusa a tu falsa amiga. No temas que haya disputas entre Nugent y yo. Lo conozco bien. Creo firmemente que al final descubriré que ha sido tentado y engañado. Ahora que ninguna mala influencia pesa sobre él. yo respondo de que actúe como un hombre de honor, que bien merece tu perdón y el mío. La excusa que he aducido ante madame Pratolungo impedirá que ella interfiera entre nosotros. Ésa era mi intención cuando se la di.

No dejes de tenerme debidamente informado de tus movimientos y de los suyos. Te adjunto una dirección a la que podios escribirme con la seguridad de que recibiré tus cartas.

Por mi parte, te prometo que te escribiré con frecuencia. Una vez más insisto en que no confíes a nadie el secreto que te he revelado en esta carta. Cuenta con mi regreso tan pronto me sea posible, que regresare para liberarte, con la autoridad de un marido, de la mujer que tan

Librodot

cruelmente nos ha engañado. Tuyo, con el afecto más verdadero y todo el cariño de mi amor.

OSCAR

[*Nota*. No será preciso que abunde yo en las demoníacas astucias -no puedo emplear otra expresión- que inspiraron esta carta abominable. Basta con repasar los capítulos vigésimo séptimo y vigésimo octavo para comprobar con cuánta habilidad se da la vuelta a lo que en un momento de estúpida irritación dije yo, y a lo que dijo Lucilla cuando perdió los estribos, a fin de que se vuelva en mi contra. Todos somos inocentes de proporcionar al enemigo los materiales con los que construirá su trama. Por lo demás, la carta se explica por sí sola. Nugent insiste en hacerse pasar por su hermano. Adivina sin dificultad la excusa que le di yo a Lucilla para explicar su ausencia, y pasa por encima de la dificultad que al parecer supondría para él haber confiado el motivo de su viaje a una mujer en la que no confiaba cuando declara que, a su juicio, le pareció necesario engañarme sobre la verdadera naturaleza del viaje. A medida que avance el diario, el lector comprobara con cuánta destreza se beneficia de la maquinaria que esta carta puso en movimiento. Lo único que aquí debo añadir, a modo de explicación, es que su tardanza en llegar a Ramsgate, de la que Lucilla se queja, se debió simplemente a sus propios titubeos. Su concepto del honor, y lo sé gracias a una serie de descubrimientos que hice en unas época posterior, todavía no estaba perdido del todo. Cuanto más bajo caía, más se esforzaba su mejor faceta por sacarle del atolladero. Es absolutamente seguro que fue sólo su propio remordimiento lo que lo obligó a seguir en Paris (no será preciso decir que nunca fue más allá, que nunca averiguó el lugar en que se ocultaba su hermano) después de que Lucilla le informara por escrito de que yo me había marchado al extranjero y de que estaba en Ramsgate en compañía de su tía. Hecho está: volvamos a Lucilla. P.]

He vuelto a leer la carta de Oscar una vez más.

La suya es el alma del honor. Es incapaz de engañarme. Recuerdo haber dicho lo que él dice que dije, y recuerdo haberlo pensado, aunque tan sólo llegara a pensarlo en ese momento, cuando estaba fuera de mí de pura rabia. Con todo, ¿no cabría la posibilidad de que las apariencias hubieran llevado a Oscar por mal camino? ¡Oh, madame Pratolungo! Qué alta consideración tenía de usted, cuánto la quise. ¿Es posible que haya sido usted tan indigna de la admiración y del afecto que me inspiró?

Estoy muy de acuerdo con Oscar en que su hermano no tiene la culpa. Es triste y es asombroso que el señor Nugent Dubourg se permitiera enamorarse de mí. No me queda más remedio que tenerle compasión. Pobre hombre desfigurado. Espero que un día encuentre a una buena esposa. ¡Cuánto debe de haber sufrido!

Es imposible que resista por más tiempo la incertidumbre en que vivo actualmente. Es preciso que Oscar me satisfaga con sus propios labios a propósito de madame Pratolungo. Le escribiré de inmediato e insistiré en que venga cuanto antes a Ramsgate.

Librodot

29 de agosto. Le escribí ayer mismo a la dirección de París. Mi carta le llegara mañana. ¿Dónde estará? ¿Cuando la recibirá?

[*Nota*. Esa carta inocente causó un efecto fatal. Puso fin a la lucha que mantenía Nugent Dubourg en París consigo mismo. La mañana en que la recibió emprendió viaje a Inglaterra. He aquí la entrada correspondiente en el diario de Lucilla. P.]

11 de agosto. Llegó un telegrama para mí a la hora del desayuno.

Soy tan feliz que apenas consigo mantener la mano firme. Estoy escribiendo con una letra espantosa. No importa: lo único que importa es mi telegrama. (¡Oh, qué noble criatura el hombre que inventó el telégrafo!) ¡Oscar está de camino a Ramsgate!

Librodot

CAPÍTULO XLIII

El diario de Lucilla: continuación

1 de Septiembre. Me encuentro suficientemente repuesta para volver a mi diario y permitirme incluso abundar un poco más en todo lo que he pensado y sentido desde que Oscar está aquí.

Ahora que he perdido a madame Pratolungo ya no tengo ninguna amiga con la que hablar de mis pequeños secretos. Mi tía es un dechado de amabilidad, y se desvive con toda clase de bondades y atenciones conmigo, pero con una persona mucho mayor que yo y que ha vivido en un mundo tan distinto al mío, ¿cómo podría hablar de mis caprichos y de mis extravagancias, y esperar a cambio su simpatía? El único amigo a quien puedo confiarme es mi diario; sólo puedo hablar de mí conmigo misma, y para eso tengo estas páginas. A veces mi posición es de gran soledad. Hoy mismo, en el arenal, vi a dos muchachas que se estaban contando sus secretos. Mucho me temo que me dieron envidia.

Bueno, pues. Querido diario, ¿cómo me sentí, después de tanto suspirar por Oscar, cuando Oscar vino a mí?

Es horroroso reconocerlo, pero este libro se puede cerrar, y a este libro puedo, así pues, confiar la verdad. Estoy casi dispuesta a llorar, pues me sentí inesperada, espantosamente decepcionada.

No. «Decepcionada» no es la palabra exacta. No consigo encontrar esa palabra. Hubo un momento... prácticamente ni siquiera me atrevo a ponerlo por escrito: me parece atrozmente perverso. Hubo un momento en que desee realmente volver a estar ciega.

Me tomó en sus brazos, me tomo la mano. Cuando yo era ciega, ¡de qué modo lo hubiera sentido! ¡Que delicioso habría sido el cosquilleo que me atravesara entera cuando él me tocase! Nada de eso sucedió en esta ocasión. A juzgar por el efecto que produjo en mí, podría haber sido el hermano de Oscar. He tomado su mano desde entonces y he cerrado los ojos en un intento por renovar mi ceguera, y he vuelto a estar exactamente igual que antaño, pero ha sido con el mismo resultado. ¡Nada, nada, nada!

¿Será que él se encuentra un tanto cohibido por su parte? ¡Desde luego que sí! Lo sentí en el momento mismo en que entró en la habitación, y lo he sentido desde entonces.

No. No se trata de eso. Antaño, cuando apenas empezábamos a amarnos el uno al otro, él estaba cohibido conmigo, pero entonces daba igual. Yo no era por aquel entonces la criatura insensible en que me he convertido con el tiempo.

Sólo tengo una manera de explicármelo. El restablecimiento de la vista me ha convertido en una persona completamente nueva. He ganado un sentido, pero ya no soy la misma de antes. Este gran cambio ha debido de tener en mí alguna influencia que jamás sospeché, y que no había comprobado hasta el momento en que vino Oscar. ¿Es que el precio por haber recobrado el sentido de la vista es la pérdida de mi sensibilidad?

Cuando venga a verme Grosse he de hacerle esa misma pregunta.

Entretanto, he sufrido una segunda decepción. La verdad es que Oscar no es tan apuesto, ni de lejos, como yo creía que era cuando estaba ciega.

El día en que me quitaron el vendaje por primera vez sólo fui capaz de ver de manera un tanto borrosa. Cuando entré corriendo en la sala de la casa rectoral, supongo que adiviné, más que reconocí, que aquél era Oscar. Los cabellos canosos de mi padre y el vestido femenino de la señora Finch sin duda habrían ayudado a cualquiera que estuviese en mi lugar a fijarse, como hice yo, en el hombre en que debía fijarme. Sin embargo, ahora todo es diferente. Ahora veo sus rasgos con todo detalle, y el resultado (aunque no pienso admitirlo ante nadie) es que la idea que me había hecho de él cuando era ciega estaba muy lejos de la realidad. Lo único que no me ha decepcionado es su voz. Cuando él no puede verme, suelo cerrar los ojos y dejo que mis oídos sientan de nuevo el encanto de antes, que tan lejos me queda.

¡Y esto es lo que he ganado sometiéndome a la operación y resistiendo mi aprisionamiento en aquel cuarto oscuro!

Pero ¿qué estoy escribiendo? ¡Debería darme vergüenza! ¿Acaso no vale nada disponer de toda la belleza de la tierra y del mar, de la gloria de las nubes y la luz del sol que se me ha revelado? ¿Es que no vale nada poder contemplar a mis congéneres, ver los animados rostros de los niños que me sonríen cuando les hablo? ¡Basta de mí misma! Si pienso en mí misma, me siento infeliz y desagradecida.

Escribiré acerca de Oscar.

Mi tía le ha dado su aprobación. Le parece muy apuesto, y dice que tiene el talante de todo un caballero. Esta es una gran alabanza en los labios de la señorita Batchford, pues ella desprecia a la actual generación de jóvenes. «En mis buenos tiempos -me dijo el otro día- se veían jóvenes caballeros de verdad. Hoy en día solo se ven jóvenes animales bien alimentados. bien adecentados, bien vestidos, pero nada más. Son animales que montan a caballo, que reman, que apuestan... Y nada más»

Oscar, por su parte, parece que le ha tomado aprecio a lar señorita Batchford cuando ha tenido ocasión de conocerla bien. Cuando se lo presenté, me sorprendió con su cambio de color y con una actitud de inseguridad. En algunas ocasiones se pone inquietantemente nervioso. Supongo que la grandeza de talante que tiene mi tía lo habrá amilanado.

[*Nota*. Es preciso que intervenga en este punto. La «grandeza de talante» de su tía me pone enferma. Dicho sea entre nosotros, esa mujer no tiene más que una nariz ganchuda y un rígido corsé. Lo que amilanó a Nugent Dubourg cuando se encontró en presencia de la anciana señora fue el miedo a ser descubierto. Sin duda tenía que saber por medio de su hermano que Oscar y la señorita Batchford jamás llegaron a conocerse. Si el lector tiene a bien repasar lo dicho hasta .ahora, comprobará que ese encuentro fue sencillamente imposible. Sin embargo, está igual de claro que Nugent no podía saber de antemano, al menos con certeza, si la señorita Batchford ignoraba entonces lo que había acontecido en Dimchurch. No, no podía averiguarlo, y no tenía por tanto la menor seguridad de no ser descubierto, al menos hasta que sondease el terreno en persona. El riesgo que hubo de correr fue lo suficientemente notable para que Nugent Dubourg se sintiera inquieto. ¡Y Lucilla habla en cambio de la «grandeza de talante» de su tía! ¡Qué ingenuidad! En fin, dejaré que siga su relato. P]

Tan pronto nos dejó mi tía a solas, las primeras palabras que le dije a Oscar hicieron referencia, cómo no, a su carta a propósito de madame Pratolungo.

Me hizo una señal de súplica y pareció un tanto intranquilo.

-¿Por qué vamos a echar a perder el placer de nuestro primer encuentro hablando de ella? -dijo-. Este asunto es indeciblemente doloroso para ti y para mí. Ya volveremos sobre él dentro de un par de días, Lucilla, pero ahora no. ¡Ahora no!

Otro asunto que tenía yo en mente era su hermano. No estaba ni mucho menos segura de cómo tenía que abordarlo, ni sabia tampoco como se lo tomaría él. Me arriesgué Sin embargo a hacer una pregunta. Me hizo otra señal de súplica y volvió a parecerme intranquilo.

-Mi hermano y yo nos entendemos el uno al otro, Lucilla. Él seguirá por el momento en el extranjero. ¿Te molesta que dejemos ese asunto? Cuéntame tus noticias; deseo saber cómo van las cosas en la rectoría. No he sabido nada desde que me escribiste para decirme que estabas aquí con tu tía, y que madame Pratolungo se había ido al extranjero por algo relacionado con su padre. ¿Está bien el señor Finch? ¿Vendrá a verte?

Yo no tenía ganas de explicarle el malentendido que se había producido en mi casa.

-No he tenido noticias de mi padre desde que estoy aquí -dije- Ahora que has vuelto, podré escribirle y anunciarle tu regreso, y así recibiré noticias de la rectoría.

Me miró con extrañeza, de una manera que me hizo temer que no le pareciera bien que escribiera a mi padre.

-Supongo que te agradaría que el señor Finch viniera a vernos -dijo, pero se calló de pronto y me miró otra vez.

-Es muy poco probable que venga de visita -contesté.

Oscar parecía maravillosamente interesado por mi padre.

-¡Poco probable! -repitió-. ¿Y por qué?

Me vi en la obligación de relatarle mi disputa familiar, aunque por el momento no le dije nada sobre la injusta manera en que había hablado mi padre de mi tía.

-Mientras esté con la señorita Batchford -le dije- es inútil tener esperanzas de que mi padre venga de visita. Tienen muy malas relaciones, y me temo que por el momento no cabe imaginar siquiera que vuelvan a ser amigos. ¿Te molesta que escriba a casa para decirles que has llegado a Ramsgate? -le pregunté.

-¿A mí? -exclamó como si fuese la viva imagen del asombro-. ¿Qué es lo que te ha hecho pensar tal cosa? Escribe, escríbeles, por favor. Y déjame, un trozo de papel a mí, que añadiré unas cuantas líneas de mi puño y letra.

Es imposible decir cuánto me alivió esta respuesta suya. Estaba clarísimo que, por un estúpido error, yo había interpretado mal su conducta. ¡Ah, mis nuevos ojos! ¡Mis nuevos ojos! ¿Llegará el día en que pueda depender de mis ojos como en otros tiempos dependía de mi sentido del tacto?

Librodot

[*Nota*. Debo entrometerme de nuevo. Si no encuentro alivio en algunas ocasiones, estallaré de indignación mientras copio el diario. Vale la pena comentar, antes de seguir adelante, con qué habilidad se las ingenia Nugent para calibrar cuál es exactamente su situación en Ramsgate, y para comprobar con qué fatal unanimidad concurren todas las circunstancias de su impostura en favor de que no sea descubierto. Como habrá comprobado el lector, la señorita Batchford se encuentra por completo a su merced. No sólo no sabe nada, sino que también hace las veces de cortapisa a la presencia del señor Finch, quien de lo contrario se habría reunido con su hija en Ramsgate y habría destapado toda la conspiración en un santiamén. Por todos sus flancos, Nugent parece estar al menos en apariencia a salvo. Yo he tenido que marcharme en una dirección. Oscar se ha marchado en otra. La señora Finch está inamoviblemente anclada con los niños. Zillah ha vuelto de Londres a la rectoría. El médico de Dimchurch (el que atendió a Oscar, y que sin duda habría sido un incómodo testigo) se encuentra ya en la India, como bien verá el lector si se remite a l capítulo vigésimo segundo. El médico de Londres al que consulto en aquella ocasión ha dejado de tener relaciones con su antiguo paciente. En cuanto a Herr Grosse, caso de que llegue aparecer en escena, preferirá con toda seguridad cerrar los ojos, al menos por prurito profesional, ante lo que está ocurriendo, y dejará que las cosas sigan su curso con el único afán que realmente admite, a saber, el bienestar y la salud de Lucilla. No existe literalmente ni un solo obstáculo que se interponga en el camino de Nugent, y no hay absolutamente nada que sirva de protección a Lucilla, salvo ese instinto fiel que persiste en avisarla de que ese hombre no es el hombre, si bien ese instinto le habla con una lengua que ella desconoce. ¿Terminará por captar la advertencia antes de que sea demasiado tarde? Amigo mío, esta nota tiene par intención aliviar mi angustia, que no la del lector. El lector tan solo tiene que seguir leyendo. He aquí el diario. No pienso estorbarle en su lectura ni un instante más. P.]

2 de Septiembre. Día de lluvia. Poca cosa se dijo entre Oscar y yo que valga la pena recoger aquí.

Mi tía, cuyo ánimo siempre se ve afectado por el mal tiempo, me tuvo largo rato en la salar de estar, entretenida obligándome a ejercitar mi sentido de la vista. Oscar estaba presente, pues ella misma lo había invitado, y de hecho ayudó a la anciana señora; entre los dos impusieron a mi nuevo sentido de la vista toda suerte de tareas. Trató por todos los medios de que le dejara ver cómo escribía, pero yo me negué. Mejoro a toda la velocidad que puedo, pero todavía no tengo una caligrafía suficientemente buena.

Permítaseme que llame aquí la atención sobre lo terriblemente difícil que es recobrar, en un caso como el mío, el ejercicio de la vista.

Tenemos un gato y un perro en la casa. ¿Podría alguien creer, si se lo dijera yo al mundo en vez de contárselo a mi diario, que de hecho los confundí el otro día? ¡Y eso después de ver tan bien como veo ahora, que ya soy capaz de escribir sin apenas tachaduras! No obstante, es verdad que confundí a los dos animales por que confié tan solo en mi memoria para que informase a mis ojos de cuál era uno y cuál era otro, en vez de ayudar a mi memoria por medio del tacto. Ahora ya he resuelto esta complicación. Cojo

Librodot

en brazos al gatito; cierro los ojos (¡qué costumbre! ¿cuándo podré superarla?) y palpo su pelaje suave (¡tan distinto al pelo crespo de un perro!) y los abro de nuevo y ya relaciono para siempre el tacto de su pelaje con la visión del gato.

La experiencia de hoy mismo también me ha hecho ver que avanzo lentamente en mi aprendizaje para calcular correctamente las distancias.

A pesar de estos reveses, sin embargo, no hay cosa con la que disfrute tanto al hacer uso de mi vista como con la contemplación de una amplia perspectiva, sea cual sea, siempre y cuando no se me pida que juzgue si están cerca o lejos tales o cuales objetos. Tras haber permanecido en el encierro que me impuso mi ceguera, asomarse a la vista de la ciudad, al promontorio que domina el malecón y, más allá, a la inmensidad del mar, que son visibles desde nuestras ventanas es como escapar de una prisión. En cuanto mi tía empieza a interrogarme sobre las distancias, hace de mi placer una pesada carga. Todavía es peor cuando me preguntan por el tamaño de los barcos y los balandros y me piden que compare unos con otros. Cuando no veo nada más que un barco, se me antoja mucho mayor de lo que realmente es. Cuando veo un balandro por comparación con un barco, y vuelco a mirar el balandro, me voy en el acto al extremo opuesto, y me parece que es mucho más pequeño de lo que es en realidad. Calcular tamaños y distancias con un mínimo acierto es algo que me trae a mal traer, casi tanto como aquella estupidez del principio, como cuando vi un caballo y una tartana desde uno de. los pisos de arriba y me pareció un perro que tiraba de una carretilla. Añadiré en defensa propia que tanto el caballo como la tartana tenían en mi imaginación de ciega un tamaño cinco veces superior al real, y de ahí procede mi error, creo yo, que a fin de cuentas no es tan estúpido.

Bueno, mi tía se divirtió mucho. ¿Y qué efecto produjo en Oscar todo esto?

Si pudiera fiarme de mis ojos, diría que fue exactamente el efecto contrario: una cierta melancolía. Pero no me fío de mis ojos. Deben de engañarme, sin duda, cuando me dicen que, a mi lado, parecía un hombre preocupado, triste, alicaído.

¿No será que él ve y siente que algo ha cambiado en mí? Sería capaz de ponerme a gritar de rabia y de irritación contra mí misma. He ahí mi Oscar... y sin embargo no es el Oscar que yo conocí cuando estaba ciega. Por contradictorio que pueda parecer, antes comprendía cómo me miraba, y eso que era incapaz de verlo. Ahora que lo puedo ver, me pregunto si de veras es amor lo que me mira por sus ojos, o si será algo distinto. ¿Cómo voy a saberlo? Lo sabía cuando únicamente podía fiarme de mi imaginación. Ahora, por más que me esfuerce, no logro que mi imaginación de antes y mi vista de ahora me sirvan las dos en armonía. Me temo que el vea que yo no le entiendo. ¡Ay, ay de mi!. ¿Por qué no me habré encontrado con el bueno de Grosse y convertido en el nuevo ser en el que él me ha convertido antes de conocer a Oscar? Así no tendría recuerdos de mi ceguera, ni tampoco la ilusión de encantos que no son quizás reales, y que debo superar. He de acostumbrarme a mi nueva manera de ser; espero y creo que, con el tiempo, me acostumbraré también a mis nuevas impresiones de Oscar, y así al final todo saldrá bien. Bastante mal están las cosas ahora. Me rodeó con el brazo

Librodot

por la cintura y me estrechó brevemente con ternura cuando seguíamos a la señorita Batchford camino del comedor esta misma tarde. No respondí a su gesto. Y hace unos pocos meses lo hubiera sentido en todo mi ser.

Ha caído una lágrima sobre el papel. ¡Qué boba soy! ¿Por qué no podré escribir sobre otras cosas?

Hoy envié mi segunda carta a mi padre, contándole que Oscar ha regresado del extranjero y sin llamarle la atención por no haber contestado a mi primera carta. La única manera de manejar a mi padre es no fijarse demasiado, y dejarle que haga las cosas a su modo. Le enseñé mi carta a Oscar, donde había dejado un espacio para que él añadiera una postdata. Mientras estaba escribiendo, me pidió que fuera a traerle algo que resulto estar arriba, en mi habitación. Cuando regresé, ya había cerrado el sobre: olvidó enseñarme su posdata. No valió la pena volver a abrirlo; me contó lo que había escrito y me di por satisfecha.

[*Nota*. Debo molestar al lector con una copia de lo que Nugent escribió en realidad. Ahí se pone de manifiesto por qué la hizo salir de la habitación y por qué cerró el sobre antes de que ella volviera. En este sentido, la posdata en cuestión también es merecedora de este comentario, ya que desempeña un papel importante en una página de mi relato que todavía está por llegar.

Así escribe Nugent, en nombre de Oscar y haciéndose pasar por él, al rector de Dimchurch. (Ya he mencionado, como verá el lector en el capítulo vigésimo segundo, que uno de los aspectos mas asombrosos del parecido entre ambos gemelos era la similitud de sus respectivas caligrafías).

> QUERIDO SEÑOR FINCH:
>
> la carta de Lucilla le habrá referido que he recuperado la cordura y que de nuevo le rindo todos mis respetos en calidad de prometido y futuro marido suyo. Mi principal objetivo al añadir estas líneas no es otro que sugerirle que olvidemos el pasado y que sigamos como si nada hubiera ocurrido.
>
> Nugent se ha comportado con nobleza. Me absuelve de las ofensas que pudiera haberle causado con motivo del áspero combate que mantuvimos en nuestro ùltimo encuentro, antes de abandonar Browndown. Con enorme generosidad ha cumplido con el deber que por lealtad tenía con madame Pratolungo, y no ha cejado hasta encontrar el lugar en que me oculto para restituirme a Lucilla. Por el momento, permanece en el extranjero.
>
> Si me hace el favor de responder ésta, debo pedirle que tenga gran cuidado con lo que escriba, pues con toda seguridad Lucilla me pedirá que le deje ver su carta. Recuerde que ella sólo supone que he vuelto a su lado tras una breve ausencia fuera de Inglaterra, causada por la necesidad de reunirme con mi hermano en el continente. También sería deseable que no dijera nada sobre la cuestión de mi desafortunado color de piel. He puesto las cosas en claro con Lucilla y ella está acostumbrándose a mí poco a poco. Sin embargo, esta cuestión todavía levanta ampollas, y cuanto memos se aluda a ella, mejor para todos. Sinceramente suyo,

Librodot

Oscar

A menos que añada unas palabras a modo de explicación en este punto el lector difícilmente podrá apreciar la extraordinaria habilidad con que se prosigue el engaño por medio de esta postdata.

Escrita como si fuera de puño y letra de Oscar (y haciendo mención expresa de que Nugent ha hecho todo lo que me prometió hacer), prescinde sin embargo de la cortesía propia de su estilo. El objeto que tiene con ello es ofender al señor Finch, en seguida verá el lector con qué intenciones. El rector era el último hombre del mundo capaz de renunciar a las obligadas disculpas y manifestaciones de pesar de un hombre que, comprometido con su hija, la había dejado tal como Oscar la había dejado, independientemente de hasta que punto las circunstancias parecieran excusarle. Esa incisiva e improvisada posdata, firmada por «Oscar», era lo más indicado para exasperar la herida ya infligida a la autoestima del señor Finch, y de ese modo hacía sumamente improbable que el rector reconsiderase su intención de celebrar la ceremonia de la boda. Caso de que efectivamente se negara, ¿qué sucedería? Es sencillo: un desconocido, que no tuviera ni idea de quién era Nugent y quién era Oscar, sería el encargado de oficiarla, ¿Lo entiende ahora el lector?

Sin embargo, incluso los más inteligentes son a veces incapaces de prever todas las situaciones de urgencia que puedan presentarse. La trama mejor urdida, hasta sus últimos detalles. tiene por norma general un punto flaco.

La posdata, tal como ha visto el lector, era una pequeña obra maestra. Sin embargo, exponía a su autor a un peligro que (tal como señalara el propio diario) él tan sólo apreció en su justo valor cuando ya fue tarde para cambiar de planes. Al verse forzado, por guardar las apariencias, a permitir que Lucilla informase a su padre de su llegada a Ramsgate, también estaba obligado a correr el riesgo de que esa misma noticia de considerable importancia familiar fuese comunicada, bien por el propio señor Finch, bien por su esposa, a alguien como yo. El lector recordará que la valerosa señora Finch, cuando nos despedirnos en la casa rectoral, me pidió que no dejara de escribirle mientras estuviera en el extranjero: también comprobara, tras la insinuación que acabo de darle, que el señor Nugent Dubourg empezaba a transitar por un terreno sumamente delicado. No diré más; cedo la voz a Lucilla. P.]

3 de Septiembre. Oscar ha olvidado algo (creo yo) que debería haber incluido en su posdata a mi carta.

Más de dos horas después de que la hubiese dado al correo, me preguntó si la carta ya había salido. Cuando le dije que sí, pareció momentáneamente contrariado. No tardó en reponerse. No tenía importancia (dijo), pues con toda facilidad podría volver a escribir.

-Hablando de cartas -dijo de pronto-, ¿supones que madame Pratolungo te escribirá?

(¡Esta vez fue él quien la menciono!) Le dije que no, que no era muy probable después de lo que había ocurrido; y entonces traté de hacerle a

propósito de madame Pratolungo algunas de las preguntas que en otra ocasión me habla pedido que no le hiciera al menos de momento. Por segunda vez, me rogó que aplazáramos la discusión de un asunto tan poco agradable para otra ocasión. Sin embargo, con curiosa incoherencia, inmediatamente después me hizo otra pregunta relacionada con ese mismo asunto.

-¿Te parece probable que mantenga correspondencia con tu padre o con tu madre adoptiva mientras esté fuera de Inglaterra? -preguntó.

-Dudo que escriba a mi padre -le dije-. Pero tal vez sí se escriba con la señora Finch.

Se paró un rato a pensar, y acto seguido volvió ir hablar del asunto de nuestra estancia en Ramsgate.

-¿Cuanto tiempo vas a quedarte aquí? -preguntó.

-Eso depende de Herr Grosse -contesté-. Se lo preguntaré la próxima vez que venga.

Se volvió hacia la ventana de repente, como si estuviera un poco molesto.

-¿Estas cansado de Ramsgate? -pregunté.

Volvió junto a mí y me tomó la mano, esta mano fría e insensible que ahora se niega a sentir el tacto de la suya.

-Permíteme ser tu marido, Lucilla -susurró-, y viviré contigo en Ramsgate si tú quieres.

Aunque estas palabras contuvieran lo que más podía complacerme, también hubo algo qué me sobresaltó, y no lo puedo describir, en su manera de decirlas e incluso en su aspecto. Por el momento, no le contesté, y él siguió hablando.

-¿Por qué no nos casamos de inmediato? -insistió-. Los dos somos mayores de edad. Solo hemos de pensar en nosotros.

[*Nota*. Léanse sus palabras de este otro modo: «¿Por qué no nos casamos antes de que madame Pratolungo tenga conocimiento de que he llegado a Ramsgate?» Así podrá el lector interpretar correctamente sus motivos. La situación avanza rápidamente hacia su clímax de peligro. La única posibilidad que tiene Nugent es persuadir a Lucilla de que se case con él antes de que nada llegue a mis oídos y antes incluso de que Grosse considere que se encuentra suficientemente recuperada para marchar de Ramsgate. P.]

-Te olvidas -le conteste más sorprendida que nunca- de que hemos de pensar en mi padre. Siempre habíamos dispuesto que fuera él quien oficiase la ceremonia en Dimchurch.

Oscar sonrió, pero no con la encantadora sonrisa que yo imaginaba en sus labios cuando era ciega.

-Entonces, me temo que habremos de esperar mucho tiempo -dijo-, si tiene que ser tu padre quien nos case.

-¿Qué quieres decir? -pregunté.

Librodot

-Cuando abordemos el doloroso asunto de madame Pratolungo te lo explicaré -dijo-. Entretanto, ¿tú crees que el señor Finch contestara a tu carta?

-Eso espero.

-¿Y crees que contestará a mi posdata?

-¡Seguro que sí!

La misma sonrisa desagradable volvió a lucir en su rostro. Dejó bruscamente la conversación y se puso a jugar al piqué con mi tía.

Todo esto sucedió ayer por la noche. Me fui a acostar, triste e insatisfecha con alguien, aunque no llegué a saber si era con Oscar o conmigo misma, o quizás con los dos. Me imagino que con los dos.

Hoy hemos salido juntos a dar un paseo por los acantilados. ¡Qué delicia ha sido pasear con la brisa fresca y ver el adorable paisaje que me rodeaba por todas partes! Oscar también lo ha disfrutado. Durante la primera parte de nuestra caminata ha estado encantador, y yo me he sentido más enamorada de él que nunca. A nuestro regreso ocurrió un pequeño incidente que lo alteró y lo puso de mal humor. A mí de nuevo se me encogió el corazón.

Sucedió como sigue.

Le propuse que regresáramos por el arenal. Ramsgate sigue lleno de veraneantes, y la animación que hay en la playa a última hora del día tiene para mí no pocos atractivos después de toda una vida de ceguera, aunque dudo mucho de que tenga esos mismos atractivos para las personas que siempre han gozado del sentido de la vista. Oscar, que siente una nerviosa aversión a las multitudes, y que evita relacionarse con las personas que no sean tan refinadas como él, se mostró sorprendido ante mi deseo de mezclarme con lo que él denomina «la chusma del arenal». Sin embargo, dijo que estaba dispuesto a bajar si yo lo deseaba tanto. Y la verdad es que lo deseaba mucho, así que allá fuimos.

Había sillas en la playa. Alquilamos dos y nos sentamos a mirar el paisaje.

Había toda suerte de diversiones. Monos, organillos, muchachas que caminaban sobre zancos, un mago e incluso una tropa de juglares negros entretenían a los veraneantes. La variedad del colorido y el jolgorio de la animación, el disfrute de la muchedumbre, el azul del mar al fondo y la gloriosa luz del sol en el cielo, me parecieron una maravilla. ¡Afirmo que fue como si dos ojos no bastaran para verlo todo! Una. simpática señora de edad que estaba sentada cerca de nosotros trabó conversación conmigo, y me ofreció hospitalariamente unas galletas y una copa de Jerez que llevaba en su cesta. Oscar, con gran decepción por mi parte, parecía asqueado de todos nosotros. Mi simpática señora le parecía vulgar, y de la gente de la playa dijo que eran «un rebaño de esnobs»[5]. Mientras mascullaba entre dientes toda suerte de improperios sobre «esa chusma de baja estofa», de pronto miró de reojo a alguna persona o alguna cosa, en ese momento no supe qué, y, poniéndose en pie, se colocó de tal modo que me bloqueó la vista del paseo

[5] Nugent emplea el vocablo en su sentido original: personas de clase baja y escasa educación que imitan a las clases altas y bien educadas

Librodot

que tenía yo delante. En ese mismo instante me fijé en que se acercaba una señora vestida con un traje de un curioso color, así que aparté a Oscar a un lado para poder contemplarla cuando pasara por delante de nosotros. «¿Por qué te pones ahí en medio?», le pregunté. Antes de que pudiera contestarme pasó la señora con dos niños adorables, y un hombre muy alto a su lado. Mis ojos, que se fijaron primero en la señora y en los niños, se desplazaron luego hacia el caballero, y vi repetida en su cara la misma coloración azul negruzca que me había aterrado en la cara del hermano de Oscar cuando abrí los ojos por vez primera en la casa rectoral. Por un instante me asusté de nuevo, aunque más, creo yo por la inesperada repetición de la cara azul en los rasgos de un desconocido, que por la fealdad de la coloración en sí misma. Fuera como fuese, mantuve la tranquilidad necesaria para admirar el vestido de la señora y la belleza de los niños antes de que desaparecieran de mi vista. Oscar me habló mientras aún los estaba mirando, y me habló en un tono de reproche para el cual, pensé yo, no existía excusa ni justificación.

-Traté de ahorrártelo -dijo-. Si ese hombre te ha dado miedo, ha sido por culpa tuya.

-No me ha dado ningún miedo -le respondí cortantemente.

Oscar me miró con gran atención y tomó asiento de nuevo sin decir una sola palabra.

La anciana señora, tan cordial, había visto y había oído todo lo que sucedió entre nosotros, y se puso a hablar del caballero de la cara decolorada y de la señora y los niños que lo acompañaban. Era un oficial indio ya jubilado, dijo. La señora era su esposa, y los dos bellos niños eran sus hijos.

-Parece una lástima que un hombre tan apuesto esté desfigurado de ese modo -comentó mi vecina de asiento-. Sin embargo, a fin de cuentas no importa gran cosa. Ahí está, ya lo ven ustedes, con una espléndida mujer por esposa y dos niños adorables. Conozco a la dueña de la casa en que se hospedan, y les garantizo que sería imposible encontrar una familia más feliz en toda Inglaterra. Eso es lo que mi amiga cuenta de ellos. Ya se ve que ni siquiera una cara así de azulada es un terrible infortunio, sobre todo si se contempla a esa luz. ¿No le parece, señorita?

Estuve completamente de acuerdo con la anciana señora. Por algún motivo para mí incomprensible, nuestra conversación pareció irritar a Oscar. Se levantó de nuevo con impaciencia y miró su reloj.

-Tu tía estará preguntándose qué ha sido de nosotros -dijo-. Y seguramente ya habrás visto más que suficiente a la chusma del arenal, ¿no es así?

No, no estaba yo cansada de ver a la gente en la playa, y me habría gustado mucho haber seguido entre la chusma del arenal, como decía Oscar, otro rato más. No obstante, me di cuenta de que se sentiría profundamente molesto si insistía en quedarme, de modo que me despedí de la simpática anciana y me marché de la playa, aunque no de buena gana.

Él no dijo nada más hasta que nos hubimos alejado del gentío. Volvió entonces, sin ninguna razón que a mi juicio lo justificara, al asunto del oficial indio y al recuerdo de su hermano que la tez de aquel desconocido seguramente había despertado en mí.

Librodot

-No entiendo que, según me has dicho, no te diera miedo ver a ese hombre -comentó-. Cuando viste a mi hermano te llevaste un susto de muerte.

-Me había aterrorizado mucho antes de verlo, debido a mi imaginación -le respondí-. Después de verlo, no tardé en superar ese temor.

-¡Eso lo dirás tú! -respondió.

Hay algo excesivamente provocador, al menos para mí, en decirle a alguien a la cara que ha dicho una cosa que no es digna de ser creída. No me pareció un acto muy apropiado por mi parte (después de lo que él me dijo por carta de la chifladura de su hermano) mencionar a Nugent. No debería haber dicho nada al respecto. Sin embargo, lo hice.

-Lo digo muy en serio -repuse-. Antes de saber lo que me dijiste sobre tu hermano, te iba a proponer, pensando en ti y pensando en él, que viviéramos con él después de habernos casado.

Oscar se detuvo de repente. Me había dado el brazo para guiarme entre el gentío, pero de pronto me soltó.

-Eso lo dirás porque estás enojada conmigo -dijo.

Negué que estuviera enojada con él; afirmé, una vez más, que sólo le estaba diciendo la verdad.

-¿De veras quieres decir -insistió- que podrías haber vivido cómodamente teniendo la cara azul de mi hermano delante de ti a todas las horas del día?

-Sí, con toda comodidad... Siempre y cuando también fuese mi hermano.

Oscar señaló la casa en la que estábamos alojadas mi tía y yo, a pocos metros del lugar en que nos encontrábamos.

-Ya estás casi en casa -dijo hablando de manera extraña, en voz baja y apagada, con la mirada clavada en el suelo-. Yo quiero seguir paseando. Nos veremos a la hora de la cena.

Me dejó sin levantar la mirada y sin decir una palabra más.

¡Celoso de su hermano! Hay algo antinatural, algo degradante en unos celos de esa índole. Me avergüenzo de haber pensado tal cosa de él. Sin embargo, ¿qué podía significar su comportamiento?

[*Nota*. A mí me corresponde dar respuesta a esta pregunta. Yo daré su merecido a ese miserable desdichado. Su conducta significaba, dicho en una sola palabra, remordimiento. La única excusa que le quedaba ante su propia conciencia, por el papel de infame que estaba desempeñando, era precisamente ésa, que la desfiguración de su hermano presuponía un obstáculo fatal e insalvable en el posible matrimonio de éste con Lucilla. Y fue precisamente entonces cuando las propias palabras de Lucilla, y los actos de Lucilla, le dijeron a las claras que el rostro de Oscar no constituía el menor obstáculo y que ella sería capaz de verlo constantemente en la habitual rutina de la vida familiar. Los tortuosos reproches que este descubrimiento le infligió le alejaron de la presencia de Lucilla. Si hubiera dicho una sola palabra más en ese instante, sus propios labios le habrían delatado. No es ésta una simple especulación por mi parte. Sé muy bien que

Librodot

lo que aquí escribo es verdad. P.]

Vuelve a ser de noche. Estoy en mi dormitorio, demasiado nerviosa y demasiado preocupada para echarme a descansar. Trataré de terminar este relato confidencial de los sucesos que han ocurrido a lo largo del día.

Oscar volvió poco antes de la hora de la cena; estaba pálido y ojeroso, y tan ausente que prácticamente ni siquiera sabía de qué estaba hablando. No medió ninguna explicación entre nosotros. Me pidió perdón por las cosas tan duras que había dicho y por el mal humor que había mostrado a lo largo del día. Yo acepté de inmediato sus disculpas, e hice todo lo posible por ocultar la intranquilidad que su aire de ausencia y de continua preocupación me había causado. A pesar de que estaba hablando conmigo, saltaba a la vista que estaba pensando en otra cosa. Me resultó menos parecido que nunca al Oscar que yo recordaba de cuando estaba ciega. Fue como si la antigua voz hablase de una manera nueva. Tan sólo puedo explicármelo así.

En cuanto a su talante, sé que antes era siempre más o menos tranquilo y reservado. Sin embargo, ¿estuvo alguna vez tan apagado y tan deprimido como lo he visto hoy? ¡Es inútil preguntarlo! Antaño era incapaz de verlo. El juicio que de él hiciera yo en el pasado y el juicio que hago en el presente se deben a medios tan absolutamente distintos que parece inútil tratar siquiera de compararlos. ¡Ah, cuánto echo de menos a madame Pratolungo! ¡Qué alivio, qué consuelo habría sido decirle a ella todo esto, y haber oído lo que pensaba!

Existe, sin embargo, una posibilidad de que encuentre una salida a buena parte de todas estas perplejidades, aunque para eso he de esperar a mañana.

Oscar parece haber tomado por fin la determinación de darme las explicaciones que hasta este momento se ha abstenido de considerar siquiera. Me ha pedido que le permita dármelas cumplidamente a solas mañana por la mañana. Las circunstancias que hayan podido llevarle a hacerme semejante solicitud han avivado sobremanera mi curiosidad. Hay evidentemente algo que sucede bajo la superficie de las cosas, algo que atañe a mis intereses y, posiblemente, también a los de Oscar.

Todo sucedió más o menos de este modo.

Al regresar a la casa después de que Oscar se marchase me encontré una carta de Grosse que había llegado en el correo de la tarde. Mi querido y viejo cirujano escribía para decirme que tenía previsto venir a verme, y añadía en una posdata que llegaría al día siguiente, a la hora del almuerzo. Por mis pasadas experiencias pensé que esa insinuación exigiría del personal doméstico de mi tía un gran esfuerzo para esmerarse al máximo. (¡Ay de mí! A la fuerza tuve que pensar en madame Pratolungo y en su pollo a la mayonesa. ¿Es que ya nunca han de volver aquellos buenos tiempos?) En fin. A la hora de la cena anuncié la visita de Grosse, y añadí significativamente que se produciría «a la hora del almuerzo».

Mi tía levantó la vista del plato con un respingo. No se mostró en modo alguno interesada, al contrario de lo que supuse, por un asunto tan serio como el del almuerzo, sino que le importó exclusivamente la opinión que el médico pudiera dar sobre mi salud.

Librodot

-Me muero por saber qué dice el señor Grosse mañana -comenzó a decir la anciana señora-. Insistiré en que me dé un informe mucho más completo que el de la última vez. Yo tengo la impresión, querida, de que el restablecimiento de tu vista es prácticamente completo.

-¿Es que quiere que esté curada, tía, porque desea marcharse. -pregunté-. ¿Está usted cansada de Ramsgate?

El brusco temperamento de la señorita Batchford me fulminó en la mirada que despidieron sus brillantes y viejos ojos.

-No, estoy cansada de guardar una carta que es para ti -repuso con una mirada de hondo disgusto.

-¿Una carta para mí? -exclamé.

-Así es. Una carta que sólo habrá de entregársete cuando el señor Grosse afirme que estás del todo restablecida.

Oscar, que hasta ese momento no se había tomado el menor interés por la conversación, se quedó de pronto con el tenedor a mitad de camino entre el plato y la boca. Cambió de color y miró con angustia a mi tía.

-¿Qué carta?-pregunté-. ¿Quién se la ha dado? ¿Por qué no he de verla hasta que esté del todo restablecida?

La señorita Batchford meneó la cabeza tres veces con la misma obstinación, una en respuesta a cada una de mis preguntas.

-Detesto los secretos y los misterios -dijo con impaciencia-. Esto es un secreto y un misterio, y por tanto deseo librarme de él en cuanto pueda. Eso es todo. Ya es demasiado lo que he dicho. No pienso decir nada más.

Todos mis ruegos cayeron en saco roto. Era evidente que el temperamento de mi tía la había llevado a cometer una imprudencia. Hecho lo cual, se mostró provocadoramente decidida a no empeorar las cosas. Por más que insistiera, no logré inducirla a que abriese los labios sobre el asunto de la misteriosa carta.

-Espera a que mañana llegue el señor Grosse. -Ésta fue la única respuesta que pude obtener de ella.

En cuanto a Oscar, este pequeño incidente pareció tener en él un efecto que reforzó sobremanera la curiosidad que mi tía había despertado en mí.

Escuchó con gran atención, sin respirar casi, mientras yo trataba de convencer a la señorita Batchford de que respondiera a mis preguntas. Cuando di mi empeño por perdido, él apartó su plato y no comió nada más. Por otra parte, aunque por lo común fuese el hombre más morigerado que se pueda imaginar, bebió gran cantidad de vino tanto durante la cena como después. En la velada, cometió tantos errores jugando con mi tía a las cartas que ésta desistió de seguir. El resto del tiempo estuvo sentado en un rincón, fingiendo escucharme tocar el piano, aunque en realidad estaba perdido en sus inquietos pensamientos, sumergido a una gran profundidad, lejísimos de la música y de mí.

Cuando decidió retirarse, me habló al oído y me apretó la mano con ansiedad mientras me hablaba.

-Mañana tenemos que vernos a solas antes de que llegue Grosse. ¿Te será posible?

-Sí.

Librodot

-¿Cuándo?

-A las once en punto, en las escaleras del acantilado.

Con eso, se marchó. Sin embargo, desde entonces hay un interrogante que no me deja en paz. ni mi minuto. ¿Sabe Oscar quién es el autor de esa misteriosa carta? Tengo la firme convicción de que sí. Mañana sabré si estoy en lo cierto o si me equivoco. ¡Cuántas ganas tengo de que sea ya mañana!

CAPÍTULO XLIV

El diario de Lucilla: continuación

4 de septiembre. Señalo este día por ser uno de los más tristes de toda mi vida. Oscar me ha mostrado a madame Pratolungo como es de verdad. Ha razonado conmigo este tristísimo asunto con una sencillez a la que me ha sido imposible resistir. He dado por perdido definitivamente el amor y la confianza que había puesto en una mujer tan falsa. En su naturaleza no hay sentido del honor, no hay ni rastro de gratitud, ni un ápice de delicadeza. Y yo llegué a considerarla... ¡Me pongo enferma sólo de recordarlo! No pienso verla nunca más.

[*Nota*. ¿Se ha visto el lector en el brete de tener que copiar palabra por palabra, de su puño y letra, semejante opinión acerca de su propia persona? Puedo recomendar la sensación porque es algo totalmente novedoso, y apunto que la tentación de añadir un par de líneas por cuenta propia es tan intensa que se halla prácticamente por encima de la resistencia de cualquier mortal. P]

Oscar y yo nos reunimos en las escaleras a las once en punto, como habíamos convenido

Me llevó al malecón del oeste. A esa hora de la mañana, con la excepción de unos cuantos marineros que no nos prestaron la menor atención, el lugar estaba desierto. Hacía uno de los días más bellos de la temporada veraniega. Cuando nos cansamos de pasear, nos sentamos bajo un sol no demasiado intenso y disfrutamos del balsámico aire del mar. Con esa pureza de la luz, con esos bellos colores a nuestro alrededor, hubo algo a mi entender horrorosa y vergonzosamente fuera de lugar en nuestra conversación, una conversación que al cabo de las horas no trató más que ¡de tramas y ardides, crueldad, ingratitud y engaños!

Logré con mi primera pregunta entrar en materia sin más tardanza, sin perder el tiempo con frases que me preparasen para lo que me esperaba.

-Cuando mi tía habló de esa carta ayer por la noche -dije-, tuve la sensación de que tú sabías algo. ¿Me equivoco?

-No, no te equivocas del todo -contestó-. Tampoco puedo decir que lo sepa con toda seguridad. Tan sólo sospeché que tenía que ser obra de un enemigo tuyo y mío.

-No será madame Pratolungo...

-¡Sí, madame Pratolungo!

Al principio estuve en desacuerdo con él. Madame Pratolungo y mi tía habían tenido una fuerte discusión por motivos políticos. Que ahora mantuvieran correspondencia, sobre todo si era confidencial, me parecía de lo más improbable. Pregunté a Oscar si era capaz de adivinar de qué trataba la carta, y por qué razón no había de entregárseme hasta que Grosse definitivamente diera el visto bueno a mi curación.

-No sé adivinar de qué trata. Tan sólo me imagino qué objeto tiene -dijo.

-¿Y cuál es?

-El objeto que ella ha perseguido desde el principio. Interponer todos los obstáculos que pueda para que no nos casemos.

-¿Y qué interés puede tener en semejante cosa?

-El interés de mi hermano.

-Perdóname, Oscar, pero no puedo creer semejante cosa de ella.

Estábamos caminando mientas intercambiábamos estas palabras. Cuando le dije eso, se detuvo y me miró muy en serio.

-Pues lo creíste cuando contestaste a mi carta.

Lo reconocí.

-Creí en tu carta -contesté- y compartí tu opinión de ella mientras estuvo en la misma casa que yo. Su presencia alimentaba mi cólera y mi horror de un modo que no sabría explicar. Ahora que ya no está conmigo, ahora que he tenido tiempo de pensar, hay en su ausencia algo que habla en su favor y que me tortura, pues me hace dudar si habré obrado bien. No lo puedo explicar, porque no lo entiendo. Tan sólo sé que así es.

Me siguió mirando con grandísima atención.

-La buena opinión que de ella tienes debía de haber echado muy hondas raíces para haberse manifestado con tanta obstinación -dijo-. ¿Qué es lo que ha hecho para merecer tal cosa?

Si hubiera repasado todos mis recuerdos de ella, si los hubiera recordado uno a uno, no habría sino acabado llorando. Sin embargo, pensé que debía defenderla al menos mientras me fuera posible. De ese modo logré hacer frente a la dificultad.

-Te diré qué es lo que hizo -dije- después de que yo recibiera tu carta. Por suerte para mí, no se encontraba muy bien esa mañana, y tomó el desayuno en cama. Tuve tiempo de sobra para prepararme y para prevenir a Zillah (que fue quien me leyó tu carta) antes de verla ese día. El día anterior yo me sentí dolida y ofendida por su modo de explicarme tu ausencia de Browndown. Pensé que no me estaba tratando con la misma confianza que yo habría depositado en ella si nuestras posiciones hubieran sido a la inversa. La siguiente vez que la vi, como ya conocía tu advertencia, le presenté mis disculpas y le dije lo que a mi juicio esperaba ella que yo dijese en semejantes circunstancias. Presa de la excitación y de la desdicha, me atrevo a decir que pequé por exceso de fingimiento. En cualquier caso, desperté en ella la sospecha de que algo no iba del todo bien. No sólo me preguntó si había ocurrido algo, sino que incluso llegó al extremo de decir precisamente con estas palabras que me notaba cambiada. Dejé ahí la conversación diciéndole que no la entendía. Tuvo que darse cuenta de que no estaba diciendo la verdad; tuvo que darse cuenta, igual que lo sabía yo, de que le estaba ocultando algo. A pesar de todo, ni una sola palabra salió de sus labios. Una orgullosa delicadeza que vi claramente en su rostro, tal como ahora te veo a ti, una orgullosa delicadeza la hizo callar; parecía dolida. No he dejado de pensar en su actitud desde que estoy aquí. Me he preguntado, como no me pregunté en su momento, si una mujer falsaria, que se sabía culpable, se habría comportado de ese modo. No me cabe duda de que una falsaria habría empeñado todo su ingenio contra mí, y habría tratado de empujarme con engaños a delatar todo cuanto yo hubiera descubierto para entonces. ¡Oscar! Ese delicado silencio y esa mirada de

dolor hablan en su favor cuando ahora pienso en ella. No puedo sentirme tan satisfecha como lo estuve entonces al pensar que es el ser abominable que tú afirmas que es. Sé que eres incapaz de engañarme, sé que dices lo que crees y que crees lo que dices, pero ¿no es posible que las apariencias te hayan engañado? ¿Estás de veras completamente seguro de no haber cometido algún terrible error de apreciación?

Sin responderme, se detuvo de pronto ante un banco que había bajo el parapeto de piedra del malecón v me indicó con un gesto que me sentara con él. Le obedecí. En vez de mirarme apartó la cabeza y se quedó contemplando el mar. No le comprendí. Me dejó perpleja, casi alarmada.

-¿Es que te he ofendido? -pregunté.

Se volvió con la misma brusquedad con que se había apartado. Tenía errática la mirada, estaba muy pálido.

-Eres una mujer buena y generosa -dijo de manera confusa y apresurada-. Hablemos de otra cosa.

-¡No! -repuse-. Me importa demasiado la verdad para hablar ahora de ninguna otra cosa.

Le volvió a cambiar el color. Se puso rojo como la grana y exhaló un hondo suspiro, como se hace a veces al realizar un gran esfuerzo.

-¿No piensas ceder? -dijo.

-No, no pienso ceder -contesté.

Se puso en pie. Cuanto más a punto estaba de relatarme todo lo que hasta ese momento me había ocultado, más difícil le resultaba al parecer encontrar la palabra con la que empezar.

-¿Te importa que caminemos otro rato? -preguntó.

Me levanté en silencio y lo tomé del brazo. Caminamos despacio hasta el extremo del malecón. Al llegar se quedó quieto y dijo con gran dificultad aquellas primeras palabras sin dejar de contemplar la anchura del mar azul, sin mirarme a mí.

-No te pediré que des ni una sola cosa por sentada sólo porque yo te la diga -empezó diciendo-. Las propias palabras de esa mujer y sus propias acciones demostrarán que es culpable.

Le interrumpí con una pregunta.

-Dime una sola cosa -dije-. ¿Qué te hizo sospechar de ella?

-Fuiste tú quien me hizo sospechar por lo que dijiste en Browndown -contestó-. Haz memoria y trata de volver a la ocasión que ya te mencioné por carta, cuando ella se delató ante ti en el jardín de la rectoría. ¿Es cierto que dijo que te habrías enamorado de Nugent si lo hubieras conocido a él antes que a mí?

-Es cierto que lo dijo -respondí-. Lo dijo en un momento -añadí en seguida- en que había perdido los estribos... Y yo también estaba fuera de mis casillas.

-Avanza unas horas en el tiempo -prosiguió- hasta el momento en que te siguió hasta Browndown. ¿Estaba todavía fuera de sus casillas cuando te pidió disculpas?

-No.

Librodot

-¿Interfirió en tu favor cuando Nugent se aprovechó de tu ceguera para hacerte creer que estabas hablando conmigo?

-No.

-¿Y estaba ella fuera de sus casillas?

Yo insistí en defenderla.

-Tal vez todavía estuviera enojada -dije-. Me había pedido disculpas con toda su amabilidad, y yo las había recibido con una descortesía y una rudeza imperdonables.

Mi defensa no surtió el menor efecto. El siguió hablando con toda frialdad.

-Ella me comparó de forma desventajosa con Nugent. Permitió que Nugent se hiciera pasar por mí al hablar contigo y no hizo nada para impedírselo. En uno y otro caso, su temperamento la disculpa y justifica su conducta. Muy bien. Hasta este punto, podemos estar en desacuerdo o no. Antes de seguir adelante, a ver si podemos ponernos de acuerdo sobre un hecho incontestable. ¿Cuál de los dos hermanos fue su favorito desde el principio?

A ese respecto no podía caber la menor duda. Reconocí de inmediato que Nugent era su favorito. Más aún, recordé haberla acusado yo misma de no haber hecho nunca justicia a Oscar, ni siquiera desde el principio.

[*Nota*. Remito al lector al capítulo decimosexto Y al apunte de madame Pratolungo en que se advierte al lector de que volvería a oír estas palabras. P.]

Oscar siguió hablando.

-Ten eso en cuenta -dijo-. Y ahora vayamos al momento en que nos reunimos todos en la sala de estar, en la rectoría, para hablar de tu operación. La cuestión que se nos planteaba, si mal no recuerdo, era ésta. ¿Debías casarte conmigo antes de la operación? ¿Debías hacerme esperar hasta que la operación se hubiera realizado y la curación fuera completa? ¿Qué decisión tomó madame Pratolungo en esa ocasión? Optó por litigar en contra de mis intereses; te animó a que aplazaras la boda.

Yo insistí en defenderla.

-Lo hizo por pura simpatía hacia mí -dije.

Me sorprendió de nuevo al aceptar mi visión de las cosas sin tratar siquiera de discutírmela.

-Digamos, así pues, que lo hizo por pura simpatía hacia ti -siguió diciendo-. Al margen de los motivos que tuviera, el resultado fue el mismo. Mi boda contigo quedó aplazada indefinidamente, y madame Pratolungo estuvo a favor de ese aplazamiento.

-Y tu hermano -añadí- tomó el punto de vista opuesto y trató de convencerme para que me casara contigo antes de someterme a la operación. ¿Cómo encajas eso con lo que me dijiste sobre...?

Intervino sin darme tiempo a continuar.

-No incluyas a mi hermano en esta conversación -dijo-. En aquellos

momentos todavía era capaz de comportarse como un hombre de honor, y de sacrificar sus sentimientos por su deber hacia mí. Limitémonos por el momento a lo que dijo y a lo que hizo madame Pratolungo. Y avancemos de nuevo unos minutos en ese mismo día, hasta llegar al momento en que terminó nuestro pequeño debate hogareño. Mi hermano fue el primero en marcharse. Luego, tú te retiraste a tu habitación y nos dejaste a madame Pratolungo y a mí a solas en la estancia. ¿Lo recuerdas?

Lo recordaba perfectamente.

-Me habías causado una amarga decepción -dije-. No habías dado muestras de compartir mi ansiedad por recuperar la bendición de la vista. Pusiste toda clase de trabas y cortapisas. Recuerdo haber hablado contigo de la amargura que sentía; recuerdo haberte echado la culpa por no creer en mi futuro como creía yo, por no tener la esperanza que yo tenía, y recuerdo haberte dejado y haberme encerrado en mi habitación.

Con estas palabras le hice ver con toda claridad que mi recuerdo de aquel día era tan nítido como el suyo. Me escuchó sin hacer ningún comentario, y prosiguió en cuanto hube concluido.

-Madame Pratolungo compartió contigo la dureza con que me juzgaste -siguió-. Y la expresó incluso en términos infinitamente más duros. Ella misma se delató ante ti en el jardín de la rectoría. Y se delató ante mí después de que nos dejaras a solas en la sala de estar. ¡Sin duda tuvo que ser por su vivo temperamento, claro! Estoy muy de acuerdo contigo. Lo que me dijo en tu ausencia nunca lo hubiera dicho si hubiera sido dueña de sus actos.

Empecé a sentirme un tanto amedrentada.

-¿Cómo es posible que ahora me hables de todo eso por primera vez? -le dije-. ¿Acaso te daba miedo afligirme?

-Me daba miedo perderte -contestó.

Hasta ese instante había tenido yo mi brazo entrelazado con el suyo. Lo retiré. Si su respuesta significaba alguna cosa, significaba que alguna vez me había creído capaz de romper con él. Se dio cuenta de que me había hecho daño al decirlo.

-Recuerda -dijo- que yo había tenido la desgracia de ofenderte aquel día. Y aún no has tenido ocasión de saber lo que madame Pratolungo tuvo la audacia de decirme en tales circunstancias.

-¿Qué fue lo que te dijo?

-Me dijo esto: «¡Cuánto más felices podrían haber sido las perspectivas de futuro de Lucilla! ¡Qué pena que no vaya a casarse con su hermano en vez de casarse con usted!». Lo repito literalmente. Ésas fueron sus palabras.

No pude creer tal cosa de ella.

-¿Estás seguro? ¿De veras? -le pregunté-. ¿Es posible que te dijera una cosa tan cruel?

En vez de contestarme, sacó su agenda de bolsillo, buscó entre las páginas y sacó un trozo de papel doblado y arrugado. Lo desplegó y me enseñó lo que había escrito.

-¿Ésta es mi letra? -preguntó.

Era su letra. Había visto suficientes cartas suyas, desde que había recuperado la vista, para tener absoluta seguridad.

-¡Léela entonces! -dijo-. ¡Léela y juzga por ti misma!

[*Nota*. El lector ya tuvo conocimiento de esta carta en el capítulo trigésimo segundo. Es cierto que le dije esas insensatas palabras a Oscar (como verá el lector en mi relato correspondiente a aquellos momentos) porque estaba bajo la influencia de una indignación natural, como cualquier otra mujer con una chispa de espíritu que hubiera estado en mi lugar. En vez de enfadarse conmigo, Oscar se había marchado (como de costumbre) a su casa, y me había escrito esa carta de reproche. Como yo por mi parte tuve tiempo de templar mis ánimos y de darme cuenta de lo absurdo que habría sido escribirnos viviendo a pocos minutos a pie uno del otro, fui a Browndown nada más recibir la carta, aunque antes la arrugué y (como supuse) la arrojé al fuego. Después de hacer las paces con Oscar regresé a la casa rectoral, y allí tuve conocimiento de que Nugent había ido a verme durante mi ausencia; esperó un poco en la sala de estar y se marchó al ver que yo no estaba. Cuando digo que la carta que enseñó a Lucilla era la misma carta que creí haber destruido, el lector comprenderá que la arrojé a uno de los laterales de la chimenea y que no cayó en el fuego. Y si no la encontré allí mismo a mi regreso, fue sencillamente porque Nugent la vio primero y se la llevó. Todos estos particulares están descritos con gran detalle en el capítulo al que acabo de referirme, que es donde se incluye asimismo la carta. Sin embargo, ahorraré al lector la molestia de buscarla más atrás, pues sé que detesta esas molestias, y para ello transcribiré literalmente lo que encontré en el diario. La carta original está pegada en una página: la copio de dicha página por segunda vez. ¿No soy bondadosa con el lector? ¿Qué escritor profesional estaría dispuesto a hacerle estos favores al lector? Bueno, me temo que incurro en el defecto de halagarme. Dejaremos que Lucilla siga su relato. P.]

Tomé la carta de sus manos y la leí. Le pedí que me permitiera conservarla, y ahora está en mi poder. La carta es la justificación de lo que pienso de madame Pratolungo en la actualidad. La pongo aquí mismo, antes de escribir una línea más en mi diario.

> MADAME PRATOLUNGO. Me ha causado usted más dolor y más inquietud de lo que podría decir por escrito. Sé que por mi parte he cometido faltas muy graves. De todo corazón le pido que me perdone todo cuanto haya podido decir o hacer para ofenderla. No me puedo plegar al durísimo veredicto que ha pronunciado sobre mí. Si supiera cómo adoro a Lucilla, seguramente me permitiría obrar como lo he hecho y también me comprendería mejor de lo que me comprende. No consigo quitarme de la cabeza las últimas palabras que me dijo con tanta crueldad. No puedo volver a verla sin que medie una explicación. Me ha apuñalado en todo el corazón al decirme que Lucilla tendría una perspectiva de futuro mucho más feliz si se casara con mi hermano en vez de casarse conmigo. Espero de veras que no lo haya

dicho en serio. ¿Tendrá la bondad de escribirme para confirmarme que no es así?

Oscar

Mi primera reacción después de leer estas líneas fue, cómo no, cogerlo de nuevo del brazo y arrimarme a él todo lo que pude. Mi segunda reacción se produjo a su debido tiempo. Le pregunté, como es natural, por la respuesta de madame Pratolungo a esa afectuosa y conmovedora carta.

-No tengo ninguna respuesta que mostrarte -dijo.

-¿La has perdido? -pregunté.

-Nunca la recibí.

-¿Qué quieres decir?

-Que madame Pratolungo jamás contestó a mi carta.

Le hice repetir una, dos veces lo que acababa de decirme. ¿No era increíble? Semejante apelación solo podía pasar sin hacer mella en una mujer absolutamente depravada. En dos ocasiones me repitió la misma respuesta; en dos ocasiones declaró por su honor que no se le había devuelto ni una sola línea de respuesta. ¿Era madame Pratolungo, entonces, una mujer absolutamente depravada?¡No! Todavía quedaba una última excusa que la justicia y la amistad aún podían alegar, y la alegué.

-Tan sólo hay una explicación de su conducta -dije- Jamás llegó a recibir la carta. ¿Adónde se la enviaste?

-A la casa rectoral.

-¿Y quién la llevó?

-Mi propio criado.

-Tal vez la perdiera por el camino y temiera confesártelo. Tal vez el criado de la casa rectoral olvidase entregársela a madame Pratolungo.

Oscar negó con la cabeza.

-¡Imposible! Sé que madame Pratolungo recibió la carta.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque la encontré yo mismo, arrugada, en un rincón de la chimenea, en tu propia sala de estar.

-¿Y estaba abierta?

-Estaba abierta. La había recibido, la había leído; no la arrojó con la puntería suficiente para que ardiese en el fuego. Dime una cosa, Lucilla. ¿Es madame Pratolungo una mujer ofendida? ¿Soy yo quien la ha ofendido?

Había otro banco pocos pasos más adelante. Yo no podía sostenerme en pie. Me adelanté y tomé asiento. Se apoderó de mí una sombría sensación. No pude hablar, ni llorar tampoco. Estuve sentada en silencio, retorciéndome las manos lentamente sobre el regazo y sintiendo que los últimos lazos que todavía podían atarme con la amiga a la que tanto amé en el pasado se iban disolviendo uno por uno, y nos separaban para siempre.

Oscar me siguió y se paró ante mí; me presentó a madame Pratolungo con una severidad que impuso su convicción en mi ánimo, y me hizo sentir vergüenza por haber llegado a echarla de menos.

Librodot

-Recuerda el pasado por última vez, Lucilla. Recuerda lo que esa mujer ha dicho y ha hecho. Verás que la idea de que te cases con Nugent está siempre presente en sus intenciones de uno u otro modo. Está presente por igual cuando se olvida de sí misma y habla llevada por la rabia, o cuando reflexiona y habla muy a propósito, a sabiendas de lo que dice. Una vez te dice que te habrías enamorado de Nugent si lo hubieras conocido a él primero. Otra vez no dice nada mientras Nugent se hace pasar por mí delante de ti, y ni siquiera interviene para poner coto a esa farsa. En una tercera ocasión descubre que estás ofendida conmigo y se siente tan victoriosa, tan cruelmente victoriosa, que me dice a la cara que tendrías una perspectiva de futuro mucho más feliz si te casaras con mi hermano en vez de casarte conmigo. Le pido por escrito, civilizada y amablemente, que me explique lo que ha querido decir con esas palabras abominables. Ha tenido tiempo de sobra para reflexionar desde que las dijo, pero ¿qué es lo que hace? ¿Me contesta siquiera? ¡No! Arroja con desprecio mi carta a la chimenea. Añade a estos hechos tan sencillos lo que tú misma has observado. Nugent cuenta con toda su admiración; Nugent es su favorito; desde el principio siempre me ha tenido inquina, y me ha causado muchos perjuicios. Añade a todo esto que Nugent, como yo sé con certeza, le confesó a ella en privado que estaba enamorado de ti. Considera todas estas circunstancias y dime: ¿qué sencilla conclusión es la que se desprende de todo ello? Te lo vuelvo a preguntar: ¿es madame Pratolungo una mujer ofendida? ¿No tengo razón cuando te advierto, como tú me advertiste una vez, de que tengas cuidado con ella?

¿Qué otra cosa podía yo hacer, salvo reconocer que tenía razón? A él le debía, y también me lo debía a mí, cerrar mi corazón a madame Pratolungo a partir de ese instante. Oscar se sentó a mi lado y me dio la mano.

-Después del conocimiento y el trato que he tenido con ella en el pasado -siguió con dulzura-, ¿de veras te extraña que temiese lo que pueda hacer en el futuro? ¿Es que nunca se ha producido la separación de dos verdaderos amantes por culpa de una traición que ha minado en secreto la confianza que tenían el uno en el otro? ¿No tiene madame Pratolungo la inteligencia, y la falta de escrúpulos necesarias, para minar nuestra confianza y volver en contra de nosotros, con el propósito más perverso, la influencia que ya tiene en la rectoría? ¿Cómo podemos saber que no está en comunicación con Nugent en este preciso instante?

Le hice callar. No pude soportarlo mas.

-Tú has visto a tu hermano -dije-. tú me has dicho que os entendéis. ¿Qué tienes que temer después de eso?

-La influencia de madame Pratolungo y la chifladura que un hermano tiene por ti -respondió-. Eso es lo que temo. Las promesas que él me haya hecho con toda honradez son promesas de las que no me puedo fiar si me doy la vuelta, y menos si madame Pratolungo está con él aprovechando mi ausencia. Hay algo que ya está ocurriendo bajo la superficie de las cosas. No me gusta nada esa carta misteriosa, que sólo se te ha de mostrar en determinadas condiciones. No me gusta el silencio de tu padre. Él ha tenido tiempo de responder a tu carta. ¿Lo ha hecho acaso? Ha tenido tiempo de responder a mi posdata. ¿Acaso lo ha hecho?

Estas fueron preguntas difíciles de contestar. Por cierto que mi padre

Librodot

no ha contestado a mi carta ni a las líneas que él añadió, al menos por el momento. Sin embargo, tal vez su respuesta llegue con el siguiente correo. Insistí en adoptar este parecer, y así se lo dije a Oscar. Él se aferró con obstinación a su visión de las cosas.

-Supongamos que llega el fin de semana -dijo-y que seguimos sin recibir carta de tu padre, ni para ti ni para mí. ¿Reconocerás entonces que su silencio es cuando menos sospechoso?

-Reconoceré que su silencio demuestra una triste falta de consideración hacia ti -le contesté.

-¿Y nada más? ¿No verás ahí, como yo la veo, la influencia de madame Pratolungo, que ya se deja sentir en la rectoría y que incluso envenena el ánimo de tu padre y lo predispone contra nuestro matrimonio?

Me estaba presionando con gran dureza. Hice todo lo posible, sin embargo, por decirle con toda sinceridad lo que estaba pensando.

-Lo que sí entiendo -dije- es que madame Pratolungo se ha portado contigo con una gran crueldad. Y creo que, después de lo que me has dicho, se alegraría si yo rompiera nuestro compromiso y me casara con tu hermano. En cambio, no la considero tan loca para urdir una trama que me lleve a hacer tal cosa. Nadie sabe tan bien cono ella con qué fidelidad te amo, ni que cualquier intento para obligarme a casarme con otro hombre está condenado al fracaso. ¿Habrá alguna mujer tan rematadamente estúpida que después de miraros a ti y a tu hermano, y sabiendo lo que ella sabe, cometiera una estupidez. tan grande como la que tú sospechas de madame Pratolungo?

Me pareció que esto era incontestable. A pesar de todo, él tenía lista su respuesta.

-Si conocieras mejor el mundo y hubieras visto más cosas, Lucilla -dijo-, sabrías que un amor tan verdadero como el tuyo es un misterio para una mujer como madame Pratolungo. Ella no cree en algo así; no lo entiende. Se cree capaz de romper cualquier compromiso siempre y cuando las circunstancias la lleven a ello, y calcula tu fidelidad por el conocimiento que tiene de su propia naturaleza. No hay nada en la experiencia que tiene de ti, o en su conocimiento de la desfiguración de mi hermano, que la desanime en su propósito, que no es otro que conspirar para separarnos. Ha visto por sí misma, tú me lo has dicho, que ya has superado la aversión inicial que te causaba Nugent. Sabe que hay mujeres tan encantadoras como tú que se han casado una y mil veces con hombres muchísimo más repulsivos que él. ¡Lucilla! Hay algo que no puede negarse, algo que no pienso discutir, y que sin embargo me indica que su retorno a Inglaterra será fatal para mis esperanzas, sobre todo si nos encuentra a ti y a mí sin unos lazos más estrechos que los que ahora nos atan. ¿Te parecen éstas meras aprensiones caprichosas, indignas de un hombre como yo? ¡Querida! Indignas o no, deberías permitírmelas y hacer lo posible por paliarlas, pues son aprensiones inspiradas por todo el amor que te tengo.

En semejantes circunstancias podía permitírselas y hacer lo posible por paliarlas, y de hecho se lo dije. Se arrimó a mí y me rodeó con un brazo.

-¿No estamos los dos comprometidos a ser marido y mujer? -susurró.

-Sí.

Librodot

-¿No somos los dos mayores de edad, y libres de hacer lo que nos plazca?

-Sí.

-Si pudieras, ¿me aliviarías de estas ansiedades que tanto me hacen sufrir?

-¡Sabes que sí!

-Pues tú puedes aliviarme.

-¿Cómo?

-Dándome el derecho a ser tu marido, Lucilla. Consintiendo en casarte conmigo en Londres en un plazo de quince días.

Di un respingo y lo miré asombrada. Por el momento, no pude responderle de ninguna otra manera.

-No te pido que hagas nada indigno de ti -dijo-. He hablado con una familiar mía que vive cerca de Londres, una mujer casada, cuyo domicilio estará abierto para ti hasta que llegue el día de nuestra boda. Cuando tu visita se haya prolongado por espacio de quince días, podremos contraer matrimonio. Escribe a la rectoría, como sea, para impedir que se preocupen. Diles que estás sana y salva, que eres feliz, que estás bajo el cuidado de una persona respetable y responsable, pero no digas nada más. Mientras madame Pratolungo tenga la más mínima posibilidad de crear desavenencias y malentendidos entre nosotros, es preciso que ocultemos el lugar en que te encuentras. Cuando estemos casados podrás revelarlo todo. Que todos tus allegados y el mundo entero sepan entonces que somos marido y mujer.

Le temblaba el brazo con que me había rodeado; estaba colorado hasta la raíz de los cabellos; me devoraba con los ojos. Algunas mujeres, en mi lugar, se hubieran sentido ofendidas. Otras tal vez se hubieran sentido aduladas. Yo, y puedo confiar el secreto a estas páginas, me sentí asustada.

-¿Es una fuga en toda regla lo que me estás proponiendo? -pregunté.

-¿Una fuga? ¿Cómo es posible que pienses eso? -respondió-. ¿Una fuga entre dos personas que están comprometidas y que sólo tienen que pensar en sí mismas?

-Yo he de pensar en mi padre y he de pensar en mi tía -dije-. ¡Y ni me estás proponiendo que huyamos y nos ocultemos de ellos!

-Yo sólo te pido que pases quince días de visita en casa de una mujer casada, y que ocultes esa visita a los oídos de tus peores enemigos, al menos hasta que te hayas convertido en mi esposa -respondió-. ¿Qué hay de malo en mi solicitud? ¿Es tan terrible que has de ponerte pálida y mirarme como si tuvieras miedo? ¿No te he cortejado yo con pleno consentimiento de tu padre? ¿No soy tu prometido? ¿No somos libres de decidir por nosotros mismos? Literalmente no existe una sola razón, si realmente estuviera a nuestro alcance, para que no nos casemos mañana mismo. ¿Y tú todavía tienes dudas? ¡Lucilla! ¡Lucilla! Me fuerzas a reconocer la duda que me ha hecho desdichado desde que llegué aquí. ¿De veras han cambiado tanto tus sentimientos por mí como a mí me lo parece? ¿Es que de veras ya no me amas como me amabas antes?

Se puso en pie y echó a caminar; finalmente se apoyó sobre el parapeto, con la cara entre las marros.

Yo no me moví, sin saber qué decir ni qué hacer. La incómoda sensación de que podía tener razones para quejarse de que lo tratara con tanta frialdad no la pude descartar de mi ánimo por más que me esforcé. No tenía ningún derecho a esperar que diera el paso que me había propuesto; cualquier mujer en mi lugar habría visto no pocas objeciones. Con todo, aunque esto no dejara de satisfacerme, algo se obstinaba en mi interior para que me pusiera de su parte. No pudo, sin duda, ser mi conciencia la que me dijo: «Hubo un tiempo en que sus ruegos más encarecidos habrían prevalecido sobre tus deseos; hubo un tiempo en que no habrías tenido las dudas que tienes ahora».

Fuera cual fuese esa influencia, me obligó a levantarme del banco y a ir junto a él ante el parapeto del malecón.

-No puedes esperar que tome una decisión improvisada sobre un asunto tan serio como éste -dije-. ¿Es que no vas a darme un poco de tiempo para pensar?

-Eres dueña y señora de tus actos -repuso con amargura-. ¿Por qué me pides que te dé tiempo? Puedes tomarte todo el tiempo que quieras, puedes hacer lo que quieras.

-Dame solamente hasta el fin de semana -seguí diciendo-. Déjame asegurarme de que mi padre persiste en no contestar ni a tu carta ni a la mía. Aunque sea yo dueña y señora de mis actos, no hay nada, salvo su silencio, que pueda justificar que me vaya en secreto y nos una en matrimonio un desconocido. ¡No me apremies, Oscar! No falta mucho para el fin de semana.

Algo pareció sobresaltarle, algo tal vez que había en mi voz le dijo que estaba realmente afligida. Se volvió muy deprisa para mirarme y me sorprendió con lágrimas en los ojos.

-¡No llores, por Dios! -dijo-. Será como deseas. Tómate tu tiempo. No volveremos a hablar de todo esto hasta el fin de semana.

Me besó apresuradamente, como si aún estuviera sobresaltado, y me ofreció su brazo para regresar caminando.

-Grosse llega hoy mismo -continuó-. Es mejor que no te vea como estás ahora. Tienes que descansar y reponerte. Vamos a casa.

Volví con él, pero me sentía triste, con el corazón dolorido. Mi última, débil esperanza de renovar mi tan placentera intimidad con madame Pratolungo se había disipado. Se me había revelado como una mujer a la que jamás debiera haber conocido, una mujer con la que nunca más llegaría a cruzar una palabra amistosa. Había perdido a la compañera con la que en tiempos había sido tan feliz; había causado gran dolor y decepción a Oscar. Nunca me había parecido mi vida tan desdichada y tan indigna como me lo pareció hoy en el malecón de Ramsgate.

Me dejó ante la puerta de casa, con una suave presión en la mano para darme ánimos.

-Pasaré a verte más tarde -dijo- y a enterarme de lo que ha dicho Grosse antes de que regrese a Londres. Descansa, Lucilla. Descansa y recupérate.

Unos fuertes pasos resonaron de pronto tras nosotros. Los dos nos dimos la vuelta. El tiempo había pasado mucho más deprisa de lo que

Librodot

habíamos supuesto. Allí estaba Herr Grosse, recién llegado por su propio pie desde la estación de ferrocarril.

La primera mirada que me dedicó pareció alterarle y decepcionarle. Me clavó la mirada en los ojos, a través de sus lentes, con una expresión de sorpresa y de ansiedad como yo nunca había visto en su rostro. Luego volvió la cabeza y miró a Oscar cambiando significativamente de expresión, un cambio desagradablemente sugerente (al menos para mí) de su cólera o su desconfianza. No dijo ni una sola palabra. A Oscar le correspondió romper el ingrato silencio. Le dijo a Grosse:

-Ahora no seré yo quien los moleste a su paciente y a usted. Volveré dentro de una hora.

-¡No! Habrá de entrar usted conmigo si no le importa. Tengo algo, mi joven caballero, que tal vez desee decirle a usted en persona. -habló frunciendo el entrecejo, con las cejas pobladas ocultándole casi los ojos, y señaló de forma perentoria a la puerta de la casa.

Oscar tocó la campanilla. En ese mismo instante, al oírnos llegar, mi tía se asomó al balcón que había encima de la puerta.

-Buenos días, señor Grosse -dijo-. Espero que encuentre a Lucilla estupendamente. Ayer mismo le pude expresar mi opinión, y la encuentro sumamente mejorada.

Grosse se quitó el sombrero con gesto sombrío para saludar a mi tía, y de nuevo me miró, me miró tanto tiempo y con tanta intensidad que me sentí confundida.

-La opinión de su tía no es mi opinión -gruñó hablándome casi al oído-. No me gusta el aspectos que tiene, señorita. ¡Adelantes!

La criada nos estaba esperando con la puerta abierta. Grosse espero a que Oscar pasara primero. Se le ensombreció el rostro cuando nos encontramos en el vestíbulo. Parecía a medias enojado y a medias confuso. Grosse avanzó desconsideradamente entre nosotros y me ofreció el brazo. Subí la escalera con él, preguntándome qué significaba todo aquello.

Librodot

CAPITULO XLV

El diario de Lucilla: conclusión

4 de septiembre (continuación). Al llegar a la sala, Grosse me hizo sentar en una silla próxima a la ventana. Se inclinó y me observó de cerca, se retiró y me miró de lejos; extrajo del bolsillo su lupa y dedicó una larga exploración a mis ojos; me tomó el pulso; me soltó la mano como si le desagradase y, volviéndose a la ventana, guardó silencio, sin reparar siquiera en nadie más de los que estaban en la habitación.

Mi tía fue la primera en hablar a pesar de las circunstancias tan poco alentadoras.

-¡Señor Grosse! -dijo cortantemente-. ¿Es que hoy no tiene nada que decirme sobre su paciente? ¿Encuentra usted a Lucilla...?

Se volvió de pronto dando la espalda a la ventana y la interrumpió sin ninguna ceremonia.

-¡La encuentro hecha una pena, casi como al principios! -barbotó a la vez que subía de tono-. ¡O peor! Cuando dije que la trajeran aquí, insistí en que me la cuidasen como oro en paños. «Me la cuiden con esmero y sin que se altere», eso dije yo. ¿Fue así? Pues no me la han cuidado con esmero y sin que se altere. Hay alguna cosa que la tiene a la pobrecita del revés. ¿Qué será? ¿Quién será? -Miró con ademán de ferocidad de un lado a otro, de Oscar a mi tía y de mi tía a Oscar, y luego se volvió hacia mí; me puso sus recias manos sobre los hombros y me contempló con una rara mezcla de compasión y de cólera en el rostro-. Mi niña está melancólicas, mi niña está enfermas -siguió diciendo-. ¿Dónde está nuestra buina madame Pratolungo, eh? ¿Qué me dices de la buina señora, mi chiquilla, desde la última vez que te vi? Dijiste que se había ido a ver a su buen padre. Pues hay, que mandarle un telegramas. Hay que decirle que quiero que esté aquí madame Pratolungo.

AI oír repetido el nombre de madame Pratolungo, la señorita Batchtord se puso en pie y pareció medir unos cuantos centímetros más que de costumbre.

-Señor mío -dijo-, ¿acaso debo entender que su extraordinario modo de expresarse tiene por objeto reprocharme mi conducta con mi sobrina?

-Ha de entender, señora mía, esto otro. A pesar del buin aire de mar, señorita, su sobrina está tan preocupada que se le nota enfermas, mustias. La envío a este sitios para que se le ponga la cara sonrosada y para que me engorde un poco. ¿Y cómo me la encuentro? Me la encuentro con que no se me sonrosa y no me engorda. Esta notoriamente pálida y ojerosa. Con este espléndido aires de mar, solamente puede estar pálida y ojerosa por una sola razón. Se está preocupando por algo, por lo que sea. ¿Son boinas esas preocupaciones para sus ojos? ¡Maldición, maldición! ¡Eso es lo peor que hay para sus ojos! Si esto es todo lo que sabe hacer, señora mía, llévesela de aquí. Está malgastando su dinero en este alojamiento.

Mi tía me interpeló entonces con toda su grandeza de talante.

-Habrás de comprender, Lucilla, que me resulta completamente imposible aceptar esta clase de lenguaje si no es de una manera bien sencilla: pienso retirarme de la sala. Recibiré sus disculpas y sus

Librodot

explicaciones solamente por escrito.

Con estas altaneras palabras, que pronunció con su énfasis más .severo, la señorita Batchford todavía creció otros tres o cuatro centímetros de estatura y se marchó majestuosamente de la sala.

Grosse ni siquiera prestó atención a la dama ofendida: se metió las manos en los bolsillos y miró por la ventana una vez más. AI cerrarse la puerta, Oscar abandonó la esquina en la que se había sentado, no con demasiada elegancia, nada más entrar en la sala.

-¿Es necesaria mi presencia aquí? -preguntó.

Grosse estaba a punto de responder a esta pregunta de manera incluso más desabrida, pero le hice callar con la mirada.

-Deseo hablar con usted -le susurré al oído.

Asintió y se volvió hacia Oscar.

-¿Vive usted en la casa? -le preguntó.

-No, me alojo en un hotel a la vuelta de la esquina.

-Pues váyase a su hotel y espere allí hasta que vaya a visitarle.

Con gran sorpresa por mi parte, Oscar se plegó sin rechistar a un trato tan perentorio. Se despidió de mí en silencio y salió de la estancia. Grosse acercó una silla a la mía y tomó asiento a mi lado, con ademán paternal y reconfortante, confidencial.

-Ahora, mi buina muchachitas -dijo-, veamos. ¿Qué es lo que tan preocupadas le tiene desde la última vez que vine a verla a esta casa? Ábrale todos sus secretos, cuénteselo todo al buen papá Grosse. ¡Vamos, vamos, empezar es lo primero!

Supongo que con mi tía y con Oscar se le había agotado el mal humor, pues me habló no ya con amabilidad, sino casi con ternura. Sus ojos feroces parecieron ablandarse tras sus lentes; me cogió la mano y me dio unas palmadas para darme ánimos.

Hay algunas cosas que han quedado escritas en estas páginas y que me fue, por supuesto, imposible confiarle. Hechas las necesarias salvedades, y sin entrar en el doloroso asunto de mi alterada relación con madame Pratolungo, reconocí ante él con toda franqueza cuán tristemente había visto yo cambiar mi relación con Oscar, y le dije que me sentía mucho menos feliz que antes, a raíz. de dicho cambio.

-No estoy tan enferma como pueda suponer -le dije-. Tan sólo estoy desilusionada, y también me siento abatida al pensar en el futuro. -Una vez le hube abierto de este modo mi corazón, me pareció que había llegado el momento de hacerle la pregunta que desde hacía mucho estaba decidida a hacerle-. La plena recuperación de la vista me ha convertido en un nuevo ser. Al ganar el sentido de la vista, ¿habré perdido el sentimiento que tenía cuando era ciega? Deseo saber si ese sentimiento volverá cuando me haya acostumbrado a la nueva situación en que me encuentro. Deseo saber si volveré a disfrutar de la compañía de Oscar, como disfrutaba con él a mi lado en los viejos tiempos, antes de que usted me curase. Me refiero a aquellos tiempos felices, papá Grosse, en que yo era objeto de compasión, y en que todo el mundo me llamaba la pobre señorita Finch.

Tenía mucho más que decirle, por supuesto, pero en este punto y sin

quererlo, estoy segura, me hizo callar. Con gran asombro por mi parte, me soltó de la mano y volvió bruscamente la cara, como si lamentase que lo estuviera mirando. Agachó su enorme cabezota, apoyando la barbilla contra el pecho. Alzó sus manos grandes y peludas, las sacudió como si le dolieran y las dejó caer sobre las rodillas. Este extraño comportamiento, y el silencio todavía más extraño con que lo acompañó, me produjeron tal inquietud que insistí en que me diera una explicación.

-¿Qué es lo que le pasa? -pregunté-. ¿Por qué no me contesta?

Dio un respingo y me rodeó con un brazo, con una maravillosa amabilidad, teniendo en cuenta lo áspero de trato que era en muchas otras ocasiones.

-No es nada, no es nada, mi muchachitas -dijo-. Estoy un poco cansado, como suelen decir ustedes. Estas climas que tienen en Inglaterra a veces da a los extranjeros como yo una tristeza y un pesar demoníacos que no se sabe ni en qué consisten. Ahora lo tengo, tengo a ese malestar demoníacos inglés en mi corpachón alemán. ¡Buino! Saldré a dar un paseo a ver si se me pasa, y volveré vaciado y contento, ya lo verá. -Con esta curiosa explicación, se puso en pie y trató de dar una respuesta, una respuesta sumamente rara, a la pregunta que le había formulado-. En cuanto a lo que me decía usted -siguió diciendo-, sí, desde luego que sí. Ha dado usted justamente en el clavo. Como dice usted, es su visión la que se ha entrometido en sus sentimientos. Cuando sentimientos y visiones se acostumbren unos a las otras, su sentimiento volverá a ser el que era. Unos han de contrarrestar a las otras y así se han de equilibrar; volverá usted a sentir igual que antes, verá usted cono no ha visto nunca, y todo será al mismo tiempo y todo será alegre y agradable como antes. Ya tiene usted mis opiniones. Ahora, permítame salir a dar un paseo y a quitarme del cuerpo este demoníacos malestar. Le juro que he de volver completamente renovado por dentro. Adiós, adiós, mi querida señorita Finch, adiós.

Diciendo esto, salió con una violentísima prisa, como si estuviera ansioso por desaparecer de mi vista. Me plantó un beso en la frente, agarró casi al vuelo su desaliñado sombrero y salió de la sala.

¿Qué habrá querido decir?

¿Es que persiste en creer que estoy gravemente enferma? Me siento demasiado fatigada para devanarme ahora los sesos con el esfuerzo que me costaría comprender a mi querido y viejo cirujano. Es la una de la madrugada, y todavía tengo que escribir el relato de lo que sucedió más avanzado el día. Empiezan a dolerme los ojos; es raro decirlo, pero apenas he sido capaz de ver los últimos dos o tres renglones que he escrito. Es como si la tinta se fuese diluyendo. ¡Si el bueno de Grosse supiera lo que estoy haciendo en estos momentos...! Las últimas palabras que me dijo, cuando tuvo que volver a Londres para atender a sus pacientes, fueron bien claras: «¡Se acabó la lectura! ¡Se acabó la escritura hasta que vuelva yo a visitarla!». Está muy bien hablar de ese modo, pero yo estoy ya tan acostumbrada a mi diario que no puedo pasar sin él. No obstante, ahora debo descansar, y debo hacerlo por la mejor de las razones. Aunque tengo tres velas encendidas sobre la mesa, no consigo ver lo suficiente para seguir escribiendo.

[*Nota*. Me he abstenido muy a propósito de interrumpir el diario de Lucilla hasta que mis extractos llegaran precisamente a este punto. Aquí se detiene la autora un instante y me da la oportunidad que estaba esperando; pues aquí hay cuestiones que requieren mención expresa, de las que ella no tenía conocimiento en esos momentos.

Habrá visto el lector que su fiel instinto todavía trata de revelar a mi pobre y querida muchacha el cruel engaño de que es víctima, pero todo intento es en vano. Muy a su pesar, rehuye al hombre que la tienta para que se dé a la fuga con él, aunque se lo suplica suplantando a su hermano, con el que ella está prometida. Muy a su pesar, detecta los puntos flacos del alegato que Nugent ha construido contra mí, la falta de motivos suficientes para la conducta de la cual me acusa y la manifiesta improbabilidad de que yo trame y urda intrigas (sin nada que ganar de todo ese embrollo) para casarla con el hombre que no era el que ella había elegido. Ella ha percibido todas estas vacilaciones, todas estas trabas. Sin embargo, lo que éstas realmente significan es moralmente imposible de adivinar.

Hasta este punto, no cabe duda de que su extraña y conmovedora posición ha sido revelada con toda sencillez. Sin embargo, tengo la impresión de que el lector tal vez no comprenda con qué gravedad han afectado a Lucilla la ansiedad, los disgustos y las decepciones, la incertidumbre, que se han reunido para torturarla en un intervalo tan crucial de su vida.

Tengo mis dudas fundadas, y es razón suficiente que el lector solamente dispone del diario para informarse, y en el diario queda bien claro que ni siquiera ella comprende lo que le está ocurriendo. Tal como están las cosas, me parece que éste es el momento indicado para entrar en escena y descubrir ante el lector, con toda llaneza, lo que el cirujano pensó exactamente, y para ello relataré lo que sucedió entre Grosse y Nugent cuando el alemán se presentó en su hotel.

Escribo ahora, por descontado, a partir de informaciones fidedignas que obtuve en una época posterior a los hechos por boca de las propias personas implicadas. En cuanto a los detalles, las versiones varían. En cuanto a los resultados, las dos están de acuerdo.

Ver que Nugent se encontraba en Ramsgate tomó inevitablemente por sorpresa a Grosse. Sin embargo, gracias a su anterior conocimiento del orden de cosas en Dimchurch, no podía hallarse en desventaja a la hora de comprender en calidad de qué se había presentado Nugent ante Lucilla; ciertamente, no podía pasarle por alto, después de lo que él personalmente había visto, después de lo que Lucilla le había dicho, que ese engaño estaba produciendo, en semejantes circunstancias, el peor efecto de los posibles en el ánimo de su paciente. Una vez llegado a esta conclusión, no era Grosse hombre de los que titubean cuando se trata de cumplir el deber que los aguarda. Cuando entró en la habitación del hotel en que se hospedaba Nugent, le anunció el objeto de su visita con tanta concisión como dureza:

-¡Haga las maletas y márchese!

Nugent le ofreció una silla con toda tranquilidad, y le preguntó qué quería decir.

Grosse se negó a aceptar la silla, pero consintió y se explicó con palabras que varían según sea la versión que se tome. Combinando unas

afirmaciones con otras, y traduciendo a Grosse (pues la gravedad del caso lo exige) a un inglés sencillo y claro, entiendo que el alemán debió de expresarse en estas palabras o, si no, en otras muy similares:

-En calidad de profesional de la medicina, señor Nugent, me niego sistemáticamente a entrar en todas las consideraciones privadas relacionadas con mis pacientes, ya que se trata de asuntos en los que no tengo nada que ver. En el caso de la señorita Finch, lo que a mí me importa nada tiene que ver con sus complicaciones familiares. Lo único que me importa es garantizar que la joven señorita recupere plenamente la vista. Si veo que su salud ha mejorado, no tiendo a preguntar ni cómo ni por qué. Da lo mismo de qué engaños privados y personales la haya hecho víctima, pues nada tengo que decir a ese respecto. Más aún, estoy dispuesto a sacar buen partido de todo ello, siempre y cuando su influencia sea directamente beneficiosa a la hora de mantenerla tanto moral como físicamente en las condiciones en que yo deseo. No obstante, en el momento en que veo que esta conspiración doméstica que tiene usted organizada, esta suplantación de su hermano que una vez sirvió para tranquilizarla y consolarla, sea perjudicial para ella porque afecta a su salud física y a su paz de espíritu, interfiero entre ustedes en calidad de médico de la paciente, y le pongo fin de inmediato basándome en una serie de razones puramente médicas. Está usted ocasionando a mi paciente un conflicto de sentimientos que, con un temperamento tan nervioso como el suyo, no puede sostenerse sin causar un grave perjuicio a su salud. Y todo grave perjuicio para su salud implica un grave perjuicio para sus ojos. Esto no pienso consentirlo de ninguna manera. Por eso le digo con toda claridad que haga las maletas y se marche. No interfiero en nada más. Después de lo que usted mismo ha visto, dejo a su juicio la decisión de restituir a su hermano a la señorita Finch o no. Eso no es asunto mío. Lo único que le digo es que se vaya. Ponga cualquier excusa, pero váyase antes de haber causado nuevos males. ¡Veo que menea usted la cabeza! ¿Es ésa una señal de que se niega? Tómese un día para pensarlo antes de llegar a una decisión firme. Tengo en Londres pacientes a los que me veo obligado a atender personalmente; sin embargo, pasado mañana volveré a Ramsgate. Si todavía lo encuentro aquí, le diré a la señorita Finch que es usted Oscar Dubourg tanto como puedo serlo yo. En su actual estado, veo que hay menos peligro en producirle tan grave quebranto que en dejarla en manos de la lenta tortura anímica a que la somete usted con su constante presencia en este lugar. Ésta es mi última palabra. Yo vuelvo en el próximo tren, que sale dentro de una hora. Buenos días, señor Nugent. Si es usted un hombre inteligente, nos veremos en la estación.

Después de esto, las versiones varían. Nugent sostiene que acompañó a Grosse en su camino de vuelta a casa de la señorita Batchford, y que de paso discutieron el asunto, aunque al final lo dejó ante la puerta. La versión de Grosse, por su parte, no hace la menor alusión a este episodio. No obstante, el desacuerdo carece de repercusiones en este punto. Por una y otra parte se reconoce que el resultado de la entrevista vino a ser el mismo. Cuando Grosse tomó el tren a Londres, Nugent Dubourg no estaba en la estación. La siguiente entrada del diario pone de manifiesto que se quedó como mínimo todo el día y toda la noche en Ramsgate.

Librodot

Ahora sabe el lector, gracias a la narración del propio cirujano, qué grave era a su juicio la situación de su paciente, y con qué firmeza cumplió con su deber profesional. Una vez facilitada esta información tan necesaria, vuelvo a desaparecer y dejo a Lucilla la responsabilidad sobre el siguiente eslabón en la cadena de los sucesos. P.]

5 de septiembre. Seis de la mañana. Pocas horas de sueño inquieto, alterado por pesadillas espantosas, desvelándome una y otra vez con sobresaltos que parecen sacudirme de la cabeza a los pies. No lo soporto más. Ya amanece. He de levantarme, y aquí estoy, ante mi escritorio, tratando de terminar la larga historia de ayer, que había quedado incompleta en mi diario.

Estaba mirando por la ventana y me he fijado en una cosa que me ha extrañado. Esta mañana hay, una neblina más espesa que nunca.

El mar es casi invisible, de sombrío y difuso que está. Ni siquiera los objetos que me rodean en la habitación se ven tan nítidos como otras veces. No cabe duda, la niebla se cuela por la ventana abierta. Se interpone ente el papel y yo, y me obliga a encorvarme para estar más cerca de la página y ver lo que escribo. Cuando el sol esté más alto, las cosas volverán a verse claras. Entretanto, habré de apañármelas como mejor pueda.

Grosse volvió de su paseo tan misterioso como siempre.

Fue bastante imperioso al ordenarme que no fatigara mis ojos. Me prohibió leer y escribir, como he dicho antes. Sin embargo, cuando le pregunté sus motivos, por vez primera desde que lo conozco no tuvo razones que aducir. Por eso siento menos escrúpulos al desobedecerle. Sin embargo, confieso que estoy un tanto inquieta cuando pienso en su extraño comportamiento de ayer. Me estuvo mirando de la forma más extraña, como si viese en mi rostro algo que no hubiera visto antes. Dos veces se despidió y dos veces regresó, pues dudaba de quedarse en Ramsgate y dejar que sus pacientes de Londres se cuidaran solos. Su extraordinaria indecisión terminó por fin cuando recibió un telegrama de Londres. Supongo que debía de ser un mensaje urgente de alguno de sus pacientes. Se marchó de mal humor, con prisas, y ya desde la puerta me indicó que lo esperase para el día 6.

Cuando vino Oscar, más tarde, me llevé otra sorpresa.

Igual que Grosse, no era el mismo de siempre. ¡Se condujo con suma extrañeza! Primero, se mostró tan frío y tan callado que me pareció que estaba ofendido por alguna razón. Luego pasó directamente al extremo opuesto, y se mostró tan hablador y tan escandalosamente animado que mi tía me preguntó en privado si no tenía yo, como ella, la sospecha de que hubiera bebido vino en exceso. Terminó incluso intentando cantar mientras yo lo acompañaba al piano, y en ese momento se vino abajo. Se fue al otro extremo de la sala sin dar una explicación y sin pedir disculpas. Cuando lo seguí poco después, tenía un aspecto que me afligió de manera indescriptible, me pareció que había estado llorando. Al final de la velada, mi tía se quedó dormida sobre el libro que estaba leyendo y así nos dio una ocasión de hablar en una de las habitaciones pequeñas que comunican con la sala de esta casa. Fui yo la que aprovechó la ocasión, no él. El se mostró

incomprensiblemente reacio a pasar conmigo a la otra habitación y a hablar conmigo, tanto que incluso tuve que hacer algo muy impropio de una dama. Quiero decir que hube de tomarlo por el brazo y arrastrarlo prácticamente, encareciéndole (en susurros) que me dijera qué le sucedía.

-Oh, nada, la vieja dolencia de siempre -contestó. Le hice tomar asiento a mi lado, en un sofá para dos.

-¿Qué quieres decir? ¿Qué vieja dolencia? -pregunté

-¡Oh! ¡Ya lo sabes!

-No, no lo sé.

-Deberías saberlo si de veras me amas.

-¡Oscar! Es una vergüenza que digas eso. ¡Es una vergüenza que dudes de que te amo!

-¿Ah, sí? Desde que estoy aquí, he acabado dudando de que me ames. Yeso ya empieza a ser una vieja dolencia. Todavía la padezco de vez en cuando, pero no le des importancia.

Fue tan cruel y tan injusto que me levanté dispuesta a dejarlo allí sin decirle una palabra más. Sin embargo, me pareció tan desvalido y tan sumiso, allí sentado con la cabeza gacha y las manos cruzadas con desgana sobre las rodillas, que no tuve el valor de tratarlo con aspereza. ¿Me equivoqué? ¡No lo sé! No tengo ni idea de cómo tratar a los hombres, y ahora no tengo a madame Pratolungo para que me enseñe. No sé si hice bien o mal, pero acabé por sentarme de nuevo a su lado.

-Deberías pedirme perdón -dije- por haber pensado en mí de esa manera, y por haberme hablado así.

-Te pido perdón -contestó con humildad-. Siento mucho haberte ofendido.

¿Cómo iba a resistirme a eso? Puse la mano sobre su hombro y traté de obligarle a que levantase la cara y me mirase.

-En el futuro, ¿creerás siempre en mí? -le dije-. Prométemelo.

-Puedo prometer que lo intentaré, Lucilla. Tal como están ahora las cosas, no puedo prometer nada más.

-¿Tal como están ahora las cosas? Esta noche hablas como si todo fuera una adivinanza. Haz el favor de explicarte.

-Te lo expliqué todo esta mañana en el malecón.

Desde luego, fue muy duro conmigo. ¿No me había prometido que me daría hasta el fin de semana para considerar su propuesta? Retiré la mano de su hombro. Él, que nunca me contrariaba ni menos me disgustaba cuando era ciega, me había contrariado y disgustado por segunda vez en muy pocos minutos.

-¿Es que deseas obligarme -le pregunté- después de haberme dicho esta mañana que me darías tiempo para reflexionar?

Se puso en pie con languidez, mecánicamente, como un hombre al que nunca le importase lo que estuviera haciendo.

-¿Obligarte? -repitió-. ¿Yo he dicho eso? Ni siquiera sé de qué estoy, hablando; no sé tampoco qué estoy haciendo. Tú tienes razón, yo estoy equivocado. Soy un miserable desdichado, Lucilla. Soy absolutamente

Librodot

indigno de ti. ¡Sería mucho mejor, para ti, que no volvieras a verme nunca más! -Calló. Me cogió las dos manos y me miró a la cara de todo corazón, entristecido-. Buenas noches, querida-dijo, y de repente me soltó las manos y se dio la vuelta para marcharse.

Lo detuve.

-¿Ya te vas? -dije-. Todavía no es tarde.

-Es mejor que me vaya.

-¿Por qué?

-Me encuentro muy abatido. Es mejor que esté a solas.

-¡No digas eso! Suena como si me hicieras un reproche.

-No, al contrario. Todo ha sido culpa mía. Buenas noches.

Me negué a darle las buenas noches. El mero deseo de marcharse ya era un reproche hacia mí. Nunca había hecho tal cosa. Le pedí que volviera a sentarse.

Negó con la cabeza.

-¡Diez minutos tan sólo!

Volvió a negarse en silencio.

-¡Cinco minutos!

En vez de contestar, con dulzura levantó entre los dedos un mechón de mis cabellos que me colgaba por el cuello. (Debería añadir que esa velada me había peinado a la antigua usanza la criada, para complacer a mi tía.)

-Si me quedo cinco minutos más -dijo-, te pediré una cosa.

-¿Qué?

-Tienes un bellísimo cabello, Lucilla.

-No es posible que quieras un mechón de mis cabellos...

-¿Por qué no?

-Porque te di un guardapelo hace una eternidad. ¿Es que lo has olvidado?

[*Nota.* El guardapelo, como es natural, había sido entregado al verdadero Oscar, y estaba entonces, como ahora, en su poder. Nótese que, cuando se repone del contratiempo, el falso Oscar lo deduce con gran rapidez y con notable inteligencia encuentra una excusa perfecta. P.]

Se puso colorado hasta la raíz del cabello; bajó la vista. Me di perfecta cuenta de que estaba avergonzado de sí mismo. ¡Sólo pude llegar a la conclusión de que lo había olvidado! En ese momento, un mechoncillo de sus cabellos estaba encerrado en un guardapelo que llevaba yo al cuello. Tuve notables razones para dudar de él, más de las que él tuviera para dudar de mí. Me sentí tan mortificada que me hice a un lado y le dejé sitio para marcharse.

-Deseas marcharte -dije-, y no seré yo quien te lo impida.

Le toco a él el turno de suplicarme.

-Supón que me he visto privado de tu guardapelo -dijo-. Supón que me

lo arrebató una persona a la que preferiría no mencionar.

En ese mismo instante le comprendí. Su miserable hermano se lo había apropiado. Tenía a mi lado el cesto de las labores. Me corté un mechón de pelo y até ambos extremos con un trozo de mi cinta preferida, azul celeste.

-¿Volvemos a ser amigos, Oscar? -dije al ponerlo en su mano.

Me tomó entre sus brazos como si fuera presa de una especie de frenesí, y me abrazó con tanta violencia que me hizo daño. Antes de haber recobrado el aliento suficiente para hablar con él, me soltó y se marchó tan precipitadamente que derribó una mesita redonda que estaba llena de libros y despertó a mi tía.

La anciana señora me llamó con su voz más formidable y me mostró el temperamento de la familia en su faceta más agria. Grosse había regresado a Londres sin pedirle disculpas de ninguna clase y Oscar acababa de tirar sus libros por el suelo. La indignación suscitada por esos dos ultrajes pedía a gritos una víctima v, como no había nadie más por allí en ese momento, me seleccionó a mí. La señorita Batchford descubrió que había asumido una empresa superior a sus fuerzas al ponerse a cargo de su sobrina durante su estancia en Ramsgate.

-Rechazo aceptar toda la responsabilidad -dijo mi tía-. A mi edad, toda la responsabilidad es demasiado para mí. Voy a escribir a tu padre, Lucilla. Siempre lo he detestado y siempre lo detestaré, como bien sabes. Sus posturas políticas y religiosas son, máxime en un clérigo, simplemente detestables. Con todo y con eso, sigue siendo tu padre, y yo tengo el deber, después de lo que ese extranjero maleducado ha dicho sobre tu salud, de ofrecerme a devolverte al cuidado de tu padre bajo su propio techo o, como mínimo, de obtener de tu padre su sanción para que sigas estando a mi cuidado. Esta actitud, en cualquiera de los casos que observes, me relega de sobrellevar toda la responsabilidad. No haré nada que comprometa mi posición. Mi posición está bien clara. Debería haber aceptado formalmente la hospitalidad de tu padre con ocasión de tu boda, siempre y cuando hubiera estado yo bien de salud y en caso de que la boda se hubiera celebrado. A resultas de todo ello, habré de informar a tu padre de la opinión médica que hemos recibido sobre tu salud en la actualidad. Por más brutalmente que se me haya dado a conocer, sigue siendo la opinión médica la que cuenta, y por ello estoy obligada a comunicarla.

Conociendo la agria aversión que tenía mi tía a mi padre, y que era recíproca en él, hice todo lo que estuvo en mi mano por combatir la resolución de la señorita Batchford, pero sin empeorar más las cosas diciéndole cuáles eran en realidad mis motivos. No sin ciertas dificultades logré que mi opinión prevaleciera y que aplazase el informe que se proponía dar a mi padre sobre mí al menos durante uno o dos días, y así nos despedimos y nos fuimos a nuestras respectivas habitaciones, no sin antes haber hecho las paces (pues los temperamentales arranques de mal humor de la buena señora suelen terminar tan pronto como empiezan).

Este pequeño episodio de mi narración de los acontecimientos me ha distraído de la extraña conducta que tuvo Oscar ayer por la noche, pero desde el mismo instante en que entré en mi habitación he estado pensando o soñando con ello (¡qué espantosas pesadillas!; ¡ni siquiera podría ponerlas

Librodot

por escrito!) de manera casi incesante. Cuando hoy volvamos a encontrarnos, ¿qué aspecto tendrá?¿Y qué dirá?

Ayer tenía razón él. Soy fría con él, algo ha cambiado en mí, y es algo que todavía no comprendo. Mi conciencia me acusa ahora que estoy a solas. Sin embargo, a Dios pongo por testigo de que no es culpa mía. ¡Pobre Oscar! ¡Pobre de mí!

Nunca he tenido tan grande deseo de verlo, desde que estamos aquí, como el que tengo ahora. Algunas veces viene a desayunar. ¿Vendrá ahora?

¡Ay, cómo me duelen los ojos' ¡Y con qué obstinación entra la niebla en esta habitación! ¿Y si cerrase la ventana y me volviera a la cama otro rato?

Nueve de la mañana. Entró la criada hace media hora y me despertó. Fue a abrir la ventana como acostumbra, pero se lo impedí.

-¿Se ha despejado la niebla? -pregunté.

La chica se quedó mirándome boquiabierta.

-¿Qué niebla, señorita?

-¿Es que no la has visto?

-No, señorita.

-¿Y a qué hora te has levantado?

-A las siete, señorita.

A las siete yo todavía estaba escribiendo en mi diario, y la neblina seguía cubriendo todos los objetos de la habitación. Las personas de clase humilde suelen tener una curiosa falta de atención por todo lo relativo a la naturaleza. Durante todos los años que estuve ciega, nunca recibí la menor información de los criados o de los labriegos acerca del paisaje que rodeaba Dimchurch. Era como si no tuvieran ojos para todo lo que estuviera más allá de la cocina o de los campos sembrados. Me levanté de la cama y llevé a la criada hasta la ventana, dispuesta a abrirla.

-¡Allí la tienes! -dije-. No es tan espesa como era hace unas cuantas horas, pero sigue habiendo neblina, ¿no?

La muchacha miró de un lado a otro, del paisaje a mí y vuelta a empezar, con evidente desconcierto.

-¿Neblina? -repitió-. Le pido que me disculpe, señorita, pero hace una mañana clara y soleada... o así es como la veo yo.

-¿Clara? -repetí yo por mi parte.

-¡Sí, señorita!

-¿Pretendes decirme que la vista está despejada sobre el mar?

-El mar está de un espléndido color azul, señorita. Se ven los barcos ahí cerca y a lo lejos.

-¿Qué barcos?

Me señaló por la ventana a un punto determinado.

-Son dos, señorita. Un barco grande, de tres mástiles, y otro más pequeño que está un poco más allá.

Miré donde me señalaba con el dedo y forcé la vista todo lo que pude. Tan sólo atiné a distinguir una neblina grisácea y borrosa, y una pequeña

Librodot

mancha en medio, en el lugar que indicaba el dedo de la criada al señalar el punto en que se encontraban los dos barcos.

Por vez. primera me asaltó la idea de que la indefinición que había atribuido yo a la neblina era, lisa y llanamente, la indefinición borrosa de mis propios ojos. Tuve un momentáneo sobresalto. Me aparté de la ventana y di a la muchacha la mejor excusa que se me ocurrió. Tan pronto tuve la posibilidad de indicarle que se fuera, me quedé a solas y me aclaré los ojos con una de las soluciones del doctor Grosse, para probar de nuevo a escribir esta entrada y ver cómo me encuentro. Con gran alivio veo que puedo escribir mejor que a primera hora de la mañana. Sin embargo, ésta ha sido una advertencia para que siga las instrucciones de Grosse con más esmero que hasta ahora. ¿Es posible que ayer viera en mis ojos algo que le dio miedo decirme? ¡No, tonterías! Grosse no es uno de esos hombres que rehuyen la verdad. Me he fatigado la vista, eso es todo. Ahora cerraré mi diario y bajaré a desayunar.

Diez de la mañana. Abro mi diario de nuevo, aunque sólo sea un momento.

Ha ocurrido algo que sin lugar a dudas debo apuntar en la historia de mi vida. ¡Estoy tan enojada, tan molesta...! La criada (una desdichada idiota charlatana) le ha contado a mi tía lo que sucedió esta mañana, cuando estábamos ante la ventana. La señorita Batchford se ha alarmado y ha insistido en escribir una carta no a Grosse, sino a mi padre. Teniendo en cuenta la amargura de los sentimientos de mi padre por mi tía, dejará la carta sin contestar o la ofenderá con una colérica respuesta. Tanto en un caso como en otro, yo seré la afectada. Cuando mi tía se sienta dolida no podrá dirigirse a mi padre, así que seré yo el objeto de sus quejas. No quiero saber nada de todo eso. Con lo nerviosa y desanimada que estoy, la perspectiva de verme envuelta en una nueva disputa de familia me arredra lo indecible. ¡Sólo de pensarlo, me siento ingratamente inclinada a escapar de la señorita Batchford!

Todavía no hay, noticias de Oscar.

Mediodía. Y sin embargo faltaba todavía una dura prueba para que mi vida resultara insufrible, y esa prueba ha llegado. Acaban de ponerme en las manos una carta de Oscar, que ha traído un recadero de su hotel. En ella me informa de que ha decidido marcharse de Ramsgate en el próximo ten. El próximo tren saldrá dentro de cuarenta minutos. ¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer?

Me arden los ojos. Sé que es perjudicial que llore, pero ¿cómo no voy a llorar? Lo nuestro ha terminado si dejo que Oscar se marche solo, él mismo me lo dice así en su carta. ¡Ay! ¿Por qué habré sido tan fría con él? Debería sacrificar mis propios sentimientos en penitencia por ello. Y sin embargo sigo sintiendo con obstinación algo que me impide hacerlo. ¿Qué he de hacer? ¿Qué puedo hacer?

Ahora debo dejar la pluma e intentar ponerme a pensar. Me falla la vista por completo. No puedo escribir más.

Librodot

[*Nota*. Copio aquí la carta a la que se refiere Lucilla.

Según la versión del propio Nugent, la escribió invadido por un gran remordimiento, y con la intención de dar a Lucilla la oportunidad de romper el compromiso mediante el cual se creía con toda inocencia ligada a él. El afirma, al escribirla, que creyó honradamente que la carta ofendería a Lucilla de seguro. La otra interpretación del documento es que, al verse obligado a abandonar Ramsgate so pena de ser denunciado por Grosse al día siguiente, cuando éste visitara a su paciente, y de ser tachado de mero impostor, Nugent aprovechó la oportunidad de convertir su ausencia en un medio de influir sobre los sentimientos de Lucilla y de convencerla para que le acompañase a Londres. Por razones que el lector sin duda comprenderá cuando llegue al final de mi narración, prefiero no manifestar aquí cuál es mi opinión, tanto en un sentido como en otro.

Lea pues la carta y extraiga sus propias conclusiones:

> QUERIDA. Tras una noche de insomnio he decidido marcharme de Ramsgate en el primer tren después de que hayas recibido estas líneas. La experiencia de la pasada noche me ha convencido de que mi presencia aquí (después de lo que me dijiste en el malecón) sólo .sirve para afligirte. Hay una influencia que es demasiado intensa para tu resistencia, y que ha cambiado tu corazón y tus sentimientos hacia mí. Cuando llegue el día de decidir si serás mi esposa en las condiciones que te he propuesto, comprendo con toda claridad que dirás que no. Permíteme intentar que todo te resulte menos difícil, mi amor, a fin de que me lo digas por escrito en vez de tener que decírmelo a la cara. Si deseas la libertad, por más que me cueste te absuelvo de tu compromiso conmigo. Te amo tantísimo que no te puedo echar la culpa. Mi dirección en Londres te la adjunto en una hoja aparte. ¡Adiós!
>
> Oscar

La dirección que adjunta en hoja aparte es de un hotel.

A las últimas líneas del diario que he copiado aquí siguen unas cuantas líneas más. Con un par de excepciones, resulta imposible descifrar la caligrafía. El daño sufrido por sus ojos, a fuerza de tanto utilizarlos temerariamente, a fuerza de tanto llorar, a fuerza de pasar tantas noches en vela y a fuerza de la prolongada tensión, de la agitación y la incertidumbre, ha acabado justificando de manera evidente los callados presentimientos que tuvo Grosse cuando la visitó. Las últimas líneas del diario son, en cuanto a la escritura se refiere, muy inferiores a sus peores intentos de escribir cuando era ciega.

Sin embargo, la actitud que tomó al final, después de acusar recibo de la carta que acabo de poner a disposición del lector, se conoce de manera suficiente gracias a una nota que Nugent escribió de puño y letra y que llevó a la residencia de la señorita Batchford, en Ramsgate, un mozo de cuerda de la propia estación de ferrocarril. Otros acontecimientos posteriores obligan a guardar también esta nota, que dice así:

Librodot

SEÑORA. Escribo por expreso deseo de Lucilla para rogarle que no se preocupe cuando descubra que su sobrina se ha marchado de Ramsgate. Me acompaña a mí, por petición mía, al domicilio de una señora casada que es familiar mía, y a cuyos cuidados estará hasta que llegue el día en que celebremos nuestra boda. Las razones que la han llevado a dar este paso, y que por el momento la obligan a ocultar las señas de su residencia, les serán expuestas con toda franqueza tanto a usted como a su padre el día mismo en que seamos marido y mujer. Entretanto, Lucilla le ruega que disculpe su partida y que tenga la bondad de remitir esta carta a su padre. Tanto usted como él, espero, recordarán que es mayor de edad y que por tanto puede actuar de acuerdo con sus deseos, si bien tan sólo ha querido que se celebre cuanto antes su matrimonio con un hombre con el que está comprometida desde hace tiempo, con la aprobación de su familia. Créame, señora, su fiel servidor.

OSCAR DUBOURG

La carta fue entregada a la hora del almuerzo, casi exactamente en el momento en que la criada anunciaba a su señora que la señorita Finch no aparecía por ninguna parte, y que su bolsa de viaje había desaparecido de su dormitorio. El tren de Londres ya había partido. La señorita Batchford, al no tener ningún derecho a intervenir, decidió -no sin antes consultar con una amiga- viajar de inmediato a Dimchurch para poner el asunto en manos del señor Finch. P.]

Librodot

CAPITULO XLVI

El vapor italiano

El diario de Lucilla habrá dicho al lector todo lo que Lucilla podía decir. Permítaseme hacer de nuevo acto de presencia en estas páginas. ¿Puedo incluso decir lo que decía el payaso preferido de ustedes los ingleses, cada vez que reaparecía en sus bárbaras pantomimas? «Hola, aquí estoy de nuevo: ¿cómo están ustedes?»[6] No, creo que mejor será no decir tal cosa. Ese payaso es una de sus instituciones nacionales. Más vale que ningún extranjero se meta con esta misteriosa fuente de diversión que los ingleses tienen subida a un pedestal.

Llegué a Marsella, si mal no recuerdo, el 15 de agosto.

No cuento ni mucho menos con que el lector sienta el menor interés por el bueno de mi padre. Pasaré por alto a esta venerable víctima de las afables desilusiones del corazón, al menos con la rapidez que el debido respeto y el afecto me permitan. El duelo (confío en que el lector recuerde el duelo) se había librado con pistolas, pero la bala no había sido extraída del cuerpo de mi padre cuando yo me reuní con mis hermanas junto al lecho del herido. Estaba delirando y no me reconoció. Dos días después, el cirujano que se ocupaba del caso procedió a la extracción de la bala. Experimentó una franca mejoría después de esto, pero volvió a recaer. Sólo el 1 de septiembre pudimos concebir la esperanza de que siguiera entre nosotras.

En aquella fecha dispuse de la tranquilidad de ánimo suficiente para pensar de nuevo en Lucilla y para recordar el cortés requerimiento de la señora Finch, que no en vano me pidió que le diera noticias mías mientras estuviera en Marsella.

Escribí una carta breve a la húmeda señora de la rectoría, para relatarle (sólo que con más detenimiento) lo que he relatado aquí. Mi principal motivo con esta carta, y lo confieso, era obtener por medio de la señora Finch alguna información sobre Lucilla. Tras enviar la carta por correo atendí a otro deber que había postergado mientras mi padre estuvo en peligro de muerte. Fui a visitar a la persona que me había recomendado mi abogado para que se ocupara de la búsqueda de Oscar, tal como decidí al marcharme de Londres. Dicha persona estaba en relación con la policía, pues era (si es que puedo expresarlo de este modo en inglés) una especie de superintendente privado que carecía de reconocimiento oficial, aunque gozaba en secreto de la confianza del cuerpo.

Cuando tuvo conocimiento del tiempo que había transcurrido sin descubrir ni la más leve huella del fugitivo, adoptó una actitud de gran seriedad y declaró con toda honradez que mucho dudaba de que pudiera retribuir la confianza que yo había depositado en él, pues no creía poder ser de alguna utilidad. Al comprobar, sin embargo, que yo estaba de todo corazón dispuesta a hacer el esfuerzo que fuese necesario, me hizo una última pregunta.

-Todavía no me ha descrito a dicho caballero. ¿No tendrá por casualidad algún rasgo notable en su apariencia personal?

[6] Se trata de Joseph Grimaldi (1779-1837), el más famoso payaso de Inglaterra, que empleaba esa famosa frase cada vez que aparecía en escena.

-Hay algo sumamente notable, señor -respondí.

-Por favor, descríbamelo con toda exactitud.

Describí el color de piel de Oscar. Mi excelente superintendente dio muestras de renovado ánimo al escucharme. Era un caballero vestido con suma elegancia, que tenía los principescos modales de un gran señor. Fue todo un privilegio tener la ocasión de conversar con él.

-Si ese hombre desaparecido ha pasado por Francia -dijo- con un rostro tan llamativo como el suyo, existe una posibilidad de que lo encontremos. Comenzaré las indagaciones preliminares por la estación de ferrocarril, la oficina que expende los billetes para los barcos de vapor y el puerto. Sabrá usted los resultados mañana mismo.

Volví al lecho del bueno de mi padre, por el momento satisfecha.

Al día siguiente, mi superintendente me hizo el honor de visitarme.

-¿Hay noticias, señor? -le pregunté.

-Ya hay noticias, señora. El responsable de la oficina de los vapores recuerda perfectamente haber expendido un billete a un desconocido que tenía la cara de un tono terriblemente azulado. Por desgracia, su memoria no es igual de buena para otros asuntos. No es capaz de recordar con precisión ni el nombre del desconocido ni el lugar al que se embarcó. Sabemos que ha debido dirigirse o bien a uno de los puertos de la costa de Italia, o bien a otro puerto situado más a Oriente. Por el momento, eso es todo lo que sabemos.

-¿Y qué debemos hacer a continuación? -le pregunté.

-Con su permiso, me propongo enviar una descripción personal de este caballero, por telégrafo, a los distintos puertos de la costa italiana. Si no recibimos respuesta afirmativa, probaremos después en los puertos de Oriente. Éste es el modo de indagación que me permito someter a su consideración. ¿Da su consentimiento para que procedamos de este modo?

Le di cordialmente mi aprobación y aguardé a los resultados con toda la paciencia a la que fui capaz de recurrir.

Pasó el día siguiente sin novedades. Mi desdichado padre se recuperaba con gran lentitud. La vil mujer que había ocasionado el desastre (y que se había dado a la fuga con su antagonista) estaba presente a todas horas en su ánimo, alterándolo y manteniéndolo postrado. ¿Cómo se consiente que una desdichada con tal capacidad de destrucción, un monstruo inmisericorde, traidor y devorador, con simple forma femenina, esté a sus anchas fuera de la cárcel? A las pobres tigresas que sólo comen cuando tienen hambre, y que sólo de ese modo pueden atender a sus cachorros, se las encierra en una jaula, y en cambio se deja suelta a otra bestia mucho más peligrosa, protegida además por la ley. ¡Ah, qué fácil es comprobar que son los hombres quienes hacen las leyes! Mas no importa. Las mujeres ya empiezan a dar la cara. Sólo habrá que esperar un poco. Esas tigresas que andan por la vida sobre dos piernas lo pasarán muy mal cuando nosotras lleguemos al Parlamento.

El día 4 me escribió el superintendente. ¡Nuevas noticias de nuestro Oscar desaparecido!

El hombre azul había desembarcado en Génova y había tomado un

Librodot

ferrocarril con destino a Turín. Se realizaron nuevas indagaciones por telégrafo en el mismo Turín. Entretanto, y en el hipotético supuesto de que la persona desaparecida regresara a Inglaterra por Marsella, una serie de hombres experimentados y provistos de una descripción personal del desaparecido fueron apostados en diversos lugares públicos, a fin de que revisaran a todos los viajeros que llegaran por tierra o por mar, y de que me avisaran en caso de que llegara el viajero que buscábamos. Una vez más, el principesco superintendente sometió este plan a mi consideración y aguardó a que le diera mi aprobación, como en efecto hice, aparte de añadir toda mi admiración como parte del trato.

Pasaron los días, y el bueno de mi padre todavía andaba a caballo entre la mejora manifiesta y el empeoramiento.

Mis hermanas se hundieron, las pobrecillas, bajo el peso de tanta preocupación. Todo recayó sobre mis hombros, como de costumbre. Día tras día, mis perspectivas de regresar, a Inglaterra se iban volviendo más y más lejanas. No me llegó ni una sola línea de la señora Finch. Y esto fue suficiente para trastornarme y llevarme a dudar. Prácticamente no apartaba a Lucilla ni un solo instante de mis pensamientos. Mis preocupaciones me apremiaban una y otra vez a correr el riesgo de escribirle, pero una y otra vez se interponía un mismo obstáculo. Después de lo ocurrido entre nosotras me resultaba imposible escribirle directamente sin recuperar previamente el lugar que antes ocupaba en sus afectos. Y esto era algo que sólo podría llevar a cabo entrando en una serie de particularidades que, por más que me inclinara en sentido contrario, todavía era cruel e incluso peligroso revelarle.

En cuanto a la posibilidad de escribir a la señorita Batchford, ya había puesto a prueba la paciencia de la anciana antes de marcharme de Inglaterra. Si lo intentase de nuevo, sin tener mejor excusa que mis propias inquietudes para llevar a cabo una segunda intromisión en su intimidad, era harto probable que aquella monárquica recalcitrante arrojase mi carta a la chimenea, y que tratase a su republicana remitente con el desprecio de su silencio. Grosse era la tercera y más bien la última persona de la que podía esperar alguna información. Sin embargo -¿debo confesarlo?-, no sabía yo qué podía haberle dicho Lucilla sobre nuestro distanciamiento, y mi orgullo (ruego al lector que recuerde mi condición de extranjera empobrecida) se me revolvía ante la sola idea de exponerme a una posible repulsa por su parte.

Sin embargo, el día 11 comencé a tener una sensación tan punzante de la incertidumbre que me atenazaba, amén de tan dolorosas dudas sobre lo que pudiera estar haciendo Nugent en mi ausencia, que resolví la situación escribiendo a Grosse. Según mis cálculos -y el diario pondrá de manifiesto que no erré en mis suposiciones- era cuando menos posible que Lucilla únicamente le hubiese dado cuenta del triste cometido que exigía mi presencia en Marsella, y que no le hubiera dicho nada más. Acababa de abrir mi escritorio cuando entró nuestro medico en la sala y anunció con gran alborozo que por fin podía responder de la plena recuperación del bueno de ni padre.

-¿Puedo entonces regresar a Inglaterra? -pregunté con ansiedad.

-No, no tan de repente. Sigue siendo usted su enfermera predilecta; deberá acostumbrarle poco a poco a la idea de que se va a marchar. Si lo hiciera bruscamente, podría producirle una recaída.

Librodot

-No haré nada con brusquedad. Dígame solamente cuándo no habrá el menor peligro de que me vaya.

-Digamos que dentro de una semana.

-¿El 18?

-El 18.

Cerré el escritorio. Al cabo de unos cuantos días podía tener la seguridad de encontrarme en Inglaterra, casi al mismo tiempo en que llegara una respuesta de Grosse a Marsella. En semejantes circunstancias, mejor iba a ser esperar hasta hallarme en condiciones de hacer indagaciones por mi cuenta, con toda seguridad y con absoluta independencia. Comparando las fechas se verá que, si hubiese escrito al oculista alemán, mi carta habría llegado demasiado tarde. Era día 11, y Lucilla se había marchado de Ramsgate, con Nugent, el día 5.

Durante todo este tiempo sólo tuvimos una pequeña noticia que nos compensara de nuestras indagaciones acerca de Oscar. Y esta pequeña noticia no me pareció que mereciera credibilidad.

Se nos dijo que alguien lo había visto en un hospital militar -en el hospital de Alejandría, en el Piamonte, me parece-, trabajando a las órdenes de los cirujanos como asistente de los heridos que habían sobrevivido a la famosa campaña franco-italiana contra Austria. (Téngase en cuenta, si no es mucho pedir, que escribo sobre sucesos acaecidos en el año de 1859, y que la paz de Villafranca se firmó en julio de aquel año.) Trabajar como enfermero en un hospital me pareció una ocupación que estaba en absoluto desacuerdo con el temperamento y el carácter de Oscar, de modo que insistí en considerar esa información algo erróneo o incluso falso.

El día 17 tuve por fin el pasaporte en regla y ya había hecho la mayor parte de mi equipaje, preparándome para emprender mi viaje de vuelta a Inglaterra al día siguiente.

Por grande que fuera el esmero con que traté de acostumbrarlo a la idea, mi pobre padre se mostró tan inamoviblemente reacio a permitir que le abandonara que me vi obligada a optar por una suerte de compromiso. Le prometí que, una vez resuelto el asunto que exigía mi presencia en Inglaterra, volvería de inmediato a Marsella y haría con él el trayecto de regreso a su casa de París tan pronto como se encontrase en condiciones de viajar. Con esta condición me dio su permiso. Pese a que no nadaba yo en la abundancia, preferí de lejos hacer el viaje dos veces y menguar de este modo los exiguos fondos de mi bolsillo, antes que seguir por más tiempo sin saber qué estaba ocurriendo en Ramsgate... o en Dimchurch, según fuera el caso. Una vez libre mi ánimo de toda preocupación relacionada con mi padre, no supe qué me atormentaba más, si mi deseo de hacer las paces con mi amiga y hermana o mis vagos temores por los males que pudiera haber ocasionado Nugent aprovechando mi ausencia. Una y mil veces me pregunté si la señorita Batchford habría enseñado mi carta a Lucilla. Una y mil veces me pregunté si habría tenido yo el feliz privilegio de mostrar a Nugent tal como era en realidad, y a fin de cuentas guardar así a Lucilla para Oscar.

Por la tarde del 17 salí sola a tomar el aire y a mirar los escaparates de los comercios. Da igual quién sea, de alta o baja cuna, hermosa o más bien fea, porque una mujer siempre encuentra alivio mirando escaparates.

Librodot

No llevaba ni siquiera cinco minutos en la calle cuando me encontré a mi principesco superintendente.

-¿Alguna noticia? -le pregunté.

-No, todavía no.

-¿Todavía? -repetí-. ¿Es que entonces espera noticias?

-Estamos a la espera de un vapor italiano que llegará a puerto antes del anochecer -dijo el superintendente-. Quién sabe lo que podría ocurrir

Con una exquisita reverencia se despidió. No sentí el menor alborozo al contemplar la yerma perspectiva que se abría ante mí con esas últimas palabras. Habían llegado muchísimos vapores a Marsella sin traer ninguno la menor noticia del desaparecido, tantos que yo ya daba una mínima trascendencia a la llegada del barco italiano. Sin embargo, no tenía nada mejor que hacer, deseaba pasear, y pensé que no me sentaría mal ir hasta el puerto y ver la llegada del navío.

El navío estaba en la rada cuando llegué al muelle.

Encontré al hombre que habíamos contratado para inspeccionar a los viajeros puntualmente apostado en su sitio. Gracias a su influencia pudo saltar por encima de las irritantes leves y reglamentaciones de Francia, que impedían toda libertad de movimiento dentro de los límites establecidos al respecto, y me procuró un sitio en la sala de aduanas, a través de la cual estaban obligados a pasar todos los pasajeros del barco. Acepté su cortés invitación sencillamente porque me alegré de poder tomar asiento y descansar en un lugar tranquilo después del paseo. No tenía ni siquiera la menor sombra de una idea, y ni siquiera imaginaba que algo pudiera sacar en claro de mi visita a la rada.

Al cabo de un buen rato comenzaron a llegar los pasajeros a la aduana. Cuando miraba con languidez a la primera media docena de desconocidos, noté que alguien me tocaba en el hombro. Me di la vuelta y me encontré con nuestro hombre: en un estado de indescriptible excitación, me pedía que no perdiera yo la compostura.

Como estaba muy tranquila, me quedé mirándole extrañada.

-;¿Por qué?

-¡Está aquí! -exclamó-. ¡Vea!

Señaló a los pasajeros que aún llenaban la sala. Miré hacia donde me indicaba, y en el instante perdí la cabeza y solté un chillido que atrajo hacia mí todas las miradas. ¡Sí! Allí estaba su pobre, querida cara decolorada. ¡Allí estaba Oscar en persona, pasmado y boquiabierto al verme!

Le quité de la mano la llave de su baúl y se la di a nuestro hombre, que se ocupó de someterlo a la inspección de los aduaneros y de llevarla después al lugar en que yo me alojaba. Tomé a Oscar del brazo con toda mi fuerza y pasé entre el gentío que llenaba la sala; a las puertas del muelle detuve un taxi. A mi alrededor, las personas que se fijaron en mi excitación no dejaron de murmurar compasivamente: «¡Es la madre del hombre azul!». ¡Qué idiotas! Debieran haberse percatado, pienso yo, de que sólo tengo edad suficiente para ser su hermana mayor.

Una vez al abrigo del vehículo pude respirar de nuevo tranquila, y le compensé por todas las angustias que me había causado dándole un beso.

Librodot

Podría haberlo besado mil veces. El asombro lo había convertido en una criatura totalmente alelada y pasiva, que estaba por completo a mi merced. Tan sólo repetía débilmente, una y otra vez, la misma pregunta:

-¿Qué significa esto? ¿Qué significa esto?

-¡Significa que tiene usted amigos, desdichado, que son lo bastante idiotas como para tenerle tan gran aprecio que nunca renunciarán a usted! -dije-. Y yo soy una de esos idiotas. Mañana mismo nos vamos a Inglaterra los dos, y allí podrá comprobar si Lucilla no es una idiota más.

Esta referencia a Lucilla le devolvió a la cordura. Comenzó a formular las preguntas que con toda naturalidad se le ocurrieron en semejantes circunstancias. Como yo por mi parte también tenía muchas preguntas en reserva, le indiqué sucintamente qué me había llevado a Marsella y qué había hecho, mientras estuve en esa ciudad, para tratar de descubrir el lugar en que se ocultaba.

Cuando me preguntó a continuación, no sin una breve lucha consigo mismo, qué podía decirle de Nugent y de Lucilla, no puedo ni debo negar que vacilé antes de contestarle. Sin embargo, bastó un momento de consideración para recordar las complicaciones y los contratiempos que nos habían sobrevenido a resultas de ocultar la verdad, y le dije a Oscar con toda franqueza lo que ya he referido aquí, empezando por mi entrevista nocturna con Nugent en Browndown y terminando con mis medidas de precaución para proteger a Lucilla mientras vivía al cuidado de su tía.

Tuve un gran interés en comprobar qué efecto producían en él estas revelaciones.

Mi observación me llevó a formarme dos conclusiones. La primera, que el tiempo y la ausencia no habían producido el menor cambio en el amor que el pobre sentía por Lucilla. La segunda, que nada, salvo una prueba absolutamente irrefutable, iba a inducirle aceptar la desfavorable opinión que me merecía la personalidad de su hermano. En vano declaré que Nugent había abandonado Inglaterra con el pretexto de ir en su busca y que en realidad dejó en mis manos, tal como demostraba nuestro encuentro, el intento de localizarlo. Admitió de inmediato que no había visto a Nugent y que no había tenido noticias de él. No obstante, la confianza que tenía en su hermano seguía siendo inalterable.

-Nugent es la viva imagen del honor -repitió una y otra vez, sin cesar, mirándome de soslayo y dándome así a entender que mi franca opinión sobre su hermano le había dolido y ofendido.

Apenas había tenido tiempo de percatarme de ello cuando llegamos a mi alojamiento. Parecía reacio a entrar conmigo en la casa.

-Supongo que tendrá usted alguna prueba que demuestre lo que acaba de afirmar sobre Nugent -dijo mientras se detenía en la entrada-. ¿No ha escrito usted a Inglaterra desde que se encuentra aquí? ¿No ha recibido respuesta?

-He escrito a la señora Finch -respondí-, y no he recibido su respuesta.

-¿No ha escrito a nadie más?

Le expliqué en qué situación me encontraba con la señorita Batchford, así como mis vacilaciones en escribir a Grosse. El rescoldo del resentimiento

Librodot

que tenía contra mí, que había estado medio oculto desde que le hablé de su hermano y de Lucilla, por fin prendió en llamaradas.

-Estoy en total desacuerdo con usted -estalló con gran enojo-. Tergiversa usted a Lucilla y tergiversa a Nugent. Lucilla es incapaz de decir nada en contra de usted, y menos a Grosse; Nugent es igualmente incapaz de llevarla por el mal camino, a pesar de lo que usted supone. ¡Qué horrible ingratitud atribuye al uno! ¡Qué horrible vileza al otro! La he escuchado con toda la paciencia de que he sido capaz, y estoy profundamente agradecido por el interés que ha puesto usted en mí, pero se me hace imposible seguir a su lado. Madame Pratolungo, ¡sus sospechas son inhumanas! No aporta nada que se parezca ni de lejos a una prueba que respalde esas sospechas. Voy a ordenar que me traigan mi equipaje, si usted me lo permite, y emprendo viaje a Inglaterra en el siguiente tren. Después de todo lo que me ha dicho, no puedo darme ni un descanso hasta que averigüe personalmente la verdad por mis propios medios.

¡Este fue el resultado de todas las molestias que me había tomado para localizar a Oscar Dubourg! Poco importa ahora cuánto dinero invertí en su búsqueda; no soy tan rica como para despreocuparme por el dinero. Baste con pensar en las molestias y el afán. De haber sido yo un hombre, muy en serio pienso que podría haberlo derribado de un golpe. Como sólo soy una mujer, le dediqué una reverencia y lo zaherí con mis palabras.

-Como usted quiera, señor mío -dije-. He hecho todo lo posible por estar a su servicio, y usted, a cambio, se pelea conmigo y me deja así. ¡Váyase! No es usted el primer imbécil que se pelea con su mejor amigo.

Ya fueran las palabras, ya fuera la reverencia, ya fuera lo uno con lo otro, lo cierto es que se avino a razones. Me pidió disculpas y las acepté. Y me pareció excesivamente ridículo, cosa que me puso de nuevo de un humor excelente.

-Es usted un muchacho estúpido -le dije mientras lo tomaba por el brazo y me encaminaba a la escalera-. Cuando nos conocimos en Dimchurch, ¿le parecí yo una mujer suspicaz, o una mujer inhumana? ¡Respóndame a eso!

Me respondió con toda franqueza.

-Me pareció usted un dechado de amabilidad y de bondad. Sin embargo, creo que es natural que desee alguna confirmación... -Se calló y volvió bruscamente a la carta que yo había enviado a la señora Finch. El silencio de la esposa del rector le alarmaba-. ¿Cuánto tiempo hace que la escribió?

-La escribí el 1 de este mes -repuse.

Adoptó un aire pensativo. Subimos en silencio el siguiente tramo de la escalera. En el rellano me detuvo y tomó de nuevo la palabra. No podía quitarse de la cabeza mi carta sin contestar.

-La señora Finch suele perder todo lo que se puede perder -dijo-. ¿No le parece probable que, teniendo en cuenta sus costumbres, le haya contestado y que, al ir a buscar su carta para escribir correctamente la dirección, descubriese que a su carta le había ocurrido como al pañuelo o a la novela, o a tantas otras cosas más, y que no haya sido capaz de encontrarla?

Hasta ese punto, semejante posibilidad parecía muy propia del carácter de la señora Finch. Me di cuenta de que así era, pero yo estaba

Librodot

demasiado preocupada para extraer la inferencia lógica. Lo que dijo Oscar a continuación me iluminó sobre el asunto.

-¿No ha ido a ver la Lista de Correos? -preguntó.

¿En qué estaría yo pensando? ¡Por supuesto! Había perdido mi carta, seguramente había dado la vuelta entera a toda la casa en su busca, y el rector habría acallado el tumulto ordenando a su esposa que me escribiera a la Lista de Correos. ¡Qué extraño me pareció que hubiésemos cambiado de lugar! En vez de pensar con claridad yo en favor de Oscar, era Oscar quien pensaba con total claridad por mí. ¿No resulta increíble mi rematada estupidez? Recuerde el lector qué gran peso y qué angustia tuve que soportar durante mi estancia en Marsella. ¿Es posible que alguien piense en todo cuando está tan afligido como estaba yo? No, ni siquiera alguien tan inteligente como el propio lector habría sido capaz de tenerlo todo en cuenta. Tal como suele decirse, si «hasta el mismo Homero se echa a veces una cabezada», ¿cómo no iba a pasarle lo propio a madame Pratolungo?

-Nunca se me había ocurrido pensar en la Lista de Correos -le dije a Oscar-. Si no le importa que volvamos sobre nuestros pasos, podemos preguntar ahora mismo.

Estuvo totalmente de acuerdo. Bajamos de nuevo a la calle. Por el camino a la oficina de correos, aproveché la primera oportunidad que tuve y le pedí a Oscar que me diera cuenta de sus andanzas.

-He satisfecho su curiosidad en la medida de mis posibilidades -dije mientras caminábamos por las calles cogidos del brazo-. Ahora, ¿qué le parece si satisface usted la mía? La única información que me ha llegado de usted es que se le vio en un hospital militar en Italia. Lógicamente, no será verdad...

-Es totalmente cierto.

-¿Usted en un hospital militar, atendiendo a los soldados?

-Eso es exactamente lo que he hecho.

No tuve palabras para manifestar mi asombro. Tan sólo pude pararme en seco y mirarlo boquiabierta.

-¿Era ésa la ocupación en que pensaba cuando se marchó de Inglaterra? -le pregunté.

-No pensaba en nada cuando me fui de Inglaterra -respondió-, salvo el propósito que le confié a usted. Después de lo ocurrido, tenía que irme porque se lo debía a Lucilla y a Nugent. Abandoné Inglaterra sin que me importase adónde ir. Por casualidad fue el tren a Lyón el primero que salía cuando llegué a París. Tomé ese primer tren. En Lyón vi por casualidad, en un periódico francés, un reportaje sobre el sufrimiento de los hombres malheridos después de la batalla de Solferino. Me invadió ese impulso, presa de mi propia desdicha, de ayudar en sus miserias a otros hombres que sufrían. En todos los demás sentidos había malgastado yo mi vida. El único uso realmente digno al que podía dedicarme era el de hacer el bien en la medida de mis posibilidades, y allí podía hacerlo. Me las ingenié para conseguir las cartas de presentación necesarias en Turín. Con ayuda de esos documentos pude ser de cierta utilidad, bajo el mando de los cirujanos y enfermeras, en el cuidado de los pobres mutilados y tullidos. También hice

alguna aportación de mis propios recursos para ayudarlos a empezar de nuevo a ganarse la vida.

Con esas palabras sencillas y viriles me relató su historia.

Una vez más sentí, como ya había sentido antes, que en el carácter de este joven inocente se escondían no pocas reservas de fuerza que habían pasado completamente desapercibidas a mi observación superficial. Al elegir su vocación vi claramente que había seguido la convención moderna en casos como el suyo. La desesperación tiene sus propias modas, igual que la manera de vestir. La desesperación antigua (sobre todo la del género de Oscar) llevaba a los hombres a ser soldados o a entrar en un monasterio. La desesperación moderna los lleva a ser enfermeros; así cicatrizan las heridas, se fortalece el físico, y uno se cura -o no- de esa útil e ingrata manera. Ciertamente, Oscar no había descubierto ninguna novedad; había actuado únicamente guiado por la moda. No obstante, entendí que eran necesarios un gran coraje y una considerable resolución para superar los obstáculos que evidentemente tuvo él que superar, así como insistir sin cejar en el empeño, una vez adoptada esta vía de acción. Había empezado discutiendo con él, y ahora me faltaba muy poco para acabar respetándolo. No tenía duda: había valido la pena, a fin de cuentas, guardar a Lucilla para un hombre como él.

-¿Me permite que le pregunte adónde se dirigía cuando nos encontrarnos en el puerto? -proseguí-. ¿Se ha marchado de Italia porque ya no había demasiados soldados heridos que curar?

-Ya no había trabajo para mí en el hospital al que me habían destinado -dijo-. Y con la población ajena al hospital, ente los pobres y los afligidos, existían ciertas dificultades por ser yo extranjero y protestante. Podría haber superado estos obstáculos sin demasiadas complicaciones ya que el italiano es un pueblo esencialmente bondadoso y amable. Hubiera bastado con proponérselo. Sin embargo, se me ocurrió que mi deber era atender a mis compatriotas. La miseria que pide alivio a gritos en todo Londres no tiene parangón en ninguna ciudad de Italia. Cuando nos encontramos, iba rumbo a Londres para poner mis servicios a disposición de cualquier clérigo de un barrio depauperado que aceptara la ayuda que en mi mano estuviera brindarle. -Hizo una pausa, vaciló, y añadió en voz baja-: Ese era uno de mis objetivos al regresar a Inglaterra. Me parece de elemental honestidad reconocerle que también tenía otros motivos.

-¿Motivos relacionados con su hermano v con Lucilla? -sugerí.

-Sí. ¡No me interprete mal! No vuelvo a Inglaterra para retractarme de lo que le dije a Nugent. Sigo dejándole en libertad para defender su causa ante Lucilla, y que lo haga él en persona. Sigo resuelto a no afligirme ni tampoco a causarles a ellos la menor aflicción regresando a Dimchurch. No obstante, siento un anhelo que nada logra apagar, y es el anhelo de saber cómo han terminado las cosas entre ellos. ¡No me pida que le diga nada más! A pesar del tiempo transcurrido, todavía se me rompe el corazón al hablar de Lucilla, había aspirado a verla a usted en Londres, para que me contase de sus propios labios lo que tanto anhelaba yo saber. Juzgue por sí misma cuáles eran mis esperanzas cuando vi su rostro, y perdone mi amarga decepción cuando descubrí que no tenía ninguna noticia que darme. y sobre todo cuando me habló de Nugent como lo hizo. -Calló de pronto y me apretó el

Librodot

brazo con afecto-. ¿Y si estuviéramos en lo cierto sobre la carta de la señora Finch? -añadió-. ¿Y si estuviera esperándola en correos?

-¿Y bien?

-Esa carta tal vez contenga las noticias que más deseo saber.

Lo detuve allí mismo.

-De eso yo no estoy tan segura -respondí-. No sé qué es lo que tanto desea usted saber.

Dije estas palabras con un propósito bien claro. ¿Qué noticias eran las que tanto deseaba? A pesar, de todo lo que me había dicho, mi propio instinto me respondió: desea saber, a ciencia cierta que Lucilla sigue estando soltera. Mi objetivo al hablar como le hablé no era otro que tentarle a que me contestase, y me confirmara esta opinión. Sin embargo, evadió la respuesta. ¿Fue esto una confirmación en sí misma? Sí, a mi juicio lo fue.

-¿Me dirá usted qué contiene esa carta? -preguntó, pasando por alto, ya se ve, lo que acababa de decirle.

-Sí, por supuesto, si es que usted lo desea -respondí, aunque no estaba del todo satisfecha de la falta de confianza que así me mostraba.

-¿Sin que importe lo que diga esa carta? -siguió. Era evidente que dudaba de mí.

Volví a responder que sí. Una sola palabra, nada más.

-Supongo que sería pedir demasiado -insistió- que me permitiera leer, la carta con mis propios ojos...

Como bien sabe el lector, a estas alturas, no tengo yo el temperamento de una santa. Retiré con presteza mi brazo del suyo y lo miré de arriba abajo con lo que el pobre Pratolungo solía llamar «mi mirada romana».

-¡Señor Oscar Dubourg! Diga con toda sencillez que no se fía usted de mí...

Protestó, por supuesto, y afirmó que no era cierto... Pero no produjo en mí el menor efecto. Repase mentalmente el lector los insultos, preocupaciones, quebraderos de cabeza y ansiedades que me habían importunado a cada paso en compensación por el interés de amiga que me había tomado yo por el bienestar de ese hombre. Y si es un esfuerzo demasiado grande el que pido, tenga entonces la bondad de recordar la nota de despedida que me dejó Lucilla en Dimchurch, seguida en ese momento por una manifestación igualmente enojosa de la desconfianza que me tenía Oscar. Y no olvide que recientemente había pasado yo una dura prueba junto al lecho de mi padre. Creo que así comprenderá y sin duda reconocerá que cualquier talante más dulce incluso que el mío se habría agriado en semejantes circunstancias.

No respondí una sola palabra a las protestas de Oscar. Tan sólo me puse a rebuscar con vehemencia en el bolsillo de mi vestido.

-Tenga -le dije al abrir el tarjetero-, ésta es mi dirección en esta ciudad. Y aquí tiene mi pasaporte, si es que lo desea.

Le obligué a tomar en sus manos mi tarjeta y mi pasaporte. Miró ambos papeles con total desvalimiento, asombrado.

-¿Y qué he de hacer con esto? -preguntó.

Librodot

-Llevarlo a la Lista de Correos. Si hay una carta a mi nombre remitida desde Dimchurch, le doy mi autorización para que la abra. Léala antes de que llegue a mis manos, y tal vez de ese modo se dé por satisfecho.

Afirmó que no estaba dispuesto a hacer tal cosa y trató de devolverme mis documentos por la fuerza.

-Le ruego que no se abstenga -le dije-. He terminado con usted y con sus asuntos. A mí la carta de la señora Finch no me importa nada. Si de veras se encuentra en la Lista de Correos, no me tomaré la molestia de ser yo quien la solicite. ¿Qué me pueden importar a mí las noticias de Lucilla? ¿Qué me importa a mí que esté casada o no? Me vuelvo junto a mi padre y mis hermanas. Decida usted si desea o no la carta de la señora Finch.

Esto zanjó el asunto. Él se fue con mis documentos a la oficina de correos, y yo volví a mi alojamiento.

Al llegar a mi habitación, todavía defendía la resolución que le había expresado a Oscar en la calle. ¿Por qué iba a abandonar a mi pobre y anciano padre para volver a Inglaterra y mezclarme con los asuntos de Lucilla? Después del modo en que se despidió de mí, ¿tenía yo alguna perspectiva razonable de que me recibiera de forma civilizada? Oscar ya estaba de camino a Inglaterra; que Oscar se cuidase de sus propios asuntos, y que los tres (Oscar, Nugent y Lucilla) se peleasen todo lo que quisieran. ¿Qué tenía yo que ver, la viuda de Pratolungo, con tan fraudulenta maraña familiar? ¡Nada! Hacía un día caluroso a pesar de la estación del año en que estábamos; la viuda de Pratolungo, sabia mujer donde las haya, decidió ponerse cómoda. Abrió su baúl, se quitó la ropa de viaje, se puso una bata de andar por casa, dio una vuelta por la habitación y, si el lector se hubiese tropezado con ella en ese momento, no le habría arrendado yo la ganancia, por descontado.

(¿Qué pensará el lector, a estas alturas, acerca de mi coherencia? ¿Cuántas veces he cambiado de parecer sobre Lucilla y Oscar? Basta con echar las cuentas desde el día en que me fui de Dimchurch. ¡Debo de ser la viva imagen de la perpetua contradicción! ¡Y qué improbable resulta que actúe yo de esta manera tan ilógica! El lector, jamás ha cambiado de parecer bajo la influencia de las circunstancias o de su propio temperamento. No, el lector es lo que se .suele llamar un personaje coherente. ¿Y yo? Oh, yo sólo soy un ser humano, y tengo la dolorosa conciencia de que no tengo nada que hacer dentro de un libro.)

En una media hora, apareció la criada con un paquetito para mí. Lo había dejado un desconocido con acento inglés y una cara que daba miedo. Había anunciado su intención de pasar más tarde a visitarme. La criada, una gordezuela saltarina, se echó a temblar al repetirme el mensaje y preguntó si estaba enemistada con el hombre de la cara terrible.

Abrí el paquete. Contenía mi pasaporte y, cómo no, la carta de la señora Finch. ¿La habría abierto? ¡Sí! No había sido capaz de resistir la tentación. Por si fuera poco, había escrito un par de líneas a lápiz: «En cuanto me encuentre en condiciones de verla, le suplicaré que me perdone. Todavía no me atrevo a presentarme ante usted. Lea la carta y entenderá el porqué».

Abrí la carta. Estaba fechada el 5 de septiembre. Pasé por encima de las primeras frases sin prestar demasiada atención: gracias por mi carta,

Librodot

felicidades por la pronta recuperación de mi padre, información sobre las encías del bebé y sobre el último sermón del rector, más información sobre alguien que la señora Finch estaba convencida de que me interesaría y me deleitaría... ¡¡¡Qué!!! «El señor Oscar Dubourg ha vuelto y se encuentra ahora con Lucilla en Ramsgate.»

Arrugué la carta en una sola mano. Nugent había justificado mis peores presagios sobre lo que haría durante mi ausencia. ¿Qué pensaba el verdadero Oscar Dubourg de su hermano, al leer esa frase en Marsella? Todos somos mortales, todos somos perversos. Esto es una monstruosidad, pero es cierto. Viví un instante triunfal.

Pasado ese momento de perversidad, volví a ser buena. Es decir, me avergoncé de mi reacción.

Alisé la carta y busqué con impaciencia alguna noticia sobre la salud de Lucilla. Si las noticias eran favorables, la carta que dejé al cuidado de la señorita Batchford ya debía de estar en poder de Lucilla; debía de haber expuesto la abominable impostura de Nugent, que había suplantado a su hermano; debía de haberla guardado, así pues, para Oscar. En tal caso, todo iría bien de nuevo (y mi querida Lucilla lo reconocería) gracias a mí.

Después de contarme las noticias de Ramsgate, la señora Finch comenzaba a desbarrar. Acababa de descubrir (como había supuesto Oscar) que había perdido mi carta. Conservaría la suya, decía, hasta el día siguiente con la esperanza de encontrarla. Si no lo conseguía, probaría suerte con la Lista de Correos de acuerdo con la sugerencia (no del señor Finch, ahí me equivoqué), sino de Zillah, que tenía parientes en el extranjero, y que también había hecho uso algunas veces de la Lista de Correos. Así seguía perorando la señora Finch, con su desaseada caligrafía de letras grandes y redondas, hasta el pie de la tercera página.

Le di la vuelta. La caligrafía era ahora más desaseada que nunca; había dos grandes borrones en el papel, su estilo adquiría tintes débilmente histéricos. ¡Dios del cielo! ¡Qué tuve que leer cuando por fin descifré el final! Véalo el lector por sí mismo; aquí están sus palabras:

> Han pasado unas cuantas horas, ya es la hora del té, ¡ay! mi querida amiga, a duras penas consigo sujetar la pluma de tanto que tiemblo, no se lo creería usted, la señorita Batchford acaba de llegar a la rectoría, trae la terrible noticia de que Lucilla se ha dado a la fuga con Oscar, no sabemos el porqué, no sabemos adónde, sólo que se han marchado solos los dos, una carta de Oscar explica a la señorita Batchford todo eso y nada más, ¡oh! le ruego que vuelva en cuanto pueda, el señor Finch se lava las manos en este asunto, la señorita Batchford se ha marchado de la casa rectoral enfurecida con él, estoy terriblemente agitada y hasta he tenido que darle al señor Finch el bebé, que está llorando hasta ponerse morado. Afectuosamente suya,
>
> Amelia Finch

Todos los arranques de rabia que hubiera tenido yo con anterioridad, a lo largo de mi vida, no fueron nada en comparación con la rabia que me

Librodot

devoró cuando leí la cuarta página de la carta de la señora Finch. ¡Nugent se había burlado de mí y de todas mis precauciones! ¡Nugent había arrebatado a Lucilla a su hermano de la manera más vil y con toda impunidad! Tiré por la borda todo mi comedimiento femenino. Me senté con las piernas de cualquier manera, como un hombre. Me metí las manos en los bolsillos de la bata. ¿Que si lloré? Tan sólo se lo diré al lector al oído, y no pienso ir más allá. Blasfemé.

No tengo ni idea de cuánto me duró el ataque. Sólo recuerdo que me distrajo el ruido de alguien que llamaba a la puerta. Abrí con furia y me encontré con Oscar en el umbral.

En su cara noté una expresión que me tranquilizó de inmediato. En su voz resonó un tono que hizo aflorar las lágrimas a mis ojos.

-Debo partir hacia Inglaterra dentro de dos horas -dijo-. ¿Me perdonará, madame Pratolungo, antes de que me vaya?

No dijo nada más. Y sin embargo... Si lo hubiera visto el lector, si le hubiera oído decirlo, habría estado tan dispuesto como yo no sólo a perdonarle, sino a ir incluso hasta el fin del mundo con él. Eso es lo que le habría dicho, y eso es lo que le dije yo.

Al cabo de otras dos horas íbamos los dos en el tren, camino de Inglaterra.

Librodot

CAPITULO XLVII

Camino del final. Primera etapa

Tal vez espere el lector que le cuente cómo encajó Oscar conocer cómo se había portado su hermano.

No me resulta nada fácil intentarlo. Oscar me desconcertó. Las primeras palabras de cierta trascendencia que me dirigió me las dijo de camino a la estación. Salió de sus propias cavilaciones para afirmar lo siguiente con toda seriedad:

-Deseo saber a qué conclusión ha llegado usted después de leer la carta de la señora Finch.

Como es natural, en semejantes circunstancias traté de no contestar. El no se dejó contrariar de ese modo.

-Me hará usted un gran favor -prosiguió- si me responde cuanto antes. Esa carta ha alimentado en mí una sospecha tan aciaga sobre mi querido y buen hermano, que nunca en su vida me ha engañado, que prefiero creer que no estoy en mis cabales antes que fiarme de mi propia interpretación. ¿Infiere usted, a tenor de lo que escribe la señora Finch, que Nugent se ha presentado a Lucilla haciéndose pasar por mí? ;Cree que la ha convencido para que abandone a sus allegados y le ha hecho creer que de ese modo cedía a mis solicitudes y se confiaba a mi cuidado?

Respondí con tanta concisión como pude.

-Eso es lo que ha hecho su hermano.

Noté en él un súbito cambio. Mi respuesta pareció haber dado inmediato reposo a sus dudas.

-Eso es lo que ha hecho mi hermano -repitió-. Después de todo lo que sacrifiqué por él, después de todo lo que confié a su honor cuando abandoné Inglaterra... -Hizo una pausa y se paró a considerar un momento-. ¿Qué merece un hombre así? -Lo dijo más para sí mismo que para mí, en un tono bajo y amenazador que me inquietó.

-Merece -repuse- lo que tendrá cuando lleguemos a Inglaterra. Basta con que usted se presente allí para que se arrepienta de su perversidad hasta el último día de su vida. ¿No le parece que la denuncia de su impostura y la derrota de sus ambiciones es castigo suficiente para un hombre como Nugent?

Callé y aguardé a su respuesta.

Apartó la cara y no dijo nada más hasta que llegamos a la estación. Allí hizo conmigo un aparte para que no nos oyeran los desconocidos que nos rodeaban.

-¿Por qué la obligo a alejarse de su padre? -me preguntó de pronto-. Me estoy conduciendo de manera sumamente egoísta, y sólo ahora empiezo a comprenderlo.

-Tranquilícese -le dije-. Si no nos hubiéramos encontrado hoy, yo habría emprendido viaje a Inglaterra mañana mismo. Por Lucilla.

-Pero ahora que se ha encontrado conmigo -insistió-, ¿por qué no le ahorro el viaje? Podría escribirle y contárselo todo sin tener que someterla a usted a la fatiga y a los gastos que...

-Si dice usted una palabra más -repuse-, terminaré por pensar que tiene alguna razón oculta para ir solo a Inglaterra.

Me lanzó una rápida y suspicaz mirada y me condujo a la ventanilla para comprar los billetes sin decir ni una palabra más. No me quedé en modo alguno convencida. Su comportamiento me pareció muy raro.

En silencio sacamos los billetes; en silencio subimos a nuestro vagón. Traté de darle ánimos cuando el tren emprendió la marcha.

-No me preste la menor atención -fue todo lo que dijo-. Me hará usted un gran favor si me deja soportar todo esto a solas.

Teniendo en cuenta la experiencia que tenía de él, me extrañó. Siempre había optado por hablar para resolver todos sus problemas, y había exigido clamorosamente que le diera muestras de simpatía. Frente a este grandísimo problema se comportaba como si fuera otro. ¡Casi no lo reconocía! ¿Acaso las reservas ocultas de su naturaleza (agitadas por un nuevo y serio llamamiento) empezaban a mostrarse de nuevo en la superficie, como ya sucedió aquel primer día fatal en que Lucilla probó su vista? Así me expliqué el cambio superficial que se había producido en él por entonces. Lo que en realidad estuviera ocurriendo bajo la superficie desafiaba todo mi ingenio. Tal vez pueda describir mejor la especie de vaga aprensión que despertó en mí si digo que ni por todo el oro del mundo le habría dejado irse solo a Inglaterra.

Abandonada como de hecho estaba a mis propios recursos, dediqué las primeras horas del viaje a considerar qué actitud sería la más aconsejable que tomásemos al llegar a Inglaterra. Decidí en primer lugar que debíamos ir directamente a Dimchurch. Si se hubieran recibido noticias de Lucilla, lo más probable era que hubiesen llegado a la rectoría. Después de París, nuestra ruta pasaba por Dieppe para cruzar el Carnal de la Mancha y tocar tierra en Newhaven, cerca de Brighton, desde donde seguiríamos viaje a Dimchurch.

En segundo lugar, y dando por sentado que no dejaba de ser posible que viésemos a Lucilla en la rectoría, el riesgo de presentarle bruscamente al verdadero Oscar tal vez fuese, a pesar de que pensáramos lo contrario, sumamente grave. Nos aliviaría de una grave responsabilidad, según pensé, advertir a Grosse de nuestra llegada, a fin de que pudiera estar presente en el encuentro si es que lo estimaba necesario, para velar por la salud de Lucilla. Esbocé a Oscar esta idea, así como mi plan para viajar por Dieppe. Lacónico, se mostró de acuerdo. Sin ningún tacto, lo dejo todo en mis manos.

Por tanto, a nuestra llegada a Lyón, como teníamos tiempo para tomar un tentempié antes de seguir el viaje, telegrafié al señor Finch a la rectoría y a Grosse a Londres, informándoles (en la medida en que pude hacer cálculos con una cierta exactitud) de que, si teníamos suerte con los trenes y los barcos, Oscar y yo estaríamos en Dimchurch a la noche siguiente, es decir, la noche del 18. En todo caso, los previne de que esperasen nuestra llegada inmediata.

Resueltas estas dificultades, y con algunas viandas para pasar la noche debidamente acomodadas en mi cesta, volvimos al tren para realizar nuestro largo viaje a París.

Entre los pasajeros que subieron al tren en Lyón vi a un caballero de rostro inequívocamente inglés, que iba vestido de clérigo. Por primera vez en toda mi vida saludé la aparición de un sacerdote con una sensación de alivio. Y la razón fue bien simple. Desde que leí la carta de la señora Finch y hasta ese momento, había sentido el peso de una duda horrenda que el sacerdote tal vez pudiera despejar. También pensaba que esa misma duda lastraba los pensamientos de Oscar. ¿Habría pasado el tiempo suficiente desde que Lucilla se fue de Ramsgate para permitir que Nugent la desposara bajo el nombre de su hermano?

Cuando el tren salía de la estación, yo misma, la enemiga de los curas, comencé a trabar amistad con ese cura en concreto. Era joven y tímido, pero lo conquisté. Mientras los demás pasajeros se disponían a dormir (con la excepción de Oscar), expuse mi caso al clérigo.

-Caballero, A y B, una dama y un caballero, los dos mayores de edad, se marchan de un lugar de Inglaterra para vivir en otro. Emprenden viaje el día 5 de este mes. ¿Podría usted decirme, si tiene la bondad, con qué celeridad podrían contraer matrimonio legalmente?

-Supongo que me habla usted de un matrimonio eclesiástico -dijo el, joven clérigo.

-Eclesiástico, por supuesto.

Hasta ese punto pensé que podía responder por Lucilla sin miedo a equivocarme.

-Pueden contraer matrimonio mediante una licencia especial -dijo el clérigo- siempre y cuando uno de los dos siga residiendo en ese otro lugar al que se marcharon el día 5... El 21, o tal vez el mismo día 20 de este mes.

-¿Y antes...?

-No, antes es imposible.

Estábamos a día 17 por la noche. Estreché la mano de mi compañero de viaje. Esta explicación nos daba una chispa de ánimo para sobrellevar mejor el largo trayecto. Antes de que pudiera celebrarse la boda habríamos llegado a Inglaterra.

-Tenemos tiempo de sobra -le dije a Oscar en un susurro-. Podremos salvar a Lucilla.

-¿Y seremos capaces de encontrarla? -me susurró él.

Yo había olvidado ese grave obstáculo. Era de todo punto imposible contestar a la pregunta de Oscar hasta que no llegásemos a la rectoría. Entre una cosa y la otra, no nos quedaba más remedio que confiarnos a la paciencia y no perder la esperanza.

Me abstendré de recargar esta parte de mi narración con una relación detallada de los pequeños accidentes, unos afortunados y otros desafortunados, que alternativamente apresuraron o retrasaron nuestro viaje de regreso. Permítaseme decir .solamente que antes de la medianoche del día 18 Oscar y yo llegamos a la cancela de la rectoría.

El señor Finch en persona salió a recibirnos con un candil en la mano. Alzó los ojos (y el candil) devotamente al cielo cuando vio a Oscar. Lo primero que dijo fue:

-¡Inescrutables son los caminos de la Providencia!

Librodot

-¿Ha encontrado a Lucilla? -le pregunté.

El señor Finch, con toda su atención concentrada en Oscar, me estrechó la mano mecánicamente y me dijo que era una «buena mujer». Me trató como hubiera acariciado al compañero de Oscar y como hubiera hablado con él, caso de que dicho compañero hubiera sido un perro. Casi deseé por un instante haber sido ese animal, ya que de ese modo habría tenido el privilegio de dar un buen mordisco al señor Finch. Oscar repitió mi pregunta con impaciencia; el rector en ese momento le ayudaba a bajar del coche de punto, dejándome que yo me las compusiera a mi manera.

-¿No ha oído usted a madame Pratolungo? -preguntó Oscar-. ¿Ha aparecido Lucilla?

-Querido Oscar, tenemos la esperanza de encontrarla ahora que ha llegado usted.

Esta respuesta me desveló el secreto de la extraordinaria cortesía del señor Finch para con su joven amigo. La última posibilidad de impedir que Lucilla se casara con un hombre que había despilfarrado su fortuna hasta el último penique, tal como estaban las cosas, dependía de la llegada de Oscar a Inglaterra antes de que la ceremonia tuviera lugar. La medida de la importancia que tenía Oscar para el señor Finch fue de manera más literal que nunca la medida de su propia fortuna.

Al entrar, pregunté por Grosse. El rector halló en su prodigioso registro vocal algunas notas relativamente agudas para expresar su sorpresa ante mi audacia, por hablarle de otra persona que no fuera Oscar.

-¡Ay, ay! ¡Ay de mí! -exclamó el señor Finch, concediéndome con gran impaciencia un precioso instante de su atención-. ¡No se preocupe por Grosse! Grosse está enfermo en Londres. Ha llegado una nota para usted del doctor Grosse. Cuidado con el peldaño de la puerta, querido Oscar -siguió diciendo con sus más graves y profundas notas de barítono-. La señora Finch está sumamente deseosa de verlo. Los dos hemos deseado su llegada con ansiedad y esperanza. Con afecto e impaciencia, por así decir. ¡Ah, cuánto debe haber sufrido usted! Comparta mi confianza en la sabia Providencia, afronte esta dura prueba con la misma y valiente sumisión con que la afronto yo. No todo está perdido todavía. ¡Téngase firme! ¡Téngase firme! -abrió de par en par la puerta de la sala-. ¡Señora Finch! Compóngase. He aquí a nuestro querido hijo adoptivo. ¡Nuestro afligido Oscar!

¿Será necesario insistir en cómo se condujo el señor Finch y en el aspecto que tenía la señora Finch?

Allí estaban las tres instituciones inmutables: la novela, el bebé y el pañuelo perdido. Allí estaba la llamativa chaqueta sobre la bata de cola, y la húmeda señora dentro de sus ropas, más húmeda que nunca. Luego de recibir a Oscar con la boca fruncida en las comisuras, con un meneo de cabeza que le mostró su tristeza y su simpatía, experimentó una extraordinaria transformación cuando se volvió entonces hacia mí. Vi con gran asombro que sus ojos de hecho centelleaban; una amplia sonrisa de contento irreprimible se mostró en sus labios, en vez de la expresión desolada con que había dado la bienvenida a Oscar. Con el bebé en los brazos, triunfal, la señora de la rectoría me susurró estas palabras al oído:

-¿Qué le parece qué ha hecho durante su ausencia?

Librodot

-La verdad es que no lo sé -respondí.

-¡Le han salido dos dientes! Tenga, tenga, tóquelos con el dedo.

Otros tal vez habrían lamentado el infortunio familiar. En cambio, el triunfo de la familia colmaba el espíritu de la señora Finch en sus rincones más secretos hasta excluir cualquier otra consideración terrenal. Puse el dedo de acuerdo con sus instrucciones y me llevé un instantáneo mordisco por parle de la feroz criatura. De no haber sido por el nuevo estallido del rector, que se produjo en ese momento, la señora Finch (si es que puedo juzgar yo la fisonomía de los demás) sin duda debió de haber soltado un chillido de alivio. Lo cierto es que abrió la boca, y (como había perdido el pañuelo, tal como dije) se retiró a un rincón y se la cubrió con el bebé.

Entretanto, el señor Finch había sacado de un cajón próximo a la chimenea dos cartas. La primera la arrojó con impaciencia sobre la mesa.

-¡Ay, ay, ay! -dijo-. ¡Qué molestas son las cartas de los demás!

La segunda la manipuló con un cuidado extraordinario, ofreciéndosela a Oscar con un suspiro, con una mirada de mártir que en ese momento dirigió al techo.

-Anímese y léala -dijo el señor Finch con su más patética voz de púlpito-. Si pudiera, querido Oscar, le ahorraría el mal trago. Todas nuestras esperanzas, mi querido muchacho, dependen de lo que pueda usted decir cuando haya leído esas líneas.

Oscar cogió el sobre, extrajo la carta, leyó las primeras líneas, echó un vistazo a la firma y, con un gesto en el que se mezclaron la rabia y el horror, arrojó la carta al suelo.

-¡No me pida que la lea! -exclamó con un primer arranque de pasión-. ¡Si la leo, lo mataré en cuanto lo vea! -Se dejó caer sobre una silla y se ocultó la cara con las dos manos-. ¡Oh, Nugent! ¡Nugent! ¡Nugent! -gimió para sí, con un dolor que casi daba pavor oír.

No era el momento de andarse con ceremonias. Tomé la carta y la miré sin pedir permiso. Resultó ser la carta (ya incluida al término del diario de Lucilla) en que Nugent informaba a la señorita Batchford de la huida de su sobrina lejos de Ramsgate, y firmaba con el nombre de Oscar. Las únicas palabras que vale la pena repetir aquí son las siguientes: «Me acompaña a mí, por petición mía, al domicilio de una señora casada que es familiar mía, y a cuyos cuidados estará hasta que llegue el día en que celebremos nuestra boda» .

Esas líneas aliviaron mi corazón del peso que lo había oprimido a lo largo del viaje. La señora casada que era familiar de Nugent también era familiar de Oscar. Bastaba con que éste nos dijera dónde vivía la señora, y así habríamos encontrado a Lucilla.

Detuve al señor Finch, que estaba en trance de volver loco a Oscar en su intento por administrarle el debido consuelo pastoral.

-Déjemelo a mí -le dije enseñándole la carta-. Yo sé lo que usted quiere.

El rector me miró con indignación. Me volví a la señora Finch.

-Hemos tenido un viaje agotador -seguí diciendo-. Y Oscar no está tan acostumbrado a viajar como lo puedo estar yo. ¿Cuál es su habitación?

La señora Finch se levantó para indicarnos el camino. Su marido abrió

Librodot

la boca para intervenir.

-Déjelo en mis manos -repetí-. Yo le entiendo bien, al contrario que usted.

Por primera vez en su vida, el Papa de Dimchurch se vio reducido al silencio. Su asombro ante mi audacia fue tal que desafió incluso su capacidad de expresión. Cogí a Oscar del brazo.

-Está usted fatigado -le dije-. Váyase a su habitación. Le prepararé algo caliente y se lo llevaré yo misma dentro de unos instantes.

No me miró, no me contestó. Cedió en silencio y siguió a la señora Finch. De la mesa en que esperaba una cena fría tomé lo que deseaba y puse la tetera a hervir; preparé un té en condiciones y me encaminé a la puerta con la bandeja, seguida desde el primer momento hasta el último por la escandalizada mirada del señor Finch. En el instante en que abrí la puerta se recuperó el rector de su estupor.

-Permítame preguntarle, madame Pratolungo -dijo con todo su énfasis-, en calidad de qué se encuentra usted aquí.

-En calidad de amiga de Oscar -repuse-. Mañana mismo se verá usted libre de los dos.

Di un portazo y subí la escalera. De haber sido yo la esposa del señor Finch, creo que habría acabado haciendo de él un hombre bastante agradable.

La señora Finch me estaba esperando en el pasillo de la primera planta, y me indicó cuál era la habitación de Oscar. Me lo encontré caminando inquieto de un lado a otro. Sus primeras palabras fueron una alusión a la carta de su hermano. Había decidido yo que no se le molestara con esa dolorosa cuestión hasta la mañana siguiente, pero no sirvió de nada. Había en su mente una ansiedad que no se podía disipar a voluntad. Insistió en que tranquilizara de inmediato esa ansiedad.

-No quiero ver esa carta -dijo-. Sólo quiero saber lo que dice de Lucilla.

-Todo lo que dice es fácil de resumir. Lucilla está a salvo.

Me cogió del brazo y me miró escrutadoramente a la cara.

-¿En dónde? -preguntó-. ¿Con él?

-Con una señora casada que es familiar de él.

Me soltó el brazo y se paró a pensar un momento.

-¡Mi prima de Sydenham! -exclamó.

-¿Sabe usted dónde está la casa?

-Por supuesto.

-Pues mañana mismo iremos allí. Quédese satisfecho con esto al menos por esta noche. Y descanse.

Le di la mano. Me la estrechó mecánicamente, absorto en sus propios pensamientos.

-¿No habré dicho ninguna inconveniencia en el salón, verdad? -preguntó de repente, mirándome con una rara suspicacia.

-Estaba usted muy fatigado -respondí a modo de consolación-. Nadie lo ha tenido en cuenta.

-¿Está usted segura?

-Totalmente segura. Buenas noches.

Salí de su habitación sintiéndome como me había sentido en la estación de Marsella. No estaba satisfecha con él. Su conducta me parecía muy rara.

De regreso a la sala no me encontré con nadie, salvo con la señora Finch. El rector, ofendida su dignidad, se había retirado sin otra alternativa a su propia habitación. Cené en paz; la señora Finch, meneando la cuna con un pie, charló por los codos, con gran contento de su corazón, acerca de todo lo acontecido en mi ausencia.

Aquí y allá, entre todas las cosas que mencionó, me fijé en algunos particulares que valdrá la pena señalar aquí.

El nuevo desacuerdo surgido entre el señor Finch y la señorita Batchford, que había hecho partir a la anciana señorita de la rectoría casi en el mismo instante en que llegó, se había originado en la exasperante compostura del primero cuando tuvo conocimiento de que su hija se había fugado. Dio por supuesto, cómo no, que Lucilla se había marchado de Ramsgate con Oscar, cuyos acuerdos firmados sobre su futura esposa estaban a buen recaudo, en posesión del señor Finch. Sólo cuando la señorita Batchford se puso en contacto con Grosse, y cuando se siguió el descubrimiento de que Nugent, un hombre que no tenía ni un penique, era el que se había dado a la fuga con Lucilla, las preocupaciones paternas del señor Finch (al ver que no iba a recibir ningún dinero de todo el asunto) lo llevaron a pasar a la acción. Él, con la señorita Batchford y Grosse, habían hecho cada uno a su manera todo lo posible por localizar a los dos fugitivos, y todos ellos se habían quedado igualmente desconcertados al comprobar la imposibilidad de descubrir por sus propios medios la residencia de la señora mencionada en la carta de Nugent. El telegrama en el que anuncié mi regreso a Inglaterra, junto con Oscar, les había inspirado la primera esperanza de que alguien podría interceder para poner freno al matrimonio proyectado antes de que fuera demasiado tarde.

La esporádica aparición del nombre de Grosse en la deshilachada narración de la señora Finch me recordó lo que el rector me había dicho en la cancela de la rectoría. Aún no había recibido la carta que el alemán me había enviado y que debía esperarme a mi llegada a Dimchurch. Al cabo de una breve búsqueda, la encontramos allí donde el señor Finch la había arrojado con todo su desprecio, es decir, encima de la mesa.

La carta constaba de muy pocas palabras. Grosse me informaba de que estaba tan preocupado por Lucilla que había tenido incuso un ataque y lo había «visitado la gotas». Le resultaba imposible mover «un solo pies» sin sufrir de inmediato una tortura propia de las regiones del infierno. «Si es usted, mi buena, querida mujer, la que vaya a encontrarla -concluía-, venga primero a Londres. Tengo algo sumamente serio, muy sombrío, que decirle a propósito de los pobres ojos de la señorita Finch.»

No hay palabras para expresar el modo en que me apenó esa última frase. La señora Finch incremento mi sensación de alarma y mi ansiedad al repetir lo que había oído decir a la señorita Batchford durante su breve visita a la rectoría a propósito de la vista de Lucilla. Grosse estaba seriamente

Librodot

descontento con el estado en que se encontraban los ojos de su paciente cuando los vio ya el día 4, y a la mañana del día siguiente la criada le había referido que Lucilla a duras penas era capaz de distinguir los objetos que estaban a la vista por la ventana de su habitación. Más avanzado ese mismo día, se marchó en secreto de Ramsgate, y la carta de Grosse demostraba que desde entonces no había contado con las debidas atenciones médicas.

Pese a estar sumamente cansada después del viaje, esta desgraciada noticia me impidió dormir durante buena parte de la noche. A la mañana siguiente me levanté con los criados, impaciente por ir cuanto antes a Londres.

Librodot

CAPÍTULO XLVIII

Camino del final. Segunda etapa

A pesar de haberme levantado tan temprano, me encontré con que Oscar se había levantado incluso antes que yo. Se había marchado de la rectoría y había importunado el sueño matinal del señor Gootheridge para pedirle la llave de Browndown.

A su regreso a la rectoría se limitó a decir que había ido a ocuparse de distintas pertenencias suyas que estaban todavía en la casa vacía. Su mirada y su actitud al darme esta breve explicación resultaron a mi juicio más insatisfactorias que nunca. No hice comentario alguno; al observar que llevaba su chaqueta de viaje mal abotonada, se la enderecé. Se la estaba abrochando cuando mi mano tocó el bolsillo de su pechera. Dio un respingo y un paso atrás, como si hubiera en el bolsillo algo que no deseaba darme a conocer. ¿Sería algo que trajo de Browndown?

Nos fuimos engorrosamente acompañados por el señor Finch, que insistió en pegarse a Oscar como una lapa, y tomamos el primer expreso, que nos llevó directamente a Londres. Comparando los horarios de los trenes nada más llegar a la estación, vimos que disponíamos del tiempo justo para hacer una visita a Grosse antes de tomar el ferrocarril a Sydenham. Una vez resuelta a no decirle nada a Oscar sobre las malas noticias que afectaban a la vista de Lucilla, al menos hasta que hubiese visto antes al alemán, le di la mejor excusa que se me ocurrió y dejé a los dos caballeros en la sala de espera de la estación.

Me encontré a Grosse condenado a descansar en su sillón, con el pie gotoso envuelto en hojas de col fresca. Entre el dolor y la angustia, tenía la mirada más asilvestrada que nunca, y su inglés macarrónico también resultaba más grotesco que en ninguna otra ocasión. Cuando me presenté en la puerta de su habitación, presa del frenesí de la impaciencia, me amenazó incluso con el puño en alto.

-¡Buin día, maldita sea! -rugió-. ¿Dónde? ¿Dónde? ¿Dónde está Finch

Le dije dónde creía que se encontraba Lucilla. Grosse se volvió a un lado y agitó el puño en dirección a una botella que había sobre la repisa de la chimenea.

-Coja esa botellas de la chimenea -dijo- y los lavaojos que tiene al lado. No se me pare aquí con sus chacharetas, caramba. ¡Váyase! ¡Salve sus ojos! ¡Mire! Esto tiene que hacer. La cabeza se la echa para atrás, ¡así! -Me ilustró la posición que debía adoptar echando la cabeza para atrás con tal fuerza que se le agitó el pie gotoso y soltó un alarido de dolor. Siguió sin embargo a lo que estaba, fulminándome con la mirada desde detrás de sus lentes-. La cabeza se la echa para atrás. Me llena los lavaojos y les da la vuelta, ¡así! sobre sus ojos abiertos. Se los empapa a fondo y sin miedo, se los empapa buino con mi solución. Le digo que los empape, uno primero y otro luego más después, y si chilla no le importe. Luego me la trae corriendo. Por el amor de Dios, me la trae sin demora. Si la tiene que atar de pies y manos, me la trae así. ¿A qué se me para ahora esta mujer?¡Vaya, vaya! ¡Váyase!

-Antes de marcharme deseo hacerle una pregunta sobre Oscar -dije.

Agarró el almohadón en que apoyaba la cabeza con la evidente

Librodot

intención de agilizar mi marcha arrojándomelo a la cara. Saqué el horario de trenes, pues me pareció la mejor arma de defensa que tenía a mano.

-Véalo usted mismo -dije-, y comprobará que si no espero aquí debo esperar todavía un rato en la estación.

No sin ciertas dificultades se convenció de que era imposible viajar de Londres a Sydenham antes de una determinada hora, y que al menos disponía yo de diez minutos que bien podía dedicar a conversar con él. Cerró sus ojos centelleantes y recostó la cabeza en el sillón, totalmente agotado después de su propio estallido de emociones.

-Da igual cómo vayan las cosas -dijo-, que una mujer siempre ha de menear bien la lengua. Buino. Menee usted la suya.

-Me encuentro en una situación sumamente difícil -empecé diciendo-. Oscar vendrá conmigo a rescatar a Lucilla. En primer lugar, claro está, pondré todo mi empeño en que Nugent y él no se vean, a no ser que esté yo presente en la entrevista. Sin embargo, no estoy tan segura de lo que he de hacer en el caso de Lucilla. ¿Debo mantenerlos todavía separados, hasta que la haya preparado para ver a Oscar?

-Que vea al demonio en persona si quiere, señora -gruñó Grosse-, mientras usted me la traiga después directamente aquí. Si prepara previamente a Oscar, hará lo mejor que se puede hacer. Ella no requiere de preparativos. Está sobradamente decepcionada con él.

-¡Decepcionada con él! -repetí-. No le entiendo.

Se acomodó fatigosamente en su sillón y se refirió, en un tono más suave y más triste, a la conversación que había tenido con Lucilla en Ramsgate, de la que ya se ha dado cuenta en el diario. Por primera vez tuve yo la información debida sobre los cambios de sus sensaciones y sobre su manera de pensar, esto es, sobre lo que tan agudamente la había irritado y mortificado incluso. Conocí así la ominosa ausencia del antiguo cosquilleo de placer cada vez que Nugent la tomaba de la mano, o bien cuando paseaban a la orilla del mar; supe hasta qué extremo le había disgustado la apariencia externa de Nugent (cuando pudo ver sus rasgos con todo detalle) en comparación con la encantadora imagen ideal que se había formado de su amante durante los tiempos en que estuvo ciega: aquellos tiempos felices, como dijo ella misma, en que era conocida como la pobre señorita Finch.

-Sin duda -dije- todos aquellos sentimientos de antaño volverán a ella cuando vea a Oscar.

-No, nunca volverán a ella los sentimientos de antaño -repuso Grosse-. ¡Nunca, ni siquiera aunque viese a cincuenta Oscars!

Empezaba a asustarme, o a irritarme, no sabría decir qué. Sólo sé que insistí en discutir con él.

-Cuando vea al hombre al que ama de verdad -seguí diciendo-, ¿acaso trata de decir usted que sentirá esa misma decepción...?

No pude ir más allá. Me hizo callar de pronto, sin ceremonias.

-¡Estúpidas mujer! -me interrumpió-. Sentirá más aún que la mismas. Ya le he dicho antes que sintió una enorme decepción cuando vio al hermano apuesto, el de la blanca tez, el del cabello rubio. Pregúntese usted misma cómo habrá de ser cuando vea al hermano feo de la cara azulada. ¡Se

Librodot

lo digo yo! ¡Pensará que su hombre de verdad es el peor impostor de los dos!

Indignada, lo contradije sin esperar a más.

-Tal vez su cara le produzca una decepción -dije-, eso lo reconozco. Pero ahí terminarán las decepciones. Su propia mano le dirá a Lucilla, cuando coja la de él, que esta vez no hay ningún impostor que la engañe.

-Su mano no le dirá nada, o no le dirá al menos más que la suya, señora mía. Yo no tuve la dureza de corazón necesaria para decírselo a ella cuando me lo preguntó. Por eso se lo digo a usted. Cállese la bocas un poco y escúcheme. Todos esos cosquilleos de placer que sintió en otros tiempos cuando él la tocaba son cosa, precisamente, de otros tiempos, del tiempo que ya ha pasado, ese tiempo en que su vista estaba en las yemas de sus dedos y no en sus ojos. Con esos finos, finísimos sentimientos de los tiempos en que estaba ciega ha de pagar ahora por el grande, nuevo privilegio de abrir los ojos al mundo. (¡Y es un precio que no parece excesivo!) ¿No lo comprende aún? Es una especie de trueque pactado entre la naturaleza y esta pobre muchachitas suya. Yo le quito los ojos, yo le doy un tacto finísimo. Yo le doy los ojos, yo le quito su finísimo tacto. ¡Bueno! Así de sencillo. Ya lo ve.

Yo estaba demasiado mortificada, demasiado triste para contestarle. A lo largo de todas las últimas penalidades que habíamos tenido que pasar, había contemplado con absoluta confianza la reaparición de Oscar; ésta me parecía condición suficiente para restablecer la felicidad de Lucilla sin dudas de ninguna clase. ¿Qué había sido entonces de mis expectativas? Me senté en silencio, mirando el dibujo de la alfombra, deprimida. Grosse sacó el reloj.

-Sus diez minutos se han agotado -dijo.

No me moví, no le hice caso. Sus feroces ojos de nuevo prendieron en llamaradas tras sus monstruosas lentes.

-¡Váyase, váyase ya! -me gritó corno si estuviera sorda-. ¡Sus ojos! ¡Sus ojos! Mientras aquí se me queda a chacharetear, sus ojos están en peligro. Con tanta preocupación y tanta llantina y tanta tontería de amor... ¡Le juro por mi solemne juramento que su vista estaba ya en peligro cuando yo la vi hace quince días o así! ¿O quiere que le arroje este almohadón en toda la cara entera? ¿No lo quiere? ¡Pues lárguese ya, lárguese, o se lo tiro a la de tres! ¡Lárguese y tráigala antes de esta noche!

Volví a la estación. De todas las mujeres con las que me crucé por las calles repletas de gente, dudo mucho que esa mañana hubiera alguna con más congoja que yo en el corazón.

Las cosas aún empeoraron porque mis compañeros de viaje (uno en la cantina, el otro paseando por el andén) recibieron mi versión sobre la entrevista con Grosse de una manera que me decepcionó gravemente y que incluso me desanimó. La inhumana presunción del señor Finch lo llevó a tomarse las tristes noticias corno una especie de homenaje adicional a su propia capacidad de previsión.

-Recordará usted, madame Pratolungo, que desde el principio tomé yo una actitud resuelta en este asunto. Protesté en contra de los procederes de ese tal Grosse, pues implicaban una intervención puramente mundana en los caminos inescrutables de la Providencia. ¿Y con qué efecto? Mi influencia paterna fue repudiada; mi peso moral, por así decir, quedó totalmente descartado. ¡Ya ve usted con qué resultado! Tómeselo muy a pecho, mi

Librodot

querida amiga, que bien puede ser una advertencia para usted. -Suspiró con sonora complacencia y me dio la espalda para volverse a la señorita que atendía el mostrador de la cantina-. Quisiera otra taza de té, por favor.

La recepción que me dedicó Oscar cuando me lo encontré en el andén y le hablé del estado crítico en que se encontraba Lucilla fue todavía más desalentadora. No exagero si digo que incluso me alarmó.

-¡He aquí otra cosa más que se suma a la deuda que tengo contraída con Nugent! -dijo. Ni una palabra de simpatía, ni una palabra de pesar. Tan sólo esa respuesta vindicativa, nada más.

Tomamos el tren de Sydenham.

De vez en cuando miraba yo a Oscar, que iba sentado frente a mí, por ver si algo cambiaba en él a medida que nos acercábamos al paradero de Lucilla. ¡No! El mismo silencio ominoso, como si estuviera poseído por una misma represión antinatural de sus sentimientos.

A excepción del momentáneo estallido que experimentó cuando el señor Finch depositó en sus manos la carta de Nugent la noche anterior, no se le había escapado desde que emprendimos viaje en Marsella ni la menor señal de lo que ocurría en su interior. Él, tan capaz de llorar por sus pesares con tanta facilidad y tan espontáneamente como una mujer, no había derramado una sola lágrima desde el día fatal en que descubrió que su hermano lo había suplantado, ese hermano que había sido el dios de su idolatría, el sagrado objeto de su gratitud y su amor. Cuando un hombre con el temperamento de Oscar se encierra en sus propios pensamientos durante varios días seguidos, cuando se fía únicamente de sus propios consejos y no pide la comprensión de los demás, cuando no pronuncia ni una sola queja, es muy mala señal. Hay fuerzas ocultas que empiezan a aumentar en su interior, y que lo romperán todo cuando afloren a la superficie, para bien o para mal, con un resultado imposible de prever y no menos imposible de paliar. Observando atentamente a Oscar, gracias a que iba cubierta por mi velo, sentí la horrible certeza de que el papel que iba a desempeñar en el terrible conflicto de intereses que nos aguardaba sería un papel que habría de recordar hasta el último día de mi vida.

Llegamos a Sydenham y nos dirigimos al hotel más próximo. En el ferrocarril, como estábamos en compañía de otros viajeros, no habíamos podido hablar del método más seguro para abordar a Lucilla. Esta grave cuestión exigía entonces una decisión inmediata. Nos sentamos a discutirla en la habitación que habíamos reservado en el hotel.

Librodot

CAPITULO XLIX

Camino del final. Tercera etapa

Anteriormente, en ocasiones de gran duda o dificultad, Oscar estaba habituado a dejarse guiar por la opinión de los demás. Esta vez fue él el primero en tomar la palabra para expresar su opinión.

-Parece que no tiene ningún sentido perder el tiempo discutiendo nuestros distintos puntos de vista -dijo-. Sólo hay una cosa que hacer. Yo soy el principal implicado en este asunto. Espérenme aquí mientras yo voy a la casa.

Habló sin el menor asomo de sus titubeos de costumbre; se quitó el sombrero sin mirarnos al señor Finch ni a mí. Me sentí cada vez más convencida de que la vil traición cometida por Nugent contra su confianza le había transformado en un hombre peligroso. Resuelta a impedir que se fuera solo, insistí en que tomara asiento y en que escuchara lo que yo tenía que decir. En ese mismo instante se puso en pie el señor Finch y se situó entre Oscar y la puerta. Al ver ese gesto pensé que sería preferible esperar y dejar que el rector hablase en primer lugar.

-Oscar, espere un momento -dijo el señor Finch con gravedad-. Me olvida usted.

Oscar esperó con aire de obstinación y con el sombrero en la mano.

El señor Finch hizo una pausa, considerando evidentemente las palabras que iba a emplear. El respeto que tenía por la posición pecuniaria de Oscar era grande, pero el respeto que tenía por su propia persona, sobre todo en la crisis en que nos encontrábamos, era posiblemente aún mayor. En deferencia al primero de esos sentimientos estuvo cortés; en deferencia al segundo, no dudó en su manera de abordar a Oscar y modeló su reconvención como todo un hombre.

-Permítame recordarle, querido Oscar, que mi derecho a intervenir, siendo el padre de Lucilla, es al menos igual que el suyo -procedió el rector-. En esta hora crucial para mi hija, tengo el deber paterno de estar presente en lo que ocurra. Si va usted a casa de su prima, la posición en que me encuentro me exige imperativamente ir con usted.

La manera en que recibió Oscar esta propuesta vino a confirmar las graves aprensiones que me había inspirado. Se negó de plano a que el señor Finch le acompañara.

-Discúlpeme -contestó-. Deseo ir yo solo a la casa.

-Permítame que le pregunte por qué -dijo el rector todavía con actitud conciliadora.

-Deseo ver a mi hermano a solas -repuso Oscar sin levantar la mirada del suelo.

El señor Finch, conteniéndose, sin alejarse de la puerta me miró. Me di buena prisa en intervenir antes de que se produjera un grave desacuerdo.

-Me aventuro a pensar -dije- que están los dos equivocados. Tanto si va uno solo como si van los dos, el resultado será el mismo. Tienen ustedes muy pocas posibilidades, yo diría que una entre cien, de que se les permita entrar en esa casa.

Librodot

Los dos se volvieron a la vez hacia mí, y me preguntaron a qué me refería.

-Es imposible que consigan entrar en la casa -dije-. Habrán de hacer una de estas dos cosas. O bien tendrán que dar sus nombres al criado que les abra la puerta, o bien tendrán que negarse a darlos. Si los dan, advertirán a Nugent de lo que se avecina, y no es él hombre que vaya a permitirles la entrada en semejantes circunstancias. Si optan por la otra estrategia y ocultan sus nombres, se presentan ustedes como dos desconocidos. ¿Es acaso probable que Nugent se muestre accesible a dos desconocidos? ¿Y Lucilla, en la situación en que se encuentra, accederá a recibir a dos hombres a los que no conoce de nada? Se lo aseguro, caballeros: no conseguirán nada si van ustedes a la casa. De hecho, lo único que conseguirán es que sea mucho más difícil comunicarnos con Lucilla.

Hubo un momento de silencio. Los dos hombres pensaron que mis objeciones no resultaban nada fáciles de contestar. Una vez más fue Oscar quien tomó las riendas.

-¿Se propone ir entonces usted sola? -preguntó.

-No -respondí-. Propongo que enviemos una carta a Lucilla. Una carta llegará a sus manos con toda seguridad.

De nuevo resultó incontestable mi propuesta. Oscar preguntó a continuación qué propósito debía ser el de esa carta. Le respondí que me proponía pedirle que me concediera una entrevista a solas, nada más.

-¿Y si Lucilla se niega?-dijo el señor Finch.

-No se negará -repuse-. Hubo un pequeño malentendido entre nosotras, lo reconozco, cuando yo tuve que marcharme al extranjero. Pretendo hacer referencia con toda franqueza a ese malentendido, e incluso ponerlo por motivo de mi carta. Apelaré al honor de su hija para que me de la oportunidad de arreglar las cosas entre nosotras. Si apelo a Lucilla y le pido que haga un acto de justicia, no me lo podrá negar.

(Dicho sea entre paréntesis, éste era el plan que me había forjado de camino a Sydenham. Tan sólo esperé, para mencionarlo, a saber qué se proponían hacer los dos caballeros.)

Oscar, de pie con el sombrero en la mano, miró de reojo al señor Finch (que también estaba sombrero en mano) y se mantuvo con terquedad cerca de la puerta. Si insistía en llevar adelante su propósito e ir a solas a casa de su prima, el rector expresaba tanto en sus rasgos como en su actitud, con total cortesía y sencillez, la intención de seguirle. Oscar se encontraba entre un clérigo y una mujer, los dos determinados por igual a hacer las cosas a su manera. En tales circunstancias, no le quedaba otra alternativa -a menos que quisiera armar un escándalo público- que ceder o dar al menos la apariencia de que estaba dispuesto a ceder ante uno de los dos, y me escogió a mí.

-Si consigue verla -pregunto-, ¿qué se propone hacer?

-Me propongo traerla conmigo aquí, para que vea a su padre y a usted, o bien concertar una cita para que lo reciba a usted en la residencia en que actualmente se aloja -respondí.

Después de mirar otra vez al rector, que seguía impertérrito, Oscar tocó

Librodot

la campanilla y pidió recado de escribir.

-Una pregunta más -dijo-. Suponiendo que Lucilla la reciba en la casa, ¿se propone usted ver...? -Calló. Apartó la mirada-. ¿Se propone ver usted a alguien más? -terminó por decir, y así continuó evitando pronunciar el nombre de su hermano.

-No me propongo ver a nadie más que a Lucilla -respondí-. No es asunto mío intervenir entre su hermano y usted.

(Y que el cielo me perdone por haberle hablado de semejante forma, pues en todo momento tenía la firme decisión de intervenir.)

-Escriba, pues, su carta -dijo- con la condición de que yo vea la respuesta.

-Imagino que será innecesario, claro está, que añada yo esa misma cláusula -dijo el rector-. En calidad de padre...

Reconocí cumplidamente su capacidad de padre sin darle tiempo a decir nada más.

-Verán los dos la respuesta -dije, y con esto me senté a escribir la carta, en la que tan solo expresé lo que les había dicho: «Querida Lucilla, acabo de regresar de mi viaje al continente. En aras de la justicia, en aras de los viejos tiempos, permítame que nos veamos de inmediato... sin comentar nuestro encuentro con nadie más. Le prometo que en menos de cinco minutos la convenceré a plena satisfacción de que nunca he sido indigna de su afecto y de su confianza. El recadero aguarda su respuesta».

Entregué estas líneas a los dos caballeros. El señor Finch no hizo ningún comentario; estaba visiblemente insatisfecho con la posición secundaria a que se había visto relegado.

-No veo que haya nada que objetar a esa carta -dijo Oscar-. No haré nada hasta no haber leído la respuesta.

Con estas palabras, me dictó las señas de su prima. Yo personalmente le di la carta a uno de los empleados del hotel.

-¿Está lejos de aquí? -le pregunté.

-A menos de diez minutos a pie, señora.

-¿Ha entendido que debe usted esperar respuesta?

-Sí, señora.

Salió. Por lo que alcanzo a recordar, pasó al menos media hora hasta que volvió. El lector se hará buena idea de la terrible opresión en que vivimos los tres semejante tensión, que fue como una lenta tortura, cuando le diga que en aquella habitación no se dijo una sola palabra entre el momento en que salió el empleado del hotel y el momento de su regreso.

Cuando volvió, ¡traía una carta en la mano!

Me temblaban tanto las manos que casi no pude abrirla. Antes de haber leído una sola palabra, la visión de la caligrafía me causó un súbito escalofrío. ¡Aquella nota estaba escrita por una mano desconocida! Y la firma, al pie, estaba trazada con los grandes caracteres torcidos, iguales que los de un niño, que tan bien recordaba de aquella vez que Lucilla escribió su primera nota a Oscar, cuando estaba ciega.

La nota se expresaba en palabras así de extrañas: «No puedo recibirla

Librodot

aquí, pero sí puedo ir a su hotel, e iré, si usted me espera. No estoy en condiciones de: fijar una hora determinada. Tan sólo puerto prometerle que aguardaré la primera oportunidad que se presente, y que la aprovecharé de inmediato, por usted y por mí».

Solamente cabía una interpretación a palabras semejantes. Lucilla no gozaba de libertad. Tanto Oscar como el rector se vieron obligados a reconocer que mi manera de abordar la situación había sido la más indicada. Si era imposible que a mí me recibiera en la casa, ¡cuánto más lo hubiera sido que cualquiera de ellos, o los dos, hubiesen tenido acceso a ella! Luego de leer la nota, Oscar se retiró a una punta de la habitación y no desveló sus pensamientos. El señor Finch decidió dar un paso al frente y salir de su posición secundaria para adoptar un planteamiento propio.

-¿Debo acaso deducir -comenzó diciendo- que es realmente inútil que trate de verla, a pesar de ser mi propia hija?

-Su carta habla por sí sola -repliqué-. Si intenta usted verla, probablemente se convierta usted en el medio que impida del todo que su hija venga aquí.

-En mi calidad de padre -siguió diciendo el señor Finch-, me resulta imposible adoptar una actitud pasiva. En calidad de clérigo, creo que tengo derecho a interpelar al titular de esta parroquia. Es harto probable que se hayan publicarlo las amonestaciones de este matrimonio fraudulento. En tal caso, no sólo es mi deber con mi hija e incluso conmigo, sino que también es mi deber con la Iglesia departir con mi reverendo colega. -Se dirigió a la puerta y, antes de salir, añadió-: Si llega Lucilla en mi ausencia, le otorgo mi autoridad, madame Pratolungo, para que la detenga aquí hasta mi regreso.

Hecho este encargo, salió.

Miré a Oscar. Se acercó lentamente a mí desde el otro extremo de la habitación.

-Esperará aquí, claro... -dijo.

-Por supuesto. ¿Y usted?

-Yo saldré un rato.

-¿Por algún motivo en particular?

-No. Para matar el rato. Estoy cansado de esperar.

Por el modo en que me contestó me quedé completamente convencida de que, una vez desembarazado del señor Finch, tenía la intención de ir directamente a la casa de su prima.

-Olvida usted -dije- que Lucilla tal vez llegue mientras está fuera. Su presencia en esta habitación, o a lo sumo en la habitación contigua, será de la mayor importancia cuando yo le diga qué es lo que ha hecho su hermano. ¿Y si se negara a creerme? ¿Qué he de hacer si no puedo recurrir a usted? En defensa de sus intereses, Oscar, y de los de Lucilla, le ruego que permanezca conmigo hasta que ella venga.

Fiándolo todo a esa carta, aguardé a ver cómo se lo tomaba. Al cabo de unos momentos de titubeo, contestó con una malhumorada muestra de indiferencia.

-¡Como quiera! -dijo encogiéndose de hombros, y de nuevo se situó en el otro extremo de la habitación. Cuando me dio la espalda, le oí hablar para el

cuello de su camisa-. Sólo será cosa de esperar un poco más...

-¿Esperar? ¿A qué? -pregunté.

Me miró por encima del hombro.

-¡Por el momento, paciencia! -respondió-. Pronto lo sabrá usted.

De momento, no le dije nada más. El tono en que me había contestado me advirtió de que sería inútil.

Al cabo de un rato que se hizo larguísimo, aunque no sabría precisar cuánto duró, oí el susurro de un vestido de mujer en el pasillo.

Acto seguido alguien llamó a la puerta.

Le indiqué a Oscar que abriese otra puerta situada al otro extremo de la habitación y que, al menos de momento, permaneciera escondido. Respondí a la llamada con toda la firmeza de que fui capaz.

-¡Adelante!

Entró una mujer que me resultó desconocida, vestida como una criada de confianza. Entró con Lucilla de la mano. A la primera ojeada, la horrible verdad quedó al descubierto. Tal como la vi en el pasillo de la casa rectoral el día en que nos conocimos, así la había visto en ese instante. De nuevo volvió hacia mí sus ojos invidentes, en los que se reflejaba sin sentir la luz que les daba de lleno. ¡Ciega! ¡Oh, Dios! ¡Tras unas cuantas semanas de gozar de la vista, de nuevo estaba ciega!

Con ese penoso descubrimiento olvidé todo lo demás. Me arrojé sobre ella y la tomé en mis brazos. Miré sólo un momento su rostro pálido y demacrado, y me eché a llorar sobre su pecho.

Me sostuvo la cabeza gentilmente, con una sola mano, y esperó con la paciencia de un ángel a que mi primer arranque de tristeza inconsolable se agotara.

-¡No llore por mi ceguera! -dijo con esa voz suave y dulce que tan bien conocía-. Los días en que gocé de la vista han sido los días más desdichados de mi vida. Si le doy la impresión de haber estado dolida y preocupada, no piense que ha sido por mis ojos. -Hizo una pausa y suspiró con amargura-. A usted puedo decírselo -siguió con un susurro-. Es un alivio, es un gran consuelo decírselo a usted. Estoy dolida y preocupada por mi matrimonio.

Esas palabras me despertaron de mi estupor. Alcé la cabeza y la besé.

-He venido a darle consuelo, Lucilla -dije-. Me he portado como una estúpida.

Ella esbozó una débil sonrisa.

-Qué propio de usted -exclamó- decir cosa semejante. -Me dio un golpecito en la mejilla con sus dedos, como hacía antaño. La repetición de esa acción tan trivial casi me partió el alma. Poco me faltó para atragantarme al intentar contener las estúpidas, cobardes, inservibles lágrimas que de nuevo quisieron brotar de mis ojos-. ¡Vamos! -me dijo-. Basta de llantos. Sentémonos a hablar como si estuviéramos en Dimchurch.

La llevé hasta el sofá y nos sentamos una junto a la otra. Ella me rodeó con el brazo por la cintura y apoyó la cabecita sobre mi hombro. De nuevo asomó su débil sonrisa como una luz a punto de apagarse en su rostro adorable, demacrado, fatigado y sin embargo hermoso aún. Todavía era el

Librodot

vivo retrato de la Virgen en el cuadro de Rafael.

-Formarnos una extraña pareja -dijo con un momentáneo chispazo de su antiguo e invencible humor-. Usted es mi enemiga más enconada y se echa a llorar nada más encontrarnos. Me ha tratado de forma chocante y aquí me tiene, con mi brazo en torno a su cintura y mi cabeza en su hombro. ¡Y no la soltaría por nada del mundo! -Se le entristeció la cara de nuevo, y se alteró su tono de voz-. Dígame -prosiguió-, ¿cómo es que todas las apariencias apuntaban tan terriblemente en contra de usted? Oscar me convenció, en Ramsgate, de que debía renunciar a todo trato con usted, y me dijo que jamás debía volver a verla. Adopté su punto de vista, eso no puedo negarlo. Accedí a detestarla al menos por un tiempo. Sin embargo, cuando volvió la ceguera ya no pude mantener esa actitud. Poco a poco, a medida que se desvanecía la luz, mi corazón insistía en volver a usted. Cuando me leyeron su carta, cuando supe que estaba tan cerca de mí, fue como en los viejos tiempos: me volví loca de ganas de verla. Y aquí me tiene, convencida, antes de que me lo explique, de que ha sido víctima de algún terrible error.

Agradeciendo esas generosas palabras, traté de pasar a mi justificación sin esperar a más. Fue imposible. No se me ocurrió nada, no supe hablar de otra cosa que del terrible descubrimiento de su ceguera.

-Concédame unos minutos -dije- y se lo diré todo. Ahora mismo soy incapaz de hablar de mí; tan sólo puedo hablar de usted. ¡Oh, Lucilla! ¿Por qué se ha alejado de Grosse? Tiene que venir conmigo hoy mismo a verlo. Dejémosle que intente lo que aún se pueda hacer. Tenemos que ir en seguida, amor mío, antes de que sea demasiado tarde.

-Ya es demasiado tarde -dijo-. He visitado a otro oculista, un desconocido, y dijo lo mismo que dijo en su momento el señor Sebright, que dudaba de que llegara a existir otra posibilidad real de que recobrase la vista. Opinó que la operación jamás debería haberse practicado.

-¿Por qué fue usted a ver a un desconocido? -pregunté-. ¿Por qué no ha querido ir a ver a Grosse?

-Eso tendrá que preguntárselo a Oscar -respondió-. Fue su deseo expreso que me alejase de Grosse.

Al oír esto, intuí por mis propios medios el motivo que había llevado a Nugent a actuar como lo hizo, como después encontraría indicado en el diario. Si hubiera permitido que Lucilla visitara a Grosse, nuestro buen alemán podría haberse dado cuenta de que su situación la estaba afectando, y podría haber tenido abundantes razones para denunciar el engaño a que Nugent la tenía sometida. Por lo demás, insistí en pedir encarecidamente a Lucilla que volviese conmigo a la consulta de nuestro viejo amigo.

-Recuerde la conversación que tuvimos sobre este mismo particular -me respondió, a la vez que negaba con la cabeza en un gesto concluyente-. Me refiero al momento en que se iba a practicar la operación. Yo le dije, madame Pratolungo, que estaba acostumbrada a la ceguera. Le dije que sólo deseaba recobrar la vista para ver a Oscar. Y cuando lo vi, ¿qué sucedió? La decepción fue tan grande que deseé incluso volver a estar ciega. ¡No, no empiece! ¡No llore como si esto la sorprendiera y la entristeciera! Lo digo muy en serio. ¡Ustedes, las personas que pueden hacer uso de la vista, atribuyen una importancia absurda y desmedida a los ojos! ¿No recuerda usted lo que

le dije precisamente la última vez que hablamos de esto?

Lo recordaba perfectamente. Había dicho esas palabras, en efecto. Había declarado con toda sinceridad que jamás envidió a nadie por disfrutar de la vista. Incluso vilipendió nuestros ojos, y los comparó despectivamente con su sentido del tacto; los despreció, por ser objetos que nos engañaban, que continuamente nos inducían al error. Reconocí todo esto, pero sin reconciliarme en modo alguno con la catástrofe que se había producido. Con que sólo me hubiera escuchado, habría seguido defendiendo con obstinación mis opiniones, pero ella se negó en redondo a escucharme.

-Es muy poco el tiempo que tenemos -dijo-. Hablemos de cosas más interesantes antes de que me vea obligada a despedirme.

-¿Obligada a despedirse? -repetí-. ¿Es que no es usted dueña de sus actos?

Se le nubló el rostro; se le notó azorada.

-Honradamente, no puedo decir que sea una prisionera -contestó-. Lo único que puedo decir es que estoy bajo vigilancia. Cuando Oscar está lejos de mí, su prima, que es una mujer astuta, suspicaz y falsa, siempre se las ingenia para ponerse en su lugar. Le he oído decir a su marido que estaba convencida de que yo rompería mi compromiso matrimonial si no se me vigilaba estrechamente. No sé lo que haría si no fuera por una de las criadas de la casa, que me tiene simpatía y me ayuda. -Calló y elevó la cabeza de modo inquisitivo-. ¿Dónde está la criada?

-Está sin duda esperándola en la planta baja -dije-. Siga.

-De no ser por esa buena mujer -siguió diciendo Lucilla-, ni siquiera hubiera podido llegar aquí. Ella me trajo su carta y me la leyó, y fue ella la que escribió mi respuesta. Teníamos una posibilidad a nuestro favor, ya que sólo estaba la prima para observarnos. Oscar no estaba en casa.

De pronto se detuvo al decir esta última palabra. Un sonido procedente del otro extremo de la habitación, que a mí me pasó desapercibido, había llegado a sus delicadísimos oídos.

-¿Qué ha sido ese ruido? -preguntó-. ¿Es que hay alguien con nosotras?

Alcé la mirada una vez más. Mientras ella hablaba del falso Oscar, el verdadero Oscar estaba de pie escuchándola en el otro extremo de la habitación.

Cuando vio que yo lo miraba, me rogó con un gesto que no delatara su presencia. Había escuchado evidentemente lo que habíamos dicho antes de que yo lo detectara, pues se tocó los ojos y alzó las manos lastimeramente, aludiendo a la ceguera de Lucilla. Fuera cual fuese su estado de ánimo, ese triste descubrimiento tuvo sin duda que afectarle; la influencia de Lucilla sobre él tan sólo podía ser una influencia para bien. Le hice señas de que se quedara y le dije a Lucilla que no había motivo para alarmarse. Siguió hablando.

-Oscar se marchó esta mañana a Londres -dijo-. ¿Adivina usted qué iba a buscar? Iba en busca de la licencia matrimonial, pues ha publicado las amonestaciones en la iglesia. En usted he puesto mi última esperanza. A pesar de todo lo que he sido capaz de decirle, ha fijado la lecha para el día 21. ¡Sólo faltan dos días! He hecho todo lo posible para aplazarlo; he

Librodot

insistido en que lo retrasase. ¡Ay, si usted supiera...! -Su agitación iba en aumento, y terminó por callarse lo que iba a decir-. No debo malgastar estos preciados minutos; he de volver antes de que vuelva Oscar de su viaje -siguió, armándose de nuevo de valor-. ¡Ay, amiga mía, usted nunca se ha quedado sin saber qué hacer! ¡Usted siempre tiene recursos para todo! Encuentre alguna manera de aplazar mi boda. Sugiérame algo que los tome por sorpresa y los obligue a darme tiempo.

Miré al otro extremo de la habitación. Atento, con sumo interés, Oscar había avanzado hacia nosotras sin hacer ningún ruido. Le hice una seña para que no siguiera adelante.

-¿Quiere decir, Lucilla, que ya no le ama? -le pregunté.

-No puedo decirle nada a ese respecto -contestó-, salvo que un terrible cambio se ha obrado en mí y me tiene dominada. Cuando gozaba del sentido de la vista, en parte podía explicármelo, pues pensaba que ese nuevo sentido me había convertido en un nuevo ser. Pero ahora que lo he vuelto a perder, ahora que vuelvo a ser como he sido siempre, toda mi vida, me posee esa misma y horrorosa insensibilidad. Es tan poco lo que siento por él que a veces me cuesta muchísimo trabajo convencerme de que de veras es Oscar. Sabe de sobra cuánto lo adoraba yo. Sabe qué encantada habría estado si me hubiera casado con él. ¡Piense en lo que he de sufrir, con los sentimientos que me inspira ahora!

Volví a levantar la mirada. Oscar se había acercado algo más, ya le veía la cara con toda claridad. La influencia benéfica de Lucilla empezaba a dejarse sentir. Vi que las lágrimas asomaban a sus ojos, vi que el amor y la piedad ocupaban el lugar del odio y del deseo de venganza. El Oscar de mis recuerdos se encontraba de pie ante mí.

-No quiero marcharme -siguió diciendo Lucilla-. No quiero abandonarlo. Lo único que pido es un poco de tiempo, sólo un poco más. El tiempo ha de ayudarme a ser de nuevo la que era antes. Mis días de ceguera han sido en realidad toda mi vida. ¿Es posible que unas cuantas semanas de visión me hayan privado de los sentimientos que llevaban años creciendo en mi interior? ¡No puedo creerlo! Sé ir por la casa, sé reconocer las cosas al tacto, sé hacer todo lo que hacía cuando era ciega, como he de saberlo para siempre, ahora que vuelvo a ser ciega. El sentimiento que él me inspiraba volverá como todo lo demás. ¡Sólo es cuestión de tiempo! ¡Sólo necesito tiempo!

Con esa última palabra, se puso en pie de repente, alarmada.

-Hay alguien en la habitación -dijo-. ¡Alguien que está llorando! ¿Quién es?

Oscar estaba cerca de nosotras. Las lágrimas le rodaban por las mejillas. El tenue sollozo que se le había escapado llegó a mis oídos igual que a los de Lucilla. Le tomé la mano con una de las mías; con la otra tomé la de Lucilla. Para bien o para mal, el resultado de mi propósito estaba en manos de la misericordia divina. Había llegado el momento.

-¿Quién es? -repitió Lucilla con impaciencia.

-Pruebe a decírmelo usted, mi amor, sin tener que preguntármelo.

Dicho esto, puse su mano en la de Oscar... y me quedé muy cerca, mirándola a la cara.

Durante un instante terrible, cuando sintió por primera vez ese tacto familiar, la sangre abandonó sus mejillas. Sus ojos ciegos se dilataron tanto que daban miedo. Se quedó petrificada. Luego, con un largo, larguísimo grito -un grito de embeleso, un grito sin aliento-, le echó apasionada los dos brazos al cuello. La vida volvió a su cara; su adorable sonrisa tembló en sus labios entreabiertos, la respiración volvió débil y rápida, en un aleteo. Con voz suave y extasiada, con sus labios en la mejilla de Oscar, murmuró unas palabras deliciosas:

-¡Oh, Oscar! ¡Ahora te vuelvo a reconocer!

Librodot

CAPÍTULO L

El final del viaje

Transcurrió un tiempo.

Su primera y exquisita sensación de reconocimiento mediante el tacto ya había pasado. Había recobrado su equilibrio anímico. Se separó de Oscar y se volvió hacia mí para hacerme la pregunta inevitable que, según sabía yo, por fuerza debía seguir al momento en que se unieran las manos de ambos.

-¿Qué significa esto?

La denuncia de las perfidias de Nugent, la revelación del fatal secreto de Oscar, así como la defensa de mi propia conducta, que no por ser lo último iba a ser lo de menos, quedaron comprendidas en la respuesta que exigía semejante pregunta. Con sumo cuidado, con toda la delicadeza y toda la misericordia que pude, le desvelé toda la verdad. No me dijo en ese momento cómo la afectó semejante vuelco en su vida, y no me lo ha dicho nunca. Con su mano en la mano de Oscar, con su cara escondida en el pecho de Oscar, me escuchó sin perder palabra; de cuando en cuando oí sus hondos suspiros. Eso fue todo. Sólo cuando terminé de hablar, y pasó un buen rato durante el cual Oscar y yo la observamos sin decir palabra, angustiados, levantó ella la cabeza y rompió el silencio.

-Gracias a Dios -la oímos decir fervientemente para sí-, gracias a Dios que soy ciega.

Éstas fueron sus primeras palabras. Me colmaron de horror. Le pedí con un grito que las retirase.

Ella apoyó con calma la cabeza sobre el pecho de Oscar.

-¿Por qué iba a retirarlas? -preguntó-. ¿Cree acaso que desearía verlo ahora, estando él desfigurado? ¡No! Deseo verlo... y de hecho lo veo... como mi imaginación lo dibujó durante los primeros días de nuestro amor. Mi ceguera es mi bendición. Me ha devuelto el antiguo deleite que me invadía al tocarlo; me ayuda a mantener intacta e inmutable mi propia y amada imagen de él, la única imagen que me importa. Usted insistirá en pensar que mi felicidad depende de la vista. Recuerdo con verdadero horror todo lo que tuve que padecer mientras gocé de ella. No pienso en otra cosa que en olvidar aquel tiempo miserable. ¡Ay, qué poco sabe usted de mí! ¡Qué sobresalto me llevaría ahora si lo viese tal como lo ve usted! Trate de comprenderme, y verá cómo ya no hablará de lo que he perdido. Hablará usted de lo que he ganado.

-¿Lo que ha ganado? -repetí-. ¿Qué es lo que ha ganado?

-La felicidad -contestó-. Mi vida vive en mi amor y mi amor vive en mi ceguera.

Ésta era la historia de toda su existencia, ¡contada en dos palabras!

Si hubiera visto el lector su cara radiante de nuevo, su excitación al hablar; si hubiera recordado (como recordaba yo) lo que había dicho su cirujano acerca del precio que habría de pagar ineludiblemente por la recuperación de la vista, ¿qué le habría contestado? Tal vez incluso quepa la posibilidad de que el lector hiciera lo mismo que yo, a saber, admitir con toda modestia que Lucilla conocía las condiciones de su felicidad mejor que

él. ¡Y no le habría dicho nada!

Los dejé hablando juntos y di una vuelta por la habitación mientras pensaba qué hacer a continuación.

No me fue fácil precisarlo. La desolada información que había recibido de mi querida muchacha era mi única información. Nugent había llevado hasta el final, inquebrantable, su pérfido engaño. Había llegado a publicar las falsas amonestaciones matrimoniales en la iglesia, utilizando el nombre de su hermano; se encontraba en Londres, adonde había ido a obtener con falsedades la licencia matrimonial, de nuevo en nombre de su hermano. Eso era cuanto sabía yo de sus movimientos, nada más.

Cuando todavía estaba meditando, Lucilla cortó el nudo gordiano.

-¿Por qué nos quedamos aquí? -preguntó-. Vayámonos y no volvamos nunca más a este odioso lugar.

Se puso en pie cuando nos sobresaltó un ruido. Alguien llamó quedamente a la puerta.

Yo respondí. Se presentó de nuevo la mujer que había acompañado a Lucilla hasta el hotel. Parecía temerosa de aventurarse más allá de la puerta. Se asomó y miró a Lucilla con nerviosismo.

-¿Puedo hablar con usted, señorita?

-Puedes decir lo que quieras delante de esta dama y de este caballero -contestó Lucilla-. ¿De qué se trata?

-Me temo que nos han seguido, señorita.

-¿Que nos han seguido? ¿Quién?

-La criada de la señora. La he visto hace un rato, y estaba mirando hacia las ventanas del hotel, aunque volvió deprisa por el camino de la casa. Pero eso no es lo peor, señorita.

-¿Qué más ha ocurrido?

-Hemos cometido un error con el tren -dijo la mujer-. En el horario figura un tren de Londres con el que no habíamos contado. Me han dicho abajo que llegó hace un cuarto de hora. Le ruego que volvamos, señorita. Si no, mucho me temo que nos descubrirán.

-Puedes volver tú en seguida, Jane.

-¿Sola?

-Sí. Gracias por traerme. Aquí me quedo.

Nada más tomar asiento de nuevo entre Oscar y yo, se abrió la puerta sin hacer ruido. Una mano larga y delgada penetró por la abertura, tomó a la criada por el brazo y la sacó al pasillo. En su lugar, apareció un hombre con el sombrero puesto. Era Nugent Dubourg.

Se detuvo allí donde se había detenido la criada. Miró a Lucilla, miró a su hermano, me miró a mí.

No pronunció una sola palabra. Se quedó quieto, de cara a la amiga a la que había calumniado, de cara al hermano al que había traicionado. Permaneció inmóvil con los ojos clavados en Lucilla, que estaba entre nosotros, a sabiendas de que todo había terminado, a sabiendas de que la mujer por la que se había rebajado era una mujer perdida para él para siempre. Permaneció inmóvil en el infierno que él mismo había fabricado, y

Librodot

devoró su tortura en silencio.

Nada más aparecer su hermano, Oscar se había puesto en pie y había ayudado a Lucilla a incorporarse. Dio un paso hacia Nugent, sujetando junto a él a su prometida.

Los seguí, y no dejé de mirarle a la cara con ansiedad. No tuve ningún miedo de lo que pudiera hacer. La bendita influencia de Lucilla había encontrado y expulsado al demonio que acechaba oculto en él. Atenta, pero no alarmada, esperé a ver de qué modo afrontaba la situación de urgencia que se le había presentado.

-¡Nugent! -dijo casi en voz baja.

Nugent bajó la cabeza, no respondió.

Lucilla, al oír que Oscar pronunciaba ese nombre, comprendió en el acto lo que había ocurrido. Horrorizada, se estremeció. Con gentileza, Oscar la dejó en mis brazos y avanzó a solas hacia su hermano. En su rostro se veían signos de la batalla que libraban en su interior las influencias sutilmente mezcladas del amor y la angustia, de la vergüenza y la pena. De manera sumamente extraña, me recordó mi pasada experiencia con él, la primera vez que me confió la historia del juicio y me dijo que Nugent era el ángel bueno de su vida.

Se plantó directamente ante su hermano. Con un ademán muy sencillo, casi adolescente, tan conocido por mí gracias a los tiempos pasados, puso la mano en el brazo de su hermano.

-¡Nugent! -dijo-. ¿Eres el mismo y querido hermano que me salvó de morir en el patíbulo, el mismo que tantos ánimos dio a mi vida después? ¿Eres el mismo compañero brillante, inteligente y noble, al que siempre he tenido tantísimo cariño, y del que tanto me he enorgullecido?

Calló y le quitó a su hermano el sombrero. Con cuidado, con una mano acariciante, separó el cabello revuelto de su hermano. Nugent agachó aún más la cabeza. Tenía la cara distorsionada, los puños cerrados con toda .su fuerza, presa de la agonía del recuerdo que esa voz tierna y esa mano amable habían desatado en su interior. Oscar le dio tiempo para que se repusiera. Me habló entonces a mí.

-Usted conoce a Nugent -me dijo-. ¿Recuerda cuando nos conocimos, recuerda que le dije que Nugent era un ángel? Usted vio con sus propios ojos, cuando llegó a Dimchurch, con qué amabilidad y con qué desinterés me ayudó en todo lo que pudo, con qué fidelidad guardó mis secretos, qué leal amigo fue para mí. Mírelo ahora, y sentirá usted, igual que yo, que nos hemos equivocado y nos hemos interpretado erróneamente el uno al otro de manera monstruosa. -De nuevo se volvió hacia Nugent-. No me atrevo a decirte -prosiguió- lo que he oído decir de ti, lo que he llegado a creer de ti, los viles pensamientos, en modo alguno fraternos, que he tenido al pensar en vengarme de ti. Gracias a Dios, todo eso ha desaparecido. Mi querido hermano, los contemplo, ahora que te tengo ante mí, como podría contemplar una pesadilla espantosa ya terminada. ¿Cómo podría yo verte, Nugent, y creer que me has suplantado? ¿Cómo iba yo a creer que eras un villano que intentó robarme a la única mujer del mundo a la que le importo? Es imposible. Te has dejado arrastrar con toda inocencia a una posición falsa sin saberlo siquiera. Defiéndete. No. Deja que yo te defienda. No es

Librodot

necesario que te humilles ante nadie. Dime cómo has actuado realmente con Lucilla y conmigo, y deja que sea tu hermano el que arregle las cosas con los demás. ¡Vamos, Nugent! Levanta la cabeza, y dime lo que te pido.

Nugent alzó la cabeza y miró a Oscar.

Por horrendo que fuera su rostro, cuando miró fijamente a su hermano, vi algo en sus ojos que de nuevo me recordó los tiempos pasados, los tiempos en que vino a Dimchurch, cuando solía hablar del «pobre Oscar» con ternura y con afecto, de esa forma tan animada y tan suya, con la que me conquistó. Una vez más pensé en la memorable entrevista nocturna que tuvimos en Browndown, cuando Oscar se había marchado de Inglaterra. Una vez más rememoré los signos que habían revelado la noble naturaleza del hombre que trataba de hacerse justicia en él. Recordé el remordimiento que le había hecho llorar, el esfuerzo que hizo en mi presencia para arrepentirse de sus fechorías y para luchar por última vez contra la pasión culpable que lo dominaba. Una naturaleza capaz de sentir remordimiento, como la suya, ¿podía ser tan absolutamente depravada? El hombre que había hecho ese esfuerzo, que no era sino el último de una larga serie, ¿podía ser tan irredimiblemente perverso?

-¡Espere! -susurré a Lucilla, que temblaba y sollozaba en mis brazos-. ¡Se hará merecedor de nuestra simpatía, se ganará nuestro perdón, nuestra compasión! ¡Ya verá!

-Vamos -repitió Oscar-. Dime lo que te pido.

Nugent extrajo de su bolsillo una hoja de papel escrita por una cara.

-Digo -respondió- que he publicado las amonestaciones de tu matrimonio en la iglesia parroquial y que he ido a Londres para traerte esto.

Entregó la hoja de papel a su hermano. Era la licencia matrimonial obtenida en nombre de su hermano.

-Que seas feliz, Oscar -dijo-. Lo mereces.

Pasó un brazo por encima de los hombros de su hermano con su actitud de antaño, confiada y protectora. Al hacerlo, su mano le rozó el bolsillo de la pechera. Antes de que fuera posible impedírselo, sus diestros dedos habían abierto el bolsillo y habían extraído una pequeña pistola con las cachas de plata repujada, hechas por el propio Oscar.

-¿Esto era para mí? -preguntó con una vaga sonrisa-. ¡Mi pobre muchacho! Nunca podrías haber hecho nada semejante, ¿verdad que no? - Besó la mejilla oscura de Oscar y se guardó la pistola en su bolsillo-. La culata está repujada por ti -dijo-. Me la quedaré como si fuera un regalo tuyo. Regresa a Browndown cuando te hayas casado. Yo volveré a viajar. Tendrás noticias mías antes de que me vaya de Inglaterra. Dios te bendiga, Oscar. Adiós.

Con mano firme, pero amable, apartó a su hermano de su lado. Traté de adelantarme con Lucilla y hablarle. Hubo algo en su rostro, algo que me miraba desde el fondo de sus ojos dolientes, tranquilo, severo y sobrehumano, como una mirada del más allá, que me advirtió de que no me acercase y me hizo presentir que no volvería a verlo nunca más. Fue hacia la puerta, la abrió, se volvió un instante y, fijando en Lucilla su mirada de despedida, nos saludó en silencio con una inclinación de cabeza. La puerta se cerró suavemente a sus espaldas. En pocos minutos, desde su entrada

Librodot

en la habitación, nos había vuelto a dejar, y nos había dejado para siempre.

Esperamos, hechizados, los tres y sin poder decir palabra. El vacío que dejó tras sí fue terrible y tremebundo. Yo fui la primera que se movió. En silencio, conduje a Lucilla a nuestro asiento en el sofá, y pedí a Oscar que se quedara con ella.

Después, los dejé a solas y salí al encuentro del padre de Lucilla, que debía de estar a punto de regresar al hotel. Quería impedir que los molestase. Después de todo lo ocurrido, era bueno que esos dos estuvieran a solas.

Librodot

EPÍLOGO

Ultimas palabras de madame Pratolungo

Han pasado doce años desde los acontecimientos que me he ocupado de relatar en estas páginas. Me encuentro ante mi escritorio y contemplo perezosamente todas las hojas escritas que ha ido llenando la tinta de mi pluma, mientras me pregunto si queda algo por añadir antes de dar la labor por concluida.

Queda más por añadir, aunque no es mucho.

Oscar y Lucilla reclaman primero mi atención. Dos días después de ser devueltos el uno al otro en Sydenham se casaron en la parroquia de dicho lugar. Fue una boda mortecina. Salvo el señor Finch, nadie estaba realmente alegre. Nos despedimos en Londres. Los recién casados regresaron a Browndown. El rector se quedó un par de días en la ciudad, donde aprovechó para visitara algunas amistades suyas. Yo volví junto al lecho de mi padre, para acompañarle en su viaje de Marsella a París, como le había prometido.

Por lo que alcanzo a recordar, estuve dos semanas en el extranjero. Entretanto, recibí amables cartas desde Browndown. Una de ellas me anunció que Oscar había tenido noticias de su hermano.

La carta de Nugent no era larga. Estaba fechada en Liverpool y le anunciaba que se embarcaba rumbo a América dos horas después. Se había enterado de que zarpaba una nueva expedición a las regiones del Ártico, una expedición que por entonces se estaba ensamblando en los Estados Unidos, con el objetivo de descubrir el mar del Polo, que al parecer se hallaba entre las islas Spitzbergen y Nova Zembla. En seguida se le había ocurrido que semejante expedición ofrecería un campo totalmente nuevo a sus estudios como paisajista en busca de los aspectos más sublimes de la Naturaleza. Decidió presentarse voluntario y enrolarse con los exploradores del Ártico. Ya había conseguido el dinero necesario para el equipaje vendiendo los únicos objetos de valor que poseía, sus joyas y sus libros. Si le hacía falta más, no dejaría de pedírselo a Oscar. En todo caso, prometía volver a escribir más adelante, antes de que la expedición se pusiera en marcha. Y así, al menos de momento, se despedía afectuosamente de su hermano y de su hermana. Cuando más adelante tuve ocasión de repasar esta carta con mis propios ojos, no descubrí absolutamente nada que hiciera la menor referencia al pasado, ni nada que apuntase al estado de ánimo y a la salud de quien la había escrito.

Regresé a nuestro recóndito pueblo de la cordillera sur de Inglaterra y ocupé una habitación que Lucilla me había hecho preparar personalmente en Browndown.

Encontré a los recién casados muy tranquilos, y tan felices en su unión como puedan llegar a serlo un hombre y una mujer. Sospecho que de vez en cuando la ausencia de Nugent se dejaba sentir en ellos con tristeza, igual que en mí. Tal vez por esto Lucilla me pareció más apaciguada que cuando era soltera. Sin embargo, mi presencia algo la ayudó a recuperar el ánimo de antaño, y la rápida llegada de Grosse tuvo una influencia considerable en apoyo de mis esfuerzos.

Tan pronto le permitió su gota ponerse en pie, el médico se presentó

Librodot

con su instrumental en Browndown, deseoso de probar un nuevo experimento en los ojos de Lucilla.

-Si mi operación hubiera fracasado -le dijo-, no habría vuelto a molestarla. Pero mi operación no ha fracasado; es usted la que ha fracasado, pues no ha sabido cuidar esos bellos ojos que yo le di.

Con estas palabras le suplicó encarecidamente y trató de convencerla para que le permitiera intentar una nueva operación. Ella se negó en redondo, y la discusión que tuvieron la soliviantó lo indecible.

En más de una ocasión, después de aquello, Grosse trató de hacerla cambiar de opinión. Fue en vano. Las disputas que libraron resonaron por toda la casa. Lucilla recuperó su antigua alegría al refutar los grotescos argumentos y los intentos de persuasión de nuestro valioso alemán. A mí, cuando en una o dos ocasiones traté de hacerla razonar, me contestó de otro modo, pues se limitó a repetir las palabras que me había dicho en Sydenham: «Mi vida vive en mi amor. Y mi amor vive en mi ceguera». Es, pues, oportuno añadir que el señor Sebright y otra autoridad médica competente que consultó con él afirmaron sin titubeos que Lucilla estaba en lo cierto. Habida cuenta de las circunstancias, el señor Sebright opinó que el éxito de la operación de Grosse nunca pudo ser más que temporal. Su colega, tras examinar los ojos de Lucilla en una época posterior, estuvo completamente de acuerdo con él. ¿Quién podría afirmar cuál de las partes estaba en lo cierto, si Grosse o esos dos médicos? El lector conoció a Lucilla siendo ciega; siendo ciega tendrá la última noticia de ella. Y si siente inclinación a lamentarlo, hará bien en recordar que lo único realmente esencial era lo que poseía. Su vida era feliz. Téngase esto en cuenta, y no olvide que las condiciones de la felicidad del lector no tienen por qué ser, y menos a la fuerza, las mismas condiciones de la felicidad de Lucilla.

En la época acerca de la cual escribo ahora llegó la segunda carta de Nugent. Estaba escrita en vísperas de partir rumbo a los mares del Polo Norte. Hubo una frase que nos conmovió hondamente. «¿Quién sabe si alguna vez he de ver de nuevo Inglaterra? Si algún día tenéis un hijo, Oscar, ponle mi nombre, aunque sólo sea por mí.»

Dentro de esta carta adjuntaba otra carta personal dirigida a mí. Era la confesión a la que he aludido en las notas que he incluido como comentarios y apostillas al diario de Lucilla. Éstas fueron las palabras que añadió al final: «Ahora ya lo sabe usted todo. Perdóneme si es que puede. No he salido de todo esto sin sufrir; recuérdelo». Tras servirme de su narración, como el lector ya sabe, lo he quemado todo... todo, salvo esas últimas líneas.

Muy de tanto en tanto tuvimos dos veces noticias de la expedición gracias a los barcos balleneros. Luego pasó un largo y espantoso intervalo en el que nada supimos del navío. Por fin se recibió la terrible noticia de que la expedición había extraviado su rumbo. Se confirmaron después estas noticias; pasó todo un año y no hubo ni rastro de los desaparecidos.

Iban bien provistos, y existía la esperanza generalizada de que podrían resistir. Se envió una expedición de rescate, pero fue en vano. Se los buscó incluso tierra adentro. Se ofrecieron recompensas a los balleneros, pero nadie reclamó jamás una de esas recompensas. Llevamos luto por Nugent; la tristeza se adueñó de la casa. Pasaron otros dos años antes de que se descubriese el destino de la expedición. Un barco ballenero que había

Librodot

perdido el rumbo topó con el navío desmantelado, perdido en medio de la banquisa. Las últimas frases de su capitán serán las que relaten la historia.

> Lo que quedaba del barco iba a la deriva por un canal de agua cuando lo avistamos. No tardó en frenar su avance un iceberg. Con algunos marinos, bajarnos al bote y remamos hasta los restos del naufragio.
>
> No se veía ni una alma en el puente, que estaba cubierto por la nieve. Los saludamos, pero no hubo respuesta. Miré por uno de los ojos de buey cubiertos por el hielo que se abrían a popa, y vi a duras penas la silueta de un hombre sentado ante una mesa. Golpeé el grueso cristal, pero el hombre no se movió. Abordamos los restos del barco y abrimos la escotilla para bajar a los camarotes. El hombre que había visto estaba ante nosotros, al extremo del camarote. Le hablé, pero no respondió. Lo miré más de cerca y toqué una de sus manos, que estaba posada sobre la mesa. Con indecible asombro reconocí que era un cadáver congelado.
>
> Sobre la mesa, ante él, estaba la última entrada de la bitácora de a bordo.
>
> «Diecisiete días llevamos apresados por el hielo. Ayer se apagó el fuego. El capitán trató de encenderlo, pero no lo consiguió. El cirujano y dos marinos han muerto de frío esta mañana. Los demás los seguiremos pronto. Si alguna vez nos encuentra alguien, ruego a esa persona que envíe…»
>
> Llegada a ese punto, la mano que empuñaba la pluma había caído sobre el regazo del hombre. La mano izquierda aún estaba encima de la mesa. Entre los dedos congelados encontrarnos un largo rizo de cabello de una mujer, cuyos dos extremos estaban atados con sendas cintas azul celeste. Los ojos abiertos del cadáver seguían clavados en él.
>
> En la libreta de bolsillo encontramos su nombre. Era Nugent Dubourg. Publico su nombre en mi relato, por si acaso llegara a conocimiento de sus allegados.
>
> El examen del resto del navío, y la comparación de la fecha de la bitácora, demostró que los oficiales y la tripulación llevaban muertos más de dos años. Las posiciones en que los encontramos congelados, junto con aquellos nombres que fue posible encontrar, aparecen detallados en la lista que adjunto.

Ese «rizo de cabello de una mujer» está ahora en poder de Lucilla. Cuando muera, ha pedido ser enterrada con él. ¡Pobre Nugent! ¿No somos todos unos pecadores? Recordemos lo mejor de él y olvidemos todo lo malo, como yo misma he querido hacer.

A decir verdad, me demoro todavía en este escrito, reacia a abandonarlo. ¿Qué más queda por decir? Oigo a Oscar, que martillea sus láminas de metal y silba contento mientras trabaja. En otra habitación, Lucilla está enseñando a su hija menor a tocar el piano. Sobre mi mesa hay una carta de la señora Finch, remitida desde una de nuestras colonias más remotas; allí es obispo el señor Finch, que así ha visto colmada su gloria

en este mundo. Lanza sus filípicas a los «nativos» con gran contento de su corazón; a los maravillosos nativos por suerte les gustan sus sermones. «Jicks» se encuentra como pez en el agua entre los miembros aborígenes de la comunidad de fieles de su padre: hay ciertos temores de que la árabe errante de la familia Finch acabe casándose con «el jefe de la tribu». La señora Finch, y conste que no espero que el lector lo crea, se encuentra una vez más embarazada. El hijo mayor de Lucilla, que se llama Nugent, acaba de entrar y se ha quedado junto a mi escritorio. Me ha mirado con sus ojos azul brillante; su cara redonda y sonrosada expresa una manifiesta condena de lo que estoy haciendo. «Tía -me dice-, hoy ya has escrito bastante. Anda, ven a jugar.»

El chiquillo tiene razón. Debo dejar a un lado mi manuscrito y abandonar al lector. Mi excelente estado de ánimo se abate un tanto a la hora de la despedida. Me pregunto si el lector también lo lamenta. ¡Ah, nunca lo sabré! Bueno, son muchas las bendiciones con que cuento para mi consuelo ahora que doy por terminadas mis relaciones con él. Tengo unas cuantas almas amables que me aman, y, ¡obsérvese!, mantengo intactos mis principios políticos y los defiendo con la misma firmeza de siempre. El mundo se va convirtiendo a mi manera de pensar: el programa de Pratolungo, amigo mío, va ganando terreno a pasos agigantados. ¡Viva la República! ¡Adiós!

FIN